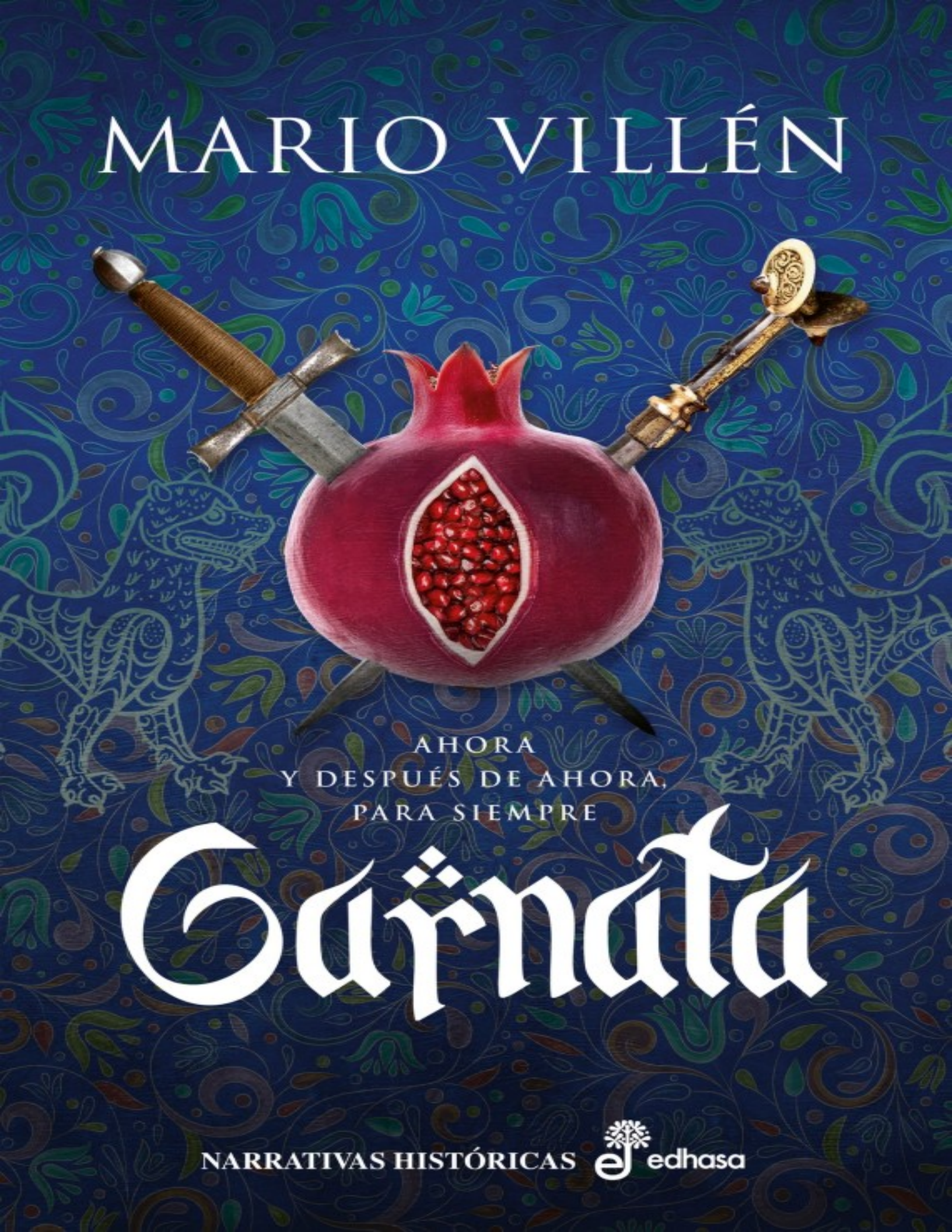
MARIO VILLÉN



AHORA
Y DESPUÉS DE AHORA,
PARA SIEMPRE

Granada

NARRATIVAS HISTÓRICAS

edhasa

GARNATA

MARIO VILLÉN



En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:



Primera edición impresa: abril de 2025

Primera edición en e-book: abril de 2025

© Mario Villén Lucena, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-5013-5

Producido en España

Para mi madre, el alma más pura
que jamás he conocido.
Con su amor y su ejemplo, siempre ha sido
la estrella polar de mi firmamento...
Para Eva y Darío, porque ellos,
sencillamente, son mi mundo.

GARNATA

LIBRO I
DOS EMIRES Y UN TRONO

Camino de Vera, junio de 1488

A la escasa sombra de un granado, sentado sobre una manta, el Zagal aguardaba a que la liebre terminara de asarse. La habían cazado para él en una estribación de la sierra de los Filabres. Un gomérez de su guardia la cocinaba a fuego lento, ensartada en un espetón.

–Ya están cerca. Aviva.

El bereber añadió hojas y ramas a la lumbre, que enseguida doró la piel del animal. El Zagal se recostó y bebió un trago de vino de su pellejo. Se había adelantado al grueso de la tropa para ganar tiempo y poder almorzar.

–¡Dos jinetes! –gritó uno de los guardias–. Parecen de los nuestros –añadió. Había podido distinguir el blanco de sus turbantes.

El Zagal se puso en pie y sus guerreros lo rodearon. Los jinetes se acercaron y frenaron sus monturas hasta detenerse a varios pasos del grupo.

–¿Sois hombres de mawlana? –preguntó uno de ellos con la voz entrecortada por la prisa.

–Sí. Nuestro señor nos acompaña –respondió el capitán de la guardia.

–Traemos noticias urgentes. Venimos de Vera. Llevadnos ante él.

Tras un instante de duda, el Zagal irrumpió entre sus hombres. Con gesto distraído, apoyó la mano izquierda en el pomo de su espada jineta. Vestía zaragüelles remetidos en sus altas botas de cuero. Sobre una fina túnica bermeja, llevaba una brigantina forrada con terciopelo y remachada en plata. Los jinetes desmontaron, agacharon la cabeza y se llevaron la mano derecha al pecho.

–Mawlana, el Altísimo te proteja de todo mal. Tu fiel servidor nos envía para darte un aviso. –Mostraron sus credenciales, selladas por el alcaide–. Vera ya está cercada por los rumíes. Saben que vienes en su socorro y están preparando una emboscada.

El Zagal apretó la boca y frunció el ceño.

–¿Cuántos son?

–Suficientes, mi señor. Miles. Y pronto llegará su rey con muchos más –contestó el otro emisario, con mirada sombría.

El emir guardó silencio. Meditó sobre sus opciones y finalmente dio una orden a sus gomérez.

–Mi ropa negra –dijo sin más.

Allí mismo, apoyado en el granado, el emir se despojó de sus vestiduras bermejas y se puso la larga túnica zaína que los emires de Granada debían vestir cuando no iban a la guerra. Luego caminó hasta su caballo.

–La liebre, mawlana... –sugirió el gomérez que la asaba.

El Zagal no pudo contenerse. Con paso airado, se acercó a la lumbre y, de una patada, mandó el espetón al suelo.

–¡Métetela por el culo! –estalló.

Montó su caballo y comenzó a cabalgar hacia el grueso de la tropa para regresar con ella a Guadix. Los guardias gomérez se apresuraron a seguir a su emir.

El capitán de la guardia puso su montura junto a la de su señor, pero no pronunció palabra alguna. Conocía bien su carácter.

–Nos van a dar un buen bocado –dijo el emir con furia–. No se detendrán hasta engullirnos.

–Señor, te serví en la Axarquía cuando desbarataste a los rumíes. También en la batalla de Moclín. –El oficial le hablaba con franqueza–. Sé de lo que eres capaz. Te serviré cuando los aplastes de nuevo, con la ayuda del Altísimo.

El Zagal no respondió, pero sus ojos brillaron con el recuerdo de aquellas victorias. Espoleó a su caballo y dejó atrás al capitán para seguir cabalgando hacia Guadix.

–En otra ocasión, quiera Alá que sea pronto... –pronunció mientras dos lágrimas de ira resbalaban por sus mejillas.

Granada, junio de 1488

–¡Mi huerta se llena de agua! –gritó Kasim desde la compuerta mientras esperaba a que los surcos se anegaran. Tenía los brazos apoyados en el mango de su azada y se quitaba el barro de las alpargatas en el murete de la acequia.

–¡Y crecen mis hortalizas! –Otro campesino, desde la huerta colindante, recogió el envite y continuó el poema.

–¡Y con un poco de vino, así se me pone el pepino! –soltó un tercero, alzando bien la voz y tirando de la entrepierna de sus zaragüelles.

Las huertas de la Alberzana se inundaron de carcajadas.

–No tienes remedio, Omar –le dijo una mujer que araba junto a su marido.

Kasim negó con la cabeza sin poder parar de reír. Cerró la compuerta y dejó que otros usaran el agua de la acequia de Aynadamar. Ajustó bien las alforjas de esparto al lomo de la mula y tiró de las riendas para regresar al barrio. Omar le hizo señas para que lo esperara y enseguida se unió a él con un canasto de mimbre en los brazos.

–Tenía que haber traído mi mula –le dijo Omar a su amigo–. No esperaba que hubiera tantas en tan poco tiempo. Y me decías que era pronto para sembrar... ¡Mira! –Mostró orgulloso el canasto repleto de berenjenas.

–Con eso y con tu pepino te vas a hacer rico. –Kasim rio.

–Si un día no me ves reír, mátame, porque estaré seco por dentro. –Omar mostró una resplandeciente sonrisa y se echó el canasto al hombro. Caminaron juntos por uno de los estrechos caminos que partían los sembrados–. ¿Se lo llevamos al Motrileño?

Kasim asintió. El Motrileño era dueño de un puesto en el mercado de la puerta del Ensanche, la principal que daba acceso a la alcazaba Cadima desde el Albaicín.

–Este mes no tendremos problemas para pagar la renta –comentó Kasim. Los precios de las hortalizas habían subido por la escasez.

La Alberzana era propiedad del emir. Algunas parcelas las había donado como habices para el mantenimiento de la Madraza, pero la mayoría las arrendaba para aumentar su tesoro privado.

–Es bueno para nosotros, pero una mala señal para todos –respondió Omar–. Cada vez hay más gente en Granada, y cada vez tenemos menos tierras para sembrar. –Ambos suspiraron.

–Y pronto no tendremos ninguna –soltó airado Kasim–. Con Boabdil en la Alhambra no queda mucho para eso. Necesitamos al Zagal...

No pudo seguir hablando. Omar lo agarró del brazo y lo obligó a detenerse.

–Cállate, estúpido. –Hizo un gesto rápido con la cabeza señalando la mezquita cercana. Estaban en la linde sur de la Alberzana, donde comenzaba el entramado de calles del Albaicín–. No digas esas cosas en alto.

–¿Crees que soy el único que lo piensa aquí? –Kasim habló en susurros–. Nos va a vender a todos.

–No, Kasim. Los que han sido vendidos son los malagueños. ¿Es que no te das cuenta? No tenemos nada que hacer. Estamos perdidos. Si quieres seguir teniendo una tierra y una casa, lo mejor es tener a los cristianos como amigos.

El año anterior, Málaga había sido sometida a un duro asedio. Fue tomada por la fuerza y los vencedores, resentidos, esclavizaron a toda la población.

–Tú crees que nos van a tratar bien si nos rendimos, pero te equivocas. Preferiría luchar, como hice en Moclín cuando el Zagal echó a los rumíes que venían de Alcalá. –Inflamó el pecho con orgullo.

Omar volvió a suspirar.

–Te lo he oído cien veces, amigo. Aquello no fue nada. Una batalla ganada. Pero ¿de quién es hoy Moclín? –Palmeó el hombro de Kasim para relajar la tensión–. No tiene sentido que peleemos por esto. Lleve quien lleve la razón, estamos igual de jodidos –sonrió–. Anda, vamos.

Retomaron la marcha y se adentraron en el barrio. Comenzaba a atardecer y muchos jornaleros regresaban a sus casas. Los niños todavía jugaban en las plazas y las mujeres comenzaban a asomarse a los trancos de sus puertas. Caminaron hasta la puerta del Ensanche y se dirigieron a la vivienda del Motrileño, que ya había desmontado su puesto. Le vendieron las hortalizas y se despidieron.

–La paz sea contigo –le dijo Kasim a su amigo antes de marcharse–. Alá nos proteja a todos.

Dejó la mula en el establo y se dirigió a su hogar, cerca de la aljama del Albaicín. En el pequeño zaguán, cambió sus alpargatas por otras limpias. Entró en el patio y sorprendió a su esposa mientras arreglaba las macetas de geranios.

–¿Dónde están los niños? –preguntó.

–Me has asustado, no te he oído entrar. –La mujer se puso en pie y recibió a su esposo con un beso–. Están jugando en la placeta de la acequia. Deben de estar al llegar.

Kasim cogió a la mujer por la cintura y se la acercó al pecho. Contempló sus ojos verdes y sus labios carnosos. Era joven, pero la maternidad y las responsabilidades de la casa la hacían parecer mayor. Tenía la tez clara y el pelo castaño. Su abuelo había sido cristiano, un renegado venido del norte.

–Por mí podrían tardar un poco en venir –dijo el hombre.

Aspiró su olor, intenso, pero disimulado con un toque de perfume. La deseó. Besó sus labios y la abrazó. Al instante, se oyeron unos pasos apresurados que atravesaron el zaguán en un jolgorio de risas y prisas.

–¡Papá! –escuchó la pareja.

El niño los esquivó y corrió hacia la alacena. La pequeña, que le iba a la zaga, fue directa hacia su padre. Kasim se dirigió a su esposa:

–Lo dejaremos para la noche. –Se resignó y soltó a la mujer. Luego se giró, se agachó y abrió los brazos para recibir a su hija.

Guadix, junio de 1488

–¡Fuera!

El grito se escuchó por toda la alcazaba. La sirvienta se estremeció y sus manos temblorosas hicieron que la leche se derramara. Zoraya acudió presurosa a su lado y la ayudó a recomponer la bandeja.

–Tranquila. Vuelve a las cocinas, y no lo intentes más hasta que yo te avise –le dijo con suavidad, con su acento castellano tan mal disimulado.

A pesar de su juventud, Zoraya tenía el porte de una señora. Empujó suavemente a la moza hacia el exterior y aguardó hasta que la vio perderse bordeando la alberca. Luego abrió la puerta y susurró:

–Soy yo.

No hubo respuesta del otro lado, lo que la animó a seguir adelante. La habitación estaba en penumbra y olía a sudor. El Zagal permanecía sentado sobre un almohadón, con la espalda apoyada en un zócalo de azulejos.

–Llevas dos días sin comer y sin salir de aquí –le dijo con voz melosa–. Debes despabilar –continuó. El hombre, cabizbajo, seguía sin hablar–. Vera caerá. –Soltó con rotundidad y, lentamente, dio varios pasos hacia él–. Puede que caiga algún otro castillo, pero sabrás detenerlos. Tu emirato te necesita. –Se colocó ante él y lo miró fijamente con sus ojos negros y brillantes como el alquitrán. Sus gruesos labios se entreabrieron. Con gesto pausado, comenzó a levantarse la túnica, mostrando sus esbeltas piernas limpias de vello. El Zagal alzó la cabeza y la fulminó con la mirada. Ella sostuvo la túnica un instante y luego la dejó caer sin amilanarse–. Lo sé, soy la viuda de tu hermano. –Zalamera, se sentó a su lado y rodeó sus

hombros con un brazo. Su mano derecha comenzó a tirar de sus ropajes oscuros–. Hay otras maneras... –sugirió.

Su mano deslizó la tela con suavidad mientras observaba las reacciones del Zagal. La entrepierna se agitó, y entonces supo que había ganado la partida. El miembro del hombre quedó al descubierto y ella aguardó varios segundos antes de agarrarlo. Contempló su cuerpo. El emir superaba ampliamente los cuarenta años, pero se conservaba esbelto y fibroso.

–Eres mejor que tu hermano, siempre lo has sido –le susurró al oído. Realmente lo creía.

El Zagal suspiró, se echó hacia atrás y abrió las piernas para dejarse hacer. Ella lo acarició con mimo mientras le seguía susurrando halagos. El hombre manchó enseguida la seda del almohadón. Zoraya se retiró de su lado y se puso en pie. Él seguía con la túnica negra remangada y las piernas abiertas en una pose ridícula. «Emires y vasallos, todos sois iguales aquí», pensó la mujer.

–Mawlana –utilizó la fórmula de respeto para dirigirse de nuevo a él–, descansa hoy, pero despierta mañana. Han llegado noticias de Almería. –Adoptó el tono serio de un secretario–. Tu cuñado Yahya negocia con los rumíes para entregarla sin lucha.

Zoraya caminó entonces hasta la puerta. Salió de la torre que servía de residencia al emir y, cuando se acercaba a la alberca, oyó un aullido de furia. La viuda esbozó una sonrisa triunfal.

Debía asegurarle un buen futuro a su primogénito, al primer hijo que había tenido con Muley Hacén. Para ello, antes, había que proteger el emirato y poner en su trono al Zagal.

Vera, junio de 1488

–Vuestra alteza, ha insistido. Será rápido.

Hernando de Zafra, incómodo, permanecía en pie junto al rey. Fernando, sentado en una silla de tijera, observaba al moro en la penumbra de su tienda. El alcaide de Vera tenía la cabeza gacha y mantenía las manos unidas ante sí en actitud de súplica. Era un

anciano con el cabello plateado. Sus arrugadas manos temblaban ligeramente.

–Pero no es un rey –replicó Fernando. A sus treinta y seis años, era un monarca altivo y de carácter fuerte.

–Señor nuestro, con todo mi respeto, se ha apartado de su emir para someterse a vos y va a negociar con otros alcaides para que se rindan. Nos conviene...

Fernando se puso en pie y no le dejó terminar la frase. Se acercó al alcaide y tomó brevemente sus manos, aceptando su sumisión. El viejo alzó entonces la cabeza, miró a los ojos al monarca y asintió con un atisbo de sonrisa en la boca. El secretario extendió el brazo y lo acompañó a la salida.

–El respeto al vencido da más valor al vencedor –pronunció el moro en voz queda, en perfecto romance. Sólo Zafra pudo escucharlo.

Hernando entró de nuevo en la tienda.

–Alteza nuestra. –Fernando lo miró fijamente y arrugó el entrecejo. En privado, el rey prefería que obviara los formalismos–. El alcaide va a reunirse a las afueras del campamento con los de Mojácar, Níjar y los Vélez. –Zafra hizo memoria, pero no recordó los nombres de las otras poblaciones–. De este golpe caerá toda la zona.

–Bien, bien –comentó Fernando–. Quiero una campaña corta. Los hombres están cansados. –La campaña anterior había sido extremadamente dura. Málaga cayó al fin, pero a costa de muchos meses y demasiadas vidas.

–Algunos de estos lugares están en el acuerdo que firmamos con Boabdil. Son parte del señorío que recibirá cuando entregue Granada. –El secretario dejó la información en suspenso, a la espera de la reacción del rey. Durante la campaña de Málaga, Boabdil se había hecho con Granada. El Zagal salió de la ciudad para socorrer a Vélez-Málaga y su sobrino supo aprovechar la ocasión. Enseguida, el

joven emir envió a uno de sus visires a Fernando para negociar las nuevas condiciones de su acuerdo.

–Aún queda para eso. Si todo va bien, el rey Chico recibirá su recompensa. Doy mucho valor a mi palabra y a la de mi esposa.

Hernando de Zafra asintió. Aquella guerra se había convertido en una confrontación de voluntades y sutilezas en la que un único paso en falso podía echar por tierra el trabajo diplomático de años. Pasó a otro asunto.

–Ha llegado la nao de Sevilla. Trae mantenimientos para varias semanas. –Zafra revisó sus documentos–. La *Santa María*. Juan de Ochoa ha informado de averías que él mismo ha arreglado con sus dineros.

–¿Es razonable lo que pide?

–Sí, lo habitual. Y tenemos tesorería, gracias a Dios. –«Gracias también a fray Hernando de Talavera», pensó el secretario.

–Líbrale los dineros que pide. ¿Algo más?

–Nada por ahora, alteza. Trabajo para disponer lo necesario para la entrada en Vera.

Fernando se puso en pie y se acercó a él. Lo agarró de un brazo y lo llevó fuera. Alrededor de la tienda del rey había dispuestas varias tiendas principales, entre las que destacaba la del duque de Cádiz, al que muchos seguían refiriéndose como marqués. No muy lejos se distinguían las acémilas que llegaban de la costa con el cargamento de la nao.

–Y de Almería, ¿qué nuevas tienes?

–Van y vienen correos. Como pedisteis, envié seguros para los moros que estén dispuestos a ayudar. El alcaide tiene buenas palabras y se nos ofrece gustoso. Buen moro ese Yahya.

Fernando le palmeó la espalda para animarlo a retirarse. Luego contempló el mar de tiendas que se extendía varios cientos de pasos a su alrededor. Se oía el bullicio de los hombres que festejaban con vino la toma de Vera, también el tintineo de los metales y los

relinchos de los caballos. La tierra estaba seca, pero hasta allí llegaba el aire húmedo y salobre de las playas.

–Llama al duque –le ordenó al secretario antes de perderlo de vista–. Que venga esta noche a mi tienda con los de siempre.

–Así lo haré, señor nuestro –respondió solícito Hernando de Zafra. Aquella noche habría juego y apuestas en la tienda real. «El dinero de los cristianos no debería gastarse en eso», se dijo. Fernando era un buen rey, decidido y enérgico, pero hasta el mejor de los hombres tenía flaquezas.

Granada, junio de 1488

La luz se filtraba desde las altas celosías y dibujaba formas geométricas en el suelo. Los azulejos y las pinturas de las yeserías reflejaban la claridad que apenas invadía el salón. Boabdil permanecía sentado en el trono. Observaba las taraceas de la jamuga y acariciaba las delicadas teselas de maderas finas, marfil y plata que revestían el armazón de nogal. Su memoria, caprichosa, se dejó seducir por las sensaciones y viajó lejos, a un día apenas recordado...

... El sonido de los pasos hizo que el niño se sobresaltara y se levantara apresurado. A su tutor le dio tiempo a verlo sentado en el trono y se acercó a él dando grandes zancadas. El pequeño se había alejado varios pasos de la jamuga. Sin pronunciar palabra, al-Muleh le propinó una sonora bofetada. El niño aguantó el golpe, pero su ojo izquierdo comenzó a llorar de forma involuntaria.

–Esa silla representa el poder de Granada –dijo el hombre con voz firme–. Sólo el emir puede sentarse en este trono. Puede que algún día tú seas emir. –Señaló la jamuga, alzada sobre una tarima cubierta por ricas alfombras–. Pero, hasta entonces, ni te acerques. –El niño agachó la cabeza y guardó silencio–. Boabdil, ¿lo has entendido?

–Sí, maestro –contestó al fin–. Lo siento.

Del exterior, amortiguado por los muros, llegaba el trajín de hombres que se acercaban.

–Venga, ve con tu madre y no salgas hasta que te avise.

–¿Vienen a por Aisha?

Al-Muleh dulcificó la expresión.

–Los embajadores meriníes vienen a tratar con tu padre la boda de tu hermana, pero faltan años para que se vaya con su esposo. Todavía es muy niña, tranquilo. –Le puso una mano en el hombro–. Vamos, es tarde. Cuando acabe aquí, iré a verte y leeremos poesía.

Boabdil salió al patio de la gran alberca y, corriendo junto a los arrayanes, buscó la entrada de la residencia de su madre...

–La paz sea contigo.

La voz retumbó en el salón e hizo que el emir abandonara su ensoñación. Frente a él vio la silueta de al-Muleh recortada por la luz de la entrada. Su visir caminó a paso lento hacia él. Era el mismo hombre de su recuerdo, pero los años habían humillado su espalda y lo habían vuelto más melancólico. Él también había cambiado. Ya no era el niño que correteaba por los palacios. Ahora tenía cerca de treinta años. Era emir de Granada y había tenido tiempo para vivir guerras, conspiraciones, exilios e incluso un penoso cautiverio bajo el poder de los rumíes.

–¿Vas a darme una bofetada? –le preguntó Boabdil con sorna.

Al-Muleh se detuvo, desconcertado, hasta que aquel mismo recuerdo visitó su memoria.

–Muchas te di, no sólo una. Pero todas con el permiso de tu madre, Alá la proteja.

Ambos sonrieron.

–Hay mucho de lo que hablar –comentó el emir–. Los cristianos atacan a mi tío, pero roban lo que es mío. Esas tierras están en el acuerdo.

–Tal vez las toman prestadas, mawlana. Lo primero ahora es derrotar al Zagal. Él tiene bajo su poder las tierras que los rumíes te reconocen.

–¿Y por qué se las quedan ahora? ¿Por qué no me las entregan ya?

«Porque serías más fuerte», pensó al-Muleh, que comprendía la estrategia de Isabel y Fernando.

–Porque las necesitan para derrotar a tu tío, sidi. Y tú necesitas que ellos lo derroten. Es nuestro rival común.

Boabdil meditó sobre la respuesta. Hacía tratos con los reyes cristianos desde 1483, cuando cayó preso cerca de Lucena. Cayó como emir, pero fue liberado como aspirante al trono. Mucho había pasado desde entonces. Enfrentado a su padre, Boabdil se proclamó emir en Guadix. Muerto su padre, su tío, el Zagal, lo sucedió en la Alhambra. La guerra civil entre tío y sobrino fue cruenta y tiñó de sangre las calles de Granada. Boabdil consiguió usurpar el trono al Zagal, pero éste se había hecho fuerte y dominaba un extenso territorio que rodeaba la capital.

Los cristianos liberaron a Boabdil y le mandaron hombres y armas. Pero el precio a pagar por esta ayuda fue alto. Tuvo que comprometerse a entregar el emirato cuando lo dominara por completo.

–No me gusta esa manera de proceder –sentenció al fin–. Pero ¿acaso tenemos otro camino? –Al-Muleh asintió lentamente, dándole la razón.

–El Zagal caerá, y luego mirarán hacia la capital –opinó–. Hemos obrado bien, mawlana. Si no negociamos, ocurrirá lo que en Málaga.

Los ecos del desastre todavía resonaban en los muros de la Alhambra.

–No todos lo entienden así. Lo sabes.

–Granada siempre ha tenido dos bandos, o incluso tres, sidi. Si te hubieras rebelado, la otra mitad se alzaría para pedirte que negociaras.

Boabdil sonrió. Al-Muleh tenía razón.

–No contemplo la rebelión, pero ante el pueblo conviene guardar otra apariencia. Los faquíes me han llamado traidor a la fe. –Apretó la boca, como si aquellas palabras le escocieran–. Cuando yo todo lo hago por mi fe y por mi pueblo.

–Tranquilo, mawlana. Lo acabarán entendiendo. Todavía ven caminos por los que huir de este destino, pero cada día que pasa los rumíes nos encierran más.

El joven emir se puso en pie para dar por terminado el encuentro.

–Entonces, al-Muleh, para hacerles entender, ¿hay que dejarlos sufrir?

El visir no supo dar respuesta. Boabdil salió del salón. Al-Muleh dirigió la vista hacia el alfiz del arco que había sobre el trono. «Ayúdame, Dios, apedreador del demonio...», comenzó a leer la inscripción. Luego alzó la mirada hacia el artesonado que representaba los siete cielos. Localizó su centro, el trono de Alá, y entonó una breve plegaria antes de encaminarse hacia la Secretaría:

–Ayúdalo, Dios. Ayúdanos a todos en este amargo trance...

* * *

Boabdil accedió al patio de su palacio y el sonido del agua lo relajó. Delante de la fuente se despojó del turbante y se peinó con las manos. Contempló la gran taza de mármol blanco, rebosante de agua que nunca desbordaba, y los doce surtidores con forma de león.

«Esta taza me representa a mí dando agua al pueblo, protegido por mis guerreros». Recordó las palabras de su padre y su tono revestido de orgullo. Por aquellos años, Muley Hacén era un emir fuerte que no dudaba en ponerse al frente de sus milicias para algarear tierras cristianas. Aquello fue antes de que la enfermedad lo consumiera, antes de conocer a Zoraya, la esclava que lo apartó de su primera esposa y de sus hijos.

–Todo es efímero –se dijo Boabdil, melancólico.

Sacudió la cabeza y caminó por las galerías en busca de la sala de la Miel, la que daba al norte. El patio del Riyad estaba partido en

cuatro jardines por sendos canales que representaban los cuatro ríos del Paraíso. Cada sala principal del palacio llevaba el nombre de uno de estos ríos: miel, leche, vino y agua. Un eunuco hacía guardia a la entrada de la sala del Vino.

Boabdil se adentró en la sala de la Miel. Al fondo, en el mirador, vio a su esposa. Se acercó y constató que estaba con su esclava favorita, que cepillaba sus largos cabellos negros. Se recreó en la imagen. Moraima había perdido peso, pero su cuerpo seguía siendo voluptuoso. Tenía veinte años, estaba en la plenitud de la juventud, aunque un halo de tristeza se había posado en sus facciones y en su ánimo.

–Los rumíes le han quitado a mi tío Vera y otros castillos. –La mujer, sentada en una jamuga, ni siquiera se volvió para saludar a su esposo–. Pronto caerá y sólo estaré yo. –De nuevo, el silencio como respuesta–. Ya sabes lo que eso significa. Paciencia, mujer. –Boabdil se retiró, cansado de su indiferencia.

Dos lágrimas cayeron de los ojos de Moraima, resbalaron por sus mejillas y se unieron en la barbilla para caer juntas en su regazo.

–Cinco años tiene mi niño –dijo la esposa del emir cuando se quedó a solas con su esclava–. Cuatro años llevo sin verlo. –La voz se le quebró.

Nawar, la esclava sudanesa, posó las manos sobre sus hombros. Luego la besó con ternura en la cabeza. La joven había sido un regalo del emir de Fez a Boabdil, y éste la había asignado al cuidado de su esposa.

–Hablar sana, señora. Deberías hablar con tu marido.

Moraima se volvió hacia ella y le sostuvo la mirada con sus grandes ojos negros. Ambas tenían la misma edad y se hablaban con confianza.

–¿Qué padre pide ser liberado a cambio de su hijo? –Sus ojos volvieron a humedecerse al recordar el destino de Ahmed, ofrecido como rehén dentro de los pactos para la liberación de Boabdil–. No hay nada que arreglar; poco nos une ya.

Moraima se giró de nuevo y contempló los jardines y las huertas que se extendían bajo el palacio, en la ladera norte de la colina de la Sabika. Más allá, al otro lado del río Darro, se alzaba el complejo entramado de casas y murallas de la alcazaba Cadima, el barrio de Axaris y el arrabal del Albaicín. Lejos, al noroeste, imaginaba la fortaleza de Moclín, donde su hijo crecía sin ella. «¿Le llegarán mis suspiros?», se preguntó.

Baza, finales de junio de 1488

–Desconfías de mí sin motivo.

–Cuñado, si quieres mi confianza, gánatela.

El Zagal miraba a Yahya fijamente, esperando su respuesta. Ambos permanecían de pie con la cabeza alta. Yahya al Nayar acababa de llegar de Almería. Los rumores sobre sus pactos con los cristianos sonaban con fuerza, y el emir lo había relegado del cargo y lo había llamado a su lado.

–Había tratos, pero no era yo quien los hacía. Cuando mandaste a tus hombres ordené una investigación. Ellos fueron testigos de todo. Mi nombre no figura en ningún sitio. –Abrió los brazos, como si le ofreciera el pecho–. Destapamos una conspiración, con la ayuda del Altísimo. Pretendían entregarnos a los rumíes. Había cinco hombres al frente. Sus cabezas cuelgan de las murallas del alcázar, a la vista de todos.

El Zagal estudiaba su discurso y sus gestos. Seguía sin fiarse de él. Lo conocía lo suficiente como para saberlo dispuesto a vender Almería a los rumíes. Sin embargo, no había ni una sola prueba contra él. El emir había reforzado la plaza y la había dotado de un nuevo gobierno de su confianza.

–Pronto tendrás la oportunidad de despejar las dudas –le dijo a su cuñado–. En Baza. Por eso estamos aquí.

Los últimos espías habían informado de que los cristianos no iban a quedarse en Almería. Pretendían salir de la costa para atacar Baza.

Yahya comprendió. Extendió el brazo con la palma de la mano abierta hacia arriba, un saludo militar con el que ambos se sentían

identificados. El Zagal respondió agarrando su brazo con fuerza.

–Los leones del emir devorarán a su presa –dijo Yahya, súbitamente contento. No había otro como él en el campo de batalla.

* * *

Atravesando el cercado del arrabal de la Vega, cientos de guerreros salieron de Baza y comenzaron a reunirse en las huertas. Decenas de jinetes galoparon con sus lanzas y azagayas en alto, buscando a los taladores para acabar con ellos. Las escuadras cristianas tardaron en reaccionar y muchos infelices entregaron la vida sobre los surcos de tierra húmeda.

–Dios los asista –pronunció Fernando II de Aragón.

Desde la retaguardia, el rey y el duque de Cádiz observaban el desarrollo de las talas. El duque reaccionó de inmediato y movilizó a los capitanes para organizar una respuesta al ataque. La caballería castellana se adelantó y espantó a los jinetes moros. Los peones de Baza formaron un muro erizado de lanzas para recibir a los caballeros. Enseguida la formación fue desbaratada y los moros se replegaron hacia el arrabal. Su cerca era débil y los castellanos valoraron la posibilidad de tomar al asalto el barrio y hacerse fuertes allí.

–¡Santiago! –fue el grito de guerra de los líderes para animar a sus hombres, que no tardaron en acercarse al muro.

–*Allahu Akbar!* –se oyó del otro lado, y cientos de espingarderos y ballesteros asomaron sus cabezas.

Los silbidos de las saetas y el estruendo de los disparos alteraron a los caballos, que relincharon y se encabritaron. Pronto el ambiente se saturó con el olor de la pólvora. Decenas de guerreros cayeron atravesados por los proyectiles. En el desconcierto de la matanza, los cristianos comenzaron a correr para salvar sus vidas.

Cuando la retirada se generalizó, los moros volvieron a salir del arrabal y persiguieron a los que huían.

–Llevamos siglos peleando con los moros y seguimos cayendo en sus tornafuyes. –Fernando, montado en su caballo, negó con la cabeza.

–Estos moros de Baza tienen fama de buenos guerreros –comentó el duque.

–Baza es fuerte. –El rey observó las murallas de la medina y del alcázar. No llevaba artillería pesada para acometer su asedio.

–¿Retirada, alteza?

Fernando asintió.

–Ya va siendo hora de volver a Murcia con mi señora esposa.

El noble repartió órdenes y, cuando el grueso del ejército frenó a los moros y los hizo retroceder, dispuso el desmantelamiento del real y la marcha inmediata.

Guadix, julio de 1488

El Zagal entró en la ciudad luciendo su mejor brigantina sobre ricos ropajes de seda verde. No había luchado, pero regresaba triunfante de la defensa de Baza. El emir recorrió a caballo las calles de la medina, dejándose agasajar por su pueblo.

–¡Mawlana al-Zagal!

–¡El Compasivo te ponga en la Alhambra!

Los vecinos de Guadix explotaban en alabanzas.

El emir accedió a la alcazaba y se dirigió al pabellón de su harén.

–¡Los hemos echado! –anunció pletórico después de empujar la puerta.

Su esposa, sentada junto a su única hija, le dirigió una mirada indiferente. Zoraya, sin embargo, festejó la noticia con palmadas de alegría. Sus dos hijos jugaban con un pequeño ejército de soldados tallados en madera.

El Zagal se acercó a la viuda de su hermano y la cogió del brazo.

–Acompáñame, tengo algo que mostrarte.

El emir condujo a la mujer hasta el interior de su torre. La abrazó con fuerza, sin aliento, y ella se dejó acariciar las nalgas.

–Sabes quién soy... –pronunció ella mirándolo con sus profundos ojos negros.

Él la cogió por los hombros y la hizo girarse, le levantó la túnica de lino e hizo caer al suelo su ropa interior. Contempló sus piernas de piel perfecta y la penetró desde atrás. Ya no hubo sitio para la culpa ni para el recato.

Ella gimió simulando excitación. Antes que esposa, cuando apenas era una niña, había sido esclava. Había aprendido a complacer a los hombres y a jugar con ellos usando con habilidad sus encantos. Antaño fue cristiana, pero se convirtió al islam. Consiguió ser la favorita del emir de Granada y allí seguía, en el harén de otro emir.

Cuando el Zagal se desahogó, llamó a su copera para que les sirviera vino.

–Ahora que el león se ha serenado, podrá contarme lo que ha pasado –reclamó Zoraya.

–Tenías razón. Yahya no es de fiar –reconoció el Zagal–. No he podido demostrar nada, pero sé que está detrás de los pactos de Almería. –Bebió de su copa y se relamió. Se sentía satisfecho–. Sin embargo, en Baza me ha sido muy útil. Es un buen estratega y sabe ganar batallas. Él lo preparó todo, y funcionó. Necesito hombres así. –Apoyó los codos sobre las rodillas y se echó hacia delante, como si fuera a hacer una confidencia–. Como cualquier perro guardián, bien atado y alimentado será útil para defender mi casa.

Zoraya sonrió y alzó su copa para brindar por su astucia. Se recostó sobre su almohadón y emitió una leve queja. Su entrepierna estaba dolorida, pero no quiso manifestarlo. Asumió el dolor como pago por la protección del emir.

Murcia, julio de 1488

–¿Algo más, mi señora?

El confesor permanecía sentado. Se despegaba el escapulario con disimulo para refrescarse el pecho. A su lado, de rodillas, la reina

Isabel removía su conciencia y buscaba las palabras adecuadas.

La monarca castellana aún no había cumplido los cuarenta. Su cuerpo había perdido lozanía, pero, después de cinco hijos y algún aborto, seguía siendo una mujer hermosa. Sus ojos claros parecían inexpresivos, pero analizaban cada detalle con aguda inteligencia.

–Creo pecar de soberbia. –Fray Hernando giró la cabeza bruscamente hacia ella–. Veo a mis damas, a otras mujeres, y todas se someten sumisas a sus hombres... –Apretó con fuerza su inseparable libro de horas.

–Alteza –la interrumpió el confesor–, sois reina de Castilla además de mujer. Vuestro papel como soberana... –se detuvo un instante– es tan importante como el de esposa. Os debéis a vuestro pueblo y obráis bien cuando lo defendéis, aunque sea enfrentándoos a vuestro esposo –se atrevió a soltar al fin.

–Pero de una esposa se espera...

–Si me casara, de mi esposa esperaría sumisión. –Sonrió para que juzgara adecuadamente sus palabras–. Pero de mi reina espero que sepa defenderme, y que saque los dientes cuando sea necesario. –El tono de fray Hernando era sereno, pero sus palabras impactaban con contundencia en la conciencia de Isabel. Por eso lo había elegido como confesor y como consejero–. También espero de ella que cumpla su misión divina con todos los medios que tenga a su alcance.

Isabel pareció relajarse.

–A veces pienso que soy demasiado dura con mi esposo. Él tiene un reino que atender y lo obligo a dejarlo desatendido. Francia ocupando el Rosellón y la Cerdaña, los nobles en rebeldía y los turcos amenazando a Sicilia...

Fray Hernando se frotó la frente. No era fácil opinar sobre aquellas cuestiones.

–Vuestra alteza no lo obliga a desatender su reino. Le habéis ofrecido toda la ayuda de Castilla para resolver los problemas de Aragón, pero antes tenéis que resolver los vuestros. Fernando

comanda las tropas castellanas contra los moros de Granada, y algún día las comandará para defender Aragón. No hay nada malo en ello. –Miró a la reina a los ojos y reconoció a la mujer que nadie sabía ver en ella, la que sólo se mostraba en la intimidad de sus confesiones–. Sois devota, una buena católica, y vuestra labor en Granada es positiva para toda la cristiandad. Vuestro esposo está al llegar. Pronto sabrá de las últimas tensiones con el rey Carlos de Francia. Querrá responder. Es lógico, y debe hacerlo, siempre que no afecte a vuestra misión –sentenció categórico–. Recordad que él también es rey de Castilla.

Isabel reaccionó irguiéndose con orgullo.

–Es el legítimo esposo de la reina de Castilla –precisó.

–Ya, ya, mi señora. No está por encima de vos. –Con gesto dulce posó su mano sobre las de ella, que seguían aferradas a su libro–. Por encima de vos sólo está Dios.

Ambos sonrieron. Fray Hernando se alegró de verla con aquella expresión alegre que últimamente parecía haber desaparecido de su rostro. Terminó la confesión y la reina se sintió reconfortada. Se había criado con una madre profundamente religiosa que había encomendado su formación a monjes jerónimos y franciscanos. La fe era un pilar básico de su vida y de su gobierno.

Mientras fray Hernando de Talavera se quitaba el escapulario, Isabel se ajustó sus lentes para observar los documentos que su confesor tenía desplegados sobre una mesa. Había anotaciones relativas al obispado de Ávila, del que era titular. La reina se centró en varios pliegos que recogían cientos de anotaciones numéricas, acompañadas de nombres de ciudades.

–¿Las bulas de cruzada?

Fray Hernando se acercó a ella y revisó los documentos. Asintió.

–Las cuentas se han recuperado, alteza. Esta campaña ha sido corta. Hemos podido pagar los préstamos del pasado año. –El largo asedio de Málaga había resultado desastroso para las finanzas de la guerra–. La imprenta sigue trabajando sin descanso y las

indulgencias son compradas en todo el reino. –Tomó uno de los rollos y lo sujetó abierto con ambas manos–. Estos números son de los últimos meses. Hay muchos hombres trabajando para la Cruzada. Predicadores, receptores de limosnas, contadores, tesoreros... Gracias a ellos y a Dios, contamos con reales suficientes para otra campaña.

–Gracias a Dios. –Isabel volvía a tener el semblante serio–. Hemos dado descanso a los hombres. El próximo año podremos acometer mayores empresas.

–¿En qué pensáis, señora?

–Hemos golpeado las extremidades del Zagal. Ahora golpearemos su corazón.

–Guadix... –pronunció pensativo fray Hernando. Isabel negó.

–Guadix es su cabeza. Baza es su corazón.

Moclín, agosto de 1488

–Mi señor Martín, ¿peleó mi padre? –preguntó el niño mientras caminaba por la ribera del Velillos.

El alcaide le puso la mano en el pecho y lo hizo callar. Los hombres que los acompañaban se adelantaron varios pasos y armaron sus ballestas.

–No quiero riesgos –dijo en voz queda Martín de Alarcón–. Si no viene a nosotros, dejadlo marchar.

El oso estaba a un tiro de ballesta. Se acercó al río, bebió agua y se introdujo en la corriente. Luego se sacudió en la orilla y se alejó hacia los bosques de chaparros.

La partida de caza reanudó la marcha y se adentró en el barranco del Velillos, bajo la fortaleza de Moclín.

–Ahmed –Martín retomó la conversación–, ni tu padre ni yo peleamos aquellos días. Nosotros dirigimos a los hombres para que ganaran la lucha. –Se refería a los duros enfrentamientos que habían ocurrido en las calles del Albaicín cuando Boabdil entró de improviso en el arrabal para disputarle el reino al Zagal. El alcaide de Moclín

había formado parte del socorro enviado por Isabel y Fernando al rey Chico–. Pero en otras ocasiones nos hemos visto obligados a luchar. Tu padre peleó con valentía en la batalla de Lucena. –El guardia negro que acompañaba al infante de Granada prestó especial atención–. Cayó preso, pero con su espada en la mano.

El niño asintió. Ya conocía aquella historia. Su padre fue hecho prisionero en aquella batalla en la que su abuelo Alí-Atar perdió la vida. No guardaba recuerdos de Boabdil, pero aquellos relatos habían conformado una imagen de él como un adalid sabio e implacable. Cuando el infante fue entregado como rehén a Castilla, como parte de los acuerdos para la liberación de su padre, una pequeña corte granadina lo acompañó. Ellos se encargaban de alimentar esa imagen y de recordar al niño sus orígenes y su destino.

«Mi niño. Algún día serás emir de Granada, con la ayuda del Compasivo», solía decirle su nodriza Adhara en el árabe de su tierra.

Llegaron a un salto de agua y la partida se apostó sobre una roca. Martín pidió su lúa al halconero. El gerifalte, el mejor de sus halcones, se posó enseguida sobre su antebrazo. Se lo habían traído de tierras germanas y había sido el único capricho que se había permitido después de ser nombrado alcaide de la poderosa fortaleza de Moclín. No se veían palomas, pero pronto acudirían al río.

–La caza es un arte, Ahmed –le dijo Martín al niño mientras aguardaba una presa–. Te acercas, observas con las armas prestas, pero no te precipitas.

Descendiendo por la cara norte del barranco aparecieron tres palomas. El alcaide agitó el brazo y el halcón alzó el vuelo. El ave no tardó en alcanzar a una de las palomas y la agarró con fuerza. Picoteó su cabeza y cayó sobre ella en la tierra.

–Lo dejaremos cebarse.

Ahmed contempló cómo el pico del halcón extraía las vísceras de su presa. En toda guerra había un halcón y una presa. Él era granadino, aunque se había criado con los rumíes. En ocasiones, sentía que ambos bandos tiraban de él para ganárselo. Todavía era

niño, pero ya tenía claro que, como aquella mañana cálida de caza, él estaba cerca del halcón.

Sevilla, agosto de 1488

«Muerte a los marranos». Beatriz no sabía leer, pero había aprendido a identificar aquel texto que tantas veces había visto escrito en las paredes encaladas de su barrio. Junto a él, apenas perceptible bajo varias capas de cal, había otro que decía: «Muerte a los judíos». Ambos habían sido escritos con sangre de cerdo. Ya no quedaban judíos en la judería de Sevilla. Habían sido expulsados hacía cinco años, junto a los de Cádiz y Córdoba. La mayoría se había asentado en Extremadura. Sin embargo, quedaban los conversos, constantemente amenazados y bajo la sospecha de judaizar, de contaminar a los cristianos viejos y de alterar el orden del reino. La devota reina Isabel quería un Estado fuerte sostenido por los pilares de la ley, el orden y la unidad de fe. Ante la laxitud y la falta de fe, Isabel se mostraba inflexible.

«No reinaré sobre falsos cristianos. O son conversos sinceros, o sobran», les había dicho a los altos cargos del concejo sevillano. «Prefiero un judío a un mal converso». Lo decía convencida. El recaudador mayor del reino era judío, y otro hebreo era el principal prestamista para la financiación de la guerra de Granada. «Las manzanas y las peras sanas no se hacen daño, pero una sola manzana podrida acabaría pudriendo a las unas y a las otras». Partiendo de estos pensamientos, Isabel y Fernando habían instaurado la Inquisición en sus reinos. Tras un plazo de gracia para la conversión sincera, ésta comenzó a celebrar autos de fe.

Beatriz era marrana por puro azar. El destino quiso que naciera cuatro años antes de la conversión de sus padres. Éstos creyeron que el bautismo daría sosiego a sus vidas. «Sólo es agua», le había insistido su madre a su padre, «luego seguiremos con nuestras vidas en paz». Durante algunos años cesaron los insultos y los ataques. En la intimidad de su hogar la familia seguía celebrando los ritos judaicos. Iban a misa, comulgaban, pero también celebraban el Sabbat. No sospecharon que aquella doble moral estaba condenada

desde su origen. Llegó la Inquisición y cayó sobre Sevilla como un velo de oscura duda. Pronto comenzaron las pesquisas y las denuncias. Los encubridores también eran objeto de la ira de los inquisidores. Los padres de Beatriz fueron de los primeros en caer. Sus cuerpos ardieron en la hoguera del primer auto de fe, siete años atrás. Beatriz tenía trece años y se libró de la muerte por su edad y por su habilidad a la hora de responder al inquisidor. El hornero de su barrio se apiadó de ella y la acogió en su casa. Era un hombre amable, pero la hacía trabajar sin descanso. «Gánate el pan con mi pan», solía bromear. Beatriz no se quejaba. Tenía un techo y alguien que daba la cara por ella.

La joven apartó la vista de las letras pintadas con sangre. Torció el gesto y siguió caminando con su canasto apoyado en la cadera. Hacía semanas que no aparecían pintadas. A la entrada del horno la esperaba la esposa del hornero.

–¿Todo? –preguntó la mujer.

–Casi. Sólo han quedado tres panecillos.

La muchacha venía de vender panes de mijo a los pescadores del arenal. Varias veces cada mañana salía con su canasto rebosante de pan recién horneado. Recorría los barrios y mercados de Sevilla y, cuando terminaba, ayudaba a amasar.

Se disponía a entrar en el establecimiento cuando la mujer la retuvo.

–Aguarda. Hay alguien esperándote. ¿Quieres confesarte? –Con aquellas palabras le informaba de que se trataba de un canónigo del Salvador, cliente habitual.

Era un hombre de unos treinta años. A pesar de los esfuerzos de los reyes por suprimir las malas costumbres de los clérigos, la Iglesia seguía teniendo malas hierbas.

Beatriz le entregó el canasto a la mujer y le guiñó un ojo. Se ajustó el vestido y comenzó a rodear la casa para encontrar la puerta trasera. No iba obligada. El hornero intuía el negocio que las dos mujeres habían montado en su trastienda, pero hacía la vista

gorda. «Si la Iglesia participa, el negocio es menos arriesgado», se decía. El dinero no le venía mal, la última riada había llegado a dañar su casa.

La joven Beatriz caminó resuelta. Poco antes de llegar a su destino, alguien gritó a su paso:

–¡Marrana!

Era una voz femenina, pero no pudo localizar de dónde venía. Todas las ventanas permanecían cerradas. Entró en la trastienda, nerviosa. El recuerdo de sus padres le aguijoneó el corazón. Aquella palabra resonó en su cabeza como el peor de los augurios.

Guadix, agosto de 1488

El emir se calzó las botas de cuero sobre los amplios zaragüelles de lino. Fuera aguardaba un mozo con su yegua favorita. Un escudero portaba sus armas en una mula. Al Zagal le gustaba cazar con ballesta las piezas menores, pero alancear jabalíes era su verdadera pasión.

Salió sonriente de la torre. Estaba de un humor excelente. Desde la retirada de Fernando había podido devolver algunos golpes a los rumíes. Había llevado a cabo una importante razia en las inmediaciones de Alcalá la Real, y sus huestes habían conseguido tomar Níjar y otros puntos de la sierra de los Filabres. La última alegría se la había dado su cuñado. Yahya al Nayar había dirigido la ayuda que el emir enviaba a los alcaides de Almuñécar y Salobreña para la toma de Nerja. Con ayuda de los mudéjares, la población había caído en sus manos. Quedaba verano por delante y tenía diseñada una estrategia para atacar tierras murcianas, e incluso para incursionar en el corazón de la vega de Granada.

Montó su yegua y se puso al frente de la partida de caza. A la entrada del pabellón del harén estaba Zoraya con sus hijos de la mano. Había salido a despedirlo.

–Mawlana. –En el revuelo de hombres se destacó un emisario–. Vengo de Almería.

El Zagal leyó la misiva de su alcaide y una sombra se instaló en su mirada. El capitán cristiano de la frontera murciana había organizado una emboscada cerca de Almería y había cogido por sorpresa a una escuadra de jinetes musulmanes. En la misma carta le informaban de que la tierra había temblado en sus dominios. Varias torres de la muralla de Almería habían resultado dañadas. Los desastres de la naturaleza nunca escondían buenas señales. Al instante, vino a su memoria la inundación que desbarató los desfiles triunfales de su hermano, el emir Muley Hacén, durante la parada que había organizado ante las murallas de la Alhambra. «No hay gloria más que en Alá», dijeron los astrólogos de la ciudad, que vieron en el desastre un aviso de Dios para el emir. A partir de aquel día, el camino de Muley Hacén se torció y empezó su decadencia.

Sus manos temblaron ligeramente, pero supo disimularlo. Hablaría con su astrólogo y estudiaría las señales. Tal vez estaba a tiempo de corregir su camino. Dirigió la vista hacia Zoraya. La joven se había percatado de que algo oscurecía sus pensamientos. Le sonrió, pero sus ojos no acompañaron el gesto. A la vuelta hablaría con ella. Muley Hacén enojó al Altísimo encaprichándose de una esclava cristiana y dejando de lado su sangre. Debía aprender de sus errores. No podía seguir viéndola.

–¡El Compasivo nos conceda buena caza! –gritó.

Los perros ladraron y dos atabaleros comenzaron a tocar sus instrumentos. El Zagal salió de la alcazaba de Guadix envuelto en aquel ambiente festivo.

Granada, septiembre de 1488

–¡Niños, ya está bien! ¡A dormir!

La voz de Kasim hizo el silencio en la alcoba de sus hijos.

–Pronto tendremos que separarlos. Van sumando años y no es bueno que un niño y una niña duerman juntos –comentó la esposa.

–Lo tengo previsto. Pondré un colchón en el cuarto de las alacenas.

Amina buscó su mano sobre la sábana. Él se animó a acariciar su vientre, pero ella enseguida lo detuvo.

–Estoy cansada.

El esposo no tenía sueño, aunque se resignó.

–Hoy en la huerta todos hablaban sobre la campaña del Zagal. Ya se van dando cuenta de que es el único que puede salvar Granada. –El emir de Guadix había atacado a Boabdil en la misma Vega y había tomado Alhendín y Padul.

–Pero, Kasim, ¿todavía piensas que Granada tiene salvación? Somos una mosca en el culo de un buey.

Kasim se incorporó, irritado.

–Si estuviéramos unidos, seríamos la serpiente que se enrosca en las patas del buey. El problema es ése, siempre ha sido ése. Separados somos débiles. Unos con Boabdil, otros con el Zagal... Y otros con los rumíes –soltó con ira. Su hermano se había convertido a la fe cristiana para poder irse a tierras castellanas con su familia.

Se escucharon cuchicheos de los niños. Amina posó una mano en su pecho.

–Tranquilo. No es momento de alterarse. Será lo que el Altísimo disponga.

–Y también lo que nosotros queramos que sea, Amina. Tenemos que hacer algo.

La mujer suspiró. Conocía a su esposo, su carácter impulsivo e idealista.

–¿Qué podemos hacer nosotros? Sólo vivir y ver crecer a nuestros hijos.

–Precisamente por ellos, prima. –Los esposos eran primos por parte paterna. Kasim la llamaba así cuando quería que le prestara atención–. Precisamente por ellos. Granada es nuestro hogar, no podemos perderlo.

–Podemos perder la guerra y mantener nuestro hogar. –Kasim hizo el amago de protestar, pero Amina se adelantó–. En el mercado he

oído a un faquí que hablaba de unión entre los dos emires. –Kasim guardó silencio–. Mucha gente se arremolinó a su alrededor. Todos están cansados de esto. Confía.

Ella misma no confiaba en que la unión entre el Zagal y Boabdil pudiera salvar a Granada, pero necesitaba calmar a su esposo. Kasim se tumbó de nuevo. Amina suspiró y cerró los ojos. Su respiración se relajó enseguida y cayó dormida. Él, en cambio, seguía soliviantado. Se levantó y salió de la alcoba. Se dirigió al cuarto de alacenas y tomó su vieja ballesta, la que había heredado de su padre, la que había llevado a Moclín cuando luchó con el Zagal. Se sentó en un poyo y contempló la minúscula alberca que presidía el patio. Estaba vacía. El enlucido de azulejos estaba ennegrecido por el moho.

–Mi bisabuelo construyó esta casa. Mi abuelo hizo la alberca. ¿Quién acabará limpiando ese moho? –se dijo, agorero. Apretó con fuerza su arma–. La unión es el camino. Quiera Alá que sea posible.

Dirigió la vista al cielo repleto de estrellas y aguardó a que llegara el sueño. O el alba.

Guadix, otoño de 1488

El aguacero concedió una tregua pasado el mediodía. Las primeras lluvias habían dado por terminada la campaña. Desde el salón de su torre, el Zagal escuchó el llamado a la segunda oración del día. Cumplió con el rito de la ablución usando el agua de una tinaja. Luego ejecutó las prosternaciones y los rezos sobre una rica alfombra de hilos de seda. Su corazón latía con fuerza, estaba inquieto. Poco después de terminar, Zoraya entró en la estancia. Un pañuelo cubría sus cabellos, pero llevaba el rostro descubierto.

–Me has mandado llamar. –Estaba seria. Ya había percibido el distanciamiento del emir y se temía lo peor.

–Siéntate y bebe de mi vino. –Sobre una mesa de madera taraceada había una jarra con vino de la comarca de Baza.

–A esta hora no gusto, mawlana –rechazó ella con tono formal.

El emir se sirvió una copa y dio un largo trago.

–No soy partidario de la embriaguez, pero una copa no ofende a nadie –comentó a la joven–. Cometí un error. –Las sutilezas no eran propias de su carácter–. He recibido señales del Altísimo para que me enmiende. No puedo volver a verte. –Zoraya agachó la cabeza y aguardó–. No temas, seguirás bajo mi protección.

La mujer alzó la cabeza al instante.

–Mis hijos...

–Son mis sobrinos, hijos de mi hermano. Llevan la sangre de mis abuelos. Yo no tengo hijos varones.

Zoraya asintió. No necesitó más palabras para comprender. Si el Zagal no engendraba ningún varón, su primogénito sería su sucesor. Con eso le bastaba.

–Ambos sabemos ahora dónde está nuestra frontera. Podemos seguir viéndonos –dijo ella.

–La tentación habita en la cercanía. –Con estas sencillas palabras zanjó la cuestión. Zoraya seguiría viviendo en su corte, sus hijos se mantendrían en la línea de sucesión, pero ella no podría volver a acercarse a él.

–Sea como quieras, mawlana. El Compasivo te bendiga por acogernos.

Zoraya se retiró al harén. Entonces comprendió que el Zagal estaba perdido, acosado por supersticiones y temeroso del futuro. Su fe se quebrantaba. Había presenciado la caída de Muley Hacén y rogaba a Alá para no tener que recoger los restos de otro hombre derrotado. Si llegaba el caso, tenía claro lo que debía hacer. Era una superviviente, el madero de un naufragio que se movía entre las olas sin hundirse. Y así seguiría siendo.

Granada, otoño de 1488

–¿No pensarás que es una opción? –Fátima lo fulminó con la mirada.

–Nos haría más fuertes. –Ibn Kumasa titubeó. Comenzaba a dudar. Con gesto rápido, cogió un dulce de almendra de la bandeja y

se lo llevó a la boca.

–Si mi hijo se uniera al viejo zorro, ¿quién crees que gobernaría Granada? –bajó la voz–. Boabdil es bueno y voluntarioso, pero le falta experiencia. El Zagal lo manejaría a su voluntad.

El gran visir asintió. Por un momento había olvidado que a aquella mujer sólo le interesaba mantener su estatus como madre del emir. Fátima se puso en pie y caminó hacia la fuente baja que presidía la sala del Vino; la rodeó y, antes de salir al patio del Riyad, Ibn Kumasa la alcanzó. El hombre estaba obeso y resoplaba continuamente.

–Hay algo más –dijo Fátima la Horra–. El zorro ha dado señales de flaqueza –informó en voz baja. La madre de Boabdil tenía sus propios informantes–. Después de perder Vera, se encerró varios días en su torre de Guadix. –Agarró el brazo de su amigo Ibn Kumasa–. Es igual que mi difunto esposo. Hermanos eran. Fuertes, valientes, pero quebrantables por un solo revés. –Lo soltó y siguió caminando. Dirigió sus pasos hacia la salida del palacio–. Lo mejor ahora es dejar que los rumíes acaben con él.

–Con la ayuda del Altísimo –añadió el visir.

–Ay, amigo mío. A veces eres tan simple... Pide la ayuda de Alá para nosotros y deja que los rumíes se las apañen solos.

Ibn Kumasa soltó una risita nerviosa y se secó el sudor de la frente.

–Mi señora, ¿has oído lo de los faquíes de la alcazaba Cadima?

–¿Los del Albaicín? Claro. Ya tengo despachados correos.

–¿Qué va a hacer mawlana?

–Mawlana todavía no sabe nada. Iré a verlo luego y se lo contaré. –La mujer miró a Kumasa con suficiencia–. He mandado llamar al principal faquí para que venga a la Alhambra. Aquí escucharemos sus últimas palabras. –Soltó una carcajada. Solía hacer ese tipo de chistes que sólo le hacían gracia a ella.

–Señora, es un faquí –replicó el gran visir, escandalizado.

–Como te decía, a veces eres tan simple... El fuego se apaga con agua, pero esa misma agua se evapora con fuego. Si lo dejamos vivo, puede soliviantar al pueblo.

–Tuya es la decisión. –Inclinó brevemente la cabeza–. Me marcho, señora. Gracias por los dulces y por la hospitalidad. Al-Muleh debe estar ya en la Secretaría. Ese insolente osa reprenderme cuando llego tarde.

–Déjalo. Es muy rígido, pero inteligente. –Dio un manotazo al aire para quitarle importancia a sus defectos–. A veces parece que lleva un palo de lanza metido por el trasero. –En esta ocasión, su sentido del humor provocó sonoras carcajadas en Ibn Kumasa.

El gran visir cruzó la sala del Agua y salió al palacio de Comares. Fátima la Horra lo siguió y observó cómo atravesaba el patio de la alberca y se perdía en dirección a la zona administrativa. El hombre se bamboleaba; su peso le castigaba las rodillas. Nada tenía ya que ver con el líder que se alzó contra Muley Hacén y resistió sus ataques en la alcazaba, ni con el hombre que acompañó a Boabdil en la batalla de Lucena. Sin embargo, era el mismo, y Fátima le debía gratitud eterna.

La mujer accedió al patio sembrado de arrayanes del palacio de Comares. Hacía meses desde la última vez. El espejo acuoso de la alberca reflejaba la torre y los pabellones, duplicando el espacio. Observó el pabellón sur; en su mente resonó la risa juvenil de Zoraya. Muley Hacén había muerto, pero su ofensa seguía viva en el corazón de su viuda. Fátima también tenía sangre de emires. El repudio de su esposo fue un insulto a su linaje. Sin embargo, los dolores que sentía en el pecho iban más allá del orgullo de la sangre. Era una mujer, una madre, y el rechazo de Muley Hacén la hizo frágil y vulnerable. Fátima se quedó sola con sus hijos en el palacio del Riyad mientras su esposo vivía su nuevo amor en Comares. Podría haber perdonado un capricho, pero Muley Hacén desposó a la chiquilla y ésta le dio hijos varones que amenazaron los derechos de Boabdil. Luego vinieron el alzamiento y la lucha civil, el hijo luchando contra el padre, el exilio, la huida al Albaicín para

escapar de las amenazas del emir, la formación de partidos y la división de la ciudad.

«Fuiste tú, esposo, maldito idiota. Tú nos condenaste a esto».

No quería llorar, pero no pudo contener las lágrimas. Fátima la Horra era una mujer fuerte que, cuando fue necesario, sacó los dientes y llevó a Boabdil de la mano hasta el trono de Granada. Sus flaquezas eran para ella, de modo que se dio la vuelta y regresó al Riyad. En el patio, vio a Moraima saliendo rauda de los baños y dirigiéndose a la sala de la Miel. Al instante apareció Boabdil tras ella, sofocado. El joven emir ni siquiera reparó en su madre. Fátima tenía que hablar con él, contarle el asunto de los faquíes, pero supo que no era un buen momento. Se retiró a sus dependencias sacudiéndose los recuerdos que, insistentes, la castigaban.

* * *

–No lo vuelvas a intentar –reprochó Moraima a su esposo cuando estuvieron solos en la zona más privada del palacio del emir.

–Acabas con mi paciencia, mujer. Tenemos un deber como esposos, y yo tengo un deber con mi pueblo como emir.

–¿Un heredero? ¿Es lo que quieres? Ya tienes uno, y tu madre y tú lo usasteis como moneda para traerte de vuelta a Granada. –Lo señaló, acusadora–. Tráelo. Entonces abriré mis piernas para ti y te daré diez hijos más.

El chasquido de la bofetada resonó en la sala. Moraima lo miró, desafiante.

–Soy el emir de Granada. –La mirada de Boabdil se tornó gélida–. Estás doblemente sometida a mí, como esposa y como granadina. Ya estoy cansado de tu rechazo. Las sirvientas murmuran y se ríen de mí. No puedo permitirlo.

Moraima, sin dejar de mirarlo a los ojos, se echó sobre los almohadones del entarimado y abrió las piernas. Su piel todavía estaba húmeda por el baño de vapor. Boabdil se dispuso a tomar lo que se le ofrecía. No tardó en culminar y se quedó dentro de ella. Buscó su boca para besarla y Moraima se apartó.

–Eso sí que no. Desahógate conmigo, pero no me pidas más.

El esposo se puso en pie. Miró a su mujer en silencio y enseguida le dio la espalda y salió de la estancia. La ira de Moraima se disolvió y comenzó una llantera que la hizo encogerse de dolor. Alertada por sus gemidos, la esclava Nawar acudió a ella. Sin pedir permiso, envolvió a su señora con sus brazos y la acunó como a un bebé indefenso. Vio sus piernas desnudas y manchadas de semen. Comprendió lo que acababa de pasar. La dejó llorar en su pecho y se estremeció con su dolor de madre sin hijo y esposa sin marido. Moraima la abrazó, agradecida, y así, fundidas en un solo cuerpo con dos corazones heridos, se consolaron como viejas amigas.

* * *

A la sombra del muro occidental de la mezquita de Badis, en la alcazaba Cadima, los faquíes se reunieron con varios notables del barrio. Esa misma mañana había llegado un emisario de la Alhambra para invitarlos a una entrevista con el emir.

–Le han llegado nuestras palabras, alabado sea el Altísimo.

–Sí, Reduán, a veces prima la sensatez –dijo el faquí más activo del grupo.

–Lo harás bien. Sabrás convencer a mawlana.

–Sabremos convencerlo –replicó el aludido.

–No, no, amigo –respondió el faquí Reduán–. No cuentes conmigo para los honores. Nunca se me ha dado bien tratar con los poderosos, y las cuestas de la Sabika me vienen grandes. –Se tocó las rodillas. Tenía más de sesenta años y sufría dolores constantes en las articulaciones–. Mi sitio está en el barrio.

El otro faquí sonrió, benévolo.

–Bien, respetamos tu decisión. –Miró a todos los presentes–. ¿Alguien se ofrece a acompañarme? –Enseguida se alzaron cuatro brazos, de cuatro cabecillas de las principales familias de la alcazaba Cadima y el Albaicín. El faquí se levantó y comenzó a caminar. Cuando se dio cuenta de que iba solo, se giró hacia el grupo–. Vamos. Nos esperan en los palacios de la Alhambra.

Los cuatro hombres lo siguieron en dirección a la muralla sur de la alcazaba. Subieron al adarve y enfilaron la coracha. Mostraron la invitación a los guardias de la puerta de los Tableros, sobre el río Darro, y remontaron la ladera norte de la Sabika desde el alto adarve del camino fortificado. Llegaron a la puerta de las Armas y fueron conducidos al interior de la Alhambra por tres guardias bereberes. Entraron en la zona administrativa a la altura de la Cancillería y atravesaron los patios que precedían a la sala del Mexuar. Desde ésta accedieron al patio de la Ley, donde antaño los emires recibían en audiencia a sus súbditos. Allí los hicieron esperar, de pie, en la galería que había frente a la fachada del palacio de Comares. Nunca ninguno de ellos había llegado tan lejos en el interior de la Alhambra, y se recrearon en las perfectas proporciones y las formas decorativas de la fachada. El pequeño patio estaba presidido por una fuente baja cuya agua desbordaba continuamente y resbalaba por los bordes de la taza. El conjunto era armonioso.

Más de diez guardias se repartieron por el espacio y dos de ellos penetraron en el palacio. Pasada media hora, regresaron cargando una jamuga ricamente taraceada. La instalaron en el centro de la fachada, entre sus dos puertas. Enseguida aparecieron Ibn Kumasa y al-Muleh, que se colocaron a ambos lados del trono. El gran cadí de Granada accedió al patio y se situó en la galería, detrás de los invitados.

Cumpliendo un estricto ceremonial, apareció Boabdil vestido de negro con un turbante de blanquísimo lino. Los hombres agacharon la cabeza en señal de respeto. Los guardias golpearon el suelo con los regatones de sus lanzas y el faquí y sus acompañantes se arrodillaron. Boabdil se sentó y comenzó a hablar.

–Ha llegado a nuestros oídos que promovéis la unión de los dos emires de Granada. –Su tono era de pregunta y aguardó hasta obtener una respuesta.

–Mawlana, el Compasivo te colme de gloria –tomó la palabra el faquí–, hemos creído oportuno que los musulmanes dejen de pelear

entre sí y se unan en un frente común. –En ese instante, el viejo sintió que se había dejado llevar hasta una trampa.

–De manera que reconoces a dos emires en Garnata. –El faquí iba a hablar, pero Boabdil alzó la mano y un guardia amenazó con su lanza al anciano. Luego el emir dirigió la vista hacia el gran cadí, que asintió para dar fe de que lo había escuchado todo–. Debo recordaros que ya me uní a mi tío en una ocasión. ¿Sabéis lo que ocurrió entonces? –Los hombres lo sabían, pero callaron–. Él se quedó en la Alhambra y me envió a la frontera, a defender Loja. Los cristianos la atacaron y él... Ya lo sabéis. No envió socorro, dejó que Loja y yo cayéramos en manos del rey rumí. Los necios olvidan, yo no. –Boabdil se aferró a los brazos de la jamuga y continuó su soliloquio–. Muchos me acusan de debilidad, pero se equivocan. Nadie me ha dado la oportunidad de demostrar qué clase de emir soy... Hasta ahora. –El faquí y sus acompañantes sudaban y sus rostros se habían tornado lívidos. Habían comprendido que la trampa se cerraba inexorable sobre ellos–. También me han dicho que lleváis días soliviantando a los vecinos del Albaicín, intentando convencerlos de que lo mejor para salvar a Granada es la unión de los emires. Decidme, ¿quién gobierna Granada? –Guardó silencio unos segundos–. ¡Decidme!

–Tú, mawlana –respondieron cinco voces temblorosas.

Uno de los notables no pudo controlarse y se orinó sobre el mármol blanco.

–Bien. Entonces, ¿por qué tomáis decisiones por mí? –La acusación cayó sobre ellos como una losa. Boabdil había vivido las consecuencias de la división dentro de la ciudad; había visto derramarse ríos de sangre por las cuestas del Albaicín cuando le disputó el trono a su tío. No quería que la semilla de la discordia volviera a dar frutos entre los granadinos–. Nadie me ha pedido audiencia, nadie me ha consultado. Os habéis dedicado a envenenar los corazones de vuestros vecinos. Si estáis aquí es porque yo os he llamado. –Obvió el detalle de que había sido su madre la que había despachado al emisario–. Y os he llamado para juzgaros.

Miró de nuevo al gran cadí buscando su aprobación. Hubo un nuevo asentimiento que revistió de legalidad la decisión del emir. Boabdil se puso en pie y atravesó la puerta que daba acceso al palacio de Comares.

–Que Alá os perdone en su infinita misericordia –dijo desde el interior.

Dos de los notables explotaron en llanto y súplicas.

–¡Yo no debería estar aquí!

–¡He venido a acompañarlo! –Y señalaban al faquí.

Los otros condenados mantuvieron la compostura. Los cinco fueron ajusticiados allí mismo. Los guardias colocaron una alfombra vieja sobre el mármol y, encima de ésta, un tocón. Uno a uno, los hombres fueron decapitados.

Desde una ventana del piso superior, oculta tras la celosía, Fátima fue testigo de todo. Sonrió satisfecha cuando vio cómo los guardias clavaban las cabezas en picas para mostrarlas al pueblo. Cuando informó a Boabdil de lo que estaba pasando en el Albaicín, éste sufrió un ataque de ira. Fue él quien propuso que las cabezas fueran expuestas. «Así debe ser un emir: inflexible en su justicia, impío con sus enemigos», pensó Fátima.

Ibn Kumasa y al-Muleh se retiraron antes de que los guardias terminaran.

–Estas cosas siempre me dejan mal cuerpo. No acabo de acostumbrarme –comentó el gran visir.

–Eso significa que aún hay esperanza para ti, que queda compasión en tu corazón. –El ministro palmeó la espalda de su jefe, que se sintió reconfortado.

–¿A dónde nos lleva esto? –preguntó al aire Ibn Kumasa mientras ambos se acercaban a la alberca del patio de Comares.

–A mantener a Boabdil en la Alhambra –respondió al-Muleh. Bajó la voz para proseguir–. El Zagal se equivoca; peleando no va a

conseguir nada. Con Boabdil, Garnata sobrevivirá, aunque tenga que humillar la cabeza.

El gran visir asintió.

–Si nuestro papel es dejar que Garnata se humille, debemos procurar que los rumíes paguen bien por la humillación.

Sus posturas quedaron claras. Ambos eran conscientes de que el emirato estaba perdido, pero Ibn Kumasa era más ambicioso sobre lo que debía obtenerse a cambio.

Separaron sus caminos. Ibn Kumasa se dirigió al salón del trono, donde Boabdil lo esperaba. Al-Muleh salió por el pabellón sur del palacio y se encaminó hacia los baños de la mezquita. Necesitaba la purificación del agua.

* * *

El aire olía a tierra húmeda. Pasado el mediodía había caído un aguacero que había empapado el suelo. Las nubes habían dejado de descargar, pero seguían encapotando el cielo. El primer muecín en recitar el llamado a la oración fue el de la mezquita de Badis. A él lo siguieron los demás, llenando el aire con sus voces melodiosas.

Reduán salió de casa y se dirigió a la mezquita. Los primeros fríos azotaban Granada y el faquí se arrebujó en su pelliza de piel de conejo. Cerca se encontró con dos niños que correteaban por la calle.

–¡Venga, a casa! –los ahuyentó. Los conocía. Asistían a sus clases cada mañana en el patio de la mezquita.

Por la calle había pocos vecinos. A esa hora de la tarde los hombres preferían orar en sus casas. De la parte baja del barrio le llegó el sonido ahogado de la voz de un pregonero.

–i... hecho justicia! –Pudo identificar aquellas palabras.

Se asomó al murete que había al borde de la parata. Remontando el curso de la acequia desde la mezquita de los Morabitos, vio al pregonero al frente de una pequeña comitiva que portaba largos

palos. Varios guardias los protegían. En esta ocasión la voz le llegó con claridad:

–¡Estos agentes del Zagal querían la perdición de Granada y se les ha hecho justicia! –iba repitiendo una y otra vez, dejando una pausa entre cada pregón.

A su paso, los vecinos de la alcazaba Cadima se asomaban a sus puertas y ventanas. Reduán tembló. Distinguió cabezas ensartadas en las lanzas, pero no identificó sus rasgos. Cuando pasaron delante de él, reconoció a su amigo y a los cuatro notables del barrio. Los ojos abiertos, las bocas torcidas en muecas imposibles, los cabellos empapados de sangre. Reduán se descompuso y corrió a su casa.

–¿Qué tiempos vivimos? ¿Por qué dejas que esto ocurra, Alá Misericordioso? –sollozó entre lágrimas sentado en su letrina.

Luego tomó conciencia de que había salvado la vida por pura casualidad. «Me habría cambiado por cualquiera de vosotros», se dijo arrasado por el llanto.

–¿Qué me espera a mí? Sólo soy un viejo sin hijos y sin esperanza. ¿Vas a dejar que vea los horrores que se avecinan? –preguntó en voz alta mirando al techo.

Otra descomposición lo hizo evacuar de nuevo. Su vientre rugió.

–Maldito seas, Boabdil.

Medina del Campo, otoño de 1488

Fernando contemplaba divertido cómo le presentaban a las niñas. Isabel, a su lado, sonreía complacida. Sus hijas iban enfundadas en delicados vestidos de seda con encajes. María, la mayor de las dos con sus seis años, hizo una reverencia. Catalina, con los tres todavía por cumplir, intentó imitarla, pero no lo consiguió.

–Sois unas perfectas damas –les dijo el padre.

Por el marco de la puerta vieron asomar una cabeza. Era Juan, el único hijo varón de los reyes. Con un movimiento ágil y rápido arrojó una piedra al suelo.

–¡Un ratón! –gritó, y salió corriendo por los pasillos entre carcajadas.

Las niñas chillaron y saltaron, arrugando sus vestidos. Fernando puso orden. Se acercó a ellas, las abrazó y les mostró la piedra.

–¿Lo veis? No es un ratón.

El rey se enterneció, las besó en la frente y las dejó marchar.

–La reina y yo nos sentimos muy orgullosos de vosotras.

Las niñas soltaron risitas mientras se dejaban llevar de la mano por una dama.

–Habla con él –dijo Isabel con firmeza–. Si no, lo haré yo. Tiene ya diez años y es nuestro sucesor. Debe saber comportarse.

–La vida se encargará de borrarle las risas. Déjalo reír mientras tenga ganas –lo disculpó el padre.

–Soy madre y quiero lo mejor para él. Me gusta oírlo reír, pero cada cosa a su tiempo. A la hora de jugar, que ría lo que quiera. A la hora de aprender, que aprenda. Y a la hora de respetar las formas, que las respete. Yo también fui niña y tuve ganas de reír. –Perdió la vista en los muros de piedra, como si pudiera traspasarlos y llegar a ver a su madre en pie aplaudiendo sus teatrillos.

–He visto a Zafra con una cuadrilla de secretarios. –Fernando cambió de tema–. Están escribiendo las cartas de apercibimiento. Deberías reconsiderarlo, Isabel. Baza es fuerte y sus gentes están muy acostumbradas a la guerra. Es demasiado pronto para otra Málaga. –Al rey le preocupaba la reacción de los nobles y los concejos, pero también quería ocuparse de los asuntos de Aragón.

–Las grandes empresas requieren grandes voluntades, esposo mío. Dios nos mira y nos anima a no desfallecer. Hay que someter al viejo rey moro, y más vale hacerlo cuanto antes. Caído el Zagal, caída Granada. –Boabdil se había comprometido a entregar el reino entero una vez que su tío fuera eliminado–. Si lo hacemos bien, puede ser la última campaña. –Isabel apoyó su mano en el brazo de Fernando–. Las milicias de Dios cuentan con el mejor comandante. Sabrás llevarlas a la victoria.

El rey miró la mano de la mujer. Había sido un gesto recatado, pero sentir su tacto lo animó a probar un acercamiento.

–Siempre me tenéis a vuestro servicio, señora. Agradecédmelo.

La reina le devolvió la mirada con sorna. Hacía mucho tiempo que no le daba las gracias. Era reina y madre, aunque también mujer.

–Seguidme, esposo, que os daré las gracias.

Isabel caminó hacia la alcoba seguida por Fernando, que, con dificultad, ocultaba su erección. El hombre se creía vencedor, pero acababa de comprometerse a tomar Baza para mayor gloria de Dios y de Castilla.

Sevilla, invierno de 1489

Cuando Beatriz entró en la trastienda, el hombre se puso en pie. La joven cerró la puerta y se le acercó.

–Tú dirás.

–Vengo a verte. –Rebuscó en un bolsillo de la chaqueta y no tardó en mostrar sobre la palma de la mano una pieza de tela gruesa con una cruz bordada en rojo–. Tengo para ti mi cruz de cruzado. –La señaló con el muñón de su otro brazo–. Me ha costado dos maravedíes. –Beatriz no pudo evitar centrar la atención en la mano ausente, y el hombre se percató–. La perdí en la campaña de Málaga, luchando contra los moros.

La muchacha lo observó detenidamente. Era un hombre atractivo, recién entrado en la madurez.

–Mi compañía cuesta algo más que eso. –Ella intentó imprimir a su voz un tono amable.

El soldado volvió a meter la mano en su bolsillo y extrajo tres maravedíes.

–Con esto ya son cinco –dijo.

Beatriz sonrió, traviesa.

–Anda, miliciano de Dios, ven aquí que te consuele –dijo, y tomó el pago.

Beatriz solía cobrar más por yacer con un hombre, pero, en ocasiones como aquélla, estaba dispuesta a hacer excepciones.

Lo desvistió por completo, lo sentó en el suelo y se remangó los faldones, mostrando su sexo velludo.

–Dos cosas –avisó Beatriz–: nada de besos y no llegues dentro.

Él, sin apartar la mirada de su entrepierna, asintió varias veces. Ella se sentó sobre él y empujó con suavidad su pecho para que se tumbara por completo. Ambos se entregaron al placer, que fue intenso, aunque breve.

–Dime tu nombre –solicitó él jadeando–. Me lo voy a coser en la ropa.

Beatriz lanzó una carcajada.

–No seas estúpido y no vayas a enamorarte de mí, que no estamos en un romance de caballerías. Vístete. –El soldado manco obedeció. Antes de marcharse, la muchacha le advirtió–: Si quieres volver a verme, tendrás que traer más.

Le guiñó un ojo y se adentró en la sala del horno para darle su parte a la mujer del hornero.

* * *

Despuntaba el alba y el hornero y su esposa desayunaban pan tostado con aceite y queso. El repiqueteo de la lluvia sobre las tejas acompañaba al silencio del interior de la casa. Beatriz se unió a ellos con el camisón puesto. Se sentó a la mesa y tomó una rebanada de pan. Enseguida percibió que algo pasaba y miró inquisitiva al matrimonio. Sin pronunciar palabra, el hombre la llevó fuera y le mostró la fachada de la vivienda. Beatriz distinguió las letras rojizas, deformadas por la lluvia. «Marrana». Una vez más aquella palabra, aquella acusación que recaía sobre ella, amenazante. La muchacha entró y se colocó junto al horno para recibir su calor.

–Me voy hoy mismo de vuestra casa.

Ambos negaron con gesto grave.

–No te vamos a desamparar –afirmó el hornero categórico–. Pero hay que buscar una solución. Todos estamos en riesgo.

–Os debo la vida, no voy a dejar que os prendan por mí –insistió la joven, y comenzó a sollozar.

–Son avisos –dijo el hombre–. Si te hubieran denunciado, ya te habría prendido la Inquisición.

Tocaron a la puerta y los tres se tensaron. La esposa salió a abrir. Era una vecina que quería una hogaza pequeña. Se la vendió y regresó dentro.

–Me ha preguntado. Es una chismosa –comentó la mujer del hornero–. Quería saber por qué han pintado eso fuera. La he mandado a ocuparse de sus asuntos.

Beatriz explotó en llanto.

–Tranquila, niña. Estamos a tiempo. –El hombre se rascó la cabeza–. Os he dejado hacer vuestro negocio. –Miró severo a su mujer–. No niego que también me ha beneficiado, pero ha llegado el momento de parar.

–Dios santo, Gonzalo –intervino la esposa–. ¿Crees que somos estúpidas?

–Sólo quería dejarlo claro. A partir de ahora, Beatriz, cuida tus pasos. Ve más a misa, no sólo los domingos. Y muestra recato en la calle. –La muchacha asintió, todavía con lágrimas en los ojos–. Pensaré qué podemos hacer para arreglar esto. Vosotras dos –las señaló–, un paso en falso y acabamos los tres en la hoguera.

Beatriz intensificó el llanto. El miedo se acrisoló con los recuerdos, y los viejos dolores se avivaron. La mujer del hornero se acercó a ella y la abrazó.

–Tranquila, chiquilla. Encontraremos la manera. Ya sabes que este barrio está lleno de chismosas envidiosas.

La besó en la cabeza y la arrulló para que desahogara la ansiedad en su pecho. Por encima de Beatriz, la mujer miró a su esposo. Su mirada estaba colmada de sus propias ansiedades.

Granada, invierno de 1489

Kasim llegó al mercado del Ensanche pasado el mediodía. Amina lo vio acercarse con su almocafre al hombro.

–¡Esposo! Lávate antes de entrar en casa. –El tendero que la atendía se rio. Amina se llevó la mano a la frente. Miró sus pies. Iba descalzo, con las alpargatas en la mano–. Vas a enfermar. ¿Cómo se te ocurre? Con la humedad que hay, ¡y el frío! Anda, vete a casa antes de que cojas algo malo. Estoy terminando.

Kasim le hizo caso. Se adelantó y se limpió con agua de la tinaja. Cuando la esposa llegó, se estaba vistiendo con ropa limpia. La sucia yacía amontonada junto a las alpargatas embarradas.

–Están para tirarlas. –Amina señaló el calzado.

–Déjalas para días como hoy –indicó el marido–. Con tanta agua están proliferando las malas hierbas. No doy abasto. –Kasim estaba cansado, pero Amina se alegraba de que la huerta lo mantuviera tan ocupado–. Hoy había chismorreo en la Alberzana. Dicen que mi hermano está en Córdoba, que trabaja las tierras de un cristiano rico y que le han dado una casa cerca del río. –Chasqueó la lengua–. ¿Cómo pueden saberlo? Hablan por hablar.

–Ojalá tengan razón. No les deseo mal.

–Yo tampoco, prima. ¿Qué te crees? No tengo tan mal corazón. –Negó lentamente–. Pero... ha renegado de nosotros, de nuestra fe. No está bien. Si mis padres vivieran... El Altísimo les ha ahorrado la vergüenza.

–Tiene hijos de los que cuidar, y una esposa. No es fácil, Kasim. Nosotros no hemos visto los cañones disparando a nuestra casa.

El hermano de Kasim vivía en Íllora con su familia cuando los castellanos la atacaron y la sometieron por la fuerza. Fue entonces, tras la conquista, cuando tomó aquella decisión. Se dejó bautizar con los suyos y se alejó de Granada.

–Los veremos, Amina, veremos esos cañones.

–Por favor, no te pongas agorero otra vez. No vas a cambiar nada. –La desesperación acudió a sus ojos. Kasim recapacitó. Se acercó a ella y la besó.

–Hace tiempo que no te lo digo, pero te amo. Aunque me veas agobiado, no lo olvides nunca. –Amina se emocionó y sus ojos brillaron–. Han pasado ya años desde que nos casamos. Tenemos dos hijos y mucha carga. Todo cambia –le tomó una mano y se la llevó al pecho–, aunque sigues estando aquí dentro.

–Pareces un poeta –dijo la esposa. Sonrió, y el gesto hizo asomar una lágrima.

Kasim la volvió a besar y luego caminó hacia el zaguán.

–Voy a buscar a los niños. Ya es hora de almorzar.

Amina fue a la cocina para remover el guiso.

–Las macetas de mi patio echan flores en primavera... –cantó la mujer.

Kasim la escuchó antes de salir a la calle y se quedó un instante en el zaguán. Hacía meses que Amina había perdido la costumbre de cantar.

* * *

Antes de llegar a la placeta de la acequia, Kasim se encontró con su amigo Omar. Charlaba al sol con varios vecinos, pero en cuanto lo vio se acercó a él.

–El barrio está revuelto –le dijo Omar, señalando con la cabeza a los hombres que acababa de dejar atrás–. El Albaicín siempre ha estado con Boabdil, pero ahora el emir se ha pasado. Hasta yo lo veo. –Miró a ambos lados para asegurarse de que no había nadie cerca–. Eran buenos musulmanes. Por el Altísimo, un faquí...

–Te lo advertí –respondió Kasim–. No es bueno.

–Es su madre, él no vale para nada –replicó Omar.

–Me da igual quién toma las decisiones. Él es el que se sienta en el trono. Tomó la Alhambra mientras su tío iba a ayudar a Málaga, y ahora mata a nuestros hermanos. No quiero un emir así. –Se hizo un

breve silencio entre los amigos. Omar asentía, como si al fin hubiera abierto los ojos–. Te digo una cosa: si el Zagal viene a por Granada, le prestaré mis brazos.

Omar calló, pero su silencio ya representaba una concesión. Kasim siguió su camino. En la placeta vio a los niños. Su hijo estaba sentado en el suelo con tres amigos. Escuchó sus risas limpias, inocentes. Su hija jugaba con un caballito de madera que él mismo había tallado.

«¿Qué Granada les dejaremos?», pensó, embargado por la tristeza.

* * *

A primera hora de la mañana había nevado, pero la nieve se derritió enseguida. Un viento helado bajaba de la sierra y desde todas las chimeneas de Granada se veían ascender hacia el cielo las columnas de humo de los hogares.

El suelo de la sala de la Miel estaba cubierto de alfombras y, sobre ellas, se repartían tres braseros de bronce. Los almohadones habían sido sustituidos por bancos de madera y se habían colgado algunos tapices para ganar calidez. Moraima bordaba. A su lado, Nawar tejía una pequeña alfombra de oración.

–Avisa para que repongan las ascuas –solicitó la esposa del emir.

Nawar obedeció y poco después apareció el eunuco con un caldero metálico lleno de brasas. Las echó sobre las cenizas y se retiró.

–Nawar, háblame de tu vida en Fez.

La esclava sudanesa abandonó su tarea y dirigió la vista hacia las ventanas del mirador, por las que se veían distantes las casas encaladas del barrio de Axaris.

–Mi señora, la vida allí era parecida a la de aquí.

–¿Echas de menos a alguien?

Nawar meditó su respuesta.

–Mi antigua señora era buena conmigo.

Moraima miró fijamente a la esclava.

–Dime, ¿te has enamorado alguna vez?

Nawar comprendió a dónde quería llegar.

–Sí, señora. Dos veces. La primera, en mi tierra, aunque apenas era una cría. La segunda en Fez, pero era un amor imposible, prohibido.

Moraima suspiró.

–Ay, qué injusto es que a las esclavas no se os deje amar.

–Señora, podemos amar. El sentimiento vive en el corazón, y ahí no hay cadenas que lleguen.

Moraima se quedó pensativa. Nawar estaba en lo cierto. El corazón siempre era libre. Había mujeres condenadas a no casarse, pero que amaban con intensidad, y también había mujeres que, obligadas a casarse, no amaban a sus esposos.

–Tienes la sabiduría de tres viejos faquíes. –Nawar sonrió agradecida, aunque eludió la mirada inquisitiva de su ama–. Algún día tendrás que contarme algo sobre ese amor. Me encantan las historias de amor.

La sudanesa asintió y le dio las gracias por respetar su silencio.

Siguieron con sus tareas hasta que el segundo llamado a la oración las interrumpió. Allí mismo, oraron juntas, reducidas por la fe a una misma categoría.

* * *

–No os peléis y haced caso a vuestros padres.

Reduán dio por terminada la lección. Los niños se levantaron y jugaron a perseguirse entre los limoneros del patio de abluciones. «La risa de un niño es la mejor oración que podemos dedicar a Alá», se dijo. El viejo faquí era uno de los maestros de la mezquita de Badis. Llevaba años ejerciendo y se había convertido en un hombre respetado por la comunidad.

Caminó por las cuestas que llevaban a su casa. Vivía en el callejón de la Higuera, que debía su nombre a un gran árbol que los vecinos

habían cortado hacía años, cuando las raíces comenzaron a levantar los pavimentos de las casas más cercanas.

El maestro entró en su casa y, antes de que llegara al patio, tocaron a la puerta.

–Tome usted, maestro, y el Altísimo lo bendiga. Perdone el retraso. –La mujer le entregó una canasta con manzanas y peras. Era una vecina cuyo hijo estudiaba con él, y aquél era su pago.

–Gracias, Maryam. Alá te bendiga a ti también. Tu hijo está más calmado y aprende bien –añadió, por cortesía.

La mujer mostró una sonrisa de satisfacción. Conocía a su hijo y sabía de sobra que el maestro sólo estaba siendo amable, pero con eso le valía.

–Ándese con cuidado. Rezo todos los días al Compasivo para que lo proteja. –Bajó la voz–. Todavía tengo pesadillas con las cabezas de esos cinco. No quiero ni imaginar que le pueda pasar a usted algo así.

–Pues mejor que sigas así, sin imaginarlo siquiera. –Reduán sonrió para que no lo malinterpretara–. Quién sabe por qué pasó aquello... Quién puede entrar en la cabeza del emir, que Alá lo colme de sensatez.

–Qué bueno es usted. Nunca le he oído una mala palabra sobre nadie. Y eso que eran sus amigos. –Le agarró brevemente la muñeca y apretó–. Cuídese mucho.

La mujer se dio media vuelta y se marchó. «Qué triste es vivir en una ciudad en la que siempre es mejor callar, en la que siempre hay dos bandos», pensó el faquí.

Llevó la fruta a la alacena del patio. Las peras eran grandes y alargadas, de una variedad especialmente dulce que le encantaba a su mujer.

–Ay, esposa mía. Cuántas peras de Armilla te has quedado sin comer... –dijo en voz alta. Con los años había comenzado a hablar solo. Se le escaparon dos lágrimas.

Su esposa había fallecido hacía más de treinta años. Seguía recordándola y le dedicaba esa clase de amor puro que no deja que la realidad lo maltrate. La mujer se fue antes de darle hijos y él se quedó solo. Todos sus conocidos le recomendaron que se volviera a casar. No paraban de acosarlo, pero él nunca estuvo preparado para unirse a otra mujer. Durante el resto de su vida, el recuerdo de su esposa fue la mejor compañía que encontró. También halló consuelo en los libros. Con los años, fue conformando una extensa biblioteca que abarcaba desde textos religiosos hasta la poesía más descarada de las cortes Omeyas. Era un hombre respetado en su barrio al que muchos acudían para pedir consejo. Las mujeres de su callejón se turnaban para arreglar su casa, y a menudo le llevaban una ración de sus guisos. «Que no le falte de nada al sabio de la higuera», solían decir.

Reduán terminó de comerse la pera y se encerró en su estudio. En el atril le aguardaba una recopilación de poesía ascética. Se sentó sobre un almohadón, y, al leer los primeros versos, sintió que la paz penetraba por sus ojos y poco a poco se expandía por todo su cuerpo. De repente, dejó de sentirse solo.

Medina del Campo, invierno de 1489

–Vuestra reverencia, mi señora solicita confesión.

La dama mantuvo la cabeza gacha hasta que el confesor de la reina dejó a un lado los documentos que sostenía y centró la atención en ella.

–Bien, bien. Voy enseguida –contestó fray Hernando de Talavera.

Tenía muchas cuentas que revisar y dos asuntos urgentes que afectaban a su obispado de Ávila, pero la llamada de la reina no podía ser desatendida.

–Vuestra majestad, aquí me tenéis.

Isabel permanecía sentada en una jamuga y señaló un asiento libre junto al suyo. La reina se confesaba con frecuencia, pero aquel día no era confesión lo que buscaba.

–Reverencia, me siguen llegando rumores de mi esposo.

El confesor se llevó la mano a la frente y suspiró. «A mí también», le hubiera gustado decir.

–Alteza, cada cual responderá de sus pecados, pero sólo Dios sabe lo que es paja y lo que no de entre todos los rumores. –Él bien sabía que la paja era escasa.

–Si lo tuviera claro, mandaría azotar a esas mujeres –soltó airada Isabel, aunque al instante se ruborizó.

–Vuestros sentimientos son naturales, señora. Su majestad, el rey, tiene debilidades, pero es buen hombre –se obligó a decir para darle consuelo. La mañana del día anterior lo había visto coquetear en un pasillo con una joven dama–. Está consiguiendo grandes logros para Dios y para Castilla.

–Eso no lo puedo negar. Sabe ganar batallas. –Perdió la mirada en un tapiz–. Y lo amo.

Fray Hernando sonrió, conmovido.

–Y él os ama a vos. –Realmente creía que Fernando amaba a su esposa, a pesar de sus escarceos. Él también era hombre y sabía de las urgencias de la carne. El confesor tenía ya los sesenta años cumplidos y su ardor se había apaciguado, aunque recordaba los años mozos, el deseo que empujaba.

–Han pasado casi veinte años, pero parece que fue ayer cuando entró en Valladolid. –Isabel suspiró, emocionada–. Era un chiquillo, y yo otra chiquilla. Sin embargo, lo miré y quedé prendada. Nosotros queríamos hacerlo en secreto, pero el pueblo se echó a la calle. –Los ojos le brillaban. En silencio, recordó la noche de bodas, cuando recibió a su esposo y se convirtió en mujer–. Hemos hecho grandes cosas juntos.

–Y las que os quedan por hacer, alteza.

–Sí, lo sé. La misión de Dios no ha terminado. Por lo pronto, Baza. Ya están los secretarios preparando la carta de llamamiento.

La reina recuperó el brío y fray Hernando se complació al verla distraída del asunto de los rumores.

–Si vuestra alteza lo desea, podríamos revisar las nuevas cuentas de la Cruzada. –Isabel asintió–. Acompañadme a mi estancia. También veréis el libro que acaba de llegar de Portugal, regalo de la reina Leonor para vuestra hija. Es de vidas de santos y tiene unas miniaturas preciosas. –La infanta Isabel, hija mayor de los reyes, iba a casarse con el heredero al trono de Portugal.

La reina se puso en pie.

–Vamos, vamos, reverendísimo padre. Ya sabéis lo que me gustan esos libros.

Se agarró del brazo de su confesor.

–Y las cuentas, ¿son buenas?

–Lo son, mi señora. –Su mirada, sin embargo, se ensombreció–. Pero a partir de ahora tendremos problemas. El santo padre se niega a prorrogar la bula de Cruzada. Tendríamos que mandar una embajada.

–Y subir impuestos –añadió, categórica, Isabel–. La guerra no parará hasta que Granada sea de Castilla. Y de Dios.

Sevilla, primavera de 1489

Beatriz recorrió el arenal hasta llegar al puente de barcas que conectaba Sevilla con Triana. Le quedaban unos pocos panes del segundo cesto.

–¡Aquí, panadera! –la llamaron los calafateadores que trabajaban en la puerta de Triana. Una crecida del Guadalquivir había inundado parte de la ciudad y los reyes habían mandado fondos para calafatear las puertas más expuestas a las riadas.

La muchacha se acercó a ellos y les ofreció el género que le quedaba. Lo compraron todo y le dieron una buena propina.

–Te hemos dejado sin panes, moza –le dijo uno de los hombres, que lucía el rostro manchado de brea–. Pero, si quieres, aquí tenemos unos cuantos para darte.

Beatriz comenzó a caminar de inmediato hacia la puerta del Arenal. Se oyeron carcajadas detrás de ella.

–¡No le hagas caso! –se animó otro–. Él tiene un pan demasiado pequeño, una pulguita. ¡Toma el mío!

La joven se perdió en el bullicio que atestaba el arenal. Entró en la ciudad. Ya en casa, la esperaban el hornero y su esposa, acompañados por el canónigo del Salvador que solía visitarla.

–Dios te bendiga, Beatriz.

La muchacha ni siquiera pudo responder al saludo. El hornero la invitó a sentarse.

–Ha venido a ayudarnos, tranquila.

El canónigo cruzó las piernas y comenzó a hablar con voz pausada.

–Gonzalo vino a verme hace unos días. –Señaló al hombre–. Alguien te mira mal en el barrio. –Un temblor involuntario sacudió los labios de la muchacha–. Debes comprender que es una situación delicada. La Inquisición pregunta poco en estos casos. Está el asunto de tus padres y tus dedicaciones de los últimos tiempos. –Beatriz abrió la boca, pero el canónigo continuó–: No voy a juzgarte, sólo Dios puede hacerlo. Lo que yo puedo hacer es ayudarte, desde mi humilde posición. –Un atisbo de esperanza asomó a los ojos de la joven. El hornero la miró y le dedicó una breve sonrisa–. He estado investigando. Tu nombre ya suena en el Tribunal. Sin embargo, conozco a uno de los inquisidores y tengo cierta influencia sobre él. –El canónigo conocía sus tendencias sodomitas de cuando estudiaban juntos en Salamanca–. No creas que puede hacer mucho, pero juntos hemos visto una solución.

–Por Dios, reverendo padre, soltadlo ya. –Beatriz no se pudo contener.

–Sevilla ha sido muy castigada este invierno por la riada –abrevió–. Los regidores han pedido una quita de nuestra contribución a la campaña y los reyes han accedido. Irán menos hombres, pero a cambio irán más mujeres. Un ejército necesita lavanderas y cocineras. –Beatriz se llevó las manos a la boca y la mujer del hornero comenzó a llorar en silencio–. Si te ofreces

voluntaria, el Santo Oficio ignorará las acusaciones. Si te quedas, sólo encontrarás un destino.

La joven se entregó al llanto.

–¿Y bien? –preguntó el canónigo pasado un rato.

–¿Qué esperáis que haga? ¿Acaso hay otro camino? La muerte o la guerra. –Se enjugó las lágrimas y suspiró–. Pues vayamos a la guerra.

El hornero se excusó y se retiró para que no lo vieran llorar. La esposa le agarró una mano a Beatriz y la apretó con fuerza.

–Bien. Hablaré por ti. –El clérigo se puso en pie–. Aprovechando que estoy aquí, antes de marcharme, ¿quieres confesarte?

Beatriz comprendió enseguida en qué consistía su propuesta. No estaba de ánimo para confesiones, pero sabía que le debía la vida a aquel hombre.

–Sí, reverendo padre. Mi alma necesita consuelo.

Ambos se perdieron camino de la trastienda.

Granada, primavera de 1489

Sentado en un banco de madera, en la sala templada de los baños del Emir, Boabdil se dejaba recortar la escasa barba. La futa que cubría sus vergüenzas se había cubierto de cabello y el joven emir comenzaba a sentir picores.

–Abrevia –ordenó, y el barbero se apresuró con la tijera.

Cuando se quedó solo, Boabdil se quitó la futa y la sacudió. Se sumergió en la pila de agua fría y regresó a su banco de la sala de vapor.

–¡Agua! –gritó.

Al instante, apareció un mozo que derramó un caldero sobre el suelo caliente. Al siseo siguieron nubes de vapor que aumentaron la temperatura de la estancia. Una agradable sensación de hormigueo recorrió su cuerpo.

–Mawlana, con vuestro permiso.

Era el hombre al que esperaba. Boabdil se echó a un lado y lo animó a sentarse junto a él.

–Percibo tu inquietud. Adivino que no has encontrado sosiego –dijo el recién llegado.

–Al-Pequeñí, no es fácil gobernar un pueblo –respondió Boabdil–. Sé que era necesario, pero mi conciencia...

–La conciencia es un lobo que nos devora desde dentro –sentenció el viejo sabio.

–Cuatro musulmanes de buenas familias y un faquí como tú.

–Mawlana, a través de la yihad, un emir se enfrenta a los infieles. A través de la justicia, el emir se enfrenta a su propio pueblo. Así ha sido siempre y así debe seguir siendo. Que no te tiemble la mano para segar la mala hierba.

Boabdil sonrió, aunque sus ojos seguían inundados de tristeza.

–Siempre tienes la respuesta que necesito. Mi mano no tembló cuando los juzgué. Pero luego llegaron los sueños.

–No dejes que te corroa la debilidad –advirtió al-Pequeñí.

–Nadie ha podido verla, salvo tú.

–Y tu madre, señor. Nada escapa a la mirada de Fátima la Horra.

–Bien la conoces. –El faquí asintió–. Soy joven. Sin embargo, mi camino ya está teñido de sangre. Soy un hombre desgraciado. ¿De qué me sirve el poder? Me ha enfrentado a mi padre, me ha quitado a mi hijo y me ha alejado de mi esposa. Incluso mi pueblo parece rechazarme.

–El emirato conlleva sacrificios sin gratitud. Garnata necesitaba un emir como tú. Caíste preso y entregaste a tu hijo para darle a tu pueblo esperanza. No busques la alabanza, no la vas a obtener. Haces lo correcto para Dios, para tu esposa, para tu hijo y para tu pueblo. Eso, aunque nadie sepa valorarlo, es lo único que importa, mawlana. Las espaldas del emir deben ser las más fuertes. –El faquí solía hablar de forma poética.

Boabdil se sumió en sus pensamientos. Vivía días grises. Moraima se le entregaba sin resistencia, pero el amor que antaño asomaba a sus ojos se había esfumado. Su hijo crecía bajo los cuidados de los rumíes, y en las calles del Albaicín, siempre fiel a su causa, se susurraba el nombre del Zagal.

–Vete, viejo amigo. Agradezco tu consuelo, pero ahora necesito soledad.

Al-Pequeñí agachó la cabeza y salió de los baños. Boabdil contempló el suelo. A través de una lumbrera, el sol había dibujado una gran estrella de luz a sus pies.

«¿Cuánto tiempo podré soportar esta carga?».

Moclín, primavera de 1489

El sol despuntaba sobre el monte Sulayr cuando Ahmed se despertó y saltó de la cama. Se lavó con agua de la jofaina, oró sobre su alfombra y bajó las escaleras.

–La paz sea contigo, Ahmed. Buenos días –lo saludó su nodriza en árabe–. ¿Has orado?

–Sí, Adhara.

–Bien, chico. Desayuna, que pronto estará aquí tu maestro. Ahí tienes leche, pan y fruta. –Señaló la mesa–. Y mira lo que nos han traído. –Tomó un cuenco de loza para mostrárselo al niño–. Dátiles. En nuestra tierra hay muchos, pero aquí son escasos. Prueba, son dulces. –Ahmed cogió uno, lo mordió y su mirada se iluminó–. ¿Lo ves? Un manjar.

Adhara continuó amasando pan. El niño se sentó y comenzó a desayunar.

–Kamal me dijo ayer que el tío Zagal caerá este año y que pronto volveremos a Granada.

–El Altísimo le dé la razón, pero Kamal habla sin saber. –El hombre era el guardia sudanés que custodiaba al príncipe–. Todos queremos que caiga el Zagal y que tu padre, Alá lo bendiga, nos pueda llevar pronto con él.

–¿Echas mucho de menos Granada? –preguntó Ahmed.

Adhara sacó las manos de la masa y resopló para apartar un mechón de pelo.

–Chico, aquí nos tratan bien. Nos han dado una casa bonita y nos cuidan. Pero Garnata... –Sus ojos parecieron brillar ante la visión de la ciudad–. Garnata es la ciudad más bella que el Arquitecto ha puesto sobre la tierra.

–Háblame de ella, Adhara. –El niño cogió otro dátil.

–Granada tiene dos ríos y dos grandes colinas sobre las que se alzan fuertes alcazabas. Por todas partes hay acequias y aljibes, y baños para lavarse.

–¿Cómo los de aquí?

–Los de Moclín son un retrete mal ventilado comparados con los peores de la medina de Granada.

Ahmed se carcajeó. En ese instante, su maestro entró en la casa.

–La paz sea con vosotros. Veo que hoy estáis de muy buen humor.

–Mamá, que es muy graciosa –explicó el niño sin parar de reír.

Adhara y el maestro se miraron. La nodriza, enternecida, sintió como el pecho se le desgarraba antes de poder hablar.

–Chico, tu mamá es Moraima, y te quiere mucho. –Ahmed detuvo la risa. Se acababa de dar cuenta de su error–. Aunque yo te quiero como si fueras hijo mío.

El niño no había conocido a otra madre que a Adhara. De igual manera, la nodriza no tenía más hijos que él.

–Vamos, Ahmed –lo animó el maestro para desviar su atención–. Abre tu atril y toma el Libro. Busca la sura de la claridad de la mañana.

El príncipe se sentó en el suelo, abrió su atril de tijera y, bajo la atenta mirada del maestro, colocó el sagrado Corán sobre él. Los pájaros cantaban cuando comenzó a recitar.

Guadix, primavera de 1489

Yahya entró en la sala principal de la torre y se encontró al Zagal recostado sobre un almohadón. Sobre una mesita de taracea había una bandeja con infusiones.

–Siéntate, cuñado. –El Zagal señaló un almohadón dispuesto al otro lado de la mesa–. Los rumíes se reúnen cerca.

–¿Dónde?

–En Arjona y Porcuna. La cuna de nuestra dinastía –añadió con tono melancólico.

–¿Vendrán aquí?

–No. Están arreglando los caminos que llevan a Baza. –Las intensas lluvias habían desbordado ríos y estropeado las rutas.

Yahya pareció relajarse.

–Entonces no hay problema. Ya sabemos cómo es Baza.

–Cuñado, al mejor bastetano le ganarían cinco castellanos mediocres. Son muchos. Tenemos informes.

–También hay que contar con las murallas –argumentó Yahya.

–Decenas de miles. –El adalid guardó silencio y recalibró sus estimaciones–. Nos tienen ganas. Una vez que acaben conmigo, tendrán Granada.

–Debemos resistir –dijo el antiguo gobernador de Almería.

–Voy a mandar un refuerzo. Tú irás al frente. Sabes liderar hombres en batalla –reconoció el emir.

–¿Seré alcaide?

El Zagal entornó los ojos y bebió de su vaso.

–No. Muhammad seguirá siendo el alcaide. –Soltó su vaso en la mesita–. Tú serás el general de las milicias y organizarás la defensa.

La jugada del emir contaba con la habilitad militar de Yahya y la fidelidad de Muhammad. No se fiaba de su cuñado, aunque lo necesitaba.

–Sea tu voluntad y el Altísimo nos dé la victoria.

–Sólo Alá es vencedor –remató el Zagal, recitando el lema de la dinastía Nazarí.

* * *

El emir salió de su residencia y se encaminó hacia las caballerizas de la alcazaba. Su yegua favorita estaba enferma y quería consultar al palafrenero sobre su estado. A medio camino se encontró con Zoraya, que se afanaba en el cuidado de unos rosales.

–Tengo jardineros que se ocupan de las flores.

La joven se volvió hacia él y le dedicó una sonrisa fugaz.

–Me viene bien mantenerme ocupada.

Las rosas le recordaban los tiempos calmos de su infancia, antes de que aquella cabalgada mora la acabara convirtiendo en esclava. En la iglesia de su pueblo había plantados varios rosales y los niños solían coger sus flores.

–¿Qué te inquieta? –preguntó el Zagal.

Zoraya dejó las tijeras y se puso en pie.

–Al harén también llegan las noticias. Vienen los rumíes con más fuerza que nunca. ¿Qué será de mí si perdemos esta guerra? Ya no soy una de ellos, y tengo dos hijos de los que cuidar. –Su boca tembló.

El Zagal la tomó por los hombros y la miró fijamente a los ojos. Su mirada de león se enterneció ante la ansiedad de la mujer.

–No puedo garantizarte la victoria. Sólo el Omnisciente sabe si venceremos en Baza. Pero sí puedo darte una garantía: tu destino y el de mis sobrinos será el mismo que el mío. Os beneficiaréis de mi victoria, si Alá me la concede, y obtendréis lo mismo que yo en caso de derrota. –Le apretó los hombros–. ¿Me entiendes?

Zoraya asintió. Era la primera vez que escuchaba de sus labios la palabra «derrota». Aunque le costara admitirlo, la voluntad del Zagal se quebraba.

–Gracias, mawlana.

–Tranquila –le dijo él antes de seguir su camino–. En el fracaso, no lo quiera Alá, también hay concesiones.

La joven viuda de Muley Hacén simuló haberse tranquilizado, pero, en el fondo de su alma, siguió bullendo la inquietud.

«En muchos casos, derrota significa muerte», se dijo.

Jaén, primavera de 1489

Alrededor del camino, en los campos inmediatos a la ciudad, cientos de vecinos gritaban alabanzas a sus reyes y a Dios.

–¡Fernando e Isabel! ¡Por la gloria de Dios!

–¡Granada para Castilla!

Isabel, montada en un caballo blanco y luciendo los atributos de su condición de reina, acompañaba a su esposo. Fernando llevaba puesta una coraza, parcialmente cubierta por una capa de terciopelo. Tras ellos, varios portaestandartes lucían los pendones que iban a ser conducidos a la guerra. La noche anterior habían sido velados en la catedral de Jaén.

Los monarcas llegaron al lugar donde aguardaba la tropa y escenificaron su despedida. Fernando, sin desmontar, tomó la mano de Isabel y la besó dulcemente.

–Adiós, esposo. Que Dios te proteja en esta empresa.

–Adiós, esposa. Queda con Dios.

El rey de Aragón se puso a la cabeza de su ejército. El aire, todavía húmedo, arrastraba hasta él las últimas loas de los jienenses.

La reina regresó a Jaén. Estaba excitada. Aquélla podía ser la última campaña de una guerra de desgaste que se alargaba ya ocho años. Se dirigió a la catedral de la Asunción de la Virgen para asistir a una misa solemne con rogativas. El edificio amenazaba ruina y pronto sería derribado para erigir un nuevo templo sobre sus restos. Aquella catedral gótica era una excelente metáfora de lo que la reina aspiraba a hacer con Granada. «Si es preciso, la derribaré para construir una nueva ciudad. La conquista no será el último paso».

* * *

Había comenzado junio y las lluvias parecían remitir. El sol secaba el barro; los caminos, con la ayuda de los zapadores, se hacían más practicables. La tropa había llegado a Zújar con graves dificultades y llevaba ya siete días ante sus muros. Los moros resistían. Su empeño supuso una advertencia para los cristianos: no sería fácil tomar Baza. Los mahometanos quemaron los bancos pinjados, deshicieron las minas y derramaron aceite hirviente sobre los hombres que intentaron asaltar las murallas.

Fernando discutía con Hernando de Zafra la colocación de un real por el lado de Baza, al sur, para cortar las comunicaciones de Zújar. Un emisario lo interrumpió.

–Vuestra majestad, pedisteis que os avisaran de inmediato. La artillería está llegando. –Las bombardas habían salido de Écija con antelación suficiente, pero las lluvias habían retrasado su llegada.

Fernando palmeó el hombro de su secretario.

–No harán falta más reales. Mañana se rendirán.

El vaticinio del rey se cumplió. En cuanto llegaron, las bombardas fueron montadas y apuntaron a las murallas. Las explosiones se sucedieron sin interrupción hasta que uno de los paños principales resultó parcialmente derribado.

Los disparos cesaron durante unos instantes y por todo el campamento sonaron vítores y arengas. Enseguida, dos enseñas blancas asomaron sobre los almenados. Zújar, consciente de su perdición, se rendía.

* * *

El hombre se despertó gritando, sacudido por convulsiones de dolor.

–Otra vez no... –suplicó Beatriz, que lavaba los paños enrojecidos.

Se trataba de un cordobés que había resultado gravemente herido durante el último intento de asalto. Los defensores habían derramado aceite hirviendo sobre la escala por la que ascendía. Su

cabeza, sus hombros y su espalda habían sufrido severas quemaduras que los físicos trataban en uno de los pabellones del hospital.

En torno a la tienda se armó cierto revuelo. Dos físicos acudieron al interior y comenzaron a gritar y a dar órdenes.

–¡Paños limpios!

Beatriz se estremeció, pero reaccionó de inmediato. Tomó tres paños secos del tendedero y corrió. Nada más entrar, quedó paralizada. Los médicos sujetaban al hombre por los brazos, pero no podían contener sus convulsiones. Uno de ellos intentaba extraer de su pecho un puñal.

–¡Dejadme morir de una vez! –gritó con todas sus fuerzas.

El físico consiguió agarrar la empuñadura y tiró de ella hacia fuera. La sangre brotó, generosa.

–¡Paños, maldita sea!

Beatriz se acercó temblando y le entregó las telas. Con ellas intentaron taponar la herida. El cordobés seguía retorciéndose y dificultaba su trabajo, pero no tardó en calmarse. La sangre seguía saliendo de su cuerpo.

–¡Padre! –gritó un médico.

El fraile que rondaba el hospital entró con los óleos. Vio el puñal ensangrentado y contempló la sonrisa extrañamente serena del moribundo. Negó con la cabeza.

–¡Piedad, padre! –lo conminó el otro médico.

El fraile se acercó disgustado y cumplió con el rito de la unción.

–Que Dios decida, pronto le verás el rostro –dijo al terminar.

Todavía tardó un rato en morir. Cuando se apagó, los médicos se santiguaron y entonaron una oración por su alma.

–Llama a los mozos para que lo saquen –le dijeron a Beatriz, y le entregaron los paños ensangrentados.

La joven los sostuvo apartados de sí para que la sangre que chorreaba no manchara su vestido. Estaban calientes y Beatriz sintió náuseas. Salió y se dirigió a la tinaja. Estrujó las telas y vio cómo el líquido rojo manchaba la tierra. Comenzó una llantera sorda que la acompañó mientras los lavaba.

Doña Juana de Mendoza se acercó a ella. La dama, amiga y consejera de la reina Isabel, estaba al frente del hospital.

–Reza por los caídos –le dijo a la muchacha–. Eso te dará consuelo. La muerte es parte del plan de Dios, hija mía. ¿Habías visto antes morir a alguien?

Beatriz recordó las hogueras que consumieron a sus padres en el auto de fe.

–No, señora.

Doña Juana esbozó una sonrisa compasiva.

–Te curtirás. –Apoyó una mano en su hombro–. Conozco tu historia. Yo misma te elegí. Sé que el hospital es un destino difícil; aquí verás lo peor de la guerra. Pero haces bien tu trabajo y Dios te recompensará.

–Gracias, señora Juana. Es usted muy buena conmigo.

Beatriz continuó con su tarea. Sus pensamientos se tornaron sombríos. La misma reina que sometió al pueblo de sus abuelos trataba ahora de someter a los moros. En aquella tierra no había otro camino que el de ser cristiano.

En el doblez de un paño, la joven se encontró con un resto de piel y no pudo contenerse. Vomitó sobre el charco de sangre. Luego retomó el llanto.

«Malditas sean las guerras».

* * *

La tienda del rey comenzó a vaciarse. Los nobles de su Consejo de Guerra se habían reunido con él para tomar decisiones. La resistencia de Zújar le había dado a Baza más tiempo para preparar su defensa.

–Duque, esperad –llamó el rey. Rodrigo Ponce de León, duque de Cádiz, se quedó junto a Fernando–. La artillería es lenta y los caminos están dañados por el agua. El Consejo tiene razón, hay que salir ya de Zújar y apretar el paso.

–Vuestra alteza, el campamento ya se está desmontando.

–Me complace, Rodrigo. Pero quiero una avanzada que inicie el cerco lo antes posible. Los escuchas dicen que no paran de llegar hombres y mantenimientos a Baza. Hay que cortarles el paso. ¿Podrás encargarte?

El duque sostuvo la mirada del rey. La pregunta sobraba. Ya había demostrado de sobra que era el mejor de sus capitanes en aquella guerra. Había orquestado la toma de Alhama, había recuperado Zahara de la Sierra, había liderado los ataques a Álora y Cártama, y dirigido las vanguardias en los asedios a Ronda y a Vera.

–Esta misma tarde partiré con una avanzadilla –fue su única respuesta.

El rey se lo agradeció con una sonrisa. Don Rodrigo había comenzado con mal pie su relación con los reyes. En la guerra de sucesión, tras la muerte de Enrique IV de Castilla, había apoyado a Juana la Beltraneja, rival de Isabel. Sin embargo, cuando Isabel se hizo con el trono, fue perdonado y se convirtió en su más leal servidor.

Fernando II de Aragón se quedó solo. Se sentó en su jamuga y rezó en silencio.

Sentía cerca el final. Por los pactos con Boabdil, Baza representaba la llave que abriría las puertas de la Alhambra.

«Danos la victoria, hazla caer en nuestras manos, y pronto oficiaremos misas en las mezquitas de Granada».

Granada, junio de 1489

–Ya están en Baza –anticipó al-Muleh.

Boabdil tenía la misiva en las manos y la leía con avidez. Los ministros se habían reunido con el emir en la sala del Mexuar.

Terminó de leer las palabras de Isabel de Castilla y su corazón se aceleró.

–Buenas noticias –musitó.

–Baza caerá pronto, mawlana –tomó la palabra el gran visir Ibn Kumasa.

Al-Muleh tosió, disconforme.

–Subestimas Baza. Ojalá tuvieras razón, pero Baza es fuerte y está bien defendida. Caerá, aunque no creo que sea pronto.

–Me cansas con tu pesimismo, visir. –Ibn Kumasa resopló.

–Confundes realismo con pesimismo.

–Haya paz –medió Boabdil, acostumbrado a sus constantes enfrentamientos–. A veces parecéis un matrimonio mal avenido. –Todos rieron–. Parece que todos estamos de acuerdo en que Baza caerá, tarde más o tarde menos.

–¿Dice algo la reina sobre nosotros? –preguntó Ibn Kumasa.

–Nos manda buenos deseos –contestó el secretario al-Muleh–. Nada más. Ahora está preocupada por la campaña y sabe que no corremos peligro. –Trató de justificar el hecho de que Isabel no mandara nuevas ayudas a Granada.

–Hay escasez aquí –replicó el visir de Caminos.

El gran visir lo señaló y asintió.

–La reina no debe olvidarse nunca de nosotros. Hemos perdido muchas tierras y recibimos refugiados cada día. Los precios se disparan.

–El coste de la guerra –opinó al-Muleh–. Nosotros también debemos soportarlo. Su guerra ahora es en nuestro beneficio. –El ministro parecía haber comprendido que necesitaban a los reyes rumíes para triunfar sobre el Zagal.

–En eso al-Muleh está en lo cierto. –Boabdil apuntó hacia él con la carta doblada–. La situación requiere sacrificios, el Altísimo quiera que sea durante poco tiempo. Contesta a la reina con amabilidad y

gratitud. Coge a tu mejor secretario y ponlo a trabajar. Quiero revisar la carta antes de enviarla.

–Así se hará, mawlana. Esta misma tarde la tendrás.

Había más asuntos que tratar, pero los despacharon con rapidez. El emir tenía prisa por terminar la reunión. Acompañado por tres guardias, salió de sus palacios y se encaminó hacia el Partal. Moraima se había instalado ya en el Generalife y su esposo ansiaba verla para transmitirle las buenas noticias.

«Se acerca el día en que recuperaremos a Ahmed».

* * *

Moraima contempló desde el mirador cómo su esposo ascendía a caballo por la cuesta que llevaba a la munia real. Sus ropajes negros y su turbante blanco resultaban inconfundibles.

–Ahí viene un cuervo de pico blanco –comentó con sus esclavas.

Boabdil descabalgó en el apeadero y penetró caminando en el gran patio central. El espacio estaba presidido por el agua de la acequia del Emir, que atravesaba el patio buscando las pendientes que la llevaban hasta la torre del Agua.

Moraima lo esperaba en la galería que daba a las huertas. Boabdil lucía una amplia sonrisa cuando se plantó ante ella y le mostró la carta.

–Es de la reina Isabel. Me informa de que su ejército está ya asediando Baza. Sesenta mil hombres y artillería pesada.

Moraima miraba la vitela. «Míralo, alegre como un niño que acaba de recibir una palmadita de ánimo de sus padres. Ojalá tuviera el carácter de mi padre. Alí-Atar habría preferido la muerte antes que someterse a una rumí».

–El falso emir caerá pronto –prosiguió Boabdil–. Y cuando el Zagal caiga...

–Entregarás Garnata a la reina rumí –terminó la frase Moraima.

–Recuperaremos a Ahmed.

Moraima no pudo evitar que el corazón le brincara en el pecho. Sus ojos brillaron por primera vez en mucho tiempo. Boabdil lo percibió y se acercó a ella.

–Es mi hijo, Moraima. ¿Crees que no lo recuerdo cada día y cada noche?

Dos lágrimas cayeron de los ojos de la mujer.

–Boabdil, no juegues conmigo. Dime, cuando se rinda tu tío, ¿tendremos a mi pequeño con nosotros?

El emir la miró fijamente a los ojos.

–Alá es testigo. Fue lo primero que pedí.

–¿Entregarás Granada?

–¿Qué otro destino cabe? Me comprometí a hacerlo para salvar al pueblo.

Moraima le dio un beso en la mejilla y se retiró al pabellón norte. A la entrada la esperaba la esclava Nawar, que observaba con cautela al emir.

Boabdil titubeó, pero finalmente se animó a seguirla. El tacto de sus labios carnosos ardía todavía en su mejilla.

* * *

Los niños jugaban en el patio y el matrimonio se sentó a la sombra de una de las galerías. Atardecía y la temperatura comenzaba a bajar suavemente. Amina tenía sobre el regazo el ramillete de flores que su esposo le acababa de traer de la huerta.

–Crecen rápido –comentó Kasim mientras los veía saltar en la alberca vacía.

–¡Tened cuidado! –les dijo la madre–. Sí, primo, crecen demasiado rápido. Y nosotros vamos para viejos. –Echó la cabeza en su hombro y olió las flores–. ¿Quieres decirme algo?

Kasim la miró con sorpresa.

–¿No puedo regalarte flores sin un motivo?

–Te quiero, esposo, pero nunca lo has hecho.

–Siempre has sido más lista que yo. –Sonrió–. Yo también te quiero, Amina. Aunque últimamente esté como ausente. Me preocupa todo lo que está pasando. –La besó en la cabeza–. ¿Recuerdas cuando nos casamos?

–Claro que sí. No digas tonterías, no fue hace tanto.

–Eras la novia más hermosa de toda Granada. Recuerdo cada lentejuela de tu vestido. No teníamos mucho, pero quedó una fiesta bien bonita.

–Cuando te pones nervioso te andas por las ramas y no paras de soltar zalamerías. –Sonrió para restar importancia a sus palabras–. Suéltalo.

Kasim agarró su mano.

–He estado hablando con Omar y con otros del barrio. –Amina se soltó y negó varias veces–. Escúchame. Nuestra fe lo dicta así. No me importan los emires. En Baza viven muchos hermanos musulmanes. Si no los ayudamos, pronto caerán.

Amina lloraba cuando replicó.

–¿Crees que con cuatro albaicineros se van a salvar? ¿Crees que podréis hacer frente a los cañonazos con vuestros pechos desnudos?

Kasim agachó la cabeza. Sabía que su esposa tenía razón.

–Tenemos que intentarlo. ¿Qué ejemplo le doy a mi hijo si no voy? Incluso Omar va a ir. No estamos en el lado correcto.

Amina lo miró a los ojos, arrasada por las lágrimas.

–Tienes un hijo varón, y una hija, y una esposa.

–Aquí estáis seguros. –La mujer hizo el amago de discutir, pero él continuó–: Y yo volveré con vosotros pronto. No correré riesgos estúpidos.

–¿Cuándo te vas? –preguntó Amina, rendida a la tozudez de su primo.

–Pronto, en unos días. Todavía se puede entrar desde la sierra.

–Veo que lo tenéis todo bien atado –soltó la esposa con aire de reproche.

–No discutamos más. En el fondo sabes que debo ir. –Miró a sus hijos, que seguían jugando en la alberca.

Amina volvió a apoyar la cabeza en su hombro.

–Te necesito aquí.

Él la besó, dando por zanjada la discusión, y se dirigió a la alberca para unirse a los juegos de sus hijos.

Baza, junio de 1489

El alba apenas despuntaba cuando la puerta del arrabal se abrió y salieron en tropel cientos de hombres armados. Todos iban en silencio, bien aleccionados por Yahya al Nayar. El general había ideado una estrategia de salidas constantes y fugaces que estaba logrando desestabilizar a los cristianos.

La tropa atravesó el arrabal y se reunió al inicio de las huertas. Los jinetes se pusieron al frente y avanzaron al galope hasta las inmediaciones del foso que protegía al real cristiano. Enseguida sonaron las voces de alarma de la guardia nocturna. Muchos caballeros ligeros llevaban antorchas, que comenzaron a arrojar por encima de la empalizada. Algunas prendieron las tiendas de campaña más expuestas.

–¡Fuego! –se oyó entonces.

Los castellanos se movilizaron de inmediato. Algunos se concentraron en apagar las llamas, mientras varias cuadrillas de caballeros pesados atravesaban el foso para encarar a los asaltantes. Los peones moros, armados con picas, se acercaban a buen paso. Las voces se contagiaron a todo el real y se confundían con los relinchos de los caballos y los sonidos metálicos de las corazas.

–*Allahu Akbar!* –gritaron los mahometanos a modo de provocación.

* * *

–¡Santiago!

El rey Fernando se despertó con aquel grito de guerra. Saltó de la cama y pidió sus armas. Alrededor de su tienda ya se oía trajín.

–¿Qué está pasando? –preguntó mientras se dejaba armar.

–Los moros han vuelto a salir, vuestra majestad –lo informó un capitán.

–¡Malditos sean los moros de Baza!

Ya se lo habían advertido. Los bastetanos eran belicosos y estaban acostumbrados a los rigores de la guerra.

–¡Mi caballo! –pidió Fernando, furioso.

–Majestad, debéis reservaros, sois demasiado valioso –le dijo el capitán de su guardia mientras lo veía montar.

–¡Demos ejemplo! –gritó el rey, y se lanzó en una carrera furiosa hacia una de las aberturas de la empalizada.

No fue necesario que entrara en combate, nada más ver su enseña avanzando hacia los moros, los castellanos renovaron bríos y arremetieron con fuerza contra sus agresores. Las huertas, con sus acequias y muretes, dificultaban el paso. La caballería se impuso, lo que favoreció al bando cristiano. Pronto la tierra quedó regada con la sangre de los peones moros.

Éstos retrocedieron hasta el arrabal y su general dio la orden de retirarse al interior de las murallas. Yahya asumía las pérdidas. En una batalla siempre las había. Aquellas salidas eran necesarias para quebrar la voluntad de los rumíes.

Fernando contempló desde su montura cómo los moros regresaban a Baza. El sol despuntaba y comenzaba a calentar las piezas de su armadura. Cerca, un moro se desangraba por una profunda herida en la pierna derecha.

–Alá os echará –dijo el mahometano en romance. Luego agarró un puñado de tierra mojada de sangre–. Ésta es nuestra tierra.

Fernando no contestó. Enseguida, un guardia se acercó al herido y lo degolló. El rey regresó al campamento. Los fuegos habían sido apagados y los hombres se organizaban para reparar la empalizada.

Hernando de Zafra se dirigió a él cuando se aproximaba a la tienda real.

–Mi señor, estamos demasiado expuestos, muy cerca.

–Tienes razón –concedió el rey–. Disponlo todo para alejar el real de esta zona. Y llama a mi Consejo. No podremos aguantar mucho así. Las salidas son constantes. Tal vez debamos levantar el cerco y estudiar mejor la estrategia.

El secretario agachó la cabeza y comenzó a repartir órdenes entre sus subalternos. Un gran revuelo se expandió por todo el campamento.

Jaén, junio de 1489

Isabel dejó a sus hijos con el cardenal de España y paseó por la alcazaba. La reina llevaba un rosario en las manos y agitaba las cuentas con gesto nervioso. Su mente bullía y no la dejaba concentrarse en la oración. Se dirigió al adarve de la muralla que se alzaba sobre el caserío y contempló la ciudad, los secanos que la rodeaban y las sierras boscosas que parecían protegerla.

Fray Hernando de Talavera observaba sus movimientos, inquieto. La siguió y ascendió la escala que llevaba al adarve.

–Vuestra majestad, todo saldrá bien, con la ayuda de Dios.

–Reverendo padre, confío en mi esposo y en su capacidad. Ya he despachado al emisario. Esta misma tarde tendrá mi respuesta. –El sistema de postas hacía posible la comunicación entre los esposos en un mismo día–. Lo dejo a su criterio. Si quiere levantar el cerco, que lo levante. Pero sé lo que hará. –Miró a su confesor–. Hay otra cuestión que me preocupa. Mi madre. Han llegado noticias de Arévalo. Su cabeza...

–Es una buena cristiana y Dios la cuidará.

Isabel no pudo contener las lágrimas.

–No es nada nuevo. Recuerdo sus rarezas. Me amaba y me mimaba con celo. Le debo tanto, padre. –La reina hipó, incapaz de frenar el torrente de emociones que la sacudía–. Su cabeza nunca

ha estado del todo bien, pero empeoró cuando mi hermano me llamó a la corte. Yo no tenía ni diez años. La separación no fue fácil, ni para ella ni para mí. Parece como si estuviera haciendo equilibrios sobre una cuerda, siempre a punto de caerse. Y ahora... ahora me dicen que puede haberse caído.

–Vuestra majestad, ¿queréis que vaya a Arévalo?

–No, no, fray Hernando. Os necesito aquí, conmigo. Nadie más que vos puede verme así, y necesito a alguien con quien confesar. Ella está bien cuidada. Sólo os pido que recéis por su salud, que Dios os hará más caso a vos que a mí.

–Contad con ello, mi señora.

Isabel suspiró con fuerza, se limpió las lágrimas y simuló una sonrisa.

–Bien, bien. Es hora de recomponerse y atender los asuntos de Baza. –La reina sabía que su esposo no levantaría el cerco. Fray Hernando se dispuso a marcharse–. Gracias, padre.

El hombre le sonrió con ternura y la bendijo.

«Eres reina, pero también mujer. Todos tenemos derecho a nuestras debilidades», pensó el religioso.

Granada, finales de junio de 1489

Kasim entró en la alcoba de sus hijos y los besó en la frente. Los niños dormían profundamente. Los gallos del barrio cantaron por primera vez. El alba se acercaba.

–No vayas, primo. No vayas, por favor.

La esposa agarró la muñeca de Kasim e intentó retenerlo. El hombre llevaba un hatillo al hombro y su ballesta en la mano.

–Se hace tarde, Amina. Ya lo hemos hablado –dijo en voz queda.

La mujer lloró en silencio, impotente.

–¿Y si mueres? ¿Qué será de nosotros?

–Si me quedo también puedo morir. Esta guerra nos afecta a todos. –La besó en los labios–. Tranquila, no soy estúpido. Voy a

ayudar a mis hermanos y pronto estaré de vuelta.

Amina lo miraba con expresión de incredulidad. Se abrazaron, y Kasim pudo notar cómo el pecho de su esposa se agitaba por el llanto contenido. La volvió a besar y se separó de ella lentamente.

–Cuídate mucho, primo. Te quiero.

Kasim se emocionó al escuchar aquello. Hacía tiempo que no se lo decía.

–Te quiero –respondió, y se marchó.

Fuera lo esperaban tres hombres.

–¿Qué pasa, Kasim? –preguntó con sorna su amigo Omar–. ¿No has podido hacer eso antes?

Hubo risas y los hombres se mandaron callar unos a otros.

–Venga, venga, que no vamos a una fiesta –impuso orden Kasim. Los miró. Los conocía a los tres, eran vecinos de su barrio. Una oleada de orgullo lo invadió y, sin pronunciar palabra alguna, encabezó la comitiva.

La luna brillaba sobre los tejados del Albaicín y encendía con tonos azulados las paredes encaladas. Los gallos cantaron por segunda vez y algún perro respondió con ladridos. Llegaron a la cancela de su barrio y la encontraron abierta, como habían acordado con el guardia. Se dirigieron al norte y bordearon las huertas de la Alberzana.

–¿Una paradita para arar? –soltó Omar con su habitual buen humor.

Kasim le dio un manotazo en el hombro. Estaba contento. Le alegraba que su amigo se hubiera animado a acompañarlo, que hubiese comprendido al fin que su deber como musulmanes era proteger su tierra y apoyar al único emir que podía salvar Garnata.

Llegaron a las inmediaciones de la puerta de Fajalauza. En la pequeña explanada que se abría ante ella había un grupo de más de cien hombres, todos en silencio. Eran voluntarios de toda Granada

que se habían puesto de acuerdo para marchar juntos a Baza. Los guardias de la puerta parecían no verlos. Tenían su apoyo.

–Os lo dije, hasta los soldados de Boabdil están en su contra.

Pasado un rato, el cabecilla de los voluntarios se acercó a uno de los guardias. Tras un breve parlamento, la puerta se abrió y los granadinos se pusieron en marcha. Iban animados, ansiosos por llegar a Baza y contribuir a su defensa.

La columna se alejaba de Granada cuando los gallos cantaron por tercera vez. Ya había claridad por encima del monte Sulayr. Los voluntarios comenzaron a cantar coplas que habían aprendido de sus abuelos.

–... cien aljibes recogen agua en mi barrio, bendición de Alá sobre la tierra, corren ríos por mis huertas, para que no nos falte alimento...

Los campos se llenaron con sus voces, que cantaban en aquella lengua tan suya que mezclaba el árabe y el romance. Aquélla era la esencia del pueblo granadino, un pueblo alegre que había nacido de dos culturas cercanas, pero condenadas a odiarse.

* * *

–¿Mataste a algún rumí? –preguntó Omar mientras caminaban.

Llevaban dos días de marcha y todavía les quedaba otro para llegar a Baza. En los pueblos habían sido recibidos como héroes, con vítores y oraciones lanzadas al cielo. Los habían aprovisionado de agua y alimento, y algunos jóvenes se habían unido a ellos.

–Sí –contestó Kasim lacónico–. Con ésta. –Palpó su ballesta.

–¿Seré capaz de hacerlo? –Omar parecía preocupado.

–Cuando se trata de matar o morir, todos somos capaces, amigo.

–¿Y luego...?

–Luego, nada. Sabes que has hecho lo que debías hacer. –Kasim guardó silencio sobre las pesadillas, sobre los rostros grabados a fuego en su memoria, sobre el estruendo de gritos de los moribundos instalado en su cabeza durante meses–. No te

preocupes. Vamos a un asedio. Tal vez ni siquiera tengamos la oportunidad de empuñar un arma.

La cercanía de su destino estaba poniendo nerviosos a los hombres, que habían dejado de cantar y marchaban en silencio, pensativos.

Antes de llegar a Guadix, un escucha del emir acudió a ellos para informarlos de que el Zagal quería verlos. En la ciudad los esperaban cerca de cincuenta hombres que irían con ellos en socorro de Baza. Eran los últimos apoyos que el emir enviaba. Los voluntarios se acercaron a los muros de Guadix y se dejaron agasajar por las mujeres de la ciudad. Cientos de ellas, con los rostros velados y embozadas en austeros paños, les gritaron bendiciones.

El Zagal, sobre su yegua favorita, encabezaba a los voluntarios de Guadix ante la puerta principal de la medina. Lucía una brigantina y llevaba puesto un casco profusamente decorado.

–Mawlana –dijo el cabecilla granadino, reconociendo su autoridad.

–Hermanos –respondió el Zagal–. El Altísimo os bendiga y os conduzca a la gloria. –Hizo un gesto con la mano y los de Guadix se les unieron–. La paz sea con vosotros –dijo para despedirlos.

Reanudaron la marcha y la columna se alejó por el camino de Baza.

–Pensaba que vendría con nosotros –comentó Omar.

–Yo también –añadió Kasim, algo decepcionado.

Quedó pensativo. Todo había cambiado. El mismo líder que había conducido a la victoria a los musulmanes en la batalla de la Matanza, el que había desbaratado a las tropas del marqués de Cádiz en la Axarquía, ahora se encerraba tras los muros de su residencia y dejaba que otros defendieran su emirato. Aquélla era la alternativa a Boabdil. Un emir pactaba la venta de Granada desde la Alhambra y el otro, quebrada su voluntad, mandaba hombres a guerrear sin liderarlos. No corrían buenos tiempos para los andalusíes.

* * *

Los hombres de Guadix guiaron la marcha para aproximarse a la sierra de Jabalcón evitando a los escuchas castellanos. Atardecía cuando pudieron distinguir los muros de la alcazaba y el arrabal bastetano que daba a la sierra. El eco de una explosión les llegó desde la vega, y las montañas multiplicaron su efecto. Los hombres se estremecieron. Enseguida llegó otro, y otro, y vieron cómo finas columnas de humo se alzaban desde un punto indefinido más allá de las huertas.

–Las bombardas –informó un voluntario.

Los hombres se detuvieron para contemplar los inmensos cañones. Los muros de Baza parecían resistir, pero era cuestión de tiempo que comenzaran a surgir brechas.

–Lo que rompan de día, lo arreglaremos por la noche –dijo Kasim.

Omar le dio un codazo cómplice en el costado y señaló el real castellano.

–No es eso lo que más me preocupa. Mira.

Una enorme mancha ocupaba la vega, salpicada por cientos de tiendas de campaña. Los castellanos habían levantado una verdadera ciudad frente a Baza.

–Hay miles. –A pesar del calor, Omar sintió un escalofrío.

«Decenas de miles», pensó Kasim, pero prefirió guardarse el pensamiento.

–¡Vamos! –gritó el cabecilla–. *Allahu Akbar!*

Y todos reanudaron la marcha a paso ligero para aproximarse al arrabal de la Sierra. Lo atravesaron y penetraron en el recinto amurallado de Baza.

–Alá os bendiga a todos, hermanos –los recibió un capitán–. Seguid hasta la alcazaba, allí os darán armas y casa. ¡Sólo Dios es vencedor!

Los corazones de los voluntarios latían con fuerza. Las calles parecían desiertas, pero, a su paso, algunas vecinas se asomaron a sus ventanas.

–¡Flor de Granada! –les gritó una joven con el rostro descubierto desde la segunda planta de una vivienda.

Granada, julio de 1489

Fátima iba cogida del brazo de su hijo. Boabdil, paciente, caminaba a su paso. La mujer parecía reflexionar durante la caminata. Dos guardias los seguían y, tras ellos, al-Muleh avanzaba dando grandes y lentas zancadas. Desde la calle Baja del Emir, bordeando los palacios, la comitiva llegó hasta el Partal. Las flores que había plantadas por todas partes disimulaban el olor a caballo. Allí estaban las cuadras del emir.

Boabdil había estado atendiendo asuntos urgentes en la Secretaría y luego había impartido justicia a las puertas de su palacio. Llegó la hora de regresar al Generalife, pero su madre insistía en que trataran una cuestión antes de su marcha.

Se apostaron en el mirador del Partal y esperaron a que al-Muleh se les uniera. Uno de los guardias acudió a la torre residencia más cercana para llamar a Ibn Kumasa, que salió enseguida. Los cuatro se sentaron en las sillas de tijera que se habían dispuesto para ellos.

–La paz sea con vosotros –saludó Ibn Kumasa, que terminaba de ajustar su trasero al asiento.

–¿Te pedimos un banco, gran visir? –preguntó con sorna al-Muleh.

–Venga, niños, dejad las bromas y las rencillas –medió Fátima–. Hay un tema importante que tratar.

Los ministros se miraron y comprendieron. Como mujer, tenía vetada la asistencia al Mexuar, pero solía convocar reuniones como aquélla.

–Baza –anticipó Boabdil. Fátima asintió.

–Sí, hijo. Baza.

–Acabo de despachar cartas a Fernando para mostrarle mi apoyo y animarlo a seguir con el asedio –informó el emir.

–Bien hecho. Pero hay algo que acabamos de saber y que no podemos dejar sin respuesta. Muchos granadinos han marchado en auxilio de Baza.

–¿Muchos? Han sido poco más de cien. ¿Crees que cien hombres pueden torcer el destino de Baza? –Boabdil dio un manotazo al aire para restar importancia al asunto.

Fátima lo miró con los ojos en llamas y tuvo que contenerse para no levantarse y abofetearlo, como hacía cuando era niño.

–Una sola chispa puede hacer arder un bosque entero –soltó al fin–. La mayoría eran hombres del Albaicín. ¿Entiendes? –Se abrió un denso silencio.

–El Albaicín siempre ha estado de nuestra parte –dijo Ibn Kumasa, que recordaba los duros enfrentamientos que se libraron en sus calles entre los partidarios del Zagal y los de Boabdil. No hacía mucho de aquello.

–Hace poco ajusticiamos al faquí que pregonaba la unión con tu tío, mawlana –intervino al-Muleh–. De poco ha servido. La semilla de la discordia sigue presente y ha germinado. Tu madre está en lo cierto. Es una chispa peligrosa.

Fátima le dirigió una mirada de gratitud.

–No podemos ir a por ellos a Baza –sentenció Boabdil–. Vigilaremos las puertas para evitar que salgan más.

Fátima negó con la cabeza.

–Ellos están allí, pero han dejado aquí a sus familias.

Boabdil la miró con el ceño fruncido.

–No estarás hablando...

–No hay puertas capaces de contener una idea. A una idea se la gana apagándola dentro de cada cabeza. –Miró a su hijo y a los ministros. Respiró hondo y continuó–: Hay que dar un escarmiento a sus familias para que a otros no se les ocurra tomar su camino.

–¿Matar a mujeres y niños? –preguntó Boabdil, incrédulo.

Ibn Kumasa se irguió y pareció crecer dos palmos.

–Mawlana, ¿recuerdas las palabras que te dediqué cuando decidimos juntos hacer frente a tu padre y disputarle el emirato? «Tendrás que tomar decisiones difíciles que harán daño a algunos para beneficiar a todos. No es fácil ser emir. ¿Estarás preparado cuando llegue el momento?» –recordó su propio discurso–. Me miraste a los ojos y me dijiste que sí. Pude ver determinación en tu mirada. ¿Flaqueas ahora, mi señor? –Unido a Fátima, el gran visir se sentía poderoso.

Boabdil se puso en pie y se acercó al extremo del mirador. Caminó despacio con las manos cogidas a la espalda, en actitud meditativa. La voluntad del Albaicín se debilitaba, los faquíes de toda Granada lo habían insultado por sus tratos con los cristianos, muchos hablaban a escondidas en su contra... Tal vez no hubiera otro camino que cortar la mala hierba para que la sana creciera más fuerte. Había mucho en juego, demasiado. Al fin se detuvo y dio su respuesta. Primero miró a al-Muleh, que agachó la cabeza, avergonzado. El ministro no era partidario de aquellos métodos, pero su silencio lo hacía cómplice de Fátima.

–Sea.

Al instante, el joven emir sintió náuseas, aunque pudo controlarse.

–La decisión debe pasar por el Mexuar –recordó el gran visir de Granada.

–Convocadlo ahora mismo. Nos reuniremos antes de que me vaya. Ahora dejadme solo.

Boabdil se acercó de nuevo al mirador. Fátima caminó sibilina hacia él, con una mezcla de orgullo y compasión fingida en la expresión de su rostro.

–Déjame, madre. Ya has obtenido lo que querías. Ahora márchate.

El emir se quedó solo.

«Soy un desgraciado. ¿Qué emir se ve obligado a matar a mujeres y niños inocentes?», se dijo.

* * *

Boabdil llegó apesadumbrado al Generalife. Las nubes grises que se habían instalado en su cabeza parecían persistentes. Moraima lo vio y se percató de su estado.

–¿Qué ha pasado?

El esposo levantó la cabeza y mostró sus ojos sin luz.

–He despachado una orden que me torturará durante toda mi vida.

Moraima supo que iba a llorar y se apresuró a llevarlo a las estancias interiores para apartarlo de miradas indiscretas. Boabdil se desahogó con ella.

–Me avergüenza haberlo hecho, y me avergüenza mostrarme así ante ti. –Se golpeó el pecho, como si quisiera que las imperfecciones saltaran de él.

La mujer tomó su rostro con las manos y lo besó en los labios.

–Al contrario, esposo mío. Ahora te pareces al hombre al que me entregué. No quiero al intrigante, al que busca el poder a toda costa. Ese hombre es un invento de tu madre. Al que quiero es a ti. Puedo ver que te estás recuperando.

Boabdil la miró a los ojos y en ellos, por primera vez en años, no encontró odio. La abrazó y la tomó allí mismo. Ella se le entregó gustosa, y sus gritos de placer resonaron por toda la munia del emir. Luego se tumbaron juntos frente a una ventana que daba a las huertas.

–Yo también echaba de menos a mi verdadera esposa.

Moraima se rebulló, incómoda.

–No es fácil para una madre... Pero he visto que tú también sufres, y sé que estás trabajando para reunirnos con Ahmed.

–Siempre lo he hecho, aunque no has sabido verlo. –Moraima hizo el amago de hablar, pero él le tapó la boca con un dedo–. Ya todo

eso da igual. Mi tío está acorralado y pronto caerá. Ahmed estará con nosotros antes del próximo invierno.

La esposa se echó sobre su pecho. Se sentía reconciliada con él. Lo había amado, pero también lo había odiado con todas sus fuerzas. Ahora tenía claro que ambos eran los remeros de una barca que empujaban en la misma dirección.

«He esperado años, puedo esperar meses».

... El guardia pregunta a una vecina, que enseguida le señala la casa contigua. La mujer agarra el amuleto que le cuelga sobre el pecho y se adentra en su hogar pronunciando una rogativa a Dios. El Albaicín hierve, pero nadie se atreve a actuar. Decenas de voces se alzan al cielo desde diferentes puntos del barrio, y las nubes parecen estremecerse con sus ecos.

El guardia lleva una jineta ensangrentada que gotea rojo sobre sus dedos. La puerta de la vivienda está entreabierta y el hombre la atraviesa. En el patio interior, junto a la alberca, encuentra a una mujer abrazada a sus dos hijos. Los niños, un niño y una niña, tiemblan sobre el hombro de su madre.

La mujer lo mira con fiereza y le habla, aunque su boca no emite sonido alguno. Sin embargo, el hombre puede leer sus labios y reconoce las palabras.

–Alá te juzgará. Ya conoces el castigo.

Luego, la mujer se pone en pie y abre los brazos, ofreciendo el pecho. La niña huye corriendo. El niño permanece junto a la madre. El guardia los ejecuta a ambos hundiendo la espada en sus vientres. Los cuerpos no sangran. Las bocas se abren y los músculos de sus cuellos se tensan en gritos que no suenan, que no martillean sus oídos, pero cuyas ondas reverberan en su pecho. El hombre los deja tirados en el suelo. Alguien lo llama.

–Boabdil. Boabdil...

–¡Boabdil!

Moraima tuvo que gritar para despertarlo. Boabdil se agitaba y susurraba palabras ininteligibles. Se incorporó y se llevó las manos a

la cara. Estaba empapado de sudor y su corazón latía con fuerza. Moraima lo abrazó.

–Ya, esposo mío. Es sólo una pesadilla.

–La matanza –dijo él entre sollozos.

Moraima no supo qué responder y se limitó a acunarlo en sus brazos como si fuera un niño asustado. La respiración del hombre se serenó. El coro de grillos del Generalife cantaba en las huertas y el agua de la acequia sonaba mansa. Lentamente, entre suspiros e hipidos, volvió a dormirse. La esposa se había desvelado. Salió de la alcoba y se dirigió hacia el mirador del Barranco, en medio del patio central. Desde allí, creía sentir los latidos pausados de la ciudad, que también dormía.

–Señora –escuchó en voz queda a su espalda.

–Nawar, ¿también desvelada?

–Tengo el sueño muy ligero. Te he oído.

Moraima le sonrió, agradecida, y la invitó a sentarse con ella.

Nawar contempló la sierra, todavía blanca. Moraima le cogió una mano y la esclava se estremeció con el contacto de su piel delicada.

–Me alegra verte recuperada. Tienes brillo en los ojos.

–Sí, Nawar. Sigo sufriendo por mi pequeño, pero ahora tengo a mi lado a mi esposo. Sé que lucha por traerlo pronto a nuestro lado. –Miró hacia la colina del Albaicín, al norte, intuyendo Moclín más allá–. Maldita sea Lucena –dijo de pronto, como si el recuerdo de aquellos días de ansiedad la hubiera azotado–. Allí cayó preso Boabdil, allí comenzó nuestra desgracia. ¿Sabes?, en aquella batalla también perdí a mi padre, el gran Alí-Atar. Acompañaba a mi esposo en la batalla.

–¡Cuánto has sufrido! –exclamó Nawar, emocionada.

–Como cualquiera. Soy joven, Nawar, pero he tenido tiempo para darme cuenta de que todos arrastramos pesares. Así es la vida: valles rodeados de montañas. ¿Acaso no tienes tú los tuyos propios?

–Llenaría el monte Sulayr con los míos, señora –dijo con franqueza–. He sufrido por la muerte, y también por el amor.

–Háblame de él.

La frente oscura de la esclava se perló de sudor.

–Señora, soy tuya. Si me lo ordenas, te contaré mi historia. Pero, si respetas a esta humilde sierva, preferiría no avivar las ascuas de ese dolor.

Moraima acarició sus mejillas negras y sonrió.

–Puedes estar tranquila. Tus recuerdos tuyos son.

Nawar suspiró y sus ojos brillaron. Susurró un «gracias» que se quedó a medio camino en su garganta. Las dos mujeres permanecieron un rato en silencio, cogidas de la mano, aguardando el amanecer con el corazón abierto a la luz. Moraima se puso en pie antes de que el sol regara la Vega.

–Cuando Boabdil despierte, quiero que me encuentre a su lado.

Nawar se quedó en el mirador. Instintivamente se llevó la mano a la mejilla. El tacto de la caricia de su amiga todavía hormigueaba en su piel.

Baza, julio de 1489

El primer cañonazo de la mañana despertó a Kasim. Los artilleros descansaban durante la noche, pero retomaban su trabajo al amanecer. Omar entró en la vivienda con la ropa llena de polvo. Su rostro delataba cansancio. Había pasado la noche integrado en la cuadrilla que reparaba los daños recibidos en las murallas.

–Tengo calambres en los brazos.

Kasim le ofreció un pedazo de pan, pero Omar negó y dijo que prefería descansar primero. Sonó un segundo cañonazo.

–Si me dejan –añadió con el eco del disparo todavía en los oídos.

Los otros dos granadinos que dormían en la casa se levantaron.

–Empezó la fiesta –dijo uno de ellos, todavía con los ojos cerrados.

Sonó el llamado a la oración y los hombres oraron juntos. Luego Omar se echó sobre su colchón y suspiró de placer.

–Con lo a gusto que estaría yo en mi cama con mi esposa, mandando callar a los niños... –pensó en voz alta.

Los otros tres desayunaron pan mojado en aceite y queso. Antes de terminar, un pregonero llamó a la puerta y anunció a gritos una orden.

–¡Se os espera en la puerta del Sol! ¡Con las armas!

Kasim salió y le pidió más datos.

–Los escuchas han visto una recua a varias leguas. Vamos a atacarla.

Así transcurrían sus días. Baza no descansaba. Siguiendo las órdenes de Yahya al Nayar, decenas de cuadrillas salían a diario para provocar daños en el ejército castellano.

Los granadinos salieron de la vivienda. Kasim llevaba su ballesta y un carcaj repleto de dardos. Los otros dos llevaban lanzas cortas de mala factura. En las inmediaciones de la puerta del Sol había cerca de doscientos hombres armados.

–¡Orden! –gritó un capitán. Tuvo que repetirlo tres veces–. Primero saldrán los peones. Cuando estén a doscientos pasos, que salgan los jinetes. Apartaos del real todo lo que podáis y tomad luego el camino de Zújar. ¡Alá os bendiga!

Enseguida se alzó el rumor de los corrillos. Atacar el camino de Zújar era demasiado arriesgado. Las voces subieron de tono y el capitán retomó la palabra.

–¡Lo sé! Pero no estamos aquí para quedarnos dentro de los muros y esperar a que nos humillen. Hay tres cuadrillas frente a las huertas dispuestas para distraer a los del real. *Allahu Akbar!*

–*Allahu Akbar!* –repitieron decenas de voces.

Los guerreros se organizaron. La puerta se abrió y el tropel de hombres la atravesó en dirección a la sierra. Kasim corrió arropado por los demás voluntarios.

–Permíteme volver –rezó nada más salir de la ciudad.

No había castellanos a la vista y el grupo pudo alcanzar los caminos de las montañas sin sorpresas. Los jinetes los siguieron, asegurando su retaguardia. Las cuadrillas de distracción salieron por las huertas y provocaron sendas respuestas cristianas.

Cerca del camino de Zújar, el capitán ordenó que los peones se quedaran en emboscada allí mismo.

–Llegó la hora de los caballos –les dijo–. *Allah al Galib!* –gritó antes de espolear a su montura. Los más de cien jinetes galoparon al encuentro de la recua.

El sol se acercaba a su punto álgido cuando los peones, ocultos entre encinas, distinguieron la polvareda que anunciaba el regreso de la escuadra. Kasim comprobó que tras ellos había una segunda polvareda. Algo no iba bien.

–¡Ballesteros! –sonó la voz del capitán en la distancia.

Los caballeros musulmanes pasaron ante ellos y el capitán repitió la orden. Los castellanos se aproximaron con sus corazas brillando al sol y fueron recibidos por una lluvia de dardos que derribó a más de la mitad. Kasim sentía su corazón desbocado, latiendo cerca de su boca.

–¡Lanceros! –gritó mientras cargaba el segundo dardo.

Los lanceros corrieron hacia los caballeros derribados y los remataron en el suelo. Los gritos de dolor de los heridos se confundían con los vítores de los nazaríes. Mientras tanto, los jinetes de Baza se habían dado la vuelta y encaraban a los supervivientes. Practicando el tornafuye y arrojando sus jabalinas y azagayas, acabaron con su resistencia.

El capitán llamó a voces a los peones.

–¡Corred hasta Baza! ¡Os seguiremos!

Los hombres obedecieron. Kasim corría excitado por la hazaña. En su mente recreaba el instante en que su primer dardo había atravesado una coraza por el costado.

«Baza es un escorpión que pica cuando lo tocan», pensó, satisfecho.

* * *

–¡Respira!

Dos hombres llevaban al herido cogido por los brazos. Lo aproximaron a las tiendas del hospital de la Reina y un físico acudió a ellos para examinar la herida. Tenía un dardo clavado en el costado, atravesando la coraza.

–Quitádsela, pero no mováis esta parte –señaló el pectoral, a cuyo lado estaba la saeta–. Sacad la coraza por el astil.

Los hombres obedecieron. Aflojaron las correas y extrajeron con sumo cuidado las placas de metal. El gambesón estaba ensangrentado, aunque la hemorragia parecía taponada por el proyectil.

–¿Quién es? –preguntó el médico.

–Don Antonio Gómez de Utrera, hidalgo –respondió uno de sus salvadores.

–Llevadlo dentro, a esa tienda.

Beatriz estaba cerca. Comenzó a rezar, temiéndose lo peor. Ya había visto a muchos morir de igual manera. Primero gritaban mientras les extraían las saetas; luego caían inconscientes de nuevo. El médico cauterizaba y los gritos volvían a invadir la tienda. Sin embargo, la sangre seguía brotando, sobre todo por dentro, y una mancha oscura ocupaba buena parte de la piel. Poco después los gritos bajaban de intensidad, hasta apagarse del todo.

Así fue. Desde fuera, Beatriz escuchó las dos oleadas de gritos, seguidas por el silencio que provocaba la pérdida de sangre. El físico salió con las manos ensangrentadas. Dos auxiliares entraron para sacar el cuerpo. Los seguía un monje.

–¡Malditos moros de Baza! –gritó furioso un soldado.

Beatriz continuó lavando trapos. De repente se dio cuenta de que en esta ocasión no había llorado. Tal vez las llagas habían

endurecido su corazón.

–¡Muchacha! ¡Limpia! –le ordenó un auxiliar. Se llevaban el cuerpo para cumplir con los ritos fúnebres.

Beatriz tomó un caldero con agua, dos paños y un saco de serrín, y se introdujo en la gran tienda del hospital. El interior estaba oscuro, apenas iluminado por candiles. Olía a sangre, sudor y orines. Las dos aberturas de entrada permanecían abiertas para airear la estancia. Alrededor del tronco que sustentaba el pabellón estaban dispuestas las camillas. La joven se acercó a la que había ocupado el muerto, quitó las telas que la cubrían, vertió agua sobre la madera y echó serrín sobre las manchas de sangre que empapaban el suelo.

–¿Cuándo me tocará a mí? –preguntó al aire el herido más cercano.

–Cállate, Francisco –saltó otro–. Deja ya de llorar como un niño.

Francisco miró a Beatriz, suplicante. La joven se acercó y levantó la sábana que lo tapaba. Las vendas del muñón de la pierna estaban limpias, lo cual era buena señal. Sin embargo, la gangrena parecía haberse extendido levemente por la cadera.

–Todo está bien, buen hombre –le dijo.

Se disponía a retirarse cuando el soldado la agarró del brazo y la retuvo.

–Dame consuelo antes de que me muera. Tú lo sabes, me queda poco.

Beatriz enfrentó su mirada y tuvo que apartarse, derrotada por su fuego.

–Reza a Dios, sabrá premiarte.

El herido la soltó y comenzó a sollozar. Beatriz salió de la tienda y recibió el aire limpio como una purificación para su alma.

Aquella noche, cuando las hogueras se apagaron y los hombres dejaron de jugar y reír, la joven salió de su tienda envuelta en una capa.

–¿Adónde vas, loca? Te van a parar las rondas –le dijo una de sus compañeras, una cordobesa que trabajaba como cocinera.

–Tengo que aliviarme –soltó, firme, la sevillana–. Si te parece, lo hago aquí.

A diario se excavaban zanjas para las letrinas en los extremos del campamento. Sin embargo, la joven no se dirigió hacia ellas. A paso ligero, caminó hasta el hospital y se introdujo en uno de sus pabellones. Tres cabezas se alzaron desde sus camillas. Beatriz se acercó a Francisco, que se recostó y comenzó a excitarse. Los otros guardaron silencio. La joven destapó la sábana hasta el muñón y contempló la entrepierna, abultada y palpitante.

–Consuelo –suplicó el herido en un susurro.

Beatriz le puso un dedo en los labios e introdujo la otra mano en sus paños menores. Lo masturbó con brío y terminó en un instante.

–Eres como un ángel –le dijo Francisco con una sonrisa–. Gracias, hermosa. Ahora moriré feliz.

Beatriz lo tapó de nuevo y comenzó a alejarse.

–Consuelo –susurró otro de los que se habían despertado.

La muchacha se acercó y el hombre comenzó a incorporarse.

–Cuando la muerte te aceche, busca mi consuelo –le dijo airada, procurando no alzar la voz para que Francisco no la oyera.

Regresó a su tienda. Sus compañeras dormían. Se echó sobre las esteras y comenzó a llorar en silencio.

* * *

El Consejo se disolvió y los nobles se marcharon. El duque de Cádiz regresó a su real. El rey había dispuesto que el noble estuviera al frente de un segundo campamento, conectado con el principal por un camino protegido por un foso inundado, una empalizada y veinte torres de madera y tapial. Hernando de Zafra se instaló en una mesa a la entrada de la tienda real y continuó tomando nota de todo lo que se había hablado.

El abastecimiento de cereales se estaba convirtiendo en un problema serio. Se había construido un enorme granero y se había acordado permitir a los mercaderes de las ciudades que acudieran al campamento para vender su género. Otro problema al que el asedio se estaba enfrentando era el de las deserciones. Cientos de soldados se marchaban sin licencia y resultaba imposible castigarlos a todos.

–Hernando, voy a perder el pelo con tanto problema –le dijo el rey a su secretario.

Hernando de Zafra dejó a un lado sus documentos y sonrió. Él ya tenía calva buena parte de la cabeza.

–Vuestra majestad, los asuntos de gobierno alteran los nervios, quitan el sueño y adelgazan. Vuestros súbditos sabrán ver el gran sacrificio que hacéis por ellos.

El rey asintió con una sonrisa burlona. Era joven, pero ya sabía de ingratitudes. Fernando accedió a su tienda. Rezó ante su cruz de campaña y se sirvió vino. La soledad le serenó y el vino calentó su sangre. Salió y dio una orden al secretario.

–Ocúpate de que una buena moza me traiga el almuerzo a mi tienda.

–Así se hará.

No era habitual que el secretario se ocupara de órdenes así, pero Zafra ya sabía lo que el rey le pedía con aquellas palabras. Un hombre tenía varios apetitos de naturaleza diferente, y todos debían ser saciados si quería concentrarse adecuadamente en sus objetivos.

«Hoy vendrá la moza, y mañana el confesor», se dijo el secretario antes de volver a tomar la pluma.

Granada, julio de 1489

La triste procesión recorrió las calles del Albaicín. Los muertos, envueltos en sudarios, iban acarreados en parihuelas. Los niños eran llevados en brazos por sus abuelos o por sus tíos. Todos iban en silencio. Durante el día, los parientes más cercanos habían excavado tumbas y zanjas. Atardecía cuando estuvieron preparadas. Algunos llevaban antorchas.

Desde la mezquita de la Pureza accedieron a la Rauda del Albaicín, cerca de la Alberzana. En la mezquita se les unió el imán, que se atrevió a acompañarlos para oficiar los ritos. No había guardias a la vista. Boabdil dejaría tranquilos a los dolientes durante los funerales.

Al dejar atrás el barrio, en la seguridad del campo, comenzaron los llantos y los gritos de dolor. Los parientes se abrazaban a los cuerpos fríos de sus seres queridos. Decenas de mujeres y niños habían sido asesinados por un acto de sus hombres. Ellos habían decidido ayudar a Baza; olvidaron que no todos los musulmanes merecían la misma compasión ni el mismo apoyo; olvidaron que Baza pertenecía al Zagal, al emir rebelde de Guadix. Su altruismo había condenado a los suyos a la muerte.

Reduán llevaba en brazos a un pequeño de seis años. No era de su familia, pero había sido alumno de sus clases. Los tíos del niño llevaban a su hermanita, de tres años, y a la madre de ambos. La única abuela viva, deshecha en llanto y sin fuerzas, caminaba aferrada a un piececito de la pequeña.

–Ay, mi niña bonita, que se te ha parado el tiempo –decía, con las lágrimas empapando sus mejillas arrugadas–. Ya no vendrás a pedirme cuscurros de pan con miel. Yo me quiero morir. Compasivo, acuérdate de mí –suplicaba temblando de dolor.

Reduán tenía los brazos cansados, aunque no desfallecía.

–Matar musulmanes por ayudar a otros musulmanes –mascullaba con los dientes apretados–. Todo esto te saldrá caro.

Parecía hablar solo, pero los que había a su alrededor lo escucharon y asintieron, tristes y furiosos.

–No podrán detenernos, no podrán someternos –dijo un hombre airado, con el corazón excitado por la injusticia.

Reduán observó sus facciones contraídas y rezó para que tuviera razón. Sin embargo, sabía que los granadinos estaban en manos de otros.

«¿Quién irá ahora a Baza? Lloramos, gritamos y nos rebelamos, pero en la soledad de un cementerio. Depositaremos los cuerpos en

la tierra y volveremos a nuestros hogares. Saben cómo someternos. Alá los castigue».

El cortejo llegó a los hoyos y se cumplió con el rito. La voz del imán se impuso a los llantos. El sol se ocultó y la luz comenzó a escasear. Las antorchas crepitaban. La tierra recibió los cuerpos. El imán miró en la misma dirección que los muertos, hacia la quibla.

–Unidad –pronunció en voz alta y clara, recordando que todos los musulmanes del mundo oraban y descansaban mirando hacia el mismo lugar–. Es un concepto que en los últimos tiempos parece olvidado.

Reduán asintió con los puños apretados. Tenía calambres en los brazos. Todavía podía sentir en ellos el peso del niño.

Guadix, agosto de 1489

El Zagal paseaba por los jardines de la alcazaba buscando la sombra de los árboles. Su visir lo acompañaba. Era un hombre enjuto y de espalda encorvada. Había acompañado al emir en su exilio y éste había premiado su fidelidad con el visirato.

–El calor aprieta, Farid –comentó el Zagal–, pero en un par de meses empezarán las lluvias. Baza resistirá hasta entonces, y se tendrán que ir.

–El Altísimo lo quiera así, mawlana. Los rumíes han encontrado hueso –carcajeó y terminó tosiendo–. Todos los días nuestros hermanos salen y atacan.

–El zorro de Yahya... Sabe liderar a los hombres. Lo hará bien.

–Más le vale. Tenemos aquí lo que más quiere. –En la alcazaba de Guadix residía la esposa de Yahya al Nayar con sus tres hijos. El Zagal era otro zorro–. Baza resistirá, mi señor. Y, cuando los rumíes se vayan, podrás ocuparte de tu sobrino, Alá lo castigue. –Miró al cielo–. Ay, su padre... Si Muley Hacén pudiera verlo ahora...

–Poco podría hacer si siguiera vivo. –Muley Hacén había sido un emir duro y decidido, pero en sus últimos años perdió la cabeza–. No pensemos en los muertos. Ahora sólo estamos nosotros para enderezar el emirato.

El visir agachó la cabeza en gesto de sumisión.

–Confiamos en ti, señor. Pronto estarás en la Alhambra.

El emir de Guadix dirigió sus pasos hacia su torre. Farid se despidió y se retiró a la Secretaría.

En la alberca que había delante de su residencia, el Zagal se encontró con las mujeres del harén y sus hijos. Se refrescaban los pies en el agua verdosa. Los niños jugaban a salpicarse entre risas. La esposa del emir mantenía una pose digna. Zoraya se había sentado aislada. Llevaba su fina túnica remangada y su piel nívea relucía al sol.

«Ahí está la razón de la locura de mi hermano. Ella le costó el emirato. Yo no caeré en su error».

El hombre pasó de largo y se introdujo en la sala de la torre. A pesar de las palabras que se repetía a sí mismo una y otra vez, el deseo lo cegaba. Zoraya era como los buenos dulces, que, una vez probados, no se pueden olvidar. «Maldita muladí», se dijo en su soledad, sin poder ignorar el hormigueo que animaba su entrepierna.

Baza, agosto de 1489

Amparado por las sombras de la noche, el joven se escabulló por las sierras y evitó los controles castellanos de los caminos. Tenía ampollas en los pies, pero no desfalleció hasta llegar a Baza. Llevaba días deambulando por los campos, pidiendo asilo en alquerías de la comarca de Guadix. Clareaba el horizonte cuando se plantó ante la puerta del Arrabal de la Sierra. Desde los adarves, los guardias lo interrogaron. El muchacho relató su historia en su árabe culto de la capital. Segundos después, la puerta se abrió para él y un guardia lo condujo a la medina.

–Tranquilo, muchacho. Pronto daremos con él –le dijo el bastetano.

Pero el joven no podía esperar. La ansiedad y la tristeza que lo habían devorado por dentro escaparon por su boca.

–¡Papá! –gritó.

El eco multiplicó su voz, que se partió en decenas de haces que recorrieron las calles aledañas, se colaron por las rendijas de las ventanas y golpearon las aldabas de las puertas acerrojadas. Algunas mujeres observaron desde los trancos de sus puertas. Muchos granadinos salieron a la calle y se reunieron con el muchacho.

–¡Papá! –repitió éste con menos fuerza–. ¡Abú Ismail, el Halconero!

Dos hombres asintieron y se perdieron por un callejón. Poco después volvieron a aparecer acompañados por un tercero, que parecía asustado por el revuelo.

–¿Dónde está? –preguntó, inseguro.

Los demás le abrieron paso y pudo enfrentarse a su hijo, que corrió hacia él y lo abrazó. Desconsolado, el muchacho lloró y gimió sobre su hombro.

–¿Qué te pasa, hijo? –El padre también lloraba–. ¿Por qué has venido?

–Mamá... La hermana... –Hipaba y apenas podía hablar.

El padre lo apartó de sí lentamente y lo miró a los ojos.

–Habla, hijo. ¿Qué ha pasado?

–Las han matado. ¡Los han matado a todos!

Se derrumbó, incapaz de mantenerse en pie. Los voluntarios congregados alzaron la voz y comenzaron a hacer preguntas.

–¡Callaos! –bramó el padre–. Hijo, habla.

El muchacho inspiró profundamente y comenzó a relatar lo que había ocurrido.

–Boabdil ordenó matar a vuestras familias. –Se alzaron varias exclamaciones, que enseguida se apaciguaron para dejarlo continuar–. A mí me pilló con los halcones, dándoles de comer. –La voz se le quebraba–. El vecino, Abd-Allah, vino a avisarme y me llevó a Fajalauza para que huyera. Me contó que los guardias del emir estaban matando a todos los que encontraban en nuestras casas.

–Hemos venido a defender el islam –musitó un voluntario con los puños apretados.

–No sé más. –Se llevó las manos al rostro–. Papá –lo miró, anegado por las lágrimas–, Abd-Allah me dijo que los vio entrar en nuestra casa.

Padre e hijo se abrazaron y lloraron desconsolados. Muchos voluntarios lloraban. Otros asimilaban la noticia en silencio, mientras la semilla del odio arraigaba.

–¡Venganza!

–¡Maldito usurpador!

Comenzaron los gritos y las expresiones de dolor.

–Mis niños, mi mujer... –Omar abría los ojos de forma desmesurada y tanteaba el aire con las manos, como si no pudiera ver.

Kasim tomó a su amigo por los hombros, se lo llevó a un lugar apartado y lo sentó en el suelo. Seguía conmocionado y le costaba reaccionar. Kasim cerró el puño derecho y lo estampó contra la fachada encalada de una vivienda. La cal se tiñó de bermejo. Luego aulló hasta hacerse daño en la garganta y se rasgó la túnica.

–¡No! –volvió a aullar. Desde varios puntos de la ciudad sonaron otros lobos descargando su furia. La noticia había volado de puerta en puerta.

Sentimientos e ideas se acrisolaban en su cabeza. Una sucesión de recuerdos acudió a su mente: sus hijos jugando, su esposa arreglando los geranios del patio, el día de su casamiento, el alumbramiento de su niño... Después llegó la tortura, los sucesos recreados por su imaginación. Lloró y volvió a golpear la pared, como si su cuerpo necesitara sentir el dolor de su alma.

De lejos llegaba el eco de unas voces que coreaban una única palabra. Omar fue el primero en entenderla y la pronunció, uniéndose al coro.

–Lucha –dijo–. ¡Lucha! –repitió, ahora con los dientes apretados.

Baza entera clamaba aquella palabra. Las mujeres, aferradas a los palos de sus escobas, golpeaban el suelo mientras animaban a sus hombres a salir. La ira más visceral arrinconó a la tristeza.

Bastetanos y voluntarios de todo el emirato se fundieron en las calles en una única masa colérica que pedía sangre. Los guerreros se congregaron ante la puerta de las Huertas. Los capitanes pedían calma. Las puertas de la alcazaba se abrieron y por ellas, montados a caballo, salieron el alcaide y el qaid Yahya al Nayar. Desmontaron cerca de la muralla y ascendieron al adarve. Yahya se dirigió a los hombres.

–He oído la noticia. –Las voces se fueron apagando–. El usurpador ha matado a vuestras mujeres e hijos, buenos musulmanes asesinados por malos musulmanes.

–¡Venganza!

–¡Muerte a Boabdil!

Se escucharon voces airadas. También llantos desconsolados.

–Llegará, Alá lo quiera –retomó la palabra el general–. Habéis sido valientes, habéis venido a Baza desde Granada para servir al único emir legítimo. Somos hermanos, y sabremos vengaros. –Hizo un breve silencio–. Mi corazón llora con vosotros. Esos que han talado nuestras huertas –se giró brevemente hacia el campamento– manejan al usurpador y gobiernan la Alhambra a su antojo. Queréis lucha, os he escuchado. Yo también la quiero. ¡La tendréis! *Allah al-Galib!* –Cientos de voces repitieron su grito–. Seguid a vuestros capitanes y no os separéis.

Yahya quería lucha, pero con orden. Se reunió con los principales capitanes, a los que ordenó repartirse por todas las puertas de Baza para realizar ataques simultáneos.

Kasim y Omar iban juntos, ambos armados con mazas. Tenían los ojos enrojecidos y el corazón les brincaba en el pecho. Las puertas de Baza se abrieron y los guerreros salieron en tropel siguiendo a sus adalides. Los jinetes ligeros se adelantaron y provocaron las primeras escaramuzas frente a las empalizadas de los reales.

La partida de Kasim se alejó en busca de un grupo de castellanos que rondaba los caminos de aprovisionamiento. Los granadinos se adelantaron a los de Baza en su ansia asesina. Los castellanos, intimidados, dudaron. Finalmente huyeron para buscar la seguridad del grueso de su tropa. Los escasos caballeros pesados que los acompañaban llegaron enseguida al real. Desde varios puntos cercanos llegó el eco de la lucha, que se generalizaba en una larga línea alrededor de los muros de Baza.

Kasim, Omar y otros muchos granadinos sobrepasaron a los rezagados castellanos y les plantaron cara.

–¡Infieles! –gritó Omar fuera de sí, con lágrimas en los ojos.

Los cristianos no tuvieron la más mínima oportunidad frente a ellos. Dispersos y sin apoyo de sus caballeros, se defendieron con torpeza.

Omar alzó su maza y la descargó sobre la cabeza de un joven guerrero protegida con capacete. Al choque del metal siguió el chasquido de los huesos. El hombre se desplomó. El granadino se echó sobre él y comenzó a descargar la maza sobre su cuerpo. La brigantina del muerto se deshizo en pedazos de metal y tela. Omar lloraba, y sus lágrimas caían sobre aquel cuerpo castigado.

Kasim, que había acabado con un lancero, cogió por el hombro a su amigo.

–¡No te ensañes con un muerto! ¡Hay más vivos!

Los mahometanos mataron con más rabia que destreza. A su paso sólo quedaban cuerpos destrozados por su brutalidad.

–¡Mi niña! –gritaba un vecino del Albaicín con cada golpe que daba.

Pronto no quedaron enemigos cerca y la partida nazarí quedó desorientada unos instantes. La nube de polvo que ellos mismos habían levantado se disipó. Los suyos comenzaban a ceder al ímpetu castellano y los capitanes nazaríes ordenaban la retirada.

Los hombres dieron media vuelta y corrieron hacia la seguridad de las murallas. Del campamento cristiano comenzaron a salir guerreros

en su dirección.

–¡Vamos, Omar! –le gritó Kasim a su amigo, que permanecía de pie, quieto, observando a los castellanos que avanzaban hacia ellos–. ¡Venga, vamos!

Lo cogió de un brazo, pero su amigo se zafó y lo miró a los ojos. La sonrisa macabra de la locura había transformado sus facciones. Las lágrimas habían dibujado dos regueros en sus mejillas, sobre el polvo embarrado con sangre.

–Nadie me espera en Granada. –Empujó a Kasim en el pecho–. Vete. Déjame. –Kasim se resistió; intentó tirar de él, pero pronto se dio cuenta de que, si insistía, acabarían muertos los dos.

–Nos vengaremos, Omar. Créeme. Sigue vivo para la venganza.

Omar negó con la cabeza. Kasim gritó con todas sus fuerzas. Tenía el corazón desgarrado por el dolor. Apoyó su mano en el hombro amigo y luego echó a correr.

Omar agarró con fuerza su maza, que goteaba sangre. Los castellanos se acercaban a buen paso, y él los esperó sin moverse. Tuvo que enjugarse las lágrimas dos veces antes de ponerse en guardia y recibir al primer enemigo. Esquivó la lanza y descargó la maza sobre su nuca. Enseguida otros tres guerreros se echaron sobre él. Consiguió desviar un hacha de batalla, pero una espada impactó en su costado. El tajo abrió hueco entre sus costillas. Gritó y movió la maza, ya sin fuerza. Una lanza se hundió en su estómago. Omar vomitó sangre. Los castellanos gritaban insultos. El granadino hincó las rodillas en el suelo. Su vista se nubló.

–Hamida –susurró mientras extendía la mano hacia el frente, como si pudiera verla ante él.

–Moro del demonio –masculló el lancero, a la vez que pateaba el pecho de Omar para recuperar su lanza.

Las puertas de Baza recibían de vuelta a los guerreros, que se atropellaban para entrar y asegurar la vida. Las huertas quedaron sembradas de muertos, la mayoría cristianos. Yahya contempló el escenario desde el adarve. Los castellanos se dieron la vuelta en las

inmediaciones del arrabal. Poco después, sonó el primer cañonazo de bombarda, y la muralla se estremeció bajo el impacto de la enorme bala de piedra. El asedio retomó su ritmo habitual. El general granadino regresó a la alcazaba satisfecho.

«La ira, bien manejada y encauzada, es un arma muy poderosa», se dijo.

* * *

–De la Axarquía –dijo Yahya al Nayar mientras servía el vino en dos vasos de loza–. Me queda poco, pero hoy es un buen día.

–Han muerto muchos inocentes en Garnata –replicó el alcaide de Baza, procurando ser comedido en el tono.

–No brindamos por eso, hermano. –Alzó su vaso–. Por la victoria.

Ambos bebieron y se relamieron los labios.

–Yahya, no estamos para muchas fiestas. Son muchos días de asedio. Perdemos hombres en cada salida y los rumíes saquean las munias y las alquerías. Cada vez es más difícil recibir alimentos. Las reservas se agotan.

El general volvió a beber y soltó un sonoro suspiro.

–A miel, sabe a miel. –Apoyó el vaso en la mesa de taracea y se recostó en su jamuga–. El verano avanza. Pronto llegarán las lluvias. Las tiendas no aguantarán el invierno de las sierras. Se marcharán –sentenció.

–No me fío de ellos –respondió el alcaide–. Quiera el Compasivo darte la razón, pero no me fío. Cuando se empeñan en algo, lo consiguen. Llevan siglos haciéndolo, comiéndose al-Ándalus bocado a bocado.

Yahya se irguió y endureció el tono.

–¿Ya estás como esos faquíes agoreros que pregonan el fin de al-Ándalus? ¿Quieres amargarme el vino dulce? –Se puso en pie y paseó por la estancia. El alcaide se tensó–. Resistiremos el tiempo suficiente y se irán. Mientras, raciona los alimentos.

–Ya lo hago.

–¡Pues haz raciones más pequeñas! –explotó. El alcaide alzó las manos pidiendo paz. Yahya retomó su deambular–. Mandaré un emisario al emir –concedió, más calmado–. Le pediré provisiones. Él sabrá cómo hacérnoslas llegar. ¿Contento?

El alcaide asintió, aunque sus ojos reflejaban inquietud. Baza resistía y golpeaba con frecuencia a los rumíes, pero sus golpes eran similares a las picaduras de una avispa. Escocían, pero no mataban.

Guadix, agosto de 1489

El emir acababa de terminar la primera oración del día cuando los guardias pidieron permiso para entrar. Llevaron al emisario ante el Zagal.

–Mawlana, viene de Baza –explicó uno de ellos.

El emir lo observó. Era un hombre menudo. Vestía zaragüelles y camisa negros e iba cubierto de polvo y sudor.

–Señor, me envía tu qaid Yahya al Nayar –se presentó–. Baza resiste, aunque se agota. Con la ayuda del Altísimo, matamos infieles a diario, pero también caen de los nuestros. Los alimentos comienzan a escasear. Los rumíes, el diablo se los lleve, no dejan entrar nada. Mawlana, tu fiel servidor solicita ayuda, un socorro en hombres y mantenimientos. –Había memorizado la petición y la soltó de carrerilla.

El Zagal llevaba días esperando algo así, temiéndolo en secreto. Dio la espalda al hombre y se acercó al ventanal trasero de la sala.

–Ya envié a Baza a todos los hombres que pude reunir –soltó al fin–. No puedo dejar Guadix desprotegido. Tenéis buenas murallas. Pocos hombres bastan para defenderlas. –Meditó unos instantes sobre la otra cuestión–. Tampoco puedo enviar una recua. Necesitaría un ejército para asegurarla. –Una sombra se instaló en su mirada–. Dile al qaid que aguante, que confíe en la bondad de Alá, que pronto llegarán las lluvias. Rezaré por mis hermanos. Retírate –ordenó sin girarse hacia él.

Escuchó cómo se despedía formalmente y salía de la torre. Se despegó la túnica del pecho y sopló. Comenzó a sudar. Estaba

nervioso. Sintió que el aire le faltaba y su corazón, como un timbal que llamara a la guerra, latió desbocado. Algo no iba bien, lo sabía. «¿Ahora abres los ojos, estúpido? ¿Qué pensabas que podías hacer tú contra Castilla?», se dijo, sacudido por la cara más oscura de la dualidad que residía en su interior.

Jaén, septiembre de 1489

La reina salió al exterior y paseó por la alcazaba. La última carta de su esposo escondía secretos que ella había sabido adivinar. El asedio estaba resultando difícil. Los refuerzos que había pedido no habían resultado suficientes para cubrir las bajas y las deserciones. Los moros se mostraban tenaces e insistían en realizar ataques constantes.

Fernando la informaba de que había ordenado construir una segunda empalizada en el camino que unía los dos reales.

«... llegan los dineros, pero apenas cubren los gastos...».

Isabel reconocía la letra de Zafra y la zalamería de su esposo. No le pedía directamente dinero, aunque la informaba de que no tenía suficiente. Ya no sabía a quién acudir. El Papa se negaba a prorrogar la bula de cruzada mientras no se le reconociera la mitad de lo recaudado. La reina había subido los impuestos, había pedido préstamos y había suplicado ayuda a las ciudades.

Sentía demasiado peso sobre sus hombros. A diario despachaba cientos de asuntos. Recordaba a su hermano y no quería caer en sus mismos errores. Enrique IV de Castilla fue un rey que no reinó, que apenas tomó decisiones y dejó que otros las tomaran por él. Mientras las fuerzas le llegaran, ella llevaría las riendas de sus reinos.

Sintió presión sobre su cuello y sus hombros, y una sensación de ahogo que se hizo insoportable. La reina echó mano a su collar para quitárselo. Dos guardias la vieron respirar con ansiedad y comenzaron a acercarse por si necesitaba ayuda. Isabel se dio la vuelta y regresó al interior de sus estancias, en el viejo palacio moro de la alcazaba. Allí, al abrigo de miradas indiscretas, sostuvo en las manos el collar y lo observó detenidamente. Era una obra maestra

de orfebrería que su madre le había regalado cuando cumplió los diez años. Tenía varias piedras preciosas engastadas. Entonces supo lo que tenía que hacer.

De pronto, sintió que el aire volvía a entrar generoso en sus pulmones.

–¡Martín! –llamó a uno de los secretarios para que tramitara el asunto.

El hombre acudió diligente.

–Trae a los hebreos y empeña mis joyas. Te las daré esta misma tarde. –Todavía tenía en las manos su collar–. Apriétales, saca todo lo que puedas. No se negarán a darnos un poco más de lo que valen.

El hombre agachó la cabeza en señal de asentimiento y se retiró para cumplir con la orden. Los secretarios llevaban semanas haciendo números imposibles. Conocían las cuentas y sabían que el mantenimiento de la tropa se haría pronto insostenible. Una vez más, su reina había hallado cobijo en la tormenta. El asedio de Baza recibiría un importante impulso con aquellos dineros.

Baza, septiembre de 1489

–El Compasivo os dará consuelo.

El imán de la mezquita aljama pronunció las palabras con voz melosa. Llevaba un rato hablando con Kasim y otro voluntario, pero sus palabras les resultaban vacías. Ambos permanecían en silencio, con la mirada perdida. A intervalos, sonaban las bombardas, que desde hacía semanas marcaban el ritmo de los días en Baza.

Kasim lucía un arañazo en la mejilla izquierda y tenía los nudillos cubiertos por costras de sangre seca. Su sufrimiento lo había llevado a castigar su propio cuerpo. Había perdido peso y cojeaba ligeramente de la pierna derecha. En un arrebato, le había propinado un puntapié a una puerta.

–La alegría volverá a vuestros pechos –soltó el imán, recurriendo de nuevo a una frase manida en la que ninguno de los tres creía.

Kasim reaccionó al fin. Alzó la cabeza y lo miró desafiante.

–¿Nos devolverá el Compasivo a nuestras familias? –dijo, y en su tono se intuía un rencor macerado durante días.

–Sé que sufres, pero nunca cuestiones a Alá. –Lo señaló con el dedo, aunque intentó no mostrarse demasiado severo–. Vuestros familiares están ya con Él. En Su bondad infinita, os aliviará pronto.

–No nos las devolverá –concluyó Kasim tras un silencio–. Ruego entonces una cosa: que nos permita vengarnos.

–Vengaremos a todos los hermanos caídos –concedió el religioso, contento por haber encontrado un frente común.

–Venganza –soltó el otro granadino, que parecía haber estado ausente.

–Mataré al hombre que ordenó sus muertes. –Kasim mantuvo la mirada fija en el imán para que pudiera ver el fuego que asomaba a sus ojos.

–Dios lo permita. –El imán dibujó una fugaz sonrisa en sus labios. Sabía que aquel hombre de campo nunca tendría cerca a Boabdil para poder cumplir con su voto de venganza, pero prefería no disolver su esperanza. Se palmeó las rodillas y se puso en pie–. Bien, va siendo hora de que vuelva a la mezquita. El alcaide quiere saber si estáis preparados para volver a la lucha. Cuando lo estéis, buscad a vuestro capitán.

Kasim miró a su compañero, que asintió.

–Lo estamos. Mañana saldremos a luchar. –El imán se despidió. Kasim lo retuvo cogiéndolo del brazo–. Lo mataré –insistió.

El imán le palmeó el hombro y salió a la calle. Kasim se introdujo en la alcoba y se arrodilló para orar. En el silencio de la estancia lo asaltaron las voces.

–Papá –pudo oír perfectamente a sus hijos llamándolo para jugar con él, como hacían las tardes cálidas del verano granadino–. Primo –escuchó después.

Lloró una vez más. Sus lágrimas cayeron sobre sus rodillas y sintió que no podría volver a levantarse. El nudo que oprimía sus entrañas no se deshacía; tal vez nunca se deshiciera. Se quedaría allí, enquistado, para recordarle eternamente lo que había perdido. Luego acudió a visitarlo el espíritu de Omar, con sus bromas y chascarrillos. Lo imaginó con su familia, feliz, y la imagen lo reconfortó. «Yo te llevé a esto», se dijo.

Se postró y tocó con la frente el suelo lleno de polvo.

–Pronto yo también moriré, pero antes os vengaré a todos.

Pronunció cada palabra con serenidad, consciente de la gravedad del voto. Todo se hizo borroso a su alrededor. Todo salvo su objetivo.

–Llegaré a él. Algún día tendré a mano a Boabdil. Entonces le haré pagar por lo que ha hecho.

De nuevo el odio se impuso al dolor. Recobró fuerzas, se levantó y fue capaz de mirar al mañana con el brillo de una única esperanza.

Granada, septiembre de 1489

Sobre su caballo, contempló como la primera acometida cristiana desbarataba sus filas. No les habían dado tiempo para organizar la defensa.

–¡Mawlana!

Boabdil escuchó cómo lo llamaba uno de sus capitanes, que le hacía señas para que se alejara. Antes de huir, pudo ver a su suegro peleando como un lobo acorralado. Alí-Atar había sido descabalgado y se resentía de una pierna, pero luchaba a espada y mantenía a raya a dos peones de Lucena. Un caballero pesado se acercó a él y consiguió descargar su espada sobre su cabeza. La celada cedió y se partió en dos. El arma quedó incrustada en el cráneo del adalid, que sucumbió al instante. Quedó tendido en el suelo, desangrándose, sacudido por estertores.

El emir comenzó a respirar con ansiedad y puso a su caballo al galope para escapar de la matanza. Todo el campo se llenó de muerte. Las voces y los relinchos colmaban el aire, que comenzó a contaminarse con el hedor de la sangre y las heces.

Llegó a la ribera de un arroyo y su caballo se atascó con el fango. Un peón armado con lanza lo divisó y corrió hacia él. Boabdil desmontó y desenfundó su espada jineta.

–¡A mí! –gritó el castellano–. ¡Un moro noble!

Al instante, se le unieron otros tres guerreros y juntos acorralaron al mahometano. El emir clavó la espada en el barro y alzó las manos.

–Rico –se apresuró a decir en un mal romance–. Rico, rescate –insistió.

Sus captores se acercaron a él con miradas lobunas, relamiéndose por la expectativa de botín. A Boabdil le faltaba el aire, una opresión en el pecho le impidió seguir hablando, y, dócil, se dejó maniatar.

–¡Buena presa! –comenzaron a gritar los hombres, maravillados por las finas botas de cuero repujado, la celada grabada con arabescos y la brigantina que protegía su torso, con planchas de metal forradas en terciopelo bermejo.

Abrió los ojos. Respiraba agitado y todo su cuerpo estaba empapado de sudor. Salió de la alcoba. Todavía era de noche, pero el alba ya se anunciaba sobre las sierras, difuminando las estrellas del horizonte. Lentamente, las escenas del sueño se alejaron, aunque dejaron un rastro ponzoñoso en su memoria. Aquel funesto día había cambiado su destino para siempre. Aquel día quedó atado por una servidumbre que lo seguía humillando ante Castilla.

Paseó por el patio. Llegó el eco de un muecín de la alcazaba Cadima que cantaba el llamado a la oración. Enseguida respondieron decenas de muecines, invadiendo la ciudad con sus versos. Moraima salió de su alcoba y ordenó a una esclava que colocara la alfombra del emir en el mirador de la torre. Boabdil alzó la mano para saludarla. Se le unió el faquí al-Pequeñí, que tenía la costumbre de orar al alba junto a su señor. Cuando terminaron, se sentaron en los poyos de las ventanas. El faquí observó al emir detenidamente. Vio su túnica mojada de sudor.

–Hace poco me visitó mi hijo mayor –comenzó diciendo al-Pequeñí–. Ya tiene sus propios hijos. «Ahora te entiendo, papá», me dijo el sinvergüenza. Con la tarea que nos dio cuando era niño... Era inquieto y siempre se estaba metiendo en líos. Más de una vez..., más de cien veces –corrigió enseguida– tuve que darle unos azotes. Gritaba, se rebelaba, incluso se llegó a encarar conmigo. Creía que lo estaba tratando de forma injusta. Ahora se ha dado cuenta de que lo que hice, en realidad, fue convertirlo en un hombre de provecho y evitarle problemas. –Boabdil sonrió. Conocía al faquí y ya sabía por dónde discurría su discurso–. Si no lo hubiera tratado con dureza, tal vez entonces me habría querido más, pero, ¿qué sería ahora? Un padre debe guiar a sus hijos como un pastor guía a su rebaño, con órdenes y una vara a mano.

Ambos se carcajearon.

–Lo sé, lo sé, Pequeñí. Ya me lo conozco. El pueblo de Granada son mis hijos. Pero, dime, ¿acaso cada azote no te dolió más a ti que a él?

–Por supuesto, mawlana. Educar es doloroso, aunque necesario.

–Gracias, amigo, pero esta noche no he soñado con la matanza del Albaicín. Mi pesadilla ha sido el recuerdo de la batalla de Lucena.

Los labradores del Generalife salieron a trabajar las huertas, y sus gritos y risas comenzaron a escucharse a los pies de la torre.

–El pasado no existe más que en tu cabeza –dijo el faquí–. Tampoco existe el futuro, mawlana. Sólo tenemos el ahora. Y ahora estás aquí, gobernando Garnata.

–Todo habría sido diferente si no me hubieran apresado. Llevamos seis años negociando la entrega del emirato. ¿No te das cuenta?

Al-Pequeñí apoyó las manos sobre sus rodillas y se echó hacia delante.

–Por una vez, mi señor, ¿me permites hablarte con total franqueza? –El emir asintió–. Muchacho –la palabra hizo reír a Boabdil–, si nos hubiéramos resistido, habríamos acabado como tu tío: acorralados, asediados, acosados por el hambre y, finalmente,

conquistados. ¿Y sabes una cosa? Los que pelean y no negocian no consiguen nada. –El faquí se puso en pie y alisó su túnica de lino–. Obras de forma inteligente. Castilla tiene poder para someter a cinco Granadas. Acabaremos engullidos por ellos, pero, al menos, conseguiremos unas buenas condiciones. –Agachó la cabeza en señal de respeto–. Más franco no puedo ser, mawlana. –Recuperó el formalismo.

Boabdil también se puso en pie. Abrazó al faquí y regresó a su pabellón para desayunar con Moraima. No disponía de mucho tiempo. Por la cuesta del barranco había visto subir a dos secretarios. La vida del emirato no se tomaba descansos.

Baza, septiembre de 1489

Beatriz estrujó los paños y los golpeó varias veces contra una piedra. A su lado, su compañera de tienda repetía la operación con las sábanas del hospital. María era una joven cordobesa, huérfana de madre, que solía prestar servicios como cocinera.

–Espera, chiquilla –le dijo la sevillana–. Son muy grandes. Te ayudo.

Beatriz se remangó y agarró un extremo de la sábana. A su alrededor, los aguadores llenaban sus cántaros con el agua del manantial.

–Me ha vuelto a llamar –soltó María con un rastro de picardía en la voz.

–¿Me vas a decir ya quién es? –La cordobesa negó con una sonrisa en los labios. Era una muchacha hermosa, morena de ojos negros–. Pues lava tú sola las sábanas –dijo Beatriz entre risas.

María se acercó a ella para tomar la tela y le dijo en un susurro:

–El hombre más poderoso del real.

–¿El duque de Cádiz...? Ay, bribona, con lo apuesto que es...

La cordobesa volvió a negar e hizo un gesto con la mano para indicarle que apuntara más alto.

–¡No! –Beatriz se llevó la mano a la boca–. ¿De veras?

–El mismo rey. –Su voz fue casi inaudible. Rio nerviosa. Soltó la sábana estrujada y tomó otra empapada–. Es bueno conmigo. –Del escote se extrajo una medalla de plata–. Beatriz, me va a hacer rica.

La sevillana hizo una mueca.

–Ándate con cuidado. En la alcoba todos son iguales. Prometen y prometen, hasta que la meten. –María se rio–. Procura sacarle todo lo que puedas ahora. Los hombres olvidan muy pronto.

–Tranquila, Beatriz. Soy joven, pero tengo experiencia. Sé lo que me hago.

Terminaron la faena y regresaron con los canastos repletos de ropa limpia. Cerca del manantial vieron a unos hombres que sembraban la tierra recién arada. Aquello era un mensaje para los asediados. También atravesaron el «barrio de barro», como lo habían apodado los soldados. Allí se concentraban las primeras casas estables del real, hechas con tapial gracias a los fondos que la reina Isabel había enviado a su esposo.

–Mal negocio –soltó María. Señaló las viviendas–. Cambiar oro por barro.

Ambas rieron por la ocurrencia. Todo el real sabía que la reina de Castilla había empeñado sus joyas para reforzar el asedio.

Llegaron al hospital y se dispusieron a tender las telas al sol. A la entrada de una de las tiendas había un cuerpo tapado por una sábana. Dos auxiliares permanecían sentados a su lado, esperando órdenes.

–¡Oye! ¿Quién es? –preguntó Beatriz mientras colgaba una tela del alambre.

–¡Gonzalo! ¡El de la gangrena! –respondió uno de los hombres.

–Ya descansa. Gracias a Dios. –Era el soldado al que Beatriz había consolado. En contra de lo esperado, Gonzalo había sobrevivido durante casi dos meses, pero ese tiempo se había convertido en una condena para él. La gangrena se lo había ido comiendo sin remedio, provocándole un intenso sufrimiento.

–Pobre hombre –comentó María.

–Somos como las flores –opinó Beatriz–. Llenos de vida, pero basta una helada o un cambio de aires para que nos marchitemos.

María no acabó de entender lo que quería decir, aunque le gustó la comparación.

–Si somos flores, me pido una rosa bien hermosa –dijo ufana, y siguió tendiendo.

Baza, octubre de 1489

–Y ahora, ¿qué? Te lo dije, no me fío de ellos. –Sobre el adarve de la muralla de la medina, el alcaide señalaba las casas de los rumíes–. No se irán en invierno.

–Tengo ojos –contestó Yahya al Nayar, iracundo. También contempló los sembrados–. Seguiremos saliendo y atacaremos los campos.

El alcaide se guardó la réplica. Las huertas estaban bien defendidas. El hambre comenzaba a provocar estragos entre la población y no había perspectivas de un próximo aprovisionamiento. Decenas de mendigos deambulaban por las calles en busca de caridad, pero a nadie le sobraba nada. El optimismo y la valentía habían dado paso a la desesperanza.

Yahya miró a los ojos al alcaide.

–¿No replicas? –preguntó, sorprendido por su silencio.

–Tienes ojos –dijo éste sin más.

El alcaide se despidió. Yahya permaneció unos instantes en la muralla. Las bombardas seguían tapadas con mantas, enfriándose antes de volver a disparar.

–¡Alá os maldiga! –gritó con todas sus fuerzas.

«Si vamos a caer, tendremos que sacar el máximo provecho posible», pensó después. Las posibilidades de resistencia se agotaban. Había llegado la hora de pensar en la capitulación.

* * *

Cuando le llegó el turno, Kasim se acercó al hombre que hacía los repartos para tomar su ración. El puesto se había montado en la plaza de la mezquita, donde antaño se asentaba el mercado principal de Baza. Ahora allí sólo se veían mendigos famélicos que suplicaban algo de comida.

–Esto es sólo el principio, Kasim –le dijo un granadino que permanecía sentado a la sombra de un naranjo–. En un par de semanas comeremos ratas.

Kasim asintió. Ya había visto a un grupo de muchachos cazando ratones. Echó a andar hacia su casa, pero el hombre lo retuvo.

–Ha llegado otro de los nuestros, de tu mismo barrio. –Señaló a un joven alto y delgado que merodeaba por la aljama.

Kasim lo reconoció. Fue directo hacia él y lo abrazó con fuerza.

–Hadi, muchacho –le dijo, emocionado.

El joven se dejó abrazar y lloró con amargura sobre su hombro. Kasim lo llevó a la sombra del muro de la mezquita y lo interrogó con ansiedad.

–¿Cómo te has salvado? ¿Qué ha pasado?

Hadi tardó un buen rato en recomponerse. Le explicó que había conseguido huir saltando por los corrales de su casa. Se había refugiado en el cementerio del Albaicín y había conseguido sobrevivir gracias a la caridad de otros vecinos. Ellos mediaron con los guardias de la puerta de Fajalauza para que lo dejaran salir de la ciudad. Luego había comenzado un periplo por las sierras y alquerías del norte, hasta llegar a Baza.

–Te dejaron salir...

–Muchos odian a Boabdil, Kasim. Desde la matanza. –Se le quebró la voz en la última palabra–. Mi madre... no pude salvarla. –Rompió a llorar de nuevo. En Baza le habían dicho que su padre había muerto durante una refriega con los rumíes.

Kasim lloró con él.

–Tranquilo, muchacho. Todos hemos perdido a alguien. –Se enjugó las lágrimas. Lo cogió por los hombros y lo obligó a mirarlo a los ojos antes de formular la pregunta que llevaba temiendo desde que lo había visto–: Y los míos, Hadi, ¿los viste?

El joven se perdió en los profundos pozos de dolor de sus ojos.

–Los oí, Kasim. –La voz se distorsionó por la pena–. Y tampoco pude hacer nada. Los guardias entraron en tu casa antes que en la mía. Oí sus gritos, los tengo todavía clavados aquí. –Se tocó la frente con furia.

–No –soltó Kasim apenas sin voz–. Mis niños, mi prima. No. –Su corazón, ya roto, se desgarró por completo.

Necesitó apoyarse para dar los primeros pasos.

–No –repitió, y golpeó el muro de la mezquita aljama–. Compasivo, ¿dónde está tu compasión? No me los has salvado.

Se alejó dando tumbos, llorando y golpeando las paredes. En un recóndito rincón de su pecho había conservado una pequeña llama de esperanza. Hadi la acababa de apagar de un soplido.

Después de varios pasos, sintió que alguien le agarraba la muñeca con suavidad. Vio a una mujer harapienta, demacrada, que le señalaba la entrada de su casa con un sugerente movimiento de cabeza. Se soltó y se alejó corriendo.

–Te veré morir –dijo para sí al enfilar su calle, recordando su voto de venganza.

* * *

–Por el delito de deserción, habiendo sido descubierto en el acto cuando se alejaba en soledad de los reales, el hidalgo don Bartolomé González de Sevilla, habiendo sido apresado por los guardias de nuestra majestad, retenido por el alguacil don Juan de la Osa y juzgado por el alcaide don Manuel González de la Torre, en nombre de nuestras majestades los reyes de Castilla y de León; el dicho reo, probado su delito grave, es declarado culpable y sentenciado a muerte por decapitación, dada su condición, y todos sus derechos

quedan extintos con su vida, no pudiendo pasar a sus descendientes.

El pregonero se retiró de la plaza. El hidalgo intentaba mantener la compostura, pero no pudo evitar que su vientre se descompusiera a la vista de todos.

–Suelta la mierda –dijo uno de los espectadores, un peón de Córdoba–, así irás más limpio al encuentro con Dios.

Algunos rieron. El espacio estaba abarrotado de mirones. El rey asistía al acto sentado en su trono. Con la ejecución de aquel hidalgo pretendía dar ejemplo a los que se planteaban desertar.

El verdugo, con el rostro tapado por una tela negra, aguardaba aferrado a su hacha. El rey Fernando asintió y el hombre colocó al reo de rodillas, con la cabeza sobre el tocón. El hidalgo rezó compulsivamente, atropellando las palabras. En un instante, el hacha se alzó y descendió veloz para segar el cuello. Sonó una exclamación entre los asistentes. La sangre comenzó a brotar, primero con fuerza, luego de forma mansa.

Desde varios puntos de la plaza se alzaron vítores alabando al rey y a la reina, y enseguida los espectadores comenzaron a dispersarse. Hernando de Zafra acudió a la llamada de Fernando.

–Ve preparando una tienda para la reina –le dijo–. Junto a la mía.

–Así se hará, vuestra majestad.

Isabel de Castilla había escrito a su esposo para informarlo de que ya habían llegado a Jaén los caballeros que asegurarían su paso. Acudiría a Baza acompañada por su hija Isabel, el cardenal de España y algunas damas de su corte.

«Los moros no cesan en sus ataques y la seguridad del real está siempre comprometida. Mejor sería, señora, que permanecierais en Jaén, desde donde podéis ayudar bien a la campaña...», le había dicho Fernando en una misiva cuando conoció sus intenciones.

«Bien sabéis que no es la primera vez que la reina acude a un asedio. Lo hice en Moclín, y la plaza, fortísima, cayó en días. Los moros de Baza son aguerridos y aguantan bien la escasez. Mi

presencia será un mensaje antes de que llegue el invierno...». Así fue la respuesta de Isabel, contundente y sabia, como ella.

Fernando no quería tenerla cerca todavía, pero se resignaba. En el fondo, sabía que estaba en lo cierto, que, si acudía a Baza, los moros flaquearían. La imaginó impaciente, anhelante, enérgica, y esbozó una sonrisa.

«Sabe Dios que es una fiera imposible de domar», se dijo mientras observaba cómo retiraban el cuerpo del ajusticiado.

Granada, octubre de 1489

El cielo estaba encapotado, pero, a pesar de la amenaza de lluvia, las nubes no descargaban. El aire olía a tierra húmeda. El aroma de los arrayanes y de las flores de los parterres se hacía más intenso. Moraima se sentó en un banco de piedra y llamó a Nawar a su lado. Habían estado paseando por los jardines del Partal. Los guardias que las seguían aguardaron a una distancia prudente.

–Fue preciosa. Al menos yo la recuerdo así –siguió diciendo la esposa del emir. Nawar le había preguntado por su boda–. Yo tenía quince años y él veintitrés. ¡Qué poco sabía de la vida entonces! Y cuánto he aprendido en este tiempo... –Su mirada perdió brillo–. Me casé enamorada, Nawar. Loca de amor. El príncipe era apuesto, guapo. Sigue siendo guapo. –Suspiró–. Tenías que haber visto mi vestido. Era de seda verde, con bordados dorados. Mi padre era austero. Alí-Atar, el defensor de Loja, el gran visir de Granada. «Ni una moneda para lujos», solía decir. –Estuvo a punto de llorar al recordarlo–. El vestido fue su única concesión. Las joyas me las prestó la madre del novio. Parecía una princesa.

–Mi buena señora, eso eras –apuntó la esclava sudanesa.

–Bueno, sí, en eso me convertí. Los banquetes corrieron a cargo del emir –retomó su relato–. Fue una comida sencilla. Muley Hacén no quería grandes jolgorios mientras Alhama se vestía de luto. –Los cristianos acababan de tomar la fortaleza y los granadinos la sometían a un duro asedio para intentar recuperarla–. Eran tiempos difíciles para Granada, pero a mí todo eso me daba igual. Yo era feliz. Recuerdo la primera noche. –Soltó una risita nerviosa y miró de

reojo a los guardias–. Cuando nos quedamos solos en la alcoba, me puse a orar, pero Boabdil se echó sobre mí y me tomó allí mismo, en el suelo. No paró de darme besos y de susurrarme palabras dulces al oído. Muchas mujeres recuerdan su primera vez con repugnancia. Ay, Nawar, mi primera vez fue hermosa. Ojalá todas las que vinieron después hubieran sido iguales.

–¿Qué pasó? –se atrevió a preguntar la esclava.

–Todo cambió. Muley Hacén tuvo que dar por perdida Alhama. «Mi joya», sollozaba por los palacios como un niño. –Bajó la voz–. Ya entonces no andaba muy bien de la cabeza. Luego los rumíes atacaron Loja, pero fracasaron. Sin embargo, se asentaron bien en Alhama. Fue el primer golpe que recibimos, y pocos se lo perdonaron a Muley Hacén. Justo entonces empezó todo. Yo, que vivía tan ajena a la guerra, me vi dentro de ella. Malditos días aquéllos. –Nawar permanecía atenta al relato. Apenas sabía nada sobre aquellos acontecimientos–. Mi suegra movió las piezas del ajedrez. Estaba celosa, odiaba al emir porque la había repudiado; la cambió por la conversa Zoraya, y no tardó en tener hijos con ella.

Nawar abrió los ojos de forma desmesurada.

–¡La que está con el Zagal! –soltó espontáneamente.

–Así es. Fátima no soportaba la situación y organizó una conjura. Yo creo que temía que los hijos de la conversa estuvieran por encima de los suyos. Movió a sus partidarios y los alzó en la Alhambra. El emir daba una fiesta en el palacio de los Alixares y apenas pudo reaccionar. Boabdil se fue a Guadix y allí fue proclamado emir.

–¿Y tú? –preguntó la sudanesa.

–Yo me quedé en Granada, con Fátima la Horra. Tuve mucho miedo. Por él, por mí, por nuestro bebé. Estaba embarazada. Boabdil volvió pronto y ocupó la Alhambra. Su padre tuvo que irse a Málaga.

Nawar tomó en sus manos la derecha de Moraima.

–Pobre princesa mía. No te dejaron tiempo para vivir tu sueño.

Moraima negó con la cabeza y dos lágrimas se desbordaron de sus ojos.

–Lo siento. La historia empieza siendo bonita, pero ya ves cómo se tuerce. Y va a peor, ya lo sabes. Lucena, y mi niño rehén. –Se echó las manos a la cara y la esclava la abrazó por la espalda–. Yo pensaba que sería feliz. –Alzó la cabeza y encaró a Nawar–. De haberlo sabido, habría preferido casarme con un labriego de la Vega.

–No digas eso, señora. Ahora estáis bien y pronto tendréis a vuestro niño aquí.

–Y los años perdidos, ¿quién me los devuelve? ¿Quién me trae a mi bebé para que le dé el pecho, para que lo escuche decir «mamá» por primera vez?

La esclava no supo qué contestar. No era madre, pero podía sentir aquel dolor tan fiero a través de ella. Comenzó a soplar una brisa de poniente y cayeron algunas gotas. Moraima se puso en pie y se recompuso.

–Lo siento. No esperaba terminar recordando todo eso.

Nawar la miró con ternura y la besó en la mejilla.

–Vamos, princesa.

Lo dijo con tanta dulzura que Moraima quedó desconcertada. El eco de su voz permaneció en sus oídos mientras regresaba a los palacios dejándose mojar por las primeras gotas del aguacero.

Baza, octubre de 1489

Hernando de Zafra salió del campamento acompañado por uno de sus subalternos. Ambos iban a caballo. Las bandas blancas del parlamento cruzaban sus pechos. Sobre el almenado de la muralla de la medina ondeaba una bandera blanca.

«¿Por qué tengo que ir yo?», iba preguntándose el secretario del rey, tratando de controlar los nervios que atenazaban su estómago.

Un emisario moro había acudido al real la tarde anterior para solicitar parlamento en Baza. Fernando accedió a enviar a dos

hombres de su confianza. Los contendientes acordaron una tregua de dos días.

Los castellanos se adentraron en el arrabal de las Huertas y recorrieron las calles desiertas hasta dar con la puerta principal de la medina bastetana. La atravesaron y fueron recibidos por una delegación encabezada por el alcaide.

–Sed bienvenidos –los saludó éste en romance–. El qaid Yahya al Nayar, fiel servidor del emir de Granada, os espera en la alcazaba.

El alcaide condujo al grupo hacia la explanada de la mezquita aljama, donde había montados varios puestos de alimentos. Luego pasaron junto a un enorme granero, del que unos hombres extraían cebada. Desde allí torcieron el rumbo hacia la puerta de la alcazaba y comenzaron a subir las cuestas que llevaban al palacete de gobierno.

Yahya al Nayar los recibió bajo un emparrado de alambre. Dos esclavas aguardaban junto a una mesa en la que habían servido vino y almendras tostadas.

–Sentaos, hermanos. –Yahya también hablaba el romance.

Zafra y su asistente así lo hicieron.

–Vengo investido de poderes para hablar en nombre de mi señor, el rey don Fernando. –No demoró el parlamento–. Lo que aquí negociemos, será firme.

Yahya entornó los ojos y observó suspicaz a su interlocutor.

–Veo que dais por supuesto que vamos a negociar –dijo.

–Para eso se convoca un parlamento.

El qaid tomó una almendra y se la echó a la boca.

–Parlamentar es hablar. Y eso es todo lo que quería: hablaros.

–Vos diréis. Nos conocemos –añadió Hernando–. Con el precedente de Almería, era fácil suponer que queríais negociar. –Su tono fue duro. Había intercambiado cartas con Yahya cuando éste planificó la entrega de Almería a espaldas del Zagal.

Yahya, algo nervioso, echó un vistazo al alcaide, que permanecía de pie a varios pasos. Carraspeó y cambió de tema.

–Baza sigue siendo fuerte. Lo habéis podido comprobar. Tenemos guerreros suficientes para defenderla. Y las reservas de comida darán para llegar a lo más crudo del invierno. –Irguió la espalda–. Queremos que lo sepáis.

Zafra, ya acostumbrado a hablar en nombre de reyes, se irguió también e hizo amago de levantarse para dar por terminada la reunión.

–Bien, sidi –usó la palabra árabe–, si es todo, tenemos prisa. Nos damos por enterados. Si las reservas os llegan hasta el invierno, esperaremos a la primavera.

No estaba ante un rey moro, por lo que no hizo reverencia alguna. Pidió su montura y, acompañado por varios guardias, deshizo el camino hasta salir a las huertas. «Si te estoy enviando, recuerda que eres yo», le había dicho el rey antes de dejarlo marchar. Conocía a su señor, y sabía que aquélla habría sido su reacción.

Puso su caballo al trote y su asistente lo siguió a duras penas.

–Malditos moros tramposos –masculló.

* * *

Fernando recibió al secretario en el interior de su tienda.

–Ha durado poco –comentó.

Hernando de Zafra lo informó a bocajarro.

–Ha sido una farsa, un teatrillo.

–¿Lo dudabas? Conoces a los moros mejor que yo, no debería sorprenderte.

–Han escondido a la población, pero he podido ver a algunas personas asomadas a las ventanas. Mi señor, todas famélicas. Me han paseado por un mercado con canastos llenos de comida, pero sin compradores. –Fernando rio con ganas–. Ni un alma. Luego me han enseñado un granero, pero sabe Dios cuánto grano había dentro. Eso sí, dos moros estaban sacando cebada a paladas. Me

han llevado a su castillo. Había muchos hombres de armas, todos con las chaquetillas holgadas. Allí arriba ha llegado el momento cumbre, mi rey. –Éste seguía riendo–. Yaya ha dicho que no quería negociar, que sólo quería que supiéramos que estaban fuertes y que tenían provisiones.

En este punto, el rey se puso serio.

–¿Qué le has contestado?

–Me he levantado y le he dicho que, si tienen hasta el invierno, aguardaremos la primavera.

Fernando palmeó con fuerza.

–¡Bien dicho!

No pudo contenerse y se acercó al secretario para agarrarlo por los hombros.

–Por todo esto te he enviado a ti. Nadie lo habría hecho como tú ni habría sabido ver lo que tú has visto. –Paseó animado por la tienda–. La reina está a punto de llegar, y ellos están a punto de caer –sentenció.

* * *

–¡Voluntarios! ¡A la puerta del Sol!

El pregonero recorría las calles voceando la llamada. Yahya, ofendido por la actitud de Hernando de Zafra, quería retomar cuanto antes el acoso a los reales cristianos. Kasim escuchó el pregón desde su casa. Tomó su ballesta y salió decidido. En la explanada que se abría ante la puerta fue recibido por cientos de guerreros ansiosos por combatir. Muchos eran granadinos que, como él, habían perdido a sus familias.

–¿Quiénes saben montar? –preguntó uno de los capitanes. Muchos alzaron los brazos–. ¡Poneos a este lado!

Kasim se unió a ellos. Veinte jinetes de la alcazaba los observaban desde sus monturas. Ellos fueron los encargados de elegir a los cuarenta voluntarios que participarían en la partida. Kasim fue uno de los elegidos.

La pequeña tropa se organizó con presteza. Los veinte guerreros de la guarnición tomaron antorchas. A los demás les asignaron arcos y ballestas.

–¡Nos acercaremos a las tiendas y lanzaremos las teas! Vosotros nos cubriréis.

El plan era sencillo. La puerta del Sol se abrió y los sesenta jinetes salieron al paso. Kasim nunca había montado a la jineta, pero no tardó en acostumbrarse.

Los cabecillas aceleraron hasta galopar hacia el real del duque de Cádiz. Los cuarenta voluntarios los siguieron. La empalizada y el foso se fueron acercando, y los guerreros nazaríes comenzaron a gritar. En la torre más cercana vieron agitarse una bandera. Sonó una campana de alerta.

Los primeros jinetes llegaron a las inmediaciones de la empalizada y frenaron sus monturas. Sólo seis de ellos tuvieron tiempo para arrojar sus antorchas antes de recibir los balazos de una escuadra de espingarderos. El estruendo asustó a los caballos. Varios jinetes cayeron, y otros tantos emprendieron la retirada. Los voluntarios llegaban en desorden. Usaron sus ballestas y arcos contra los espingarderos, que ya cargaban sus armas. Una de las antorchas prendió una tienda.

–¡Muerte! –gritó Kasim después de disparar. El dardo sobrevoló el foso y se clavó en el pecho de un castellano.

El granadino vio dos teas tiradas en el suelo y no dudó. Desmontó, las tomó y las arrojó con todas sus fuerzas. Una tocó una tienda, la otra cayó en tierra. Se disponía a montar de nuevo cuando sonó un disparo. Miró hacia la cuadrilla y comprobó que los espingarderos ya apuntaban, listos para una nueva carga.

Kasim respiró profundamente, abrió los brazos y aguardó la muerte.

–Ya voy –susurró cerrando con fuerza los ojos. Dos lágrimas escaparon de ellos.

Sonaron cerca de veinte disparos y una pequeña nube de humo se alzó hacia el cielo. El caballo relinchó desesperado. Kasim abrió los ojos y se palpó el pecho. Había salido ileso, pero su caballo tenía una herida en el cuello. El animal brincó y piafó, y se alejó a la carrera. El corazón del granadino latía desbocado.

–¡Ah! –gritó con todas sus fuerzas. Lloró como si acabara de nacer en aquel mismo instante, como si hubiera recibido en sus pulmones el primer hálito de vida.

El aire olía a pólvora. Los espingarderos, de rodillas, cargaban de nuevo las armas. Por el terraplén que atravesaba el foso comenzaban a salir varios caballeros pesados. Sus armaduras brillaban con destellos plateados. Kasim miró al cielo limpio de nubes y entonó una oración.

–Altísimo, no quería la vida, pero Tú puedes más que yo. La acepto, hasta que pueda cumplir mi voto.

Corrió hacia Baza. Los demás voluntarios se alejaban. A poca distancia vio a una yegua desorientada que había perdido a su jinete. La montó. Sonó una nueva carga de las espingardas, pero ya estaba demasiado lejos. A medida que se acercaba a Baza sentía que podía respirar mejor. Muchas tormentas habían descargado sobre su conciencia en las últimas semanas. Seguía vivo sin querer, aunque ahora sabía que contaba con Dios, que Él lo ayudaría a vengarse. Después, ya habría tiempo de encontrar la muerte.

Guadix, octubre de 1489

–No esperaba que me llamaras, mawlana.

La puerta estaba abierta y Zoraya se introdujo en la estancia. El Zagal estaba sentado en una jamuga. A su lado, había una mesa con el tablero de bronce sobre la que descansaban una jarra de vino y una copa vacía.

–La vida siempre da sorpresas –respondió el emir con voz apagada–. Siéntate.

La mujer obedeció y tomó asiento al otro lado de la mesa. El Zagal se sirvió más vino, pero no le ofreció a ella.

–La reina está en camino. Está a punto de llegar a Baza. ¿Sabes lo que significa?

–Que Baza está a punto de caer –respondió Zoraya–. La reina no se irá sin una capitulación firmada.

–Ay –soltó el Zagal, envuelto en un suspiro–. Eres más inteligente que mi visir. Él insiste en que se irán antes del invierno, que la reina viene para organizar la retirada. –Negó con la cabeza–. Por eso te llamo. Necesito verdades, sin remilgos.

Evitó mirarla a los ojos. Los recuerdos lo excitaban y lo avergonzaban.

–¿Qué vas a hacer cuando Baza se entregue? –Zoraya se mantenía erguida.

–Aún no lo tengo claro. Baza es mi escudo, sin él estoy perdido. Me quedará Guadix, pero ¿crees que no harían lo mismo aquí? Dame tu consejo.

La mujer cerró los ojos.

–Aborrezco al hijo de mi difunto esposo –comenzó a decir al fin–, pero hay algo que Boabdil ha comprendido antes que nosotros. En realidad, quien lo ha comprendido es Fátima –pronunció su nombre con evidente desprecio–. Ante un poder como el de Castilla, Granada está perdida. Lo que te voy a decir me apuñala el alma, espero que lo entiendas. –El emir asintió–. Una entrega a tiempo puede garantizar unas buenas condiciones. Una toma por la fuerza... Recuerda Málaga.

El Zagal guardó silencio, pero sus músculos se tensaron de impotencia. Era un hombre de carácter, un león, mas se veía acosado por fuerzas que lo superaban.

–Asediaron Vera y acudí en su socorro –dijo pasado un rato–. Pensaba que podría echarlos y, sin embargo, me tuve que dar la vuelta antes incluso de llegar. Ahora asedian Baza y ya tengo la lección aprendida.

Se abrió un nuevo silencio y Zoraya comprendió que la reunión había terminado. Se puso en pie y se encaminó hacia la salida. Antes

de irse, le habló:

–Tu esposa tiene un motivo más para odiarme. Sabe que me has llamado.

–Poco me importan ahora los enfados de mi esposa.

Tomó su copa de vino y bebió. Zoraya se retiró, y él observó cómo su silueta se recortaba en el contraluz de la puerta.

Moclín, noviembre de 1489

Los primeros fríos del otoño habían llegado a Moclín. El alcaide permanecía en Baza, junto a su rey. La fortaleza vivía días tranquilos.

Adhara regresó a casa con dos cántaros llenos de agua. Ahmed se había quedado bajo la custodia del guardia sudanés. El niño se calentaba las manos en el hogar, donde ya hervía el agua para un guiso. La mujer vació los cántaros en una tinaja y comenzó a pelar las verduras para echarlas a la olla.

–Adhara, Kamal dice que estamos en al-Ándalus. Eso no es verdad, ¿a que no? Díselo, Moclín es de Castilla.

Adhara se acercó a la olla y echó en ella un puñado de verduras.

–Los dos tenéis razón. –Kamal lanzó una carcajada, satisfecho con su triunfo–. Castilla conquistó Moclín hace tres años, pero esto sigue siendo al-Ándalus. –Ahmed la miró confuso–. Pequeño, no sólo Moclín. Burgos, León, Toledo, Córdoba... Todo es al-Ándalus. Ése es el nombre que nosotros le damos a esta tierra. Da igual quién la gobierne. Aunque la perdamos, seguirá siendo al-Ándalus para nosotros. ¿Lo entiendes?

–Pero, entonces, es sólo un nombre –dijo el niño.

–Sí, es un nombre, aunque también muchas otras cosas. Al-Ándalus son las palabras que los cristianos tomaron de nuestra lengua, son los dulces que nos copiaron, las acequias que siguen usando para regar sus huertas... –Los ojos de Ahmed brillaron. Comenzaba a comprender su discurso–. Sus reyes usan con orgullo

espadas jinetas. Al-Ándalus es una forma de vida, y seguirá aquí cuando ya no estemos nosotros.

Kamal miró con severidad a la mujer, que se sonrojó.

–Nunca nos iremos de aquí –intervino el sudanés con su acento africano.

Ahmed no comprendió lo que había pasado, pero percibió la tensión.

–Claro, ésta es nuestra tierra y aquí nos quedaremos –aclaró Adhara.

El niño asintió. No tenía claro cuál era su pueblo ni su tierra. Desde que tenía memoria vivía en aquel reino, pero todos insistían en recordarle que pertenecía a otro. Tal vez no perteneciera a ninguno, como las aves.

Adhara le sirvió al niño un vaso de leche.

–Vamos, tómatelo rápido. El maestro está al llegar.

Con una mueca de fastidio, Ahmed obedeció.

En aquel mundo de cristianos, Adhara, Kamal y su maestro Ibrahim se empeñaban en mantener las raíces del príncipe atadas a Granada.

Baza, noviembre de 1489

En cuanto la comitiva apareció por el camino de Zújar, los músicos que se habían apostado a la entrada del real comenzaron a tocar. Un escándalo de trompetas, chirimías y atabales acompañó a la reina durante el trayecto final de su viaje. Isabel de Castilla viajaba a lomos de su yegua blanca. Llevaba puesta su corona sobre un delicado manto negro con bordados en hilo de oro. Su mano derecha sujetaba el cetro. Una sombra velaba la luz de su mirada.

Fernando, sobre un soberbio alazán, cabalgó a su encuentro. Se colocó a su lado y solicitó su mano para besarla. Estallaron vítores. Detrás de la reina cabalgaban la infanta Isabel, el cardenal de España y fray Hernando de Talavera. Todos accedieron al

campamento. Fernando guio los pasos de Isabel hasta la casa que estaban construyendo para ellos. Sólo quedaba enlucir el interior.

–No llegaremos a habitar en ella –opinó la reina.

–Dios te oiga –contestó el esposo.

El paseo terminó en el centro del real, donde se alzaba la tienda de Fernando. Junto a ella habían instalado otra gran tienda para Isabel. Los emblemas de sus reinos ondeaban sobre el mástil. Mientras sus damas organizaban sus enseres, Isabel acompañó al rey al interior de su tienda. Se quitó la corona y se sentó en una jamuga.

–Ni un abrazo ni un beso fraternal... –le reprochó Fernando, zalamero, mientras se sentaba frente a ella.

–Habrá tiempo de eso, esposo. –La reina observó la cama, el pequeño despacho y el oratorio–. Tampoco creo que estés muy necesitado.

Fernando le devolvió una mirada gélida.

–Pronto empiezas con invenciones y reproches. Lo único que hago aquí es malvivir y ganar territorios para Castilla.

–Diriges los ejércitos de Castilla, que también es tu reino –le recordó ella–. ¿Cómo está la fruta? –Ninguno de los dos abandonó el tono frío con el que se hablaban.

–Madura y a punto de caer. Pasan hambre, pero son duros y resisten con poco.

–Hay que cogerla antes de que caiga podrida. Pronto empezarán a parlamentar. Mi presencia es un aviso –dijo con un deje de orgullo en la voz.

–Yo también lo creo, esposa. –Fernando suavizó el tono–. ¿Qué te preocupa? Tus ojos no me engañan.

Isabel suspiró.

–Me preocupan los dineros, que siguen atascados en Roma. Me preocupa mi madre, que no mejora. Me preocupa nuestra hija Isabel, que pronto marchará a Portugal para desposarse. –Miró a

Fernando y un destello de furia iluminó sus ojos–. Y también me preocupa mi esposo, su vida licenciosa, jugando y amando a quien no debe.

Fernando calló ante el ataque. Ya había protagonizado algún escándalo. El más sonado fue con la joven Beatriz de Bobadilla y Ulloa, que se vio obligada a casarse con el señor de la isla de La Gomera.

–¿Nos veremos esta noche? –preguntó por respuesta el rey.

Isabel se puso en pie, se ajustó de nuevo la corona y caminó hacia la salida.

–Como esposos que somos, nos veremos esta noche.

* * *

–No sé a qué ha venido ésa.

La cordobesa no ocultó su enojo. A Beatriz le resultó divertido.

–Ésa es la reina. Lo sabes, ¿no? –La sevillana rio y le dio un codazo.

–Pues claro que lo sé, chiquilla. Que no he nacido en un nido. Pero no sé a qué viene a la guerra.

–En eso tienes razón, no es sitio para mujeres. –Volvió a reír.

–Ay, cállate, idiota. –Le dio un manotazo en el brazo y su boca tembló. Sus ojos se humedecieron y Beatriz mudó su expresión.

–María, ¿qué pasa? Pensaba que estabas de broma. No me digas que te has enamorado de él.

La joven alzó la cabeza y la miró con los ojos llorosos.

–Tú hoy me quieres hacer tonta. Cómo voy a enamorarme de él... –Se llevó las manos al rostro y comenzó una sonora llantera–. Me ha prometido muchas cosas. Y ahora, ¿qué? No podrá ni acercarse a mí.

–Con esto ya contabas. Esta historia tenía el final cantado. Y de lo prometido, cuenta sólo con lo que ya te ha dado. Te lo advertí.

–Una medalla y cuatro baratijas, Beatriz. No me ha dado nada. –Miró al suelo en actitud meditativa–. Bueno, algo sí que me ha dado. Algo para toda la vida. –Cruzó los brazos sobre el vientre y se echó a llorar.

–¿Bromeas? ¿Estás segura?

–Más de una luna completa sin sangrar.

–¡María! –Beatriz negó con la cabeza–. ¿No ha habido más...? –comenzó a decir, pero la cordobesa le palmeó el brazo con fuerza–. De acuerdo. Un bastardo del rey, o una bastarda. –Agarró a su amiga por los hombros–. Escúchame bien. Ahora es cuando tienes que ser espabilada. Debes hablar con un secretario. Le contarás lo que pasa, sin amenazas, pero que le quede claro que llevas en el vientre a un hijo del rey. Luego, a ver por dónde nos sale. –María pareció tranquilizarse. La idea no le parecía tan mala–. Verás tú como al final sacas más de lo prometido.

María soltó una risita. Beatriz la abrazó y rio con ella.

–Pero, María, cuando seas rica, acuérdate de las amigas pobres. –La señaló con dedo acusador y ambas explotaron en carcajadas.

* * *

–Ya van cinco días sin salir –comentó un bastetano.

–Yahya duda –dijo un voluntario de Guadix–. Si la reina ha venido, date por jodido. Ya mismo habrá campanas en los minaretes de Baza.

El bastetano no le rio la gracia. Kasim comía junto a ellos en el patio de la aljama.

–Y si Baza cae, ¿qué pasará con el Zagal? –intervino el granadino.

–¡Hombre, pero si tiene lengua! –exclamó el de Guadix.

–El Zagal seguirá en Guadix, y desde allí seguirá picando a los rumíes –opinó el de Baza–. Él entiende bien lo que está pasando. Yo me iré con él.

–¿Y qué está pasando? –preguntó el voluntario.

–Que nos quieren divididos. –El barbero enfatizó sus palabras–. Se quieren comer todo lo del Zagal, para luego comerse mejor lo de Boabdil.

–Ahí te doy la razón –apoyó el de Guadix–. Sólo te equivocas en una cosa: lo de Boabdil ya está bien comido y digerido. ¿Por qué te crees que no lo atacan?

Kasim asintió lentamente. Había terminado sus gachas y se puso en pie, pero, antes de marcharse, se dirigió a sus compañeros.

–Hace un tiempo creí en la unidad de los granadinos. Ahora sé que es imposible. Rezo al Altísimo para que el Zagal derrote a Boabdil.

El otro voluntario le agarró el brazo y apretó.

–Bien dicho, hermano. Iremos a Garnata con el Zagal y veremos la cabeza del usurpador colgada en la puerta de la Ley.

–Alá lo permita –añadió el de Baza.

Kasim se retiró apesadumbrado, acosado por el dolor. En la placeta del oratorio del Peregrino, un niño y una niña amontonaban tierra para construir una muralla.

–Por ahí se va a desmoronar –señaló la pequeña.

–¡Qué sabrás tú! –replicó el niño, que, sin embargo, dio un salto y afianzó a palmetazos la zona señalada.

–¡Niños! –se escuchó una voz. Una mujer permanecía asomada a la placeta desde una ventana. Los pequeños alzaron los brazos.

Eran hermanos y tenían edades similares a las de los hijos de Kasim. El hombre tuvo que sentarse, derrotado por los recuerdos y entregado al llanto.

* * *

El jinete moro mantenía la bandera blanca en alto, bien visible. Los reyes decidieron enviar a Hernando de Zafra, el principal de sus secretarios, que acudió al encuentro montado en una mula. Llevaba la banda blanca cruzada sobre el pecho.

–Mi señor, Yahya al Nayar, qaid de mawlana al-Zagal, emir único y legítimo de Garnata, os saluda y solicita una tregua para debatir sobre la nueva situación.

Hernando permaneció quieto unos instantes, observando al emisario.

–¿Cuál es esa nueva situación? ¿Acaso os habéis comido ya todos esos alimentos que pusisteis ante mis ojos? –El emisario, confundido, no supo qué responder. Zafra abandonó el tono hiriente–. Mis señores aceptan la tregua. Las bombardas dejarán de disparar hasta que tengamos un acuerdo de capitulación.

El emisario de Baza no replicó y se mostró conforme con el acuerdo. «Ya está hecho. Ahora sólo queda el tira y afloja, el teatrillo de hacerse dignos y de fingir hasta que las dos partes queden conformes», se dijo Zafra. «Baza es nuestra».

Hernando regresó al campamento e informó a los reyes en la tienda de Isabel. La reina había hecho instalar un pequeño estrado sobre el que descansaba su trono. El rey permanecía sentado junto a ella.

–Habrá cruce de cartas con sidi Yahya –dijo Fernando, visiblemente contento–. Tú te encargarás de redactarlas.

–Y tú se las dictarás, esposo –añadió la reina–. Tú la has tomado, debes ser tú quien negocie la entrega.

Fernando asintió, satisfecho con el reconocimiento. Zafra se retiró y los reyes se quedaron solos.

–Boabdil nos ha mandado una carta. Ha llegado hoy –informó Isabel–. Da las gracias por los dineros y nos desea lo mejor. Lo de siempre.

–¿Y no pide más? –Fernando simuló sorpresa. Isabel se rio.

–Lo conoces bien. Por supuesto que pide más. Dice que no puede recibir ayuda de nadie más, y que no le llega con lo que le enviamos. Todo muy adornado.

–Siempre igual, con sus ardides y cambios de dirección. –Fernando negó con la cabeza–. Estos moros parecen veletas. Hace nada, sidi Yahya nos escribía en secreto para entregarnos Almería y ahora defiende Baza hasta el fin de sus fuerzas.

–Porque los moros de aquí no quieren entregarse. Lo obligan a resistir.

–Son valientes –soltó Fernando mientras valoraba las palabras de su esposa–. Espero que no le pase lo mismo a Boabdil, que su pueblo no lo ponga en un aprieto.

Isabel volvió la cabeza bruscamente hacia él. Aquélla era una posibilidad en la que no había pensado. Echó mano a la cruz de oro que llevaba sobre el pecho.

–Ni lo mientes, Fernando.

–Mi señora, conozco vuestra bondad y vuestra sabiduría. Por eso acudo a vos.

* * *

Beatriz se apretaba las manos como si estuviera rezando. Doña Juana de Mendoza, encargada del hospital y camarera mayor de la reina, cogió por los hombros a la joven y se la llevó a dar un paseo.

–Dime, niña. Puedes confiar en mí.

La voz dulce de la mujer la tranquilizó.

–No se trata de mí. Se trata de María, la cocinera que a veces nos ayuda.

–La conozco. Buena moza. A veces también le ha servido la comida al rey. –Doña Juana demostró que sabía más de lo que aparentaba.

–Verá, doña Juana, María le ha servido a su majestad algo más que la comida.

La mujer estalló en carcajadas.

–Eres atrevida, sevillana. Me gusta. –Se llevó la mano al pecho para obligarse a dejar de reír–. Soy vieja, pero no tonta. Algo sabía. ¿Qué quiere María?

–No es que quiera algo, se trata de lo que ya tiene. Dentro de ella, me refiero.

–Ay, madre de Dios. No me digas... Virgen santísima. ¿Estáis seguras? –Beatriz afirmó–. Por el amor de Dios. Pobre Isabel, ¿no tiene ya bastante? –reflexionó en voz alta. Juana de Mendoza era amiga de la reina. Sabía que sufría por su esposo, y aquello podía terminar de doblegarla–. Escúchame bien, Beatriz. Sé que todas las mujeres que vienen a la guerra tienen algo que esconder. ¿Obráis de buena fe? Puedo ayudaros, pero también puedo poneros en manos del alcaide.

La joven sostuvo la mirada inquisitiva de la dama.

–Vos misma, si escucháis a vuestro corazón, sabréis que no miento.

Doña Juana la observó, y al fin suspiró.

–Tienes razón, niña. Ya lo conozco. Yo misma me encargaré. Pero María y tú debéis estar calladas. No habléis de esto con nadie. Si lo hacéis, no dudaré en negarlo todo y acusaros personalmente ante los alcaides.

–Tenéis mi palabra –confirmó Beatriz.

Juana de Mendoza la despachó y se dirigió sola hacia la tienda de Hernando de Zafra. Con él, se encaminó luego a la del obispo Hernando de Talavera.

–Vuestra excelencia, tenemos un asunto urgente que tratar –soltó la mujer–. La salud de la reina depende de ello.

Los dos hombres se alarmaron. Doña Juana expuso la situación. El secretario de los reyes afirmaba con la cabeza, dando fe de que la muchacha había atendido al rey. Talavera se puso colorado de furia. Apreciaba de veras a Isabel. Tuvo que apretar los puños para contener las palabras que le brotaban del estómago.

–Tenéis razón, señora –dijo, comedido–. Nuestra reina sufriría lo indecible si se enterara. Pero no podéis pedir que tapemos un pecado con otro. No mentiré –afirmó, rotundo.

–No se trata de mentir, sino de guardar una verdad –opinó la vieja dama–. Y siempre por un bien mayor, que es preservar el bienestar de nuestra señora.

Talavera miró a Zafra, demandándole su opinión. Ambos se respetaban. Eran dos piezas fundamentales del gobierno de los reyes. El obispo recaudaba la mayor parte del dinero que se destinaba a la guerra. Zafra lo administraba y ejercía la diplomacia.

–Vuestra excelencia, creo que el silencio a veces es un bálsamo que cura.

Hernando de Talavera asintió lentamente. A él le correspondía tomar una decisión.

–Buscaremos el beneficio de la chiquilla y su criatura, y protegeremos el bienestar de nuestra señora reina, que Dios le dé fuerza para soportar a su marido. –No pudo aguantar la coletilla–. Vos, Zafra, os encargaréis de hablar con el rey. Le expondréis la situación y buscaréis su consentimiento para librarle dineros a la muchacha. Conseguidle una paga. Si es necesario –se inclinó hacia delante–, insinuad que la joven podría hablar. Lo que faltaba ahora es que la pobre se viera desvalida... Luego hablaréis con ella. Se irá de inmediato y no hablará de esto con nadie, o perderá la paga. Que se vaya a su tierra.

–Córdoba –informó doña Juana.

–Marchad, y que Dios nos asista a todos. –Los bendijo con la mano.

Juana y Zafra se retiraron. El secretario se dirigió hacia la tienda del rey. Iba nervioso, hilando las palabras que debía usar para hablar con él.

«Valiente zorro. Infiel y jugador, pero qué bien sabe ganar tierras para Castilla».

* * *

–Acuérdate de esta amiga.

–Nunca podré olvidarte, Beatriz. En Córdoba tienes una casa. Visítame.

–Te lo prometo, María. Iré a verte cuando tengas a tu niña y pasaré un mes contigo, viviendo a tu costa, que para eso vas a ser rica.

–El estipendio no es para tanto. –Apretó las manos de su amiga. Ambas estaban en su tienda–. Oye, ¿y tú qué sabes si va a ser niña, niño o gato? –simuló estar enfadada.

Beatriz bajó la voz.

–Mira los hijos del rey, de cinco sólo uno es varón. Fernando dispara hembras.

María rio a carcajadas hasta las lágrimas.

–Ay, Bea, cómo voy a echar de menos estos ratos y estas risas.

La sevillana se puso seria y sus ojos brillaron.

–Yo también te voy a echar de menos. Me alegra que lo tengas todo resuelto.

–Gracias a ti y a doña Juana, que sois dos ángeles. –Se llevó la mano de su amiga a la boca y la besó–. No es fácil criar a un bebé sola. A ver lo que me encuentro en Córdoba, que allí hay mucha mala lengua.

–A los que hablen, que les den morcilla.

Estallaron nuevas risas.

–Y tú, Bea, ¿qué vas a hacer ahora?

–¿Y qué otra cosa puedo hacer? Volveré a Sevilla, buscaré un hombre rico y viejo y me casaré con él. –María le dio un manotazo para que dejara de bromear–. Viviré en la misma casa y trabajaré vendiendo pan. El año que viene, ya veremos.

–Las personas como tú tienen suerte en la vida.

–Pues hasta ahora se ha escondido bien de mí.

María sonrió y rebuscó en una bolsa de tela. Cogió un colgante de madera con forma de ojo y se lo entregó a su amiga.

–Te lo he hecho yo. Dicen que aleja la mala suerte. Llévalo escondido, que no están los inquisidores para tonterías. Cuídate mucho, no te dejes nunca avasallar, y sé feliz, muy feliz, hagas lo que hagas.

Beatriz se emocionó con el gesto y la abrazó.

–Lo llevaré siempre conmigo y escondido, en el pecho. –Le puso la mano derecha en el vientre–. Cuídame a esta gordita, ya verás como es una niña.

–Que venga lo que Dios quiera, que yo lo querré igual. Pero, si te soy sincera, prefiero un niño. Este mundo no está hecho para las mujeres.

Guadix, diciembre de 1489

Yahya llegó cabalgando, acompañado por una guardia de jinetes ligeros. Los castellanos le habían dado un seguro. En la alcazaba lo informaron de que el emir estaba cazando y decidió esperarlo frente a su torre, junto a la gran alberca.

El Zagal apareció pasado el mediodía. Se acercó a su qaid y lo abrazó sin emoción.

–De negro. Pájaro de mal agüero. –Señaló su manto–. Sé a lo que vienes.

–Mawlana, no tienes nada que reprocharme. –Extendió los brazos y su delgadez se hizo patente.

–Nada te reprocho. Me consta que has obrado como se espera de un buen qaid.

Yahya se relajó y siguió al emir hasta el interior de su torre residencia. Una joven esclava les sirvió vino y repuso el picón del brasero.

–Llevamos meses resistiendo, peleando con fiereza –dijo Yahya–. Hemos aguantado hasta las puertas del invierno, pero los rumíes no se marcharán. Han construido una ciudad, casas de piedra y barro. Su reina se pasea todas las mañanas por las huertas. Nuestros hombres la ven y flaquean. No estamos preparados para el hambre y

la enfermedad. El invierno acabará con nosotros más que con ellos. –El Zagal no lo interrumpió–. Pedí suministros y no los hemos recibido. He parlamentado –reconoció–, pero después de agotar con creces los plazos que el honor y la lógica imponen. No me juzgues por ello.

El emir respiró profundamente antes de hablar.

–Ya te he dicho que no te reprocho nada. No he podido darte más ayuda. Estabas en tu derecho. –Se quitó el turbante con movimientos lentos y se atusó el pelo–. Ahora dime, ¿cuáles son las condiciones?

–Entregaremos Baza. Los bastetanos podrán permanecer en ella por plazo de tres meses, salvo en la alcazaba, que será guarnicionada por los rumíes. Las plazas de la comarca que quieran rendirse podrán hacerlo.

El Zagal se revolvió en su asiento. Un aguijonazo le sacudió el pecho.

–Es lo razonable –dijo con la voz mermada–. He dudado de ti, lo sabes, pero has obrado bien. Yo no estaba allí. ¿Quién soy para juzgarte? No hemos fracasado, ellos han triunfado. –Se recostó.

Yahya no esperaba encontrar así a su emir. Calibró su estado de ánimo y buscó las palabras adecuadas.

–Mawlana, después de Baza, llegará Guadix. Y Almería, y Almuñécar. Una a una, se comerán tus ciudades, y luego sólo tendrán que pasearse por la Alpujarra para tomar las aldeas que te siguen siendo fieles.

–¿Qué más has negociado? –Su voz se endureció.

–Estoy aquí porque las decisiones te corresponden a ti. Únicamente quiero expresar mi opinión. Estamos perdidos –suspiró–. Si decides resistir, moriré contigo defendiendo cada palmo de tierra. Sólo tienes que decidir: negociar ahora obteniendo algo a cambio, o dejar que nos arrasen a fuego y espada.

El Zagal se puso en pie y Yahya al Nayar se tensó.

–Cuñado, márchate, por favor. Ve con tu familia y descansa. Necesito pensar. Mañana hablaremos de nuevo.

El emir se quedó solo en su salón. Recordó el consejo de Zoraya. El tiempo parecía darle la razón. Al-Ándalus ya estaba sentenciado. Él sólo podía procurarle un buen acuerdo en la derrota.

Aquella misma noche el Zagal ascendió a la azotea de su torre. Había nubes, que reflejaban la luz de la luna. Los campos y las sierras aparecían encendidos, como invadidos por un alma espectral. El caserío de Guadix estaba sereno. Sólo se veían las rondas que recorrían los adarves. «Toda esta gente depende de mí. ¿A dónde los quiero llevar?», se preguntó. Su corazón lo empujaba a luchar, pero su razón le decía que Yahya estaba en lo cierto, que la lucha sólo produciría dolor en aquellos que le habían entregado su fe. «Si capitulo, reconoceré a mi sobrino como único emir». Aquél era el trago más difícil.

–¡Maldito seas, Boabdil! –gritó con todas sus fuerzas.

Varios perros respondieron con ladridos y algunos caballos relincharon. Luego, con voz queda, lanzó su maldición:

–Quiera el Altísimo retirarte su favor, que tu propio pueblo te desprecie, que te conviertas en un extraño en tu tierra, que ni tu propia esposa te ame. Que los yinn te pongan la zancadilla en cada paso que des, que te conviertas en un desgraciado sin futuro.

La brisa de la noche se llevó sus palabras. El emir de Guadix sintió cierto alivio en su corazón dañado, pero no supo intuir que aquella misma maldición iba también dirigida hacia él.

A la mañana siguiente, el Zagal llamó a Yahya, que había pasado la noche con su familia. El emir tenía ojeras.

–Siéntate. Vamos a hablar sobre las condiciones.

Yahya al Nayar tomó nota de todo lo que pedía a cambio de su rendición. Pasaron horas hablando y haciendo propuestas. El qaid añadió las suyas, a las que el emir no se opuso.

–Sobre mi destino y el de mi familia, ¿soy libre? –preguntó al final.

–¿En algún momento no lo has sido? –soltó el Zagal con ironía.

Yahya partió hacia Baza un día después.

Granada, diciembre de 1489

–Hace frío para salir a pasear. –Boabdil llevaba puesta una pelliza de piel.

–Calla y acompaña a tu madre, que el tabib me ha recomendado caminar todos los días. –Fátima cojeaba ligeramente de la pierna izquierda y se agarraba del brazo de su hijo. Con los cambios de tiempo, sufría dolores en la cadera.

Salieron de los palacios y recorrieron los espacios administrativos hasta dar con la explanada del aljibe. Desde allí accedieron a la medina por la calle del Emir. Cuatro guardias protegían su camino. La vía estaba salpicada de frutales y arbustos olorosos. Por encima de las tapias asomaban algunas palmeras. Los palacetes de los altos funcionarios y mandos del ejército se alternaban con las modestas viviendas de los secretarios y los soldados.

–A ti tampoco te viene mal caminar. –Le tocó el vientre–. ¿No ves que te estás poniendo como tu padre? ¿Ya no entrenas con tu instructor? ¿No sales a cabalgar?

–Demasiadas preocupaciones y cargas como para ocuparme de eso. –La miró con resentimiento–. Soy el emir, madre. ¿Sabes cuántos asuntos despacho cada día?

–Anda, anda, si tienes una legión de secretarios que se ocupan de todo. No te olvides de cuidar tu imagen. El pueblo no te verá firmando papeles, te verá cuando desfiles con el ejército en las paradas.

El joven se miró y torció la boca, visiblemente disgustado. De nuevo surgían tensiones entre ellos. Fátima pareció darse cuenta y recondujo la conversación.

–¿Qué vas a hacer ahora?

Boabdil ya sabía a lo que se refería.

–Tengo un pacto con los rumíes. Cuando caiga el Zagal, debo cumplir con lo acordado.

Fátima aceleró el paso. Dejaron atrás el palacete de los Abencerrajes y se adentraron en el barrio de los artesanos. Las viviendas eran más sencillas y a sus puertas se veían hombres y mujeres trabajando. De uno de los hornos se elevaba una columna de humo. Los repiqueteos metálicos de un herrero martillearon sus oídos. El sol caía sobre la Vega para incendiarla de rojo.

–Todavía queda mucho por decir. –La mujer tironeó del brazo de su hijo–. Cuanto más tengas que ofrecer, más conseguirás, para ti y para tu pueblo.

Boabdil comprendió entonces el motivo de aquel paseo.

–Lo sé, madre. No necesito que me lo digas. Ya no soy un niño. Cuando llegue el momento, apretaré en la negociación.

–¿Crees que no lo veo? Te has convertido en un hombre sabio y un emir justo. Pero una madre siempre puede hablar con su hijo. –Apeló al afecto. Boabdil suspiró, aunque claudicó y escuchó en silencio–. Deberías escribir a los jeques y a los cadíes de las tierras del Zagal. Están a punto de caer, todas. Debes aprovecharlo en tu beneficio. Ofrece el perdón a los que apoyaron a tu tío. Atráelos, y serás más fuerte cuando llegue la hora de negociar.

Continuaron caminando en silencio. Bordearon la muralla y regresaron a los palacios recorriendo las huertas y los jardines anexos al paño norte. Antes de llegar al Partal, sonó la voz del muecín llamando a la oración. Boabdil se soltó de su madre.

–Voy a orar a la mezquita.

Los guardias se dividieron para acompañarlos a los dos.

–Bien, hijo. Acuérdate de mí en tu oración. –Boabdil comenzó a alejarse–. ¡Hijo! –lo llamó. Éste se giró hacia ella–. No has dicho nada. ¿Te ha parecido buena idea? –simuló modestia y humildad, dos cualidades impropias de ella.

Boabdil sonrió. Lo había cazado. La falta de críticas era una confirmación.

–La paz sea contigo, madre –dijo, y caminó apresurado hacia la mezquita.

* * *

Se sentaron sobre el manto de hierba húmeda de la ladera, en la ribera del río Darro. Moraima lanzó una piedra al agua.

–Lo descubrí hace dos meses. –Habían salido de la Alhambra por un pasadizo subterráneo que llevaba al río.

Nawar cruzó las piernas y respiró profundamente.

–El aire es más puro aquí.

–¿A que sí? –Moraima tomó aire–. En los palacios me ahogo –confesó–. Detrás de cada muro hay un intrigante. También está mi suegra...

–Al menos ahora el emir está a tu lado.

–Sí –respondió sin firmeza. Se habían reconciliado, pero estaban lejos de recuperar el viejo amor–. Sólo nos falta una cosa, y parece que pronto la tendremos.

–Quiera Alá.

Moraima empezó a notar que las piernas se le entumecían y se puso en pie.

–Vamos. Otro día vendremos con mejor tiempo.

Se adentraron en la oscuridad de la gruta y recorrieron el camino a tientas hasta regresar al interior de la Alhambra.

–Tengo las piernas doloridas y frías –dijo Moraima mientras accedían al patio–. Se me ha metido la humedad en los huesos.

–Mi señora, puedo darte un masaje con friegas.

–Ay, Nawar, no imaginas lo bien que me vendría.

La sudanesa dispuso lo necesario para el masaje en la alcoba de Moraima. La tarde avanzaba y la luz se apagaba lentamente. La esposa del emir se tendió bocabajo y Nawar untó sus manos con aceite de oliva perfumado con romero. Con delicadeza, deslizó la túnica. Frotó sus manos para calentarlas y las posó sobre los

gemelos, tensos. Moraima emitió un leve gemido al contacto de la piel amiga. La esclava recorrió las piernas en toda su extensión para repartir el aceite.

–Qué manos tienes –susurró Moraima, adormecida.

Nawar se afanó en su arte, aprendido en la corte de Fez.

–Mi niña bonita duerme, y yo la acuno en mis brazos. Que no la toque ni el aire, que mi refugio la guarde... –cantó con voz melosa y queda.

Moraima no comprendía sus palabras, pronunciadas en la lengua del Sudán. Sin embargo, se dejó acariciar por ellas y viajó con sus sones a Loja, cuando era niña y su madre le cantaba canciones de cuna. Las piernas entraron en calor y hormiguearon. Nawar fue aumentando la presión, soltando nudos y relajando músculos que hacía años que no habían recibido caricias. Las respiraciones se acompasaron y la esclava dejó de cantar. Con dos suaves palmadas, Nawar dio la sesión por finalizada, pero Moraima tardó en reaccionar. Giró su cuerpo sobre el colchón y permaneció tumbada bocarriba. Instintivamente, volvió a tapar sus piernas con la túnica.

–Gracias –atinó a decir, y se incorporó.

Nawar percibió la incomodidad de su ama; recogió su aceite y se dispuso a retirarse. Una vez sola, Moraima se volvió a tender y dejó que los espasmos de placer siguieran recorriéndola.

Baza, diciembre de 1489

Los reyes llegaron ante la puerta y las hojas se abrieron. Un cautivo liberado les ofreció las llaves de la ciudad. Fernando las tomó y se las entregó a su esposa, que alzó la mano y las mostró a la tropa. El griterío de los castellanos barrió el arrabal y subió las cuestas que llevaban a la alcazaba, provocando el llanto de muchos bastetanos.

Acto seguido, más de quinientos cautivos cristianos desfilaron ante los reyes camino del campamento. Sus cuerpos desnutridos emocionaron a la reina, que rezó públicamente para dar gracias a Dios por su liberación.

Luego, tomando el pendón real, el de la cruz y el de Santiago, una escuadra de caballeros pesados penetró en la medina. Yahya al Nayar los recibió a la entrada de la alcazaba y los invitó a pasar. Mientras tanto, varios cientos de peones aseguraron la medina. Los reyes cabalgaron al paso por la ciudad.

–Estamos en Baza, gracias a Dios –pronunció el cardenal de España.

La comitiva se detuvo en una placeta. Tras las celosías de las ventanas se adivinaban las siluetas de decenas de mujeres. Sobre la torre más alta de la fortaleza apareció un hombre y enseguida destacaron los destellos de su armadura. Alzó el pendón del apóstol y gritó con todas sus fuerzas:

–¡Santiago, Santiago, Santiago! –Los que lo contemplaban desde la placeta contuvieron el aliento–. ¡Castilla, Castilla, Castilla! –Isabel comenzó una llantera silenciosa–. ¡Baza, Baza, Baza! Por los muy altos y poderosos reyes, ¡don Fernando y doña Isabel! –El hombre había sustituido la enseña de Santiago por el pendón real.

Desde los reales, sonaron varias salvas de artillería. Cuando el estruendo se apagó, se escuchó el llanto desesperado de un niño.

–Esposo, ganamos Granada para Castilla –sentenció Isabel, incapaz de contener las lágrimas.

* * *

Los cañonazos los hicieron estremecerse. Los voluntarios se palmearon los hombros para darse ánimo. Se habían reunido con varios vecinos de Baza en el patio de la mezquita del barrio.

–Yo me voy a Granada –dijo uno de ellos.

El resto asintió.

–Yo también –apoyó un granadino. Los negociadores castellanos habían corrido la voz de que Boabdil había perdonado a los rebeldes.

–Eso va a hacer la mayoría –confirmó un tercero–. ¿Qué le queda al Zagal? ¿Un par de poblachos en la Alpujarra? –negó con la cabeza.

También habían llegado noticias sobre la rendición del emir, que se comprometía a entregar sus ciudades para retirarse a un señorío en las sierras alpujarreñas.

Kasim los observaba en silencio. Sus rostros, consumidos por el hambre, reflejaban ahora la desesperanza de un pueblo derrotado.

–Yo me voy con ellos –dijo un voluntario granadino, señalando con la cabeza a los guardias que los vigilaban–. Dejo mi tierra. Y mi fe –añadió al fin.

Tres hombres fueron a por él. Uno de ellos lo agarró del pecho y rasgó su túnica.

–¡Antes la muerte! –gritó, iracundo, el agresor.

Cuatro castellanos acudieron para comprobar qué pasaba.

Kasim reaccionó, separó a sus compañeros y alzó las palmas de las manos hacia los guardias para que se tranquilizaran.

–Dejadlo. ¿Quiénes somos para juzgarlo? –dijo vuelto hacia los agresores–. Lo conozco. Le han matado a la esposa y a sus dos hijos. Todo por defender a sus hermanos musulmanes. Que haga lo que quiera con su vida. Bastante tiene ya con vivir.

Los hombres miraron de reojo a los guardias. Uno de ellos escupió a los pies del voluntario, masculló y se retiró hacia una de las viviendas cercanas.

–Gracias –le dijo el hombre a Kasim.

–No me las des. Igual te acabo de condenar a la ira de Alá. Pero te entiendo.

El voluntario arrancó a llorar y se golpeó el pecho. Kasim lo dejó solo.

«¿Quiénes somos nosotros para juzgarlo?». Sus propias palabras acudieron a su mente mientras salía de la medina y dirigía sus pasos hacia la rauda del Ciprés. Se acordó de su hermano, instalado en Córdoba, y se reconcilió en el alma con la única familia que le quedaba en el mundo.

El cementerio estaba plantado de olivos, entre los que se repartían las estelas y las capillas funerarias. En su extremo norte, junto al enorme ciprés que le daba nombre, estaba la fosa de los mártires, donde los bastetanos habían enterrado a los caídos durante el asedio. Muchos de los cuerpos habían sido recuperados de los campos semanas después de que perdieran la vida. Kasim se acercó a la estela de barro cocido que marcaba el lugar. «Cayeron por la gloria de Alá, y Él los ha recompensado en el Paraíso», rezaba su inscripción. Se arrodilló y agarró un puñado de tierra.

–Yo te empujé, Omar. Perdóname, amigo.

Sonó una nueva salva de los cañones. Kasim pudo oler la pólvora. Se alzaron vítores desde la medina y el granadino lloró con desconsuelo.

–Vengaré a mi familia, vengaré a tu familia y te vengaré a ti. –Pronunció su voto. Luego se besó la mano y tiró la tierra húmeda al pie de la estela–. Amigo, te echo de menos. –Se enjugó las lágrimas. Se sentó en el suelo embarrado y se dirigió a él como si pudiera escucharlo–: Dejo Baza, pero no volveré a Granada. Allí no me queda nada. Seguiré al Zagal a la Alpujarra. Por ahora, mi destino está unido al suyo. Ya lo sabrás: el viejo león se ha rendido. No lo culpo. ¿Qué podía hacer? Ahora sabemos que los sueños de unidad y resistencia no eran más que humo. Sólo me queda vivir lo suficiente para ver a Boabdil muerto. No te rías... Cuando entregue Granada, entonces se igualará con su tío y lo tendré a mano.

«¡Fernando, Fernando, Fernando! ¡Isabel, Isabel, Isabel!», se escuchó por encima de las murallas. Los cristianos seguían borrachos de victoria.

–Aquí te dejo, amigo. No te asustes cuando suenen las campanas, ni cuando los rumíes pisoteen la rauda para trabajar nuestros olivos. Aunque nos echen, mientras estés aquí, ésta seguirá siendo nuestra tierra.

* * *

El Zagal salió de Baza a caballo y atravesó el arrabal hasta dar con las huertas. Llevaba puesta su túnica negra y un turbante blanco.

Había llegado aquella misma mañana. El suelo estaba embarrado por las recientes lluvias y habían instalado un estrado para la celebración del acto de sumisión. Detuvo su caballo ante la tarima y desmontó sobre ella. Su traductor lo acompañó.

Los reyes aparecieron enseguida. Isabel animó a Fernando a ir al encuentro del moro.

–Tomad lo que habéis conseguido, esposo –le dijo.

Fernando desmontó y avanzó sobre el estrado. El Zagal se arrodilló y agachó la cabeza, pero el rey aragonés lo tomó por los hombros y lo animó a alzarse. Se miraron a los ojos y Fernando comprendió lo difícil que le resultaba al mahometano dar aquel paso.

–Ambos somos reyes –suavizó–. Y, a partir de hoy, hermanos.

El intérprete tradujo y el Zagal levantó la cabeza.

–Sidi, sé perder. –Miró brevemente a la reina–. Lo que tomáis, habéis sabido ganarlo. –Juntó las palmas de las manos y las ofreció al rey, que las acogió entre las suyas–. Ante vuestras majestades vengo como emir para rendir mi emirato.

Fernando escuchó la traducción, apretó las manos y luego las soltó.

–Firmemos la capitulación.

Hernando de Zafra se les unió con dos copias de los capítulos. Entre las condiciones de la rendición, se recogían las mercedes que el Zagal recibía personalmente: un extenso señorío en la Alpujarra, la seguridad de sus bienes y un pago en oro como rescate por los cautivos. Los reyes también le ofrecían treinta mil doblas castellanas si decidía partir allende el mar, como pago por sus propiedades.

El Zagal leyó la versión árabe y firmó las dos copias.

–Ahora mi sobrino es dueño de toda Granada. No tardaréis en tenerla en vuestras manos –le dijo a Fernando.

El rey sostuvo su mirada. En aquellos ojos leyó la pena de todo un pueblo que claudicaba, que asumía su propia perdición. En un gesto fraternal, le palmeó el hombro. Fernando II de Aragón, el político, el

estratega, reconocía en el Zagal a un rival digno y sensato, alejado de las veleidades de Boabdil. Regresó a su caballo y, junto con su esposa, volvieron hacia real.

–Hecho está. Ahora Boabdil debe cumplir la palabra dada –le dijo a Isabel, que sintió el corazón latiendo fuerte en su pecho–. Qué diferente habría sido la guerra si este rey viejo hubiera estado en la Alhambra.

Andarax, diciembre de 1489

Desde la sierra, donde arrancaba el camino que llevaba al valle, Kasim observó Andarax. Le pareció una enorme cagada de paloma sobre la tierra embarrada por las primeras nevadas. El granadino apenas sentía los pies, mal abrigados, y caminaba arrebujado en su pelliza de piel de conejo. La comitiva avanzaba a duras penas por los caminos; los zapadores no paraban de desatascar las carretas. La esposa del Zagal viajaba con su hija. Zoraya había preferido quedarse en Guadix unas semanas antes de acompañar al Zagal en su retiro.

El grupo fue recibido a la entrada del pueblo por el alcaide y una escuadra de jinetes ligeros. La familia del Zagal fue conducida a la alcazaba. Al resto los llevaron a las viviendas que habían dispuesto para ellos. A Kasim lo condujeron a una alquería de las afueras de Andarax.

–Te tocó el Becerro –le dijo con camaradería el guardia que se encargó de asentarlo–. No lo hagas enfadar, que tiene más mala leche que un oso con una espina en el pie. –Soltó una carcajada.

Las construcciones estaban deterioradas. Había dos corrales con muros de pizarra y un silo subterráneo para el grano. El Becerro estaba en la explanada central, apoyado en el mango de un almocafre.

–Ahí lo tienes –le dijo el guardia a Kasim en voz baja–. ¡Hola, Tahir! –saludó–. Aquí te traigo a tu bracero. Se llama Kasim. Trátamelo bien, que no está hecho a nuestros fríos.

Kasim lo saludó con la cabeza. Seguía encogido y tenía los labios amoratados.

–Pues tendrá que hacerse. –El acento del hombre era tan cerrado que a Kasim le costaba entenderlo–. Aquí los pajarillos se mueren pronto. –El granadino observó sus facciones en busca de algún atisbo de humor, pero no lo encontró–. Ahí tienes tu casa. –Señaló una pequeña construcción–. Tienes leña para hoy. Para mañana vas tú a la leñera. ¿Sabes de campo? –Kasim asintió–. Mejor. Mañana te quiero aquí. Ahí tenemos una fuente con buena agua. –Señaló un extremo de la explanada–. Tendrás dos comidas todos los días. No esperes mucho, que aquí todos somos pobres.

–Venga, Tahir, no me lo asustes. Os dejo, que hoy hay tarea en la alcazaba.

El guardia se marchó. Tahir se dirigió una última vez a Kasim:

–Detrás tienes lascas de pizarra y una escala, por si quieres arreglar el techo. Yo que tú lo haría pronto, antes de que vuelva a llover o nevar.

El granadino se quedó solo y entró en su nueva casa. El interior olía a humedad. La vivienda consistía en una única y minúscula pieza con una chimenea al fondo y varias esteras de esparto repartidas por el suelo. En una alacena había mantas y utensilios de cocina. La leña parecía seca. Junto a ella había un cesto con hojarasca, un eslabón de acero y un pedernal. «No es tan cabrón el Becerro», pensó aliviado Kasim, que consiguió encender el fuego. Examinó el armazón de madera del techo y adivinó por dónde necesitaba reparaciones, pero no se sentía con fuerzas para empezar a trabajar. Se sentó sobre las esteras frente a la lumbre.

«Un nuevo comienzo», pensó. Un profundo sentimiento de desarraigo se instaló en su pecho. Comenzó a oscurecer y Kasim se echó de costado para recibir al sueño. Antes de que la noche cayera por completo, un golpe en la puerta lo sobresaltó. Acudió a la entrada y, en el suelo, encontró una cazuela de barro. Caminando a paso ligero hacia la casa del Becerro, distinguió a una mujer embozada en un grueso manto de lana.

–¡Gracias! –le gritó, pero ella ni siquiera se volvió.

Tomó el guiso y entró de nuevo en la casa.

–¿Qué le has dicho? –La voz le llegó a pesar de la distancia–. ¿Le has hablado? –El Becerro voceaba a su esposa con ira–. ¡Maldita mujer!

Los gritos se siguieron escuchando hasta que en el cielo brillaron las primeras estrellas. Cuando el hombre se desahogó, comenzó a oírse el llanto lastimero de la esposa. Dos perros ladraron con desgana para acompañarla en su pena.

«Hijo de perra. Cuida lo que tienes». Kasim lloró también, anhelando un calor que ninguna lumbre podía dar. «Prima, niños míos». Dejó el guiso a medias y el sueño lo derrotó en mitad de la llantera.

Almería, diciembre de 1489

–Sí, lo considero digno –pronunciaron de forma simultánea Isabel y Fernando.

El obispo Hernando de Talavera asintió con una sonrisa.

–¿Renuncias a Satanás? –preguntó al candidato.

–Sí, renuncio –contestó Yahya al Nayar con la cabeza alta.

–¿Crees en Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

–Sí, creo.

El obispo continuó con el rito, entonando los salmos y preguntando alternativamente a los padrinos y al moro. Cuando todo estuvo dicho, llevó a Yahya ante la jofaina que contenía el agua bendita y le sumergió en ella el rostro tres veces mientras pronunciaba la fórmula habitual: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Fernando tiró de su hombro para que se alzara.

–¡Don Pedro de Granada!

Los presentes pronunciaron un «amén» cargado de emoción. «Así debe crecer nuestro rebaño, con conversos sinceros y libres», se dijo

fray Hernando de Talavera, sumamente complacido.

Yahya al Nayar, brazo derecho del Zagal, acababa de convertirse al cristianismo. Enseguida lo hicieron su esposa, sus dos hijas y su hijo Alí, que pasó a llamarse don Alonso de Granada y Venegas.

–El moro y su hijo saben pelear, y conocen bien a los suyos y sus tierras –le había dicho Fernando a su esposa la noche anterior–. Nos serán de utilidad...

–Pues que nos ayuden a recibir Granada –concluyó la reina, que empezaba a dudar del buen fin de sus tratos con Boabdil.

* * *

Yahya subió a caballo las cuestas que llevaban a la alcazaba. Los almerienses lo observaban con rencor. El Zagal lo recibió en el adarve de la muralla sur del patio de armas. Lo había estado observando desde allí.

–Ahora se te ven las calvas –le dijo–. Te sentaría bien volver al turbante, Yahya, o comoquiera que ahora te llames.

–Pedro de Granada –respondió el otro. Ambos observaron el espectáculo del Mediterráneo brillando bajo el sol, con las naves meciéndose suavemente en el puerto–. Todo esto ahora es de ellos. Pronto lo será el resto. –Miró al Zagal a la cara–. Me diste libertad.

–Te la di, y nada te reprocho. Ya no soy quién para mandarte nada ni para echarte nada en cara. –Suspiró. Dos gaviotas graznaron cerca de ellos–. La única diferencia entre tú y yo es que a mí me han obligado a humillarme. Tú te has humillado por tu voluntad. No lo olvides cuando te enfrentes a la muerte y al juicio de Alá.

Yahya sintió un aguijonazo de culpa en el pecho, pero se mantuvo firme.

–No tenemos otro camino. El tiempo me dará la razón.

–Cuando en la tierra se acaben los caminos, nos quedarán los del mar. –El Zagal encendió de fuego su mirada–. Quisiste traicionarme aquí mismo, aunque no lo conseguiste. –Yahya hizo amago de responder, pero el Zagal lo calló–. Ya da igual todo aquello. Aquí

separamos nuestros caminos. No vengas a pedir hospedaje a mi casa. Entregaré todo lo que es mío y me retiraré a Andarax, con mi pueblo, con mi fe. –Yahya mantuvo silencio–. Ahora vete con tu nuevo pueblo.

El rey viejo de Granada descendió del adarve con dignidad y se retiró a la torre del Homenaje. Almería ya estaba perdida. También Almuñécar, Salobreña, la comarca del Cenete e incluso Padul, a escasas millas de Granada, que el Zagal le había ganado a Boabdil y ahora entregaba a Castilla. En los próximos días daría el último paso: viajaría a Guadix, su capital, para entregarla a los reyes rumíes. Allí, Zoraya y sus hijos se unirían a su destierro.

«La sangre de los emires nazaríes se consume y los lobos aúllan, relamiéndose ante el festín de sus despojos», se dijo.

Andarax, diciembre de 1489

El Zagal orinó contra el tronco de un almendro y soltó una sonora ventosidad. Tenía las piernas entumecidas por la cabalgada. Aquella misma tarde llegaría a Andarax.

–¡Traidor! ¡Alá te castigue!

Todavía resonaban en su cabeza los gritos de los vecinos de Guadix. Fueron necesarias tropas castellanas para reducir la revuelta y llevar a cabo la entrega. Fernando tomó la alcazaba y el propio Zagal se dirigió a los accitanos para tranquilizarlos. Todos sus bienes serían respetados, se pagaría un rescate por los cautivos cristianos, y se darían facilidades y medios para todos los que quisieran marcharse a Granada o a África. El exilio fue el destino que la mayoría eligió.

Se frotó las manos para calentarlas y caminó hasta el carro en el que viajaba Zoraya con sus hijos. El mayor de los niños lo miró a los ojos y su mirada le recordó a Muley Hacén, su hermano. «Es igual que su padre». Le sonrió y se marchó para dar la orden de retomar la marcha. En apenas dos horas tuvieron a la vista Andarax. La suave pendiente de sus sembrados era surcada por decenas de acequias. Por encima, las casas encaladas se arracimaban unas

sobre otras. La alcazaba, sobre el barranco del río, lo dominaba todo. Allí estaba su nueva casa.

Zoraya descendió del carro y se acercó al hombre.

–Parece un lugar acogedor –dijo.

El Zagal la miró con una sonrisa burlona.

–Es el culo del mundo. Un bloque de hielo en invierno y un brasero en verano. Los vientos no paran de soplar entre las sierras y las gentes son hoscas. Pero aquí podremos seguir siendo lo que somos. –Espoleó a su caballo y continuó el camino.

Fueron recibidos con honores.

–¡Mawlana! –gritaban muchos vecinos.

Los guardias y exiliados que lo acompañaban sacaban pecho. «Hicimos lo que pudimos», parecían decir sus miradas brillantes.

El alcaide condujo a su señor hasta la vivienda, una construcción sencilla en la alcazaba. Su esposa, que ya estaba instalada allí, no salió a recibirlo.

–Es lo mejor que tenemos, sidi –explicó el alcaide, consciente de que el Zagal había estado viviendo en los palacios de la Alhambra.

–Más que suficiente, hermano. –Lo besó en la mejilla y entró.

La esposa bordaba sentada en una jamuga. Su hija, pegada a ella, intentaba aprender la labor. En cuanto vio a su padre, la niña se abalanzó hacia él y lo abrazó.

–¿No te alegras de verme? –se dirigió el Zagal a la mujer, que abandonó su tarea y lo miró fijamente.

–¿La has traído contigo? –El hombre suspiró, pero no contestó. Ella cambió de tema–. Esta casa es una pocilga. Entra aire por todas partes. Ni siquiera hay tapices en las paredes, y la chimenea tiene mal el tiro. ¿Y sabes lo que traen para comer?

El Zagal alzó la mano para hacerla callar. Arrastraba demasiadas penas, demasiados golpes.

–Si quieres instalarte en Granada, dímelo y lo dispongo todo. –Su mirada era de hielo–. Estoy cansado. Acabo de perder un reino. No quiero oír tus quejas, esposa. Alá nos ha puesto aquí. Acéptalo o vete.

El hombre besó a su hija en la frente y se marchó.

«Los matrimonios son difíciles. Cada día entiendo más a mi hermano», pensó mientras se acercaba al carro de Zoraya para comprobar que la instalaban en un lugar adecuado.

* * *

Kasim tenía el hombro resentido. Proliferaban las malas hierbas, la tierra permanecía embarrada y resultaba agotador manejar la azada. A regañadientes, su patrón lo había provisto de calzado adecuado, con suela de madera, y de una gruesa chaqueta de piel con forro de lana. «Te lo iré descontando del jornal», le había advertido.

La luz del sol comenzaba a apagarse. Kasim terminó de extender la arcilla sobre las lascas de pizarra para impermeabilizar el terrado. Luego descendió de la azotea para refugiarse junto a la lumbre. Cayeron los primeros copos y la quietud invadió Andarax.

La esposa del Becerro, vigilada por su marido, acudió a llevarle la cena. Sonaron tres golpes en la puerta. Kasim salió y la vio una vez más caminar a paso ligero, sin mirar atrás. El Becerro agitó la mano en el aire para indicarle que se metiera en su casa. «Mira que es agrio el jodido Becerro. Pobre mujer», se dijo Kasim. Antes de sentarse en la estera, oyó el primer grito. Sonó un golpe y la mujer volvió a gritar.

Kasim apretó los puños. La paliza duró un buen rato.

Aquella noche, el odio arrinconó a la melancolía en el corazón del granadino.

LIBRO II
UN EMIR, DOS PUEBLOS

Granada, diciembre de 1489

–¿Cómo que no? Ahora sólo está él. Ya nada le impide cumplir con sus tratos –razonó el joven maestro. Sus compañeros lo escuchaban, reunidos en el patio de abluciones de la mezquita de Badis. Reduán agarró un limón maduro que había caído del árbol que le daba sombra.

–Granada no es una fruta madura. –El imán de la mezquita asintió–. No es tan fácil, compañero. –Miró al maestro–. Esta ciudad siempre ha sido de bandos. Si el emir pretende rendirla, muchos se alzarán –bajó la voz–. Ya se oyen rumores; seguro que los habéis escuchado. La matanza de nuestros amigos en la Alhambra, la de las familias de los voluntarios de Baza... Son muchos los que tomarían las armas, te lo aseguro. Y razón no les falta –remató. Reduán había sido franco. Sabía que con ellos podía serlo–. Ya hemos visto correr sangre por estas calles. Quiera el Altísimo que no tengamos que volver a levantarnos los unos contra los otros.

El imán vio al muecín acceder al alminar para recitar el llamado a la oración.

–Amigos, recemos por Garnata. Sólo Alá sabe lo que vendrá.

Se levantó y caminó hacia la sala de oración. Reduán y su joven compañero se lavaron en la pila de abluciones y accedieron también a la sala.

–Maestro –el joven trataba con respeto al viejo faquí–, últimamente te veo más delgado.

–Me falta el apetito, amigo. La incertidumbre, preocupaciones, la soledad... –se justificó, obviando el hecho de que las mujeres del barrio cada vez acudían menos a su casa para llevarle alimentos.

«Garnata se apaga como una vela. Siempre que ocurre algo así, las gentes se muestran inquietas, se rebelan con facilidad. Protégenos, Compasivo, Tú que todo lo puedes», rezó Reduán sobre una de las esteras de la sala de oración.

* * *

El cielo comenzaba a teñirse de tonos ocres, la Vega se apagaba lentamente. Desde la azotea de la torre Mayor, en la alcazaba de la Alhambra, Muza contemplaba el espectáculo del ocaso. La frontera se divisaba entre las sierras. La tierra parcheada, surcada por decenas de acequias, se extendía hasta donde alcanzaba la vista. En las huertas más inmediatas se percibía el trasiego de jornaleros que regresaban a sus casas con la puesta del sol. También se veía la medina de Garnata, con sus tejados y azoteas conformando un complejo entramado de calles y callejuelas, partido en dos por el río Darro. Muza amaba aquella tierra. Había nacido allí y había recorrido mil veces la Vega acompañando a su padre en sus inspecciones. Su familia poseía extensas propiedades agrícolas al pie de Sierra Elvira, cerca de las ruinas de la vieja capital de la cora.

–Mi abuelo aró esta tierra con sus propias manos –le había dicho su padre poco antes de morir–. Hoy las arrendamos, o pagamos a braceros para que las aren por nosotros. Hemos prosperado. –Sostenía en su mano un puñado de tierra húmeda.

Las palabras se habían grabado en su conciencia. El Zagal había caído y todos hablaban sobre la inminente rendición de Granada. Él se resistía a aquel destino.

–Visir –oyó a su espalda.

Los dos hombres que esperaba acababan de acceder a la azotea.

–Capitanes –los saludó. Se cruzó de brazos y esperó a que lo informaran.

–El Albaicín y la alcazaba Cadima están calientes –comentó uno de ellos, el más joven–. Ya no lo apoyan. Ven cerca la entrega y no la quieren.

Muza asintió y miró al otro.

–En la medina ocurre lo mismo, pero está más dividida –dijo el aludido–. Hay muchos artesanos y mercaderes que no piensan más que en sus negocios.

–¿Hasta qué punto se oponen? –inquirió el visir de la Espada.

Los capitanes se miraron. El joven contestó:

–Creemos que estarían dispuestos a alzarse. La indignación ha crecido y se ha propagado. Debimos ayudar a Baza.

La oscuridad crecía y las primeras estrellas comenzaron a brillar. El frío se hizo más intenso.

–Agitadlos. Repartid noticias. Mantenedlos calientes. Puede que muy pronto los necesitemos. –Apoyó sus manos en los hombros de los capitanes y apretó afectuosamente–. Y recordad: hablad sólo con los que sabéis afines, sed discretos y no os expongáis.

–Sólo Dios es Vencedor –pronunciaron ambos.

Se retiraron. Muza se quedó solo en la azotea.

«Sirvo a un señor sin dirección, un barco con el timón partido que navega hacia un acantilado».

Jaén, enero de 1490

–Ya tienes lo que querías –dijo Fernando mientras contemplaba la alberca que presidía el patio. A su alrededor, varios siervos iban y venían cargando sus enseres.

–Gracias a Dios y a la Virgen santísima –contestó Isabel.

Acababan de llegar de Baza. Las tropas habían regresado a sus tierras de origen, salvo la guarnición que defendería la alcazaba bastetana.

–Por fin podré ocuparme de mis reinos. –Fernando se volvió hacia su esposa.

–Después de casar a la niña, dirás.

–¿Niña? Isabel va a cumplir las veinte primaveras.

–No ha visto mundo, esposo. Su espíritu está tierno como el de un bebé. Yo a su edad ya me había enfrentado a un rey y había rechazado el matrimonio con otro... para casarme contigo –añadió bajando el tono.

Los reyes se trasladaron a la estancia principal de la vivienda, que habían caldeado para ellos con braseros. El salón conservaba los

frescos del tiempo de los moros y las celosías que tapaban las ventanas.

–Isabelilla está ilusionada –continuó hablando la reina–. Se enamoró de Alfonso nada más verlo, y mira que lo vio poco. –Se llevó una mano a la frente y negó con la cabeza–. La chiquilla... Sin embargo, me deja más tranquila. Al matrimonio hay que ir enamorada. Luego, la vida ya dirá.

–Mejor así, pero poco importa –opinó el esposo–. Se van a unir dos reinos que antes han estado en guerra. Por encima del amor, está el deber para con sus padres y su reino. –El prometido de la infanta era el heredero del rey de Portugal.

Isabel se echó hacia delante antes de contestar.

–Si hubiera atendido sólo al deber, me habría dejado casar con el portugués. Pero nos metí en una guerra para defender nuestro derecho a casarnos, esposo. No me hables de lo que está por encima... –Suavizó la expresión–. Sin embargo, estoy de acuerdo contigo. Nuestra hija tiene padres sensatos que saben ver lo que más le conviene a ella, sin olvidar sus reinos. –Miró con ternura a Fernando y cambió de tema–. Me has ganado Granada –le reconoció el mérito.

–Queda un paso. El rey Chico. Desde que Baza se rindió no hemos recibido ninguna de sus cartas, ni siquiera para pedir dineros.

–El trago de la medicina es amargo, pero es lo único que salva. Se lo haremos ver. Los moros están inquietos y quieren acabar pronto con la guerra. Hay que actuar cuanto antes. De dos fortalezas nos han llegado cartas ofreciéndose a nosotros. –Fernando frunció el ceño, extrañado–. Alhendín, pegada a Granada, y... Monsújar. Mondújar –rectificó al instante–, en el camino a la costa.

–Pues no me dejas tranquilo, Isabel. Eso quiere decir que están divididos, y que algunos temen que lleguemos a tomar Granada por la fuerza.

Isabel palideció. Su esposo podía tener razón. Ella no había sabido interpretar aquellas señales. No pudo disimular su turbación.

–Mandaré llamar a Tendilla. Mañana mismo saldrá hacia Granada para recordarle al moro lo firmado.

Sevilla, enero de 1490

A la altura de la Huerta del Rey, la comitiva pudo escuchar la música que provenía del entorno de la iglesia Mayor. Atravesaron el arrabal de los Fundidores, cruzaron el arroyo Tagarete y rodearon las obras del nuevo matadero para buscar las entradas a la ciudad. Beatriz accedió por la puerta de la Judería. En cuanto vio las familiares casas encaladas, suspiró y pronunció un «al fin en casa» que llevaba semanas guardado en el pecho. La muchacha recorrió las primeras calles cargando con el hatillo en el que portaba sus escasas pertenencias. Cerca de la casa del hornero, en la linde de la antigua judería, se topó con el jolgorio de la procesión. Los regidores, caballeros y jurados de la ciudad se habían echado a la calle con velas en las manos.

–¡Granada, Granada, Granada! ¡Por los muy altos reyes Fernando e Isabel! –pregonaba un caballero. Sevilla festejaba la caída de Granada.

Alrededor de la iglesia Mayor se habían instalado puestos de venta de vino y comida. El peso de la guerra había caído sobre los hombros de Sevilla más que sobre ningunos otros.

Beatriz ignoró la procesión y se dirigió hacia su casa. Varias capas de cal habían terminado borrando la palabra «marrana» que alguien había pintado en la fachada con sangre de cerdo. En la puerta, despachando pan a una vecina, se encontró con Francisca.

–¡Mi chiquilla! –gritó la esposa del hornero nada más verla, y Beatriz no pudo evitar emocionarse. Se abrazaron–. ¡Te has quedado en nada! –Le pellizcó el culo–. ¿No lo ves, Isabelita? –le preguntó a la vecina–. ¡Escurrida!

–Sí, Francisca. Dale tocinos y buenos pucheros, que rellene los pellejos.

Francisca llevó adentro a Beatriz. Gonzalo amasaba pan. Cuando la vio, arrugó la boca y sus ojos brillaron, al borde del llanto. La

abrazó.

–Ay, mi Bea, lo que hemos rezado por ti.

Ya ninguno de los tres pudo contenerse. Lloraron su alegría y su alivio en la intimidad del hogar. Francisca sacó pan, queso, jamón y una jarra de vino.

–Venga, niña, a comer. Y cuéntanos de la guerra.

Al calor del horno, Beatriz comió y bebió el vino.

–De la guerra he visto poca cosa. He servido en el hospital, bajo la dirección de una buena dama. Mucho limpiar trapos y asistir a los físicos. Poco más.

–¿Ha sido duro? –preguntó Gonzalo con un nudo en la garganta.

Beatriz recordó las muertes, los gritos de dolor, el intenso olor de la sangre...

–Un paseo. Más agradable que vender panes en el arenal –sonrió.

El matrimonio le devolvió la sonrisa, aunque ambos intuían que sus palabras velaban otra realidad.

–Fuera como fuese, ya ha pasado –dijo la mujer–. Ahora estás limpia y puedes comenzar otra vida. –Miró de reojo a su esposo–. ¿Sabes quién ha preguntado por ti? María la Costurera. –Le acercó el plato del queso–. Tiene al hijo sin casar. Para mí que quiere un arreglo. ¿Te das cuenta? Ya todos te tienen por buena cristiana. Bendito sea el canónigo del Salvador. –La miró fijamente–. No nos engañas, Beatriz. Ha tenido que ser duro. Pero ahora tienes toda la vida por delante.

Beatriz se soltó y masticó con calma un pedazo de pan. «María la Costurera», pensó, y al instante se acordó de José, su hijo. «Se interesa por mí porque sabe que nadie más se casaría con un engendro como él».

–He visto la procesión –la joven cambió de tema–. ¿Es que ha caído Granada?

–Chiquilla, tú vienes de allí. ¿No sabes nada? –El hornero la miraba con sorpresa–. Quitado de en medio el rey viejo, el rey Chico

tendrá que entregar todo el reino. Lo firmó con los reyes. –Beatriz dio un sorbo al vino y se encogió de hombros–. No vives en el mundo, no te enteras de nada.

–Me entero de lo que me atañe –soltó Beatriz con desenfado.

–Así serás más feliz, niña mía. –Francisca se carcajeó.

–Nos atañe, nos atañe; aunque no sepáis verlo. Se nota que a vosotras no han acudido los continos para pedir panes a precio de saldo.

Las mujeres siguieron riendo. Estaban felices, y el humor del hombre no consiguió disolver su alegría. Gonzalo simuló mantener su enfado, pero también estaba contento. Se sirvió más vino.

–Ay, ¿qué sabréis vosotras de la vida?

La familia siguió festejando. De fuera llegaba ahogado el sonido de la música y las voces de los regidores que proclamaban la caída de Granada.

Moclín, enero de 1490

Ahmed se afanaba en leer los versos, aunque los recitaba con torpeza. Su maestro, el jeque Ibrahim, lo observaba con expresión severa. A menudo, el niño recurría a palabras castellanas para completar una frase. «Demasiado tiempo rodeado de rumíes», pensaba el maestro. Ahmed vivía rodeado de una pequeña corte de musulmanes, pero también se relacionaba con el alcaide y con los hijos de los principales del castillo.

Kamal entró en la vivienda, apresurado.

–Ya ha vuelto el alcaide –le dijo a Ibrahim–. He oído algo de Alhendín y de Mondújar, que se quieren entregar.

El maestro miró al guardia negro y asintió.

–Algunos quieren adelantarse para sacar algo.

Martín de Alarcón, alcaide de Moclín, había visitado Padul por orden de los reyes. Su poderosa torre protegía la entrada al valle de Lecrín y a la Alpujarra. Los reyes la habían conseguido del Zagal.

Durante su estancia allí, don Martín había recibido emisarios moros de Alhendín y Mondújar.

–Alhendín está demasiado cerca de Granada –dijo Kamal.

–¿Y qué importa eso? –Ibrahim negó con la cabeza–. Pronto en Granada resonarán campanas.

Kamal apretó los labios y agachó la cabeza, rendido por la evidencia. Salió de la casa para buscar los corrillos de hombres que comentaban las últimas noticias.

–¿Granada es ya de los rumíes? –le preguntó Ahmed a su maestro.

–Puede decirse que sí –contestó Ibrahim.

–Entonces pronto veré a mi padre. –El niño sintió que su corazón se aceleraba.

–Sí, sidi. Pronto te reunirás con él, si el Altísimo lo permite. Él ansía tenerte con él, no lo dudes. Es un hombre sabio y bondadoso, buen juez y buen líder de nuestro pueblo. –El maestro tenía bien aprendido el discurso.

–¿Y mi madre? Siempre me habláis del emir. Quiero saber algo de mi madre.

Adhara, que estaba en la cocina, salió rauda para intervenir.

–Ahmed, tu madre sufre cada día por no tenerte a su lado. Te ama por encima de todo. Tienes suerte de tener unos padres que te quieren tanto.

El niño caviló unos instantes.

–La suerte la tendré cuando esté con ellos.

Granada, enero de 1490

La luz que se colaba por las ventanas iluminaba la sala del Mexuar. Las calles de la Alhambra habían amanecido pintadas de blanco por una severa helada. Los pájaros se habían olvidado de cantar a la mañana y en el aire flotaba el olor a ceniza de los cientos de lumbres encendidas en los hogares.

Los miembros del Consejo aguardaban sentados en bancos de madera, sobre una gran alfombra que ocupaba buena parte de la sala. El emir apareció por la puerta que daba acceso a sus palacios y, entre muestras de respeto, se sentó. A ambos lados de Boabdil se habían colocado Ibn Kumasa y al-Muleh. Frente a ellos estaba Muza, el visir de la Espada, que aquella mañana tenía mucho de lo que hablar.

Se recitaron las fórmulas y bendiciones habituales, y dio comienzo la sesión. Al-Muleh tomó la palabra:

–El conde de Tendilla se marchó ayer mismo, sin respuesta. Ha sido comprensivo porque nos hemos comprometido a devolver la embajada en unos días. Los reyes rumíes esperan que cumplamos nuestra parte del pacto.

–Esperan que entreguemos Garnata, habla claro –intervino Muza.

Al-Muleh carraspeó antes de continuar:

–La entrega es lo que mawlana acordó, pensando siempre en el bien de su pueblo, el Compasivo lo ilumine en estos días de decisiones difíciles.

Boabdil no habló. Prefirió dejar hablar a los consejeros.

–Hay que hacer las cosas con calma –dijo Ibn Kumasa–. Se trata de entregar un emirato. Podemos obtener mejores condiciones. Hablo pensando en nuestros hermanos musulmanes. Ahora contamos con algo a nuestro favor: el apoyo de muchos pueblos que antes estaban con el Zagal.

Como había sugerido Fátima, se habían enviado misivas a los territorios del Zagal. Muchos de ellos se habían declarado partidarios de Boabdil.

–Me consta que mawlana buscó lo mejor para su pueblo, pero, en este Consejo prescrito por Alá, voy a dar mi opinión. –Muza miró al emir–. Con el poder que ahora tenemos, podemos hacer algo más que mejorar condiciones.

Al-Muleh suspiró.

–Otra vez no, Muza. Todo está ya cerrado. Los rumíes han tomado Baza. ¿Quieres despertar ahora su ira?

–Granada no es Baza. –El visir de la Espada apretó los dientes.

El faquí al-Pequeñí alzó la mano para callarlos e intervenir. Boabdil lo había invitado a la reunión.

–Yo me pregunto: ¿qué es lo que quiere el pueblo? ¿Lo sabemos?

Se hizo el silencio y las miradas se dirigieron hacia el visir de Caminos, el encargado de la seguridad y de los guardias que rondaban la ciudad.

–El emir en Granada gobierna sobre dos pueblos –su voz calma se impuso con la contundencia de la verdad–. La ciudad está dividida –reconoció–. Muchos entienden que nuestro destino inevitable es la rendición. Otros muchos prefieren la sangre y el fuego. Todos los días hay disputas entre vecinos. Ayer, en la alcazaba Cadima, estalló una pelea y tuvieron que intervenir los guardias. No será fácil... –remató, fatalista.

–¿Cómo saben de los tratos? –preguntó al aire Ibn Kumasa.

–No seas ingenuo –saltó al-Muleh–. Todos lo saben. El secreto se ha guardado a voces. –Varias cabezas asintieron–. Debemos tomar una decisión. Los reyes esperan. –Al-Muleh siempre se había mostrado partidario de una entrega pacífica.

–Lo que está pasando nos beneficia –opinó Ibn Kumasa. El gran visir quería ganar tiempo y negociar mejor–. Hay riesgo de revueltas. ¿Quién sabe lo que podría llegar a pasar? –Boabdil se removió en su asiento–. Mandemos a la embajada para pedir tiempo. Granada no está madura. Hay que preparar al pueblo.

Muza se mostró complacido. Si ganaba tiempo, soplaría para avivar el fuego. Todos los consejeros mostraron su apoyo a la propuesta. Boabdil al fin habló:

–El Altísimo nos dé fuerzas. Granada dividida, como ya lo ha estado otras veces. Los rumíes se acaban de tragar medio emirato y reclaman mi parte. Yo mismo pacté la entrega de lo que sabía que podían tomar por la fuerza. –Miró a Muza fijamente–. El visir al-

Muleh irá en embajada a ver a los reyes y les pedirá tiempo para cumplir con lo pactado. Así se ha dispuesto en este sagrado Consejo, con la ayuda de Alá.

Los hombres se fueron marchando, pero Boabdil retuvo a al-Pequeñí y lo condujo al oratorio anexo a la sala del Mexuar.

–Has nombrado al pueblo y su voluntad –le dijo–. Recorres las calles y hablas con los granadinos cada día. ¿Tan mal están las cosas?

El faquí ensombreció la mirada.

–Muchos me rehúyen porque saben que soy tu amigo –reconoció.

–¿Qué se dice de mí?

–Sólo tengo noticias vagas, lo que algunos me cuentan que han oído. Pero ¿realmente quieres saberlo? –Boabdil asintió–. Te llaman *zogoibi*.

Boabdil se volvió hacia los arcos que se abrían a la colina de la alcazaba Cadima.

–El pequeño desgraciado. Ni como desgraciado soy grande. Pero tienen razón, soy un desgraciado al que le ha tocado rendirse, entregar a otros lo que los nazaríes construyeron con tanto esfuerzo. –Perdió la mirada en el río Darro–. *Zogoibi*... –repitió, haciendo suyo el insulto.

* * *

Boabdil accedió al patio central del palacio del Riyad y se dirigió hacia la sala del Vino para ver a su madre.

–Sidi –oyó que lo llamaban. Se giró y se encontró con la esclava Nawar–. Tu esposa aguarda. –Extendió el brazo señalando la sala de la Miel.

El emir siguió a la sudanesa y penetró en la zona más privada de su palacio. El ambiente estaba saturado con el olor de los inciensos. A pesar de que era de día, los faroles estaban prendidos y proyectaban sombras titilantes en las paredes. Nawar lo llevó hasta

la alcoba, donde Moraima lo recibió vestida con una túnica de seda verde.

–¿Qué pasa, esposa? ¿Qué es esto?

No hubo respuesta. Nawar abrió la túnica de Moraima por los hombros para que se deslizara hacia el suelo. El cuerpo se mostró en todo su esplendor. La piel nívea se tiñó con el naranja de las velas. Llevaba el sexo rasurado y Boabdil no pudo apartar la mirada de él. La esclava se acercó y lo desvistió también. Luego se inclinó y se retiró.

El hombre, impaciente, agarró a Moraima por las caderas y la atrajo hacia sí, pero ella lo contuvo. Negó con la cabeza, con picardía, y, todavía sin soltar palabra, sentó al esposo en el colchón y lo tumbó bocarriba. Acarició sus piernas, y él respiró con ansiedad. Moraima le cerró los ojos y descendió hasta su vientre, donde besó y lamió su sexo. La joven esposa levantó la mirada y pudo ver cómo Nawar observaba la escena desde la entrada. Sus ojos se encontraron. La esclava esbozó una sonrisa y se marchó. Moraima continuó hasta llevar a Boabdil al orgasmo. El hombre tenía los ojos brillantes, y leves escalofríos recorrían su cuerpo. Abrazó a Moraima y la echó junto a él.

–No conocía un placer así. –La besó en la frente con dulzura–. ¿Por qué?

Moraima se incorporó y lo miró a los ojos.

–Quería darte las gracias con algo diferente. Sé lo difícil que es rendir el emirato. Debes saber que en este trance estaré a tu lado, dándote apoyo. Ha llegado el momento; pronto tendremos a Ahmed.

–Muy pronto, quiera Alá. –Boabdil hizo un breve silencio–. He mandado a al-Muleh para iniciar la negociación.

–¿No estaba ya todo negociado? –La esposa frunció el ceño.

–Han cambiado algunas cosas. Muchos se oponen a la entrega y pueden alzarse contra nosotros. Necesitamos calmar al pueblo. –Moraima se mostró preocupada–. Tranquila. –La volvió a tumbar a

su lado–. Sólo necesitamos algo de tiempo para convencerlos. Así todo será más fácil.

Moraima echó la cabeza sobre el pecho de su esposo y se dejó convencer. Boabdil tiró de la manta que había a los pies del colchón y tapó con ella sus cuerpos. Abrazó a su mujer y la arrulló mientras aspiraba el perfume de azahar que impregnaba sus cabellos zaínos.

* * *

–Hacer que un hombre pierda la cabeza es más fácil de lo que piensas, señora.

Boabdil se había retirado y Nawar vestía a Moraima.

–Has sido buena maestra. Mi esposo merecía un premio. Hemos pasado años duros. Nunca podré perdonarle lo que hizo –se sinceró–. Pero también lo he visto sufrir. Es el emir y tiene un deber con el pueblo. No debe de ser fácil. Mis hombros no podrían soportar esa carga. –Nawar terminó de vestirla y Moraima acudió a una alacena. Extrajo una jarra de vino y dos copas de vidrio esmaltado–. Hoy vamos a celebrarlo. Bebe conmigo.

Las mujeres se instalaron en el mirador.

–Lo han traído de Alcalá la Real. Los rumíes han abierto los pasos. Nosotros les llevamos sedas y ellos nos pagan con vino. –Rio y bebió otro trago–. Me sabe fuerte. Me gusta más el vino dulce de la costa, pero todos dicen que el vino rumí es mejor. Para lo que busco hoy, me da igual un vino que otro. –Ambas rieron.

–No estoy acostumbrada al vino, Moraima.

La esposa del sultán rellenó su copa y le guiñó un ojo con picardía.

–Relájate. Nadie te va a reprobar si te embriagas. Has sido buena amiga, has estado conmigo en mis tormentas.

Bebieron, hablaron y rieron hasta que sus ojos enrojecieron y sus lenguas comenzaron a trabarse.

–Gracias, amiga, por tratarme así –dijo Nawar en un momento de exaltación.

–Amiga... –repitió Moraima, y sus ojos se humedecieron–. Me gusta que me llames así. Porque las amigas no tienen secretos.

Nawar la miró y pareció recobrar la sobriedad. Esbozó una sonrisa. Sabía que había llegado el momento de hablar.

–Está bien. Te contaré mi historia. –Moraima batió palmas y se llenó la copa–. Era esclava en el palacio del sultán de Fez. Me asignaron al servicio de una de sus concubinas favoritas. Era una mujer amable. Me sacaba siete años y me trataba con respeto. Se había criado en las montañas y pertenecía a una tribu bereber. Las demás mujeres la despreciaban y la dejaban de lado, aunque a ella le daba igual. Vivía apartada, conmigo. No había podido engendrar hijos, pero el sultán la llamaba a menudo. Era hermosa como ninguna otra. –Evitó la mirada de Moraima. Tuvo que detenerse un instante–. Yo era poco más que una niña, me estaba empezando a hacer mujer. –Buscó los ojos de su ama–. Me enseñó muchas cosas, me enseñó la vida.

–Ella te presentó a tu amor –intuyó Moraima.

–Sí, podría decirse así. Ella me enseñó que el amor puro no entiende de normas.

–Venga, Nawar, háblame ya de él. –Tenía las mejillas arreboladas por el vino.

–No hay un él. Mi amor fue ella –soltó al fin, y desvió la mirada para que Moraima no la viera llorar. Ésta tardó un rato en reaccionar.

–Dos mujeres. –Su mirada reflejaba su sorpresa.

–Ahora ya sabes por qué me costaba tanto contártelo. Es un amor prohibido, castigado con la muerte.

–Puedes estar tranquila. Nadie lo va a saber. –Todavía lo estaba asimilando. Nawar suspiró con alivio–. Pero ¿qué ocurrió? ¿Cuánto duró?

La sudanesa se agarró las rodillas para cobrar fuerza y prosiguió:

–Nos amamos durante más de dos años. –Hizo una breve pausa–. Moraima, acabas de dar placer a tu esposo. Pero ¿qué has obtenido

a cambio? ¿Has sentido alguna vez la explosión del placer?

–He disfrutado con mi esposo –dijo ella titubeando.

Nawar negó con la cabeza.

–Si lo hubieras experimentado al menos una vez, sabrías de lo que hablo. Las mujeres nos conocemos, nos entendemos. –Dejó que la información calara en Moraima–. Así me lo explicó mi ama, y así lo vivimos. –Se arrodilló junto a ella–. Por el Altísimo, guarda mi secreto.

–Tranquila. No soy quién para juzgarte. Pero... tengo muchas preguntas. No era esto lo que esperaba.

–Quieres saber cómo acabó. –Agachó la cabeza–. Nuestro amor duró toda una vida, la de ella. –Dos pesadas lágrimas resbalaron por sus mejillas–. No nos descubrieron, nadie la ajustició. –Respiró profundamente–. Me regalaron a tu esposo. Tal vez el sultán había oído algún rumor, nunca lo sabré. Y ella... Cuando lo supo, antes de que me hubiera ido, se quitó la vida con venenos.

Las palabras cesaron y sólo hablaron los manantiales, que derramaban pena sobre el suelo del mirador.

–No entiendo de esos amores, pero sí de sentimientos. Has sufrido, amiga mía. Puedo verlo, y yo también lo siento aquí. –Cogió su mano y se la llevó al pecho. Se abrazaron–. Nuestra fe... –comenzó a decir, insegura.

–Me castigué durante mucho tiempo, pero ella me habló del Compasivo, de un dios diferente al de los hombres. Me enseñó a comprender que Alá nos hizo así, que ese deseo brotaba de dentro de nosotras y que nadie más que Él lo había podido poner ahí.

–Tiene sentido –dijo Moraima con la mirada perdida. Nawar supo que aún no lo había asimilado–. ¿Y cómo... lo hacíais? –se impuso la curiosidad, instigada por el vino.

–Tú le acabas de dar placer a tu esposo con la boca. Hay muchas maneras. Un beso, caricias... –La esclava la miró con una sonrisa condescendiente.

–¿Ahí? –Abrió los ojos de forma desmesurada y soltó una risita nerviosa. Nawar asintió–. Perdóname, pero se me hace raro. ¿Cómo se llamaba?

Sin apartar la mirada de los ojos de su señora, la sudanesa contestó:

–Atiya.

Desde su partida no había podido pronunciar aquel nombre. Al acariciarlo con sus labios, sintió que su alma sanaba una vieja herida.

–Regalo. Hermoso nombre. Nawar, ¿disfrutas también con los hombres?

–Me han obligado a tener relaciones con hombres desde niña, pero jamás he disfrutado.

Moraima cogió la jarra de vino y rellenó las copas. Se había emocionado con el relato de su amiga.

–Bebe conmigo. –Alzó su copa–. Por mi Ahmed, que pronto estará conmigo, y por tu Atiya, que nunca se ha ido de tu lado.

Nawar borró el rastro de las lágrimas con la mano, alzó también su copa y la apuró de un solo trago. El resto del día lo pasaron juntas, cada cual inmersa en sus propias melancolías.

Andarax, invierno de 1490

La nieve había cuajado e impedía los trabajos del campo. «En cuanto se derrita, toda esa agua dará buenas cosechas». Kasim ya había oído hablar de la fértil Alpujarra, que abastecía Granada de productos de la huerta, frutas e incluso cereales. Las laderas de las montañas se cultivaban en bancales y las sierras estaban plagadas de rebaños en las estaciones cálidas.

Kasim había conseguido que la vivienda resultara confortable. Había tapado los agujeros del techo, había dispuesto una leñera en el interior y había podido comprar un almohadón en el que sentarse frente a la lumbre.

–¡No! –escuchó fuera.

–¡Cállate! –Reconoció la voz del Becerro.

Se asomó a la puerta y vio al hombre arrastrando de un brazo a su esposa. La había sacado de la casa y tiraba de ella sobre la nieve.

–No volverá a pasar, la puedo calentar –dijo ella con tono lastimero.

–¿Me pones la sopa fría? ¿Me deslomo trabajando para traer comida y tú me pagas así? Ahora vas a saber lo que es el frío.

La dejó tirada, hundida en la manta de nieve que cubría el suelo de la explanada, y caminó a paso ligero hacia la puerta de su casa. La sangre de Kasim hirvió.

–Pero ¿qué haces, salvaje? –gritó enfurecido el granadino mientras avanzaba dando zancadas hacia él–. ¡Se va a morir de frío!

El Becerro se detuvo y se giró hacia él con los ojos inyectados de sangre.

–¿Y a ti qué te importa? –Kasim caminó hacia ella–. ¡Ni se te ocurra tocarla! ¡Es mía y hago con ella lo que me salga de los cojones!

El granadino apretó los puños y las mandíbulas.

–Muchos cojones tienes de boquilla –soltó entre dientes–, a ver si también los tienes en su sitio.

El Becerro, humillado delante de su mujer, reaccionó echando a correr hacia él con un puño en alto. Kasim no tuvo dificultad para bloquearlo con un brazo, mientras con el otro lo empujaba y le hacía perder el equilibrio. Kasim se echó sobre él y comenzó a golpearlo.

–Maldito hijo de puta. ¿Así tratas a tu mujer? –Enloquecido por una ira que llevaba meses enterrada en sus entrañas, le pegaba con saña.

Al principio, el Becerro gritaba. Luego comenzó a gemir. Finalmente, calló, perdida la conciencia. En ese momento, la mujer corrió hacia Kasim.

–¡Por el Altísimo! ¡Estás loco! ¡Lo vas a matar!

Kasim le propinó dos puñetazos más. El ojo izquierdo comenzó a sangrar profusamente. Al fin recobró la razón y consiguió detener el torrente de furia que lo había dominado.

–¡Ah! –gritó con todas sus fuerzas.

Sin soltar palabra, arrastró al hombre al interior de la casa y lo depositó delante del hogar. Pegó el oído a su pecho y comprobó que respiraba. La mujer entró tras él.

–Voy a por un tabib. –Kasim salió corriendo hacia el pueblo hundiendo los pies en la nieve–. ¡Aguanta! ¡Maldito seas! –gritó al aire gélido.

* * *

–¡Venga, granadino! ¡Fuera!

Kasim permanecía acuclillado junto a otro hombre, un viejo que se recuperaba de una borrachera. Eran los dos únicos presos de la mazmorra.

–Y a mí, ¿no me sacáis? –preguntó el borracho.

–Ya veremos mañana, Hassan. Cuando se te pase del todo. La has liado bien.

El guardia, con una sonrisa, negaba con la cabeza mientras sacaba a Kasim.

–¿A dónde me llevas? –preguntó el granadino.

–A tu juicio.

–¿Ha muerto?

–¿El Becerro? Bicho malo nunca muere –se carcajeó–. Pero ha perdido un ojo y todavía está en cama.

Ascendieron varios tramos de escaleras y llegaron a la planta superior de la torre. Allí se abría una sala presidida por un entarimado sobre el que había dispuesta una jamuga. Sentado en ella, un hombre observaba al recién llegado. A su lado había un secretario con una escribanía abierta ante él.

–De rodillas –le susurró el guardia. Kasim se echó al suelo.

–Me han contado lo que has hecho. Quiero oírte antes de dictar sentencia –dijo el hombre de la jamuga. No había letrados que pudieran asistir al reo.

Kasim lo miró fijamente y comenzó a hablar:

–El hombre al que he pegado pretendía dejar a su mujer a la intemperie y sin abrigo. Vino a pegarme cuando intenté ayudar a su esposa. Lo esquivé... y respondí.

–Sangre caliente –afirmó el juez–. ¿Sabes por qué motivo ese hombre pretendía hacer eso? –El secretario anotaba todo lo que se decía.

–Escuché reprocharle a su mujer que le había puesto la comida fría.

–¿Qué puedes decir en tu defensa?

–Aquello era injusto. Si no intervenía, la mujer moriría de frío.

–No sabes cuánto tiempo iba a estar en la calle. Y, en cualquier caso, tu reacción fue desproporcionada. Ha perdido un ojo.

–Con todo mi respeto, sidi. Él también fue desproporcionado.

El juez dibujó una mueca difícil de descifrar.

–Me han hablado de ti. Eras vecino del Albaicín y acudiste a la defensa de Baza. ¿Eras partidario del Zagal?

–Sólo quería defender a mis hermanos. La división nos hace débiles.

–¿Luchaste? –preguntó el juez.

Kasim inflamó el pecho.

–Maté a más de un rumí.

–¿Por qué no has vuelto a Granada?

–No tengo nada allí. Boabdil... ordenó que nuestras familias... –No pudo terminar la frase. Sus ojos brillaron y su boca tembló–. Maldito sea –masculló.

–Bien. –El juez suspiró y miró a su secretario–. Dictemos sentencia. A ojos de Dios, un hombre que maltrata a su esposa y

pretende matarla no es querido. Yo aborrezco a ese tipo de hombres. Pero te has tomado mi justicia por tu mano. Soy el señor de estas tierras y las gobierno en nombre del Altísimo. –Kasim, sorprendido, observó sus facciones. Nunca había visto al Zagal, pero no tuvo dudas de que estaba ante él. Instintivamente, agachó la cabeza–. Trabajarás las tierras de ese hombre mientras siga impedido. Por ese trabajo no recibirás jornal alguno, salvo tu manutención. Luego, pasarás a mi servicio. Sobre el matrimonio, debemos dar garantías a la mujer de que no volverá a ocurrir algo así. Ese Becerro será apercibido de que, si vuelve a intentar pegar o matar a su esposa, será castigado con dureza. Un guardia los visitará cada semana para comprobar que todo está bien. –Miró al secretario para comprobar que había tomado nota de todo–. Ésta es la justicia de Dios, el Altísimo.

El Zagal se levantó. El secretario echó un vistazo a sus documentos para revisar el siguiente caso. Kasim suspiró, aliviado por la benevolencia del juez. Antes de salir de la sala, el Zagal se acercó a él y le susurró al oído:

–Preferiría haberte juzgado por asesinato. –Agarró su brazo y lo apretó afectuosamente.

* * *

Kasim trabajó las tierras del Becerro durante once días, los que necesitó éste para recuperarse de sus heridas. Pasado ese tiempo, se presentó en la alcazaba de Andarax para cumplir con la sentencia del Zagal.

–Si vuelve a hacerte daño, acude a los guardias. La justicia del walí te protege –le dijo a la esposa del Becerro cuando ésta le llevó la última comida. Sabía que seguiría sufriendo abusos, que aquel hombre de corazón turbio seguiría maltratándola.

Dos guardias lo llevaron a la zona de la alcazaba que daba al río, donde el Zagal lo esperaba.

–Mawlana –saludó Kasim.

El walí sonrió sin molestarse en corregirlo. Dirigió la vista hacia el río y le habló sin mirarlo a los ojos:

–Siento lo de tu familia. Musulmanes matando a otros musulmanes. Mujeres y niños, inocentes... A eso hemos llegado. –Suspiró–. He luchado, aunque he comprendido que estamos perdidos. Tenía dos enemigos: los rumíes y mi propio pueblo. Muchos me cuestionan. Sin embargo, ¿qué podía hacer?, ¿llevaros a una muerte estéril? –Giró la cabeza hacia Kasim–. Me llaman traidor, pero os he salvado la vida.

–No hay más vencedor que Alá ni más traidor que el Zogoibi –respondió Kasim. El apodo de Boabdil había corrido por todas las tierras del emirato.

–Has cumplido con tu condena. –El Zagal cambió de tema–. Ahora estarás a mi servicio. Serás uno de mis guardias. ¿Qué armas manejas?

–Sidi, manejo bien la ballesta. Fui instruido en Baza en el manejo de la lanza, pero poco sé de la lucha con espada.

–Recibirás instrucción. –El walí temía por su propia seguridad y quería tener cerca a hombres que fueran de fiar.

–Aprenderé y te serviré hasta el fin de mis fuerzas, con la ayuda del Altísimo.

–Retírate. Ve al patio de armas. Allí te armarán y te asignarán una vivienda dentro de la alcazaba.

El Zagal se encaminó hacia una pequeña vivienda anexa a la suya y entró sin llamar. Zoraya, sentada junto a la lumbre, enseñaba a sus hijos los rudimentos del ajedrez. Una esclava bordaba sentada en una esquina. El hombre se acercó al juego y tomó la reina negra. La figura, tallada en madera, era una burda representación de Isabel.

–Tengo algo que hablar contigo –dijo sin más.

Permaneció de pie mientras la esclava tomaba a los niños de la mano y los sacaba de la vivienda. Se sentó frente a Zoraya.

–¿Por qué no te fuiste con ellos? Has tenido la oportunidad.

–Ellos no son mis hermanos. Mis hermanos están aquí. Soy tan musulmana como tú –contestó serena.

–¿Permanecerás siempre a mi lado?

–Si te quedas en al-Ándalus, sí.

–¿Qué soy para ti? –El Zagal se echó hacia delante y escrutó su mirada.

–Podemos ser lo que tú quieras que seamos –respondió ella, zalamera.

El hombre se puso en pie, la agarró de un brazo, la echó al suelo sobre la alfombra y allí mismo la poseyó con ansia.

Granada, invierno de 1490

El visir al-Muleh atravesó la puerta de las Armas y accedió al patio del Aljibe, donde desmontó para penetrar en la zona administrativa de la Alhambra. Entró en la estancia principal de la secretaría emiral y encargó a un katib ocho copias del documento que portaba. Luego continuó su camino hacia el salón del Trono. Boabdil permanecía sentado, impartiendo su justicia. Varios notarios y secretarios lo rodeaban. No era habitual que el emir celebrara la audiencia semanal en aquel salón.

Mientras el visir esperaba a que terminara la sesión, aparecieron Ibn Kumasa y Muza. Pronto el salón se vació de juristas y Boabdil se quedó solo con sus visires.

–¿Y bien? –El emir miró a al-Muleh para animarlo a hablar.

–Mawlana, me han recibido como corresponde a tu embajador. Me han colmado de honores y, a través de mí, te han enviado ricos regalos. Les he hablado de la situación en Granada. Se han mostrado comprensivos, pero nos recuerdan el compromiso adoptado. –Muza se revolvió, visiblemente incómodo–. El secretario Zafra me ha mostrado los gastos de la campaña de Baza y los envíos de dinero que sus reyes han hecho a Garnata. En la Secretaría están preparando copias para que podáis verlos. Pueden esperar, pero no demasiado.

–Deberán esperar lo que sea preciso –saltó Muza. Su turbante temblaba de indignación–. No les conviene recibir un emirato agitado –recordó.

–A ese respecto –prosiguió al-Muleh–, están dispuestos a ayudarnos. Les he hablado de las revueltas, de la ciudad dividida, y los reyes han acordado enviarnos un socorro con los alcaides de la frontera.

Muza no pudo controlarse.

–¡Qué poco conocen esos malditos rumíes a los granadinos! Mis respetos, mawlana –se dirigió brevemente a Boabdil para disculparse por el tono empleado–, pero tenemos al pueblo a punto de alzarse porque muchos se oponen a la entrega, y pretenden enviarnos tropas rumíes. Es echar leña al fuego. –Miró iracundo a al-Muleh.

–Ya han despachado emisarios a Íllora y Moclín. Los alcaides deben de estar de camino –informó al-Muleh con voz serena.

–¿Has dejado que lo hagan? ¿No lo has impedido? –preguntó Muza.

–¿Cómo impedirlo sin provocarlos? Les hemos dado largas. Los alcaides vienen a ayudarnos. No podía rechazarlos.

Ibn Kumasa decidió intervenir.

–Al-Muleh tiene razón en este punto. Debemos recibir el socorro. Pero también debemos ser astutos y evitar que el pueblo se entere.

Boabdil suspiró y se dispuso a hablar.

–Entiendo. Y después, ¿qué? Podemos ganar unas semanas, pero ¿para qué? ¿Qué conseguiremos?

–Mawlana –tomó la palabra el gran visir–, dos cosas: ablandar al pueblo y negociar mejor con los rumíes.

–¿Me podéis decir cómo se ablanda a un pueblo? –preguntó Muza.

–Haciéndole ver que la guerra es peor que la rendición –respondió al-Muleh.

«Para conseguirlo, deberíamos creer en esa afirmación. No contéis conmigo», se dijo el visir de la Espada, aunque no lo manifestó.

–Lo primero que debemos hacer es disponer la recepción de los alcaides –opinó Ibn Kumasa, y los demás asintieron.

La improvisada reunión del Mexuar terminó con vagas indicaciones sobre el discurso que mantendrían ante los embajadores rumíes.

Muza se retiró y se dirigió hacia la alcazaba, donde tenía su residencia. Acudió a uno de sus hombres de confianza, un capitán joven y enérgico que compartía sus inquietudes.

–Los rumíes han enviado tropas al emir para ayudarle a controlar a los rebeldes. –Fue directo–. Que corra la voz, que se sepa en toda Granada.

Moclín, invierno de 1490

Adhara tomó de la mano al niño y subió las cuestas que llevaban a la alcazaba. Llevaba el rostro descubierto, enmarcado por el pañuelo que tapaba su pelo.

–Muéstrate respetuoso con el alcaide –le iba diciendo.

Martín de Alarcón, señor de Moclín, había solicitado ver al infante granadino. La misma reina le había dado indicaciones para que lo visitara regularmente.

«Pensad que ese infantico moro representa lo que Granada será mañana bajo nuestro mandato...», le había escrito Isabel.

Martín los recibió en su residencia, el antiguo palacete del gobernador moro. El espacio estaba presidido por un patio con alberca y setos de arrayán, reproduciendo a pequeña escala las grandes casas nazaríes de la capital.

–Ahmed, me alegra verte –lo saludó el hombre–. Sentaos conmigo al sol.

El niño contempló uno de los aleros, reparado con yeso.

–Es una pena que se perdieran las maderas. –El alero había recibido un disparo de mortero cuatro años atrás, durante el asedio de la fortaleza–. Ahmed, es deseo de mi señora reina que estés informado de todo lo que acontece en Granada. –Miró a Adhara, que asintió–. He estado en la Alhambra. El Paraíso debe de ser algo

parecido a ese castillo. He visitado a tu padre. –El niño juntó las manos y las apretó, nervioso–. No deja de nombrarte y de recordarte. Me ha dado esto para ti, de parte de tu madre. –Al instante, una dama se acercó al pequeño y le entregó una túnica de seda–. Granada está dividida y revuelta. Muchos ven cerca la toma y no quieren ser súbditos de Castilla. Desobedecen a tu padre. Verás, Ahmed, imagina a un oso y a un perro que se enfrentan. ¿Qué crees que conseguirá el perro luchando contra el oso? –Con un gesto de la mano animó al niño a hablar.

–Un perro no puede ganarle a un oso –contestó Ahmed en buen castellano.

–Exacto. Castilla es el oso. Granada es como un perro: ágil, astuto, rápido..., pero le falta fuerza. –El niño asintió con una sonrisa–. Tu padre es sabio y quiere evitar el dolor de su pueblo.

Adhara resopló, nerviosa. Martín se percató de su estado.

–Adhara, expón tus inquietudes.

–Gracias, señor –dijo ésta con la mirada baja–. Habláis de mi pueblo y me preocupa su situación. –También manejaba la lengua de Castilla–. Ya he visto correr sangre por las cuestas del Albaicín...

–Lo sé –la interrumpió el hombre–. Estuve allí. Ahora el emir nos ha pedido tiempo para convencer a los opositores y le hemos enviado ayuda. Hemos tomado una fortaleza muy cercana a Granada. Alhendín, se llama. Y otra en el camino de la costa: Mondújar. –Adhara asintió–. Las dos se nos han ofrecido libremente. Eso nos ayudará a controlar a los rebeldes. –Se dirigió de nuevo al niño–: Joven príncipe, no tienes nada de lo que preocuparte. Pronto serás devuelto a tus padres.

–El Compasivo lo permita –dijo Adhara en un susurro. Un crisol de sentimientos se había instalado en su pecho. Su pueblo se rebelaba contra su destino, pero eso hacía peligrar el suyo y el de aquel niño al que tanto amaba.

Martín de Alarcón se puso en pie y dio una palmada.

–Ahora iré a rezar por el buen final de esta guerra. Si el pequeño Ahmed quiere acompañarme, estaré encantado de llevarlo conmigo a la iglesia.

El niño miró a su nodriza.

–Disculpadnos, señor. –Adhara agarró al niño de la mano–. Acompañaremos vuestros rezos desde casa. Dios nos proteja a todos.

Granada, invierno de 1490

La llovizna había empapado los parterres. El borboteo de la fuente de los Leones les llegaba nítido. Dos braseros caldeaban la sala del Vino.

–Lo puedo entender –comentó la madre–. Se han puesto en sus manos. ¿Quién rechazaría un regalo así?

–Me sorprendes –dijo Boabdil con ira–. Ahora pareces ponerte de su parte. Alhendín y Mondújar estaban conmigo. No se las han quitado a mi tío, me las han quitado a mí. Ya lo han hecho antes: toman mis castillos y dicen que se les han entregado, y que ya llegará el momento de darme mi señorío. Pero ¿quién puede fiarse de ellos? ¿Crees que soltarán lo que ya tienen? –Agarró con fuerza los brazos de su jamuga–. Tenemos que llegar a la capitulación con todo lo nuestro.

–Les hemos dicho que hay peligro de luchas civiles, que hay muchos rebeldes que se pueden alzar y que no podemos controlarlos. –Fátima hablaba con calma, como si le diera una lección a un niño–. Lo que han hecho es responder a nuestra demanda. Alhendín, para controlar a los rebeldes de Garnata; Mondújar, para controlar las Alpujarras.

–¿Y qué han conseguido con eso? –Boabdil alzó la voz–. Ahora todo es peor –parecía desesperado–. Los rebeldes se movilizan, hay altercados en las calles.

Fátima se sirvió vino y dio un largo trago.

–Esta cadera me va a matar. Siempre que llueve rabio de dolor. –Cambió la postura en su asiento–. Eso mismo es lo que hay que

decirles. Lo que han hecho es enfurecer a los que se oponen a la entrega. Envíales de nuevo a al-Muleh y pídeles que devuelvan los castillos. En estas condiciones no podemos entregar Granada.

Boabdil resopló. Caminó hasta la entrada de la sala y contempló el patio del palacio y, detrás, el acceso a la sala de la Miel. Había dejado a Moraima bordando con la esclava negra. La había recuperado, pero la esposa comenzaba a sospechar las dificultades que brotaban en el camino.

–¿Por qué todo tiene que complicarse siempre en mi vida? –preguntó al aire mientras se daba la vuelta y regresaba junto a su madre.

–Porque eres emir, hijo mío. Y para un emir nunca hay nada fácil. Tu padre, tu abuelo... Sigue la línea hasta Ibn al-Ahmar. Todos los emires nazaríes afrontaron dificultades. –Cambió el tono de voz y alzó la cabeza–. Pero ninguno se hundió.

–Te equivocas, madre. Mi padre se hundió y murió medio loco, encerrado en un castillo. Temo acabar como él. –Su mirada se oscureció.

Fátima, la esposa airada, la madre inflexible, se enterneció. Se acercó a su hijo y lo abrazó con fuerza. Boabdil respondió al abrazo y comenzó a sollozar.

–Llora, hijo mío –le dijo al oído sin soltarlo, recibiendo las lágrimas del emir en su hombro–. Hoy, aquí, puedes llorar.

Sevilla, invierno de 1490

El joven masticaba el pastelillo sin manifestar el menor síntoma de placer. Tenía los ojos clavados en Beatriz, que, incómoda, evitaba mirarlo.

«Es sólo un primer paso, chiquilla. Merendamos juntos y lo valoras. Lo mismo con los años ha cambiado», le había dicho Francisca para convencerla.

–¿Cómo está vuestro hijo? –preguntó María la Costurera, la madre del chico.

–Pues desde Navidad no sabemos nada de él. Mira que lo tenemos cerca, pero desde que se casó y se fue a Coria lo vemos menos que a los reyes.

Las dos mujeres rieron. Gonzalo limpiaba el horno de ceniza y procuraba mantenerse apartado de la reunión, aunque mantenía el oído pegado a la conversación.

María la Costurera miró a Beatriz y volvió a dirigirse a Francisca:

–Habéis sido unos buenos cristianos, piadosos. No quiero pensar qué habría sido de esta chica si no la hubierais acogido. Qué drama lo de sus padres...

Francisca apoyó una mano en la rodilla de Beatriz. Conocía su carácter y no quería que se dejara llevar por la ira.

–Beatriz también es buena cristiana. Habría encontrado su sitio.

María asintió lentamente.

–En cualquier caso, habéis sido generosos con ella. Lleváis años ocupándoos de la chiquilla. Y esas pintadas... Ay, Dios mío. Qué susto debisteis de pasar. –Bajó la voz–. Menos mal que habéis sabido blanquearlas –hizo hincapié en la última palabra–. Ahora ya está libre de sospechas. La pobre Beatriz, sirviendo en la guerra de los moros.

–Ha venido contenta –soltó Francisca–. Sirvió a una gran dama en el hospital de la Reina. –Sus palabras iban revestidas de orgullo.

–Una buena labor, una buena labor –concedió María sin emoción en la voz. Luego le dio un codazo a su hijo–. José, di tú algo.

Como activado por un resorte, el joven se puso en pie, cogió la bandeja de pastelillos y la puso delante de Beatriz.

–Hemos traído dulces. Toma uno.

La muchacha observó a José. Había cambiado. Era un chico alto y de complexión fuerte. Tenía el rostro sombreado por la barba y llevaba el pelo largo y repeinado hacia atrás. Sin embargo, seguía teniendo la mirada turbia y la lengua torpe de antaño.

–No me gustan los dulces –respondió Beatriz.

José se quedó quieto sosteniendo la bandeja ante su rostro.

–José –dijo el hornero desde el otro extremo de la sala–, ya te ha dicho que no le gustan. No insistas.

El muchacho dejó la bandeja de nuevo sobre la mesa y se sentó.

–Es que mi Bea lleva varios días regular de la barriga –intervino Francisca–. Pero muchas gracias, José.

Las mujeres retomaron la palabra y charlaron sobre banalidades hasta que dieron por terminado el encuentro.

–Ya está –le dijo Francisca a su hija adoptiva cuando se hubieron ido–. ¿Lo ves? No ha pasado nada.

Beatriz se retiró a su alcoba y el hornero se acercó a su esposa.

–Te empeñas en casarla y estoy de acuerdo en que es lo que más le conviene. Pero, mujer, ya sabemos cómo es José. No la fuerces.

–Sabemos cómo era de chiquillo. Las personas maduran. Si Bea no se casa pronto, volverán los rumores, las sospechas y las pintadas –dijo Francisca en voz queda–. ¿Crees que va a tener muchos pretendientes? Sólo vamos a encontrar a alguien como él, un rechazado. Y te digo una cosa: prefiero un mal matrimonio que una hoguera –sentenció al fin.

Granada, invierno de 1490

El oficial cesó su cuchicheo y dejó a los tres hombres sentados en el tocón de la higuera. Eran vecinos del mismo callejón y se habían reunido con el capitán para que los informara sobre los rumores que llegaban de la Alhambra.

–Ya los tenemos aquí –reflexionó uno de ellos, un hombre joven.

–Invitados por el Zogoibi –respondió otro con ira–. Boabdil nos ha vendido.

El tercero se mantuvo en silencio.

–¿Y qué otro camino hay? –preguntó al aire el joven–. ¿Seguir los pasos de Baza?, ¿pelear y morir para no conseguir nada?

–Siempre hay un camino mejor que rendirse. Podemos recibir ayuda de nuestros hermanos de África.

–Mira, vecino, ese cuento llevo años escuchándolo. ¿Qué ayuda han mandado a Alhama, o a Loja, o a Moclín, o incluso a Baza? –Dejó en suspenso su pregunta–. Nos han dejado solos. Si nos alzáramos, ¿qué crees que iba a pasar? Tengo una familia y un trabajo. Yo sólo quiero seguir viviendo en paz.

–¿Y qué crees tú que pasaría si nos sometiéramos a ellos?

–Todos sabemos que Boabdil ha pactado ya con los rumíes. Pero, a cambio, ellos respetarán nuestras costumbres, nuestra fe y nuestras propiedades. ¿Qué mejor podemos esperar? ¿No somos ya de ellos? ¿No pagamos las parias cada año? Lo único que nos quitarán es al emir. –El joven había ido elevando la voz.

–Te fías demasiado de ellos, pero no sabes cómo viven nuestros hermanos en sus ciudades. Están aislados, los insultan, y a la mínima los echan. La reina sólo quiere cristianos en sus reinos. Mira lo que han hecho en Sevilla con los judíos.

El joven se puso en pie. El tercero se situó a su lado, preparado para intervenir si seguían subiendo el tono.

–Nos ofrecen cambiar de dueño y seguir nuestra vida como hasta ahora. –Acompañaba las palabras con gestos airados–. ¡Mejor eso que acabar con tu familia vendida en el puerto de Almería!

El otro se puso también en pie y se encaró con él.

–¡Haya paz! ¡Calma, calma! –se escuchó al otro lado del tocón. Reduán había salido de su casa y se acercaba a ellos–. Pero ¿qué os ha pasado? Somos vecinos. Nos llevamos bien, ¿a qué viene esto? ¿No tenéis claro quién es el enemigo? –Renqueando, llegó hasta el corrillo.

El tercer hombre habló.

–Maestro, un capitán ha venido a contarnos que los rumíes han mandado hombres a Boabdil. Se han quedado con el castillo de Alhendín.

Reduán asimiló la información. Las últimas piezas habían comenzado a moverse.

–Y por eso peleáis... ¿No os dais cuenta? Ese capitán obedece a alguien, y ese alguien quiere exactamente esto, que nos agitemos.

–¿Y qué quieres que hagamos, faquí? –le espetó el más exaltado.

–Mantenernos unidos –contestó Reduán.

–Unidos, bien. ¿Pero de qué lado? ¿Nos sometemos o nos alzamos? –insistió el hombre. Los tres vecinos atendieron al viejo, que suspiró profundamente.

–Yo sólo soy un viejo maestro de la mezquita de Badis. ¿Cómo queréis que lo sepa? Lo único que sé es que no nos conviene pelear entre nosotros. Así que, por favor, seguid vuestras vidas, rezad al Compasivo y evitad las disputas. El resto, ya se verá.

Reduán vio cómo los hombres se marchaban. Habían abandonado la discusión, pero un halo de ira y frustración los rodeaba.

«De nuevo hermanos contra hermanos». El maestro suspiró y se miró los brazos, todavía cansados por el peso del niño muerto. Su alma no había recuperado el calor desde aquellos funerales. Con dificultad, se encaminó hacia su casa para refugiarse en el sosiego de sus libros.

Andarax, invierno de 1490

El eco de los ladridos llegaba multiplicado desde el interior del bosque. Los perros habían dado con una pieza y la acosaban. El Zagal espoleó a su montura.

–¡Va, va! –decían los mozos que azuzaban a los canes.

Kasim, aferrado a su lanza, siguió a su señor. Escucharon los pasos del animal.

–Es grande –pronunció el Zagal, y afianzó su lanza bajo la axila.

Los ladridos se hicieron cercanos. Dos chaparros se agitaron y un jabalí apareció entre ellos, corriendo despavorido hacia el monte bajo. El Zagal hizo avanzar a su caballo hasta ponerlo en el camino del animal. El jabalí no se detuvo e impactó contra las patas del

caballo, que estuvo a punto de tirar al jinete. El cazador picó al jabalí, que emitió un chillido de dolor. El animal retrocedió, liberándose de la lanza, y se preparó para una nueva embestida. Kasim llegó a la escena en ese instante, aferró con fuerza el astil de su arma y la descargó contra el costado derecho de la presa. El Zagal se acercó y volvió a clavar su lanza en el lomo del animal. El jabalí se revolvió y consiguió escapar. Los perros salieron del bosque y se abalanzaron contra él. Dos de ellos mordieron su cuello. Poco a poco fallaron sus fuerzas. El jabalí cayó rendido.

El Zagal resoplaba, exultante. Kasim sostenía su lanza y observaba impasible los últimos estertores del animal. El señor de Andarax desmontó y tomó un pellejo de vino, del que bebió con ansia. Luego lo ofreció a su guardia.

–Buena caza nos ha permitido el Compasivo –dijo el Zagal, y Kasim asintió–. Eres callado, Kasim. No me gustan los charlatanes –sonrió–. Ven, come conmigo.

Mientras sus hombres se encargaban de la pieza, el Zagal se apartó con el guardia. Se sentaron bajo las ramas de una morera.

–Ésta es la fuente de la riqueza de esta tierra. –El Zagal palmeó el tronco del árbol–. ¿A qué te dedicabas en Granada?

–Trabajaba en las huertas de la Alberzana, mawlana.

–Buenas tierras. Fueron mías y me las arrebató mi sobrino. –Miró a Kasim a los ojos–. Lo odias, ¿verdad? –no lo dejó contestar–: Ese odio nos une. Pude verlo nada más conocerte. –Se echó a la boca un higo seco–. Ya no soy emir. No me llames mawlana –dijo sin acritud.

–Sidi, algún día lo tendré delante y cumpliré mi venganza.

El Zagal lanzó una carcajada y estuvo a punto de atragantarse.

–¿Lo dices en serio? ¿Lo crees de verdad? –Kasim se mantuvo en silencio; parecía herido en su orgullo–. No sabes cómo funciona el mundo... –se puso serio–. Si en algo puedo ayudarte, lo haré. –Terminó de tragar el higo–. ¿Cómo era la vida en tu barrio? –Le ofreció el pellejo de vino y el granadino bebió.

–Era una vida sencilla, sidi. Trabajaba mientras había sol, vendía las hortalizas a algún mercader, pagaba las rentas... Como todos mis vecinos. Estaba casado con mi prima y teníamos dos hijos, un niño y una niña.

El Zagal lo escuchó con atención.

–Un hombre no debe estar solo mucho tiempo. ¿Quieres casarte? Puedo arreglarlo.

–Sidi –se llevó la mano al pecho–, mis heridas todavía sangran. Alá te bendiga por ofrecerme una esposa, pero ahora no soy hombre para ninguna mujer.

–Tuya es la decisión. Al menos, tendrás una esclava a tu servicio. –Bebió otro trago de vino–. Soy generoso con quien cuida de mí. –Señaló a los hombres que los habían acompañado en la cacería–. ¿Ves a todos ésos? Ninguno está aquí por propia voluntad. Todos son de esta tierra. Les da igual quien los gobierne. ¿Puedo fiarme de alguien así? Tú me has demostrado fidelidad. Me fío más de tus silencios que de las lamidas de culo de cualquiera de ésos. –El vino le había soltado la lengua.

Kasim asintió e intentó mantener su rictus de seriedad, pero no pudo. Acabó soltando carcajadas. El Zagal lo acompañó y le palmeó el hombro.

–¡Así me gusta, Kasim! Hay que saber reírse. –Se incorporó y, antes de erguirse, con el trasero hacia sus hombres, soltó–: ¿Alguien se anima?

Ambos rieron hasta el llanto. Los hombres se miraron incómodos, sin comprender.

Kasim no recordaba la última vez que se había reído así.

* * *

El granadino salió magullado del patio de armas. A pesar de la brigantina, los golpes de las armas de instrucción le habían provocado hematomas. «Te vamos a endurecer a palos», le decía Yassir, el más duro de los instructores encargados de su aprendizaje.

Se dirigió a la minúscula vivienda que le habían asignado en la alcazaba. Se encontró la puerta entreabierta. Sentada sobre la estera, ordenando las ollas y los utensilios de cocina, se encontró con una muchacha de poco más de veinte años. El gobernador había cumplido su palabra. Incómodo, carraspeó. La joven se puso en pie y agachó la cabeza en señal de sumisión.

–Sidi, me llamo Falak y estoy a tu servicio.

Era una mujer de formas redondeadas y baja estatura. Sus cabellos, parcialmente cubiertos por un pañuelo, emitían destellos cobrizos. Llevaba puesta una sencilla túnica de lino. En su cuerpo destacaba un busto generoso.

–La paz sea contigo, Falak. Yo me llamo Kasim. Sé bienvenida. No hay mucho trabajo en esta casa. Organízate como creas conveniente.

La mujer acudió al hogar y apartó de las trébedes una olla de guiso.

–La comida está lista, sidi. Te la serviré ahora mismo.

Kasim comenzó a desabrocharse la brigantina y se acercó al fuego para que sus manos entraran en calor.

–Sírvete tú también. Huele bien. –Intentó ser amable–. Tu acento es extraño, ¿eres de aquí? –preguntó mientras la joven tomaba dos cuencos de barro.

–Nací en un pueblo de la serranía de Ronda, al otro lado de la frontera.

–Entiendo. ¿Te cogieron en una razia?

–Sí. Apenas lo recuerdo. Era muy niña. He servido a muchos hombres.

Se sentaron en la estera y tomaron los cuencos. Kasim estudió sus rasgos. Nada hacía adivinar su origen. En al-Ándalus había muchas mujeres con los cabellos claros, como ella. En una esquina vio un colchón enrollado y un ajuar de cama. Comprendió que la mujer

viviría con él a partir de aquel momento. No era lo que deseaba, pero no podía rechazar el regalo del walí.

Comieron en silencio. Ella mantuvo una actitud respetuosa. «La han educado para esto, han doblegado su alma», pensó el hombre. Terminaron de comer y Kasim se sintió en la obligación de dirigirse a ella.

–Falak, cocinas muy bien. Disculpa si me muestro tosco. Los últimos meses... No han sido fáciles. –Ella escuchaba con atención. No estaba acostumbrada a aquel trato–. Procuremos llevarnos bien. Acomódate lo mejor que puedas. Tu vida tampoco ha debido de ser fácil. No tengas miedo de mí, no te molestaré.

La esclava agachó la cabeza y se puso en pie para recoger los cuencos. Kasim apreció sus formas: su busto y sus nalgas, que se adivinaban redondeadas bajo la túnica. Sintió el deseo brotando en su interior, pero se esforzó por apagarlo. Se había convertido en una sombra, un cuerpo sin luz castigado por los recuerdos de otra vida.

Córdoba, invierno de 1490

Al-Muleh salió de las estancias que habían dispuesto para él en el alcázar y se adentró en los jardines. Hacía frío, aunque el sol calentaba y no corría el aire. Buscó un banco de piedra y se sentó a contemplar una de las albercas. Era un complejo cristiano, pero la distribución de las huertas y jardines recordaba su pasado musulmán.

–¿Has pasado buena noche?

Hernando de Zafra se presentó puntual a la cita.

–La paz sea contigo –respondió al-Muleh en la lengua de Castilla–. He descansado, hermano –así se llamaban–. He soñado con los viejos Omeyas. Será por la mezquita. Me impresionó mucho verla.

–Catedral –corrigió Zafra con una sonrisa.

–Sí. Vi las obras –dijo el visir con cierto resentimiento mal disimulado.

–El edificio es una joya, y seguirá siéndolo –concedió el castellano–. Se va a construir una capilla mayor, pero el resto seguirá intacto.

Zafra era un hombre instruido y sabía apreciar el arte.

–Sólo una capilla, por ahora –se limitó a responder al-Muleh.

Se abrió un silencio.

–Mis señores reyes, Fernando e Isabel, no renunciarán ni a Alhendín ni a Mondújar. Se les han entregado de forma voluntaria.

El granadino se tensó.

–No lo entendéis. Granada hierve y necesitamos calmarla antes de entregarla. Alhendín está a un paso de Granada, y a su lado está Padul, también vuestro. –Miró a los ojos a su amigo–. Muchos lo ven como una provocación; son capaces de alzarse y cortarle la cabeza a su emir. Y, si eso pasa, tendréis que embarcaros en un asedio diez veces más costoso que el de Baza.

–¿Y qué quieres que hagamos? –Zafra cambió el tono–. Tenéis que entregarnos Granada, así lo acordamos. Si tenemos Padul, Alhendín y Mondújar es para poder ayudaros a controlar a los rebeldes. –Hizo una pausa–. Pedís tiempo, pero sabes que ésos nunca se calmarán –suspiró y negó con la cabeza–. Hay algo más, hermano. Sus altezas solicitan que los granadinos entreguen sus armas. Así no podrán alzarse de forma violenta –terminó con escasa convicción en la voz.

Al-Muleh se puso en pie. Apretó la mandíbula y su cabeza tembló.

–No necesitas que lo explique. Sabes como yo lo que eso significaría.

Hernando de Zafra le sostuvo la mirada, pero no manifestó su opinión.

–En este punto son inflexibles. Sólo puedo darte algo de tiempo.

–Tiempo... –repitió al-Muleh a modo de letanía–. ¿Quién irá casa por casa? –No hubo respuesta–. Estoy con vosotros. He comprendido que Granada no tiene otro camino más que rendirse, y

mi papel aquí es allanar. Sin embargo, me lo estáis poniendo muy difícil. –Se acercó al secretario y lo abrazó–. Dios nos ayude.

Comenzó a caminar hacia el alcázar y su escolta lo siguió. Ese mismo mediodía partió hacia Granada.

* * *

Terminó el oficio y la reina se entretuvo contemplando los andamios. La capilla mayor avanzaba a buen paso. Tal vez en un par de años estuviera completamente terminada. Córdoba merecía un templo cristiano a la altura de su simbolismo. Los reyes la habían convertido en una base fundamental desde la que orquestar la conquista del reino nazarí de Granada. El obispo Hernando de Talavera se acercó a ella. Con los años, había aprendido a reconocer el sutil lenguaje que escondían sus esperas y silencios.

–Éste es un buen primer paso –comentó Isabel.

–Vuestra majestad tomó una sabia decisión. Es el mejor lugar para la nave. La lucerna le da mucha luz. –Miró hacia el fondo, más allá del altar–. También hacéis bien en respetar lo demás.

Isabel lo animó a pasear por el interior de la vieja mezquita. Se adentraron en el bosque de columnas y el silencio los sobrecogió.

–Sin duda, es un magnífico sitio para conectar con Dios –comentó la reina.

–El dios de los moros es nuestro Dios, vuestra alteza. Sólo se equivocan en el camino para llegar a él. Fallos de los hombres. Dios es Dios, y está también aquí.

Isabel lo miró, sorprendida.

–Confesor, a veces me dais la impresión de ser un hereje. –Le agarró el brazo y rio con ganas. El eco se multiplicó entre las columnas–. Todos somos hijos de Dios, pero hay una única fe verdadera: la que acepta a Cristo como su hijo.

–Así es, mi señora.

–Quiero esa fe en todos mis reinos, pero, sobre todo, quiero esas tierras de los moros. El rey Muley Hacén se equivocó. Esperaba

ayuda del turco y no la tuvo. Sin embargo, el turco ya está en Italia y amenaza a toda la cristiandad. No quiero puertos mahometanos a las puertas de España.

–Llegará ese momento, Dios lo quiera, y alejaremos las amenazas. Pronto la luz de nuestra fe llegará a Granada. –Isabel sonrió complacida–. Pero os digo una cosa, con todo el respeto. Hay que conseguir una conversión sincera. Prefiero que sigan siendo mahometanos que falsos conversos.

–Hablamos el mismo lenguaje, fray Hernando. –Al obispo le gustaba que lo siguieran llamando así–. Los malos conversos envenenan todo lo que tocan.

–¿Cómo van los preparativos de la entrega?

–Se acaba de ir el embajador moro. Les hemos pedido que entreguen las armas.

Hernando de Talavera frunció el ceño, visiblemente en desacuerdo. Recorrieron la nave y salieron al viejo patio de abluciones, donde la luz de la tarde los devolvió al mundo. La escolta de la reina la rodeó para acompañarla hasta el alcázar.

–Comed más, reverencia –le dijo a su confesor–. Tenéis el rostro consumido.

–Vuestra majestad, ya sabéis que me preocupa más alimentar al espíritu.

La reina llegó al alcázar y se encontró con Fernando y su hija Isabel en la torre del Homenaje. Ambos jugaban al ajedrez en la sala principal.

–¡Madre! –la llamó la infanta–. ¡Consejo!

Isabel se acercó al tablero y se tomó su tiempo para analizar la jugada.

–Utiliza la reina –le sugirió, aunque sin indicarle el movimiento–. Aunque me temo que tu padre ya tiene ganada la partida. Has descuidado al rey.

Fernando inflamó el pecho con satisfacción y se puso en pie.

–Hija mía, eres difícil de derrotar –le dijo mientras se marchaba.

La madre ocupó el asiento de Fernando. Tomó la reina blanca y la movió a lo largo de medio tablero para comerse un alfil negro.

–Esto es lo único sensato que podías hacer. –Luego tomó una torre negra y la desplazó a tres casillas del rey blanco–. Y aquí estarías en jaque. –La infanta Isabel encendió la mirada, comprendiendo. La madre cogió las figuras que representaban al rey y a la reina–. Gana quien mata al rey –le dijo agitando la pieza–, pero la reina es la figura más poderosa de todo el tablero. –La alzó en su mano derecha–. Antes no era así. Por mí cambiaron las reglas –se vanaglorió–. Era una pieza estúpida, limitada. Ahora se puede mover sin limitación y comer donde le plazca. Era de justicia que fuera así, hija mía. –La infanta escuchaba en silencio–. Cambié las reglas del juego, de la misma manera que cambié las reglas del reino –dijo al fin para dirigir la conversación hacia donde quería–. Algún día serás reina, no olvides esta lección. Las mujeres no somos sombras de nuestros esposos.

–Tú desde luego que no, madre –dijo la infanta con picardía–. A ti no hay quien te haga sombra.

–Que nadie te la haga a ti tampoco. –La madre miró a la joven y sus ojos brillaron–. Me veo en ti, hija mía. Te veo dichosa, y eso me enciende el corazón. Yo me casé como tú, con amor. Amé a tu padre desde que lo tuve delante. –Entornó los ojos y esbozó una sonrisa–. Nunca te he hablado de aquello, aunque imagino que algo sabes...

–Alguna dama me ha contado algo, pero poca cosa. Madre, cuéntamelo. –Se echó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas, expectante.

Isabel I de Castilla se recostó en su asiento y perdió la mirada en las nervaduras de piedra del techo de la sala.

–Nadie me hizo caso hasta que murió mi hermano, en la Gloria de Dios descanse. –Se llevó la mano al pecho. El recuerdo de Alfonso, apenas un niño, todavía le atenazaba el pecho–. Entonces me convertí en sucesora del rey, también hermano mío. El rey Enrique no era bueno. Nunca me quiso. Quería apartarme de Castilla y

decidió casarme con el rey de Portugal. –Miró a su hija, buscando sorpresa, pero no la halló–. Era un panzudo que me doblaba la edad, y le seguía el juego a Enrique. Yo decidí rebelarme y casarme con tu padre. Lo hice en secreto. Nos mandamos cartas, algunos nos ayudaron y, al final, conseguimos encontrarnos en Valladolid. El sinvergüenza de tu padre atravesó la frontera vestido de siervo de unos muleros –negó y rio–. Qué jóvenes éramos, Isabel. Cuánta pasión por la vida había en nuestros corazones. Era medianoche. Él se presentó ante mí vestido con mucha elegancia. Era un joven fornido, aunque delgado. Muy apuesto. Te confieso, hija mía, que, si el arzobispo no llega a estar delante, allí mismo nos habríamos abrazado.

–¡Madre! –La joven Isabel se llevó la mano a la boca y soltó una carcajada.

–Ya no eres una niña. Deja los recatos, que muy pronto te vas a unir a un hombre. –La simulada indignación de la hija parecía crecer–. A los cinco días nos casamos, y consumamos. Todavía recuerdo el coro de trompetas y timbales que entraron en la alcoba para celebrarlo. –Ambas rieron–. En menos de tres meses te llevaba a ti dentro de la barriga. Nos quisimos mucho, Isabelita, y nuestro amor ha dado buenos frutos. Me siento muy orgullosa de ti. –Se tomaron de las manos–. Eres una buena hija. Vas a casarte con quien hemos elegido para ti, aunque sé que vas enamorada. Toma mi ejemplo: entrégate gustosa, como es tu deber, pero saca los dientes cuando sea preciso. No llegué a reina y crie hijos para que los despreciaran.

–Tranquila, madre. –Besó sus manos–. Has sido siempre un gran ejemplo a seguir. Te haré caso.

De forma súbita, la boca de la reina tembló. Intentó contenerse, pero fue incapaz de retener las lágrimas que desbordaban su emoción. Se abrazó a su hija.

–Vas a ser muy feliz.

Granada, invierno de 1490

–Allahu Akbar!

El llamado a la última oración sonó en la mezquita aljama del Albaicín. Badra sabía que pronto cerrarían las cancelas y que, por tanto, podía acabar atrapada en algún callejón. La noche era clara, faltaban dos días para que la luna se llenara. Hacía frío y el cielo estaba raso, lo que significaba que de madrugada helaría. La niña recorrió las cuestas con su manta echada por los hombros. Se la había regalado una piadosa anciana de la medina que la veía deambular por los alrededores de la Alcaicería. «Tesoro, toma, que el invierno viene crudo. Cuando quieras techo, toca a mi puerta», le había dicho la mujer.

Sus piernas raquíticas la llevaron hasta la mezquita de Susuna, en el extremo nororiental de la ciudad. Rodeó el edificio y atravesó las últimas callejuelas del barrio para adentrarse en la rauda del Albaicín. La pendiente y la humedad del suelo hicieron difícil el paso. El carril serpenteaba entre las estelas funerarias. Había tres capillas lo suficientemente amplias como para darle cabida, pero aquella noche eligió la más alta. Le gustaban las vistas que ofrecía de la ciudad. Una vez en el interior, se hizo un ovillo bajo la manta y sacó el panecillo que había conseguido robar en el mercado. Lo mordisqueó y su estómago comenzó a rugir.

–¡Buh! –oyó un instante antes de que una figura oscura le tapara la vista de la luna. Gritó, con el corazón repicando en su pecho. La figura soltó una risotada–. Tranquila, tranquila –le dijo mientras se introducía en la capilla arrastrando una tabla.

La niña lo observó paralizada. Era un niño poco mayor que ella. Colocó la tabla en el suelo y se sentó con las piernas cruzadas.

–El suelo está congelado. Te dejo tabla y tú me dejas manta y un trozo de pan.

Badra lo miró a la cara. El niño mostraba una amplia sonrisa, a la que acompañaban unos ojos vivos. Sin pronunciar una palabra, ella se trasladó a la tabla y le ofreció un extremo de la manta. El niño señaló el pan, la otra parte del trato. Badra lo partió de mala gana y le ofreció un pedazo. Ambos comieron.

–¿Cómo te llamas?

–Badra.

–Sabes hablar. –El niño se rio–. Yo me llamo Jalil, aunque todos me conocen como Ratón. ¿Cuántos años tienes? –Ella se encogió de hombros–. Sabes hablar, pero te cuesta, ¿eh? Yo tengo ocho, así que tú debes de tener unos seis. ¿Cómo te has quedado sola? Mis padres murieron de una pestilencia que nos trajo un carretero de la costa. Vivíamos en una alquería del valle. Mi tío me dijo que no podía hacerse cargo de mí. Me trajo a Garnata y aquí me dejó el cabrón –hablaba con jovialidad, atropellando las palabras–. «Aquí hay muchos ricos. Pide en las calles», me dijo. Ya, muchos ricos... Llevo no sé cuántos meses en la calle. Ya he visto yo la piedad de los granadinos. Aquí cada día lo que hay son más pobres. –Hizo una pausa–. Tienes que andarte con cuidado. Hay muchos que utilizan a los niños para dar más lástima. Nos ponen a pedir y nos roban lo que nos dan. Y también hay gente muy mala. Tú no te acerques a nadie. –Observó el interior de la capilla y se arropó con la manta. Badra se revolvió, incómoda, incapaz de decir nada–. Aquí se está bien. Has sido lista. En los cementerios no te molesta nadie. Yo he estado muchas noches durmiendo en el de Badis, el que hay al lado de la mezquita. Desde el patio es fácil saltar y colarse. Pero aquí se está mejor. –Miró hacia fuera–. Vaya vistas. Ni el emir desde la Alhambra... –sonrió y se calló al fin.

Badra se relajó. Comprendió que no le haría daño y comenzó a sentirse reconfortada por la compañía. Pasaron varios minutos en silencio. Jalil el Ratón tiró de su lado de la manta, acercando a la niña hasta pegarla a su cuerpo. Luego la hizo tumbarse de costado y se echó detrás de ella. Ajustó la manta para cubrirlos bien a los dos y la abrazó por la cintura para que no se despegara.

–El calorcito nos vendrá bien –dijo, pero el frío era tan intenso que apenas sintieron alivio.

Badra lloró en silencio, conmovida. Enseguida el cansancio pudo con ella.

* * *

La muchacha repuso el picón de los braseros y se retiró. Moraima bordaba en el mirador, junto a una de las ventanas. Nawar pasó por el pasillo cargada con sábanas limpias y la esposa del sultán la llamó a su lado.

–Siéntate conmigo, Nawar. Me vendrá bien tu compañía.

La esclava tomó asiento.

–Hay nubes en tu mirada –le dijo a su ama.

–Qué bien me conoces... –Moraima sonrió, pero no pudo evitar que de sus ojos brillantes escapara una lágrima–. Estoy preocupada.

La intimidad y el reconocimiento de aquel sentimiento aliviaron a Nawar. En las últimas semanas había notado cierto distanciamiento. Temía haber provocado el rechazo de Moraima tras la confesión de su amor prohibido.

–Cuéntame –le pidió, en un ruego cargado de emoción.

–El visir ha vuelto de Córdoba. Los rumíes no ceden y han pedido las armas de los granadinos. ¿Lo puedes creer? Granada se va a levantar. Mi esposo dice que no, que todo está bien. Pero no soy tonta, y lo conozco. –Miró a Nawar a los ojos–. Él también tiene nubes en la mirada. Lo ve. Todo se complica. Y mi niño sigue en Moclín.

–Todavía no ha pasado. No te anticipes. Sabes bien cómo funcionan estas cosas, los tiras y aflojas, las diplomacias de los poderosos.

–Lo sé. El gran visir va a ir a Sevilla. Los mismos reyes están ahora allí para casar a una hija. Pero ¿crees que el estúpido de Ibn Kumasa va a conseguir algo? Al revés, diría; temo que lo empeore. No lo conoces. Es simple como una vaca. –La esclava se rio al pensar que él también estaba gordo como una vaca.

Nawar se puso en pie y se arrodilló junto a Moraima.

–No sufras todavía. Todo a su tiempo. –Cogió su mano derecha y la besó–. Confía en Dios. Para las cosas buenas siempre hay un camino...

Moraima la miró y asintió. Pensó en Atiya, el amor imposible de Nawar. «No siempre», se dijo.

Andarax, invierno de 1490

Sentado sobre los talones, frente a la chimenea, Kasim desayunó sus gachas con miel. El sol despuntaba sobre las cumbres nevadas.

–Me recuerdan a las de mi esposa –comentó–. Están muy buenas, Falak.

Habían pasado varias semanas. El hombre intentaba mostrarse cortés, aunque se mantenía alejado de ella. En su interior vivía una tensión constante entre la vida y la muerte que lo alejaba irremediablemente del mundo. Su dolor se había enquistado. Seguía palpitando en su pecho, pero ahora era una herida cicatrizada, que no sangraba. Había aprendido a convivir con ella.

–¿Cómo se llamaba? –preguntó la esclava.

Kasim la miró con mil noches de tormento brillando en los ojos. Falak agachó la cabeza. La joven conocía su historia. Otras esclavas la habían puesto al día en el mercado de la medina.

–Discúlpame, sidi.

Kasim suspiró, se puso en pie y se acercó a ella

–Vives conmigo y me haces la vida más fácil. Te estoy agradecido. –Se llevó la mano al pecho–. Sé que no es fácil tenerme por compañero. Lo siento.

Falak comprendió su disculpa. Kasim parecía reponerse, aunque de forma muy lenta. Lo sintió cercano. Una oleada de compasión la llevó a abrirse la túnica y mostrarle los pechos. Su respiración se agitó. Fue un acto impulsivo y enseguida pensó que no tenía que haberlo hecho. Sin embargo, el silencio de Kasim la animó a seguir. Había percibido sus miradas, el deseo que se esmeraba en ocultar. Mostró todo su cuerpo y el hombre se excitó. Ella lo tomó de la mano y tiró suavemente, pero él se derrumbó y comenzó a llorar. Falak quedó desconcertada.

–No puedo –soltó él entre hipidos–. Prima...

–Ya, ya. –La esclava lo acunó.

Pasaron así un buen rato, hasta que la fuente de Kasim pareció secarse.

–Gracias –balbuceó.

Se ató las botas y se puso el abrigo. Salió de casa apesadumbrado, aliviado por la llantera, pero turbado por el deseo contenido.

* * *

La sonora ventosidad despertó a Zoraya, que se revolvió en la cama y se quejó.

–Podías habértelo tirado fuera. ¿Qué comiste ayer?

El Zagal rio a carcajadas y agitó las mantas. La mujer saltó de la cama.

–¡Prefiero congelarme que seguir ahí dentro!

Estaba desnuda. Llevaba el vello rasurado y lucía tatuajes de alheña en las manos. El Zagal la siguió, también desnudo, y la abrazó. Tomó su mano derecha y la besó.

–Ya está casi borrado. ¿Crees que esto te protege?

Zoraya miró las caprichosas formas del tatuaje.

–Le estamos dando a tu esposa muchos motivos para odiarnos. No está de más invocar a la baraka.

–Mi esposa me odiaba antes incluso de casarme con ella. –Rio de nuevo.

Soltó a la joven y comenzó a vestirse. Aquella mañana tenía audiencia pública para impartir justicia. Zoraya también se vistió.

–¿Cuánto durará esto? –preguntó la conversa.

–No pienses en mañana, disfruta hoy. Tu cabecita siempre maquina y mira hacia donde es imposible ver.

El hombre había puesto en práctica sus palabras. La pérdida de poder lo había herido, pero lo había hecho más libre. Su carácter se había vuelto más jovial.

* * *

La audiencia se iba a celebrar a la entrada del oratorio. Cuando el Zagal llegó, ya había una larga fila de demandantes. Los testigos y los notarios tenían montados sus tenderetes y ofrecían sus servicios a los denunciantes. Cinco guardias custodiaban la jamuga del gobernador. Entre ellos se encontraba Kasim. El walí de Andarax se había habituado a él y solicitaba que lo acompañara siempre que le era posible.

La audiencia duró toda la mañana, hasta el llamado a la oración del mediodía. El walí oró y, a la salida, despidió a los guardias, salvo a Kasim.

–¿Mejor? ¿Más desahogado? –Le mostró una resplandeciente sonrisa.

El granadino comprendió al instante que el Zagal le había ordenado a Falak que lo sedujera. Enseguida respondió con una sonrisa en los labios.

–Mucho mejor. Gracias, sidi.

–Lo sabía. Necesitabas un revolcón, un vino bueno para quitarte el sabor del vinagre –se carcajeó–. Has sufrido mucho, y me siento responsable de tu dolor. Tienes que levantar la cabeza. No es bueno para un hombre vivir sin una mujer. –Kasim permaneció callado–. Todos hemos pasado nuestros tormentos... Tu cuerpo pide comida, y se la das. Tu cuerpo también pide desahogo, ¿por qué negárselo? –Le palmeó el hombro–. ¿A quién puede ofender que te alimentes? ¿A quién traicionas? –Abrió los brazos, demandando una respuesta.

–A nadie, sidi –respondió Kasim, pensativo.

–Pues alégrate por estar vivo, y celébralo. Recuerda a los caídos, pero no dejes que te arrastren a su agujero.

El Zagal se alejó en dirección a su palacete. Kasim se dirigió al patio de armas de la alcazaba para continuar con su instrucción. Las palabras del walí se habían clavado en su pecho. «Tal vez sea verdad, tal vez deba dejar de castigarme», se decía. Cumplió con

sus deberes; recibió clases de lucha y peleó con furia, descargando la rabia que se lo comía por dentro.

–Has progresado –le dijo el instructor.

Era la primera vez que recibía un reconocimiento a su esfuerzo. A pesar del frío, acabó sudando. Regresó a casa apresurado, con el corazón latiendo fuerte bajo la brigantina. Falak removía un guiso sobre la lumbre. Se acercó a ella y la hizo ponerse en pie. La miró a los ojos fijamente antes de hablar.

–Sé que te han dicho que te entregues a mí, pero no quiero tomar nada que no se me quiera dar. –Temblaba, nervioso y excitado–. No quiero que hagas nada que no sientas de verdad. No sería...

Falak lo interrumpió. Tomó su mano y la atrajo hacia su cadera. Luego lo besó en los labios y lo llevó hacia su colchón. Guardaron las palabras y se tomaron apresurados, en un desorden de ropas apenas deslizadas lo suficiente como para dejar sus sexos desnudos. La joven gimió, y él notó que estaba excitada. No tardó en culminar, y quedó tumbado bocarriba, sintiendo los espasmos del placer.

–Gracias –fue lo único que se le ocurrió decir.

Ella rio de forma queda y se levantó para limpiarse. Luego se desnudó por completo y comenzó a desvestirlo a él. Lo despojó de todas sus prendas y se echó a su lado, pegando su cuerpo al de él.

–Soy una mujer, y también tengo mis deseos. –Besó su hombro–. Nadie me ha tratado como tú.

Él respiraba agitado. Una imprecisa amargura nubló su mirada.

–No puedo ofrecerte mucho más que esto... Debes saberlo.

–Además de mujer, soy esclava. No soy una ingenua. Sé dar placer, y sé lo que puedo recibir a cambio.

Se quedaron en silencio. Falak salió de la cama, se vistió y dio una última vuelta al guiso antes de comenzar a servirlo. Kasim permaneció tumbado, recreándose en el hermoso cuerpo de la joven.

«No ofendo a nadie, no traiciono a nadie. Sólo alimentamos nuestros cuerpos».

Sevilla, invierno de 1490

Beatriz regresó a casa con el canasto vacío. Había conseguido vender todos los panes en las proximidades de la catedral. La zona se había convertido en una algarabía de peones albañiles, carpinteros y costureras que trabajaban sin descanso para embellecer las calles. Los andamios del cimborio, todavía en construcción, habían sido desmantelados. Sevilla se preparaba para la boda de la infanta Isabel con el infante de Portugal. Los embajadores estaban a punto de llegar con los poderes. Después de muchos años de enfrentamientos, Portugal se había convertido en un aliado firme para Castilla.

«Bien podía haber una boda real al mes. Así al menos la ciudad no olería a letrina», se decía Beatriz mientras caminaba resuelta por su barrio. En las principales calles se habían abierto fosas para que los vecinos vaciaran allí sus orinales. Antes de la boda serían tapadas.

Beatriz entró en la casa por la trastienda y oyó el murmullo de una conversación.

–¡Bea, hija, ven! ¡Te estamos esperando! –la llamó Francisca.

La joven negó y chascó la lengua. La visita que llevaba semanas temiendo había llegado al fin. Se adentró en la sala principal, donde José y Francisca permanecían sentados frente a José y su madre, María la Costurera. Sobre la mesa había un escuálido ramo de flores. A un codazo de la madre, José se puso en pie, cogió el ramo y se lo ofreció a la muchacha.

–Son para ti.

Beatriz las cogió y, sin dar las gracias, se sentó en la silla que quedaba libre.

–Hija, qué arisca eres –le dijo Francisca con una sonrisa incómoda–. Agradece por lo menos. Han venido a hablarte.

–Mi hijo tiene algo que decirte –tomó la palabra la Costurera–. El chiquillo está que no te quita de sus pensamientos. Los dos estáis

solteros y con la edad ya casi pasada... Bueno, que sea él quien lo diga.

José miró a Beatriz y forzó una sonrisa.

–Yo quería pedir tu mano, Beatriz, si tus padres dan su bendición.

Beatriz observó al muchacho. Vestía una chaquetilla de terciopelo demasiado gastada y corta por las mangas. Luego la joven miró a Francisca, que le dirigió una gélida mirada.

–Te lo agradezco con todo mi corazón, José –comenzó a decir–, pero no es mi momento todavía.

La sala quedó en silencio. María se puso colorada y finalmente rompió a hablar.

–¿Cómo que no es tu momento, chiquilla? Aclárate, angelito. –Su voz no podía disimular su enojo.

Francisca comenzó a murmurar para sí, como si rezara. Gonzalo parecía divertido con la escena. «Te lo dije», parecía decirle a su esposa.

–He servido a nuestros señores los reyes en la guerra de los moros –contestó Beatriz–. La guerra no ha terminado; no sabemos si van a demandar mi servicio una vez más. No puedo comprometerme hasta que cumpla con el mandato que Dios me impuso para limpiar mi alma de los pecados de mi familia.

El hornero tuvo que llevarse la mano a la boca para tapar su sonrisa. «Qué astuto es el jodido animalillo», pensó.

María la Costurera comprendió la negativa y reaccionó airada. Primero cogió a su hijo del brazo y se puso en pie con él. Se acercó a la muchacha y le arrebató las flores.

–Te hemos entendido muy bien. Crees que no es bueno para ti. –La mujer temblaba, profundamente ofendida–. Nos vamos. Ya nada tenemos que tratar.

–Ay, Dios mío, Virgen santísima. –Francisca hizo el amago de seguirlos–. Espera, María, compréndela. Ella sólo quiere servir bien a los reyes, y luego se casará.

Pero María y José salían ya por la puerta. Desde allí, antes de perderse por las calles del barrio viejo de los judíos, la mujer estalló en un arranque de ira.

–¡Esto pasa porque no tienes quien te gobierne bien! Pero, claro, ellos no son tus padres. A tus padres ya sabemos lo que les pasó. –Escupió al suelo–. ¡Ándate con cuidado, marrana!

Aquello fue el colmo para Gonzalo. Salió a la puerta y les gritó:

–¡Cuida tus palabras, vieja! Mi Bea tiene el apoyo de los canónigos del Salvador y de doña Juana de Mendoza. ¡No vuelvas por esta casa! –Escupió también al suelo mientras los veía perderse tras una esquina.

Cuando regresó al interior, se encontró de frente con Beatriz. Tenía los ojos brillantes y se abalanzó hacia él para darle un abrazo.

–Ay, qué desgracia –repitió tres veces Francisca, como si recitara una letanía–. Ruega a Dios para que siga la guerra.

Granada, invierno de 1490

El gran visir Ibn Kumasa permanecía en pie en la sala del Mexuar. Se frotaba las manos para entrar en calor. Llevaba puesto un grueso albornoz que marcaba la forma de su enorme barriga.

–La paz sea contigo –saludó al-Muleh a su espalda.

Al instante entró Boabdil, y los tres se sentaron en torno a uno de los braseros.

–Mawlana, prepárate para la lucha –anunció Ibn Kumasa con gesto sombrío. El visir al-Muleh resopló, temiéndose lo peor–. Nos han insultado. Menosprecian Garnata. Los reyes parecen demasiado ocupados con la boda como para recibir a tu primer ministro. Me mandaron a su secretario. –Hizo una pausa–. Buenas palabras, pero abusan de nosotros. No devolverán ni Alhendín ni Mondújar. Las consideran suyas.

–El Altísimo castigue a nuestros alcaides por lo que hicieron, pero se les entregaron libremente –intervino al-Muleh.

–Eso incumple nuestros acuerdos. –Ibn Kumasa miró al visir y secretario con dureza–. Si no nos han respetado en eso, ¿qué podemos esperar de ahora en adelante?

Boabdil, apesadumbrado, se dirigió a su gran visir:

–¿Y las armas?

–Tampoco ceden en eso. –Ibn Kumasa había elevado el tono de voz–. ¿Qué harán los granadinos cuando les pidamos sus armas? –Dejó la pregunta en suspenso unos segundos–. ¡Es una locura, un llamamiento a la rebelión! –acabó gritando con el rostro congestionado por la cólera.

–¿Qué has hecho? –le preguntó al-Muleh–. ¿Cómo ha terminado la embajada?

–Me fui antes de que siguieran insultándonos.

El visir de la Pluma negó lentamente. Boabdil los miraba a ambos y se mantenía en silencio. Había aprendido a ser cauto con lo que decía en público.

–Romper la negociación es condenarnos –respondió al-Muleh. Mostró un pliego en alto–. Esto ha llegado a Granada antes que tú. Es una carta personal de Hernando de Zafra. Me avisa de que has sido exigente en las peticiones, incluidas las tuyas propias; que te has mostrado airado y falto de comprensión, que no pueden ceder Alhendín ni Mondújar porque las necesitan para ayudarnos, pero que compensarán con creces a mawlana.

Ibn Kumasa lo señaló, acusador, y apretó los labios antes de hablar.

–Por estas cosas nadie se fía de ti, por estas cosas me han mandado a mí a Sevilla. Te llaman amigo de los rumíes. ¿Qué recibes tú a cambio de esa amistad?

–Yo sólo velo por el interés de Garnata. No pido nada para mí. Has roto la negociación por ambición –se calló un «estúpido»–. Hernando de Zafra nos deja la puerta abierta. Puede ser nuestra última oportunidad.

Ambos ministros miraron a Boabdil. Ibn Kumasa intervino de nuevo.

–Los hechos están claros, mawlana. Retienen los castillos y exigen las armas. Sobre esa base, ¿qué negociación cabe? Sí, he pedido para mí –miró de soslayo a al-Muleh–, pero sobre todo he pedido para ti, sidi, y para Garnata. Si no sacamos los dientes a tiempo, seguirán abusando. Pensadlo. No es necesario llegar a la guerra. No les interesa. Si nos mostramos firmes, cumplirán con lo acordado.

–¿Crees que esto es un juego? –le preguntó el visir de la Pluma.

–Todo en la vida es un juego. Mantente firme, mawlana, y te aseguro que serán ellos los que vendrán a retomar la negociación.

–Es un riesgo demasiado alto.

Con gestos pausados, el emir se puso en pie. Parecía que todo el peso del mundo descansara sobre sus hombros.

–La situación se complica –dijo antes de retirarse–. Granada merece más, pero no sé si nos conviene provocarlos.

Se alejó arrastrando los pies. Ibn Kumasa se acercó a al-Muleh y tomó la carta en un arrebato de ira.

–Amigo de los rumíes –le soltó con ira.

* * *

Boabdil entró en su palacio. Su madre lo esperaba.

–Ahora no, madre.

Se perdió en dirección a los baños del Emir. Se desvistió y se ató la futa a la cintura. Se sentó en un banco de la sala templada. Su corazón latía acelerado y una imprecisa tensión se instaló en su nuca. Sintió que le faltaba el aire y tuvo que estirar los brazos para liberar sus pulmones de la presión.

Oyó pasos que se acercaban y procuró recomponerse.

–Mawlana, ¿puedo acompañarte?

El faquí al-Pequeñí apareció vestido con una túnica ligera. El mozo de los baños entró tras él, derramó un caldero de agua en el suelo y

desapareció en dirección al vestíbulo. Las vaharadas de vapor llenaron la estancia.

–Eres muy oportuno, amigo. Te necesitaba. –Boabdil suspiró. Sabía que su madre lo había enviado en su busca–. Tiempos oscuros...

–Cuéntame y te ayudaré con mi consejo, con la ayuda de Alá.

Boabdil le explicó todo lo que se había hablado en el Mexuar. Cuando hubo terminado, comenzó a expresar sus dudas con ansiedad.

–No sé qué debo hacer. Firmé un acuerdo, pero lo están incumpliendo. Debo mostrarme firme, pero no tengo poder para plantarles cara. –Lloró–. También está mi pueblo... Cada día son más los que me presionan para que tome las armas. ¿Tan ciegos están? Estamos solos, nadie vendrá a ayudarnos.

El viejo faquí respiró profundamente.

–Tu gran visir tiene razón en algo: si sacas los dientes, no creo que haya guerra. No les interesa el asedio. Tal vez sea necesario entrar en ese juego.

–¿Y si no ceden? –Su voz se había impregnado de desesperación.

–Si van a la guerra, pelea. Cuando llegue el momento de capitular, el pueblo lo aceptará mejor, y los rumíes estarán dispuestos a darte más. –Boabdil asintió, aunque su rostro seguía reflejando angustia–. El fin será el mismo, pero la negociación será diferente. Si te dejas pisar dos veces, habrá una tercera –remató.

«La guerra me reconciliaría con mi pueblo, pero ¿y Moraima?, ¿y mi hijo Ahmed?», se preguntó Boabdil.

–Gracias, Pequeñí. Es un consejo sabio. Por ahora, dejaré las cosas como están. No les mandaré más embajadas. –Se puso en pie.

El faquí inclinó la cabeza y se retiró. Boabdil se vistió y salió al patio. Moraima lo esperaba ansiosa en la sala de la Miel.

–Dime, Boabdil, te lo suplico.

El emir apretó los labios.

–No hay avances, pero todo va como debe. No te inquietes, esposa.

Caminó hacia su alcoba para descansar, para aislarse del mundo.

«Te esfuerzas por sonreír, Zogoibi, pero conozco tus miradas. Estás a punto de venirte abajo o de alzarte con ira. Así eres tú, esposo, una veleta que se mueve con el viento hacia direcciones opuestas. Alá nos proteja».

Los guardias golpearon la puerta y la desencajaron de sus goznes. Irrumpieron en la casa gritando. En el patio central, junto a la alberca, los esperaba una mujer con un niño de la mano. Una niña, al fondo del patio, observaba la escena en silencio.

–¡Corre! ¡Vete! –le gritó la madre, desesperada.

El niño y la madre comenzaron a sangrar desde la cabeza y cayeron desplomados al suelo sin que ningún arma los hubiera rozado. La niña obedeció y se escabulló hacia las escaleras que llevaban a la planta superior de la vivienda. Los guardias acuchillaron los cuerpos caídos y corrieron tras la pequeña.

Se escucharon más gritos en el interior de la vivienda, que se sumaron a los cientos que se alzaban al cielo por todo el barrio...

–¡Corre! –gritó Boabdil mientras se incorporaba en el lecho.

Tenía la frente perlada de sudor y respiraba con ansiedad. Hacía semanas que no tenía pesadillas sobre la matanza del Albaicín, pero la inquietud por los últimos sucesos las había traído de vuelta. Una esclava acudió a la alcoba, alertada por su grito.

–Nada, nada –aclaró el emir–. Un mal sueño. Tráeme vino.

La joven regresó con una jarra y una copa. Boabdil bebió a grandes tragos. Se levantó y se abrigó con un albornoz. Atravesó la sala de la Miel bajo la mirada atenta de Moraima, que bordaba junto a un brasero. Salió al patio del Riyad y agradeció el aire frío. Contempló los leones de la fuente, impasibles, derramando agua a

través de sus bocas. «Representan nuestra grandeza», recordó las palabras de su padre.

El emir se dirigió hacia la puerta de la rauda. Paseó por los jardines del cementerio, entre las lápidas talladas con suras del Corán y alabanzas a los muertos. El espacio estaba presidido por un alto mausoleo abierto. Boabdil se sentó en un banco de piedra y comenzó a llorar.

–Maldito seas, padre –dijo con voz queda–. Aquí deberían estar tus restos, no en Mondújar. Qué ironía... Ahora tu tumba está en manos de los rumíes. Allí te fuiste para huir de lo que tú mismo provocaste. –Secó las lágrimas de sus mejillas. Las palabras, soltadas al aire solitario de la rauda, parecían reconfortarlo–. Que las cecas de donde salen las parias fabriquen puntas de lanza –simuló la voz de Muley Hacén–. Te creíste fuerte para plantar cara a Castilla. Iluso. Estúpido –se envalentonó–. Mira a dónde nos has llevado. Creías que el turco nos iba a ayudar, creías que su flota vendría para apoyar a Granada... –Apretó la boca y negó con la cabeza–. No le interesamos a nadie. Los granadinos estamos solos. Prendiste el fuego, pero enseguida te fuiste, y me dejaste a mí frente al incendio. Maldito seas, padre... –Volvió el llanto–. Nunca me quisiste. Debes de estar riéndote de mí. Inútil... –trató de simular su voz–. Oigo tus desprecios, los tengo clavados aquí. –Se tocó la sien–. Tú quisiste hacerme débil. Nunca tuviste una palabra amable para mí. Te buscaste una nueva esposa para engendrar a otro que pudiera sucederte. Pero aquí estoy, aunque te pese, por encima de tus otros hijos y de tu hermano. Aquí estoy, gobernando Garnata.

«Y condenado a rendirla», añadió en sus pensamientos.

* * *

Jalil el Ratón se puso en pie y avanzó varios pasos para contemplar la marea de hombres que corrían hacia la puerta del Molino.

–... No caeremos.

–¡Lucharemos!

–*Allahu Akbar!*

Decenas de voces se atropellaban mientras los granadinos buscaban las puertas que daban a las eras. El niño regresó junto a Badra y la animó a seguirlo.

–Vamos, corre. Hay jaleo. Allí podremos pillar algo.

El Ratón agarró de la mano a la chiquilla y se introdujo con ella en el bullicio.

–No te separes de mí –le iba diciendo. Badra se dejaba llevar.

Los hombres ocuparon las eras más cercanas a la muralla y allí se apiñaron hasta conformar un nutrido grupo de vociferantes enfurecidos.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó Badra a su amigo.

–Yo qué sé. Tú sígueme.

Los niños avanzaron entre la muchedumbre. Jalil dirigió sus pasos hacia el grupo más exaltado. Soltó la mano de Badra y ésta observó impasible cómo se acercaba a un joven que llevaba una bolsa de lino atada a la cintura. El niño extrajo una pequeña navaja, agarró la bolsa y cortó el cordel. Enseguida tomó la mano de la niña y tiró de ella. Ambos se perdieron de su vista.

Poco a poco, los gritos se acompasaron y corearon una misma consigna:

–¡Garnata resistirá!

Una y otra vez elevaban la voz por encima de las murallas, como si quisieran hacerla llegar hasta la Alhambra. Las tres puertas que daban a las eras seguían arrojando vecinos de la medina y, desde el norte, a través de la puerta de Elvira, se les unían los del Albaicín y la alcazaba Cadima.

Cerca de la puerta del Molino, Jalil detuvo su carrera y abrió la bolsa.

–No hay más que pobres en Granada –dijo apesadumbrado–. Bueno, para algo nos dará.

Retomaron la marcha a contracorriente. Varios guardias a caballo salieron de la ciudad y se repartieron a lo largo de la muralla. Vacilaban. No sabían exactamente lo que debían hacer. Sobre un alazán ricamente enjaezado, un hombre irrumpió en el escenario y observó a los congregados. Lucía un turbante de seda con pedrería.

Los más cercanos a él comenzaron a cuchichear y enseguida se corrió la voz.

–¡Muza! ¡Muza!

El visir de la Espada se sintió complacido, pero se limitó a observar la escena.

–¡Dirígenos! –gritó un hombre con el puño en alto.

Antes de que aquella voz se convirtiera en un clamor general, Muza tomó las riendas de su caballo y le hizo darse la vuelta para entrar de nuevo en la ciudad.

–Vigilad, pero no intervengáis –le ordenó a un capitán.

«A ver qué hace ahora el Zogoibi, a ver cómo detiene esta marea», se dijo satisfecho mientras tomaba la calle del Molino.

Los niños callejearon hasta dar con la plaza de bib-Rambla. Jalil buscó entre los puestos del mercado. Enseguida se encontró con un rostro conocido.

–Hoy no me pidas nada, nene. Mira, todo sin vender. –El tendero señaló sus productos, amontonados sobre una tabla.

Jalil abrió la mano y le mostró sus dírhems de cobre.

–¡Pero bueno! Hoy vienes como un sidi –se carcajeó. Luego bajó la voz–. No te voy a preguntar de dónde lo has sacado. Tampoco me importa. Hay que buscarse la vida, ¿no? –Le guiñó un ojo–. Voy a ver qué te puedo dar por eso.

El hombre seleccionó una pasta de higos, un canastillo de dátiles y un pequeño pastel de carne de pichón con almendras. Jalil no replicó, aunque esperaba algo más.

–Hijo, las monedas ya no valen lo que antes. –Cogió un pedazo de tela e hizo un hatillo con todo. En un arrebato, como si luchara

consigo mismo, agarró dos bollitos de pan de mijo y los añadió al conjunto–. Anda, esto de mi parte. Ten cuidado, no lo vayas enseñando, que hay mucho hijo de puta por ahí suelto. –Jalil no le dio las gracias, pero su sonrisa conmovió al tendero–. Y tu amiga, ¿quién es?

–Se llama Badra. Va conmigo –dijo por toda explicación.

–Ay, granujilla, qué pronto empiezas con las novias. –Rio–. Raciónalo. Ve con Alá –le dijo al niño mientras éste se alejaba con su amiga de la mano.

–Tenemos para un par de días –comentó el Ratón con aire jovial.

Los niños se dirigieron hacia la ribera del Darro. Se sentaron junto a uno de los puentes, al sol, y allí abrieron el hatillo y tomaron varios dátiles. Badra soltó una risita nerviosa y Jalil comprendió que se había puesto de buen humor.

–Están ricos, ¿verdad? Tú sigue conmigo, que no te va a ir mal.

Pasado un rato, oyeron un eco lejano de voces que se acercaban. Los manifestantes de las eras habían entrado en la ciudad. Los alrededores comenzaron a llenarse de gente. Un hombre apareció en la ribera, desorientado. Los miró y se dirigió hacia ellos dibujando una sonrisa en sus facciones.

–Levanta, vamos –le dijo el Ratón a Badra.

Los niños reaccionaron a tiempo y lo dejaron atrás. Se alejaron del río y se adentraron en el entramado de calles de la alcazaba Cadima.

–Te lo he dicho, Badra. Tienes que estar despierta. Hay mucho malo en la calle.

Andarax, invierno de 1490

Kasim se quedó tumbado bocarriba. Sus piernas todavía hormigueaban de placer. Falak, a su lado, se hizo un ovillo y se tapó con las mantas. El hombre giró la cabeza hacia ella.

–¿Tú disfrutas? –le preguntó.

La noche se había cerrado y en la chimenea crepitaban los últimos leños de la hoguera. La mujer le devolvió la mirada.

–No sé a qué te refieres. Claro que disfruto.

Kasim se incorporó sobre un codo.

–Me refiero a si sientes... el placer intenso. –No sabía cómo expresarlo.

Falak entornó los ojos y se quedó pensativa. Kasim comprendió que nunca había sentido un orgasmo. La atrajo hacia sí y echó su cabeza sobre su brazo. La mano que tenía libre la destapó y descendió lentamente hacia su pelvis.

–Tienes la mano fría –dijo sonriente la joven.

–Aguarda. –La besó en la frente y siguió su camino.

–¿Qué pretendes hacer? –Incrédula, Falak encogió las piernas.

Él las volvió a estirar con delicadeza, la besó de nuevo y le susurró al oído:

–Confía en mí.

Besó su boca y dejó los labios posados en los de ella. Percibía su respiración agitada. Aquel juego era nuevo para ella.

–Ay –gimió cuando los dedos de él comenzaron a acariciarla.

El placer no tardó en llegar, y Falak empezó a mover la cadera para acompañar los movimientos de la mano.

–¡Ay! –Esta vez gritó sin recato–. ¡Ay! –insistió, hasta quedar en manos de su propio goce. Miraba al techo desconcertada–. ¿Qué ha sido eso?

–Eso es de lo que te hablaba. –Kasim sonrió–. Mi esposa me enseñó a amarla. Disfrutaba a la par que yo. Aprendimos juntos este juego. –Sus ojos brillaron.

–Gracias –dijo Falak, y al instante se reprochó lo estúpida que había sonado.

–Quédate en mi cama. –Un atisbo de culpa lo acosó, y le recordó a la mujer los límites de su relación.

–Lo sé. No te pediré más.

Kasim se tapó con las mantas y le dio la espalda.

–Gracias –volvió a decirle Falak, esta vez con más seguridad, mientras lo abrazaba.

* * *

El Zagal se tapó con su albornoz y se sentó de nuevo ante el ajedrez. Zoraya se vistió con una túnica de lana y se sentó frente a él.

–Tengo la partida ganada.

–Lo sé –contestó el walí–. Ya he tenido suerte en el amor, no espero tenerla también en el juego. –Agarró el rey y lo tumbó sobre el tablero.

Zoraya se puso en pie y se sirvió vino.

–Sabes que, si pudiera, tu mujer me mataría. Esta mañana me la he cruzado en la alcazaba y me ha fulminado con los ojos. –Alzó la mano y mostró un tatuaje de alheña recién hecho–. Y me preguntas que por qué hago esto...

–Mi pobre esposa no tiene poder ni para aojarte. Es una desgraciada.

–No hables así de ella. Me da pena.

–La dejo ser libre. No sé qué más quiere –contestó el Zagal con enojo.

–La libertad de una mujer no es igual a la de un hombre.

–Cuando se casó conmigo estaba encantada, y sabía a lo que iba. –Miró a su amante, a la viuda de su hermano–. No me ha dado un heredero.

Zoraya recordó a sus propios hijos, a los que el Zagal podía adoptar. Bebió el resto de su vino y cambió de tema.

–Ya ha pasado algún tiempo. ¿Estás contento con tu hacienda?

–Esto sigue siendo el culo del mundo, pero deja buenas rentas. El negocio de la seda es rico, y las tierras son buenas. Los reyes son astutos, me dieron una tierra rica, pero lejos –se rio–. Los recaudadores hicieron ronda hace dos días. –Endureció el semblante–. Trajeron quejas de algunos. Me preocupa.

–¿De qué se quejaron? No has subido los impuestos.

El Zagal miró el fuego y habló con rencor.

–Querían pagar los impuestos a otro –fue todo lo que dijo.

Las tornas parecían cambiarse. Boabdil, el que había firmado hacía años la entrega de Granada, ahora parecía representar la única posibilidad de resistencia.

–¿Temes rebeliones? –preguntó la mujer con voz suave.

–No creo que llegue a eso, pero no estoy tranquilo. No puedo fiarme de nadie.

–Salvo de ese guardia –remató Zoraya con tono jocoso.

–Kasim. –El hombre rio–. Sí, me gusta tenerlo a mi lado. Es el único hombre de fiar que tengo cerca. De los alpujarreños puedo esperar cualquier cosa. –Comenzó a recolocar las figuras del ajedrez–. Anda, sírveme vino a mí también, y siéntate. Jugaremos otra partida.

Granada, invierno de 1490

–Mawlana, la paz sea contigo. ¿Permiso?

Boabdil observaba el enorme estanque del palacio de Comares. Salió de su estado de abstracción y miró a su visir de la Espada.

–Paz, Muza –respondió, distraído.

–La gente ya se ha dispersado. No ha habido altercados graves. Algún avispado ha asaltado algún puesto del mercado, pero los guardias han sabido poner orden.

Boabdil le dio la espalda y volvió a contemplar la alberca.

–¿Qué pedían?

–Piden resistencia, sidi. Quieren mantener su independencia.

–Es fácil pedir... ¿Están dispuestos a asumir el coste?

Muza midió sus palabras antes de soltarlas.

–Mawlana, negociar la entrega también tiene costes.

Boabdil se encaró con él.

–Sé lo que opinas. Pero no llevaré a mi pueblo a una guerra con Castilla sin haber agotado todas las posibilidades. Sería una sangría. Me he plantado. No volveré a enviar embajadas. Pero, cuando ellos den un paso, no dudaré en retomar la negociación. –Lo miró fijamente, hasta que consiguió su asentimiento.

–Sidi, si empezáramos una guerra, otros musulmanes...

–No sigas por ahí. –Boabdil lo cortó con el rostro congestionado por la ira–. Pensar así llevó a mi padre a iniciar esta guerra, y todavía no hemos recibido ayuda.

–Mis disculpas, mawlana –cedió el visir de la Espada.

–El único que pierde aquí soy yo. Nunca juzgues al que se sacrifica por su pueblo, por muy difíciles que sean sus decisiones.

Muza se retiró con actitud sumisa. Moraima, que había estado espiando desde la puerta que daba al patio, se acercó a Boabdil.

–Esposo...

–Ahora no, Moraima.

Tenía lágrimas en las mejillas.

–Te lo ruego, como esposa y como madre. No cedas...

–¡Ahora no!

Moraima sollozó y echó a correr hacia el palacio del Riyad. Boabdil sintió una fuerte presión en la nuca y tuvo que sentarse en el suelo.

«¿Cuánto tiempo podré seguir soportando este peso?».

* * *

Muza llegó a la alcazaba de la Alhambra caminando a paso ligero. Buscó a su hombre de confianza y lo halló saliendo de los baños.

–Es nuestra hora –soltó a bocajarro–. Reúne hombres, no te será difícil.

–¿Guardias? –preguntó el capitán.

–Algunos, pero pocos. Quiero que sea una acción del pueblo. Si no tienen armas, provéelos. No tengas dudas, yo respondo por ti.

El capitán asintió y meditó un instante.

–¿Alhendín? –Aquella fortaleza cercana a Granada podría ser un buen objetivo.

–Está bien defendida. –Muza negó y se rascó la barba–. Padul. La tienen desde antes y está más descuidada.

–Sea Padul, visir. ¿Cuándo?

–Ayer, amigo, ayer. –El capitán sonrió y se dispuso a marcharse de inmediato para movilizar a sus fieles–. El Altísimo nos ayude.

* * *

Los hombres llamaron a la puerta varias veces. Reduán tardó en salir.

–La paz sea con vosotros. ¿Qué os trae a mi casa, vecinos?

–La paz sea contigo, maestro –habló uno de ellos–. Verás..., siguen llegando familias. –Las recientes conquistas habían desplazado a cientos de personas–. El barrio está abarrotado. Se han ido instalando como han podido. Todos nosotros tenemos a alguien en casa.

–Ya –lo interrumpió Reduán–. Tranquilos, no tenéis que darme más explicaciones. Vivo solo, y en mi casa hay sitio.

–Sabíamos que serías generoso, maestro.

–Sólo pido una cosa. Tengo ya mis años, y mis rarezas. Que se instalen en la planta de arriba y dejadme a mí en la de abajo.

–Podemos convertir la planta de arriba en almacería. Cerramos el hueco de la escalera y hacemos una escalera por fuera. Sólo habría que ampliar esa ventana para convertirla en puerta. –Señaló una de las ventanas del piso superior.

–Haced lo que sea preciso. Yo, con un camastro, una lumbre y un atril podré apañarme. –Reduán sonrió.

–Gracias, maestro. Mañana vendremos para arreglarlo todo.

Los hombres se fueron. Reduán entró en su casa y se refugió en sus libros. Eligió un tratado poético y se sentó frente a su atril. Sin embargo, no pudo concentrarse en la lectura. «¿Qué será de nosotros? Nos apiñamos, acorralados, y los ánimos se encienden».

Sevilla, invierno de 1490

Los peones que trabajaban en la construcción del matadero compraron todos los panes que Beatriz llevaba en su canasto.

–Si vendes también carne, te la compro –soltó uno entre carcajadas.

Los demás le rieron la gracia. Beatriz estaba acostumbrada a escuchar propuestas como aquélla. Era joven, pero ya sabía que aquellos ladridos no albergaban peligro. Los perros a los que debía temer eran los silenciosos.

–¡Un peón como tú no tendría dinero para pagar la calidad de esta carne!

A su voz siguió un estallido de risas.

–¡Qué bien te conoce, Pedrico! –le dijo al bravucón uno de sus compañeros.

Beatriz sabía manejar a aquel tipo de hombres. La puerta de la Judería estaba custodiada por dos guardias que conversaban distraídos. Antes de acercarse a ella, la joven divisó un grupo de cuatro muchachos.

–¡Vaya por Dios! ¡La marrana! –exclamó el cabecilla.

El corazón de la joven se aceleró.

–¡Hombre, José! Aquí se te suelta la lengua, ¿no? –simuló confianza y apretó el paso–. Teníais que haberlo visto tartamudeando como un pajarillo.

–¿Dónde vas tan rápido? ¿Es que me tienes miedo? –José echó a andar tras ella y sus amigos lo siguieron–. Tengo algo que decirte...

Beatriz ni siquiera volvió la cabeza y siguió caminando a paso ligero.

–¡Déjame ya, que voy tarde! –gritó con más fuerza de la necesaria.

Los guardias de la puerta, alertados, se interesaron por la escena y dieron dos pasos hacia delante. José se detuvo.

–Adiós, liebre. Corre a tu madriguera.

Beatriz atravesó la puerta y se internó en su barrio.

«Ahí está el José que recuerdo», pensó.

Granada, marzo de 1490

La plaza de bib-Rambla acogió a los voluntarios. De todos los barrios y arrabales de Garnata salieron hombres con sus armas al hombro. Muchos llevaban ballestas o lanzas, pero también los había armados con sencillos aperos del campo. Un capitán del ejército nazarí intentaba organizarlos y mantenerlos en silencio.

El sol no se había asomado todavía sobre el monte Sulayr y el frío era intenso.

–Ya somos más de doscientos –comentó el capitán con dos soldados–. Pronto partiremos con los que tengamos.

Siguieron llegando hombres y la plaza se llenó. La claridad del sol comenzó a vislumbrarse por el este y sonaron las voces de tres muecines llamando a la oración. El capitán montó su caballo e inició la marcha hacia el puente del Álamo. La escuadra atravesó el río Darro y continuó por la medina hasta llegar a la explanada de la puerta de los Ladrilleros. Salieron de la ciudad por aquel extremo y tomaron el camino que llevaba al puente del Genil. La mayoría iba a pie. Marchaban animados, sintiéndose dueños de su destino. Cantaban canciones populares, se hacían bromas y reafirmaban su fe recitando suras del Corán en voz alta. A la altura de Alhendín se desviaron hacia el este para evitar toparse con escuchas rumíes. Padul estaba más al sur, a la entrada del valle de Lecrín. Quedaban horas de marcha, pero llegarían antes del mediodía.

–¡Caeremos sobre la torre como una tormenta! –gritó el capitán, enardecido.

–*Allahu Akbar!* –contestaron a coro los improvisados guerreros, que marchaban seguros de su victoria.

* * *

–¡No puedo creerlo! –Boabdil gritaba mientras avanzaba a paso ligero por los patios de los palacios. Su visir de la Espada lo seguía–. ¿Quién ha dado esa orden? ¿Cómo se han atrevido a dar este paso? –Soltó un puntapié contra un hermoso jarrón de cerámica vidriada, que cayó y se partió en dos–. ¡El emir soy yo!

Los guardias se tensaron, pero Muza los tranquilizó con un movimiento de la mano. Boabdil entró en el salón del trono y, en su centro, detuvo sus pasos y se giró hacia el visir. Lo señaló acusador, haciéndolo responsable.

–Sé que te alegras. Querías la guerra, querías condenar a Granada a esta lucha.

Muza se arrodilló y abrió los brazos.

–Aquí me tienes, mawlana. Soy tu siervo. Si crees que no te sirvo bien, dispón de mi vida o de mi cargo como mejor estimes. –Mantuvo la cabeza alta.

Boabdil pareció relajarse. Respiró hondo y apretó los puños.

–¡Levántate, estúpido! –ordenó, colérico–. Yo soy el emir. Recuérdalo. –Se llevó la mano a la frente. Sabía que necesitaba a Muza para dirigir sus ejércitos. No había otro qaid como él en todo el emirato.

–Ordena y yo ejecutaré. –El visir mantuvo la compostura–. Expreso mi opinión en el Mexuar, pero no contravengo tus decisiones.

Boabdil lo miró a los ojos y suspiró.

–Lo sé, lo sé. Temo más a los que callan. –Recuperó la serenidad–. Lo que ha ocurrido es grave. Me obligan a tomar una decisión difícil.

–Mawlana, da las gracias al Compasivo. Los rebeldes tenían dos opciones: atacar a los rumíes o atacarte a ti.

El emir comprendió sus palabras. Tenía razón. Garnata era un pueblo difícil de gobernar que no temblaba cuando tenía que derrocar a un emir.

–¿Cuál es tu consejo, visir?

Muza meditó un instante.

–Si te desvinculas del ataque, el pueblo acabará por atacarte a ti. No hay ejército suficiente en la Alhambra para frenar a los rebeldes. –Boabdil asintió–. En cambio, si los apoyas, te los ganarás, y podrás utilizar su fuerza contra los rumíes. Castilla comprenderá que tomar Granada por la fuerza le saldría caro, y estará más predispuesta a ceder. –Hizo un breve silencio para dejar que sus palabras calaran–. Tal vez sea el momento de rugir para que te respeten.

Boabdil el Zogoibi, el inconstante, sintió que el corazón le quemaba en el pecho.

–Malditos sean los rebeldes, malditos los rumíes, y maldito tú –remató.

La decisión estaba tomada.

* * *

–¡Corre! Ármate y sal corriendo. Que Muza te acompañe.

Fátima, acalorada, gritaba sus consejos. Los jardines del Partal se inundaron con su voz. El emir volvió la cabeza hacia ella.

–Madre, ¿es que no me ves?

Dos esclavas abrochaban las correas de su brigantina. Sus brazos y piernas estaban protegidos por placas de metal. Un escudero sujetaba la celada. El gran visir Ibn Kumasa y los visires de la Pluma y de la Espada asistían a la ceremonia con actitud solemne. Nadie osó hablar, aunque todos percibieron el disgusto del visir al-Muleh. De cerca llegaba el ruido del trajín de los soldados.

–¿Qué ha pasado? ¿Qué hacéis aquí? –Moraima irrumpió en el escenario con el rostro desencajado. Llevaba el cabello cubierto por un pañuelo de seda. Todos callaron para que fuera el propio emir el que respondiera.

–Voy a Padul al frente de una escuadra. –No la miró.

–¿Guerra? ¿Ahora estamos en guerra con los rumíes? –El tono de su voz manifestaba su ansiedad–. ¿Por qué? ¿Y las negociaciones?

¿No estaba todo hecho? –Cien preguntas se acrisolaban en su pecho y salían a borbotones por su boca.

–Esposa –le dijo Boabdil con los dientes apretados–. Ha sido el pueblo el que ha tomado la iniciativa, y es mi deber como emir acudir a apoyarlo.

–¿Es el pueblo el que gobierna? –Su pecho comenzó a inflamarse rítmicamente–. ¿Ellos toman las decisiones y tú vas detrás de ellos? ¡Mírame a la cara!

El emir miró a su madre, que comprendió al instante. Fátima llamó a dos guardias y se acercó a Moraima.

–¡Dejadme! –Los guardias la cogieron por los brazos–. ¿Y mi niño? ¿Y el hijo del emir? ¿A nadie le importa? –Comenzaron a llevársela, seguidos de cerca por Fátima–. ¡Lo sabía, sabía que lo estabais planeando! –Cayó al suelo rendida, desmadejada, y los hombres la alzaron y se la llevaron en volandas.

Fátima apretó el paso y se puso a su altura.

–Ya basta, chiquilla. No entiendes nada –le dijo con tono seco. Moraima lloraba–. Ahora lo mejor es ponerse del lado de esos locos, ¿no lo ves? Podrían alzarse contra nosotros. Ya llegará el tiempo de volver a negociar...

–¡Mentira! –gritó con todas sus fuerzas la esposa del emir.

Fátima dio dos pasos y la abofeteó. Su mejilla quedó señalada. Moraima cesó su llanto y la miró, desafiante.

–Te odio. Os odio a todos.

La madre de Boabdil hizo una señal con la cabeza y los guardias se la llevaron a rastras. Regresó al Partal a tiempo de ver a su hijo.

Boabdil sudaba, nervioso. Muza se acercó a él.

–Firmeza, mawlana –le susurró.

Ambos montaron sus caballos y tomaron los caminos que llevaban a la explanada de la puerta de los Pozos, en el flanco sur de la Alhambra.

–El Altísimo nos dé la victoria... y nos perdone por llevar a nuestro pueblo a la guerra –pronunció Boabdil mientras atravesaba el puente del Genil, a las afueras de la ciudad.

* * *

–¡Emir! ¡Emir!

Una algarabía dio la bienvenida a Boabdil y a su ejército. Las placas de su armadura y los remaches de su brigantina refulgían al sol del mediodía. Los voluntarios enarbolaron sus armas y loaron a Dios.

–Haces lo correcto –le dijo Muza, que cabalgaba a su vera–. Éste es tu pueblo, y hoy se siente orgulloso de ti.

Boabdil sacó pecho y se adelantó.

–¡Antes de que caiga la tarde esta torre será nuestra! –les gritó.

Los voluntarios habían tomado la alquería y rodeaban la torre, en la que se apiñaban los defensores. Al pie de la antigua mezquita yacía una cruz de madera, que había sido arrancada del tejado de la sala de oración. Sonaron atabales, cuyos ecos golpearon los muros de tapial de la torre, se colaron por las ventanas y multiplicaron su efecto aterrador en el interior de la construcción.

Varios peones descargaron la artillería de los carros. Muza había ordenado transportar dos ribadoquines. Los defensores se pusieron nerviosos y se asomaron por encima del almenado para disparar sus ballestas. Los dardos se clavaron en el suelo, a varios pasos de los artilleros.

–Apuntad arriba, a la azotea –ordenó Muza.

En cuanto estuvieron montados, los ribadoquines comenzaron a disparar. Los dos primeros tiros desmantelaron una de las almenas. La segunda tanda de disparos impactó cerca de la ventana que tenían a la vista. Al estruendo siguió un alboroto de gritos y carreras por las escaleras del interior.

–Ahora a la puerta. –El visir de la Espada se giró hacia el emir, que seguía el desarrollo del asedio montado en su caballo–. Está hecho –

le comentó.

Dos nuevos estallidos, seguidos de sendas nubes de humo, y la madera de la puerta cedió, reventada en mil astillas. Detrás de ella había un castellano, que recibió una de las balas en el pecho. El suelo de la entrada se cubrió de sangre.

–¡No hay salida!

–¡Estamos perdidos!

En la confusión que siguió, tres rumíes salieron de la torre y echaron a correr por los campos aledaños. Fueron interceptados. Sobre la azotea asomó una lanza con una camisa blanca atada a su extremo.

–*Allahu Akbar!* –gritaron los mahometanos.

Boabdil sintió el corazón brincar en su pecho. Se sintió poderoso, como si fuera capaz de vencer las tormentas que horas antes acosaban su espíritu.

–¡Sólo Dios es vencedor! –gritó eufórico.

* * *

Sentada en su jamuga, Moraima perdía la vista en un punto impreciso del suelo. Tenía los cabellos enmarañados y sus manos aferraban con fuerza dos mechones de su propio pelo. Su túnica tenía el escote abierto y mostraba algunos desgarros. El sol caía sobre las sierras de la frontera y la luz comenzaba a debilitarse.

Nawar accedió al mirador con una manta de lana. Se la echó por los hombros y le atusó el pelo con la mano.

–Necesitas un buen cepillado –dijo a media voz, como si hablara para sí misma.

La sudanesa rodeó el asiento y encaró a Moraima. Agarró los extremos de la manta y los unió en su pecho para abrigarla.

–Señora, estás helada. –La esposa del sultán dirigió la vista hacia ella–. Vas a caer enferma. Necesitas calor.

Moraima volvió a perderse en el hieratismo. Nawar salió de la estancia y regresó con un brasero humeante, que colocó a sus pies.

Luego, de una hornacina, extrajo una jarra de vino y un vaso.

–Coge dos. –La voz de Moraima sonó ronca.

La esclava obedeció. Le sirvió vino, colocó un banco de madera a su lado, se sirvió a sí misma y se sentó.

–Pasaremos juntas este trago. Confía en el Compasivo. Sus caminos a veces son retorcidos, pero siempre conducen a donde deben. –Le plantó un beso en la sien–. La política es un juego extraño.

Moraima se llevó el vaso a la boca, pero un súbito temblor la sacudió. Primero sus ojos se anegaron, y enseguida comenzó una llantera desconsolada.

–¡Ay, mi niño! –gritó ya sin freno–. ¿Seguirás acordándote de tu madre?

Hipó y se encogió en un ovillo que Nawar acunó en sus brazos.

–Ya, mi princesa. Es un juego. Pronto tendrás a Ahmed contigo.

La esclava lloraba también. La fe en aquellas palabras parecía impostada. Nadie en Garnata podía tener seguro su destino.

Andarax, marzo de 1490

Los encargados de los perros iban a la cabeza. La jauría tiraba de las correas, ansiosa por echar a correr. Tras ellos iba el halconero, con el ave preferida del walí posada en la lúa. Dos mozos con lanzas y tres jinetes completaban la partida que el Zagal había reunido para la jornada. Kasim cabalgaba junto a su señor. Su cuerpo se había enreciado. Se alimentaba mejor y los entrenamientos constantes habían torneado sus miembros.

Salieron del pueblo y se dirigieron hacia el sur, recorriendo el valle. Las nieves de las zonas bajas se habían derretido y los ríos y arroyos rebosaban de agua clara. Atravesaron los sembrados de las afueras y el Zagal llamó la atención de su guardia.

–Mira, ahí tienes a tu amigo, el Tuerto.

El Becerro se había detenido a observarlos con su único ojo. Apoyó su almocafre en el suelo y apretó el mango con fuerza.

–Siento lástima por su esposa. Los animales como él no aprenden nunca –respondió Kasim.

–Si lo volvemos a pillar, será su última vez –dijo el walí.

Tomaron el camino que discurría junto a la ribera del río.

–¿Qué tal con Falak? –preguntó el gobernador.

–Bien, sidi. Me ha curado muchas heridas.

–Lo sabía. Era lo que necesitabas –sonrió, satisfecho.

Kasim le dio las gracias. Su vida junto a la esclava era cómoda. Había aprendido a abrirse al placer de nuevo, aunque seguía siendo incapaz de abrir el corazón.

–Nos ha llegado un correo de los reyes –comentó el Zagal–. El estúpido de mi sobrino les ha golpeado. Ha tomado la torre de Padul.

–¿Se rebela? –Kasim lanzó la pregunta al aire, como si reflexionara.

–Más bien se le ha rebelado el pueblo. Los granadinos lo han obligado a apartarse de los rumíes. Ahora... –soltó con aire fatalista–. Si lo hubiera hecho cuando yo estaba en Guadix... Te juro que lo habría apoyado, que nos habríamos unido en la lucha. Pero ahora, con medio emirato, ¿qué pretende conseguir?

–Mawlana, ya sabes lo que pienso de Boabdil. Hoy ataca, mañana será capaz de arrastrarse a los pies del rey y llorarle en las botas. El Altísimo lo maldiga.

El Zagal lo miró con respeto.

–Por estas cosas me caes tan bien. –Meditó unos instantes–. Sé lo que quiere. Le han dado bocados a su ración del guiso y saca los dientes para que respeten lo demás. No quiere guerra, sólo quiere negociar mejor. Es buena estrategia, y no es suya. Es de su madre. Fátima es más lista que las culebras. –Apretó los dientes–. Han enviado más cartas a los pueblos de las Alpujarras.

–Aquí todos te respetan, sidi.

–No te creas, Kasim. No todos entienden lo que hice. Algún día la rendición me saldrá cara. Te lo aseguro.

–Acabaré con cualquiera que intente atacarte, sidi. Y juntos, algún día, mataremos al usurpador.

El Zagal sacó pecho y sonrió. Observó el entorno; estaban cerca de su destino. Pronto iba a comenzar la cacería.

Sevilla, marzo de 1490

–¿Qué sentido tiene esto? Cualquier día nos caemos.

Señaló los arriates rebajados que enmarcaban la alberca. El rey Fernando paseaba por las galerías del patio, adornadas con yeserías y zócalos de alicatado.

–Anda, anda, esposo. –Isabel sonrió benévola–. Esto son cosas de los moros. El rey don Pedro era muy amigo de ellos. –Caminó despacio hasta el borde del arriate más cercano y alcanzó con la mano una flor de azahar–. Así tenemos a mano los frutos y las flores. Piensan en todo. –Se tocó la sien con un dedo.

–Moros... Piensan en todo, menos en lo que deben.

–Nos va a costar más de lo que creíamos, Fernando, pero lo conseguiremos. Ya he despachado emisarios para los alcaides de la frontera. No podemos dejarlo pasar.

–Por supuesto que no –contestó, enérgico, el rey–. Ya estaba todo hecho, y ahora Boabdil nos salta con esto. ¿No tiene sesos dentro de la cabeza? Lo aplastaremos.

Fernando inflamó el pecho, pero la reina se mostró cauta.

–Ay, no sé... A mí me inquieta todo esto. ¿Quién te dice que el turco no vendrá ahora a invadir España? Granada me preocupa poco. Lo que me preocupa es lo que pueda venir de Oriente.

–Les hemos quitado los puertos. No tendrían dónde desembarcar.

–Han conquistado Constantinopla, no lo olvides. –Miró a su esposo con la ansiedad reflejada en los ojos–. No quiero un rey moro aquí.

–No temas por el rey Chico. Ya no lo quieren ni los suyos. Nadie va a venir a ayudarlo.

–Rezaré para que así sea. –Apretó el libro de horas que llevaba en las manos, un gesto que repetía cuando estaba nerviosa–. En qué mal momento... Con los embajadores portugueses aquí y la boda de Isabelita a punto de celebrarse.

Fernando tomó la mano de la reina y la besó con dulzura.

–Tranquila, la frontera está preparada. Y en cuanto terminen los desposorios saldré para Granada.

Isabel encendió la mirada. En aquella ocasión, no había tenido que convencerlo. El ataque a Padul también había herido el orgullo de Fernando.

–Nos dio su palabra. Un hombre que no respeta su palabra no merece mi respeto –remató el aragonés.

La reina, emocionada, lo besó en la mejilla.

–Cuenta con mi gratitud –le susurró al oído, y comenzó a caminar hacia su alcoba.

Moclín, marzo de 1490

–Vamos, Ahmed. A jugar.

El maestro Ibrahim animó al niño a dar la mano a la dama doña Inés, que lo llevó al patio donde jugaban los hijos de los principales de la villa. El hombre acudió al despacho del alcaide, que lo recibió sentado en su escritorio. A su lado había otro hombre que hojeaba un documento.

–La paz sea contigo –saludó en árabe este último.

–La paz sea con vosotros –contestó Ibrahim en la lengua de Castilla. Había reconocido a Gonzalo Fernández de Córdoba, alcaide de Íllora y uno de los mejores capitanes de los reyes rumíes.

–Te he llamado para informarte de un cambio en la situación de Granada –dijo Martín de Alarcón. El alcaide carraspeó antes de seguir–. Tu rey ha roto los tratos y ha atacado la torre de Padul.

Ibrahim comenzó a sudar.

–No es posible. ¿Qué ha pasado?

–Los granadinos se han levantado –contestó Gonzalo–. No quieren capitular. Y él ha cedido.

–Comprenderás que la situación es delicada –intervino Martín de Alarcón–. Mis señores reyes, Dios los guarde, nos han ordenado que reforcemos la frontera.

Ibrahim, estupefacto, se llevó la mano a la boca.

–¿El niño? –preguntó con voz temblorosa.

–¿Por quién nos tomas? –preguntó al aire don Gonzalo con tono jovial–. Al infantico no le va a pasar nada. Pero seguirá retenido aquí hasta que todo se aclare.

–Rogaré al Altísimo por que todo se resuelva rápido y de la mejor manera –soltó el maestro, todavía consternado.

–Los tres conocemos a Boabdil –dijo Gonzalo Fernández de Córdoba–. Lo mismo que hoy se ha puesto al frente de una milicia para atacarnos, mañana puede venir a besar nuestros pies... Con todos mis respetos –añadió.

–No ofendéis, sidi –contestó Ibrahim–. Conocéis bien su carácter.

Martín de Alarcón se puso en pie para dar por terminada la reunión.

–Bien, ya está todo dicho. Vuelve a tu casa y deja que Ahmed juegue con los demás niños. Lo mandaremos con Adhara cuando termine.

El maestro granadino hizo una reverencia y se retiró.

«Estúpido o brillante. No lo tengo todavía claro», masculló para sí. «Alá lo dirá, con el tiempo».

Andarax, abril de 1490

–No te vayas.

Kasim retuvo a Falak en un abrazo. Ambos estaban desnudos, echados sobre el colchón. La joven esclava lo besó en la mejilla y se arrebujó en su pecho.

–Háblame de Granada.

–¿Nunca has estado en Granada? –Ella negó con la cabeza–. Son varias ciudades en una. Yo vivía en el Albaicín, sobre una colina. En otra colina está la Alhambra y debajo de las dos está la medina. Por todos lados hay árboles y huertas, y plazas y mercados, y acequias y aljibes.

–¿Has estado alguna vez en la Alhambra?

–Sólo una vez, en la Secretaría. Fui para firmar el contrato de arrendamiento de una parcela del emir. Vi poco. Dicen que los palacios están llenos de mármoles, que hay techos de madera que parecen cielos de estrellas, zócalos de azulejos y yeserías pintadas en todas las paredes. Me contaron que en la casa de Boabdil hay una fuente con leones de piedra que echan el agua por sus bocas. ¿Te imaginas?

–Me gustaría poder ver todas esas maravillas –dijo Falak, soñadora–. Y la vida ¿cómo es allí?

Kasim soltó un suspiro.

–Yo trabajaba la tierra. –Perdió la vista en el techo–. Tenía buenos amigos. A veces jugábamos a componer poemas. Cada uno voceaba un verso... Hasta que llegaba Omar, que todo lo convertía en un chiste. –Se calló, aturdido por los recuerdos.

–No sigas. Sé que no te gusta hablar de tu pasado.

–Ya lo he llorado bastante. Va siendo hora de levantar la cabeza. –Apretó el abrazo–. Amina.

–¿Cómo dices?

–Mi esposa, mi prima. Se llamaba Amina. Me lo preguntaste una vez. Era una buena mujer. Nos llevábamos bien. Teníamos dos hijos, un niño y una niña. El niño era el mayor, noble y alegre. La pequeña era mi princesa. –Hubo un quiebro en su voz, pero se obligó a mantener la compostura–. Mi niña era inquieta y juguetona, pero a la vez cariñosa. A los tres me los quitaron, y con ellos se me fue la vida.

Falak no supo qué decir. No podía imaginar el tormento por el que aquel hombre habría pasado. Besó el brazo que rodeaba su torso y

dejó pasar el tiempo, hasta que las palabras se difuminaron en suspiros.

* * *

La escolta presentó sus credenciales a los guardias.

–Nuestro señor viene a reunirse con el walí, Dios lo proteja.

El capitán de la guardia del Zagal observó a los jinetes. Eran veinte hombres bien armados que protegían a uno solo. Dejó pasar al visitante con dos de sus escoltas. En cuanto fue informado, el Zagal en persona salió a recibirlo.

–Don Pedro de Granada –lo saludó con tono ampuloso–. Esperaba tu visita.

–Para ti, y aquí, sigo siendo Yahya al Nayar –contestó el aludido.

–Don Pedro, Yahya, el león de Baza... Eres todos y ninguno. Siempre arrimándote a la mejor lumbre. –Observó su túnica y su marlota–. Cuando vas a ver a tus reyes, ¿también vistes así?

–Nuestros reyes... –lo corrigió Yahya–. Tú también te sometiste.

Se mantuvieron la mirada. Finalmente, el Zagal lo invitó a seguirlo.

–Yo también he recibido la carta –dijo el walí–. Imagino que vienes por eso.

–Así es. Tenemos que llevarles trescientos cincuenta caballeros entre los dos.

Entraron en la sala de recepciones del gobernador. Era una estancia modesta. Había un fuego encendido en la chimenea y el suelo estaba cubierto por burdas alfombras de lana de colores vivos. Olía a ceniza. Yahya paseó la vista por cada rincón.

–No es el salón del trono, pero es acogedor.

El comentario escoció al Zagal.

–Es más sencillo, como todo aquí. Es una buena cualidad de este sitio. Aquí no hay advenedizos que buscan su oportunidad para clavarte un puñal por la espalda. –Las viejas disputas no tardaron en aflorar.

–Cuñado –zanjó Yahya–, no he venido para esto. Ahora estamos igualados. Tenemos que ponernos de acuerdo y acudir a la llamada de los reyes.

El Zagal lo miró fijamente.

–¿Sigues orando al Altísimo? –preguntó a bocajarro.

Yahya suspiró. Extrajo una cruz que llevaba al cuello, debajo de los ropajes, y la dejó caer sobre su pecho.

–Sigo rezando a Dios.

–No me vengas con ésas. No es el mismo Dios, ni nuestra fe es la misma que la de ellos. Dime –dijo, señalándolo–. Sé que te has dejado echar su agua en la cabeza, pero ahí dentro, ¿sigues siendo un creyente?

Yahya se revolvió incómodo en su asiento. El walí de Andarax negó.

–Me evitas. Contesta: ¿es Jesús tu Dios? –Aquella pregunta no ofrecía la posibilidad de respuestas ambivalentes.

Yahya, impulsivo, se puso en pie y el banco en el que estaba sentado se cayó.

–¡Ya está bien, cuñado! No te importa lo que yo haga. Somos vecinos en el exilio, pero te empeñas en mantener ese orgullo tuyo. Ya me voy. ¿Es lo que quieres? –El Zagal se puso en pie también y lo encaró.

–Rezo a Alá cada día para que mi pueblo no siga tu camino. Una cosa es rendirse y otra muy distinta es traicionar tu fe. –Apretó los dientes.

–Trescientos cincuenta caballeros, con sus escuderos y mantenimientos. El día que nos señalen acudiré con la mitad. Más te vale acudir con tu parte.

Se giró airado y salió de la estancia a paso ligero. Antes de atravesar la puerta de la alcazaba pudo escuchar el grito de ira del Zagal.

–¡Maldito rumí!

La voz retumbó por todo Andarax. Yahya al Nayar abandonó la población y se dirigió de vuelta a Márjena.

«Todavía no lo entiendes, estúpido», se iba diciendo. «Tarde o temprano, todos tendrán que seguir mis pasos».

Sevilla, abril de 1490

La sala estaba iluminada con lámparas de plata. La infanta permanecía de pie entre los reyes sobre un estrado forrado en terciopelo y cubierto por un dosel con brocados. Fernando sostenía la mano de su hija. Isabel se apretaba las manos en el regazo, nerviosa. Se oyó un alboroto que procedía de la cercana catedral.

–Ya vienen –le susurró la reina a la infanta. La miró y sonrió–. Hoy dejas de ser nuestra para ser de tu esposo. Hazte valer.

La novia tenía los ojos brillantes por la emoción. Iba a cumplir los veinte años y estaba a punto de casarse con un hombre al que ya creía amar.

Las voces se quedaron a las afueras de los alcázares, pero el sonido de los pasos de la comitiva se acercó hasta la entrada de la sala. Con los embajadores de Portugal habían desfilado cuatrocientos caballeros y doscientos peones con antorchas que, en la noche ya cerrada, habían iluminado el camino. El canciller real, el embajador Ruy de Sande y el doctor Fernando Silveyra atravesaron el umbral y se encontraron ante el pasillo que los nobles y grandes de España habían formado para ellos. Subieron al estrado acompañados por los duques de Medina Sidonia, de Cádiz y de Medinaceli. El cardenal Pedro González de Mendoza ubicó a los recién llegados.

La infanta se arrodilló y besó las manos de los reyes, que a su vez la besaron en la mejilla y le dieron su bendición. Luego el cardenal les preguntó a los grandes del reino si se oponían a la unión, y todos contestaron que no. Tomó la mano de la infanta Isabel y le preguntó si quería casarse. Hizo lo mismo con Fernando Silveyra, que tenía poderes para concertar el matrimonio. El cardenal Mendoza recitó las fórmulas habituales y bendijo a los novios. Entonces estalló el júbilo.

Los músicos hicieron sonar sus instrumentos y varios hidalgos gritaron vivas a los novios.

–Princesa, ven a sentarte con nosotros. –Fernando reconoció el nuevo rango de su hija y la llevó de la mano a su asiento.

–¡Más hermosa que el sol! –la lisonjeó el embajador portugués.

La princesa se sentó entre sus padres. Se sirvieron refrigerios y enseguida se organizaron bailes y teatros en los alcázares sevillanos.

La reina Isabel parecía haberse quitado un peso de encima. Pidió una copa de vino y bebió gustosa. Llevaba meses preparando la boda, pero el esfuerzo había merecido la pena. Miró a su esposo y lo vio alegre, riendo mientras observaba las torpezas en el baile de algunos grandes de Castilla.

–La montura de tu caballo te ha dejado las piernas abiertas, don Pedro. ¡Deberías bailar montado! –le gritó el rey a un hidalgo destacado en Baza.

Los más cercanos rieron a carcajadas. Isabel no pudo evitar reír también. Era una firme defensora de la observancia del protocolo. Sin embargo, aquella jovialidad despertó una oleada de amor hacia Fernando. Por detrás de su hija, llamó a su esposo.

–Ya está casada. Ahora tocar devolver la bofetada al moro –le dijo.

Fernando la miró con media sonrisa en la boca, conteniendo una respuesta que fue la princesa quien se atrevió a soltar.

–Madre, estoy aquí. Espera al menos a que terminen los festejos y parta hacia Portugal. –No había acritud en sus palabras. Conocía bien a su madre, y la amaba.

–Tienes razón, hija mía –respondió algo avergonzada–. Ahora, celebremos. –Se puso en pie y extendió el brazo hacia Fernando.

Los reyes bajaron del estrado y presidieron el baile. Los nobles les hicieron corro y aplaudieron al son de la música. Las risas, los aplausos y los vítores difuminaron las preocupaciones de la mente de la reina.

* * *

–De noche no, Beatriz. Habrá tiempo de que disfrutes las fiestas.

Francisca se mostró tajante cuando Beatriz pidió permiso para acudir a los corrillos que se habían organizado en el barrio. Toda Sevilla celebraba la boda de la infanta. Los festejos iban a durar quince días, y los reyes habían contratado compañías de músicos y actores para animar al pueblo.

–He hecho pastelillos y he comprado vino –dijo Gonzalo–. Celebraremos la fiesta aquí. Tenemos hasta música. –Señaló hacia la puerta. De la placeta más cercana llegaba el sonido de una flauta.

–Esposo, no le vayas a dar vino a la niña –advirtió Francisca.

–Ay, Frasca. ¿Qué niña? Si ya es una moza. ¡Ha estado hasta en la guerra! –La miró con ternura–. Para mí que se ha ganado un par de vinos. –La esposa hizo el amago de replicar, pero el hornero retomó la palabra–. Está en su casa, no le va a pasar nada.

–Te conozco, que tú no tienes límites en los jolgorios...

–Relájate, mujer, y bebe tú también un poco.

–Zalamero... –soltó ella mientras se ponía en pie e iba hacia la alacena. Tomó tres vasos y los llevó a la mesa–. Anda, sirve.

Beatriz los observaba, divertida.

–Aquí tenemos hasta un teatrillo –dijo la joven, y luego se rio.

Gonzalo sirvió el caldo y se bebió un vaso de un solo trago. Lo volvió a llenar y lo alzó para pronunciar un brindis.

–Por nuestra Bea. Te acogimos en nuestra familia y no nos has defraudado. Te has comportado como una buena hija. Cumples con tus deberes, vendes nuestros panecillos, nos respetas y nos quieres. Nos tratas mejor que nuestro hijo de sangre, que se casó y no asoma por aquí ni para saludar... ¡Va por ti, hija mía!

Los tres bebieron. Beatriz estaba emocionada por sus palabras.

–Sois como unos padres para mí. Sé que no fue fácil acogerme. –Francisca tomó su mano–. Siempre habéis estado de mi lado, aun a riesgo de vuestras vidas, y por eso os quiero tanto.

–Y nosotros a ti, hija mía –contestó Francisca–. Aunque a veces nos des disgustos... Que a ver por dónde nos sale lo del hijo de la Costurera...

–No te preocupes, madre. Ya sabes lo que han hecho los moros. La guerra sigue. Volveré a servir en el hospital de la Reina.

–No te tomes eso a la ligera. –La mujer había alzado el tono de voz.

Gonzalo plantó en la mesa una fuente con pastelillos de almendra.

–Tengamos la fiesta en paz... Esposa, mejor ir a la guerra que meterte a vivir en una casa en guerra. Ya sabemos lo que es ese niñato. Beatriz hizo bien. Confía, que tu niña no es tonta. –Le guiñó un ojo.

La mujer tomó un pastel y le dio un mordisco.

–La verdad es que nunca ha sido trigo limpio ese José...

LIBRO III
LA VOZ DE LAS ESPADAS

Granada, abril de 1490

Badra y Jalil permanecían sentados entre la multitud delante de la puerta de los Pozos, sobre la explanada que a veces servía como oratorio al aire libre. Cientos de granadinos habían acudido a contemplar las maniobras de la tropa, que se ejercitaba en el uso de las armas y en el manejo de los caballos de batalla.

–¡Abd al-Bakr! ¡Son tuyos!

–¡Vamos, Abu Hassan!

Los vecinos vitoreaban a sus favoritos. Granada entera se había engalanado para la guerra. Decenas de faquíes llamaban a la yihad en discursos encendidos. Los partidarios de la capitulación callaban, cautos.

Los jinetes competían en el lanzamiento de azagayas. Los arqueros practicaban su puntería en un extremo de la explanada y varios instructores daban lecciones de esgrima y lanza a los peones. El ambiente en la ladera sur de la Sabika era festivo.

–¡Bien! –gritó Jalil tras un disparo a la diana de su jinete preferido–. ¡Eres el mejor! –Le dio un codazo a Badra, que observaba indiferente–. ¿Lo has visto?

Badra sonreía, pero callaba. Seguía siendo una niña tímida y retraída que apenas soltaba palabra, aunque al Ratón parecía no importarle.

El entrenamiento se prolongó hasta pasado el mediodía. Jalil tiró de la niña para llevarla ante la puerta que daba acceso a la Alhambra.

–Por aquí van a pasar los más ricos. Ponte a ese lado y yo me quedo en éste.

La mayoría pasaba de largo, pero unos cuantos se acercaron a ellos para darles algo de comida o unas cuantas monedas. Cuando terminó el desfile, los niños bajaron las cuestas que llevaban a la medina.

–No está mal –dijo Jalil mientras terminaba de contar las monedas–. ¿Quieres un sorbete de limón?

Badra asintió, feliz. Los neveros habían comenzado a llevar nieve a la ciudad.

–Pues venga. Compartimos uno, que tampoco estamos para tirar dinero.

El Ratón rio con ganas, y su risa franca alegró el corazón de la niña, que lo seguía a paso ligero con sus piernas raquíticas.

* * *

«Dios está dentro de ti». Reduán repitió mentalmente la frase. El libro descansaba sobre el atril. Era una verdad evidente que él ya había constatado, pero aquel tratado la expresaba con contundencia. «Si Dios está en todas las cosas, también está dentro de mí. No debo buscarlo fuera», pensó.

El viejo maestro reflexionaba cuando llamaron a la puerta. Aparcó la lectura y salió a abrir. Fuera estaba el hombre cuya familia ocupaba la planta superior de su casa.

–Maestro, mi esposa ha cocinado esto para ti. No tenemos mucho –se disculpó. Le entregó la cazuela y Reduán la destapó.

–Huele de maravilla, Ahmed. Ningún regalo es sencillo. La paz sea con vosotros. Pasa, pasa –lo invitó.

El hombre entró y siguió a Reduán hacia el patio trasero. Se sentaron en el poyo adosado al muro. El suelo era de tierra y había hierbas descuidadas en los rincones. Un jilguero saltaba entre los alambres de una jaula que colgaba de una alcayata en una de las paredes.

–¿Estáis bien aquí? –preguntó el maestro para iniciar la conversación.

–Sí, muy bien. Siempre hemos vivido en el campo, pero a todo se acostumbra uno. El niño es feliz. Ha hecho amigos en el barrio.

–Me alegra. ¿Tan mal están las cosas en Baza?

–En Baza no queda ningún hermano. Los echaron a todos. Pero quedan muchos en las aldeas y alquerías. Nos dejan vivir, aunque nos humillan. –Apretó los puños sobre las rodillas–. Hay rumíes buenos, pero también hay malos. Algunos venían a tirar piedras a nuestros tejados, a insultarnos. Eran casi críos –suspiró–. También había un religioso que nos visitaba. Quería que nos convirtiéramos y teníamos que escucharlo. Eso era lo peor, maestro –negó con la cabeza–. No nos obligan a convertirnos, pero ¿crees que los hijos de mi hijo seguirán siendo fieles a nuestra fe?

–Eres inteligente, Ahmed –dijo Reduán tras meditar sus palabras–. No nos obligan, pero dejan nuestra lumbre sin aire, hasta que se apaga sola. Estamos condenados. La lumbre se acabará apagando, en Baza y aquí.

–Aquí es diferente. Por eso hemos venido. Aquí somos muchos y estamos juntos. Boabdil ha sacado los dientes. Lucharé con él cuando haga falta.

El jilguero trinó. Reduán observó la jaula, donde el pájaro se aferraba a los alambres con las patas.

–Sí, aquí somos fuertes –concedió al fin.

Le ahorró las dudas. Calló que Boabdil había mandado asesinar a los suyos, que había sembrado la discordia por su ansia de poder, que Garnata ya no tenía puertos seguros por los que recibir ayuda.

–Eres un buen hombre, Ahmed. Cuida de tu familia –murmuró al fin.

–Gracias, maestro, por todo. –El hombre se puso en pie–. Vuelvo arriba. Cuando necesites algo, ya sabes dónde me tienes.

Reduán lo acompañó a la salida. Ahmed comenzó a subir por la escala de madera que, desde la calle, llevaba a la planta superior.

–Sólo os ruego que no seáis muy ruidosos –pidió el viejo–. Me gusta leer y meditar, y necesito silencio.

–Tranquilo, no te enterarás de que estamos aquí –contestó Ahmed mientras accedía a la ventana ampliada como puerta.

–¡No quiero! ¡No me gusta! –gritó su hijo desde el interior.

–Pues es lo que hay –le soltó la madre.

Reduán sonrió.

–Lo sé, lo sé. Apenas os oigo.

Volvió al interior de la casa justo cuando el niño comenzaba una sonora llantina.

Andarax, abril de 1490

–Hace frío hasta en primavera –dijo Kasim mientras se frotaba las manos.

Falak removía las gachas, a las que añadió varias cucharadas de miel.

–Esta miel es muy buena. Como aquí no la hacen en ningún sitio –comentó la esclava, sentada sobre la alfombra.

Caía la noche. Habían cumplido con la oración y se preparaban para cenar.

–Falak, tengo que contarte algo. Los reyes rumíes han llamado al walí...

–Lo sé, lo sé –interrumpió la mujer–. En el mercado no hablan de otra cosa. Te vas, ¿no? –En su voz había cierto aire de reproche.

–Estoy obligado. Vamos a la Vega de Granada.

–Es tu deber, eres un guerrero.

–Hace nada labraba la tierra en el Albaicín. Ahora me dan una lanza y me mandan a talar campos. Todos somos esclavos de alguien.

Falak sonrió, irónica.

–Esclavo... Pero a ti no te arrancaron de tu tierra siendo niño.

Kasim se quedó mudo. El dolor de la joven envolvía sus palabras.

–Lo que te ocurrió no debería pasarle a nadie.

La muchacha tomó las escudillas y sirvió las gachas.

–Siempre pasa. No ha dejado nunca de pasar, a los dos lados de la frontera –suspiró y dirigió la vista a las llamas–. Habían matado a mi padre, delante de mí. Forzaron a mi madre, pero no la mataron. –Lloró sin aspavientos–. Luego me forzaron a mí delante de mi madre. Eran de Ronda, hombres jóvenes. A mi madre la llevaron lejos. Nunca supe a dónde. A mí me llevaron primero a Ronda, y me vendieron al dueño de una munia. Era un buen hombre, nunca me maltrató. Sus hijas me enseñaron a hablar el árabe. Trabajé duro, aunque fueron buenos años. Luego llegaron los tiempos difíciles. Me vendió y me tuve que ir a Loja. Pasé por varios dueños hasta llegar aquí. –Volvió la cabeza hacia el hombre–. La mayoría fueron malos –fue todo lo que dijo para resumir su destino. Lloró con fuerza–. Ay, perdona. No esperaba romper a llorar.

Kasim la abrazó. Cuando dejó de hipar, le habló en susurros:

–Contigo he aprendido a ver la luz y a dejar de llorar. Déjame ayudarte.

Falak levantó la cabeza y mostró sus mejillas empapadas en llanto.

–No te me mueras; no te dejes matar. Prométemelo.

Él la volvió a besar.

–Tienes mi palabra.

Vega de Granada, mayo de 1490

La pequeña tropa accedió a la Vega desde el sur. El último tramo, el más cercano a Granada, lo recorrieron de noche. Antes del amanecer pisaron las primeras huertas. Se toparon con el río Genil y siguieron su curso hasta que pudieron vadearlo. Luego se dirigieron al norte, hasta la acequia principal que regaba aquella zona. Allí habían acordado encontrarse con el grueso castellano.

Kasim montaba una yegua flaca que el Zagal había puesto a su disposición. Iba bien armado, con lanza, espada, adarga, brigantina y celada. Los jinetes cabalgaban en silencio, acompañados por el rumor del agua. De las munias y alquerías cercanas vieron salir a algunos hombres que oteaban en su dirección. Enseguida se perdían, y Kasim imaginaba sus gritos y sus prisas.

«Se acabó la paz para vosotros», pensó. Un rumor agitaba su pecho. Cuántas veces de niño había recorrido el camino de Elvira con su padre para visitar a sus clientes, cuántos recuerdos había sembrados en aquella tierra fértil. Granada estaba cerca, pero él evitaba mirarla. La sentía como un aguijón fiero que hacía sangrar sus heridas.

–Te gustaría poder entrar, ¿eh? Llegar a la Alhambra y tener delante a mi sobrino. –La voz del Zagal interrumpió sus pensamientos–. A mí también.

Kasim esbozó una sonrisa. Lo deseaba con fuerza. Aquel anhelo de venganza era lo único que daba sentido a su vida.

El Zagal y Yahya hicieron ondear una tela blanca para anunciar a los castellanos que eran los amigos que esperaban. Enseguida llegaron al real. Dos jinetes con escolta salieron del entramado de tiendas y se reunieron con los líderes.

–Dios os guarde. Nos encontramos de nuevo –saludó Hernando de Zafra.

–La paz sea contigo, secretario –respondió Yahya. A su lado, con porte orgulloso, estaba su hijo, que fue bautizado junto a su padre y recibió el nombre de Alonso de Granada y Venegas–. Traemos quinientos hombres.

–Nos complace, don Pedro. Más de lo acordado. Don Juan de Mérida es el mariscal que se encargará de aposentaros. Conoce el árabe. Con él os dejo, y con Dios.

El secretario regresó al real. El mariscal se dirigió a la tropa en su lengua.

–Bienvenidos todos –dijo con voz potente–. Para las pagas, atenderemos a una relación jurada de vuestros señores. Podéis montar vuestro real en aquella bandera. –Señaló una enseña solitaria que marcaba un terreno llano, al sur–. Más tarde vendrán a traeros provisiones. La reina ha mandado su hospital, que atenderá a todos los heridos. Para los que seáis cristianos –miró a Yahya–, os mandaré algún capellán a diario.

El Zagal se acercó a su cuñado Yahya.

–Algunas de estas tierras son de nuestra familia. –Miró a su alrededor–. Venimos como extraños a destruir lo que era nuestro. Maldito destino nos ha tocado.

Yahya tiró de las riendas de su caballo para moverlo hacia la bandera.

–Deja de mirar para atrás, como las viejas melancólicas.

Los hombres de Márjena lo siguieron.

–¡Montad las tiendas! –ordenó el Zagal a los de Andarax. Kasim estaba a su lado, como escolta. Se dirigió a él–: ¿Hablas rumí?

–Algo, sidi. Más bien poco. Mi padre comerciaba con cristianos de Alcalá.

–Pon empeño y aprende –le dijo sin más, previendo que le sería útil.

* * *

La tropa musulmana saludó al sol con las prosternaciones del primer rezo. Luego, sin demora, se armaron para la partida. La orden había llegado la noche anterior. Los granadinos debían correr las tierras de la alquería de Chauchina.

–Hoy tal vez quiera el Altísimo que estrenes esa lanza –le dijo el Zagal a Kasim, que terminaba de ajustarse la brigantina–. Tú sólo sigue las órdenes.

Kasim asintió, tomó sus armas y montó su yegua. Había sido entrenado; se sentía preparado, pero, aun así, no podía evitar que su estómago se contrajera.

La tropa partió cuando el sol se alzaba sobre el monte Sulayr. Kasim cabalgaba como parte de la guardia personal del Zagal. Se desplazaron hacia poniente. Como venas de la tierra, decenas de acequias y ramales partían el terreno.

–Ésta es la verdadera riqueza de Garnata –dijo el Zagal.

No tardaron en llegar a las inmediaciones de Chauchina y los líderes repartieron órdenes para comenzar las talas. Los labradores

les huían y se refugiaban en las sencillas construcciones de las munias y alquerías.

–¡No queremos muertes! –gritaban los de Andarax y Márjena cuando se topaban con un campesino incauto.

–¡Traidores! –se atrevió a gritarles un labriego. Era un viejo consumido por los años, con la piel tostada por el sol de los campos–. ¡Nos condenáis al hambre, a la muerte! –Lloraba de impotencia–. ¡Alá os castigue!

Sus palabras volaron certeras hasta los corazones de los guerreros convertidos en saqueadores.

«Sembré la tierra. Ahora la destruyo para otros», pensó Kasim, apesadumbrado, pero la llaga que tenía en el alma lo había convertido en un hombre capaz de cualquier cosa para conseguir un único objetivo. «Daré contigo, Zogoibi».

–¡Quemad los cereales! ¡Seguimos marcha hacia la torre de Roma!

Los trigos y cebadas estaban altos, listos para la próxima siega. Las llamas los devoraron y las densas humaredas convirtieron aquella vega en una señal de advertencia dirigida a la Alhambra.

Avanzaron hasta las cercanías de la alquería de Chauchina. Las cuadrillas se repartieron rodeando la alquería y, de nuevo, comenzó la destrucción. Los vecinos se refugiaron en sus casas. El imán de la pequeña mezquita ascendió a lo alto del alminar y comenzó a recitar versos del Corán.

Cuatro jinetes irrumpieron en las huertas por su linde occidental. Venían de la torre de Roma para comprobar el número de hombres de la expedición.

–¡Cogedlos! –gritó Yahya.

Alonso de Granada, su hijo, se puso al frente de cincuenta jinetes para ir en su busca. Los de la torre volvieron grupas y espolearon a sus monturas.

–¡Renegados!

–¡Sois peores que los rumíes!

Alcanzaron su refugio a tiempo. La construcción tenía una puerta a ras del suelo. Por las ventanas de la segunda planta y sobre la azotea asomaron arqueros y ballesteros. Los atacantes llegaron a la torre y frenaron sus monturas. Una carga de dardos cogió desprevenidos a los jinetes más expuestos. Cuatro hombres y un caballo resultaron heridos.

–¡Retirada! –gritó Alonso de Granada.

Se reunieron con el grueso cerca de Chauchina. Uno de los heridos murió desangrado antes de llegar. Yahya y el Zagal acudieron al grupo.

–La torre de Roma está bien defendida –informó Alonso.

Su padre lo miró con gesto severo.

–¿Cómo se te ocurre llevarlos hasta la torre?

–Los detuve a una distancia segura, pero algunos se acercaron más de la cuenta. –Miró hacia poniente–. La podemos tomar fácilmente.

–Don Pedro –intervino el Zagal con tono irónico–, tu hijo ha heredado tu buen hacer como estratega –soltó una carcajada–. Manda a los heridos al hospital de la Reina y entierra al muerto. Volvamos al campamento.

La tropa de Márjena y Andarax regresó sobre sus pasos. Por el camino se encontraron con otra partida de taladores. Kasim cabalgaba junto a su señor.

–Vamos a desangrar la Vega –comentó el walí de Andarax.

Kasim observó los campos en silencio. En algunas zonas se elevaban gruesas columnas de humo blanco.

–Sidi –se atrevió a hablar al fin–, ¿no tienes dudas?

El Zagal, altanero, lo miró.

–No ataco a mis hermanos. Daño al Zogoibi. No tengo dudas, ya no... Sólo quiero cortar la cabeza de un mal líder para mi pueblo.

Kasim asintió.

–Ése es un gran fin, sidi.

«Hay orgullo en tus intenciones, y deseo de revancha. Pero a mí poco me importa. Ya no tengo hermanos. Estoy solo, y solo moriré».

* * *

–Regamos la tierra con sangre.

Beatriz habló para sí misma. Estaba sola, de rodillas al borde de una acequia. Aclaró los paños, que enseguida adoptaron una tonalidad rosada. Luego los echó en el canasto y regresó al hospital.

–¡Consuelo! Me muero, dame un poco de consuelo –le gritó un soldado.

Beatriz apretó el paso. El rumor sobre el trato que había dado a los moribundos en Baza se había esparcido por todo el real.

–¡Déjala en paz, idiota! Dios quiera que necesites ese consuelo pronto –le reprendió un capitán–. Venga, muchacha, corre, que han llegado heridos.

La joven se apresuró en dirección al hospital. Se había alistado voluntaria a la campaña y había solicitado servir allí. Doña Juana de Mendoza la recibió encantada.

Fuera se encontró con un cirujano y dos auxiliares que habían tendido una parihuela junto a un herido. Éste llevaba una tela enrollada alrededor de la celada. De la parte superior de su brigantina afloraba el astil de un dardo de ballesta. Le habían alcanzado en el pecho, cerca de la axila. Beatriz se acercó y soltó el canasto.

–¿Vamos a curar a los mahometanos? –preguntó un auxiliar.

El cirujano lo miró airado y lo señaló con el dedo.

–Estos moros son siervos de nuestros reyes –le espetó–. Y, aunque no lo fueran, aquí curamos y sanamos, ¡sea lo que sea! ¡Como si nos traen a un turco!

Las voces escandalizaron a muchos y se formó un corrillo de hombres en torno a la escena.

–¡Niña! –le gritó el cirujano a Beatriz–. Trae los aparejos para flechas, y agujas, y bramantes. ¡Vamos, rápido!

Beatriz se perdió en el interior de una de las tiendas. El herido repetía una letanía de rezos en árabe, aguantando el dolor con estoicismo. A los otros dos los habían trasladado al interior del hospital. Sus heridas no habían sido tan graves. La muchacha regresó con el instrumental.

El cirujano revisó con cuidado todos los aparejos y ordenó a Beatriz:

–Dale el palo.

La joven le ofreció el bocado al herido. El cirujano maniobró y extrajo el dardo. El moro gemía, lloraba y mordía con fuerza la madera.

–¡Cauterizador! –solicitó el médico a uno de los auxiliares.

El instrumento se había puesto al rojo sobre la lumbre que siempre ardía entre las tiendas del hospital. El cirujano lo aplicó y se escuchó un siseo. El mahometano escupió el bocado y gritó, pero al instante perdió el conocimiento.

–Mejor así. Ya no sufre –dijo el médico con frialdad–. Un paño húmedo –le pidió a Beatriz. Limpió la sangre y aguardó unos instantes. La hemorragia cesó–. Dios ha querido que se salve. Medio palmo más abajo y ya estaría frío.

Se puso en pie y se secó el sudor de la frente. Tomó una aguja y bramante para coser. Le dio el paño sucio a Beatriz y le palmeó el hombro.

–Bien hecho, niña. Te vas haciendo a esto.

Beatriz sonrió, agradecida.

«No sé cómo puedes servir allí», le decían otras muchachas del campamento que servían como cocineras y lavanderas.

–Me ayuda a dar gracias por la vida –les contestaba ella, resuelta.

* * *

El entierro fue oficiado por dos capellanes. En diferentes escaramuzas, más de sesenta cristianos habían perdido la vida. Sus cuerpos fueron enterrados junto al real de la acequia Mayor. Los principales nobles, así como el rey Fernando y el príncipe don Juan, asistieron a los oficios.

–... Descansen en esta tierra, bendecida y consagrada. Dios los acoja en su Gloria, pues han dado la vida defendiendo nuestra fe.

El capellán de más edad terminó el acto. Sobre cada fosa se clavó una cruz de madera. Fernando animó a su hijo a seguirlo. Atravesaron el foso y se adentraron en la calle principal del campamento, que daba a la tienda del rey.

–Hijo mío, ya no eres un niño. En pocas semanas cumplirás los doce años. –Al paso del rey, los soldados se erguían y saludaban–. Te he traído aquí para que veas tu destino. Estos hombres me sirven hoy, algún día estarán bajo tu mando. Estás por encima de ellos, pero nunca olvides que son la base de tu poder. Respétalos. –Se acercó a un capitán que se había apostado al borde de la calle–. Siento la pérdida –le dijo.

–Vuestra majestad –dijo el capitán haciendo una reverencia.

–Es capitán de las guardas reales y forma parte de mi escolta –informó el rey a Juan mientras se alejaban–. Ha perdido a su hermano. Le he dedicado sólo tres palabras, pero harán que él y los suyos peleen con más ahínco la próxima vez. –Se detuvo y apoyó una mano en el hombro del niño–. Tus espaldas deben ser fuertes. Tendrán que aguantar mucha carga. Decisiones difíciles, muertes, condenas... Un buen príncipe gobierna con decisión. ¿Lo entiendes?

–Sí, padre. Ninguna decisión favorece a todos. –Era un niño enfermizo, aunque gozaba de una aguda inteligencia–. Y Granada, padre, ¿qué pasará con esos moros?

–Es difícil saberlo. Si quieres mi opinión, todo esto es un juego, un tira y afloja antes de capitular. El daño que les hacemos en la Vega les hará pasar hambre. Ya no tienen puertos y sólo reciben comida de las Alpujarras. No tienen salida.

–Pero, padre, los animales sin salida son peligrosos.

Fernando rio a carcajadas y palmeó el hombro de Juan.

–Eres listo. Sí, un animal acorralado es peligroso. Pero lo es porque sabe que no tiene salvación. No lo olvides. Boabdil está acorralado entre los suyos y nosotros. Ha sacado los dientes, pero, pronto, ellos o nosotros acabaremos con él.

Granada, mayo de 1490

Sobre la azotea de la torre Mayor de la alcazaba de la Alhambra, la que daba a la medina y a la Vega, Boabdil observaba impotente las columnas de humo.

–Y ahí tenemos la respuesta. Pronto Granada pasará hambre.

–Toda guerra conlleva sacrificio, mawlana –respondió Muza.

–El pueblo nos ha metido en una guerra, pero ¿podemos ganarla?

Muza observó el horizonte. La mancha blanquecina que formaban las tiendas del real se distinguía junto a la acequia Mayor.

–Podemos responder con nuestra caballería. Es rápida y hábil.

Boabdil lo miró con el desánimo instalado en los ojos.

–Encárgate. Necesitamos los frutos de la Vega. Temo a un pueblo hambriento.

«Hambriento, pero dueño de su destino», pensó Muza.

–Mañana mismo habrá escuadras defendiendo los sembrados, mawlana.

Boabdil descendió de la torre. En el patio del Riyad, dos esclavos acarreaban un baúl a lo largo del pórtico occidental. Moraima y la esclava Nawar los seguían en dirección al zaguán.

–¿Adónde vas? –preguntó el emir.

–Adonde me corresponde. Me traslado a las estancias de la Esposa. –Así eran conocidas las habitaciones que coronaban el ala sur del palacio, sobre el zaguán y parte de la sala del Vino.

–Te alejas...

–Así ha sido siempre, no es nada nuevo –dijo la esposa–. El lugar de las mujeres del emir está allí arriba.

–Decidí tenerte cerca por amor –replicó Boabdil en voz queda.

–El amor es para los poetas. –Se acercó al hombre y lo miró a los ojos. Su mirada era turbia y dejaba adivinar la desolación que la consumía por dentro–. Nos amamos, pero ya no queda nada entre nosotros. Soy tu esposa. Eso no puedo cambiarlo. Llámame cuando quieras copular o acude a mí. Te recibiré bien. Pero no puedo darte más.

Comenzó a caminar.

–Es temporal, te lo he explicado. Seguiremos negociando –dijo Boabdil. Moraima apretó el paso, incapaz de contener las lágrimas–. ¡Está bien! ¡Márchate! Si lo que quieres es un emir como los de siempre, ¡así seré! –gritó, enfurecido.

Fátima salió de la sala del Vino y contempló a su hijo, en el que todavía reverberaba la ira.

«Eres un niño patético», se dijo.

Vega de Granada, mayo de 1490

Alonso de Granada Venegas, el hijo de Yahya, observaba cómo su escuadra talaba los campos. Tenía a más de doscientos hombres bajo su mando. A pesar de su juventud, había demostrado su buen hacer como comandante y estratega.

–¡Vienen granadinos!

Un escucha galopaba hacia ellos gritando. El líder observó el terreno y enseguida repartió órdenes.

–¡Montad! ¡Los de Márjena a mi izquierda, los de Andarax a mi derecha!

Los hombres soltaron las azadas y montaron raudos.

–¡Mantened la distancia!

Kasim tomó su ballesta y formó junto a sus compañeros de Andarax. Los jinetes granadinos avanzaban hacia ellos al trote.

–No me importa morir –se recordó Kasim para suprimir el miedo.

Los primeros enemigos se acercaron. Titubearon.

–¡Lanzad y moveos! –gritó Alonso desde su montura.

Kasim apuntó y disparó su primer dardo. Le fue imposible comprobar si había acertado en algún hombre. El siseo de los proyectiles enemigos lo rodeó. Se cubrió el costado con la adarga y comenzó la retirada. Todos practicaron el tornafuye. Sobre la tierra fértil quedaron tendidos los cuerpos que habían resultado heridos.

–¡Me han rozado la manga con una azagaya! ¡Alá está conmigo! –gritó un hombre de Andarax, eufórico. Cabalgaba junto a Kasim, y con él regresó a la lucha.

Kasim volvió a disparar. Tuvo un objetivo claro en el que fijarse y, tras lanzar su dardo, comprobó cómo impactaba en el pecho del desgraciado. Ejecutó el tornafuye, pero tuvo tiempo de ver cómo su compañero caía del caballo, alcanzado por un proyectil. Tal vez Alá no estaba con él.

Cuando llegó el momento de arrancar la tercera carga, Kasim respiró con fuerza y se dejó contagiar por la euforia general.

–¡Maldito sea el Zogoibi! –gritó con todas sus fuerzas.

–¡Fuera los rumíes! –contestaron varias voces del otro lado.

Tras la lluvia de proyectiles, los jinetes más próximos se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo. El odio los atraía, los empujaba a acercarse.

En cuanto vio la lucha, Kasim extrajo su lanza del carcaj y acometió a los granadinos. Dirigió su arma contra el costado de un jinete y hundió la punta entre sus costillas. La inercia del impacto le hizo soltar el astil. Desarmado, se apresuró a desenfundar su espada jineta. Luchó de pie sobre los estribos, intentando mantener la guardia, como le habían enseñado en la alcazaba de Andarax. La lucha se hizo caótica. Kasim logró herir a dos jinetes y descabalgó a otros tres.

–¡Venganza! –voceó colérico.

Don Alonso decidió entrar en acción con su guardia, provocando la primera espantada de los granadinos. El equilibrio se había roto, y el resto no tardó en emprender una carrera desesperada hacia los muros de Granada.

En los campos quedaron tendidos los caídos. Todos eran musulmanes, hermanos de fe. También había algunos heridos que gemían y se lamentaban.

–Coged a los nuestros, vivos o muertos –ordenó Alonso–. ¡Volvemos al campamento! –Antes de marchar, tomó las banderas y banderines que los granadinos habían dejado tirados sobre la tierra.

Kasim respiraba agitado. Se sentía dolorido y tenía los músculos en tensión. Vio manchas de sangre en su atuendo. Se palpó el cuerpo en busca de alguna herida, pero no la encontró. Sonrió y, poco después, comenzó a reír como si hubiera perdido la cabeza. Por primera vez en mucho tiempo se sintió vivo.

«Hoy estoy más cerca de ti», se dijo mientras echaba una ojeada a las murallas de Garnata, coronadas por la Alhambra.

Granada, mayo de 1490

Jalil regresó con la claridad del sol apagándose en el horizonte. Zigzagueó por la loma hasta dar con la capilla. Badra estaba dentro, contemplando cómo las sombras iban invadiendo la ciudad.

–Ahora está más tierno –le dijo el niño mientras le ofrecía un mendrugo de pan oscuro–. Lo he mojado en la fuente. –Luego extendió la otra mano y mostró dos dátiles–. Me he encontrado con una mujer buena y me los ha dado. Mira qué gordos. Toma, coge uno. –Jalil partió el pan reblandecido y le ofreció la mitad.

Soltó una sonora ventosidad y provocó una carcajada en su amiga. Le alegró verla así. Intentó soltar otra, pero no le salió. Hizo una pedorreta con la boca, a la que siguieron nuevas risas. Jalil se puso en pie y echó a andar cuesta abajo.

–Voy a mear. Ahora vengo.

Siguió haciendo pedorretas por el camino. Badra reía desde la capilla. La niña vio cómo se detenía en un almendro. De pronto, una

sombra salió de las últimas casas del barrio, se adentró en el cementerio y se abalanzó sobre su amigo. Badra escuchó un forcejeo y pudo distinguir cómo la sombra se llevaba a Jalil en volandas.

La niña comenzó a respirar con ansiedad; sus ojos se anegaron de lágrimas y tuvo que morderse el labio para no gritar. Estrujó su ropa con las manos y golpeó el suelo para desahogar su sensación de impotencia. Fue incapaz de salir de la capilla. La noche se había cerrado y la luna menguante iluminaba la tierra. Las sombras, amenazantes, la amedrentaron. Lloró abrazándose las rodillas, atenta a los sonidos de la noche, con la vista fija en la calle por la que había visto desaparecer a su amigo.

–Jalil. Jalil, ven –suplicó en un susurro.

Vega de Granada, finales de mayo de 1490

–¡Moro! ¡Que no es por aquí! –le gritaron entre risas desde un corrillo.

Kasim los ignoró y avanzó a paso ligero hasta los puestos de los mercaderes. Buscó uno que vendiera vino y se dirigió a él.

–Vino. ¿Cuánto? –preguntó a bocajarro en mal romance.

El vendedor, divertido, contestó:

–¡Pero bueno!, ¿los mahometanos bebéis vino? Éste de al lado vende cerdo salado, por si quieres... –rio.

Kasim sonrió. Comprendía el romance mejor de lo que lo hablaba.

–Vino, vino. Dos. –Apuntó con el dedo hacia los pellejos.

Acordaron el precio sin regateo. Cargando los dos pellejos, Kasim regresó a su campamento. Se presentó ante el Zagal, que estaba sentado delante de una lumbre en la que se asaban dos conejos.

–Llévales uno a ésos –le ordenó el walí de Andarax moviendo la cabeza hacia un grupo de capitanes. –Kasim obedeció y regresó–. Sírvenos y siéntate conmigo.

–Gracias, sidi. No estoy muy acostumbrado a beber –contestó el guardia.

–Me han dicho que has peleado bien contra el hijo de Yahya.

–Vencimos. Fue una buena lucha.

–¡Mira el hortelano! Se nos ha hecho guerrero. –Le empujó el brazo con camaradería–. La guerra tiene algo que atrae. –Sus ojos brillaron–. ¿A cuántos mataste?

–Creo que a seis.

–Bien, muy bien. ¿Pesadillas?

Kasim lo miró fijamente a los ojos y contestó con franqueza:

–Siempre tengo pesadillas, pero no con esto. Son otros muertos los que me rondan, sidi.

–Entiendo. –El Zagal apuró su vaso de vino y se sirvió otro–. Todos tenemos muertos a las espaldas y muertos metidos en la conciencia. Sus voces se van acallando, pero siempre están ahí. –Parecía darle vueltas a un recuerdo–. En mi conciencia pesa una muerte por encima de todas. Yusuf, mi sobrino. –Hizo un breve silencio–. Los rumíes habían liberado al Zogoibi. Se refugió en Guadix y dejó a su hermano Yusuf en Almería. Mi hermano, el emir, me ordenó tomar Almería. Y la tomé. Cumplí bien las órdenes. –El vino parecía haberle soltado la lengua–. Mandé ejecutar a Yusuf, al hijo de mi hermano. Si he cometido un error en mi vida, es éste. Yusuf era bueno, sólo se había dejado engañar por su madre y por Boabdil. No merecía aquella muerte. –Miró a Kasim con los ojos acuosos–. Tuve que mentirle a Muley Hacén. Le dije que habían sido mis hombres, que actuaron sin orden mía. Enloqueció de dolor. Aquello fue lo que lo desquició. Nadie lo dice, pero yo lo sé. Sigo escuchando la voz de mi sobrino... En fin, un hombre debe cargar con sus hechos. –Observó el vaso de Kasim–. Bebe conmigo y apaga las voces.

Pasaron el mediodía juntos sin apenas hablar, cada cual sumido en sus propios recuerdos, escuchando los ecos que, insistentes, se pegaban a sus oídos. A primera hora de la tarde, tres mujeres irrumpieron en el campamento con sendos canastos en las caderas. Llevaban tortas dulces y salazones de pescado. Los hombres ya

sabían que aquellas vendedoras solían encubrir con sus canastos otro tipo de servicios.

El Zagal alzó la mano para llamarlas.

–¿Comida? –preguntó una en árabe con fuerte acento del norte.

El walí sonrió y preguntó el precio. Enseguida llegaron a un acuerdo.

–Escoge a la que quieras, que yo invito –le dijo el Zagal a Kasim.

–Gracias, sidi, pero no lo necesito.

El walí se lo quedó mirando con el ceño fruncido.

–Mira que eres raro, Kasim.

Se acercó a la más hermosa de las tres y le ofreció el brazo. Con un gesto, animó a las otras a recorrer el campamento en busca de clientes. Enseguida se formó un revuelo de hombres en torno a ellas.

«Perros en celo. No saben lo que es una mujer», pensó Kasim.

* * *

Los jinetes cabalgaban al trote, forzando el paso de los reos. Salieron de la alameda, cruzaron una acequia por un estrecho puente y siguieron avanzando hacia la torre de Roma. El capitán portaba una enseña bermeja que lucía el escudo de la dinastía nazarí bordado en amarillo. Formaban un grupo de cerca de veinte caballeros ligeros que llevaban maniatados a cinco rumíes. Los presos habían sido despojados de sus armas y mostraban restos de sangre en sus ropajes.

Sobre la azotea de la torre asomaron tres cabezas. De las ventanas salieron cuatro ballesteros con las armas cargadas.

–¡La paz sea con vosotros! –gritó el capitán de la escuadra–. Venimos de Granada. Hemos hecho una cabalgada cerca de la acequia Mayor. Nos han matado a doce hombres, pero hemos cogido a éstos. –Señaló a los castellanos.

–¡Volved a Granada! –gritó el alcaide desde la azotea–. Aquí no cabéis.

–¡Dadnos cobijo, aunque sea fuera! Nos perseguirán. No tenemos refresco para los caballos. Cuando caiga la noche nos iremos.

El alcaide oteó el horizonte. No había señales de movimiento. Tenerlos al pie de la torre no le supondría ningún problema.

–¡Está bien! Acomodaos ahí abajo.

–La paz sea con vosotros. Alá os bendiga. Nuestro emir, que Dios lo proteja, os premiará por vuestro buen juicio –recitó el capitán de carrerilla.

Los jinetes se acercaron, desmontaron y extendieron mantas en el suelo. Ataron a los reos a una argolla que había junto a la puerta.

–Malditos rumíes –comentó en voz alta el capitán–. El invierno va a ser difícil.

–Menos mal que nos queda la Alpujarra... –contestó el alcaide desde arriba.

–Demos gracias al Altísimo. ¿No os habéis enterado? Los rumíes han llegado hasta cerca de Padul...

–Están escocidos –lo interrumpió el alcaide–. Allí mawlana les ha dado un buen palo. No están acostumbrados a perder.

–No han podido recuperar Padul, gracias al Compasivo –continuó el capitán–. Luego tantearon la entrada a la Alpujarra, pero allí tampoco han tenido suerte. En cuanto los escuchas vieron el puente de Tablate... ¡Se cagaron de miedo!

Ambos se carcajearon, coreados por sus respectivos hombres.

–Habría pagado por ver sus caras –soltó el alcaide–. Ese puente se defiende con tres hombres.

Siguieron riendo. El alcaide bajó de la azotea y, acompañado por cinco guardias, abrió la puerta y salió al exterior para reunirse con los recién llegados.

–¡Sacad algo de pan para estos hombres! –le gritó a uno de los suyos–. Perdonad que no podamos ofreceros nada mejor.

–Lo que venga será bienvenido.

Al instante, salieron dos hombres con sendos canastos de pan. El alcaide se sentó junto al capitán. Sus hombres permanecieron de pie.

–¿Cómo andan las cosas en Garnata? –preguntó el de la torre.

El capitán no tuvo tiempo de contestar. Los reos castellanos se habían liberado de sus ataduras y, empuñando afiladas dagas, se acercaron a la escolta del alcaide por la espalda. Agarraron a los guardias por el cuello y pegaron las armas a sus yugulares. Los jinetes reaccionaron con rapidez. Desenfundaron sus espadas y rodearon al alcaide.

–¡Alerta!

–¡Cerrad!

Tras unos momentos de desconcierto, los defensores se percataron de lo que estaba ocurriendo, pero ya era demasiado tarde. El capitán agarró al alcaide y lo amenazó con su espada jineta.

–¡Todos los de dentro quietos! –gritó–. ¡La torre está tomada! Rendíos sin resistencia o lo mato.

–¡Amigos de los rumíes! –gritaron los guardias que permanecían en el interior.

Varios se asomaron con las ballestas cargadas. Hubo revuelo, gritos y confusión. Los hombres intercambiaron insultos, pero nadie se atrevía a actuar.

–¡Calma, calma! –La voz del alcaide se impuso. El filo de la espada rascaba su barba. Meditó sobre sus opciones.

Se oyó el siseo de un dardo que, certero, atinó a un hombre en el hombro. Éste gritó de dolor y los ánimos se exaltaron.

–¡Kasim! –gritó el capitán.

Kasim rebanó el cuello del hombre al que sujetaba. La sangre brotó generosa y le empapó el brazo. Lo dejó caer para que se desangrara en el suelo.

–¡El próximo será vuestro alcaide! –volvió a gritar el líder de la cabalgada.

–¡Quietos todos! –vociferó el alcaide, y su voz se quebró por la ansiedad.

Los ballesteros seguían apuntando. El olor de la sangre tensó a los guerreros. El herido seguía gritando, acosado por intensos dolores.

–Háblales –le dijo el capitán al alcaide mientras aumentaba la presión de la espada sobre su cuello.

–No hay otro camino –dijo al fin, temblando–. Entregad la torre. –Nadie se movió–. ¡Es una orden!

Sólo entonces los defensores reaccionaron. Uno a uno, fueron saliendo y entregaron las armas. Don Alonso de Granada, el líder, suspiró aliviado. Dejó a cinco hombres en la torre y organizó al resto para regresar al real. Antes de partir se dirigió al alcaide, que lo miraba con desprecio:

–Has hecho lo correcto. Morir aquí habría sido en vano. Ya has visto lo poco que vuestro emir ha hecho por vosotros. Id a Garnata, corred. Llevadle a Boabdil noticias sobre nosotros, del Zagal y de Yahya, mi padre, que se han unido a los castellanos para cobrarse su cabeza. –Los defensores se quedaron quietos–. ¡Vamos, corred! –Todos obedecieron–. ¡Evitad la acequia Mayor! ¡No vaya a ser que os pille el rey rumí!

Los jinetes rieron. Alonso de Granada y Venegas se dirigió hacia su montura. En su camino se encontró con Kasim, cuya brigantina estaba manchada de sangre.

–Bien hecho. Era necesario para evitar otras muertes.

Kasim no contestó. Observó el cuerpo del hombre al que había degollado. Sintió un atisbo de culpa, aunque su corazón apenas tenía ya la capacidad para albergar cualquier sentimiento.

* * *

Todos los reunidos guardaban silencio. El príncipe, de acuerdo con la política de ostentación de la reina, lucía una lujosa armadura con

capacete y adarga. Llevaba la vaina de su espada a la cintura, vacía. Junto a él estaban sus padrinos: el duque de Medina Sidonia y el duque de Cádiz. Eran los nobles más poderosos de Andalucía y se habían enfrentado en numerosas ocasiones, pero habían sabido aparcar sus discrepancias en los últimos años.

El maestro de esgrima del príncipe observaba emocionado la escena. Él había dado su consentimiento para aquella ceremonia. «Está listo para ir a la guerra, vuestra majestad», le había dicho al rey antes de que partieran de Sevilla.

Fernando apareció montado a caballo. Llevaba su espada al cinto y la de su hijo en la mano derecha. Se acercó a él y le preguntó:

–¿Estás dispuesto?

El joven príncipe asintió. Tras un breve silencio, pronunció su juramento.

–Juro que no dudaré en morir por mi ley, por mis señores reyes y por mi tierra.

Fernando sonrió. Con la parte plana de la espada dio dos golpecitos en los hombros de su hijo, a la vez que algunos nobles pronunciaban en susurros: «Que Dios no le permita olvidarlo».

Luego el rey le entregó la espada al duque de Medina Sidonia, que la cedió cortés al otro padrino. El duque de Cádiz enfundó la espada en la vaina del príncipe y lo agarró por los hombros.

–¡Príncipe Juan! –gritó, y todos los presentes corearon por tres veces su nombre.

El niño había dejado de serlo. Acababa de ser armado caballero. Como tal, armó caballeros a varios hijos de nobles que habían acudido a la campaña. Después, el rey llamó a los capitanes que se habían destacado en la lucha para reconocer públicamente su valía. En último lugar llamó a don Alonso de Granada y Venegas.

–Nos has servido bien. Tomaste siete banderas de los granadinos y has conseguido el control de la poderosa torre de Roma. La reina y yo te concedemos licencia, a ti y a tu linaje, para que puedas tener las banderas ganadas.

–Espero servir más a vuestras majestades –pronunció en romance.

Terminaron los actos y comenzaron las celebraciones. La reina no escatimó en los gastos. Desde Córdoba, envió dineros suficientes para premiar a la tropa con las fiestas que merecían. Hubo carne asada, vino, música, torneos y hasta una representación teatral.

En el campamento de los de Andarax y Márjena también hubo festejos. Los guerreros bebieron vino, sacrificaron corderos y gallinas, y cantaron canciones tradicionales de sus pueblos.

Terminaba la campaña y todos se habían ganado un descanso. La Vega todavía humeaba por las talas y los incendios. La tierra había quedado exhausta.

Granada, junio de 1490

–He pasado por la medina esta mañana. –El visir al-Muleh se echó un dulce a la boca–. Desde aquí Granada parece serena, pero en realidad hierve.

–A nadie le gusta que le roben la comida –intervino Muza.

Ibn Kumasa los miró a ambos con suficiencia. Luego miró al emir, sentado en la alcoba central de la sala de la Leche. Era la sala de su palacio destinada a las recepciones. Se habían reunido allí para tomar una importante decisión. El rey Fernando había dado por terminada su campaña de saqueo y se había retirado al castillo de Moclín. Desde allí había enviado una misiva a Boabdil para conminarlo a capitular.

–Vendrán meses duros –dijo el gran visir–, pero hay que llegar hasta el final.

Muza asintió.

–Morirá mucha gente de hambre –replicó al-Muleh.

–Ya está bien de refunfuñar –saltó furibundo Ibn Kumasa–. Por esa gente resistimos, para conseguirle unas buenas condiciones.

–Los rumíes no han cumplido su parte, secretario –apoyó Muza.

–Había más espacio para la pluma antes de sacar la espada... –insistió al-Muleh.

–Ahora eso da igual –intervino Boabdil–. El pueblo dio un paso atacando Padul, y yo lo seguí. –Miró a al-Muleh, y éste agachó la cabeza–. El pueblo sigue pidiendo resistencia. Pongámonos a su frente y caminemos hasta que no haya camino. Cuando llegue ese momento, volveremos a negociar. –Alzó la cabeza y observó la pintura que coronaba el espacio. Representaba a un emir debatiendo con su Consejo.

–Mawlana –lo llamó Muza–, los alpujarreños nos han mandado emisarios otra vez. No quieren al Zagal ni a Yahya. Están a nuestra disposición.

–Dales apoyo –manifestó Boabdil sin dudar. El viejo rencor que sentía hacia su tío seguía vivo–. Diles que los ayudaremos si quieren alzarse.

–Sea, sidi. –El visir de la Espada no pudo esconder su sonrisa.

Al-Muleh agitó la carta del rey Fernando para solicitar atención.

–Y a esto, ¿qué respondemos?

Boabdil se irguió.

–Tal como está la situación, sólo podemos responder una cosa: no puedo entregar lo que no es mío. –Muza e Ibn Kumasa asintieron, conformes–. Podemos entregar la Alhambra, pero no Garnata.

–¿Ésa es tu respuesta, mawlana? –preguntó el visir de la Pluma.

–Sí. Añádele tú las florituras.

El emir se puso en pie. Desde que se había puesto al frente de la resistencia parecía haber adquirido carácter. Los miembros del Consejo se levantaron y se despidieron con respeto. Boabdil accedió al patio. Observó los leones de la fuente. Luego dirigió la vista a la planta superior del ala sur, donde Moraima se había recluido con su esclava negra.

«No lo entiendes, pero ahora mismo no hay más camino que éste. Ya volverás a mí... Cuando esto acabe y recupere a nuestro niño. Alá

quiera que sea pronto».

Accedió a la sala de la Miel. Dos guardias helches la custodiaban.

–Llama a Diala –le dijo a uno de ellos. El guardia cristiano se perdió al instante por los pasillos.

Se adentró en sus estancias y se dirigió a su alcoba. Se tendió sobre el lecho y aguardó. Poco después oyó los pasos de la esclava y comenzó a excitarse al imaginarla.

–Sidi, me has llamado –se presentó la muchacha a media voz.

El emir sonrió y la animó a tenderse junto a él.

Moclín, junio de 1490

–Hacéis bien vuestro trabajo, alcaides. –El rey Fernando permanecía sentado en su jamuga con una copa de vino en la mano–. Reforzaremos vuestras plazas.

Martín de Alarcón, alcaide de Moclín, y Gonzalo Fernández de Córdoba, alcaide de Íllora, agacharon la cabeza en señal de gratitud. Hernando de Zafra, a la derecha de Fernando, revisaba los números de las guarniciones. Cada castillo iba a recibir doscientos hombres para contribuir a su defensa.

–Servimos a vuestra majestad –dijo Martín, cortés.

–Y a vuestra señora esposa, la reina –añadió Gonzalo.

Fernando esbozó una sonrisa, pero entornó los ojos con suspicacia.

–Don Gonzalo Fernández de Córdoba, príncipe de los caballeros. –Así era como Isabel se refería a él–. Pocos capitanes como vos. Os estamos agradecidos. Sé que una fuerte amistad os une a la reina. Ella os aprecia y os manda sus bendiciones. –El tono de su voz no dejaba adivinar los celos que bullían en su interior.

Con catorce años, don Gonzalo había sido enviado por su familia a Castilla para que se convirtiera en paje de Alfonso, el hermano de Isabel. Estableció una sólida relación de amistad con la joven infanta, que se mantuvo con el paso de los años. Como ella, era un ávido lector y un devoto convencido de su fe. Su estancia en la corte

fue intermitente y, en ocasiones, parecía huir cuando Fernando aparecía. Esto propició los rumores. Muchos decían que estaba enamorado de Isabel.

–Transmitid mis buenos deseos y mi respeto a mi señora reina –contestó.

Los alcaides se retiraron. Luego, acompañados por dos guardias, llegaron el príncipe de Granada y su maestro. Ahmed iba vestido al estilo castellano. Ibrahim se apresuró a tomarlo por el hombro e indicarle cómo debía hacer la reverencia.

–Príncipe Ahmed, has crecido desde la última vez que te vi –le dijo el rey–. Tienes la mirada de tu padre. ¿Estás bien aquí?

–Sí, majestad.

–Me alegra. Eres un invitado de honor. Puede que pases más tiempo con nosotros. ¿Tienes ganas de volver junto a tus padres? –El niño asintió–. Dios quiera que pronto puedas regresar a Granada. –Hizo una señal a Zafra, que enseguida llamó a una sirvienta. La joven le entregó a Ahmed una cajita de madera taraceada–. Es un regalo de la reina. Te aprecia mucho, Ahmed. Te llama su infantico. Ábrela, ábrela –lo animó. El niño obedeció y, al instante, su mirada se iluminó. Dentro había una escuadra de caballeros castellanos perfectamente tallados y policromados.

–Gracias. –La voz del niño denotaba su ilusión.

–No es nada. Unos juguetes. Al príncipe Juan le encantaba jugar con caballeros como ésos. ¿Sabes? Me lo recuerdas cuando tenía tu edad. Ahmed, debes considerarnos tus amigos. –El niño asintió–. ¿Puedes esperarnos fuera un momento?

La sirvienta acompañó al príncipe a la salida. Ibrahim permaneció ante el rey.

–Ya sabrás que hemos castigado la Vega –comenzó diciendo Fernando–. Boabdil retiene para sí Granada. Le he escrito para insistirle en que cumpla con lo pactado. Nos acaba de llegar su respuesta. –Miró a Hernando de Zafra, que alzó y agitó en el aire un documento–. Excusas. Dice que Granada ya no está bajo su control,

que el pueblo se ha alzado y lo obliga a resistir, que su voluntad es volver a nosotros, pero que le es imposible. ¿Qué debemos hacer ahora? –Dejó pasar un breve silencio–. Sencillo: volver a castigar, arrasar los campos, asfixiar a Granada... Y luego, en última instancia, asediarla. –Ibrahim escuchaba sin pronunciar palabra–. Si los granadinos quieren guerra, guerra tendrán. Sólo quiero que estéis informados, que sepáis por mi propia boca lo que vuestro emir ha hecho.

El maestro hizo una reverencia, aguardó unos segundos y se retiró pronunciando una bendición. Fuera recogió al niño y, con él, salió de la alcazaba.

–¿Qué quería el rey? –preguntó Ahmed en romance.

–En árabe. Respeta tu origen –le reprochó Ibrahim–. El rey quería informarnos de que tu padre está en una situación difícil. El pueblo de Garnata quiere resistir y el emir no tiene más camino que apoyarlo. Eso retrasará la entrega. ¿Entiendes?

Ahmed asintió.

–Tardaré más en ver a mis padres –concluyó–. No importa, ya estoy acostumbrado.

Siguieron caminando cuesta abajo. El camino serpenteaba por la ladera del monte que le servía de base a la fortaleza. Ibrahim marchaba meditabundo.

«Ése es el verdadero problema, pequeño, que te has acostumbrado...».

Andarax, junio de 1490

–¡Traidor!

El grito resonó entre las montañas y su eco se propagó a lo largo de los valles. Los guardias se pusieron tensos y otearon los alrededores en busca del origen de aquella voz. Sin embargo, les fue imposible determinarlo. El Zagal apretó los dientes y los animó a seguir la marcha. Regresaban de la campaña de la Vega y ya tenían Andarax a la vista. Kasim cabalgaba a su lado.

–Lo esperaba –le dijo el walí a su guardia de confianza–. Estos palurdos no entienden nada. No saben lo que se avecina.

Kasim no perdía de vista las arboledas cercanas.

–Ladridos, sidi. No son más que eso.

–Puede ser. Pero los perros, en jauría, también son peligrosos...

La escuadra llegó al caserío sin que nadie saliera a recibirlos. Al pasar por la plaza anexa a la mezquita, un hombre escupió al suelo al paso del Zagal.

–¡Cogedlo! –gritó un capitán.

El hombre echó a correr y se perdió en el desorden de casas.

–¡Dejadlo! –ordenó el gobernador–. ¡A la alcazaba!

Llegaron arriba y el Zagal sintió que su pecho se descongestionaba.

–Prepárate –le dijo a Kasim–. Todo esto no augura nada bueno.

El guardia pensó en su advertencia. Se despidió de su señor y acudió a su hogar. La puerta estaba entreabierta. Desde la entrada escuchó a Falak. Tarareaba una canción popular mientras troceaba verduras para añadirlas a un perol. De pronto se percató de su presencia y giró la cabeza hacia él.

–¡Ay! –gritó, y soltó el cuchillo y las verduras.

Se puso en pie y corrió hacia él. Tenía los ojos brillantes.

–¡Ay! –repitió mientras se abrazaba a su cuello. Kasim respondió al abrazo y la besó en la mejilla. No pudo evitar emocionarse por su reacción–. Mi Kasim. Ay, Dios mío. ¿Estás bien? ¿Te han herido?

No le dio tiempo a responder. Comenzó a desabrocharle la brigantina con gestos apresurados. El hombre se dejó desvestir. Falak tiró de las prendas y, con las prisas, rasgó su túnica. Lo dejó completamente desnudo y se apartó un par de pasos para contemplar su cuerpo. Su piel no mostraba heridas, sólo las costras secas de dos arañazos. La mujer suspiró. Agarró sus mejillas y volteó su cabeza para comprobar que todo estaba bien.

–Vuelves entero –susurró, aliviada–. He rezado tanto...

Lo besó y comenzó a arrastrarlo hasta su colchón. Lo tendió, se remangó la túnica y se sentó a horcajadas sobre él. Le hizo el amor en silencio.

–Tú primero, déjame hacerte... –ofreció él, pero ella apoyó una mano en su pecho y lo derribó. Arreció las acometidas y, rompiendo las resistencias, hizo que terminara.

La joven lo liberó y se echó a su lado.

–Descansa. Sólo abrázame. He rezado tanto...

Kasim la besó en la frente y le dejó apoyar la cabeza en su pecho. Falak cayó profundamente dormida y el hombre comprendió que había sufrido ansiedad durante su ausencia. Sonó lejano el llamado a la segunda oración del día, pero Kasim no se movió. Rezó tumbado, acariciando el pelo cobrizo de la mujer.

–Gracias, Dios mío, por ponerla en mi camino para sanar mis heridas.

Sevilla, junio de 1490

–¿Quién vive aquí? –preguntó a gritos Beatriz nada más entrar en la casa.

–¡Bea, mi niña! –gritó Francisca desde el interior, y salió apresurada para abrazar a la muchacha–. Ay, mi niña, que ya está de vuelta. –La besó en las mejillas–. ¿Cómo te ha ido? ¿Estás bien?

–Bien, bien. No te preocupes. Si han sido sólo unas semanas... ¿Y Gonzalo?

–Está al llegar. Verás qué contento se pone. Ha ido al arenal a vender panes.

La puerta se abrió de par en par y el hombre penetró en la sala con un canasto de mimbre en las manos.

–¿Quién altera la paz de mi casa? –soltó con fingida voz de enfado–. Ven aquí, hija mía. –La abrazó–. Suelta el hatillo y siéntate. Cuéntame, ¿cómo ha ido?

Los tres se sentaron a la mesa.

–Pues no me ha ido mal –comentó Beatriz, resuelta–. Ya me he hecho al trabajo. Es parecido a una carpintería, pero en lugar de serrín hay sangre –se rio, pero Francisca y Gonzalo no acabaron de verle la gracia a la broma y dibujaron una mueca en sus facciones–. Hemos atendido a muchos hombres. Algunos eran moros. Ha habido mucha lucha. En fin... la guerra...

–¿Habéis atendido a mahometanos? –preguntó Francisca.

–Moros del rey viejo, de los que se rindieron. Han ido a ayudarnos.

–Dios bendito –soltó la mujer–. Moros contra moros. Lo que nos faltaba ya por ver.

Beatriz metió la mano por debajo de su falda y extrajo una bolsa de cuero, que colocó sobre la mesa.

–Aquí están los dineros que me han pagado.

Gonzalo dirigió la vista a la bolsa.

–Nos vendrán bien –dijo.

Beatriz los miró a los dos. Habían mudado la expresión.

–¿Qué ha pasado?

El matrimonio se miró furtivamente.

–Han abierto otro horno en el barrio –explicó la mujer–. A una calle de aquí. Nada bueno. Ya lo notamos.

–¿Pasáis apuros? Haré lo que sea necesario...

–Ni hablar –cortó tajante el hombre–. No volverás a los viejos caminos, si es lo que insinúas. Lo que nos faltaba... Nos apañamos. Seguimos teniendo clientes. He pensado en alquilar la habitación de Gonzalico. –Miró a su esposa, que asintió–. Desde que se casó apenas viene a vernos.

Beatriz frunció el ceño. Estaba preocupada.

–Bueno, bueno, que no es el fin del mundo –intentó animar Francisca–. Saldremos adelante. Ahora come algo y reponte del viaje.

Francisca se levantó y tomó el hatillo de la joven. Se perdió en el interior de la casa tarareando una canción. Beatriz encaró a Gonzalo.

–¿Tengo que preocuparme?

–A ver, Bea, las cosas han cambiado. Pero no estamos en la ruina. Todavía no.

Sonrió, aunque la joven no lo acompañó en el gesto. Amaba a aquella familia. Haría lo que fuera necesario por ellos.

Andarax, junio de 1490

Antes del amanecer levantaron el campamento. Habían pasado la noche junto al río, al norte de Andarax. La partida de caza del Zagal retomó la marcha. Estaban siguiendo el rastro de varios jabalíes que se escondían en los bosques de la zona. Se adentraron en un bosque de fresnos y arces. Enseguida encontraron varios surcos en la tierra.

–Están cerca, la tierra está húmeda –dijo uno de los hombres.

Los perros comenzaron a ladrar hacia la espesura del bosque y sus cuidadores apenas pudieron contenerlos.

–¡Soltadlos! –ordenó el Zagal a la vez que espoleaba a su caballo.

Nadie oyó el siseo de la flecha que brotó entre los árboles y fue a clavarse en el tronco de un fresno, en el vacío que el walí acababa de dejar con su movimiento.

–¡Al suelo, sidi! –gritó Kasim. El guardia dirigió su montura hacia el bosque para buscar al asesino.

Los animales habían detectado la amenaza y corrían hacia ella.

–¡Atacad! –voceó Kasim con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando llegó hasta ellos, los canes se habían echado sobre el arquero. Dos de ellos mantenían la mordida, mientras los otros daban dentelladas en diferentes puntos de su cuerpo. La sangre brotaba generosa y el asesino comenzó a chillar. El sabor de la sangre enloqueció a los perros.

–¡Quietos! ¡Ya! –gritó una y otra vez Kasim, que no consiguió detenerlos.

Un jinete de la partida llegó al lugar. Vomitó al contemplar el espectáculo. Los perros seguían fuera de sí. Los cuidadores irrumpieron en el escenario a la carrera.

–¡Que nadie se acerque! –advirtió uno de ellos.

El asesino yacía inerte. Su cuerpo se dejaba manejar por los canes, desmadejado. Los adiestradores consiguieron apartarlos de la presa. Mostraban los dientes, furiosos y ensangrentados.

El Zagal y el resto de jinetes se acercaron al cuerpo.

–No hemos podido salvarlo. Los perros se han ensañado con él –informó Kasim.

El walí estaba tenso. Se acercó al muerto, agarró sus cabellos y alzó su cabeza.

–¿Alguien lo conoce? –preguntó en voz alta. Había comenzado a sudar.

Dos hombres se acercaron.

–Es un leñador de la alquería de las Rosas –dijo uno de ellos–. Era un buen hombre.

–¡Aquí todos sois buenos hombres! –El walí estalló en cólera–. Maldito culo del mundo.

Se acercó a los perros.

–¿Todos? –preguntó a los muchachos que sujetaban sus correas. Éstos asintieron–. ¡Maldita sea! –Escupió al suelo. Adoraba a aquellos perros, pero habían probado la sangre humana y no había salvación para ellos–. Hacedlo aquí mismo.

Montó su caballo e inició la marcha. Kasim fue el primero en seguirlo.

–Te lo dije, Kasim. Nada bueno...

Granada, junio de 1490

Salió de la mezquita de Badis sofocado por el calor. Los niños a los que había impartido la clase correteaban y jugaban entre los árboles

del patio de abluciones. Desde la calle podía oír las voces del muecín, que los llamaba al orden.

–¡Éste no es sitio para correr! –les decía.

Reduán sonreía. No estaba de acuerdo, a Dios no podían ofenderlo los juegos de los niños.

El viejo maestro atravesó la alcazaba Cadima y llegó hasta la puerta de Elvira, por donde salió de la ciudad. Se internó en el cementerio por la primera abertura que encontró en su cerca. El espacio estaba sembrado de olivos. También había algunos cipreses solitarios, apuntando al cielo con sus copas puntiagudas. El faquí se detuvo junto a un rosal y tomó una flor. Siguió su camino hasta que se topó con la capilla de al-Rundí, un santón muy venerado en Granada. A pocos pasos estaba su destino. La tumba estaba marcada por una delgada línea de losas clavadas en la tierra. En la cabecera destacaba una estela de cerámica vidriada con forma de disco. En ella, sobre un fondo blanco, había pintada una flor en azul. Depositó la rosa y se sentó en un banco de piedra.

–Casi pierdo la cuenta de los años, esposa mía –dijo en un susurro–. He vivido más años sin ti que contigo. Sin embargo, a mi lado sigues, como una sombra que no se aparta de mis pies. Te sigo echando de menos, pero ahora siento algo de alivio al pensar que no verás lo que está por venir. –Se acarició la frente, conteniendo a duras penas las lágrimas–. Cuánto ha cambiado nuestra Granada. No la reconocerías. Nos han talado la Vega. Pronto el hambre llegará a todas las casas... A la nuestra ya se ha asomado. No te asustes, tengo suficiente para mantenerme vivo, pero poco más. Te has ahorrado unas cuantas matanzas, y te ahorrarás ver campanas en los minaretes de nuestras mezquitas. Lo que no les entreguemos a los rumíes, lo tomarán por la fuerza. ¿Podrán descansar mis restos junto a ti? –De sus ojos cayeron las primeras lágrimas–. No me regañes, esposa. Ya soy viejo, y los viejos podemos llorar cuando se nos antoje. ¿Sabes? De nuevo estamos divididos. Unos quieren capitular y seguir con sus vidas. Otros quieren resistir. Por ahora ganan los segundos, pero yo ya no sé qué es lo que más nos

conviene. El tiempo lo dirá. Nos han arrinconado. Sólo nos queda Garnata, y poco más. –Hizo un breve silencio. Había dejado de llorar y apretaba la boca con furia–. Nuestra vela se extingue. ¿Sabes? Últimamente siento que la melancolía me ahoga. Los recuerdos son un hogar seguro, pero duelen tanto... Veo a nuestros padres acordando nuestro matrimonio. ¿Lo recuerdas? Apenas nos conocíamos, pero qué bien nos acoplamos... He sido afortunado. Tuve el amor más puro, aunque fuera fugaz. –Se tapó la cara con las manos–. Ay, esposa. Estoy divagando. Te dejo ya. –Se puso en pie con dificultad–. Ahora me consuela ver cerca el final. No me queda mucho, lo sé. Y no me inquieta.

Sin despedirse, deshizo el camino hasta dar con la puerta de Elvira, desde donde comenzó la ascensión hacia el corazón de la alcazaba Cadima. Tras él, fue dejando un reguero de suspiros.

Andarax, junio de 1490

Los gritos hicieron que se levantara sobresaltado. Parecían provenir de la misma alcazaba. Kasim tomó su capacete.

–¿A dónde vas? –le preguntó Falak, todavía aturdida.

Kasim salió sin darle respuesta. La luna iluminaba el espacio amurallado. Vio hombres a la carrera y oyó el choque de los metales. Cerca, en el muro que daba al caserío, había dos guardias que parecían tirar armas hacia fuera.

Corrió hacia la armería y allí se encontró con varios compañeros que ya se armaban. Se abrochó el barbiquejo del capacete y tomó una espada y una adarga. Los gritos parecían subir de intensidad.

–Se han alzado –comentó uno de los guardias.

En ese instante, apareció el Zagal con su brigantina sobre la ropa de cama.

–¡A mí! –gritaba una y otra vez, desorientado.

Kasim acudió a su lado y llamó a otros dos guardias de su confianza.

–Sidi, es mejor que permanezcas en casa –le dijo.

En torno a la puerta de la alcazaba se formó un revuelo de guerreros. El Zagal obedeció. La revuelta había comenzado fuera, en el pueblo, pero algunos guardias parecían apoyarla desde la alcazaba.

Los rebeldes arremetían con fuerza contra sus propios compañeros para conseguir tomar la entrada. Sin embargo, las armas fieles al Zagal parecían imponerse. Sonaron golpes desesperados al otro lado de la puerta, cánticos y gritos que pedían justicia contra los traidores al islam. Los guardias lograron controlar la situación. El ruido se fue apagando. Sin embargo, los rebeldes hicieron hogueras en torno a la muralla. El Zagal salió de nuevo y se reunió con Kasim.

–Sidi, no quedan rebeldes en la alcazaba –informó el guardia.

–Pero estamos asediados –rebatió el walí.

–Tenemos hombres suficientes para acabar con ellos.

–No quiero una masacre de campesinos –suspiró. El cielo comenzaba a clarear–. Sangre estéril. No vamos a cambiar la voluntad del pueblo a la fuerza.

Kasim asintió, satisfecho con su respuesta.

–Respetar la vida te da valor.

El Zagal miró con dureza al horizonte, donde el cielo nocturno difuminaba el humo de los fuegos. Se dispuso a regresar a su hogar.

–Mejor ve a casa. Tu esclava debe de estar preocupada por ti.

Kasim obedeció y comenzó a caminar. Distinguió a Falak apostada a la entrada. Sonó la voz del muecín, que recitó versos del Corán y arengas que volaron, junto al humo, para perderse entre las estrellas.

Granada, junio de 1490

Con el anochecer comenzó a refrescar. El día había sido caluroso y la fiesta había tenido que celebrarse en los salones interiores del palacio de los Abencerrajes. El emir regresaba al palacio del Riyad acompañado por su madre, que cojeaba ligeramente.

–La maldita cadera. Ni con el calor se me va el dolor... –se quejó Fátima la Horra. Su voz delataba cierta ebriedad–. Estos Abencerrajes saben dar una fiesta. ¿Cómo ha ido en el salón de los hombres?

Boabdil le ofreció el brazo para que se agarrara.

–Son demasiado vulgares. No me gustan. Ríen a carcajadas hasta que se les ve la campanilla, beben y se emborrachan como cualquier mulero, y todo lo hablan a voces.

–Pues no los desprecies, porque a ellos les debes el emirato. No dudaron en apoyarte, y bien que te hacía falta su ayuda entonces –le recordó su madre–. Hoy estaban contentos, y tenían motivos. –Habían celebrado la circuncisión del último vástago del banu–. A lo mejor lo que pasa es que tú no sabes relajarte –le dijo a su hijo con tono pícaro. Se detuvo, separó las piernas y simuló un baile.

–Basta, madre, que te van a ver. –Señaló a los guardias que abrían su camino.

–Tienes el carácter avinagrado, hijo.

–¿Cómo quieres que lo tenga? –Boabdil la encaró–. Estamos otra vez en guerra, los rumíes tienen a mi hijo preso en Moclín y mi esposa...

–Tu esposa está falta de mano –remató la Horra alzando el brazo y mostrando la palma de la mano abierta.

«Bien conozco el tacto de esa mano», se dijo el emir.

–Déjala en paz. Ella lleva lo suyo a cuestas. No es fácil. Ya volverá...

–Eres un blando, no puedes evitarlo –soltó la mujer con desprecio.

–¿Preferirías que fuera como mi padre? ¿Que la humillara como él te humilló?

Fátima se quedó desconcertada, incapaz de reaccionar. Su hijo había sabido golpear su punto débil. Retomaron el camino, ambos calmados.

–¿Cuándo partes a la Alpujarra? –preguntó la madre.

–En dos días. Ya está casi todo listo.

–Bien, bien. –Recuperó el buen humor.

Llegaron a la entrada del palacio y los guardias les franquearon el paso.

–Ahora sólo hay un camino que seguir –dijo Boabdil antes de despedirse de su madre–: golpear.

Desde sus estancias, en la planta superior del ala sur, Moraima vio al emir avanzar entre los parterres con aire orgulloso.

* * *

Una joven con una caja de cosméticos penetró en la sala templada y se dirigió hacia la esposa del emir. Ésta la detuvo con un gesto de la mano.

–¿No estás de ánimo, señora? –preguntó Nawar a media voz.

Moraima negó con la cabeza y resopló. Se sentía mareada.

–El vino no es el camino, si me permites opinar –dijo la esclava. Moraima calló–. He visto a muchos caer en su maldición.

Moraima alzó la cabeza y la miró a los ojos. El vapor se había disipado. A la luz tenue de las lumbreras, su mirada sombría hizo que la sudanesa se estremeciera.

–Yo lo que quiero es morirme –dijo con la lengua entorpecida por el alcohol.

Arrancó a llorar y Nawar la abrazó. La sala entera se agitó con los gemidos de la mujer herida, de la madre sin hijo.

–Mi esposo ha marchado ya a la guerra –dijo con la voz rota–. He sentido alivio con su marcha –reconoció–. Cuando está cerca siento que no puedo respirar. ¿Entiendes lo que digo? –Nawar asintió, conmovida–. Ya no lo quiero, ya no siento por él más que odio. Me apartó de mi niño, y ahora me niega la posibilidad de recuperarlo. No soy buena persona, amiga. Deseo su muerte. Lo imagino en las sierras, peleando, atravesado por una lanza, y siento... siento una especie de alegría que me recorre el cuerpo de arriba abajo. Soy peor que el diablo, pero no lo puedo evitar.

Hundió el rostro empapado de lágrimas en las palmas de sus manos. Nawar apretó el abrazo y le susurró al oído.

–Estás sufriendo más de lo soportable. ¿Qué esperas sentir? No eres mala. Te conozco bien.

–Tú no eres así.

–Yo... Moraima –la llamó por su nombre–, a lo largo de mi vida he deseado muchas muertes. Si tú eres mala, yo soy aún peor.

Esbozó una sonrisa. Moraima la imitó y una lágrima escapó de sus ojos. En un arrebato, Nawar se puso en pie, besó su cabello y se acuclilló a sus pies. La futa dejaba al descubierto las piernas de su señora. Tomó uno de sus pies y comenzó a masajearlo. Al instante, la tensión comenzó a disolverse.

–Nawar, mi flor... Eres la luz de mis días oscuros.

La esclava levantó la cabeza y se encontró con dos lunas nuevas, brillantes, que la observaban con ternura.

Sevilla, junio de 1490

–Mira a mi Isabelilla, jugando como una niña. –La reina observaba a su hija correteando con otras damas por el jardín–. Qué inocencia... Pronto se me irá a Portugal, tan lejos... Y tendrá que hacerse cargo de su propia familia. ¿Sabe, vuestra excelencia? Conforme me pasan los años tengo más miedos. Temo por ella.

Fray Hernando de Talavera sonrió benévolo y dirigió la vista a la joven.

–Vuestra majestad, vos a su edad... –Se interrumpió a sí mismo–. No os preocupéis por ella. Cuando se reúna con su esposo sabrá desenvolverse. Le habéis dado buen ejemplo. Pero es ley de vida, tendrá que hacer su propio camino.

–Ya, ya. Pero la cabeza no para de darme vueltas. A veces pienso que he salido a mi madre –confesó con media sonrisa.

–Dios cuide a vuestra madre, señora. Pero vos no tenéis nada que ver con ella. Vuestro carácter no es el suyo. –«Gracias al cielo», añadió el clérigo para sí.

–Cosas de madre –dijo la reina dando un manotazo al aire–. Aunque hay más asuntos que me preocupan.

–Granada –dijo Talavera–. Nadie lo esperaba. Sin embargo, estamos preparados, gracias a Dios. Volvemos a tener bulas; hay dineros para la guerra.

–No va a ser fácil. Málaga no fue fácil, ni Baza, pero Granada es otra cosa.

–Tranquila, majestad. Vuestro esposo ya ha ablandado a los moros con las talas.

–Ya, pero ahora tienen la Alpujarra. Y también se ha rebelado Adra. Ahora el rey Chico tiene un puerto. No tardarán mucho en venir moros de África.

Esa información era nueva para el obispo. Suspiró.

–Adra está cerca de Almería, que es nuestra. No tardaremos en recuperarla.

–Ya, ya –volvió a decir la reina–. Siempre solventamos, pero a costa de dineros y vidas. Tendremos que volver a mandar gente, y mi pueblo está ya extenuado.

–Todo por un bien mayor, mi señora. Es la misión que Dios os ha encomendado. Vos no comenzasteis esta guerra. Os pusieron en jaque y habéis sabido responder.

La reina miró a su confesor con una mueca de ironía.

–Excelencia, no dejáis de sorprenderme. Mostráis firmeza, pero soléis hablar de convencer, de evangelizar a los moros por la palabra sin usar la fuerza.

Talavera rio sonoramente antes de responder.

–Una cosa no está reñida con la otra, majestad. Vos os encargáis de conquistar. Yo me encargo de las almas. A ésas no hay quien las someta por la fuerza.

–Ya, ya –repitió por tercera vez Isabel–. Al César lo que es del César...

–Y a Dios lo que es de Dios –remató el obispo.

Andarax, junio de 1490

Decenas de vecinos habían salido del pueblo para recibir al emir de Granada. Habían improvisado banderas bermejas usando sábanas teñidas con sangre de cordero.

–¡Mawlana! –gritaban a su alrededor.

Boabdil cabalgaba rodeado por su guardia helche. A su lado iba su visir de la Espada.

–Querían un buen emir, y ya lo tienen –le dijo Muza a su señor.

El visir estaba satisfecho con el resultado de aquella campaña. Habían conseguido conquistar los extensos territorios que se habían alzado contra el Zagal y su cuñado. Ni siquiera habían tenido que pelear. Sólo Márjena había ofrecido una feroz resistencia, manteniéndose bajo el poder de Yahya. El Zagal, por su parte, en cuanto tuvo conocimiento de que su sobrino se acercaba con un ejército, huyó hacia Almería y dejó su castillo desprotegido.

El nuevo alcaide de Andarax se acercó a la comitiva del emir.

–Sidi Boabdil, tuyo es Andarax y todo su alfoz.

–Dios os recompensará –contestó el emir.

–También tenemos tropas nuevas que ofrecerte. –El hombre señaló a dos guardias africanos que lo acompañaban–. Vienen de Adra, y son más de doscientos.

Boabdil dibujó una amplia sonrisa. En cuanto supo que disponía de un puerto, ordenó que enviaran naves a África para pedir ayuda. Apenas había pasado una semana y ya tenía tropas africanas de refuerzo.

–*Allahu Akbar...* –pronunció el joven emir, emocionado.

–*Allahu Akbar!* –respondieron al unísono decenas de voces a su alrededor.

Ascendieron hasta la alcazaba, donde la tropa local organizó una parada. Boabdil asistió al acto montado en su caballo.

–Mi señor –le susurró Muza, exultante–, los rumíes se lo pensarán dos veces antes de volvernos a faltar al respeto.

Boabdil asintió. Le había costado decidirse a dar aquel paso, pero ahora se alegraba de estar al frente de los rebeldes.

–Esto no acaba aquí –contestó–. Ya tenemos la Alpujarra, ahora tocan Baza, Guadix y Almería.

–Con la ayuda de Dios –pronunció Muza.

Igual que habían hecho con los alpujarreños, también habían contactado con los musulmanes que seguían viviendo en las plazas recién conquistadas por Castilla. Ellos también se alzarían.

El emir y su visir siguieron contemplando el desfile. Los jinetes bereberes manejaban con maestría sus monturas. Llevaban grandes turbantes anudados a la barbilla, espadas jinetas y alguna espingarda que, en un momento de exaltación, hicieron tronar. El caballo zaíno del emir se agitó.

–Calma, Bermejo, calma –le susurró su dueño–. Pronto escucharás esos truenos en el campo de batalla.

Almería, julio de 1490

–No me canso de mirarlo.

Falak permanecía sentada en la arena de la playa, extasiada en la contemplación del mar. Apenas había olas y las aguas brillaban bajo el sol inclemente del mediodía. A su lado, Kasim permanecía en pie con los brazos cruzados. Tampoco apartaba la vista de aquella inmensa masa de agua. Dos gaviotas graznaron sobre sus cabezas, aletearon y se posaron en la arena, a varios pasos de donde estaban.

–Pensé que moriría sin verlo –comentó el hombre.

–¿Vas a ir con ellos? –Falak señaló con la cabeza un muelle cercano en el que se distinguían dos naves. Llevaban enseñas musulmanas.

–Sabes que sí. Me debo a mi señor. Mañana mismo salimos.

–¿Y crees que vais a tener éxito?

–Ya funcionó en la Vega.

Don Alonso de Granada Venegas se había ofrecido a los castellanos para liderar la recuperación de Adra. De nuevo quería recurrir al engaño, simulando que encabezaba un pequeño ejército africano de voluntarios.

–Estaréis en sus manos. –Falak sintió el miedo atenazando su estómago–. No quiero ni pensarlo... –Apartó la mirada. Kasim la abrazó.

–Falak, mi pequeño regalo de Dios. Tranquila, no me pasará nada. El Altísimo me tiene encomendada otra misión, y debo sobrevivir hasta que la cumpla.

La esclava apoyó la cabeza en su hombro. «Tú y tu venganza», pensó. Sus lágrimas mojaron la túnica blanca del hombre.

* * *

Las naves se acercaron a la costa. El perfil rocoso del interior se adivinaba sobre la mancha blanquecina de la alquería. Don Alonso de Granada ordenó izar la bandera bermeja, la señal que los anunciaba como refuerzos africanos. Los hombres vestían amplias túnicas partidas por cinturones, de los que colgaban sus espadas jinetas. Sus cabezas estaban cubiertas por turbantes blancos.

Cuando el castillo de Adra fue visible, distinguieron la bandera roja que se alzaba desde su torre principal. Kasim sintió que su corazón se aceleraba. No conseguía acostumbrarse al peligro, a la expectativa de lucha a vida o muerte.

–Forzad el acento si tenéis que hablar –dijo Alonso en árabe.

El hijo de Yahya se situó en la proa de su nave y asistió desde allí a la maniobra de atraque en el pequeño muelle. En la playa se arremolinaron decenas de guerreros. Su actitud parecía festiva. Alonso fue el primero en saltar. Avanzó por la pasarela hasta tocar la arena y allí fue recibido por un capitán.

–Hermano, no imaginas lo bien recibidos que sois. El Altísimo os bendiga.

–Juntos haremos temblar a los infieles –contestó el hijo de Yahya.

Los voluntarios desembarcaron. Atravesaron la alquería y fueron conducidos al interior de la fortaleza. Los recibió el alcaide.

–Mawlana Boabdil os agradece la ayuda. –El alcaide se acercó a Alonso y lo abrazó–. Pasaréis esta noche en Adra y mañana os mandaremos a Granada.

–Sea lo que mawlana disponga –dijo Alonso, acentuando cada palabra al estilo africano–. ¿Cuántos musulmanes defienden Adra?

El alcaide sacó pecho.

–Más de cien. Todos buenos guerreros.

Don Alonso de Granada miró de reojo a los suyos, a los ochenta hombres que habían desembarcado con él. En las naves habían quedado otros veinte. Debía andarse con tiento y repetir la estrategia de la torre de Roma. Alzó los brazos y sonrió. Sus hombres se tensaron, atentos a la señal.

–Hermano –pronunció, invitando al alcaide a fundirse en otro abrazo.

El hombre le devolvió la sonrisa y se dejó abrazar. Kasim se acercó al guardia que tenía más a mano. Alonso desenfundó su puñal, volteó al alcaide y colocó la hoja en su cuello. Sus hombres lo imitaron, inmovilizando a los defensores que pudieron atrapar.

–¡Todos quietos! –gritó el hijo de Yahya–. Adra vuelve a manos de sus dueños.

Hubo gritos, maldiciones y tintinear nervioso de metales, pero Adra fue tomada sin derramar una sola gota de sangre.

Granada, julio de 1490

El mercado de ganado de la puerta de Elvira se había reducido a menos de la mitad de lo habitual. Los precios, desorbitados, resultaban imposibles para la mayoría de los granadinos.

Badra paseó entre la gente. Recreaba en su mente los consejos de Jalil y sentía que le faltaba el aire. Su mirada, vacía, hablaba de su dolor.

–¡Si tengo sólo esto! ¿Cómo quieres que te lo venda más barato? –El tendero discutía con una mujer que regateaba el precio de la fruta. Ambos delgados, consumidos por un hambre reciente que se había instalado en las vidas de todos.

La niña se acercó a la manta donde se mostraban los productos. Se situó junto a la mujer y simuló prestar atención a la discusión mientras, con un pie, hacía rodar una manzana para alejarla de ellos.

–Nos vamos a morir de hambre –dijo la mujer golpeándose el pecho–. ¿Quieres que mis hijos mueran de hambre?

Badra se apartó y alejó la manzana dándole pataditas, hasta que pudo agacharse para cogerla sin ser vista por el tendero. Con el botín, salió del mercado y tomó el camino de Elvira, desde donde accedió al cementerio. Había dejado de acudir a la rauda del Albaicín.

Caminó entre estelas y capillas, y se dirigió hacia un olivo para sentarse a su sombra. Mordió con avidez la fruta hasta devorarla por completo. Luego se puso en cuclillas y allí mismo, junto al árbol, orinó. Cuando se disponía a marcharse hacia las huertas que rodeaban el cementerio, oyó la voz de un hombre.

–¡Pequeña!

Vio a un anciano que caminaba hacia ella. Asustada, echó a correr en dirección opuesta, pisando algunas tumbas en la carrera.

–¡No tengas miedo! –insistió el hombre, pero Badra desoía la llamada.

Reduán contempló aquel cuerpecillo raquítico perdiéndose en la distancia. Negó con la cabeza, se acercó al pecho la rosa que llevaba en la mano y continuó su camino hacia la estela de su esposa.

«Cuántos niños sufriendo por los odios de los hombres, cuántos inocentes condenados por una guerra injusta», pensó.

* * *

Desde una distancia prudencial, Boabdil contemplaba cómo sus hombres se acercaban a la torre para arrojar leños. El resto de la fortaleza de Alhendín había caído ya en manos de los granadinos. Muza acompañaba a su emir. Con la mano derecha sujetaba una tea. Desde la azotea de la torre, los últimos defensores gritaban insultos y les arrojaban las pocas piedras que les quedaban.

–¡Putos moros!

–¡Hijos de una puta perra!

Sus voces se expandían por los llanos cercanos. Eran homicianos, asesinos que pretendían conmutar sus penas sirviendo en aquella plaza. Don Mendo de Quesada, al mando, intentaba dirigirlos.

–¡Romped las almenas! ¡Tiradles lo que sea! –gritaba, nervioso.

Habían pasado seis días de duros enfrentamientos. Boabdil había vuelto exultante de la Alpujarra y, sin descansar, había decidido iniciar otra campaña. Quería devolver el golpe que le habían dado los castellanos cuando se apropiaron de Alhendín y Mondújar. También pretendía atacar Salobreña para suplir la pérdida de Adra.

Los granadinos consiguieron acumular un buen número de leños y ramas. Muza prendió varias teas y avanzó con la suya. La arrojó contra el muro y sus hombres lo imitaron. Las ramas no tardaron en prender. Don Mendo de Quesada asomó la cabeza y contempló la densa humareda que comenzaba a alzarse desde el pie de la torre. La puerta no tardaría en arder. Se retiró y, al instante, ondeó una enseña blanca. Los nazaríes lo celebraron con gritos de júbilo y loas a su emir. Los defensores salieron de la torre y fueron hechos prisioneros.

–De mala manera nos la quitaron. Gracias al Compasivo la recuperamos –dijo Boabdil ante ellos.

Don Mendo se atrevió a contestar en romance andalusí.

–Su alcaide moro nos la entregó. No estaría contento con su señor...

Un guardia golpeó su mejilla. Don Mendo hincó rodillas y escupió dos dientes.

Boabdil alzó la voz para dar una orden:

–¡Que no quede piedra sobre piedra!

De nuevo se escucharon vítores. El ejército partió al alba del día siguiente en dirección a Mondújar, la otra espina clavada en el orgullo del emir.

La fortaleza ofreció una feroz resistencia. En ausencia del alcaide, María de Acuña, su esposa, dirigió la defensa. Pasaron varios días y Boabdil estuvo a punto de desistir. Sin embargo, superada por aquel numeroso ejército, la plaza fue finalmente rendida por doña María. La mujer, hábil, negoció a cambio la libertad para sus hombres y para sí misma.

El emir ordenó seguir la marcha hasta la costa para poner sitio a Salobreña. Cuando ya tenía el mar a la vista, recibió una misiva de su madre. Fátima lo informaba de que los musulmanes de Guadix habían sido descubiertos conspirando contra los cristianos. Los rumíes habían vaciado la ciudad de mahometanos y los habían reubicado en las aldeas y alquerías de los alrededores. Los planes de Boabdil para sublevar a aquellos mudéjares habían fracasado.

Cuando llegaron a las inmediaciones de Salobreña, observaron que varias columnas de humo se alzaban desde el caserío. Los musulmanes de la plaza se habían rebelado y habían tomado el control de los arrabales y la medina. Los rumíes, desde la alcazaba, habían hecho salidas por los portillos para sofocar la rebelión, pero cuando vieron al ejército moro se recluyeron en el castillo. Las puertas de la medina se abrieron para recibir a los granadinos.

–¡Emir, emir! –gritaban enfervorizados, y Boabdil se creyó por un instante capaz de doblegar a Castilla.

Las primeras explosiones de los ribadoquines lo despertaron de su ensoñación. Los cristianos tenían artillería ligera en el castillo.

–La alcazaba es fuerte –opinó Muza–. Tendremos que rendirlos por hambre.

–Así sea –determinó Boabdil.

Andarax, finales de julio de 1490

–Voy a echar de menos el mar –le susurró Falak a Kasim al oído.

La esclava viajaba montada con él en su yegua. El hombre le palmeó el muslo, un gesto de cariño que hizo que ella apretara los brazos en torno a su cintura.

La comitiva del walí llegó a las inmediaciones de Andarax, donde la guardia cristiana de la alcazaba la esperaba. Los reyes de Castilla habían enviado un numeroso refuerzo a la fortaleza de Márjena. Desde allí, una potente escuadra castellana acudió a Andarax para someterla. Tomaron el control de la alcazaba y ejecutaron a varios cabecillas. La situación pareció normalizarse y el Zagal decidió volver a su señorío.

El orgulloso gobernador se dejó rodear por los cristianos y se introdujo en el caserío. Las puertas y ventanas permanecían cerradas, y en el aire flotaba una sensación de temor y odio que se pegaba a la piel. En la plaza del mercado, junto a la puerta de la mezquita aljama, había un cadalso sobre el que descansaba un tocón manchado de sangre seca.

«Estos rumíes saben hacer las cosas», reconoció el Zagal, complacido.

Llegaron y tomaron posesión de sus viejas viviendas. Kasim y Falak encontraron la suya igual que la habían dejado.

–Hay polvo hasta en el techo –comentó Falak nada más entrar.

Kasim tuvo al instante una agradable sensación de vuelta al hogar. En un impulso, la abrazó por la espalda y besó su mejilla. Ella volvió la cara y sus ojos se encontraron con los de él. Aquella mirada seguía siendo un pozo de dolor, pero, al menos en la superficie, parecía brillar una fina capa de aguas calmas.

El Zagal se retiró a descansar e invitó a Zoraya a acompañarlo.

–Ponte cómoda –la invitó el walí.

Zoraya se sentó en una jamuga. Su mirada se perdía en el hogar, como si pudiera contemplar el espíritu de un fuego que ya se había apagado.

–Mis niños no han parado de quejarse durante todo el viaje –dijo.

El Zagal calló. Se quitó las botas de montar y se sentó frente a ella.

–No sé si será su último viaje... –soltó.

–El Altísimo quiera que sí. Estoy cansada de huir.

–Ésta no es nuestra tierra. Huele a odio. ¿No te has dado cuenta?

–Toda esta maldita península huele a odio –contestó Zoraya.

–Tienes razón... –El Zagal adoptó una actitud meditabunda–. Tienes razón... –repitió–. Tal vez ése sea el problema.

–¿Qué insinúas? –preguntó la mujer.

–Que aquí nadie nos quiere. Ni siquiera los nuestros. Tal vez ya no haya sitio para nosotros aquí.

Zoraya se levantó y apretó los puños. Miró desafiante al walí.

–No abandonaré mi tierra. Ni yo ni mis hijos.

El Zagal la observó y la percibió hermosa en su ira. Entonces comprendió que las aspiraciones sobre sus hijos no se habían apaciguado. Se levantó y se acercó a ella. Le abrió la túnica y la dejó caer. Zoraya se dejó hacer.

–Olvidemos el mañana y el ayer. Ahora estamos aquí. Seamos felices...

Granada, valle de Lecrín, agosto de 1490

El valle parecía estremecerse al paso del ejército real. Las aldeas y alquerías se vaciaron y los mahometanos se refugiaron en las sierras. El rey Fernando viajaba montado a caballo. Zafra, su inseparable secretario, montaba una mula a su lado. Su cabeza bullía con decenas de datos sobre el mantenimiento de la tropa, los refuerzos que avanzaban por la costa y la guarnición asediada de Salobreña. El rey tomaba las decisiones, pero a él le correspondía todo lo demás.

Habían salido de Córdoba varios días atrás. Boabdil estaba llevando las cosas demasiado lejos. Había sublevado a los mudéjares

de la Alpujarra, había intentado alzar a los de Guadix, había atacado Alhendín y Mondújar, y ahora asediaba la poderosa Salobreña.

Un capitán se acercó a Hernando de Zafra para transmitirle una información. Éste se tuvo que contener para no blasfemar.

–¿Qué pasa? –preguntó el rey.

–Vuestra majestad, Boabdil se nos ha escapado. Tenía puestos escuchas y lo han avisado de que veníamos. Ha levantado el asedio y nos ha sobrepasado por las sierras. Va camino de Granada. El muy cobarde... –remató. El secretario pensaba en todo el esfuerzo, la urgencia y las incomodidades de aquella campaña.

Fernando detuvo la marcha y se tomó unos segundos para meditar.

–Pues vayamos tras la presa –declaró al fin–. De paso, daremos otro palo al granero de Granada. –Observó a su secretario, que parecía seguir ofuscado–. No es mala noticia, Hernando. Salobreña está a salvo, y emplearemos bien la tropa.

–¿A la Vega? –preguntó Zafra.

–A la Vega.

* * *

Sobre la torre Mayor de su alcazaba, Boabdil contemplaba el humo de los incendios y el polvo que levantaban las escuadras al moverse por los campos.

–De nuevo, humo en la Vega. Van a destruir lo poco que quedaba.

Al-Pequeñí, a su lado, suspiró y apoyó una mano en el hombro del emir.

–Cada acción tiene una respuesta. Cada decisión conlleva un coste. No hay guerra sin dolor, sin sacrificio. Has obrado bien. –El faquí observó a los jinetes granadinos que habían salido por la puerta de Elvira para espantar a un grupo de taladores–. Perdemos los alimentos de la Vega, pero ganamos la Alpujarra y buena parte del Valle.

–He vuelto a tener sueños –dijo Boabdil para cambiar de tema.

–¿La matanza del Albaicín?

El emir asintió.

–Un niño que muere con su madre, una niña que huye corriendo... Gritos, sangre... Me pesa en la conciencia.

–Reza, medita. Acude a mí cuando lo necesites.

–También he soñado con mi hermano.

–Maldito sea quien dispuso su muerte –se adelantó al-Pequeñí. El hermano menor del emir había muerto en Almería. Todos atribuían su muerte al Zagal.

–No he soñado con su muerte. Éramos pequeños y competíamos por ganar el favor de nuestro padre. Él nos dejaba con la nodriza y se marchaba. Entonces parábamos de competir y jugábamos juntos. Ha sido un sueño extraño. –Los ojos de Boabdil brillaron. Torció la cabeza para encarar al faquí–. Dime, amigo, ¿conseguiremos lo que buscamos?

–Por supuesto, con la ayuda del Altísimo –respondió al-Pequeñí.

El joven emir se despidió. Abandonó la alcazaba, penetró en el recinto de la Secretaría y, desde allí, accedió a sus palacios.

–Traed a Moraima –ordenó antes de perderse en la sala de la Miel.

La esposa entró por su propio pie, sola. La sala olía a incienso.

–Es hora de que me escuches –dijo el esposo–. Esta guerra no aleja a Ahmed de nosotros. Debes entenderlo, era necesario. De lo que hagamos ahora depende el futuro de muchos, de todos nosotros. –Los ojos turbios de la esposa arrasaron a Boabdil–. Amo a Ahmed, pero es hijo de un emir.

–Es mi hijo –intervino ella.

–¡Mío también! –saltó el hombre–. Es mi heredero y debo velar por sus intereses, por su herencia. No importan unas semanas más.

–Las semanas no te importan a ti. A mí cada minuto me clava en el pecho una aguja ardiente.

Boabdil se puso en pie, exasperado.

–No hay manera de hacerte entender, mujer.

Moraima agachó la cabeza.

–¿Hay algo más que deba escuchar, mawlana?

Aquel trato formal hirió al hombre.

–¿Sangras? –Moraima negó–. Pues cumple como esposa.

Se quitó la túnica y se tumbó sobre la alfombra. Ella se remangó el vestido y avanzó hacia él.

Andarax, agosto de 1490

–Tengo que hablar contigo. –El Zagal recibió a Kasim en el adarve de la muralla que daba al río–. Soy un extraño en mi propia tierra. No puedo gobernar sobre un pueblo que me odia. –Fue directo al asunto que quería tratar–. Se han rebelado contra mí, han intentado matarme. –Sudaba y miraba de reojo a su alrededor–. Fernando está en Guadix. Iré a verlo. Los reyes comprarán mi señorío. –Soltó una breve carcajada que terminó en una mueca–. Para un viejo enemigo que se va, todo son facilidades... No lo soporto más, Kasim. El encierro me ahoga.

Kasim comprendió que necesitaba consuelo.

–Es difícil vivir donde a uno no lo quieren, sidi. Te comprendo.

–¡Exacto! –afirmó el Zagal–. Sabía que me entenderías –respiró hondo, como si quisiera llenarse del olor de la sierra, de los pinos, de las encinas–. Me voy, Kasim, y creo justo avisarte y darte libertad. Me has servido bien. Es hora de que elijas tu camino. Si decides venir a África, tendrás la posición que mereces. Si decides quedarte, haré todo lo que esté en mi mano para que seas respetado.

Las palabras del walí se clavaron en el alma de Kasim.

–Jamás encontraré mejor señor al que servir. –Se llevó la mano al pecho–. Te seguiría hasta el final, sidi, pero tengo una misión que cumplir.

El Zagal sonrió.

–Matar al Zogoibi –pronunció como si fuera sólo una quimera–. Te deseo suerte. Mi sobrino merece morir; celebraría que lo

consiguieras. Si quieres tener una mínima oportunidad, no vayas a Granada. Allí nunca lo tendrás a mano. Vete con los rumíes. Ganarán la guerra y tomarán Garnata. Algún día Boabdil hincará la rodilla delante de ellos. –Kasim asintió. Ya lo había pensado. El Zagal agarró su hombro y lo apretó afectuosamente–. Eres más callado que un jodido león de mármol –le dijo emocionado–. Y eso me gusta de ti. Que el Altísimo te guíe.

–La paz sea siempre contigo, sidi.

Kasim se retiró. Sospechaba desde hacía días que aquel momento llegaría. Fue a su casa. Falak echaba agua en una cacerola, acuclillada en el suelo.

–No te esperaba tan pronto.

Él dio dos pasos y se sentó en un banco de madera. Resopló.

–El Zagal se va a África –soltó sin preámbulo.

Falak dejó la cacerola y se acercó a él frotándose las manos con el mandil.

–¿Quieres ir con él? –susurró con la voz rota.

Kasim negó con la cabeza.

–No puedo. Debo quedarme. Mi misión...

–Entiendo –dijo la esclava–. ¿Te quedarás en Andarax?

Kasim volvió a negar.

–Si me quedo aquí, nunca estaré cerca del Zogoibi.

Falak sé tomó un instante para pensar.

–Te irás con los rumíes. –En esta ocasión no preguntó. El hombre asintió lentamente–. ¿Me llevarás?

–No eres mía, Falak. Y, si lo fueras, no podría hacerte algo así. Iré a la guerra, y sé bien que lo que quiero hacer supondrá mi muerte.

Los ojos de la esclava se tornaron vidriosos. Lloró, pero no replicó.

–Te aprecio demasiado –continuó Kasim–. No quiero verte sufrir. –Con una mano le alzó la barbilla–. Mereces una buena vida y yo nunca podría dártela.

–Todos hemos sufrido pérdidas, pero nos reponemos –dijo ella con un rastro de desesperación en la voz.

–Yo no. Mis pérdidas me rompieron de tal modo que nunca podré recomponer los pedazos.

Ella esbozó una media sonrisa.

–Hablas como los poetas.

Él también sonrió. No era la primera vez que se lo decían.

–Si hubiera nacido rico, tal vez lo habría sido. –La besó en la frente, luego en la boca, recreándose en el tacto de sus labios mojados de lágrimas.

El hombre regresó a los cuarteles. Falak lo vio marcharse. Cuando la puerta se cerró, cayó al suelo, sin fuerzas.

–Dios mío, protégeme –suplicó entregada al llanto–. ¿A quién me entregarán? ¿Qué va a ser de mí?

Desde fuera, Kasim la pudo escuchar. Una punzada de dolor atravesó su pecho.

Sevilla, agosto de 1490

Beatriz se sentó en un escalón de la catedral y se quitó las alpargatas para airearse los pies. Al calor se sumaba la humedad del río, que hacía el aire irrespirable. Había pasado la mañana deambulando por la ciudad, tratando de compensar la pérdida de clientes. Aun así, no había conseguido vender todo el género. Sevilla estaba exhausta. Las campañas de la guerra de Granada se habían cebado con ella.

–Venga, venga, mozuela –la espantó un clérigo–. Éste no es sitio para sentarte y descalzarte.

–Discúlpeme, padre, tengo los pies ardiendo –dijo la muchacha mientras volvía a calzarse–. ¿No querrá comprarme estos panecillos? Se los dejo al coste.

El hombre se detuvo y la observó con benevolencia.

–A ver, ¿cuántos te quedan?

Se asomó al canasto y le ofreció media moneda a Beatriz, que la tomó. No era pago suficiente, pero menos era nada. La joven inició la marcha de vuelta al horno.

–Con Dios, padre –se despidió.

–Ve con Dios. ¡Échate por la sombra, chiquilla!

El sol de agosto apretaba con fuerza y apenas había nadie en la calle. Beatriz entró en casa empapada de sudor. El horno hacía horas que se había apagado, pero sus paredes todavía desprendían calor.

–Ay, madre mía. No sé si es mejor quedarse fuera.

Salió al patio y, con agua de la tinaja, se remojó los cabellos. Allí se encontró con Francisca, que había encendido la lumbre fuera para cocinar. Sobre las trébedes bullía una olla con cebollas y ajos. Hacía semanas que no probaban la carne.

La muchacha se acercó a Francisca y le entregó el dinero de las ventas.

–Todo vendido, pero hay algo menos.

–Bien, hija, bien. Gracias. Con el calor que hace... y tú por ahí pateando las calles. Ha venido un veterano tullido a ver la habitación. –El rostro de Beatriz se iluminó–. Pero no se ha decidido. Me ha dicho que ya nos dirá. Eso quiere decir que no le interesa.

–Es por mí –sentenció Beatriz–. Sé lo que piensan todos. Nadie quiere vivir cerca de una marrana.

–No pongas en tu boca esa palabra, Beatriz –dijo Francisca con firmeza–. No es eso, y lo sabes. No hay dineros, todo el mundo anda mal. Tú tranquila. Algún día acabará la guerra y podremos levantar la cabeza. Sólo hay que aguantar este tirón.

–Queda guerra para rato. Habrá otra campaña, grande. Y yo iré. Los dineros que pagan nos vendrán muy bien.

Francisca le dio la espalda.

–Ya veremos... –dijo.

Beatriz supo que no se opondría. El horno apenas daba para alimentarlos a los tres. No tenían más salida que ésa.

Guadix, finales de agosto de 1490

El rey Fernando permanecía sentado en su trono con la espalda erguida. Lo asistían dos secretarios y dos juristas. Tras la tala de la vega de Granada, Fernando había acudido a Guadix para impartir su justicia a los mudéjares que conspiraban contra los gobernadores cristianos.

Frente a él, en medio del salón que antaño había servido de residencia al Zagal, tres faquíes aguardaban sentencia. Los moriscos de Guadix y Baza los habían nombrado como representantes para aquel juicio.

–La acusación es grave y hay pruebas en vuestra contra –comenzó Fernando–. Sin embargo, la reina y yo somos compasivos y, como buenos cristianos, creemos en el arrepentimiento. Pondremos la decisión en vuestras manos: podéis coger vuestras cosas y marcharos libremente, o podéis quedaros y someteros a nuestra justicia. Tenéis hasta mañana para pensarlo. Si decidís marcharos, podréis vivir en estas tierras, pero extramuros. –Los faquíes agacharon la cabeza en señal de sumisión, visiblemente aliviados–. Mandad copia a Almería, Baza y Almuñécar. –Los secretarios tomaron nota y terminaron de redactar la sentencia.

Los guardias se llevaron a los moros. El rey se puso en pie. Junto a la puerta de la torre lo esperaba Hernando de Zafra.

–Vuestra majestad, habéis sido sabio –le dijo, adulador–. Los mahometanos se irán de las ciudades, pero seguirán trabajando las tierras y pagando impuestos.

–Veo que lo entendéis.

El rey se acercó a la gran alberca que había delante de la torre. Su agua verdosa reflejaba el cielo salpicado de nubes blancas.

–Majestad –Zafra llamó su atención–, ha llegado el rey viejo.

Fernando esperaba su visita.

–Que venga mañana a primera hora. Estoy cansado.

El rey se retiró a sus estancias, donde tres nobles lo esperaban con buen vino para celebrar que sus ciudades se vaciaban de moros.

* * *

El Zagal se presentó en la torre poco después del amanecer. Lo acompañaba un guardia helche, que ejercería como intérprete. Los siervos del rey lo hicieron esperar mientras éste era vestido y aseado. El granadino observó la alberca y la torre, y la melancolía le encogió el estómago.

Fernando apareció luciendo una sonrisa. El Zagal hizo el amago de arrodillarse, pero el rey lo detuvo.

–Quieto, quieto –le dijo, y al instante el helche lo tradujo.

Fernando abrazó al Zagal como a un igual y lo invitó a entrar en el salón. Se sentaron en sendas jamugas enfrentadas, con una mesa de taracea de por medio.

–Es temprano y hace calor, pero un buen vino siempre sienta bien –ofreció el rey señalando la mesa.

Antes de que el traductor le susurrara al oído, el Zagal agarró su copa. Entendía buena parte de lo que le decían en romance.

–Señor de Castilla y de Aragón, he venido a verte para invocar un capítulo de nuestro acuerdo. –Dio tiempo al helche para que tradujera al romance–. Quiero abandonar al-Ándalus y marchar al otro lado del mar.

No dio explicaciones ni Fernando las pidió.

–Sea como desees. Recibirás treinta mil doblas de buen oro por tu señorío. –El Zagal asintió–. Pondremos naves a tu disposición para el viaje. Podrán ir contigo todos los que quieran hacerlo libremente. ¿Cuándo?

–Ya mismo –dijo rotundo el walí de Andarax–. Me siento amenazado. Me marcho. Ésta ya no es mi tierra. –El rey imaginaba su conflicto interior–. Sólo tengo una cosa que pediros: acabad con el Zogoibi, no tengáis compasión. –Su boca temblaba de ira.

Fernando, bien curtido en las artes diplomáticas, se mostró moderado.

–Estamos en guerra con él. Te aseguro que lo derrotaremos.

El Zagal se mostró complacido.

–Hay algo más que debo pediros, sidi. No vengo solo. La viuda de mi hermano ha venido conmigo. Ella y sus dos hijos os piden asilo.

–Doña Isabel de Solís. –El rey mencionó el nombre cristiano de la mujer.

–Zoraya, majestad –corrigió el Zagal–. Quiere instalarse en tierras de Castilla, pero conservando su fe.

Fernando, extrañado, se tomó unos instantes para pensar. Al fin comprendió y rio con ganas.

–Cuando acabemos con Boabdil, quiere el trono de Granada para sus hijos.

El Zagal intentó mantener la compostura, pero acabó riendo con Fernando. Zoraya era astuta y sibilina, y el rey había sabido descifrar sus intenciones.

–Puedes estar tranquilo. La instalaremos con sus hijos en Córdoba. Podremos encargarnos de esa... situación.

–Hay más gente que quiere instalarse en tierras de Castilla –prosiguió el Zagal–. Algunos querrán mantener su fe.

–Todos tendrán su sitio, y se les respetará –sentenció el rey.

–Hay un hombre al que aprecio especialmente. Es de mi guardia personal. Me ha sido fiel hasta el último momento. Quiere integrarse en vuestras milicias. Sabe pelear y odia a mi sobrino. Os servirá mejor que cualquiera de los vuestros.

–¿Responderías por él? –le preguntó Fernando mirándolo fijamente a los ojos. El Zagal asintió sin apartar la mirada–. Bien. Se instalará en Sevilla. Servirá como peón en las milicias del concejo. Recibirá un sueldo durante las campañas, pero el resto del tiempo tendrá que dedicarse a otra cosa. –El Zagal inclinó la cabeza y se llevó la mano derecha al pecho en señal de gratitud. Se puso en pie

y se dispuso para marcharse. Fernando se dirigió a él una última vez–: Has sido un buen líder para tu pueblo, mejor que tu sobrino. –Era sincero–. Pero tu pueblo no sabe valorar a los buenos líderes.

El granadino se tragó aquellas palabras que pretendían ser un cumplido, pero que se convirtieron en un dulce amargo al paladar.

* * *

El Zagal se dirigió a la casa que le habían asignado a Zoraya. Allí se encontró con Kasim, que la custodiaba.

–Hecho está –lo informó–. Marcharé a Tremecén.

–Sidi, ese destino es el que les espera a muchos de los nuestros –opinó Kasim.

–Lo sé. Tomarán Garnata, firmarán pactos, pero apretarán a nuestros hermanos para que se vayan. Acaban los tiempos de al-Ándalus –dijo el emir destronado con melancolía en la voz–. He intercedido por ti. Irás a Sevilla. Allí trabajarás para mantenerte. Cuando haya campaña, irás con las milicias de la ciudad.

–Gracias, sidi.

–Era lo mínimo que podía hacer por ti. Espero que algún día consigas ser feliz. ¿Qué vas a hacer con Falak? ¿Te la llevas? –Kasim se mostró extrañado–. Estúpido... –le dijo el Zagal con cariño–. Es tuya, era un regalo.

Kasim guardó silencio. Pensó en ella, en el cariño desinteresado que le había regalado. No había llegado a amarla, pero podría haberse acostumbrado a vivir con ella. La apreciaba de veras y le deseaba un destino amable, lejos de las guerras y de los malos tratos que se les suelen dispensar a las esclavas.

–Sidi, si realmente es mía, dale libertad. No puedo llevarla conmigo. Cásala con un buen hombre, o déjala ir a la tierra de sus padres si decide volver.

–Sea. –Se mesó la barba–. Eres un loco con voluntad. Si algún día Alá te permite tener delante al Zogoibi, nómbrame antes de matarlo.

–Lo haré, mawlana.

Se abrazaron y el Zagal se perdió en el interior de la vivienda. Kasim sintió que sus piernas flaqueaban. El vértigo lo sacudió por completo. Sin embargo, una certeza invadió todo su ser y logró calmar la ansiedad.

«Cumpliré con mi misión y me reuniré con mi familia».

Sevilla, septiembre de 1490

Sevilla recibió a sus hombres con algarabía. Los regidores organizaron un comité de bienvenida, que fue presidido por la reina Isabel y su hija mayor. La infanta todavía no había partido a Portugal para reunirse con su esposo. El rey Fernando llegó en cabeza, montado en su caballo y luciendo una armadura bien bruñida que cegaba con mil destellos. Isabel lo esperaba montada sobre una yegua. La comitiva se había instalado junto al nuevo matadero, cerca de la puerta de la Judería.

–¡Sevilla por Isabel! ¡Sevilla por Fernando! –gritó un regidor.

Los reyes escenificaron su reencuentro tomándose de la mano. Penetraron en la ciudad seguidos por la hueste sevillana.

–Mantenemos Salobreña, hemos castigado la Vega y hemos sofocado a los rebeldes –informó el rey cuando estaban ya camino de los alcázares.

–Y hemos perdido Alhendín y Mondújar –añadió la reina con voz neutra–. Eran difíciles de mantener. –Asumía las pérdidas–. La Alpujarra la acabaremos perdiendo también. Contra un pueblo rebelde no hay nada que hacer.

–Hay algo más que contar –dijo Fernando con una sonrisa–. El rey viejo se marcha. Nos ha vendido su señorío.

La reina meditó en silencio. Observó la catedral. Las obras estarían terminadas en poco más de diez años. El viejo alminar de la mezquita almohade hacía tiempo que había sido transformado en campanario.

–Mal negocio comprar una tierra tan revuelta. –El rey chasqueó la lengua, hastiado–. Tienes razón, esposo. A veces soy demasiado exigente –rectificó–. No es mala noticia. Se nos va el más fuerte...

Fernando asintió, al fin complacido con la respuesta de su esposa. Sin embargo, a pesar de la disculpa de la reina, intuyó nubes grises en su ánimo. No tardaría en conocer el motivo.

* * *

–Lleva al moro con don Francisco Fernández.

Kasim lo entendió. Un capitán le ordenaba a un peón que lo llevara ante uno de los regidores. El granadino comprendía las frases sencillas, pero se veía incapaz de hablar con soltura.

–Sabe Dios lo que ha hecho este mahometano para tener protección del mismo rey... –dijo el peón–. ¡Venga, moro, vamos a ver qué hacen contigo!

Con un gesto de la cabeza lo animó a seguirlo. Kasim no podía apartar la vista de la imponente torre de la catedral. Las campanas sonaban dando la bienvenida al rey triunfante. Sus tañidos vestían de fiesta toda la ciudad.

El peón distinguió al regidor entre el gentío. Una vez que Isabel y Fernando atravesaron la puerta de los alcázares, lo abordó.

–Señor regidor, Dios os guarde. Traigo ante vos a este moro de Granada que se viene con nosotros. Era siervo del rey viejo y tiene la protección de nuestro rey –soltó de carrerilla mientras animaba a Kasim a entregar su documento.

Don Francisco Fernández lo tomó y leyó con calma. Luego observó a Kasim sin disimular su incredulidad. El moro vestía unas calzas viejas y una camisa larga, al estilo castellano, pero mantenía la barba crecida.

–¿Hablas en cristiano? –le preguntó en tono seco.

–Poco.

–Pues vete soltando, porque lo vas a necesitar. –Kasim lo miró, confuso–. Aprende, pronto, rápido, ¿comprendes? –El granadino asintió varias veces. El regidor miró al peón y suspiró–. Encárgate de que aprenda y de que reciba instrucción con los nuestros. Se alistará con la milicia del concejo cuando el rey nos llame. Y no creo que

tarde. La cosa está que arde. Búscale donde vivir, pero que él lo pague. Y un trabajo.

–Pero, señor, ¿cómo voy a encontrarlo...?

–Apáñatelas –cortó el regidor, y le dio la espalda.

El peón miró a Kasim con el fastidio bullendo en la mirada.

–Tierra, huerta –le dijo éste mientras movía las manos como si estuviera manejando una escardilla. A grandes rasgos, había entendido la conversación.

–Mañana nos ocuparemos del trabajo. Ahora vamos a buscarte un hospedaje. Tendrás para los primeros días, ¿no? Dineros, para pagar la estancia.

Kasim comprendió y asintió.

El peón lo llevó a una casa que ofrecía habitaciones a los mercaderes.

–Estamos llenos, gracias a Dios. Con los reyes aquí no para de venir gente –le dijo la viuda que la regentaba.

De allí se fueron a otra vivienda más humilde que ofrecía comidas y algunas camas. Era propiedad de un matrimonio de ancianos.

–¿De dónde eres? –le preguntó el hombre a Kasim.

–Garnata.

–¿Quieres que meta a un moro en mi casa?

El viejo se encaró con el peón, que no vio conveniente mostrar el documento del rey. Pensó que había más sitios en Sevilla en los que probar suerte antes de recurrir al argumento de la fuerza. Sin embargo, en los siguientes establecimientos se encontraron con las mismas respuestas: o estaban llenos, o no querían alojar a un moro.

–Va a estar difícil buscarte casa, Kasim. –Estaban cansados de deambular por Sevilla a pleno sol y se sentaron en la placeta de la iglesia de san Ildefonso–. Si te hicieras cristiano, todo sería más fácil. Cristiano, no moro, ¿entiendes?

El granadino meditó. No le importaba hacerse rumí. Ya todo le daba igual. Se limitó a asentir lentamente, rumiando el pensamiento.

–Perdonen vuestras mercedes –los interrumpió una muchacha.

–No queremos pan, chiquilla –contestó el peón con sequedad. La joven portaba en la cadera un canasto con panecillos.

–No es eso, caballero –respondió ella, resuelta–. Os he escuchado. ¿Buscáis alojamiento? Yo tengo una habitación a buen precio.

–¿De qué hablas, moza? Déjate de juegos.

–No miento. Mis padres tienen una habitación para alquilar en Santa Cruz.

El peón miró a Kasim; luego a la muchacha. No acababa de creer su suerte.

–Pues vamos a ver esa habitación. Pero te aviso, no tenemos muchos dineros.

–Venga, venid conmigo. Ya haremos un apaño.

La joven los guio por las callejuelas del barrio hasta dar con la entrada de un horno. Una mujer echaba agua al tranco de la puerta para limpiar una meada de perro.

–¡Beatriz! ¿Qué ha pasado? –exclamó la mujer al verla llegar acompañada.

–Nada, nada, madre. Que traigo un huésped para la habitación de Gonzalico.

La mujer miró a los hombres.

–Buen día os dé Dios, señora –saludó el peón, zalamero. Kasim permaneció en silencio.

–Dios bendito... Entren ustedes. Vamos, entren, que el sol los va a achicharrar.

El grupo penetró en la sala principal del establecimiento, donde Gonzalo limpiaba las cenizas del horno. La esposa se acercó a él y, con disimulo, le susurró al oído:

–Milagro, esposo. Beatriz ha hecho un milagro.

* * *

Isabel le dio la espalda y contempló los jardines a través de la ventana. Fernando se había desprovisto de la armadura y se había aseado antes de reunirse con su esposa en la intimidad de los palacios.

–Sé que algo te nubla la cabeza, Isabel. ¿Noticias de tu madre?

La reina se giró y sus ojos de fuego lo paralizaron.

–Noticias de una bastarda. Te sigues riendo de mí. Llevas a tu cama a jovencitas y las preñas a mis espaldas. Te han visto en Córdoba visitando a una niña. ¿Cuándo, Fernando? ¿Cuándo la engendraste? ¿En el asedio de Baza? Te maldigo. Además de infiel, eres estúpido. –La reina lloraba. Fernando se puso lívido y sus labios comenzaron a temblar. No había lugar para las mentiras. Debía reconocer los hechos y afrontar las consecuencias.

–No me voy a preñar mujeres. –Intentó aparentar seguridad y serenidad–. Cuando marcho al frente de los ejércitos de Castilla voy a conquistar tierras para nuestros reinos. Para tu reino. Al mío lo tengo olvidado, y tiene sus propios problemas que no me dejas atender. –El reproche le valió una escucha en silencio–. Soy hombre, no puedo evitarlo.

Al escuchar aquello, Isabel agarró la jarra de agua que tenía a mano y se la arrojó con fuerza. Fernando esquivó el proyectil y alzó las manos pidiendo paz.

–¡Esposa! Escúchame. –Estaba alterado–. Ni tú ni yo podemos evitar nuestras naturalezas. Yo también he tenido que asumir ciertas cosas tuyas. Te proclamaste reina de Castilla en mi ausencia. ¿Imaginas la humillación que sentí? Gobiernas como si estuvieras sola y me manejas como a un peón para mandarme a la guerra. ¿Acaso no lo ves? –Comenzó a sudar–. ¡Sí! Soy hombre, y no veo maldad en ello. Asumo tu naturaleza, asume tú la mía. Paso meses fuera, solo. Tengo necesidades. Pero imagino que tú no sabes de lo que hablo...

Isabel esbozó una mueca que pretendía parecer una sonrisa.

–¿Crees que yo no soy mujer? ¿Que no siento deseos? La diferencia entre tú y yo es que yo sé controlarme. Rezo a Dios y me contengo, y espero a mi esposo.

–¿Te contienes? ¿Lo reconoces? Siempre he sabido que amabas a ese capitán. Gonzalo Fernández de Córdoba, el mejor de los capitanes –dijo con tono ampuloso–. Bien que te dio consuelo cuando yo peleaba junto a mi padre en Aragón. Se comentó en todos los corrillos.

En un nuevo arrebato, Isabel le lanzó un vaso de loza, que de nuevo el rey esquivó.

–¡No pongas en duda mi honra! Eras tú el que iba a la guerra con sus putas. No me hables a mí de honra, ¡no te atrevas! –Estaba fuera de sí–. Estamos unidos ante Dios, y seguiremos unidos. Pero no esperes demasiado de mí –remató.

Fernando, sin darle la espalda, dio tres pasos hasta la puerta de la estancia. Antes de salir, le dijo:

–Me necesitas tanto como yo a ti. Sabrás entender lo que ha pasado.

Atravesó la puerta.

–¡Espera! –lo llamó ella–. ¿La tienes bien atendida? A la niña –añadió.

Él asintió y se retiró. Isabel, una vez sola, se deshizo en lágrimas sobre el suelo de mármol de la sala.

* * *

Kasim se despertó dolorido. El colchón de lana era demasiado blando y estaba plagado de chinches. Sin embargo, no se quejó. Estaba acostumbrado a las incomodidades y a las privaciones. Había amanecido, pero no había escuchado la voz de ningún muecín. Las campanas de varias iglesias llamaron a la primera misa del día. Pronto las de la catedral se impusieron a las demás. No oró. Llevaba semanas orando sólo cuando le apetecía, sin imposiciones. El calor ya apretaba y, cuando bajó las escaleras, estaba sudando. Francisca despachaba a dos vecinas en la puerta. Beatriz se dirigió al inquilino:

–La habitación te da derecho a dos comidas al día. Coge pan. Ahí tienes aceite. No tenemos mucha variedad, pero no falta comida. –Rio–. Te vas a hartar de ajos y cebollas.

Kasim comprendió que podía comer y tomó uno de los panecillos. Gonzalo lo observaba desde una esquina.

–No es mal hombre –le dijo a Beatriz–. Ha cogido de los pequeños.

–Aceite –dijo Beatriz mientras le acercaba un bote de barro–. Tienes que espabilar con la lengua, ¿eh? –Comenzó a señalar cosas y a nombrarlas–. Pan, aceite, horno, tonto –había señalado a Gonzalo, que comenzó a carcajearse.

–Condenada niña... Sacas la risa de donde no la hay... Kasim, tú, ni caso. Come, come. Ahí tienes agua fresquita. –El ingreso extra por la habitación había puesto de buen humor al hombre–. En cuanto termines te vas a venir conmigo. Vamos a buscarte un trabajo. Me dijo el peón que has trabajado la tierra, la huerta. –Kasim abrió los ojos y asintió–. Aquí mismo, detrás de las murallas, hay una huerta grande que llega hasta el arroyo Tagarete. Seguro que hay hueco para ti.

Kasim entendió la mitad de lo que le había dicho. Asentía y sonreía. Su mente trabajaba a marchas forzadas, esforzándose por hilar las palabras y darles sentido.

–Gracias, gracias –atinó a decir.

–No me las des –respondió Gonzalo–. Te van a moler a trabajar y te van a pagar una miseria –rio–. La verdad es que no sé qué pintas aquí. –Lo miró a los ojos–. ¿Por qué estás aquí? –Hizo gestos para acompañar a sus palabras.

–Odio Boabdil. No mi tierra –dijo, serio.

Gonzalo asintió, calibrando la respuesta.

–Estos moros siempre están peleando entre ellos... –opinó en voz alta.

Tras el desayuno, el hornero acompañó a Kasim hasta la huerta de Santa Cruz. Se dirigieron hacia una de las cuadrillas y se presentaron.

–¿Un moro? –exclamó el cabecilla–. Aquí hace falta mucha gente, pero no estamos tan desesperados.

–No corras, hombre de Dios, que es un moro del rey viejo, vasallo de nuestros reyes, y tiene la protección del mismísimo rey. –Sacó el documento y lo puso delante de él–. Además, trabaja bien la tierra.

El hombre observó los sellos del documento.

–Como si yo supiera leer... –rio. Luego se puso serio y se dirigió a Kasim–. ¿Sabes cristiano?

–Está aprendiendo –se anticipó Gonzalo–. Y es muy desenvuelto. En dos semanas lo tienes dando discursos en latín, si hace falta.

–¿Qué es eso? –preguntó el hombre, apuntando con el pie a unos plantones.

Kasim se agachó y observó los tallos.

–Nabo. –Las palabras relativas al campo eran las que mejor conocía–. Pronto.

–Sí –dijo el hombre refunfuñando–. El año pasado se adelantaron las heladas. –Miró a Gonzalo–. Que venga de prueba mañana. Cobrará un cuarto menos que ésos –añadió sin remilgos.

–Bien –respondió el hornero–. Aquí lo tendrás mañana al ser de día.

Regresaron a casa. Beatriz apareció dos horas después con el canasto vacío.

–Me llevo el resto. Kasim, nos traes suerte, chiquillo. Suerte –repitió–, lo he vendido todo.

–Baraka, suerte –dijo el granadino con una sonrisa.

Granada, septiembre de 1490

Boabdil cabalgaba junto al viejo arráez del Cenete. Iban armados y una decena de escuchas a caballo recorrían los alrededores para

evitar una emboscada. Arropados por la tropa, cientos de vecinos de la comarca avanzaban penosamente, cargando con las escasas pertenencias que habían decidido portar.

–No me fío, está siendo demasiado fácil –comentó el emir con el arráez.

Sin embargo, llegaron a Garnata sin sobresaltos. La Alpujarra se había vuelto a sublevar y Boabdil había acudido para apoyar a los rebeldes. Sus tierras se habían incorporado definitivamente a sus dominios, incluida Márjena, de la que Yahya y su hijo habían tenido que huir. Después, el emir tomó el castillo de Purchena y acabó la campaña en el Cenete, al sur de Guadix. Boabdil permaneció en la comarca durante varios días, hasta que llegaron noticias de que los rumíes se preparaban para invadir y recuperar la zona. Antes de marcharse, instó a los habitantes a ir con él a Granada.

La larga comitiva se aproximó a la colina del Albaicín por su cara norte. Los vecinos del Cenete fueron instalados extramuros, en un arrabal improvisado con tiendas. Allí permanecerían hasta que las autoridades pudieran ubicarlos en el interior. Boabdil rodeó las murallas de la medina y penetró en la ciudad por la puerta de los Ladrilleros, al sur. Buscó la puerta del Barranco y, a través de ella, accedió a la colina de la Sabika. A su paso, numerosos vecinos lo vitoreaban. Se dirigió hacia los establos del Partal, donde ya lo esperaban los principales de su Mexuar.

–Mawlana, los ecos de tus victorias nos han llegado desde las sierras –dijo Muza, que se mostró pletórico por el avance de la guerra.

–Nos hemos hecho más fuertes –añadió Ibn Kumasa–. Si volvemos a negociar, ya no nos tomarán por estúpidos, sidi.

–No van a negociar –opinó sombrío al-Muleh–. Bendigo a Dios por tus éxitos, mawlana. El Altísimo te dé muchos más. Pero no conseguiremos que cedan.

–¡Ya está el cuervo agorero! –lo atacó el gran visir.

–Déjalo hablar –intervino Boabdil.

–Gracias, mawlana. –El secretario inclinó la cabeza–. Los pasos que han dado son los que se dan antes de un asedio. –Miró a los ojos al joven emir–. Recuerda las lecciones de Historia –evocó los años en que era su instructor–. El rey Fernando de Castilla le tomó Jaén a Ibn al-Ahmar, el Altísimo lo tenga colmado de honores. Pero antes hizo varias talas para debilitarla. Eso han hecho aquí.

Su razonamiento cayó sobre ellos con contundencia. Se hizo el silencio, hasta que Ibn Kumasa tomó la palabra:

–Siempre igual, al-Muleh... No llegarán a asediarnos, antes vendrán a nosotros para pedir una nueva capitulación.

El secretario miró a Boabdil.

–No quiero tener la razón. Ojalá me equivoque.

El emir suspiró. La sonrisa se había borrado de su expresión.

–El tiempo dirá lo que Alá tiene previsto para nosotros –dijo–. Ahora debemos ocuparnos de instalar a los del Cenete y proteger las fronteras.

–Sea. –Muza estaba serio–. En Alcalá los rumíes han concentrado fuerzas. El otoño va a ser movido. Deberíamos adelantarnos, hacer razias.

–Encárgate –ordenó el emir. Miró a sus tres hombres–. Ahora debo descansar.

Se retiró a su palacio. Al-Muleh se marchó camino de la Secretaría emiral.

–Cada día me cuesta más soportar a ese estúpido –le dijo Ibn Kumasa a Muza.

–Amigo, sabes que estoy de tu lado, pero creo que ahora al-Muleh puede tener razón. Debemos prepararnos para un asedio –sentenció el visir de la Espada.

* * *

–Tiene poco aderezo, pero de lentejas va bien servido.

La vecina de Reduán le entregó el recipiente de barro todavía caliente. El anciano lo tomó y le dio las gracias.

–Huele de maravilla. Gracias. Dios te bendiga, mujer. Hace días que no como caliente. –Se lo acercó a la nariz y se relamió. Luego la miró a los ojos–. A ti te quería yo ver desde hace unos días... ¿Cómo está tu Maryam? La he visto correteando por el barrio. Ha pegado un estirón. ¿No tendrás por ahí alguna ropilla que se te haya quedado pequeña? –La mujer lo observó con el ceño fruncido, sin acabar de comprender–. Es para una niña de la calle. Hay muchos huérfanos ahora en Granada.

–Algo debo de tener, lo que no haya vendido todavía a los ropavejeros. –Se llevó la mano al pecho–. Reduán, yo te comprendo, pero en mi casa pasamos faltas, y la ropa pequeña la podemos vender...

–Hija mía, claro que la puedes vender, y yo podría alquilar la almacería, pero ahí tengo a una familia viviendo sin pagar. Caridad...

La mujer se revolvió, incómoda por la presión.

–Buscaré, a ver si tengo algo.

Una hora más tarde, la vecina volvió a tocar a la puerta.

–Toma, anda. –Le entregó un par de prendas y unas alpargatas deshilachadas. Luego se llevó un dedo a la boca–. Yo no te he dado nada, que no se entere mi esposo.

–Gracias, mujer. Alá te bendiga –le dijo mientras la veía caminar hacia su casa.

Reduán salió del callejón de la Higuera con la ropa bajo el brazo y un cuenco de barro en las manos. Llegó a la puerta de Elvira y la atravesó para acceder al cementerio. Una vez junto a la tumba de su esposa, miró a su alrededor. No había nadie cerca.

–¡Niña! –llamó a voces–. ¡Niña, te traigo algo! –insistió.

La había visto por allí varias veces en los últimos días, pero aquella mañana pensó que no iba a tener suerte. Sin embargo, distinguió sus cabellos enmarañados asomando del tronco nudoso de un olivo.

–No tengas miedo. Sólo quiero ayudarte. Ven, tengo algo para ti. –Alzó el cuenco y la ropa, pero la niña no se movió–. Está bien. Vamos a hacer una cosa: te lo dejo aquí y tú vienes a cogerlo cuando me vaya. Sólo te pido que dejes el cuenco en el mismo sitio. Luego vendré a recogerlo. –No hubo respuesta.

Reduán se acuclilló y depositó ambas cosas sobre la tumba de su mujer. «Cuida de ella», le pidió a la difunta en un susurro. Luego se puso en pie y gritó hacia el olivo:

–¡Ya me voy!

Badra lo observó caminar sorteando las lápidas, hasta que se perdió tras la cerca que daba al camino de Elvira. Entonces se alejó del árbol y caminó hasta la tumba. Se lanzó sobre la comida y la devoró en un instante. El guiso estaba templado, casi frío. Dejó el cuenco vacío en su sitio y tomó la ropa. Había una camisa larga y una falda blanca. También un manto ligero que le vendría muy bien cuando refrescara. Tomó las alpargatas y se miró los pies, sucios y encallecidos. Por primera vez en mucho tiempo, esbozó una sonrisa.

Desde fuera, sobre la cerca, Reduán observó sus movimientos. «Qué habrá visto en sus pocos años de vida para tener tanto miedo...», pensó con amargura mientras retomaba la marcha hacia la alcazaba Cadima.

Las manos oscuras, como la sombra de un deseo, acarician sus muslos blanquísimos. La piel se eriza y un breve espasmo recorre su espalda. Enseguida siente la humedad, que anticipa el placer. El pecho se agita, como si le faltara el aire, y tiene que contener sus propias manos, que parecen querer lanzarse hacia ella para atraerla, para pegarla a su cuerpo enervado. Siente sus labios, suaves y secos, posándose en su pierna derecha. Luego la lengua se abre paso y lame su piel. Moraima suelta un gemido incontenible que ha intentado ahogar en la garganta. La lengua, hábil pero lenta, avanza hacia su sexo, y ella la recibe abriendo sus piernas temblorosas...

Moraima se despertó abrasada. Sudaba por cada poro de su piel y respiraba con ansiedad. Se sentía confusa. Nawar dormía cerca.

–¿Un mal sueño? –preguntó la esclava.

–Sí –se limitó a contestar. Las celosías comenzaban a filtrar la luz del sol.

–¿Quieres contármelo?

Un atisbo de miedo asomó a los ojos de la esposa del emir.

–No. Los sueños, sueños son –intentó sonreír, pero sus facciones se contrajeron en una mueca. Se vistió sola–. Voy a visitar los baños.

Boabdil estaba en el palacio del Generalife con sus más fieles, de modo que la mujer podía usar el baño durante la mañana.

–Espérame aquí, Nawar. Hoy iré sola.

El guardián del establecimiento la saludó y llamó a una moza para que la atendiera. Sin embargo, la mujer solicitó estar sola. En la penumbra del interior trató de calmar los latidos de su corazón. Su mente la torturaba con las imágenes de su sueño, recordándole un placer prohibido, un abismo al que, en ocasiones, de forma inconsciente, se había asomado en sus pensamientos.

Se quedó en la sala fría. Con agua fresca empapó sus cabellos y sus mejillas. Se sentó en un banco de madera y apoyó las manos en las rodillas. Su propio tacto le resultó extraño, ajeno.

–Compasivo, líbrame de los malos pensamientos –susurró con ansiedad.

Moclín, septiembre de 1490

–¿Y cómo fue la batalla? –preguntó Ahmed. Tenía ocho años y ya soñaba con ser un gran guerrero. Maestro y alumno estaban sentados a la sombra de un limonero, en la plaza de la mezquita convertida en iglesia.

El jeque Ibrahim abandonó el texto y sus ojos brillaron.

–Fue una matanza. Tu tío abuelo, el Zagal, era el comandante. Los desbaratamos, hicimos más de cien cautivos y les robamos artillería. –Se giró y señaló la alcazaba de Moclín. En su perfil se destacaba la torre del Homenaje, desmochada por una explosión de pólvora–. Ahí mismo pusimos los ribadoquines cuando nos asediaron. –Luego se volvió hacia el monte Hacho, frente a la fortaleza–. Ahí estaban ellos con sus bombardas. Tenías que haber oído sus truenos. Todo temblaba. No tuvieron que usar ni una lanza... –Habían pasado cuatro años, pero el hombre recordaba el asedio como si hubiera ocurrido hacía unos días–. Desde allí nos dispararon hasta que nos

hicieron rendirnos. Ésa es la fuerza de los rumíes, Ahmed: sus cañones gigantes.

El niño observó el Hacho, con sus encinas y chaparros desperdigados por su ladera, e imaginó el inmenso ejército de los rumíes.

–Ibrahim, háblame de más batallas –solicitó, suplicante.

El maestro palmeó el libro que tenía en las rodillas.

–Estábamos con esto... Está bien –claudicó–, pero luego terminamos la lección. –Suspiró y miró al cielo, buscando las palabras–. Dos batallas se destacan en la historia de al-Ándalus. Son como el sol y la luna. Alarcos es nuestro sol, una gran victoria. Nuestra luna es la batalla de la Cuesta. –Así era como los musulmanes llamaban a la batalla de las Navas de Tolosa.

A su alrededor se formó cierto revuelo. Los guardias iban y venían, y se acercaban a la entrada del silo que hacía las veces de mazmorra. Ibrahim detuvo sus explicaciones y se puso en pie.

–¿Qué pasó? –demandó Ahmed.

–Espera. –Ibrahim miró hacia la entrada de la fortaleza y distinguió a los primeros presos–. Ya vuelve don Martín, y trae botín.

El niño se acercó a él y observó también. Decenas de soldados subían la cuesta y llevaban a los mahometanos con grilletes y cadenas.

Desde Alcalá la Real, el conde de Tendilla había llamado a los alcaides de Íllora y Moclín para que se le unieran. Juntos acudieron a las cercanías de Iznalloz, donde sabían que paraba una escuadra de caballeros moros que había saqueado las tierras de Quesada. La frontera volvía a sufrir algaradas. La guerra se recrudecía.

–¿Son moros? –preguntó el niño.

Ibrahim lo miró, severo.

–Ésa es una palabra rumí. Musulmanes, hermanos musulmanes. –Fijó la vista en ellos. Muchos llevaban sus harapos manchados de sangre.

Sobre un imponente alazán, don Martín de Alarcón pasó ante ellos. Sonreía satisfecho. Agachó levemente la cabeza a modo de saludo. Ibrahim respondió con cortesía.

«Ya saborean la miel», pensó el maestro.

Sevilla, octubre de 1490

El trabajo en la huerta de Santa Cruz era exigente. Kasim se unía a la cuadrilla al alba y terminaba la jornada poco antes del crepúsculo. El único día que descansaba era el martes, pues tenía la obligación de acudir a los alcázares para recibir instrucción. Estaba aprendiendo a luchar al estilo castellano, como peón de apoyo para la caballería pesada. También hacía ejercicios ecuestres, por si decidían usarlo como escucha. Los demás peones se ensañaban con él.

–El moro se va a poner blandito –le decían, jocosos.

Sin embargo, a Kasim no le importaba. El orgullo lo tenía escondido, latente bajo su deseo de venganza.

En la casa del horno la familia lo había acogido bien. Beatriz se esmeraba en consolidar sus escasos conocimientos de la lengua romance. Kasim se sentía como un extraño. En realidad, llevaba sintiéndose así muchos meses. Poco le importaba estar en Sevilla, en Baza o en las Alpujarras. Ya no pertenecía a ninguna tierra.

Las últimas semanas lo habían ayudado a evadirse de sus recuerdos. El intenso trabajo lo mantenía en un estado de constante aturdimiento que adormecía algunos viejos dolores.

–Pobrecillo mío –le dijo Beatriz una tarde que lo vio rascarse con ansia la espalda. Le levantó la camisa y observó las heridas que le habían provocado las chinches–. Y aquí tienes un bulto. Tienes la espalda para tirarla. –Kasim la miró sin comprender–. Espalda –repitió despacio mientras se señalaba la suya–, dolor. –Apretó los dientes y entornó los ojos.

Kasim también lucía algunos moratones, de los golpes que recibía en los entrenamientos. Beatriz cogió un bote de aceite de la alacena.

Se empapó las manos y le frotó la espalda. El hombre se estremeció al contacto cálido de la muchacha.

–Es aceite de romero. Algo te hará.

Kasim se dejó hacer, sintiendo el alivio del bálsamo. Francisca apareció por la puerta que daba al patio con un canasto de ropa seca.

–Qué buenas manos tiene nuestra Beatriz, ¿eh, Kasim? ¡Ha servido en el hospital de la Reina! –gritó–. Hospital, sanar...

–Maristán –añadió la joven, que conocía algunas palabras del árabe.

–Buena, buena. Sana bien –comentó Kasim con una sonrisa–. Gracias.

–Anda, anda. ¡Si yo lo que quiero es que no pierdas ni un día de trabajo! –soltó resuelta, y comenzó a reír.

El granadino sonreía por la inercia del jolgorio. Una agradable sensación de hogar le hormigueó en el pecho.

* * *

El rey se acercó a paso lento, dubitativo. Isabel estaba sentada en el patio del alcázar mudéjar. Dos damas la acompañaban, pero en cuanto vieron al hombre se retiraron. Fernando se sentó junto a ella. Lo peor de la tormenta había pasado. Como en otras ocasiones, las aguas se fueron calmando y los esposos, movidos por los asuntos de Estado, habían retomado las conversaciones.

–En dos semanas se nos marcha Isabel a Portugal –inició el rey.

–Ya es hora de que se reúna con su esposo –dijo ella, cortante.

–Pronto seremos abuelos. –Fernando intentaba mostrarse cercano.

–Si Dios quiere.

El hombre suspiró y recondujo la conversación hacia el terreno que le era más favorable. Un pajarillo se posó en la rama de un granado y comenzó a picotear uno de los frutos.

–¿Qué haremos con Granada?

Isabel volvió la cabeza y lo miró como si le sorprendiera su estupidez.

–Lo que ese pájaro, Fernando, lo que ese pájaro. Picotearla hasta que caiga. –El tono de su voz resultaba hiriente.

–Ya la hemos picoteado. La fruta está madura.

–Lo que queda es el asedio –dijo al fin Isabel. La mujer hablaba con firmeza. Fernando percibió el eco de la última palabra martilleando sus tímpanos. Aquélla era una orden que debía acatar sin rechistar.

–La tomaremos por la fuerza, si antes el rey Chico no se aviene a negociar –comentó.

–No lo hará. Se ha puesto bravo. Conozco a los veletas como él. Hay que humillarlo de nuevo, y entonces volverá a llorarnos para rendirse.

–Granada no es Málaga, ni Baza –opinó Fernando.

–Por eso mismo la tropa que asedie Granada debe ser superior. A finales del invierno mandaremos las cartas de apercibimiento.

–Pasarán meses hasta que caiga, tal vez años. –Fernando calibraba el esfuerzo.

–No te falta razón. Y por eso el campamento será como una ciudad, enfrentada a Granada en la misma Vega.

–¿Una ciudad? –El rey dudaba–. ¿A qué te refieres?

–A que el campamento será duradero y estable, un lugar en el que se pueda vivir durante meses sin que falte de nada. En esta conquista debemos mostrarnos inamovibles, como la fe que nos empuja. –Terminó su discurso temblando de rabia.

Fernando aguardó unos instantes. Luego asintió con ostentación.

–La tomaremos. –Se puso en pie, se alisó la ropa y miró a Isabel a los ojos–. ¿Te espero esta noche, esposa?

La mujer le devolvió la mirada con desprecio.

–Habrás catado a muchas mujeres, Fernando, pero qué poco sabes sobre ellas...

Con aquella apreciación lo despachó. Todavía no estaba preparada para el perdón.

* * *

Kasim regresó a casa con las últimas luces del día. El hornero estaba en la puerta, sentado en el tranco.

–Buenas tardes nos dé Dios –dijo el granadino de carrerilla.

–Buenas tardes, Kasim –respondió Gonzalo–. Pero si ya pareces un cristiano viejo. –Sonrió–. ¿Qué tal en la huerta?

–Bien. Doblado. Calor, pero bien.

No manejaba un amplio vocabulario, pero en el mes que llevaba viviendo en Sevilla había aprendido a comunicarse.

–Anda, entra y cámbiate.

El granadino accedió al patio, donde Beatriz tendía ropa. Se saludaron. Kasim tomó agua de la tinaja y se lavó los brazos y la cara.

–Mira que sois limpios los moros... –comentó la joven–. Aquí la gente se lava por San Martín, y sólo si hace sol –exageró.

El hombre rio con ella. Se sentó para secarse al aire fresco del ocaso. Beatriz terminó de tender, se sentó en un poyo, se remangó la falda y lo miró fijamente.

–¿Por qué estás aquí? –preguntó a bocajarro.

El hombre la miró y sus ojos delataron una pena infinita.

–Boabdil robó mi familia. –No apartó la mirada. Beatriz comprendió a medias–. Muertos –añadió. La joven se estremeció–. Quiero matar Boabdil.

Beatriz, a pesar de su carácter dicharachero, no encontró palabras que añadir. Se puso en pie y se acercó a él. Se sentó a su lado, en cuclillas.

–Sé lo que es perder a los tuyos. –Estaba seria. Un fuego lejano hacía que sus ojos hirvieran–. Ahora nos tienes a nosotros. –Se llevó la mano al pecho–. No estás solo. No lo estás –repitió.

–Gracias.

Kasim pensaba que había perdido la capacidad de emocionarse, pero sus ojos brillaron, conteniendo un llanto que llevaba meses guardándose dentro. Se puso en pie y se excusó. Beatriz lo observó mientras atravesaba la puerta que daba acceso al interior de la casa. Llevaba la camisa remangada. En sus brazos fibrosos se destacaban las venas hinchadas. Su piel tenía la tonalidad oscura de los que trabajaban el campo. Su espalda era ancha y su estatura superaba la media de Sevilla.

«No está mal el morito de Granada», pensó la muchacha mientras se mordía el labio.

Granada, noviembre de 1490

Al-Pequeñí entró con actitud humilde. Mantenía la cabeza gacha y daba pasos cortos, como si temiera romper el ambiente regio del salón del trono. Boabdil esperaba sentado en su jamuga. Vestía de negro y lucía un turbante de lino blanco.

El faquí se detuvo ante él y saludó con respeto.

–Necesito hablar contigo. –El emir señaló un banco de madera dispuesto a su derecha. El hombre se sentó–. Quiero saber tu opinión sobre la guerra.

–Ya la sabes, mawlana. Es una guerra justa que el Altísimo nos hará ganar.

–No quiero que me regales los oídos; para eso tengo decenas de cortesanos. Estamos solos. Quiero la verdad.

Al-Pequeñí suspiró. Apoyó las manos en las rodillas e irguió la espalda.

–Mawlana, las talas son el paso previo al asedio –reconoció.

Boabdil asintió.

–¿Crees que tenemos alguna oportunidad? –Tenía el humor sombrío. Había obtenido algunas victorias que habían excitado su euforia, pero sabía que no eran más que gotas de agua en el mar. La última algarada se había saldado con una derrota.

–Debes llevar la guerra hasta el final. Si pides negociar, tendrás que asumir lo que te impongan. Deben ser ellos los que vengan a ti. Para eso tendrás que resistir como si pudieras ganar.

El emir sonrió, y su gesto estuvo cargado de ironía.

–Pero no puedo ganar –añadió a las palabras del faquí.

Al-Pequeñí apretó la boca antes de hablar.

–No. No puedes ganar.

Boabdil se puso en pie y descendió del entarimado.

–Lo sabía, pero necesitaba escucharlo de un amigo. Te lo agradezco. –Suspiró–. He saboreado la gloria, pero qué efímera es. Vivimos un ocaso. El sueño de al-Ándalus se desvanece. Mi abuelo ya lo veía, y mi padre, pero seré yo el que rendirá esta tierra a los rumíes.

–Me siento orgulloso de ti, Boabdil. Hace nada eras un niño bajo las faldas de tu madre. Hoy eres un hombre que siente el peso de un emirato sobre sus espaldas. –El faquí apoyó una mano en su hombro–. Sabrás conseguir lo mejor para tu pueblo.

El emir intentó sonreír, pero la mueca se torció a medio camino. Al-Pequeñí comprendió que había llegado la hora de retirarse. Boabdil salió del salón y accedió al oratorio. Se lavó en el aguamanil y se arrodilló sobre su alfombra de seda.

–Dios, dame fuerzas –susurró antes de iniciar las prosternaciones.

* * *

Nawar había hecho un descanso y la flauta reposaba en su regazo. Moraima permanecía recostada sobre los almohadones del entarimado. La languidez de su cuerpo era la metáfora ideal sobre el estado de su espíritu.

–¡Qué largos son los días! –se quejó.

Se sentía hastiada, cansada de malgastar su tiempo en aquel harén apartado.

–Podemos bordar o recitar poesía. Hace mucho que no lo hacemos, señora. –Nawar se sentía igual, pero jamás se le habría ocurrido quejarse.

–No. Vamos a estirar las piernas.

Moraima se puso en pie y descendió las escaleras que llevaban al patio. La esclava la seguía. Se acercaron a la fuente y la esposa del emir tomó agua de la boca de un león para refrescarse las mejillas.

Boabdil apareció por las galerías, caminando apresurado hacia la sala de la Miel. No pudo disimular su sorpresa al verla, pero no detuvo su paso. Poco después, Diala, su esclava favorita, entró en el patio y lució su porte altivo mientras se adentraba en las estancias privadas del emir. Moraima comenzó a cantar a viva voz:

–El cachorro se cree león, pero tiene miedo de las gacelas...

Era una cancioncilla popular granadina. Nawar no pudo sofocar la risa.

–Anda, vamos, que hoy nos vamos a entretener con vino bueno –propuso Moraima.

La alacena del harén estaba bien surtida. Las mujeres tomaron una jarra de vino de Málaga y dos vasos. Se sentaron en el pequeño patio central y se sirvieron. El caldo era dulce y se subía pronto a la cabeza.

–Malditos sean todos los hombres –brindó Moraima al segundo vaso.

Nawar sonrió y las perlas de su boca brillaron. Moraima observó sus rasgos delicados y recuperó el recuerdo de un sueño. Sintió el latigazo de la culpa por algo que jamás había hecho. Apuró su vino en dos tragos.

Con el cuarto vaso la lengua se hizo pesada, los ojos se tornaron acuosos y la culpa, así como las convenciones, se vinieron abajo.

–Háblame de tu amada –se sorprendió pidiendo Moraima. Su mirada adquirió un matiz de picardía.

Nawar también estaba ebria. La mención al amor veló su mirada.

–Mi Atiya... –La sudanesa perdió la vista en las losetas del suelo, que alternaban el verde y el blanco–. Era bondad y amor. Su alma no tenía espacio para otra cosa.

Moraima sonrió.

–Dos mujeres –negó lentamente con la cabeza–. Me sigue costando imaginarlo... –Las palabras salían lastradas por el alcohol.

–Dos personas, señora –corrigió Nawar.

Moraima la miró con fijeza. Echó el cuerpo hacia delante y habló en susurros:

–Me has contaminado. Tengo tu historia tan metida en la cabeza que hace poco tuve un sueño... –Soltó una risita y se llenó el vaso. De repente se sintió liviana, como si sólo con hablar se hubiera liberado de una pesada carga.

–¿Con una mujer? –La esclava se llevó las manos a la boca, divertida.

–Pues sí, con una mujer.

–¿Y qué tal te fue?

Un súbito rubor dominó las facciones de Moraima. Recordó las sensaciones, las caricias, el tacto sobre su piel, los labios recorriendo sus piernas. El sofoco fue evidente.

–Me desperté angustiada. Fue muy real y pensé que había pecado.

Nawar la encaró.

–No pienses en la fe, no pienses en nada. Sólo dime: ¿te gustó?

Los ojos de Moraima se entrecerraban.

–No estuvo mal. –La esclava se rio–. Nada mal... –Ambas explotaron en risas, lo que animó la elocuencia de la joven–. Vamos, que no me importaría probar.

Nuevas risas, y enseguida silencio. Tragos al vino y miradas furtivas. Moraima se arrepintió de haber soltado aquello. Sin embargo, Nawar respiró profundamente, se arrodilló delante de ella y la miró a los ojos.

–Prueba mis labios –pronunció con suavidad, consciente de lo que se jugaba en aquel acto–. Soy tuya, úsame –terminó, provocadora.

Moraima soltó un suspiro que se pareció más a un gemido de placer. Acercó su cabeza a la de ella y la besó. Al instante sintió un agradable escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Se quedó inmóvil, pero Nawar abrió la boca y, con la lengua, recorrió sus labios. Moraima tembló, abrió la boca y aceptó el juego. Enseguida notó el fuego del deseo, que parecía que iba a quemarle la ropa. Nawar apoyó una mano en su pecho, y aquel gesto hizo que Moraima abriera los ojos. La lengua se detuvo; los labios, pausadamente, se retiraron.

–No está bien... –susurró.

La esclava aceptó sus reparos y se mantuvo inmóvil. Moraima se limitó a apurar el vino de la jarra. Con timidez, se tendió sobre los almohadones. El alcohol hizo efecto y la derrotó. Nawar estaba igual de borracha, pero no quiso dejarse vencer por el sueño. Tomó su flauta y tocó una dulce melodía que había aprendido en su tierra natal. Sus labios seguían recordando el tacto cálido de su ama.

Sevilla, noviembre de 1490

Beatriz se coló por el hueco que dejaba la puerta entreabierta. Caminó hasta el colchón y Kasim se incorporó, sobresaltado.

–Shh –chistó la joven, que apoyó una mano en su pecho para echarlo hacia atrás. Luego agarró la manta para destaparlo.

–Loca –dijo él a media voz–. Tus padres.

–No son mis padres, y aunque lo fueran... –contestó con una sonrisa en la boca. Percibió la tensión en él y se detuvo–. ¿Quieres?

Kasim ya la tenía a horcajadas sobre él. Asintió, excitado, y ella se remangó el camisón y tiró de los paños menores de él. Beatriz apoyó las manos en el pecho del hombre y movió la cadera con soltura.

–Sí –musitó él, vencido.

No pudo contenerse y llegó al orgasmo enseguida. Ella se detuvo, lo besó fugazmente en los labios y salió de la cama dando un salto.

–La próxima vez espero que dures más –le dijo con sorna–. Esta vez no te va a costar nada, pero, si quieres más, tendrás que darme algo a cambio.

Sin darle tiempo para la réplica, abandonó la alcoba apresurada. El hombre estaba aturdido, aunque satisfecho. El cuerpo de la joven le recordaba al de Falak. Sin embargo, ambas eran diferentes en carácter.

«Esta mujer es un torbellino. Compasivo, dame fuerzas», recitó con una sonrisa en los labios. Aquella noche durmió plácidamente. La mañana siguiente, Kasim acudió a los cuarteles de los alcázares para recibir instrucción militar.

–Moro, ¿cuándo vas a afeitarte esa barba? –lo recibió el instructor, un veterano de cuerpo robusto que cojeaba de una pierna. Kasim no contestó, ignorando la sugerencia–. Ya vas a ganarte tus primeros sueldos –añadió con una sonrisa–. Vas a ir a Alhama para llevar comida. Primero a Córdoba con unos cuantos de éstos –señaló a los otros peones–. De allí saldrá la recua para Alhama.

–Dineros fáciles –comentó un peón–. Ya no hay moros por allí.

–Vagos de los cojones –soltó el instructor–. Teníais que haber ido en el ochenta y dos, como yo. Allí habríais sudado sangre... ¡Venga, vamos! Que se nos va el día. ¡A los palos! –ordenó con voz potente.

Los hombres agarraron las lanzas de instrucción y formaron a pares delante de él. Kasim sintió que se le encogía el estómago. Aquella misión sería la primera que acometería al servicio de los rumíes. Un paso más que lo acercaba a su objetivo.

* * *

El granadino permanecía sentado junto a la tinaja del patio. El sol hacía rato que se había escondido y las primeras estrellas lucían en el cielo.

–A las buenas tardes –lo saludó Francisca, que se había asomado al patio para revisar el tendedero–. ¡Beatriz! ¡Ya está seca! ¡Vente y la recoges!

La mujer regresó al interior y, poco después, la joven salió al patio con un canasto de mimbre apoyado en la cadera.

–Hola, Kasim –saludó mientras cogía la primera prenda–. Ya me han dicho que en nada te vas. Cerquita de tu tierra.

–Alhama. Hace poco de Garnata.

–¿Añoras tu tierra? ¿Recuerdas Granada?

–Mucho. Pero allí ya nada. No es mi tierra ahora.

El granadino aprendía la lengua romance a buen paso.

–Un moro que reniega de su tierra y que tiene el apoyo de los reyes... Menudo elemento estás tú hecho.

Kasim sonrió. Le gustaba la manera en que la joven se expresaba.

–El emir viejo era mi sidi, mi señor. Me protege.

–Lo que yo digo, un hombre importante. Pero aquí estás, trabajando en una huerta. –Terminó en tono interrogativo.

–Emir amigo de mí. Pero yo no rico –soltó una carcajada. Beatriz rio con él.

–Ya, ya. Así son los reyes. Yo soy tu amigo, pero no te doy ni un maravedí. –Nuevas risas inundaron el patio.

–Agradecido. Cuidó de mí antes de irse.

–Bueno. Algo es algo. –La joven guardó silencio. Recogió toda la ropa y se dispuso a marcharse con el canasto–. Ya era hora de que me contaras algo, que eres más callado que una piedra de cantera. Me voy adentro. Ya seguiremos hablando tú y yo...

Kasim seguía sonriendo. El aire fresco de la muchacha lo embriagaba. Recordó su encuentro nocturno y, en un arrebato, tomó la bolsa que le colgaba del cuello y la sopesó. Allí guardaba sus ahorros. Extrajo dos monedas y las alzó para ponerlas a la vista de Beatriz. Luego la llamó. La joven soltó el canasto y se acercó a él.

–¿Para mí? –Kasim asintió, y ella las tomó–. Esta noche te visito. –Frunció el ceño antes de preguntarle–: ¿Sueles pagar a mujeres? Mira que no quiero que me pegues nada malo...

–Primera vez –dijo él mientras negaba con la cabeza.

–Así me gusta, limpio y fiel a una mujer. Yo, igual. La primera vez que hago esto.

Le guiñó un ojo y se introdujo en la vivienda tarareando una cancioncilla.

Aquella madrugada, Beatriz visitó a Kasim en su alcoba. En aquella ocasión, el hombre supo controlar su ansia y le entregó lo mejor de sus caricias. Ambos terminaron exhaustos y satisfechos. La joven regresó a su cama temblando de placer. «Jodido morillo, lo que sabe hacer», pensó.

Granada, noviembre de 1490

Badra devoraba la sopa a grandes sorbos. Estaba fría, pero no le importaba. Reduán la observaba con ternura, sentado frente a ella junto a la tumba de su esposa. A pesar de la escasa comida que le llevaba al cementerio, la chiquilla había ganado peso. Poco a poco, el viejo maestro se había ganado su confianza.

–¿Pasas frío por las noches?

La niña negó con la cabeza.

–Un poco –dijo al fin.

El otoño estaba siendo templado, pero pronto caerían las primeras nevadas. A Reduán le preocupaba dejarla allí.

–¿Cómo te llamas?

–Badra.

–¿No tienes a nadie, Badra? –La niña volvió a negar, ahora con más ímpetu–. Ya veo. Yo perdí a quien más quería. –Señaló con un dedo la tumba que los separaba–. Es mi esposa la que está ahí. Sé lo que es estar solo. Podemos salir adelante, pero a veces necesitamos ayuda. No es malo pedir ayuda. Sabes que puedes acudir a mí. –El instinto de la niña la llevó a ponerse de pie y dar un

paso atrás–. Tranquila, no vas a hacer nada que no quieras. Pero recuerda siempre que puedes buscarme. Vivo en la alcazaba Cadima –señaló la colina–, y me conocen como el Sabio de la higuera. Me puedes encontrar sin problema.

Badra no respondió. Casi nunca lo hacía. Parecía abstraída. El hombre había tratado con niños así en la escuela coránica. Detrás siempre había una historia dura, un maltrato o una experiencia traumática.

–Ay, pequeña. Me preocupo por ti. De mí no tienes nada que temer.

La niña había terminado la sopa y depositó el cuenco sobre la tumba. Reduán se levantó y lo tomó. Badra se dio la vuelta y se marchó sin más, sin dar las gracias ni despedirse. El hombre sintió que su corazón se desgarraba.

–Seguiré viniendo y cuidaré de ti –pronunció, aunque la niña ya no podía oírlo.

Regresó al camino de Elvira y enfiló la puerta de la ciudad. Había perdido peso y caminaba encorvado.

–Dios mío, a mí me puedes llevar, pero conserva su vida.

Sevilla, diciembre de 1490

Terminó la confesión e Isabel se apartó al reclinatorio para rezar su penitencia. De fuera llegó el sonido de una suave llovizna.

No tardó en terminar la oración; sus pecados eran minucias, aunque ella sentía la necesidad de desahogarse casi a diario. En aquella ocasión, había pecado de pensamiento, deseando ciertos males para su esposo que lo apartaran del mal camino. «Es natural tener pensamientos así», le había dicho su confesor. «Lo importante es dejarlos ir, como las nubes en el cielo».

Fray Hernando de Talavera se sentó a varios pasos de la reina.

–¿Tenéis noticias de vuestra hija, majestad?

–Ya está bien casada. Desde Portugal nos han avisado los nuestros. Llegó bien; se celebró la ceremonia en un monasterio... No

me preguntéis el nombre. –Su mirada se tornó pícara antes de continuar–. Dicen los rumores que los esposos consumaron en el mismo monasterio, y que los frailes armaron revuelo. –Soltó una risita.

–Madre del amor hermoso... –Fray Hernando controlaba la risa.

–Excelencia, ¿qué queréis? No les reprocho nada. Era su noche de bodas. Están unidos ante Dios y son jóvenes. Ahora tienen que procrear.

–Por supuesto, por supuesto. Divina responsabilidad la de traer cristianos al mundo... –Talavera se puso a repasar documentos, visiblemente avergonzado.

–¿Llega? –preguntó la reina.

–Va llegando. –Talavera le puso delante uno de los pliegos–. Seguimos imprimiendo bulas. La imprenta es una maravilla que adelanta mucho trabajo. El problema son los nobles. Muchos ponen excusas. Están molestos.

–Ya... Les hemos quitado poder. Pero es lo que teníamos que hacer. No quiero volver a los tiempos del rey Enrique, cuando eran ellos los que gobernaban. Sus peleas y sus robos eran la ruina de nuestros reinos.

–Estoy de acuerdo con vuestra majestad. Una mano fuerte gobierna mejor que veinte manos tirando cada una para un lado. Pero no va a ser fácil.

–Nunca es fácil, excelencia. Pero el esfuerzo compensará. La campaña próxima va a requerir más esfuerzo que ninguna otra, pero cuando acabemos tendremos paz y dineros para levantar Castilla. –Perdió la mirada en la talla de la virgen que presidía la sala–. ¿Acaso no recordáis a Pacheco? ¿No sabéis lo que hacía Álvaro de Luna con mi propio padre? Pecados contra el reino y contra natura. –Sus ojos brillaron, al borde del llanto. Primero don Álvaro de Luna y luego Pacheco abusaron de los reyes y así los tuvieron sometidos.

–Espero que estén ardiendo en el infierno –explotó, iracundo, Talavera.

Isabel ya lloraba abiertamente.

–Ay, mi hermanico. –La reina recordaba al pequeño Alfonso, que tanto tiempo estuvo sometido a la brutalidad de Pacheco. Fue nombrado heredero de Enrique IV de Castilla a cambio de vivir custodiado por Pacheco, la mano derecha del rey–. Esas cosas no volverán a pasar en mis reinos. Los nobles tendrán su lugar, por debajo de la reina –pronunció con la solemnidad de un juramento–. Pobre madre mía... –la recordó desquiciada–. ¿No cree vuestra excelencia que saber lo que le estaban haciendo a su hijo fue lo que le hizo perder la cabeza? Estoy segura. Todavía recuerdo sus gritos cuando se llevaron a Alfonsico.

Fray Hernando suspiró, conmovido.

–Majestad, habéis venido a estos reinos de Dios para poner orden. Doy gracias al cielo por vuestro compromiso y ruego a Dios que os dé fuerzas para llevar a cabo vuestra misión.

Córdoba, diciembre de 1490

La pequeña tropa de la milicia sevillana llegó a Córdoba a primera hora de la tarde. Allí se unió al campamento improvisado a las afueras, cerca del barrio de la Axarquía. Alhama necesitaba nuevos mantenimientos y la reina había reunido una importante recua para abastecerla. Los caminos parecían asegurados después de las últimas conquistas, pero no se podía olvidar que Castilla seguía en guerra con Granada y que el otoño estaba siendo movido.

El frío ya se había instalado en Andalucía y densas nubes amenazaban lluvia. Kasim se arrebujaba en la pelliza que el concejo le había donado, junto a una lanza, un casquete y un puñal.

No eran muchos hombres, apenas una treintena. Los cordobeses, al distinguir a los sevillanos, les lanzaban chanzas para divertirse sin ánimo de buscar bronca.

–¡Sevillanos! Lo que nosotros meamos os lo bebéis vosotros –decía un cordobés señalando al Guadalquivir.

A Kasim lo instalaron en una tienda encerada junto a otros tres peones sevillanos. Dos de ellos eran aceiteros. El tercero, carretero.

–Lo que me faltaba por ver –exclamó uno de ellos cuando lo vio–: un moro en mi tienda. –Los otros dos rieron–. No te ofendas, compadre, que por algo estarás aquí –añadió para quitar hierro–. Has caído en buen sitio. Somos buenos en la pelea. Ése –señaló al carretero– peleó en Baza y estuvo a punto de perder una pierna.

Kasim sonreía y apenas hablaba. La primera noche se despertó con los miembros entumecidos por el frío y la humedad. Uno de los aceiteros se había pasado la madrugada soltando ventosidades.

–¡Esos pedos huelen a azufre! –le soltaba su compañero–. Tienes un pie en los infiernos, pedazo de cerdo.

Poco antes de que despuntara el alba, Kasim salió de la tienda. Abandonó el campamento y se acercó a la ribera del río. Se topó con un hombre que recogía cañas con su hijo. El granadino le hizo un par de preguntas, pero el hombre no supo contestarle. Siguió su paseo y en uno de los caminos se encontró con un mulero. Insistió con sus preguntas y en esta ocasión el hombre le dio unas señas. Tuvo que desandar el camino, llegar a Córdoba y dejarla atrás caminando hacia poniente. A media legua encontró la cortijada. Lo primero que distinguió fue la cerca encalada y un portón de madera pintado de verde. Vio salir a cuatro hombres con azadas al hombro.

–Buen día nos dé Dios –saludó uno de los jornaleros.

–Buen día –respondió Kasim, que siguió la marcha hasta penetrar en el recinto del cortijo.

En la placeta central había dos carros y varias balas de paja, un brocal de piedra y un pequeño corral techado. Tres hombres se afanaban cargando los carros con aperos del campo. Kasim sintió que su corazón se aceleraba. Se acercó a ellos.

–La paz sea con vosotros –pronunció a media voz.

–La paz de Dios –respondieron casi al unísono, dejando a un lado sus quehaceres.

Kasim se dirigió a uno de ellos, un hombre entrado en la cuarentena tocado con un sombrero de paja.

–Hermano.

El hombre palideció. Tardó en reaccionar. Los otros dos centraron la atención en el visitante, visiblemente sorprendidos.

–¿Kasim? –Aguzó la vista y enseguida reconoció sus facciones–. ¡Dios bendito! –exclamó en buen romance–. ¡Dios bendito! ¡Hermano!

Corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

–Numair –lo llamó al oído el recién llegado con lágrimas en los ojos.

–¡Dios bendito! –repitió el hombre, también llorando–. ¡Es mi hermano!

Los otros dos sonreían, sin saber muy bien qué hacer. Los hermanos siguieron abrazados. Poco importaban ya los recuerdos, la agria disputa que los separó años atrás, las duras palabras que ambos se dedicaron, incapaces entonces de comprenderse.

Numair se separó de él para decirle que ahora se llamaba Antonio, Antonio de Granada.

–Éste es mi hermano Kasim. Llevo años sin verlo. Necesito el día libre, por lo que más queráis. Hablaré con don José.

–No te preocupes, Antoñico, nos apañaremos sin ti. Tampoco haces tanto... –concedió uno de ellos con sorna.

Antonio llevó a su hermano a una de las construcciones que rodeaban la plaza. Era una vivienda modesta.

–Entra, entra. María se ha llevado a los niños al campo –usó el nuevo nombre de su esposa–. ¿Quieres beber algo? ¿Quieres comer? Qué bien te veo... Más delgado, ¿no? –Estaba nervioso y no paraba de hablar.

–Estoy bien, tranquilo. Sólo quería verte –respondió Kasim en árabe.

Numair lo agarró por la nuca y apretó afectuosamente.

–Cuéntame, hermano, ¿qué haces por aquí? –solicitó, también en árabe.

–Estoy con los rumíes, en Sevilla. Me mandan a Alhama para abastecerla.

–He oído que se organiza una recua. –Kasim asintió–. ¿Y la prima?, ¿y los niños?

Kasim suspiró para aliviar el fuerte dolor que se había instalado en su pecho.

–Es largo de contar, Numair. –Evitó su mirada. El hermano acudió a una alacena y tomó una jarra de vino y dos vasos.

–Es un vino malo, pero mejor que nada –dijo mientras lo servía.

Ambos dieron un largo trago. Kasim volvió a suspirar y comenzó a relatar su historia.

–Cuando los rumíes asediaron Baza acudí a defenderla. Fuimos muchos granadinos. Queríamos ayudar a nuestros hermanos.

–Mi hermano Kasim y su idealismo. Siempre inquebrantable... –Sonrió.

–Boabdil no perdonó que fuéramos a ayudar al Zagal. Nos castigó de la peor manera posible, a través de nuestras familias. –Sus ojos brillaron con intensidad.

–Hermano...

Kasim alzó la mano para callarlo. Quería acabar su relato.

–Los mataron a todos. Boabdil ordenó una matanza de inocentes para castigar a los voluntarios. –Numair se llevó las manos a la cabeza y se puso en pie.

–No, no. No me digas que...

Kasim, derrotado por los recuerdos, con la vieja herida abierta, rompió a llorar como un niño.

–Mataron a mi prima y a mis dos niños –soltó entre hipidos. Numair lo abrazó y acompañó su llanto.

–Hijo de puta –dijo el converso en romance–. Maldito sea el Zogoibi. Pero ¿estás seguro? ¿Has ido a Granada?

Kasim cabeceó lentamente.

–Estoy seguro. Después de la matanza llegaron más voluntarios a Baza. Hadi, el vecino, ¿te acuerdas? –Numair asintió. Tenía la mirada perdida–. Logró huir. Desde su casa escuchó a los guardias entrar en la mía, y oyó sus gritos... –Se quebró una vez más.

Los hermanos se desahogaron juntos, llorando una pena que desbordaba sus almas. Pasado un rato, Kasim se serenó y apuró su vaso de vino.

–Llevo meses llorándolos. –Miró las vigas del techo, como si quisiera atrapar un recuerdo que se le escapaba–. Omar, el Gracioso... A su familia también la mataron. Fue a Baza por mí. Era mi mejor amigo, y yo lo convencí para que viniera conmigo. –La culpa que arrastraba desde entonces se dejó ver en sus ojos–. Cuando se enteró de la matanza buscó la muerte, y la encontró. Lo llevo en la conciencia, hermano; llevo tantas cosas en la conciencia que ya no soy yo... Sólo soy una sombra.

Numair, conmocionado, agarró la mano de su hermano.

–No puedes culparte. Nadie puede hacerlo salvo Dios. –Bajó la voz–. Fuiste a Baza para defender a tus hermanos, Dios te bendice por hacerlo.

El razonamiento era certero. Sin embargo, para él no suponía alivio alguno.

–Mi vida ahora sólo tiene un sentido: matar al Zogoibi.

–Si lo tuviera delante, no tendrías que hacerlo tú.

–No hablo por hablar. Voy a matarlo.

Numair suspiró.

–Te entiendo, Kasim. Pero ¿cómo vas a hacerlo?

Kasim lo miró a los ojos. La determinación brilló en su mirada.

–Me pasé al bando del Zagal. He estado a su lado hasta hace poco. Cuando decidió marcharse a África, yo decidí quedarme. Me he pasado a los rumíes para cumplir mi venganza. –Alzó la cabeza con seguridad.

Numair lo asimiló todo. Se tomó unos instantes para pensar.

–Bien –dijo al fin. No sabía cómo plantear su pregunta–. Pero... ¿cómo vas a conseguirlo?

–Los rumíes tomarán Granada, y yo iré con ellos. No tardarán mucho. Entonces, el Altísimo se apiadará de mí y me lo pondrá al alcance. –Terminó temblando, sacudido por aquel odio que se maceraba en sus entrañas.

–El Compasivo lo permita –deseó Numair.

Kasim había dejado de llorar y se sentía aliviado. Apretó la mano de su hermano.

–Maldije tu nombre por irte y por abandonar nuestra fe. Espero que me perdones.

–No hay nada que perdonar.

–Fuiste el más listo. Viviste una conquista y supiste que nuestro destino era caer. –Dirigió la vista a las cuatro paredes que lo rodeaban–. Me alegro por ti. No te veo mal. –Se abrió un silencio–. No puedo entretenerme demasiado. Esperamos órdenes para partir a Alhama.

–Espera hasta mediodía y ves a los niños.

Kasim sintió un nuevo pinchazo en el pecho.

–No puedo, hermano. Lo siento.

Numair comprendió sin palabras.

–Me ha alegrado mucho verte –le dijo, emocionado.

–A mí también. Tal vez nos veamos en otra ocasión. Dales un beso de mi parte a tu esposa y a mis sobrinos.

Se abrazaron. Volvieron a llorar, cada cual sobre el hombro del otro, y se despidieron para quizá no volverse a ver.

–Levanta la cabeza, Kasim. Echa fuera la culpa. Hazlo por mí –le dijo el hermano antes de dejarlo marchar.

Kasim sólo pudo sonreír como respuesta.

Alhama de Granada, diciembre de 1490

–Sois muy bienvenidos –los recibió en el camino Hernán Pérez del Pulgar, alcaide de Salar y encargado de la guarda de la fortaleza de Alhama.

Como venía pasando desde su conquista, ocho años atrás, Alhama sufría dificultades para su abastecimiento. La toma de Loja había facilitado el aprovisionamiento, pero los mercados de la medina seguían careciendo de muchos productos de primera necesidad.

Las sierras de los alrededores estaban blancas de nieve y en las lindes del camino también podían verse los rastros de las recientes nevadas. Kasim apenas sentía los pies y no paraba de frotarse los brazos para entrar en calor.

Don Hernán Pérez del Pulgar encabezó la marcha para aproximarse a Alhama. Encararon la puerta de Granada, la principal de la villa, y la atravesaron para penetrar en la medina. La población se asentaba sobre un tajo, cuyos riscos le servían de protección por dos de sus caras.

Kasim observó la iglesia y las casas aledañas. Los años que habían pasado desde su conquista no habían borrado las huellas de su origen nazarí. Aquél fue el primer mordisco de los castellanos. Desde entonces, la guerra se había recrudecido; los rumíes habían ganado en determinación y poder.

Los peones fueron alojados en la medina, que seguía en gran parte despoblada. Los oficiales y nobles recibieron estancias en la alcazaba. En ausencia del alcaide, Hernán Pérez del Pulgar se alojaba en la torre principal. Allí convocó a los principales de las milicias que habían protegido la recua desde Córdoba. Cenaron y bebieron juntos para celebrar el éxito de la misión.

–Señor alcaide de Salar –lo llamó el alguacil de la milicia sevillana–, he oído hablar de algunas hazañas que se os atribuyen... –Lucía las mejillas arreboladas por el vino. La cena había terminado, pero tenía ganas de escuchar una buena historia. Varios braseros caldeaban el salón, iluminado con lámparas de aceite. Muchos de los comensales se habían retirado ya a descansar.

–Habladurías –les quitó importancia don Hernán–. Cuentos para niños.

El copero rellenó el vino.

–¿Cuentos? –Un capitán de su propia guardia negó con la cabeza–. Yo he asistido a alguna de esas hazañas. Este hombre –lo señaló– ya destacó en la guerra de Portugal, luego conquistó Salar él solito con sus hombres, y lo de Baza que cuentan... Yo estaba allí. Es tan cierto como que me voy a beber este vino. –Alzó su vaso, lo brindó a su señor y se lo bebió de un trago.

La hazaña había consistido en liderar a un grupo de castellanos que habían algareado tierras de Guadix durante el asedio de Baza. De regreso al campamento, la tropa se topó con un ejército moro que los superaba con creces. Muchos quisieron huir, pero Hernán ató un pedazo de lienzo a su lanza y gritó: «¡Aquí tenéis el pendón de Castilla!», y consiguió elevar la moral de tal manera que la carga de los cristianos desbarató a los moros.

–Y no os olvidéis de Salobreña –añadió uno de sus más fieles escuderos. Don Hernán Pérez del Pulgar había conseguido entrar en la alcazaba durante el asedio de Boabdil.

–Bah. –El aludido dio un manotazo al aire–. Nunca busqué la gloria.

El alguacil sevillano lo miraba con suspicacia.

–Así que las historias eran verdad... Estoy ante un gran hombre, el hombre de las hazañas. –Guardó silencio, pero seguía mirándolo fijamente.

–Banalidades –dijo Hernán con sincera humildad–. Nada que cualquier hombre en mi lugar no hubiera hecho.

–Hombre, don Hernán, tampoco es eso. –El alguacil se acomodó en su asiento–. Estaréis con nosotros en que todos esos hechos os hacen excepcional.

El alcaide de Salar bebió de su vaso y se relamió.

–Nada de importancia. La única hazaña que cuenta vendrá pronto, cuando nuestros reyes conquisten Granada.

–Vendrá, aunque no pronto –corrigió el sevillano–. En primavera comenzará el asedio. Ya se habla de eso en Sevilla. Pero pasarán muchos meses hasta que caiga. Los moros tienen la moral arriba. Mirad a Boabdil: se ha hecho con la Alpujarra, atacó Padul, Alhendín, Salobreña... Se cree capaz de derrotarnos.

Ahora era Hernán el que miraba con suspicacia a su interlocutor.

–Pues ablandémoslos. Bajémosles los humos.

Los hombres rieron. Los escuderos se rebulleron, incómodos. Conocían el carácter de su señor.

–El rey ya ha asolado la Vega un par de veces –intervino un noble de la campiña cordobesa.

–No me refiero a eso. –Los ojos de Pulgar comenzaron a arder–. Hablo de un golpe a su moral. –Los demás lo miraban expectantes–. Entrar en la misma Granada como entré en Salobreña –soltó al fin.

Siguieron miradas que se buscaban, sonrisas esbozadas, tragos nerviosos al vino... La determinación de Hernán parecía crecer a cada instante.

–Tenéis razón. Esos mahometanos necesitan un buen palo donde más duele: en su fe.

–¿En qué pensáis, don Hernán? –le preguntó uno de sus escuderos.

–Entrar y llegar hasta su mezquita mayor. –Risas y exclamaciones.

–¡Casi nada! No os ibais a conformar con menos...

Aquélla fue la puntilla que el alcaide de Salar necesitaba para saltar. Se puso en pie y arrojó al suelo la capa con la que se arropaba.

–Nunca suelto palabras vacías. Si digo que voy a entrar en Granada y voy a reclamar su mezquita mayor para la Virgen, es que voy a hacerlo. –La bravuconería fue tomando forma y haciéndose más grande.

Los que lo conocían callaron, conscientes de que hablaba en serio.

–No quiero quitaros las ganas, don Hernán, pero esa hazaña tiene mucho de locura –dijo el alguacil sevillano.

–La fortuna favorece a los intrépidos –citó a Virgilio–, y Dios y la Virgen, también. ¡Mañana mismo partiré con los que quieran seguirme! –se envalentonó.

Tras un breve silencio, uno de los escuderos lo apoyó:

–Contad conmigo, señor.

Otras cuatro voces siguieron a la suya.

–Pero ¿cómo vais a entrar? –preguntó estupefacto el noble cordobés.

–Iremos pocos, de noche, y ya encontraremos la manera. Toda muralla tiene portillos. La Virgen María nos ayudará. –Tomó una medalla de plata que le colgaba del cuello y se la llevó a la boca para besarla.

Hernán Pérez del Pulgar tenía la sangre caliente y jamás huía de la acción.

–Conmigo ha venido un moro renegado. Creo que es de la misma Granada. Puede serviros de ayuda –sugirió el de Sevilla.

Hernán dio una sonora palmada y agitó los brazos en lo alto.

–¿Lo veis? ¡Ahí tenéis la ayuda de la Virgen! ¡Hacedlo venir ya mismo!

* * *

–Dadle un buen abrigo y unas buenas botas, que se nos va a congelar.

Kasim todavía temblaba. Al caer la madrugada, había comenzado a soplar un viento helado que arrastraba el frío de las cumbres nevadas.

–¿Quieres vino?

–Gracias, señor –aceptó el granadino. Don Hernán se carcajeó.

–Así me gusta, mahometano. Siéntate aquí, al calor del brasero.

Las ascuas humeaban, recién avivadas. Los hombres miraban al recién llegado con curiosidad. Salvo por la barba, podría pasar por castellano. El granadino miró de reojo a su alguacil, demandando una explicación.

–Kasim –intervino el sevillano–, don Hernán quiere hablar contigo. Tú eras de la misma Granada, ¿verdad?

–Vivía en Albaicín. Sí. –Después de tres meses, había ganado cierta soltura con la lengua romance.

–Maravilloso, gracias al cielo –pronunció Hernán–. Si estás aquí con nosotros es porque no estimas a Boabdil... –Fue sutil.

–Odio a Boabdil. –Miró a los presentes uno a uno.

–Bien. Pues voy a poner en tus manos la ocasión para darle un buen golpe. ¿Sabes cómo podemos entrar en Granada sin ser vistos?

Kasim volvió a mirarlos a todos. Se sentía intimidado por el silencio expectante.

–¿Un ejército?

–No, unos pocos. Debe de haber un portillo, algún punto débil o mal vigilado.

Kasim pensó unos instantes en las diferentes opciones.

–Un grupo pequeño, de noche, por el río. –Los hombres fruncieron el ceño y demostraron interés–. El río Darro va por mitad de Granada, entre dos colinas, Alhambra y Alcazaba Cadima. Va a la medina y sale por la muralla. Un arco grande.

Hernán Pérez del Pulgar sonrió complacido.

–Bien, Kasim, bien. ¿Está muy vigilado?

–Sí. Hay puerta con torres en río. Noche, más fácil. Pocos hombres –terminó diciendo.

–Sí, debemos ser pocos. Iremos no más de quince y entraremos cinco o seis. Más que suficiente. –Miró al granadino–. Necesito que vengas. Te pagaré el servicio.

Kasim agachó la cabeza en señal de sumisión.

–A vuestro servicio, sidi. –Su corazón latió con fuerza ante la perspectiva de regresar a Garnata.

* * *

–¿Lleva mucha agua ese río?

–Esta época sí. Pero sitio para andar en ribera.

Pulgar se pasó el camino interrogando a Kasim para atar todos los cabos. La pequeña escuadra había salido de Alhama por la tarde y calculaba llegar a la Vega con la noche ya cerrada. El alcaide de Salar había escogido a quince escuderos de probada valía para aquella misión. Todos iban a caballo.

El granadino guio la marcha para evitar las poblaciones y alquerías moras. Llevaba puestas sus nuevas prendas de abrigo y unas gruesas botas de cuero encerado. La nieve que cubría las cumbres de las sierras pronto se extendió por los caminos.

–Con nieve, más fácil. Menos ruido, menos rondas –opinó Kasim.

–¡Dios nos favorece, muchachos! –exclamó don Hernán.

Cayó la noche, pero los densos nubarrones no dejaron ver las estrellas. Se adentraron en la Vega y atravesaron varias alamedas que se extendían por la ribera del río Genil. De una pequeña mezquita de los alrededores les llegó el sonido del último llamado a la oración, cantado sin gracia por un muecín rural. Después de meses sin escuchar ninguno, Kasim sintió que algo se agitaba en su interior. El encuentro con su hermano, el desahogo de narrarle su historia y volver a Garnata después de tanto tiempo hacían que sus sentimientos se acrisolaran, provocándole una intensa sensación de añoranza y dolor.

El color tierra de las murallas de la medina y, sobre ella, las colinas pobladas del Albaicín y la Sabika no tardaron en avistarse al otro lado del río. A aquella altura del camino un palmo de nieve lo cubría todo. Los hombres iban preparados con mantos blancos para cubrirse y ser menos visibles. Dieron un rodeo para evitar el alcázar del Señor, un palacete cercano al río, y la rábita del mismo nombre. En una arboleda que se extendía hacia el sur, frente al viejo puente

de piedra, don Hernán Pérez del Pulgar dispuso que se quedaran diez de los escuderos. Luego, con Kasim y sus otros cinco hombres, atravesó a pie el puente del Genil y remontó el cercano río Darro.

La imponente muralla de la ciudad se alzaba a mano derecha. El espacio que había entre el río y ella era amplio, pero, a medida que avanzaban, se estrechaba. Cerca, protegida por un poderoso fortín, estaba la puerta de los Ladrilleros. Sobre su torre mayor se avistaba el fuego de la guardia. Los siete intrusos avanzaron con cautela, envueltos en sus mantos.

El río Darro salía de Granada arropado por dos sólidos muros. Don Hernán hizo señas a sus hombres para que se pegaran a la muralla. Una ronda pasó sobre sus cabezas. Los guardias caminaban por el adarve a paso ligero, encogidos por el frío. Los intrusos vieron cómo atravesaban el puente de los Curtidores, que controlaba el río, y continuaban por el otro paño de muralla hasta llegar a la puerta del Rastro, donde los perdieron de vista.

Retomaron el camino y se acercaron al puente. El río bajaba crecido. El líder de la expedición contempló el enorme arco protegido por un rastrillo. Las barras horizontales llegaban hasta la mitad de su altura, de manera que pensó que podrían escalar hasta allí y pasar al otro lado sin dificultad. Kasim no lo había engañado. Ante la perspectiva de verse dentro, Hernán palmeó el hombro del granadino.

Comenzaron a subir por el enrejado. El sonido de las aguas bravas los amparaba. Al otro lado, el río dejaba poco espacio para caminar. Su cauce estaba acotado por malecones y lienzos de muralla, sobre algunos de los cuales se alzaban edificios.

–¿Y ahora qué? –preguntó el alcaide de Salar.

–Seguimos hasta puente Nuevo. Allí. –Kasim lo señaló, visible en la distancia.

Caminaron en fila sobre la nieve de la orilla. Adosado al puente Nuevo, se encontraron con un molino.

–Aquí escalar –propuso Kasim.

La parte baja del edificio estaba construida con grandes sillares. A pocos metros había una ventana con reja, a la altura de la calle. Todos comprendieron y se lanzaron a la tarea. La situación se iba complicando y el riesgo que asumían era cada vez mayor. Kasim sentía el corazón brincar en su pecho. Estaba en el interior de Granada, su ciudad, donde había nacido y donde descansaban los restos de sus seres más queridos. «Maldito Zogoibi», se decía una y otra vez.

Treparon hasta la ventana y, desde ella, accedieron a la parte alta del malecón. No había nadie a la vista; la ciudad dormía y las rondas holgazaneaban en los puestos de guardia. Kasim se puso al frente y dirigió a los hombres hacia el puente. Atravesaron el río y se internaron en la medina.

–Estamos dentro, Tristán –le susurró don Hernán a uno de sus escuderos.

Kasim lo mandó callar y observó las calles inmediatas. Cerca estaba la Alcaicería, un mercado de bienes de lujo propiedad del emir. El recinto estaba protegido por una tapia y sus puertas permanecían vigiladas día y noche. Kasim resolvió que debían rodearlo y acceder a la mezquita aljama a través de la plaza de bib-Rambla.

«Cualquier día os vendo a Numair y a ti en la plaza de bib-Rambla...». Recordó la habitual amenaza de su madre cuando estaba cansada de sus travesuras. Sintió un nuevo pinchazo de dolor. Eran tantas las personas a las que tenía que echar de menos que a veces sentía que era un árbol al que habían cortado las raíces.

La nieve cubría la plaza. La atravesaron sin ser vistos y penetraron en un barrio de artesanos. Tomaron un ramal sin cancela y llegaron a un espacio abierto que rodeaba un gran edificio.

–La aljama –anunció Kasim en voz queda–. Seguidme.

El portón estaba cerrado. Don Hernán Pérez del Pulgar hurgó en su bolsa y extrajo un pergamino pintado en dorado y escrito con letras azules. El texto comenzaba con un «Ave María», seguía con

otras oraciones y culminaba de forma apoteósica con una reclamación de la posesión del templo para la fe cristiana.

«... Sed vosotros testigos de cómo tomo posesión de esta mezquita en nombre de los reyes de Castilla, y la consagro desde ahora a la Virgen del cielo, que nos ha servido de guía...».

Tomó un cuchillo con empuñadura de marfil y lo usó para fijar el pergamino a la puerta.

–Ea, nuestra es –anunció sin pomposidad, consciente de que aquel acto sólo era un gesto–. Ahora hagamos algún daño antes de irnos. –Miró fijamente a Kasim, demandando alguna idea.

Mientras, dos escuderos limpiaron de nieve la entrada y comenzaron a sacar los avíos para hacer fuego y prender un hachón de cera. La llama titilaba, todavía débil, cuando Kasim habló:

–Alcaicería. –Señaló al lado opuesto de la mezquita–. Es de Boabdil. Buen golpe, mucho daño.

Hernán dibujó en su rostro una amplia sonrisa y le palmeó el brazo.

–Bien que odias a tu rey, jodido moro... Vamos, andando.

Kasim dirigió la marcha de nuevo. Rodearon el edificio y encararon la tapia de la Alcaicería. Buscaron una puerta y allí se detuvieron. No había nadie a la vista. Habían tenido suerte, pero no podían demorarse.

–Pez y cuerda –solicitó el líder en un susurro.

El escudero responsable del fuego echó mano a su bolsa, pero enseguida se dio cuenta de que se las había dejado a la entrada de la mezquita.

–Tristán de Montemayor, no puede ser cierto... –La ira de don Hernán crecía. Desenfundó su daga.

–Tranquilo, tranquilo, señor –acudió presto Baena, otro de los escuderos–. Yo iré a por las dos cosas y estoy de vuelta en nada.

Baena salió corriendo envuelto en su manto blanco. Echado sobre el escalón de la entrada, se encontró a un guardia moro que

inspeccionaba el bote de pez. El cristiano quedó paralizado. El moro se giró hacia él y soltó un grito de alarma. Baena, raudo, se echó sobre él y lo acuchilló.

–¿Quién? –escuchó que alguien gritaba en árabe, y a la voz respondieron otras dos desde diferentes posiciones.

El escudero echó a correr hacia sus compañeros. No tuvo que gritarles; en cuanto lo vieron, supieron que debían huir. Tiraron el hachón encendido y comenzaron una carrera frenética dirigida por Kasim. Las voces de alarma y desconcierto se seguían sucediendo. Deshicieron el camino y llegaron hasta el puente Nuevo. Mientras lo atravesaban, escucharon cómo las voces arreciaban. Varios perros respondieron ladrando. Habían encontrado el cuerpo del guardia muerto.

–Abajo, abajo –apremiaba Kasim.

Bajaron a la ribera del Darro y recorrieron su curso hasta llegar al rastrillo del puente de los Curtidores.

–Mantos y quietos –dijo el granadino con tono firme, como si diera una orden.

Los escuderos miraban la reja con ganas de escalarla, pero don Hernán fue contundente:

–Ya lo habéis oído.

Los siete se cubrieron para confundirse con la nieve y aguardaron a que la situación se calmara. Oyeron las carreras y los gritos de los guardias.

–*Allah al-Galib!* –gritaban algunos.

–Ya han encontrado el pergamino –susurró Hernán–. Puedo morir en paz.

Pasaron más de una hora allí acuclillados.

–Esto les está viniendo muy bien a mis almorranas –dijo uno de los escuderos mientras sacaba un puñado de nieve de debajo de su culo. Los demás tuvieron que reprimir la risa.

Granada se acabó calmando. Los vecinos que habían salido de sus casas acabaron regresando a ellas. Patrullas de guardias recorrieron las cercanías de la aljama y de la plaza de bib-Rambla, pero las rondas regresaron a su frecuencia habitual. La madrugada había avanzado, aunque todavía faltaban varias horas para el amanecer.

–Nos vamos a congelar –susurró uno de los escuderos–. Tenemos que movernos.

Kasim observó los alrededores, los malecones y la ribera del río.

–Sí. Nos movemos –concedió–. Salir por agua. Mucho riesgo tierra.

Los cristianos se miraron, incrédulos.

–Mejor mojarnos que dejarnos matar por los moros –sentenció don Hernán. Nadie se atrevió a llevarle la contraria.

Comenzaron a escalar la reja y pasaron al otro lado sin dificultad. Allí, bajo el puente de los Curtidores, se prepararon para adentrarse en la corriente del Darro. Cubrieron sus cabezas extendiendo dos mantos y se sumergieron hasta los hombros en dos grupos. Al principio notaron el agua caliente, pero todos sabían que aquello era una falacia, que si permanecían demasiado tiempo en el río, acabarían muertos por el frío.

–No perdáis pie –ordenó don Hernán antes de iniciar la marcha.

La mayoría no sabía nadar y, aunque supieran, la fuerza de la corriente los arrastraría y los acabaría ahogando.

Los dos bultos blancos se desplazaron sobre las aguas. Los hombres rezaban en silencio, ajenos a lo que pudiera estar ocurriendo fuera.

«Virgen bendita, para ti hemos reclamado la mezquita de los moros. Protégenos y llévanos a buen puerto», recitó para sí Hernán Pérez del Pulgar.

Tal vez la Virgen lo escuchó y le concedió su súplica. Avanzaron sin percances hasta el punto en el que la corriente del Darro se unía a la del Genil. Allí salieron del agua y cruzaron el puente. La

oscuridad de la noche los arropó. Los incursores temblaban y tiritaban.

–Venga, venga, que en peores nos hemos visto –los animó el líder.

Se adentraron en la arboleda que se abría al sur y enseguida fueron abordados por los otros diez escuderos.

–¿Lo habéis conseguido? –preguntó uno de ellos.

Don Hernán lo miró fijamente. Sus labios estaban amoratados y seguía temblando.

–Estúpido, ¿tú qué crees? –Y soltó una risotada que fue respondida por el resto del grupo–. Dadnos vuestros mantos secos. Y venga, en marcha.

Los hombres montaron en sus caballos y comenzaron a recorrer los senderos menos transitados de la Vega. Kasim los guiaba de nuevo. Don Hernán azuzó a su caballo para ponerse a su altura.

–Buen moro estás tú hecho –le dijo, amigable.

Kasim sonrió, pero no contestó. Estaba de buen humor. No paraba de imaginar al Zogoibi en un arrebato de cólera después de enterarse de la última hazaña de los rumíes. «La próxima vez que pise Granada te tendré a mano», se dijo.

Granada, diciembre de 1490

El sol caía, pronto llegaría la noche. Reduán bajaba las cuestas arrebujándose en su pelliza. Se había puesto un casquete de fieltro para protegerse la cabeza del frío. La calle estaba vacía. De las chimeneas del barrio ascendían finas columnas de humo. Buscó la puerta de Elvira, donde los guardias, ateridos, lo saludaron.

–Abuelo, ¿dónde vas a estas horas con lo que ha caído?

–La paz sea con vosotros. No me cerréis la puerta, vuelvo enseguida.

Salió de la ciudad y tomó el camino que partía en dos la maqbara. Los olivos lucían el manto blanco de la primera nevada. Accedió al recinto y buscó la capilla del santón al-Kalb. Abrió la verja, pero el interior estaba vacío.

–Pequeña, ¿dónde te has metido? ¡Badra! –gritó. No obtuvo respuesta.

Acudió a la otra capilla en la que la pequeña solía refugiarse. Ésta no tenía puertas. Dentro, encogida bajo su manta, estaba la niña. No se movía.

–Ay, Dios mío. ¡Badra! Hija mía.

Se abalanzó sobre ella. Su cuerpo estaba helado, pero aún respiraba. La abrazó e intentó darle calor. Enseguida se dio cuenta de que poco podía hacer por ella allí. Tenía que llevársela. Haciendo acopio de fuerzas, el faquí la tomó en brazos y la sacó del cementerio. Desanduvo el camino hasta entrar en la ciudad, pero, una vez en el interior de la puerta de Elvira, se derrumbó jadeante. Los guardias acudieron a él.

–Por piedad, hermanos. Ayudadme a llevarla a casa. Apenas respira ya. –Reduán lloraba, desesperado.

Los guardias se miraron.

–¿Dónde vives?

–En el callejón de la Higuera, en la alcazaba Cadima.

Uno de ellos se acercó a la niña y miró a su compañero.

–Te cubro. Súbela –lo animó el otro.

El guardia cargó con el cuerpecillo y comenzó a subir la primera cuesta.

–Alá te lo pagará –le decía Reduán desde atrás, emocionado. Sentía calambres en los brazos.

–Tengo una hija poco mayor que ésta –respondió el hombre–. Malditos sean los días que nos ha tocado vivir.

Llegaron al callejón con las primeras estrellas en el cielo. Reduán abrió la puerta de su casa y animó al guardia a entrar.

–Ahí, delante de la chimenea.

El hombre depositó a Badra sobre un almohadón, frente a los rescoldos de una pobre hoguera. Observó la ceniza acumulada y los

pedazos de carbón que se acababan de consumir.

–¿Tienes leña? –preguntó al faquí.

–Sí, sí, algo tengo. No te preocupes. –Tomó la mano derecha del guardia y la besó–. Le has salvado la vida. Gracias.

–Nada, nada. La paz sea con vosotros –dijo mientras salía apresurado.

Reduán echó un palo sobre las brasas y sopló para avivarlas. La llama no tardó en prender. Echó una manta sobre la niña y se tumbó a su lado. Podía sentir su respiración débil. Las mejillas recuperaron el color lentamente.

–Vamos, pequeña. Vuelve –le susurró con cariño.

Badra abrió los ojos y su mirada gris se encontró con el rostro del viejo. Reduán sonrió con lágrimas en los ojos. La niña bostezó y volvió a dormirse. No tenía fuerzas ni siquiera para hacerse preguntas. El faquí la besó en la frente y la abrazó. Lloró de alivio observando cómo la manta se movía con cada una de sus respiraciones.

–Ahora tienes quien cuide de ti –le susurró.

El hombre siguió llorando en silencio, embargado por una ternura que apenas podía contener en el pecho.

La pequeña se despertó con el llamado a la tercera oración del día. En el hogar sólo había cenizas, pero Reduán la había tapado con varias mantas. Sus ojos recorrieron la estancia hasta encontrar al hombre, que acudió a su lado.

–Tranquila. Soy yo. Nada te va a pasar.

Badra bostezó.

–¿Tienes hambre? –No hubo respuesta–. Algo tengo por aquí.

Le sirvió una escudilla con guiso. La niña se incorporó, tomó el recipiente y comenzó a comer. Cuando terminó, lo depositó en el suelo y se abrazó las rodillas. Su mirada había recuperado brillo, aunque seguía sin hablar. Reduán sabía que los niños perdidos

tenían el alma tan rota que podían ver como enemigos a quienes los cuidaban.

–Te quedarás conmigo –le dijo con voz dulce–. Ya no puedes estar ahí afuera. Tendrás cama y comida, y unos palos en la lumbre cuando apriete mucho el frío. –La niña no reaccionó, lo que Reduán interpretó como una buena señal–. Nos llevaremos bien. ¿Te gustan las historias?

La niña asintió, aturdida todavía. El faquí tomó uno de sus libros, los tesoros que guardaba de los años buenos. Lo abrió por un punto al azar y comenzó a leer en voz alta. Badra, con la mirada perdida en las cenizas de la chimenea, se dejó arrullar por las palabras.

* * *

–La luna acuna a mi niño y las estrellas le soplan en la noche cálida...

La voz dulce de Moraima invadió el patio del harén. La esposa del emir bordaba. Nawar, frente a ella, remendaba un vestido de seda. Las mujeres apenas se miraban. Habían pasado muchos días desde la borrachera que las llevó a besarse, aunque la vergüenza seguía tendiendo su muro invisible. Moraima pretendía actuar como si nada hubiera ocurrido, pero los recuerdos la castigaban y, a la vez, aceleraban su corazón.

–Piensas en Ahmed, señora.

Moraima dejó a un lado la labor y la miró a los ojos.

–A cada instante. ¿Cómo quieres que me olvide de mi niño? En Moclín, rodeado de rumíes que se estarán empeñando en que no sepa nada de mí. Cada día es una tortura, Nawar.

La esclava se sintió reconfortada por el tono íntimo de su ama.

–Ahmed tiene siervos creyentes que le hablan de ti. Te tendrá presente.

–Ruego al Altísimo que así sea. Sufro pesadillas en las que me rechaza. –Sus ojos se nublaron–. No tiene recuerdos de su madre. Era tan pequeñito...

Nawar se atrevió a acercarse a ella y apoyó una mano en sus rodillas.

–Sigue siendo pequeño, y tiene toda la vida por delante. A esta edad, bastan dos días para que os unáis de nuevo. No sufras.

Moraima sonrió, y el gesto provocó la caída de una lágrima. Nawar la atrapó con un dedo antes de que le llegara a la barbilla.

–No sufras –repitió en un susurro.

El tacto de la sudanesa erizó la piel de Moraima. En un arrebato, agarró la mano de su esclava y la besó.

–No te apartes nunca de mí –le dijo sin soltarle la mano–. En estos momentos de mi vida eres lo único que me queda.

–Nunca te dejaré –respondió Nawar–. Soy tuya –pronunció, y la afirmación sonó a voto de entrega voluntaria, a una pasión que la conducía a ella.

Por primera vez en las últimas semanas, después del rubor, de la resaca y del rechazo, las dos mujeres volvieron a acercarse, y la cercanía fue un bálsamo para sus respectivos dolores.

Sevilla, diciembre de 1490

–¡Moro!

Los chiquillos corrían y gritaban alrededor de Kasim, que se aproximaba a la muralla. Eran niños de su barrio.

–¡Mahometano del demonio! –se animó uno a gritar.

Dos le arrojaron piedras. Una de ellas le impactó en una pierna.

–¡Ya! –voceó el granadino dolorido.

Los niños dejaron las piedras, pero siguieron riendo y provocándolo hasta que atravesó la puerta de la Judería. Aquellas voces eran muy distintas a las que lo habían recibido en Alhama un par de días antes. De regreso de Granada, los aventureros fueron recibidos con honores. «¡El Ave María en la mezquita mora!», repetían los corrillos de vecinos una y otra vez, maravillados por la hazaña. Don Hernán destacó el papel de Kasim y lo invitó al

banquete que dio en la torre del alcaide. «Si no llega a ser por este hombre, no habría sido posible», llegó a reconocer alzando su copa.

El líder de los sevillanos lo había despachado antes de entrar en Sevilla. Además de la soldada, Kasim recibió un pago de don Hernán. Regresaba contento. Sentía que había golpeado el orgullo del Zogoibi. También había tenido ocasión de ver a su hermano y de reconciliarse con él. Su alma parecía recomponerse poco a poco.

Se adentró en los callejones de su barrio y buscó el horno. El sol lucía en un cielo limpio de nubes, aunque apenas calentaba. Sentada en el tranco de la puerta, se encontró con Beatriz, que, nada más verlo, se puso en pie y exclamó:

–¡Dios bendito! ¡Pero si ya ha vuelto el soldadito moro!

Las hojas de tres ventanas se entreabrieron y asomaron sendas cabezas para observar la escena. La joven corrió hacia Kasim y lo abrazó con afecto sincero. Él sonreía, reconfortado con la calidez de su cuerpo.

–¡Señoras! –gritó la muchacha–. Ea, para dentro, que aquí se acaba el espectáculo.

Las ventanas se cerraron y Kasim rio. Se acercó a su oído y le susurró:

–Esta noche, ven.

Dentro, el hornero y su esposa lo recibieron con visibles muestras de alegría. La familia lo acosó a preguntas. Los tres se espantaron cuando les narró la hazaña de Granada. Comieron juntos y Kasim se permitió descansar con una larga siesta. Tras la cena, el granadino regresó a la cama. El matrimonio y Beatriz no tardaron en retirarse a las suyas. Poco después, la joven acudió a la cita.

–Han tardado en dormirse –se disculpó por la tardanza–. Habrás rellenado la bolsa, ¿no? Espero que seas generoso...

Kasim tomó una bolsa de cuero repleta de monedas y se la entregó.

–Para ti.

–¿Estás loco? ¿Todo esto? –se puso nerviosa–. A ver, que no te voy a quitar las ganas... Pero ¿estás seguro?

Por un instante, la mirada sin luz de los días negros afloró en el rostro del hombre.

–No quiero dinero.

Beatriz sopesó la bolsa y la depositó en el suelo. Luego se desabrochó el camisón y dejó ver sus pechos. Arrastró las calzas de él hasta las rodillas y se sentó sobre su miembro erecto. Apoyó una mano en su pecho y movió la cadera. Él apenas pudo contenerse y no tardó en culminar.

–Dentro no, moro loco –le recriminó Beatriz en susurros–. Nos puede costar un disgusto. –Saltó de la cama, dejó caer su camisón y se abrochó la parte superior–. ¿Ha valido lo que has pagado? –Kasim asintió.

–Espero más.

Ella le guiñó un ojo.

–Alguno más te caerá.

Se agachó para coger la bolsa y se acercó a él para plantarle un beso en la frente. Luego se marchó sin más, dejando al hombre satisfecho y feliz.

«Es como un relámpago: intensa y luminosa», se dijo Kasim.

* * *

Los gallos habían cantado por segunda vez. Gonzalo ya tenía el horno encendido y se calentaba las manos con la portezuela abierta. Su esposa se unió a él soltando bostezos.

–Cada día me cuesta más levantarme –dijo la mujer.

–No me haces falta hasta más tarde. Vuelve a la cama.

–Da igual. Una vez levantada ya no vuelvo a coger el sueño. –Hizo una pausa–. ¿Lo oíste?

El esposo asintió.

–Sí que lo oí, Francisca, y apenas he dormido en toda la noche. ¿Volvemos a las andadas?

–No tengo nada que ver en esto. Beatriz ya es mayor.

–Pues no sé qué es peor. Si sigue, no tardarán los rumores. Habla con ella.

–Esposo mío, parece que no conoces a esa chiquilla. ¿Crees que va a servir de algo?

–Otro padre la encerraría, la azotaría.

Francisca se acercó a él, zalamera, y lo abrazó por la cintura.

–Pero tú no. Tranquilo, que es libre y rebelde, pero de tonta no tiene un pelo.

–Ni tú tampoco, y hay algo que me escama en todo esto. –Se soltó del abrazo–. ¿Te da igual que se junte con un moro? Hace nada insistías en que se casara con ese torcido de José para acallar rumores, ¿y ahora la dejas ir con un moro?

–Precisamente, Gonzalo... Se tiene que casar. En estos años, ¿quién se ha interesado por ella? Sólo José, y mira cómo acabó. No le vamos a encontrar nada mejor.

El hombre abrió los ojos todo lo que pudo.

–¿Quieres casarla con él? ¿Te has vuelto loca? Pero si es mahometano. –Tuvo que contenerse para no alzar la voz.

–Es mahometano todavía. Tú déjame a mí. Me preocupa mi Bea. ¿Te crees que José no se la tiene guardada? Necesita un hombre a su lado. ¿Que es moro? Pues lo haremos cristiano. Tú déjame a mí.

El hornero puso los brazos en jarras y miró severo a su esposa.

–Dios bendito, Francisca. Parece que tú la hubieras parido. De tal palo... Igualitas. Dios bendito...

Cerró la puerta del horno y, mientras aguardaba a que alcanzara la temperatura adecuada, comenzó a preparar los avíos para la masa de pan. Francisca se le unió con decisión. Conocía bien a su esposo. Al principio todo eran reparos, pero las ideas iban calando en él poco a poco, hasta que acababa por aceptarlas.

* * *

–Qué bueno sería tener esa ruta. ¿Imagina vuestra excelencia lo que sería predicar en aquellas tierras?

Isabel tenía sus dudas, pero la propuesta del marino la seguía seduciendo. El secretario Hernando de Zafra observaba la carta. Se guardó sus pensamientos. Para él, aquella idea de navegar hacia poniente para llegar al Japón resultaba risible.

–Alteza, ahora tenemos otras tierras en las que predicar –apuntó fray Hernando de Talavera.

–Demasiadas tareas pendientes, sí –afirmó la reina. Se dirigió a Zafra–: Contestad a don Cristóbal que nuestros esfuerzos están centrados en Granada. –El secretario asintió–. Pero dejad la puerta abierta... Ya me entendéis.

–Por supuesto, alteza. Así lo haré.

El rey Fernando carraspeó para hacerse notar.

–Y con los de la hazaña, ¿qué hacemos?

Había llegado a la corte una carta de don Hernán Pérez del Pulgar en la que informaba de lo ocurrido en Granada. El eco de su gesta resonaba con fuerza.

–Hay que darles tierras, propiedades –dispuso la reina–. A todos.

Ahora fue Zafra el que carraspeó.

–Vuestra alteza, el alcaide de Salar fue a Granada con varios escuderos de su tropa, pero también lo acompañaba un moro que le hizo de guía. Es el que servía al Zagal, que vive asentado aquí en Sevilla. Don Hernán ha destacado su papel, pero no deja de ser un mahometano.

–La reina ha dicho a todos. Que sea a todos –intervino Fernando.

–Concededles mercedes y posesiones en Granada, que se harán efectivas cuando la tomemos –dijo Isabel–. Sed generosos. A Pulgar le concederemos el derecho a ser enterrado en la iglesia mayor que construyamos allí. Al moro, asignadle una parcela menor. ¿A qué se dedica aquí?

–Alteza, os sirve integrado en la milicia del concejo de Sevilla. Y trabaja como jornalero en la huerta de Santa Cruz.

El rey le pidió al secretario la carta de don Hernán y se puso a leerla. Comprobó que éste afirmaba que sin el moro no habrían podido entrar en Granada.

–Asignadle un acostamiento –dijo–. Veinte maravedíes diarios.

Por el contrato de acostamiento, ciertos vasallos recibían una paga diaria a cambio de estar siempre disponibles para acudir a su llamada.

Zafra iba a tomar nota cuando la reina intervino:

–Si se convierte a la fe de Cristo. –Isabel miró a Talavera–. Excelencia, sé lo que opináis sobre la conversión sincera, pero no pienso pagar soldada a un mahometano. Es libre, que siga con su fe, pero sin la soldada.

El secretario miró de soslayo al rey, que se encogió de hombros y asintió.

–El Zagal lo apreciaba. Debe de ser buen hombre. –Fernando caviló–. ¿Qué sabemos del rey viejo?

Hernando de Zafra dejó sus notas sobre la mesa y relató lo que sabía.

–Hay quien dice que el rey de Fez le quitó los dineros y lo dejó ciego por traicionar a los suyos. Pero eso nos llega de Granada, así que no me fío. Lo último que sé fiable es que lo dejamos en Tremecén y que allí lo esperaba un buen cortejo de moros. Nada más.

El Zagal parecía haber desaparecido. Zoraya se había instalado en Córdoba bajo el amparo de los reyes. Allí educaba a sus hijos, los hijos de Muley Hacén, con la esperanza de conseguirles una buena herencia.

–Cosas de moros –soltó la reina–. ¿Algún asunto más?

–Sí, alteza –contestó el secretario–. Ya están listos los apercibimientos. Cuando dispongáis, se enviarán a los nobles y a las

ciudades.

–Que salgan ya –ordenó Fernando–. Necesitarán tiempo para prepararse.

–Así se hará, majestad. Los mariscales ya estudian los mapas. No será fácil montar los reales. Va a hacer falta una verdadera ciudad para asediar Granada.

La reina se aferró a los brazos de su jamuga y habló con voz firme:

–Habéis dado en el clavo, Zafra. Con la ayuda de Dios, una ciudad montaremos.

Su determinación disolvió las dudas que los otros tres llevaban semanas planteando. Cualquier atisbo de indecisión ardía bajo el fuego que Isabel tenía en el alma.

Sevilla, enero de 1491

–Le han concedido un acostamiento y los reyes lo protegen.

Francisca presentaba a Kasim con orgullo. Acababa de ser bautizado en la iglesia del barrio, durante la misa de domingo. La decisión había sido fácil para él. «Me acerco a mi destino», se dijo cuando el emisario le llevó la propuesta. Había perdido a su familia, había abandonado su tierra; poco le importaba ya cambiar de fe.

–En buena hora, Fernando –le decían los vecinos. Lo soltaban a media voz, sin convencimiento.

–Fernando –le soltó Beatriz al oído, entre risitas–. Sabrás que nadie va a usar ese nombre contigo.

El sacerdote le había dado el nombre del rey, como era habitual en casos similares. Beatriz estaba en lo cierto, Kasim siempre sería Kasim, o el moro. En el mejor de los casos, se referirían a él como «granadino».

Francisca repartía comida y vino entre los invitados, y su esposo la observaba con una sonrisa en la boca. «Maldita Francisca. Te sales con la tuya...». El hombre comenzaba a pensar que el moro no era tan mala opción para su Beatriz.

Kasim se desenvolvía bien. Su manejo de la lengua había mejorado notablemente y salía al paso de las preguntas que los vecinos, entre curiosos e impertinentes, le formulaban.

–Pastelitos de lomo adobado –ofreció Francisca al corrillo que lo acosaba en aquel momento.

Las miradas se posaron en él. Kasim sonrió y tomó uno.

–Gracias –dijo. «Esta mujer sabe lo que se hace. No deja cabos sueltos», pensó con una sonrisa.

Observó el pastel, se lo llevó a la boca y soltó un sonoro gemido de placer.

–Muy bueno –soltó, y los vecinos rieron.

–¡Si es que los mahometanos no saben lo que se pierden! No hay nada como la carne de cochino –dijo uno de los hombres entre carcajada y carcajada.

La actitud de los sevillanos se tornó más amable. Acababan de aceptarlo, y Francisca sintió que su pecho se henchía de orgullo.

La celebración se alargó hasta bien entrada la tarde. Kasim se sentía aturdido por el barullo de los parloteos y agradeció que los primeros invitados anunciaran que se marchaban. La casa no tardó en quedarse en silencio.

–Gracias. –Plantado delante de Francisca, se llevó la mano al corazón.

–Anda, anda. Si han sido cuatro picoteos y un poco de vino. –Le guiñó un ojo.

Kasim se retiró a su alcoba, agotado. Aquella noche recibió la visita de Beatriz.

–Éste es mi regalo de bautizo, Fernando.

El hombre aceptó el presente y la tomó con ansia. Cuando terminaron, la muchacha se tumbó a su lado, pegada a su cuerpo en el camastro.

–Cuéntame algo. Creo que ya tenemos alguna confianza. Hay que sacarte las cosas a pellizcos, Kasim.

Él sonrió y perdió la mirada en la oscuridad del techo.

–Me crie en Granada. Vida sencilla. Me casé con mi prima y tuvimos un niño y una niña. –Enseguida sintió un palmetazo en el estómago.

–Mira que sois raros los moros... Una prima...

–Es lo normal. Prima por padre –la informó Kasim–. Trabajaba en el campo, en una huerta del emir...

Palabra a palabra, comenzó a desgranar su historia. Le habló de su barrio, de los amigos que allí tenía. Le habló de Omar y de sus chistes, que hacían reír a toda la huerta de la Alberzana. Le habló de Amina, y sintió que su corazón se encharcaba de melancolía. También recordó a sus niños, sus pequeños tesoros, y en ese punto sintió que le faltaba el aire. Beatriz lo percibió y agarró su mano con ternura.

–No hay vida fácil en estos tiempos que corren –le dijo, sintiéndose unida a él en su dolor.

Kasim relató las luchas civiles, las disputas entre vecinos y, finalmente, el asedio de Baza. Su voz calma parecía temblar cuando hablaba sobre aquellos acontecimientos.

–Muchos fuimos a ayudar a Baza. El Zogoibi, maldito, nos castigó.

Su historia se incrustó en el corazón de Beatriz como una daga. No tuvo bromas con las que contestar. Su carácter, normalmente jovial, se tiñó de sombras. Agarró las mejillas de Kasim y le plantó un beso en los labios. El hombre creyó distinguir lágrimas en sus ojos. Beatriz salió de la cama, se recompuso el camisón y abandonó la alcoba con pasos sigilosos.

Moclín, febrero de 1491

–¡Dámelos! ¡Son míos! –le gritó Ahmed al hijo del capitán.

–¡Calla, moro! –contestó el otro. Le había arrebatado los caballeros de madera que la reina le había regalado–. Son cristianos, ¿no lo ves? –Los mostró alzándolos.

–¿Y qué? –preguntó Ahmed, que, impotente, comenzó una sonora llantera.

Ibrahim había llegado ya y observaba la escena en silencio. Decidió acercarse e intervenir. Fue a por el niño castellano y puso la palma de su mano ante él. El pequeño entregó su botín y refunfuñó. Ahmed dejó de llorar. Su maestro retuvo los muñecos de madera. Señaló al rumí.

–Son suyos –le advirtió, y al instante se dirigió al hijo de Boabdil–. Y tú, aprende a compartir. Siempre es mejor jugar con amigos que jugar solo. –Los dos niños parecieron satisfechos, equilibrados en la regañina–. Vamos, es la hora de la lección. Recoge.

Ahmed tomó el pañuelo en el que Adhara había envuelto su merienda y se puso en pie. Siguió a su maestro hasta la puerta de la alcazaba.

–No te dejes avasallar, Ahmed –le advirtió Ibrahim–. Nunca olvides que eres un príncipe. Tu categoría está por encima de la de ellos.

–Es mayor que yo –se defendió el niño.

–La grandeza está en la actitud –soltó el hombre con firmeza–. He visto a grandes guerreros inclinar la cabeza ante niños sultanes.

Llegaron a la casa, pero Ibrahim agarró del hombro a Ahmed y lo detuvo frente a la puerta. Aguzó el oído y escuchó mejor los gemidos.

–¡Ya estamos aquí, Adhara! –gritó a toda voz.

Se oyeron pasos apresurados y algunos golpes contra los muebles. La mujer abrió. Tenía el pelo desgreñado. Maestro y alumno penetraron en la estancia principal. Ibrahim miró altivo a Adhara, que agachó la cabeza. Kamal salió del interior para recibirlos.

–La paz sea contigo, joven príncipe –saludó el guardia negro, que enseguida salió de la vivienda a paso ligero.

El maestro fulminó con la mirada a la mujer.

–Vamos, Ahmed, siéntate frente a la lumbre –le ordenó mientras acudía al estante en el que guardaba sus libros y apuntes.

–Maestro, no paran de llamarme moro. ¿Tan diferentes somos?

Ibrahim tomó dos manuscritos y se sentó junto al niño.

–Creemos en el mismo Dios, pero cada cual a su manera. Para nosotros, sólo Él importa. Mahoma, el Altísimo bendiga su nombre, es su profeta –suspiró mientras buscaba las palabras adecuadas–. Sin embargo, ellos adoran a Isa, y a su madre, y a más de cien santos de los que tallan imágenes que también adoran. Están confundidos. Se desvían de la verdad tomando caminos paralelos. –Abrió uno de los textos, pero lo volvió a cerrar, decidido a profundizar en la cuestión–. ¿Sabes de dónde les viene la confusión? –El niño negó–. De los romanos. Ya te he hablado de ellos. Eran paganos que adoraban a muchos dioses. Los romanos se convirtieron al cristianismo, pero exigieron algo a cambio: mantener parte de sus creencias. –Ibrahim percibió cómo la atención de Adhara se centraba en su lección–. Algunos dioses se convirtieron en santos. Los cristianos les construyen sus propios templos. El propio Isa es una herencia del paganismo. –Adhara tosió, pero Ibrahim ya no tenía freno–. Hijo de Dios con una mortal. –Hizo una pausa para que el niño comprendiera, pero, a su corta edad, éste aún no tenía capacidad para relacionar aquellas ideas–. ¡Exactamente igual que los dioses paganos!

–¡Maestro! –gritó Adhara, escandalizada–. Recuerda dónde estás, que te van a oír. Y tú, Ahmed, no creas los cuentos de este viejo, y no se te ocurra hablar de esto fuera de esta casa. ¿Me entiendes?

Ahmed asintió.

–Sí, Ahmed. Hazle caso. No hables de esto con ellos. Pero piénsalo. Hércules... Hijo de Júpiter con una mortal... ¿Lo ves?

El niño asintió por primera vez. Adhara caminó hasta Ibrahim y agarró el primer manuscrito.

–Álgebra –leyó–. Venga, maestro, a lo que toca. –Le entregó el libro.

Como si le hiciera una confidencia, Ibrahim se inclinó hacia el oído de Ahmed.

–Nunca lo olvides: tu fe es más pura que la de ellos.

Luego se calentó las manos en la lumbre y buscó en el texto el punto en el que se habían quedado el día anterior.

Granada, febrero de 1491

Bajo el tejado de la galería, Boabdil observaba cómo caían las gotas. La nieve se derretía, la primavera daba sus primeros avisos. Fátima, detrás de él, aguardaba.

–Al-Muleh ha recibido cartas de los espías –informó el emir sin darse la vuelta–. Preparan un gran ejército. Han llamado a tropas de todos sus reinos.

–No te cogerá por sorpresa, hijo mío. Era de esperar. –Fátima soltó un suspiro–. Cada mañana aparecen decenas de muertos por el hambre. Los rumíes han hecho bien su trabajo. Están listos para ponernos cerco. –Boabdil la encaró. Su mirada apareció nublada por la ansiedad–. Cada día de asedio les costará mucho dinero. Estarán más dispuestos a negociar y a darnos lo que pidamos.

–Esto no es un juego, madre. ¿Y si nos toman por la fuerza?

Fátima se acercó a él y le dio dos palmaditas en el brazo.

–Eres el emir. Ése es tu papel ahora: conseguir que no lo hagan. ¿Qué dicen Ibn Kumasa y Muza?

–Ibn Kumasa opina como tú: hay que resistir y negociar. Muza sueña con la victoria.

–Muza es un iluso, pero aliéntalo. Necesitamos esa fe para resistir el tiempo necesario.

–Un consejo muy propio de ti. Engañar al pueblo para que se deje el pellejo –dijo Boabdil.

–Un emir utiliza todas las armas a su alcance para conseguir lo mejor para él y para su pueblo. Incluso la mentira.

Boabdil calló. Se sentía asfixiado. Fátima se percató de sus dudas. Estaba cansada de sus cambios de humor.

–Toca guardarse tras las murallas y dejar que desesperen –aconsejó.

–Sí, que desesperen –repitió Boabdil como un eco de la mujer.

La madre se retiró mientras pensaba que la sangre noble de su estirpe corría lenta por las venas de su hijo.

* * *

La corriente del Darro, crecida por el deshielo, arrastraba cañas y juncos. Las dos mujeres se habían apostado entre las malezas y los zarzales de la ribera. Al otro lado del río se alzaba el barrio de Axaris. Sus torres y palomares encalados apuntaban al cielo desde la ladera de la colina.

–Éste es uno de los pocos sitios en los que me siento libre –dijo Moraima con satisfacción–. ¿No lo notas? La tierra húmeda huele a libertad.

Nawar inspiró profundamente y suspiró.

–Lo noto.

Habían salido de la Alhambra por el viejo pasadizo subterráneo. La esposa del emir había encontrado así la manera de sobrepasar los muros de la ciudadela sin que nadie lo advirtiera.

–Ven, amiga. Acércate a mí. Hace frío –solicitó Moraima. La sudanesa se acurrucó a su lado y ella, con ternura, la abrazó.

El corazón de Moraima se aceleró. Llevaba días debatiéndose entre la moral y el amor, entre lo que dictaba su religión y lo que su corazón clamaba a gritos. Su alma buscaba resquicios de luz en las tinieblas. Su faro en los tiempos del dolor había sido Nawar. La besó en la sien y el olor intenso de su piel la embriagó. La esclava se estremeció y respondió al beso posando sus labios en el cuello de su ama.

Moraima no se sintió capaz de contener la presa de sus sentimientos. El deseo se abrió paso y la empujó a besar a Nawar en la boca. Los labios gruesos de la sudanesa arroparon los suyos. Sus lenguas jugaron a buscarse. Las respiraciones se aceleraron.

–¿Quieres seguir? –Nawar se había apartado y la miraba.

–Sí, pero aquí no.

Se cogieron de la mano y deshicieron el camino hasta llegar al abrigo de los muros del harén. Ya en la alcoba, se arrodillaron sobre una alfombra.

–Puede que esto me condene –dijo Moraima–, pero no me importa. Estaba condenada en vida y tú has sido mi salvación. Espero que Dios sepa perdonarme. No puedo seguir negando lo que hay aquí. –Se llevó la mano al corazón.

–Dios ha hecho tu corazón. Si tu corazón te empuja a una mujer, tal vez sea Él quien se lo susurre. No temas, ama mía.

–Y tú, Nawar. Dime, ¿lo quieres así? Eres mi esclava...

–He tenido tiempo para amarte –contestó ella, interrumpiendo sus dudas.

Moraima sonrió. Nawar besó sus mejillas. Luego, sus manos buscaron su cuerpo para acariciarlo. No hubo reparos, no hubo culpa. Se desnudaron con gestos apresurados y se recorrieron con ansia. Nawar, más experimentada, besaba y lamía sus pezones, su abdomen, sus muslos trémulos. Moraima se dejaba, sacudida por temblores de placer.

Así pasaron la tarde, desnudas y abrazadas, acariciándose y reconociendo los resortes del éxtasis.

–Nunca antes... –dijo Moraima después de la sacudida del primer orgasmo.

Nawar alzó la cabeza y le sonrió. «Te llevaré a la luna», susurró, y volvió a dibujar caminos imposibles sobre su piel nívea.

* * *

La niña observaba los libros amontonados mientras trataba de decidirse. Finalmente tomó uno con lomos de cuero repujado. Lo abrió y observó las páginas escritas. Quedó fascinada con aquellas líneas de caracteres semejantes a las ondulaciones de las sierras.

–Ése es bueno, aunque avanzado para ti.

Reduán cogió el libro. Lo apartó un poco de sí y leyó:

–La justicia de Alá no la podemos poner en duda, a pesar de que muchos sufran... –Lo cerró. Era un tratado de filosofía teológica–. Esta tarde te leeré algo más ameno, pero ahora dejemos los libros. Acompáñame.

Se abrigaron y salieron a la calle. Badra se dejaba llevar de su mano. Se había adaptado a la rutina de vivir con él. No se quejaba y no había intentado escaparse.

Llegaron a la mezquita de Badis y penetraron en la sala de oración. Varios niños correteaban entre las primeras columnas. El imán se acercó a Reduán.

–¿Otra vez?

–¿Quieres que la deje en la calle con el frío que hace?

El hombre se retiró refunfuñando. Badra se sentó junto a un brasero. El faquí reunió a los chiquillos e impartió su clase. Cuando terminó, uno de los niños le entregó un cesto con verduras y frutas. Las familias de los alumnos habían reunido para él aquellos alimentos. Los tiempos de la abundancia habían pasado.

–Dad las gracias a vuestros padres. La paz sea con vosotros.

Recogió a Badra y regresó con ella al hogar.

–Otra semana que recargamos la despensa, pequeña –le dijo, a sabiendas de que aquellas viandas no les durarían más de tres o cuatro días.

Avivó las ascuas que quedaban en la chimenea y añadió un tronco.

–Hoy nos comemos lo que nos quedó de ayer.

La cazuela contenía los restos de un potaje con más acelgas que legumbres. Se lo sirvió todo a la niña, que comenzó a comer.

–Ya –soltó la pequeña–. No quiero más.

El hombre se incorporó para echar un vistazo al cuenco. Había dejado algo menos de la mitad de su ración. Reduán se emocionó con el gesto y aceptó el regalo.

Los dos estómagos seguían rugiendo, apenas calmados. El faquí se levantó y fue en busca de un libro de poesía.

–Ven, acércate al fuego.

Se sentaron y, al calor escaso de la hoguera, el hombre comenzó a leer. La poesía los envolvió y la niña perdió la mirada en el hogar, soñadora. Reduán sintió una corriente cálida recorriendo todo su cuerpo.

«Bendito regalo del cielo», se dijo, esforzándose por no perder el hilo de la lectura.

Sevilla, febrero de 1491

Isabel lloraba sin ocultarse. Fray Hernando de Talavera la observaba y se compadecía de su dolor. La reina había recibido un informe sobre el estado de su madre. La mujer parecía haber empeorado de su dolencia mental.

–Majestad, rezad, que Dios se ocupará de mejorarla. No es la primera vez.

–Ay, qué dolor más grande. Con el buen corazón que tiene, y mira qué mala cabeza... Todo son preocupaciones, vuestra excelencia. Granada, los dineros de la campaña, los nobles y las ciudades, mi madre y mi esposo, que se empeña en humillarme.

El confesor se acomodó en su asiento y tosió.

–Vuestro esposo parece que se ha propuesto enmendarse. –No creía en aquellas palabras, pero sabía que la reina las necesitaba para recuperar el equilibrio–. Desde que ha llegado a Sevilla es un modelo de conducta. Ha pecado, majestad, pero ¿quién está libre de pecado? –Hizo una pausa–. Os ama, y vos a él. Habéis formado una familia y habéis unido vuestros reinos. Y ahora, unidos, acabaréis conquistando las tierras que les quedan a los moros.

Isabel se serenó. Su atención se desvió de los problemas domésticos.

–Dios quiera que podamos culminar esa obra.

–Dios quiere, y me consta que vos trabajáis con ahínco para conseguirlo.

–Así es. Mis secretarios se ocupan, pero yo lo llevo todo en la cabeza –se vanaglorió Isabel–. El real debe ser firme, que aguante lluvias y nieve. He pedido albañiles y carpinteros, y tapial y maderas.

–Vuestra santa fe lo puede todo.

Las palabras del confesor se incrustaron en la mente de la reina. «Santa fe», se repetía a sí misma. «Buen nombre para una villa». Isabel se frotó las mejillas, todavía húmedas por el llanto, y se despidió de Talavera.

–Id con Dios, alteza. Bonito tocado –comentó el hombre, refiriéndose a la fina prenda de seda que cubría la cabeza de la reina.

Isabel sonrió y se llevó la mano instintivamente a ella. Se la había enviado su querido capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba. El alcaide de Íllora la había conseguido como botín al desbaratar la última correría de los moros en la frontera. La reina salió de la estancia y respiró el aire fresco de los jardines del alcázar. De un corredor cercano le llegaron gritos infantiles. Sus hijos menores jugaban con las ayas.

«Qué feliz era cuando tenía vuestra edad, cuando nadie se fijaba en mí ni tenía cargas sobre los hombros. Jugad ahora. Aprovechad, que el tiempo pasa rápido».

* * *

Los reyes, acompañados por los regidores de la ciudad, observaban el espectáculo desde el estrado que se había montado para la ocasión, entre la catedral y los alcazares. Las tropas desfilaban mostrando sus mejores atuendos y armas. Otras procesiones similares se estaban llevando a cabo en las diferentes ciudades del reino. La inminente campaña exigía movilizar a las tropas, hacer recuento y ponerlas en orden.

Kasim desfilaba con los peones de la milicia concejil. Llevaba una lanza al hombro y un capacete protegía su cabeza. Era uno más

perdido en la marea de hombres, pero se sentía parte de algo grande. Pronto, cuando llegara la primavera, partiría con todos ellos hacia la Vega de Granada.

–¡Ahí va mi morillo guapo! –gritó Beatriz al ver a Kasim.

La muchacha llevaba el canasto de panes para aprovechar la ocasión. Francisca, a su lado, portaba un cántaro de vino que servía en un único vaso.

–Bea, tira para allá –le indicó la mujer señalando la cola del desfile, donde se habían arremolinado varios corrillos.

La joven obedeció y comenzó a vocear la mercancía. Hizo buen negocio y vendió el canasto entero. Se dispuso a regresar al horno para volver a llenarlo, tomando las calles más apartadas para escapar del bullicio. Fuera de la zona del alarde, la ciudad parecía dormida. Los gritos y vítores llegaban amortiguados, como un eco lejano. No se percató de que la seguían hasta que oyó los pasos. Aceleró la marcha y comenzó a observar las fachadas en busca de alguna señal de vida. Sin embargo, el barrio entero parecía haberse despoblado. Los pasos se acercaban y ella no quiso volver la cabeza. Agarró con fuerza el canasto y comenzó a correr.

–¡Beatriz, mujer, no me huyas! ¡Que sólo quiero hablarte! –escuchó, y ya no tuvo dudas. José, el Torcido, había encontrado la ocasión de devolverle el golpe.

Se remangó las faldas, tiró el canasto al suelo y corrió todo lo que pudo. Los pasos se acercaron y sintió el agarre de una mano fría en el brazo.

–¡Párate, te he dicho! Que tengo que decirte algo. –El joven la sacudió y la obligó a encararlo–. ¿Qué te pasa, marrana? ¿Te gustan más los moros que los cristianos viejos? ¿Es que la tiene más grande? –Con la mano libre se bajó el calzón lo justo para mostrar sus genitales, que agitó delante de Beatriz.

La muchacha vio cómo José comenzaba a experimentar una erección. Forcejeó, pero el agarre se hizo más fuerte.

–¡Ayuda! –gritó, y al instante recibió una bofetada que le coloreó la mejilla.

De un zarandeo acabó en el suelo. Una ventana se cerró en el piso superior de una vivienda. «Virgen bendita», se oyó recitar a una anciana. José, visiblemente excitado, comenzó a remangar las faldas de Beatriz. La muchacha, aturdida por los golpes, tuvo lucidez suficiente como para lanzar una patada a la entrepierna del agresor. El joven se desplomó de costado.

Beatriz se levantó y retomó la carrera. No se detuvo hasta que llegó al horno, donde Gonzalo seguía dando forma a los panecillos. La muchacha se abrazó a él y únicamente pronunció un nombre: José.

–¡Maldito hijo de la gran puta! ¡Voy a matarlo! ¿Dónde está? ¿Qué te ha hecho? –El hombre había cogido un cuchillo largo de cocina.

–Estoy bien, estoy bien. Por Dios, serénate. No lo ha conseguido. –Lloriqueaba.

–¿Dónde está?

–No voy a decírtelo. Es lo que nos faltaba, que fueras a por él. No, por favor. –Seguía llorando–. Le he dado una patada en la entrepierna.

El hombre sintió que sus nervios aflojaban y la abrazó con fuerza.

–Bien hecho, mi Bea. Bien hecho... Pero dime dónde está, te lo ruego.

La muchacha negó con la cabeza, anegada por las lágrimas.

–Ya ha pasado, ya ha pasado.

–¡Hijo de puta! –gritó el hornero con todas sus fuerzas.

Pasados unos minutos, regresó Francisca y, un poco más tarde, Kasim. Beatriz los puso al corriente. Kasim no conocía la historia y se la contaron desde el principio.

–Lo siento, hija mía. –Francisca se sentía culpable.

–Querías lo mejor para mí –respondió Beatriz con la mirada perdida.

Kasim soltó un puñetazo sobre la mesa y se puso en pie. Tenía los labios apretados y sus mejillas temblaban de furia.

–Sobra en el mundo –declaró antes de marcharse a su alcoba.

Granada, marzo de 1491

El emir paseaba acompañado por al-Pequeñí. Acababa de salir de la última reunión del Mexuar y su alma necesitaba sosiego. Se adentraron en el gran patio de la alberca del palacio de Comares. El agua verdosa reflejaba la torre, multiplicando el recinto que albergaba el salón del trono. Los arrayanes todavía estaban húmedos de rocío y desprendían su fragancia por todo el patio. Decenas de pájaros piaban a la mañana y algunos se lanzaban sobre las aguas para beber.

Boabdil tenía ojeras. Llevaba días sin dormir bien. Los espías y exploradores daban cifras y fechas. Lo que se avecinaba desbordaba cualquier expectativa. «Están haciendo acopio de materiales, y han movilizado a cientos de albañiles y carpinteros. No es cualquier cosa», había informado al-Muleh.

–Alá está de nuestro lado –dijo al-Pequeñí, tratando de animar a su señor.

–¿Lo estuvo en Málaga? ¿Lo estuvo en Baza? –preguntó con ironía el emir–. Lo siento, amigo, pero no puedo evitar ser pesimista.

–Dios tiene planes que no logramos atisbar. No dudes jamás de que ama a su pueblo, a los verdaderos creyentes.

Torcieron la primera esquina de la alberca y Boabdil se detuvo.

–¿Y si lo mejor para nuestro pueblo es que nos conquisten?

El faquí meditó. Pisaba un terreno delicado.

–Eso, mawlana, no puedo saberlo yo, un humilde faquí. Eso lo sabremos con el tiempo. Si la voluntad de Alá es que entreguemos Granada, lo acabaremos sabiendo.

Boabdil sonrió, benévolo.

–Buena respuesta. Sabes salir del paso sin mojarte el calzado. Así sea. Si Dios quiere que mantengamos Garnata, que nos dé los

medios.

Continuaron el camino hasta el oratorio anexo al salón del trono. Allí, al abrigo de los gruesos muros, alejado de los ruidos del palacio, Boabdil sintió que podía respirar con más fuerza.

* * *

Moraima llegó al harén ataviada con una túnica ceremonial de seda. El día anterior había llegado a Granada un embajador meriní acompañado por su esposa. Los africanos habían superado el bloqueo castellano del estrecho de Gibraltar con una hábil incursión que terminó en una playa desértica de la cora de Almería. El emir de Fez se había tomado muchas molestias para responder a las peticiones de ayuda del granadino. Junto al embajador, viajó una pequeña tropa de voluntarios que aseguraron la ruta por tierra.

Boabdil organizó un banquete de recepción y, saltándose el protocolo habitual, había invitado a las dos esposas. Moraima desempeñó con esmero el papel que se esperaba de ella. Entretuvo a su homóloga con una charla amena sobre las bondades de Granada y, terminada la comida, la acompañó a visitar los principales palacios de la Alhambra. El emir no apartaba la vista de su esposa.

«Vuelve a brillar», pensó, deslumbrado por su belleza.

Moraima se mostró radiante. Sus ojos centelleaban como hacía años que no lo hacían, y había recuperado su porte altivo.

El banquete y la reunión posterior se habían desarrollado en un ambiente festivo. Boabdil confiaba en que, desde África, una flota fuera enviada en su socorro. Sin embargo, el sueño del emir fue efímero.

–Príncipe de los musulmanes, tu hermano nos envía para ayudarte –declaró el embajador–. Estamos a tu servicio. Para nosotros no hay viaje de retorno. –Extendió el brazo y dirigió la mano hacia Boabdil.

–Agradezco vuestra ayuda, y confío en que pronto recibiremos más de mi amado hermano de Fez –respondió el emir–. La situación de Granada es desesperada. Solos nada podemos contra la fuerza de los rumíes. Debemos invocar a la unidad de los musulmanes.

El embajador frunció el ceño y su mirada se enturbió.

–Mawlana, no podemos exponernos con una flota. Los barcos de Aragón patrullan día y noche; ni siquiera podríamos llegar a la costa. –Boabdil iba a replicar, pero el embajador se adelantó–: Tampoco hay que olvidar que las tierras africanas también están siendo amenazadas por los rumíes.

Con aquellas palabras se desvaneció la esperanza. El embajador de Fez tenía la orden de ser cordial, aunque claro y contundente. Tras un instante de tensión, la fiesta recuperó su tono jovial. Sin embargo, Boabdil perdió la sonrisa fácil que había mostrado desde el principio. ¿Qué podían cambiar los cuarenta voluntarios que el africano le enviaba? Aquello no era más que una dádiva para lavar la conciencia de los creyentes meriníes.

El día fue largo, corrió el vino y los comensales disfrutaron de la velada en el palacio del Riyad. Cuando todo terminó y Moraima se disponía a retirarse, su esposo se acercó a ella y tomó su mano.

–Te añoro –le dijo sin más, y su voz sonó a súplica.

La joven esposa apartó la mano.

–Esos tiempos ya pasaron. Llama a una de tus esclavas.

Moraima se dirigió hacia la escalera que llevaba al harén. Sabía que Boabdil podría tomar por la fuerza lo que ella le negaba, pero también sabía que no era eso lo que su esposo necesitaba.

En el harén fue recibida por Nawar que, al verla, mostró su felicidad con una gran sonrisa. «Has vuelto, no has ido con él», le decían sus ojos brillantes. Moraima caminó hasta ella y la besó en la boca. Nawar le remangó la túnica de seda y acarició sus nalgas. Abrazadas, llegaron a la alcoba, donde el anhelo de sus cuerpos estalló en una entrega sin reservas.

–Mi estrella, el lucero de mi noche... –susurró Moraima mientras Nawar le daba placer.

Sevilla, marzo de 1491

Beatriz dejó atrás la puerta de la Judería y se adentró en la huerta de Santa Cruz, donde vendió algunos panecillos a los jornaleros. La muchacha había pasado algunos días recluida en casa, asustada por el ataque de José, pero al fin se había decidido a retomar su rutina. «No puedo vivir con miedo», se dijo. De la huerta se encaminó hacia el nuevo matadero. El sol comenzaba a esconderse y los caminos se despejaban.

José la había seguido durante todo el trayecto. Escondido entre los árboles, aguardaba el momento oportuno para asaltarla. El matadero estaba cerca, pero no había nadie en sus inmediaciones. El corazón del joven se excitó. Salió de la arboleda y tomó el camino a la carrera.

Beatriz oyó sus pasos, aunque no alteró la marcha. Agarró con fuerza su canasto y luchó consigo misma para mantener la calma.

Cuando se acercaba a su presa, José sintió que un cuerpo lo embestía de costado y lo acababa derribando sobre el suelo. Ni siquiera pudo gritar. Kasim se echó sobre él a horcajadas, le empujó la barbilla con una mano y, con la otra, armada con un cuchillo, lo degolló. Los ojos se abrieron y de su garganta brotó un gorjeo sanguinolento que comenzó a regar de rojo la tierra seca. José se llevó las manos al cuello, pero enseguida supo que era incapaz de frenar la hemorragia. La vida se le escapaba por aquella herida dibujada con acero.

–Cerdo –le escupió en árabe su asesino.

Kasim oteó los alrededores. Agarró a José de un brazo y tiró de él, arrastrándolo camino del arroyo Tagarete. Tras de sí iba dejando un reguero de sangre. Cuando echó el cuerpo a las aguas, José todavía no había muerto. Observó cómo lo arrastraba la corriente, crecida por las últimas lluvias. Luego desanduvo el camino y limpió el rastro de sangre.

Beatriz se detuvo. Volvió la cabeza y distinguió a Kasim en la distancia. Lloró de alivio y regresó a la ciudad por la puerta de Carmona.

«Bendito moro, Dios mío. Gracias por ponerlo en mi camino».

* * *

La casa estaba en calma. Gonzalo roncaba y los perros callejeros habían dejado de ladrar a la luna. La joven se introdujo en la alcoba de Kasim y se metió en su cama. Se abrazó a él y lo besó en la boca.

–Ha salido bien y me has liberado –le susurró.

Comenzó a acariciar su abdomen y, lentamente, dirigió su mano hacia su entrepierna. Él se rebulló, incómodo.

–Sólo quiero darte las gracias.

–No estoy de humor.

La joven se apartó.

–Lo siento.

Kasim se incorporó y, tanteando en la penumbra, posó sus manos en las mejillas de la muchacha.

–No me arrepiento. Bien hecho –seguía teniendo un fuerte acento árabe–. Pero he matado. Vida merece un luto.

Beatriz se sentó sobre el colchón y apoyó la espalda en la pared.

–Eres un buen hombre. Gracias. Me habría acabado matando.

–Lo sé. Conozco los hombres así. No soporto hombres que atacan mujeres. Tuve madre, esposa y una hija.

Beatriz respetó su sentimiento de culpa. Pensó que aquello le daba valor. Suspiró y cambió de tema:

–Iré a la campaña. Serviré de nuevo en el hospital de la Reina. Aquí siempre seré una carga para ellos. –Señaló la puerta con la cabeza–. Además..., ¿sabes?, hay algo que no deja de llamarte cuando sirves en un sitio así.

–Ayudar a los demás, quitar dolor.

–Sí, tal vez. No sabría explicarte exactamente lo que es, pero ese gusanillo te va picando desde dentro.

–Me tendrás cerca si necesitas ayuda.

La muchacha se echó la mano a la boca para sofocar una carcajada espontánea.

–Eso es lo primero que me ha soltado Gonzalo cuando se lo he dicho.

–Y Francisca, ¿qué ha dicho?

–Que no vaya, que ya están mejor, que no necesitan más dineros... Inventos de madre para que me quede. Yo sé que están justos.

–Y también deseas ir –sentenció Kasim.

–Sí, también. Ya te lo he dicho, el gusanillo ese... –En un arrebato, Beatriz se puso de rodillas y acercó su rostro al del hombre. Sus ojos, acostumbrados ya a la falta de luz, escrutaron la mirada que se le oponía–. Es tarde. Si no te animas, me voy.

Kasim negó con la cabeza, y ella le plantó un beso en los labios y un «gracias» susurrado al oído que hizo que el hombre se estremeciera.

* * *

–Ya huelen los azahares, vuestra majestad –dijo el secretario.

Él inspiró hondo, llenándose del olor de las flores.

–Sí, ya huelen. Y espantan el olor a putrefacción de la ciudad. Benditos sean los azahares. –Miró al cielo, despejado de nubes–. Empieza la primavera. Ya queda menos, Hernando.

–Un mes escaso. –El secretario sintió que su estómago se encogía–. Y queda mucho trabajo por hacer. Más de diez mil caballeros y cerca de cien mil hombres a pie. Todos con sus pertrechos...

–Los tienes a todos en la cabeza.

–A cada uno, majestad. Y a los carpinteros y albañiles, a los exploradores, a vuestros continos, a los mariscales, a los alguaciles de la tropa y a los verdugos, a los médicos y a los carreteros que llevarán las provisiones. Todos aquí –se llevó el dedo a la sien–, y a veces creo que me va a explotar.

–Ya quisiera yo tu cabeza para mí.

–No creáis, comienza a pudrirse. –Ambos rieron. Dos damas de la reina cruzaron el patio delante de ellos e hicieron una breve reverencia al rey–. En poco más de una semana empezarán a llegar tropas a Córdoba y a Loja. Los aposentadores tendrán trabajo. El moro Yahya os ha escrito. –Nadie se refería a él por su nombre de bautismo–. Os sigue siendo fiel. Sigue trinando por la pérdida de la Alpujarra, pero confía en recuperar pronto sus tierras.

–Él y su hijo tendrán su recompensa. Son buena ayuda. –El cuñado del Zagal había perdido sus dominios tras la incursión de Boabdil en las sierras, pero seguía del lado de los rumíes.

Fernando se abstrajo mientras observaba los naranjos en flor. Su corazón comenzó a palpitar al imaginar el bullicio del campamento, la sensación de peligro, las viejas camaraderías de los hombres...

–¿Sabes, Hernando? En esta ocasión anhelo volver a la guerra.

–Dice mucho de vos. Buscáis culminar la obra de Dios.

Fernando asintió con media sonrisa en la boca. Ambos sabían que lo que en realidad anhelaba era alejarse de su esposa para volver a sus sesiones de juego y a los encuentros furtivos al abrigo de su tienda.

* * *

Salieron de la iglesia de Santa Cruz y se detuvieron en la placeta. Francisca y Beatriz se habían entretenido hablando con las vecinas. Gonzalo tomó del brazo a Kasim y lo llevó a la sombra de un árbol.

–Tú y yo tenemos que hablar. Llevo días dándole vueltas y te lo tengo que decir. –Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba–. Ya sabrás la historia de mi Bea. Es joven, pero ya ha vivido lo suyo.

–Algo sé.

–¿Lo de sus padres? ¿El auto de fe? –El granadino asintió–. Pobre chiquilla... Achicharrados en la hoguera... También te digo una cosa: les dieron tiempo, se lo advirtieron a todos. Pero, hijo mío, se ve que

su fe, sus candelabros y sus panes malos tiraban más que sus ganas de vivir. Y ahí que fueron a dejarse quemar por seguir haciendo cosas de judíos. –Kasim lo observaba. Notaba que estaba nervioso, que no sabía cómo llegar al tema que quería abordar–. Ha sufrido mucho. Más de lo que imaginas. Por fuera la ves reírse hasta de los pájaros que se le cagan encima, pero la procesión la lleva por dentro. Menos mal que la acogimos, Fernando. –En público se obligaba a usar su nombre de bautismo–. La queremos como a una hija, ya lo sabes... Y luego le pasó lo del Torcido ese, el José. –Bajó la voz–. Lo sé todo, Kasim. Sé que lo acechaste y acabaste con él. Y doy gracias al cielo por lo que hiciste. Nos la has salvado. –Sus ojos se humedecieron. Miró de reojo a las mujeres, que seguían entretenidas–. También sé que te visita algunas noches. –Kasim hizo amago de explicarse, pero el hornero lo detuvo–. Me da igual. Cosas peores he visto, que no sabes tú el negocio que éstas tenían montado en mi trastienda. Pero aquí he llegado a donde quería. Ella es una conversa que ha estado bajo sospecha. Tú eres un converso de tres días, con tus años cumplidos y sin mujer –dejó las últimas palabras en el aire.

–¿Quieres que me case con ella? –La petición había cogido a Kasim desprevenido.

–Sabe Dios que hace unas semanas ni siquiera lo habría pensado. Pero mi Francisca... Ay, Fernandico, no sé qué sabes tú de mujeres, pero cuando algo se le mete a la mía en la cabeza, allá que me lleva por donde quiere –sonrió y se frotó la frente–. El caso es que ella lo pensó primero. Y ahora yo estoy viendo que es lo más sensato. No nos vamos a engañar: a Beatriz no la va a pretender nadie. Y tú... No te ofendas, pero a ti no te va a ser fácil encontrar mujer. –Le soltó el brazo y lo palmeó con afecto–. He tenido tiempo de conocerte. Eres un buen hombre. Y para ti no es mal negocio. Piénsalo.

–Es que... yo no quiero casarme. Me honras, pero no le puedo dar buena vida.

En la expresión de Gonzalo afloró la desesperación. No había contado con aquella posibilidad. Volvió a agarrarle el brazo y lo obligó a mirarlo a los ojos.

–Por Dios te lo pido, Kasim, por el dios cristiano o el de los moros, el que prefieras. Te lo ruego. Cásate con ella y sálvala.

–Gonzalo, no entiendes. No puedo salvar a nadie. Yo no tengo salvación. Tengo cuenta pendiente, y voy a morir.

El hornero escrutó en su mirada y leyó desesperanza y anhelo de muerte.

–Entonces te dará igual hacerlo. De hombre a hombre, Kasim. Conoces este mundo. Mejor viuda que soltera.

Francisca y Beatriz comenzaron a caminar hacia ellos cogidas del brazo.

–Pensaré –dijo al fin el granadino–. Y ella, ¿quiere?

–No sabe nada, pero querrá. ¿No te das cuenta? Le has caído en gracia.

Kasim asintió y se preparó para recibir a las mujeres.

–¡Venga, para casa! –les gritó Francisca. Bajó la voz para añadir–: Estoy de la guerra hasta el flequillo. Están todos nerviositos.

Kasim los acompañó al hogar, dejándose invadir por la agradable sensación de pertenecer a una familia. Beatriz había recuperado las ganas de reír. Él la observaba y meditaba en silencio.

«Qué buena esposa habrías sido para mí... en otra vida».

Granada, abril de 1491

El aguacero repiqueteaba sobre las tejas del palacio. Granada se había vestido de silencio. Perfumada de tierra húmeda, la ciudad se dejaba empapar.

–Buscan árbol los gorriones, correteando por el cielo, el agua moja sus alas, pero ellos corren y corren...

Diala, reclinada sobre el colchón, entonó la coplilla que su madre le había enseñado cuando era niña. Estaba desnuda, y sus pechos

generosos se agitaban con cada golpe de voz. Boabdil, desnudo también, acercó sus labios a uno de sus pezones y lo besó.

–¿De dónde es esa canción? No la he oído nunca.

–De Íllora. Allí la cantábamos todas las niñas cuando llovía.

La esclava, evocadora, observó a través de la ventana cómo el cielo descargaba. Era la favorita del emir. Desde el alejamiento de Moraima, Boabdil la llamaba a menudo para calmar sus ansiedades. La muchacha apenas tenía veinte años, pero era habilidosa con la palabra y sabía manejarse en la intimidad.

–Cántala entera –solicitó Boabdil, y ella obedeció–. Es corta, pero me gusta. –Comentó cuando terminó–. Los reyes rumíes ya han salido de Sevilla. Siento que acabo de dar la vuelta al reloj de arena.

Diala posó una mano en su mejilla y acarició su barba rala.

–Lo harás bien, mi emir.

Él sonrió con ironía.

–No entiendes nada –le dijo, como un padre que alecciona a su hija–. Hay cosas que escapan a mis posibilidades. ¿Puedo detener una riada?

–Tal vez no –el tono de la esclava había cambiado–, pero sí que puedes cambiar el curso del río o limpiar las riberas para que no desborde.

El hombre quedó en silencio. Miró a la muchacha y sonrió. En esta ocasión, mostró una sonrisa franca y abierta.

–Cabecita, tienes mucha razón.

–Mawlana, confío en ti. No hay gobernante más sabio que tú.

Boabdil sabía que mentía para halagarlo, pero le sirvió.

«Facilitar el paso del agua... Limpiar las riberas...», se decía una y otra vez.

* * *

La reunión se había celebrado en la sala del Mexuar. El emir había reunido a sus ministros y a los cabecillas de las principales familias,

que ejercían como qaides y arráeces. Los espías, desde diferentes ciudades castellanas, seguían remitiendo informes que acrecentaban la alarma. Uno de ellos, con tono poético, había escrito: «En estas tierras los infieles crían a sus hijos para la guerra. Viven con austeridad, sometidos a carencias, y cuando llega el momento se lanzan a la lucha animosos, apretándose unos contra otros y compitiendo por ser los primeros».

El agente evitaba la comparación, pero todos sabían que los granadinos eran diferentes. Enarbolaban el nombre de Alá, se indignaban con cada ataque, pero luego se refugiaban en sus casas para debatir sobre lo que se debía hacer. Sólo unos pocos dejaban que su pecho se inflamara lo suficiente como para unirse a las filas del emir.

«Somos artesanos, diplomáticos, comerciantes, poetas... En Granada vivimos una buena vida, y las comodidades nos hacen blandos», le había dicho al-Muleh a Boabdil en más de una ocasión.

Muza se despidió a la salida del Consejo y se encaminó hacia la alcazaba. Allí se encontró con su hombre de confianza. El visir de la Espada le resumió la reunión. El otro lo puso al día sobre la situación en las calles. Las conclusiones fueron evidentes: no había una fuerza de creyentes preparada para repeler al ejército invasor. Debían resistir el asedio.

–Estamos en nuestro territorio, llevamos las de ganar –opinó Muza–. Si toman la Vega, tenemos la Alpujarra. No nos faltarán víveres. Alá los acabará desgastando y los empujará para que se vayan.

El capitán sopesó toda la información. Desde la azotea de la torre de las Armas contempló los campos, que comenzaban a verdear. Debían darse prisa y cosechar antes de que llegaran los rumíes.

–Sidi, ¿podremos con esto? –se atrevió a preguntar, mostrando sus dudas.

Muza lo miró, sorprendido.

–Poco importa si podemos o no. Lo esencial es que hemos llegado hasta aquí, que no nos rendimos cuando algunos pedían que lo hiciéramos. –Afiló la lengua antes de seguir–. Mejor morir con la cabeza alta como buenos creyentes que arrodillarnos ante los infieles.

El capitán asintió, cohibido.

–Muramos pues, si Alá así lo quiere.

Sevilla, abril de 1491

–Mírala qué guapa nuestra Beatriz. –Francisca lloraba de emoción al ver a la joven con su vestido de novia–. Pareces una princesa, hija mía.

La mujer se había pasado una semana confeccionando el vestido. Era una prenda sencilla, de lino, pero Francisca se había empeñado en usar un caro tinte bermejo para darle un toque de distinción. En el pecho le había colocado un broche de plata que ella misma había usado en sus esponsales. «El broche te lo quedas para ti. Algún día lo usará una hija tuya para casarse», le había dicho con orgullo.

La ceremonia se había celebrado en la iglesia de Santa María la Blanca, parroquia a la que la propia Francisca había pertenecido hasta que se casó. El templo se había llenado de vecinos y curiosos. No todos los días se veía a una marrana casarse con un granadino converso. El párroco, en su homilía, destacó el origen de los novios como un ejemplo de la expansión de la fe en Cristo, destinada a prevalecer sobre el judaísmo y sobre las sectas mahometanas. En un momento de exaltación, se refirió a la reina Isabel como una enviada de Dios que se disponía a evangelizar las tierras de moros que quedaban en la península.

Kasim se dejó guiar durante todo el ritual. Sonreía y asentía a cada instante, bien aleccionado por sus suegros.

A la salida de la iglesia, los corrillos comenzaron sus cuchicheos.

–Es el moro del rey. Le ha dado un acostamiento.

–Dicen que metió a Pulgar en Granada y lo llevó hasta la mezquita más grande.

–Era moro hace dos días. No me fiaría yo mucho de él.

El granadino era el objetivo de la mayoría de los comentarios, muchos de ellos acerados con rencor. Sin embargo, también había palabras para Beatriz.

–No quiso a un buen cristiano y ahora se casa con un moro.

–Ya sabes lo de sus padres... Algo del tronco habrá en la rama.

–Y José aparece degollado en el río. Que ya sabemos que era un torcido que tenía más de una pendencia... Pero es mucha casualidad.

Todo quedó en palabras que se llevó el aire. Los sevillanos no tenían pruebas contra el granadino, y sabían que había contado con el apoyo del rey.

Tras la ceremonia, la familia celebró un banquete en su propia casa al que no invitaron a nadie. Los cuatro comieron juntos, alegres.

–Le sacas quince años. A ver si nos la cuidas bien, ¿eh, Kasim? –soltó el hornero después del segundo vaso de vino.

–¿Este angelito? –Lo señaló Beatriz simulando desprecio–. Me voy con él a la guerra para protegerlo. Si no, duraba tres días.

Pasaron la tarde entre risas y vasos de vino. Francisca estaba exultante. Se había quitado un peso de encima. Con un esposo, Beatriz estaba salvada. La noche los sorprendió en el jolgorio de la celebración. Llegó la hora de retirarse a las alcobas y Gonzalo fue el primero en despedirse.

–Esta noche voy a dormir como un bendito –dijo con los ojos vidriosos.

–Y a roncar como un animal de bellota –añadió Francisca–. Anda, tira, tira.

Se lo llevó dándole empujoncitos en la espalda.

–El novio se quita el pantalón –comenzó a cantar Gonzalo mientras se dejaba llevar– y se lleva un coscorrón...

–Déjate de cancioncillas ahora, chiquillo.

–Tendrás que darme algo para que me calle, Frasquita.

–¡Uy! Cuando tú me llamas Frasquita... Tira, que no estás para esas cosas.

El matrimonio se perdió escaleras arriba. Beatriz y Kasim reían por sus disputas, que más parecían teatrillos. Los chascarrillos cesaron. «Dame cariño», escucharon al hombre, que usaba su voz más dulce. «Sinvergüenza», respondió ella, y después sonaron los goznes oxidados de la puerta mientras la cerraban. Los recién casados se miraron a la luz de una lámpara de aceite. Beatriz tomó la mano derecha de Kasim.

–Gracias. ¿Realmente lo querías?

Kasim sintió una oleada de compasión que se expandió por todo su cuerpo.

–Aquí estoy. Lo he querido.

–Pero no soy tonta. Sé leer las miradas. Y a ti te pasa algo. Estás triste.

El granadino bebió un sorbo de vino para cobrar valor. No podía comenzar a construir la relación sobre mentiras.

–Recuerdo a mi prima –soltó al fin. Era su noche de bodas, tal vez no fuera justo para Beatriz, aunque debía ser sincero.

–Te entiendo, y lo respeto. Sé que has hecho esto para protegerme. Soy joven, pero ya he vivido lo suficiente. No me engaño.

–No era la mejor relación, sin embargo... yo la quería. –Kasim mantuvo la entereza mientras le abría el corazón–. Peleábamos, pasión del principio apagada un poco. –Se detuvo a pensar, buscando las palabras en romance–. Pero éramos familia unida. Me la robaron, me los robaron.

Beatriz, conmovida, besó su mano.

–Estamos casados para todos. Con eso me vale, y les vale a ellos. –Movió la cabeza hacia la escalera–. No tiene por qué haber nada más.

–Aprendido a vivir con esto. Puedo seguir camino... Hasta que cumpla mi deber.

–La venganza –soltó Beatriz–. Acabarás con él, y eso supondrá tu propio fin.

Kasim asintió. Las lágrimas habían anegado su mirada.

–Debes saberlo. No es justo para ti, pero yo no puedo vivir así.

–Lo sé. Me dejarás viuda muy joven. –Le sostuvo la mirada con firmeza.

–Encontrarás otro hombre, alguien bueno. Yo sólo soy sombra... No soy bueno para ti, para nadie.

–Eres bueno, Kasim. El mundo es mejor contigo. –Las lágrimas de él se desbordaron–. Pero te entiendo, y lo asumo. Cuando llegue el momento, lo aceptaré. –Suspiró–. Hasta entonces, finjamos que nos queremos. Con eso me basta. No creas que mi corazón está entero. Tampoco estoy yo para amar como aman las princesas de las historias.

Kasim esbozó una sonrisa.

–Nadie ama como en historias.

Se abrió un silencio que creó una atmósfera de complicidad. Los términos de su contrato habían quedado claros y ambos los respetarían. Entonces Kasim se puso en pie y la llevó de la mano a la escalera. Allí la besó con ternura en la mejilla. Comenzó a subir los peldaños llevándola de la mano. Sin pronunciar palabra, la condujo al tálamo nupcial, al camastro de su alcoba. La tendió sobre él y la amó en silencio, besando su cuello y sus pechos con dulzura, lentamente, haciendo que su cuerpo se estremeciera con la calidez de sus labios. Lloraron ambos, y ambos comprendieron que sus almas rotas podían encontrar consuelo en su unión. No quisieron aspirar a más.

LIBRO IV
EL ASEDIO

Alcalá la Real, abril de 1491

La familia real fue recibida en la ciudad con música y jolgorio. El alcaide había engalanado los principales edificios con las enseñas de los reyes y les había cedido su propia torre como residencia. Isabel y Fernando habían salido de Sevilla a primeros del mes de abril. La campaña estaba en marcha y el ejército se reunía en Córdoba y Loja. Miles de hombres estaban siendo aposentados en los campamentos improvisados extramuros. Los mariscales ensayaban las formas más eficientes de repartir a la tropa y estudiaban los mapas para prever los mejores caminos. Los contadores mayores no daban abasto con las presentaciones de los soldados y los continos velaban por la buena marcha del aprovisionamiento.

Isabel estaba animada. La actividad frenética de la campaña la distraía de otros problemas más personales. Anhelaba terminar aquella guerra, culminar el viejo sueño de los visigodos, de los que se sentía heredera.

A lomos de una yegua blanca, atravesó el arrabal y ascendió las cuestas que llevaban a la alcazaba. Lucía un imponente vestido de brocado bermejo y llevaba la corona de Castilla sobre una cofia de seda. La reina encabezaba la comitiva. Ella misma lo había dispuesto así. Se sentía como su admirada Juana de Arco cuando consiguió eludir el asedio de Orleans y penetró en la ciudad al frente de un ejército. «Vengo a liberaros», parecía insinuar su porte orgulloso. El pueblo de Alcalá la Real se echó a la calle para vitorearla.

El rey Fernando, molesto, espoleaba a su montura para ponerse a la par, pero ella insistía en alejarse. Todavía estaban vivas las rencillas conyugales. Sus hijos iban a la zaga, protegidos por su propia escolta de las guardas reales. Tras ellos, en un lugar destacado, cabalgaban el cardenal de España y fray Hernando de Talavera. Cerrando el desfile iban los grandes del reino sobre los que descansaría el peso de aquella campaña.

La familia real fue instalada en la imponente torre del Homenaje que coronaba la fortaleza. Lo primero que hizo la reina fue ascender hasta la azotea para contemplar los llanos de la frontera. En torno a la ciudad se abría un mar de tierra parda que los vecinos cultivaban para su sustento. También había cereales y olivos, y arboledas salvajes que servían de linde natural. Al fondo, al sureste, coronando las sierras, se erguía la fortaleza de Moclín. Hasta hacía unos años había sido el límite del reino moro de Granada, su escudo. Desde ella, los poderosos caballeros mahometanos habían algareado aquellas tierras. La reina había estado presente en su asedio, cuando las bombardas cristianas acosaron sus muros sin descanso hasta rendirla. «Nada detiene al poder de Dios», pensó, embargada por la euforia. Desde allí no podía ver la Vega, pero se intuía cercana. Pronto estarían allí los castellanos para acometer la última empresa de la guerra.

Le llegaron sonidos de jolgorio, de las celebraciones del pueblo en la zona llana de la ciudad. «Así debe ser», se dijo Isabel. «Mi cabeza no descansa para que vosotros podáis hacerlo. Ése es el papel de una buena reina».

Luego descendió hasta la planta noble de la torre, donde habían dispuesto sus estancias privadas. Allí la esperaba el alcaide. Hubo banquetes y festejos en la alcazaba, que los propios reyes presidieron. La reina simuló relajarse y disfrutar. Hubo música, e Isabel animó a sus hijos a bailar con los hijos de los nobles. Sin embargo, seguía rumiando. Desde allí, a escasas leguas de Granada, creía distinguir, envuelto en la brisa, el rumor de las fuentes de la Alhambra.

Granada, abril de 1491

–Aquí al solecito no estamos mal, ¿verdad?

Reduán permanecía sentado en su minúsculo patio. A sus pies, Badra jugaba con la tierra suelta, cavando hoyos en los que colocaba piedras. No contestó.

–Antes tenía un pequeño vergel. En primavera se llenaba de flores. –Señaló varias macetas vacías, arrinconadas en una esquina–.

Ven, siéntate aquí.

La niña obedeció, dócil. La convivencia había aumentado su confianza.

–Voy a contarte mi historia. Es hora de que nos conozcamos mejor. –Se recostó contra la pared y comenzó a relatar–. Nací y me crie aquí en Granada, en la medina. Con tu edad, un maestro de la escuela de mi barrio se fijó en mí. Decía que era muy listo y que, si estudiaba más, podría llegar a ser un maestro como él. Tuve suerte de tener unos buenos padres. Ellos me apoyaron, Alá los tenga en el Paraíso. Cuando acabé los estudios en la mezquita, me dejaron ir a la madraza. ¿Sabes? Hay dos maneras de llegar a la madraza: siendo hijo de un rico o destacando mucho. –Miró a Badra, que lo escuchaba con atención–. Mi padre era ropavejero, así que ya sabes cómo entré. Tuve que esforzarme mucho. Tenía que ayudar a mi padre con el negocio y, además, aprenderme las lecciones. Pero no me quejaba. Era joven y tenía ganas. No como ahora, que soy un viejo que empieza a secarse. –A Badra le hizo gracia aquella expresión y soltó una risita–. No había libro que cayera en mis manos que no devorara. Los libros me hacían sentir libre. ¿No te pasa que cuando te leo mis libros tu mente se va a otro mundo? Seguro que me entiendes. –Badra asintió–. Terminé los estudios superiores y las palabras de mi primer maestro se cumplieron. Me hice maestro. He sido maestro toda mi vida. –Perdió la mirada en los tejados que daban al patio–. Tenía un oficio y pude casarme con la mujer que quería. Era la hija de un vecino de mis padres y la había amado desde niño. Ay, las cosas de los niños... –La miró de nuevo–. Ya te tocará a ti, ya... Media vida enamorado de ella, y conseguí tenerla. Fuimos felices. –Se palmeó las rodillas, como si luchara por contenerse–. Pero la perdí, ya lo sabes. Y aquí estoy, arrugado y solo, malviviendo en una casucha del callejón de la Higuera. Bueno, ahora estoy menos solo. –Le dio un pellizco cariñoso en la mejilla.

–¿Cómo se llamaba? –preguntó la niña.

Reduán se emocionó por su interés.

–Sams. Tenía el pelo dorado y los ojos verdes. Su nariz era aguileña –colocó su dedo índice en forma de garfio– y tenía la piel blanca, como la nieve del monte Sulayr. Me tenía loco. –Apoyó una mano en la espalda de la niña. Badra no se apartó–. Pequeña, va siendo hora de que me hables de ti. –Ella se mantuvo en silencio y Reduán notó cómo cerraba los puños–. ¿De dónde vienes? –Silencio. El faquí exhaló un suspiro–. ¿Te han tratado mal? –se atrevió a preguntar.

Badra perdió la mirada en las macetas y comenzó a balancear las piernas.

–¿Por qué hay hombres malos? –dijo al fin la niña.

Reduán sintió que su corazón se encogía de dolor.

–Alá nos creó a todos iguales, pero lo que vivimos nos hace diferentes. El mundo está lleno de gente buena, pero también hay malos, y debemos andarnos con cuidado por si nos topamos con alguno. ¿Te has encontrado con alguno?

La niña asintió.

–Uno se llevó a mi amigo.

–¿Otro niño como tú?

–Sí. Un hombre lo cogió y se lo llevó.

La pena y el dolor de la pequeña sacudieron la conciencia de Reduán.

–Entiendo –dijo sin más–. Y a ti, ¿te pasó algo?

–A mí no me vio.

–El Compasivo te protegió. Y me alegro de que fuera así. –Intentó cambiar de tema–. Y tu familia, Badra, ¿la recuerdas?

Las cejas de la niña se alzaron, sus ojos se humedecieron, y comenzó a negar con la cabeza una y otra vez.

–Ya, ya. Tranquila. No iremos por ahí. Tranquila –insistió para que se relajara–. Has tenido que ser muy valiente. Ahora me tienes a mí para protegerte. No dejaré que te pase nada. –Observó los hoyos que Badra había decorado con piedras. Se dio por satisfecho con

aquella información. Hablar de su familia la bloqueaba, pero había conseguido que mirara hacia atrás. Eso ya era una batalla ganada al dolor–. ¿Quieres seguir jugando con las piedras?

Badra asintió. Él le palmeó la espalda y la animó a echarse de nuevo al suelo. Jugó dándole la espalda. El viejo faquí de la alcazaba Cadima lloró en silencio, procurando no hacer ruido para que la niña no se percatara de su sufrimiento.

«¿Por qué?», le reprochó a Dios mientras se enjugaba una lágrima.

* * *

–Tienes bonitas las flores –le dijo Boabdil a su hermana.

–Yo no, mis sirvientas. –Aisha soltó una carcajada. Era cuatro años menor que él y su carácter era más jovial. Apenas se parecían. Boabdil había heredado los rasgos de su padre. Aisha se parecía a la rama materna de la familia.

Su palacio estaba en la misma Alhambra, cerca de la mezquita. Los dos hermanos se habían sentado en sendas jamugas dispuestas en el patio, bajo una de las galerías porticadas que daban a la alberca. Decenas de macetas lucían sus flores, recién abiertas a los primeros calores de la primavera.

–¿Habéis tenido noticias de Fez? –preguntó Boabdil.

–Ya sabía yo que venías por algo. No venías a visitar a tu hermanita por gusto... –Se quejó sin acritud–. No. La relación está rota del todo.

Su esposo era miembro de la familia emiral meriní. Sin embargo, recientemente se había producido un cambio dinástico en África. La familia del marido de Aisha había caído en desgracia y había sido sustituida por otra en el poder. Boabdil no había dejado de enviar emisarios con la esperanza de obtener ayuda ante el inminente asedio, pero, salvo la llegada del embajador con un puñado de bereberes, no había obtenido respuesta.

–Estamos solos, Aisha. Nadie va a venir a ayudarnos.

–¿Alguna vez no lo hemos estado? Los imanes de todas las mezquitas del mundo claman por la unidad de los musulmanes, pero aquí estamos, olvidados de todos, de los africanos y de los otomanos. No cuentes con nadie, hermano.

–Así es. No contamos con nadie. Y estamos perdidos.

–¿Qué vas a hacer? ¿Vas a arrodillarte otra vez ante los rumíes? –En la voz de la joven afloró el viejo orgullo de su casta.

–¿Acaso hay otro camino más que rendirse? Tú no has visto sus cañones, sus caballeros recubiertos de aceros...

–Pues si vas a rendirte, sácale provecho –le espetó Aisha.

–Mamá ya ha estado hablando contigo, ¿no? –esbozó una sonrisa–. Sois iguales, siempre lo habéis sido. Eras su favorita, su «estrella de la mañana».

–¿Vas a llorar? –Aisha volvió a reírse–. Perdona, hermano. –Se puso seria–. Mamá nos quiere a ambos. También quería a Yusuf, Alá lo tenga en su Paraíso. Lo que pasa es que a ti te exige más. Por algo eres el emir.

–Lo que en verdad quiere es manejarme para gobernar ella –suspiró.

–No lo dudes. Siempre ha sido así, y así seguirá. ¿Por qué la repudió padre? Porque era más lista que él y quería sobresalir. ¿Y qué hizo ella?

–Hacer que me alzara contra mi padre y robarle el emirato –remató Boabdil–. Y empujarnos a esta situación.

–Es algo más complejo que todo eso, lo sabes. Pero sí, lo hizo. Ay, hermanito, qué papel te ha tocado en esta vida... –Le palmeó la rodilla.

–Perder Granada –dijo Boabdil con tono agorero.

–O mantenerla. Depende de tu astucia. Qué más da a quién paguemos impuestos... Lo importante es mantener lo que tenemos.

El emir volvió a asentir. Ya había despachado emisarios para negociar con los reyes. Luego cambió de tema:

–¿Piensas mucho en padre? Últimamente me acuerdo de él...

–Claro que lo recuerdo. –Miró a su hermano a los ojos–. Yo siempre estuve aquí. Tuve que huir con mamá cuando se enfrentaron. También lo vi perder la cabeza. La muerte de Yusuf fue un mazazo para él. Cuando oyó que había sido nuestro tío... Casi lo mata con sus propias manos. –Sus ojos comenzaron a brillar–. Pobrecillo mi Yusuf. Tan frágil, tan bueno, tan inocente... ¿Te acuerdas de cómo lo engañábamos? Recuerdo cuando le dijiste que a padre le gustaba que nos sentáramos en el trono. Fuiste muy perro, Boabdil, reconócelo. –Lo señaló acusadora con una sonrisa en los labios.

–Al-Muleh me había pegado una bofetada por hacerlo. Sí, fui un poco perro.

–Pero a él no le hicieron nada. Padre se acercó a él y se arrodilló ante el trono. Ahí se te cortó la risa, ¿eh? A Yusuf nadie era capaz de hacerle daño. Tan bueno...

–Y a mí me daban bofetadas.

–Ya te lo he dicho: a ti te preparaban para esto. Te exigían más que a ninguno.

–Pobre Yusuf –dijo Boabdil con la mirada fija en el agua verdosa de la alberca–. También me acuerdo de él. ¿Sabes, Aisha? Volvería a aquellos años sin dudar. La responsabilidad me ahoga.

–No me gustaría estar en tu pellejo, mi *zogoibi* –dijo con cariño.

–Mawlana –saludó el esposo de Aisha, que acababa de irrumpir en el patio–, me honra tu visita. Disculpa mi ausencia. Vengo de hablar con mi capataz.

–No te preocupes, amigo. Mi hermana se ha encargado de entretenerme.

Aisha se levantó, discreta, y se despidió. El africano se sentó en su jamuga y llamó a una esclava para que les sirviera vino. Los cuñados charlaron y bebieron durante toda la tarde y, por unos momentos, la mente del emir voló lejos de las preocupaciones.

Alcalá la Real, abril de 1491

–Esposa, mañana salgo para la Vega con lo que tenemos aquí. –Fernando había irrumpido en la estancia, sorprendiendo a la reina mientras leía–. Los demás que salieron de Córdoba están a punto de llegar y me reuniré con ellos en cabeza de los jinetes. Los de Sevilla se han reunido en Loja y se nos unen en el valle del Velillos.

–Estoy al tanto.

Nada escapaba al control de Isabel.

–¿Vas a seguir siempre así? ¿No eres capaz de perdonar? Parto a la guerra...

–Tú no vas a asumir riesgos. Lo sabemos los dos. Diez mil hombres tendrían que caer antes de que una espada te rozase.

Fernando endureció la mirada.

–Nunca se sabe cómo va a acabar uno. La muerte acecha en los campamentos, ya sea por el acero, ya sea por las enfermedades. Si no tienes más que decir, con Dios, esposa. Veo que tienes la conciencia tranquila.

Isabel sonrió. Aguardó para contestar, hasta que Fernando comenzó la marcha.

–No pretendas dar la vuelta a las cosas, esposo. Ya nos conocemos. Has tenido un hijo bastardo. Toda la corte lo sabe. Me has humillado. Tengo motivos para odiarte tres vidas, si las viviera –respiró hondo para tomar aliento–. Pero Jesús Nuestro Señor nos habla del perdón, esa palabra tan ligera en tu lengua. Perdonado estás.

–Dios te recompensará –dijo Fernando con cierta ironía en la voz, aunque visiblemente aliviado–. ¿Podré visitarte esta noche para despedirme?

Isabel lo miró. Intentó contenerse, pero una carcajada escapó por su boca.

–No tienes remedio, esposo. Visítame.

–Sea vuestra voluntad. Me retiro ahora, que me esperan para la caza. Estos montes son buenos. Mejores que los de Sevilla. –Se dio la vuelta. Antes de salir de la estancia, se giró hacia la reina–. ¿Se ha ido ya el helche?

Boabdil había enviado a un converso para negociar.

–Despachado. Con lo que ya nos hemos gastado, piensa que nos vamos a echar atrás por sus buenas palabras. O se aviene a todo, o hablarán las espadas. Ése debe ser nuestro camino con los mahometanos.

Afloró el orgullo de una reina que no quería infieles como súbditos.

Vega de Granada, abril de 1491

Detuvo la montura junto a una acequia seca. El frío del amanecer se intensificaba con el aire helado que bajaba del monte Sulayr. El caballo soltó una bosta sobre la tierra escarchada, que comenzó a humear vapor.

El escucha oteó los alrededores. Los campos habían sido cosechados. Varias arboledas salpicaban el terreno, surcado por arroyos y acequias. No muy lejos se divisaba una alquería. Sus paredes encaladas se destacaban sobre el marrón terroso que lo dominaba todo. Detectó movimiento, alguien que atravesaba las tapias del recinto y se adentraba en una huerta. A paso lento, cabalgó hasta el campesino. El hombre, encorvado sobre los surcos, quitaba malas hierbas con una escardilla.

–La paz sea contigo –saludó Kasim en árabe, sin desmontar.

El campesino alzó la vista, extrañado.

–Por las pintas, hubiera dicho que eras rumí.

–Ahora sirvo a los rumíes –dirigió la vista a la alquería, que parecía deshabitada–. ¿Estás solo? Debes irte. Vienen de camino, hermano.

El hombre se irguió, ofendido. Su piel estaba arrugada por el sol. Agarró el mango de su herramienta con fuerza.

–No me llames lo que no eres. Mis hermanos están a este lado de la tierra –soltó con voz ruda, señalando hacia Garnata.

–Bien –contestó Kasim–, pues ve con ellos.

–¿Tú me vas a decir lo que tengo que hacer? ¡Vete con los tuyos, traidor!

–Lo haré pronto –afirmó Kasim sin ánimo de entrar en polémica–. Pero tú debes marchar también. Mañana habrá aquí más de cincuenta mil rumíes.

El viejo apretó la boca. Se guardó las palabras. Miró los campos abandonados y apoyó los brazos en el mango de su escardilla. La ira explotó en lágrimas, que se derramaron siguiendo los surcos de sus mejillas.

–Yo no me voy de aquí. Que me maten. Mi abuelo trabajó esta tierra. –Se agachó y agarró un puñado de tierra, que sostuvo en alto delante de Kasim. Luego la tiró y volvió a encorvarse para seguir con su tarea–. Ya te puedes ir con tus señores, y diles que Ibn Umar al-Rundi no se va de aquí, que yo no soy como todos esos que se han ido corriendo a Granada. –Señaló una alameda cercana–. Yo soy como esos árboles. Tengo raíces echadas en esta tierra. Me tendrán que arrancar para que me vaya.

Kasim lo contempló: un hombre férreo, capaz de morir por una idea; un hombre que se sabía derrotado, y prefería entregarse a la muerte antes que padecer la pérdida del mundo en el que se había criado.

El jinete tiró de las riendas y lo dejó allí, rumiando sus maldiciones. Exploró los alrededores y localizó los enclaves más adecuados. Luego comenzó la cabalgada de retorno al grueso de la tropa. Antes, dirigió la vista hacia Garnata. La ciudad se distinguía en la distancia, al pie de la sierra cubierta con su manto de nieve. Su corazón se aceleró.

–Mi prima. Mis niños –susurró, y el viento helado del Sulayr se llevó sus palabras lastimeras.

* * *

El avance de la tropa provocaba una nube de polvo visible a varias leguas. Tras ella, protegidas por una nutrida retaguardia, avanzaban las recuas que portaban los pertrechos. En el valle del Velillos se habían reunido dos masas de hombres, que atravesaron juntas el puente del río Cubillas. Aquélla era la verdadera puerta de la Vega. Encontraron el paso libre. Los granadinos habían asumido que no podrían frenar la marea que, como una gran ola, lo barría todo a su paso.

Kasim se había unido al grupo de exploradores que iban y venían por delante del grueso. Entre ellos había varios conversos como él. Beatriz iba con las mujeres que servirían como cocineras, lavanderas y enfermeras. Fernando había ordenado que ambos sexos estuvieran siempre separados para evitar altercados. La tropa estaba compuesta por hombres de la Hermandad, guerreros a sueldo, siervos de los nobles y milicianos de los concejos. Sin embargo, también había homicianos, reos condenados que pretendían conmutar sus penas a través del servicio militar.

Cuando toda la tropa estuvo reunida al otro lado del Cubillas, la vanguardia retomó el camino y llevó a la hueste hasta un paraje ya conocido por los cristianos. Se trataba de los Ojos del Huécar, cercano al río Genil, a unas dos leguas a poniente de Granada. Los castellanos habían acampado allí en campañas anteriores.

Miles de hombres se afanaron en montar las tiendas y las defensas. Las primeras estrellas lucían en el horizonte cuando el campamento estuvo terminado. Un mar de tiendas inundó los llanos de aquella vega.

–Aquí estamos de nuevo –le dijo Fernando a Hernando de Zafra, que acababa de llegar a la tienda real.

–Vuestra majestad, los mariscales siguen teniendo dudas. La cabecera del Genil la controlan los moros, y las fuentes no llegan para tantas almas y bestias. –Sobre la mesa del rey, el secretario desplegó un mapa de la zona–. Opinan que éste es mejor sitio para el real. –Desplazó el dedo sobre la representación del terreno–. Y justo aquí podríamos construir la villa.

Tal y como se había previsto en la organización de la campaña, los castellanos iban a construir una ciudad amurallada para alojar a una nutrida guarnición cuando llegara el invierno. Isabel había tomado aquella decisión y Fernando la había apoyado desde el principio. Contaba con la experiencia del asedio de Baza y quería cubrir la posibilidad de que tuviera que marchar al norte. Las tensiones de su reino con Francia iban en aumento y no descartaba tener que ausentarse de Granada antes del invierno.

–La acequia madre y su ramal nos protegerían –añadió Zafra–. Seguiríamos bien comunicados con Alcalá. Además, esta acequia viene del río Dílar, que controlamos en todo su recorrido. –El envenenamiento de las aguas era un riesgo que querían evitar.

El rey observó el mapa. La localización sugerida estaba cerca, más alejada del Genil, pero en una posición más elevada, mejor para la defensa.

–Deduzco por tus palabras que estás de acuerdo con los mariscales.

–Así es, majestad. Sólo tendríamos un problema: menos agua. De la acequia madre sacaríamos el agua para los fosos. Pero seguiría siendo insuficiente para todos. Uno de los mariscales insiste en que se puede construir un canal desde estas fuentes –señaló otro punto del mapa– que nos traería el agua que nos falta.

–Bien, Hernando. Es razonable. Mañana salimos a talar. No quiero perder ni un solo día. A la vuelta, nos aposentaremos allí.

–Sea, vuestra majestad.

Fernando lo miró con hastío, cansado de sus formalismos. Hernando de Zafra hizo una reverencia y salió de la tienda real. Fuera, el bullicio de los hombres que terminaban de asentar sus pertrechos se fundía con el de los hogares que se habían prendido para preparar las cenas. Caminó entre las tiendas para encontrar la suya. Por el camino, en la explanada central que servía de plaza, se topó con el patíbulo, en el que había dos hombres ahorcados. Los alcaides de la tropa no habían perdido el tiempo. Sobre el pecho, ambos tenían un cartel que rezaba «traidor», escrito en latín.

Aquellos infelices habían intentado desertar después de cobrar la primera paga. Una piedra voló desde un extremo de la plaza y fue a dar en un pie de uno de los ahorcados. Un grupo de peones se entretenía probando su puntería.

«Aquí estamos de nuevo», se dijo Zafra, repitiendo mentalmente las palabras del rey.

* * *

Los hombres se afanaban en alzar el último de los enormes troncos que sustentaban el pabellón del hospital de la Reina. Aquella tienda sería la única que levantarían. El real iba a ser desplazado a otro lugar, cerca de la alquería del Gozco. Allí se montaría el hospital completo.

Kasim ayudaba moviendo las mesas sobre las que los médicos aserrarían los miembros dañados. Beatriz observaba los trabajos. Una extraña excitación bullía en su interior. Bajo aquellas lonas se obrarían los milagros. Entre sangre, heces y orines, los sanadores lucharían por robar a la muerte las vidas de los heridos.

Caía la noche y no quedaba demasiado tiempo para terminar. Los capitanes gritaban órdenes a los que veían holgazaneando.

–¡Vamos, gandules! ¡Esto os puede salvar la vida mañana!

El pabellón se terminó de montar a la luz de la luna. Los hombres resoplaban satisfechos. Los pregoneros ordenaron silencio y todos fueron hacia sus tiendas para descansar. Antes de que se marchara, Beatriz se acercó a Kasim.

–Esposo mío, te voy a echar de menos en las noches.

–Calla y vete, loca –le dijo él–. No te acerques, que los alcaides lo ven todo.

–Estamos casados, deberían dejarnos retozar de vez en cuando –insinuó con un contoneo–. Encontraremos la manera. –Guiñó un ojo y comenzó a caminar hacia las mujeres–. ¡Esposo! –le dijo en voz alta mientras se alejaba–. ¡No te vayas a dejar matar mañana! ¡Que muera mejor el marido de otra!

Granada, abril de 1491

El humo de las hogueras se vestía de plata a la luz de la luna. En la distancia, se distinguía la mancha blanquecina que conformaban las tiendas del campamento cristiano. El emir llevaba puesta una marlota escarlata sobre la túnica de lino.

–Estamos en guerra –comentó con su visir de la Espada. Ambos estaban apostados en la azotea de la torre Mayor de la alcazaba. Muza respondió con seguridad.

–Llevamos siglos estándolo, mawlana. La guerra comenzó cuando los primeros creyentes cruzaron el estrecho y cuando los infieles resistieron en las montañas astures.

–Pronto acabarán lo que empezaron entonces –dijo Boabdil.

–Garnata es fuerte. Resistiremos.

–Mañana lo debatiremos en el Mexuar –afirmó el emir–. Necesito números. No me valen las palabras exaltadas, ni las arengas. –Miró a Muza con dureza–. Por pasión encabecé a mi pueblo cuando dimos el primer golpe. No reniego de lo que hice. Dimos buenos golpes y ganamos la Alpujarra. Pero ahora debemos afrontar las consecuencias. Estamos asediados, y tenemos que calcular cada paso con cautela.

–El pueblo se entregará a la lucha...

–Para, Muza –lo cortó el emir–. Palabras como ésas estaban detrás de los que pidieron la resistencia. Ha llegado el turno de la razón. –Muza hizo el amago de replicar, pero Boabdil lo despachó–. Retírate. Necesito pensar.

El visir de la Espada obedeció. El emir observó los campos débilmente iluminados. También dirigió la vista a la medina. Una lechuza sobrevoló el cementerio de la puerta de Elvira. Intuyó una señal aciaga en su vuelo rasante y errático.

–Sí –pronunció en su soledad–, llevamos siglos en guerra, perdiendo nuestra tierra palmo a palmo. Pero sólo al Zogoibi le ha tocado el destino maldito de rendir la Alhambra. –No pudo contener las lágrimas. Recordó las palabras de su madre. Debía conseguir

resistir el tiempo suficiente como para poder retomar las negociaciones–. Alá me permita dar buena batalla.

* * *

Nawar trenzaba el pelo oscuro de Moraima, que permanecía recostada sobre su pecho. Una lámpara de aceite iluminaba la estancia, haciendo bailar las sombras sobre los zócalos y las yeserías de las paredes.

–Dos ríos que se cruzan, que saltan y se encuentran tras cada curva...

La sudanesa recitaba un poemilla que las madres granadinas cantaban mientras peinaban a sus hijas. Moraima sentía el cosquilleo que provocaban sus dedos.

–Tengo miedo, mi flor, pero a la vez anhelo –pronunció la esposa del emir, rompiendo la magia del momento.

–Pronto tendrás a Ahmed contigo. Me lo dice el corazón. –La esclava continuó trenzando su pelo–. Yo también tengo miedo.

Moraima se giró bruscamente hacia ella.

–¿De qué tienes miedo, amor mío?

–¿Qué pasará después? Recuperarás a tu niño, Boabdil regresará a ti y yo volveré a ser lo que siempre he sido. –Habló con franqueza, abriéndose en canal.

Moraima la besó en los labios. Una vez, dos veces, y agarró sus mejillas para obligarla a asomarse a sus ojos.

–Te amo. He aprendido a escuchar a mi corazón, a olvidar las normas de los hombres. Te amaré siempre. Eso no lo cambiará nada.

Nawar le devolvió los besos.

–Caminaba perdida –continuó Moraima–. Ahora lo veo claro. Fui una niña vendida a un príncipe. Sólo he sacado una cosa buena de eso, y me la han robado. Fui una ingenua. Yo no nací para ser princesa, no nací para ser reina ni para amar a Boabdil. Yo nací para encontrarte.

La sudanesa la abrazó y le susurró al oído:

–Ahora no me importa lo que vendrá. Me importa tenerte así. Ojalá el Compasivo nos permitiera detener el tiempo.

* * *

La sala del Mexuar estaba más concurrida de lo habitual. Estaban presentes los ministros, pero también los viejos arráeces, los almirantes de la flota extinta, algunos de los principales jeques y varios antiguos alcaides; gentes cuyo poder no era más que un fantasma que arrastraba los pies sobre los suelos enlucidos de la Alhambra.

Los pájaros cantaban en el patio anexo y la luz del alba inundaba la estancia.

–La paz sea con vosotros –saludó Ibn Kumasa. El gran visir permanecía sentado sobre dos almohadones superpuestos debido a su enorme barriga–. Asistamos a mawlana, Alá lo colme de gloria, en las difíciles decisiones que debe tomar. –Miró a al-Muleh–. El visir de la Pluma mostrará su informe sobre la situación de Garnata.

Los ojos se posaron en él. Al-Muleh carraspeó antes de hablar.

–La paz sea con todos vosotros. Afrontamos el asedio en difíciles circunstancias. Contamos con cinco mil caballeros bien armados. En la ciudad hay unos treinta mil hombres en edad de manejar armas, pero menos de la mitad están instruidos. –Levantó la vista del informe y miró a los consejeros–. Hay muchos inexpertos, y también muchos de dudosa fidelidad –remató.

Muza alzó la mano y comenzó a replicar.

–Paz para todos –saludó–. No hay que desconfiar del pueblo si se le dirige con inteligencia y con valor. Los granadinos siempre han estado dispuestos a luchar. Si estamos aquí es porque ellos lo han pedido. –Sus ojos chispeaban de pasión.

Al-Muleh no respondió. Bajó la mirada a sus números y prosiguió con su informe:

–Acabamos de superar un invierno duro, con pocos alimentos y grandes fríos. El invierno próximo será aún peor. Y eso contando con que sigamos recibiendo alimentos de Lecrín y la Alpujarra –añadió.

–Negro cuervo –saltó el gran visir–. Ya sabemos lo que opinas, pero no estamos aquí para eso. Nuestro deber es organizar una resistencia eficaz.

Boabdil asintió. «Hasta que los rumíes quieran negociar de nuevo», pensó al-Muleh.

–Tenemos reservas para varios meses –continuó el secretario–. Debemos racionar si queremos aguantar.

–Aguantaremos bien hasta el invierno –intervino Muza–. No podrán soportar los fríos y la nieve. Se acabarán yendo.

–Como en Baza... –dijo uno de los arráeces.

–Exacto. –Al-Muleh, viéndose apoyado, habló con seguridad–. Harán lo que en Baza, construirán casas y muros para aguantar. Los espías aseguran que han traído materiales para construir una ciudad.

Muza se preparó para la réplica, pero Boabdil alzó la mano y todos callaron.

–No se irán –afirmó–. Pero nuestra encomienda consiste en plantar cara, con la ayuda del Altísimo.

El eco de sus palabras reverberó en la sala del Mexuar.

–Sabias palabras, mawlana –dijo Muza. Como visir de la Espada, propuso un plan para la defensa–: Secretario, prepara las armas y alista a los hombres. Yo me encargaré de la disciplina y de la instrucción. Organizaré a los jinetes y la defensa de las puertas. El Zegrí estará al frente de las murallas e Ibn Atar hostigará a los rumíes con caballería ligera. No creo que se queden en la Vega. Saben que necesitamos el valle y la Alpujarra, e intentarán aislarlos. –Miró a Boabdil–. Lucharemos hasta la muerte. *Allahu Akbar!*

–*Allahu Akbar!* –repitieron a coro los demás.

Moclín, abril de 1491

Ahmed entró alegre en la casa.

–¡Adhara, toma!

Le entregó un puñado de flores que había cogido en el monte Hacho. La primavera había llenado de colores los campos, y Ahmed había salido de excursión con otros niños de la fortaleza. Kamal, el guardia sudanés, había ido con ellos. El hombre, discretamente, le entregó una florecilla a Adhara, que se deshizo en sonrisas.

–¡Ay, mi niño! –se dirigió al pequeño–. Qué ramo tan bonito me ha traído. –Lo besó en la frente y se guardó la flor de Kamal–. Ven, que ha llegado algo para ti.

Subieron las escaleras que llevaban a la planta superior. Sobre el camastro de Ahmed había un traje de estilo castellano.

–La mismísima reina te lo ha enviado. –La mujer acarició las calzas, la camisa de seda y la chaquetilla de brocado–. Precioso.

–¡Quién vive! –gritó Ibrahim en la planta baja.

–Anda, pruébatelo todo –le dijo Adhara al niño–. Voy abajo a ver a Ibrahim.

Se encontró con el maestro sentado a la mesa.

–¿Has visto lo que ha mandado la reina?

–Sí –respondió él en voz queda, visiblemente enojado–. Ropajes de rumí.

Su desprecio provocó que Kamal soltara una carcajada.

–Bueno, hombre, ¿qué quieres que le regale al chiquillo una reina rumí? –La disculpó Adhara–. Sé agradecido. Dicen que pronto vendrá.

Ibrahim asintió.

–Quiere estar más cerca de la Vega. Desde Alcalá no escucha bien las espadas que se afilan para degollar a nuestro pueblo. –El maestro estaba irritado.

–Al niño lo trata bien. Parece quererlo. ¿Tienes noticias de Garnata?

–Nada nuevo. Que en el asedio hay tantos guerreros como habitantes tiene la ciudad. Está perdida.

Adhara se llevó la mano a la boca.

–Pues te digo una cosa: si está perdida, que se pierda pronto, que nadie sufra.

–No es tan fácil, mujer –replicó Ibrahim.

–¡Ya! –gritó Ahmed desde arriba. Bajó las escaleras con el traje puesto.

–Todo un hombre mi Ahmed –pronunció Adhara.

–Se nos hace tarde –interrumpió Ibrahim–. Vamos a lo que vamos. –Abrió uno de sus libros–. Pero antes cámbiate esa ropa, no vaya a ser que se estropee.

Adhara captó la ironía. Esperó a que el niño se perdiera escaleras arriba.

–Desde luego, hoy estás avinagrado.

–Adhara, delante de ellos estoy obligado a la diplomacia. Al menos, déjame desahogarme aquí.

Ahmed bajó de nuevo, ahora vestido con zaragüelles y camisa larga. Se sentó junto a su maestro y aguardó a que éste comenzara la lección.

–Hoy es un buen día para repasar el origen de tu dinastía –sentenció. Cerró el libro y comenzó a hablar de memoria–: El primer emir de los Nasr, Ibn al-Ahmar, nació en Arjona el año de la batalla de Alarcos...

Valle de Lecrín, abril de 1491

–¡Malditos seáis todos! –gritaba en árabe la mujer. Tendría poco más de treinta años y vestía una túnica rasgada y manchada de tierra. A la altura de las caderas se veían restos de sangre seca. Un niño se aferraba a sus piernas y lloraba con el labio empapado de mocos–. ¡Alá os maldiga!

A su alrededor sólo había devastación. Su aldea había sido saqueada por la tropa del marqués de Villena. Las sencillas viviendas

humeaban. Sobre el mortero de las calles podían verse los restos del saqueo. Varios cuerpos yacían sin vida a pocos pasos de ella.

Kasim llevó a su montura hasta la mujer, que se le encaró con el puño en alto.

–¡Maldito! ¡Maldito rumí! ¡Alá te fulmine! –gritó fuera de sí.

–Márchate –le dijo él en árabe. Ella detuvo el llanto y observó al jinete con detenimiento, desconcertada–. Esto no ha acabado. Márchate con tu hijo al monte. Refugiaos en la Alpujarra. El valle ya no es seguro. Volverán y acabarán lo que han empezado.

La mujer no se entretuvo en buscar explicaciones. Agarró a su hijo del brazo y tiró de él hacia un pinar cercano. En tres ocasiones volvió la cabeza para mirar al explorador. En su mirada había un rencor atávico, un odio engendrado varias generaciones antes de que ninguno de los dos naciera.

–¡Traidor! –le gritó antes de acelerar el paso y perderse tras los primeros árboles.

Kasim observó los restos de la aldea y su corazón palpitó con ansiedad.

–¡Moro! –lo llamó otro de los escuchas, un rumí andaluz que había participado en las talas anteriores–. Aquí ya no queda nada. Vamos al real.

El jinete se acercaba al trote desde el sur. Instintivamente, Kasim miró hacia el pinar. La mujer y su hijo ya no eran visibles.

–Venga, moro. Muévete –le dijo cuando estuvo a su lado.

–Me llamo Fernando –soltó Kasim.

–Ya, ya. No te lo tomes a mal, hombre. Todos te conocen como el moro. A mí me llaman Pedro el Pedo. Ya te puedes imaginar por qué –se carcajeó–. Dios nos ha dado una buena victoria. Deberíamos rezar para dar las gracias. –El hombre se santiguó y comenzó a murmurar, mirando de reojo a su compañero.

«Más de diez mil guerreros contra un puñado de aldeanos. «Ésa es tu victoria», se dijo Kasim, asqueado. Imitó al Pedo: se santiguó y

simuló una oración que en realidad no estaba pronunciando. Pedro terminó y tiró de las riendas de su caballo.

–Así me gusta, hay que ser agradecidos con Dios. ¡Andando!

Los dos exploradores tomaron el sendero que llevaba al Padul, donde el rey Fernando había montado su real para proteger la retaguardia de la tropa de saqueo. La alquería y su torre se habían rendido sin lucha. Cuando llegaron, se encontraron con los hombres del marqués de Villena ya incorporados al campamento. El noble había saqueado nueve aldeas y matado a más de quinientos moros. A las afueras del real, unidos por largas cadenas, había un grupo de cautivos.

Antes de abandonar la zona, el rey ordenó que un ejército se adentrara en la Alpujarra. Para esta misión, el mando fue otorgado a los condes de Cabra y Tendilla, que se pusieron en marcha sin demora.

Kasim no conocía aquella comarca, pero, en su condición de moro converso, fue designado como escucha. Pedro el Pedo fue de nuevo su compañero. Los dos exploradores cabalgaron media legua por delante de la tropa. Iban inspeccionando los caminos, ojeando los bosques, atentos al cielo por si se veían columnas de humo.

–Ni un solo moro armado. Se habrán metido en sus madrigueras –comentó Pedro cuando llevaban un rato avanzando.

Cerca de Béznar, escucharon el eco de un grito a sus espaldas.

–*Allahu Akbar!*

Enseguida les llegó el repiqueteo de las armas, galopes furiosos, gritos desesperados... Rumores lejanos que provenían de la tropa.

–Hijos de puta –soltó Pedro–. Han tendido una emboscada.

La escuadra de caballería ligera encomendada a Ibn Atar para hostigar a los cristianos se había emboscado. Los granadinos cayeron sobre ellos como un relámpago, sembrando la muerte con sus flechas, virotes y azagayas. Kasim y Pedro volvieron sobre sus pasos y llegaron al grueso de la expedición a tiempo de ver cómo se libraba la batalla.

–¡Tendilla! –le gritó el conde de Cabra a su compañero al mando.

Por señas, le indicó que reuniera a sus caballeros y huyera por su flanco para rodear a los moros. Él haría lo mismo por el flanco opuesto. Decenas de peones fueron sacrificados para culminar con éxito aquella maniobra. Los moros peleaban con fiereza y se escabullían de los ataques entre los árboles.

Cuando Kasim y Pedro se acercaron, uno de los capitanes les ordenó que galoparan hasta Padul para pedir refuerzos.

–¡Rápido! ¡Y decid al rey que ha caído Avellaneda! –Se trataba de un paje de la reina al que ésta tenía en gran estima.

Los escuchas cumplieron las órdenes. Gonzalo Fernández de Córdoba fue el primero en reaccionar. Con su capitanía siguió a los dos jinetes hasta el lugar de la lucha. Seguían cayendo hombres de ambos bandos en una sangría que parecía que sólo iba a terminar con la aniquilación mutua.

–¡Por la reina! ¡Por Dios! ¡Por Castilla! –gritó don Gonzalo mientras se adelantaba.

Sus caballeros lo siguieron y, sorteando los cuerpos de los caídos, llegaron a la línea de combate como una tormenta de acero que descargó sobre los mahometanos. Los moros peleaban cuerpo a cuerpo y la ausencia de corazas representaba una clara desventaja. Enseguida comenzaron a ceder. Kasim y Pedro el Pedo tomaron sus ballestas y participaron en la contienda.

–¡A Tablate! –comenzó a escucharse en las filas granadinas.

Los moros se replegaron, usando sus armas arrojadizas para mantener a raya a los cristianos. Poco después, cuando hubieron ganado cierta distancia, galoparon hacia el este, adentrándose en las sierras.

Aliviados de la presión, los cristianos resoplaron y evaluaron sus pérdidas. Se reorganizaron, atendieron a los heridos y se prepararon para seguir a los granadinos por las espesuras de los montes.

–¡Hombres de Castilla! –gritó Gonzalo Fernández de Córdoba, el apuesto capitán amigo de la reina–. ¡A la victoria o a la muerte!

Real de la Vega, abril de 1491

Los primeros en llegar fueron los heridos y los muertos. Tal y como se había dispuesto, el real fue desplazado al pago conocido como el Gozco, entre la acequia madre y su brazal. Cientos de peones se afanaron en montar las primeras tiendas y comenzaron a cavar los fosos.

Los seis pabellones del hospital de la Reina se habían alzado en la linde noroccidental del nuevo campamento. Sin embargo, sólo dos estaban completamente equipados cuando llegaron los primeros heridos.

–¡Cirujanos! –gritó uno de los jinetes de la avanzadilla.

Enseguida se armó un revuelo de hombres que movían camillas y trasladaban las cajas que portaban el instrumental.

–¡Paños! ¡Y sábanas! –ordenó doña Juana de Mendoza–. ¡Vamos, niñas, deshaced los fardos!

Entre las jóvenes que atendían aquellas labores estaba Beatriz. Repartió a sus compañeras y organizó los trabajos.

–Vosotras dos, coged esas mantas y llevadlas al primer pabellón. Tú y tú –señaló a dos muchachas–, vestid camillas y llevad paños allí –dirigió el dedo hacia las mesas de amputación.

Se disponía a abrir un fardo de sábanas cuando sintió que una mano tocaba su espalda. Se giró y se encontró con doña Juana, que la miraba sonriente.

–Me alegra verte aquí, chiquilla –le dijo la dama–. Estas niñas no tienen experiencia. Gracias a Dios, te tenemos a ti.

–Gracias, señora. Haré todo lo que pueda, con la ayuda de Dios y de la Virgen.

Los heridos venían a caballo. Muchos compartían montura.

–Hijos de Dios, no sufráis –les decía doña Juana para que cesaran sus lamentos–, que estáis en buenas manos gracias a nuestra majestad la reina.

Apremiados por la urgencia, los enfermeros los trasladaron al interior de uno de los pabellones. Mientras lo hacían, no paraban de llegar más heridos.

–Ha sido una sangría –dijo uno de los capitanes que los acompañaba–. Hemos ganado, pero los moros nos han dado buenos palos.

Pronto los gritos arreciaron. Los médicos extraían puntas de flecha, cauterizaban heridas, hacían torniquetes y serraban los miembros insalvables. Los infelices, entre estertores y aullidos, vaciaban sus vientres sobre las camillas y se retorcían de dolor. Beatriz asistía a un cirujano y daba órdenes a las otras muchachas.

–¡Abrid al otro lado, que ventile, por Dios santo! –pidió uno de los físicos.

Tras las primeras intervenciones, sacaron del pabellón a los heridos que no tenían posibilidades de supervivencia. A los muertos los fueron amontonando al norte, en el espacio que los mariscales habían establecido como cementerio del real. Una cuadrilla de peones comenzó a cavar grandes hoyos para enterrarlos. Varios capellanes recorrían los montones y bendecían los cuerpos de los mártires.

Pronto llegó el grueso de la tropa, encabezado por el propio rey y sus principales nobles. Kasim venía tras ellos, como parte de la retaguardia. Dejó su montura al cuidado de los mozos de cuadra y se acercó al hospital de la Reina. Permaneció ante la puerta del primer pabellón durante más de dos horas, hasta que pudo ver a su esposa.

Beatriz salió con las vestiduras manchadas de sangre. Tenía la mirada perdida y se frotaba el hombro derecho, que se había resentido por los trabajos. En cuanto lo vio, el rostro se le encendió de ilusión.

–Vivo –musitó, emocionada.

Se contuvo para no abrazarlo, pero caminó hasta él y se sentó a su vera. Se agarró de su brazo, aun a riesgo de que la reprendieran.

Kasim le relató a grandes rasgos lo que había pasado: las talas y los saqueos de aldeas por parte de la tropa del marqués de Villena; la vuelta al Padul, donde se habían unido al rey; la entrada en la Alpujarra, la emboscada de la caballería granadina, la encarnizada batalla y la huida de los mahometanos hasta el puente de Tablate, donde se habían hecho fuertes y habían impedido que los cristianos continuaran avanzando.

–Ven aquí siempre que puedas –le dijo Beatriz. En su tono había una seriedad impropia en ella. Las emociones del hospital se habían acrisolado con la alegría de verlo vivo. Observó su vestido manchado de rojo y se puso en pie–. Tengo que lavarme.

Kasim la vio alejarse en dirección a la acequia madre. El sol declinaba y la Vega se vestía de bronce. La deseó.

«Eres una buena mujer. Lástima que te hayas unido a un despojo», se dijo.

* * *

El rey se despertó sobresaltado. Su ropa de cama estaba empapada de sudor. Aquélla había sido la tercera pesadilla de la noche. En esta última ocasión había soñado con Rodrigo Téllez, el joven maestre de Calatrava que murió asaetado durante el asedio de Loja. En su sueño, el rey volvió a ver su piel blanquísima atravesada por dos virotes. Su muerte impactó con dureza en la conciencia de Fernando, que aprendió una lección que jamás olvidaría: tenía que comandar a la tropa, pero evitando exponerse. Nadie garantizaba la supervivencia del rey durante una batalla.

Se levantó de la cama y se cambió la ropa. Sus asistentes lo ayudaron a vestirse y peinaron sus cabellos revueltos. Enseguida salió de su tienda e hizo llamar a su palafrenero.

Protegido por diez hombres de las guardas reales, el rey cabalgó hacia poniente y salió de los límites del real. Amanecía. La noche había sido agitada. Los moros habían tentado el campamento, aproximándose a sus lindes para evaluar las defensas. Los capitanes duplicaron las guardias. Los fosos no estaban del todo cavados y todavía no estaban inundados.

En el espacio más inmediato al real, los mozos de cuadras y los ganaderos habían improvisado cercados para los animales. Fernando cabalgó entre ellos. No tardó en llegar al perímetro de Santa Fe. Así había decidido la reina llamar a la villa. Una ronda vigilaba la zona y saludó al rey con respeto. En los días que llevaban en la Vega no había dado tiempo a mucho, pero buena parte de la cava estaba hecha y varios montones de materiales se repartían entre las estacas que delimitaban el espacio de la villa. Madera, cal, tierra, piedra... La primavera acababa de mostrar sus primeras flores. Antes del verano, Santa Fe tendría muros y torres de tapial y madera, puertas de buena fábrica protegidas por baluartes y casas sólidas para resguardar a la tropa.

Fernando se arrebujó en su manto de terciopelo. En Granada, los amaneceres siempre resultaban fríos. Cabalgó despacio siguiendo las estacas que, como estrellas de una constelación improvisada, salpicaban la tierra húmeda. Los mariscales habían elegido bien el terreno. Un ramal de la acequia Vieja se aprovecharía para inundar el foso. Los castellanos controlaban las aguas que irrigaban la zona y ya habían comenzado los trabajos para construir un canal que comunicaría los reales con unas fuentes cercanas.

Desde la linde de Santa Fe, el rey dirigió la vista hacia Granada. Sintió que, desde los imponentes muros de la Alhambra, alguien le devolvía la mirada.

–Aquí estamos, y no nos marcharemos hasta someterte –pronunció en voz alta, altivo y exultante.

Varias palomas torcaces alzaron el vuelo desde la acequia. Tal vez un buen presagio.

Moclín, mayo de 1491

El pendón de Castilla recibió a la reina a la entrada de la fortaleza. Desde los adarves de las murallas, decenas de vecinos la vitoreaban y lanzaban pétalos de flores que volaban ladera abajo en una lluvia de colores. Las campanas de la iglesia, recién instaladas, repicaban con alegría. Don Martín de Alarcón la esperaba junto a la torre puerta. Se postró ante su caballo y tomó las riendas para llevarlo al

interior. Los hijos de la reina la seguían, acompañados por varias damas. El príncipe Juan lucía una coraza bien bruñida. En su sobreveste, de color bermejo, destacaban las armas de Castilla.

Recorrieron las primeras calles arropados por los soldados de la guarnición. El sacerdote que se hacía cargo de la iglesia había improvisado un coro que cantaba el tedéum. El hombre enarbolaba ante la reina el pendón que los reyes habían donado a la villa tras su conquista. La imagen representaba a Cristo con la cruz al hombro, con una mano apoyada en un tocón. Ante su visión, Isabel de Castilla detuvo su caballo y desmontó. Se arrodilló y rezó una breve oración. Se hizo el silencio en toda la fortaleza y algunos, emocionados por su gesto, lloraron lágrimas sinceras. Cuando la reina volvió a montar, todos explotaron en una catarsis religiosa de gritos y loas a Dios, a la Virgen y a Jesucristo. Empujados por la exaltación de su pueblo, Isabel y sus hijos ascendieron la pendiente que llevaba a la alcazaba.

El alcaide los condujo al pequeño palacio del antiguo alcaide moro.

–Vuestra majestad –le dijo–, éstas serán vuestras estancias. Espero que sean adecuadas a vuestra realeza.

–Adecuadas son, don Martín.

Antes de entrar, la reina observó la torre del Homenaje, desmochada por un tiro de mortero que había hecho explotar la pólvora que allí guardaban los mahometanos. Recordaba el estruendo en mitad de la noche y la euforia en el real tras comprobar los destrozos que había provocado la pella incendiaria.

«Dios guio el fuego que nos entregó esta fortaleza inexpugnable».

Antes de aposentarse, solicitó ver al infantico. Un paje y dos guardias fueron a por él. Ibrahim ya estaba preparado para acudir a la recepción.

–Mi niño, sé respetuoso. Que vean cómo somos en Granada –le dijo Adhara mientras le abrochaba el último botón de la chaquetilla que la reina le había regalado. Luego le plantó un beso en la frente y

lo miró con orgullo. Ahmed tenía nueve años y el porte de un muchacho. No había conocido más madre que ella, y Adhara lo quería como si hubiera nacido de su vientre. «Lo que hace a la madre es el cariño», pensaba secretamente.

Ibrahim, vestido de gala al estilo granadino, acompañó al príncipe. Subió las cuestas con pose orgullosa, erguido. A su alrededor, decenas de mozos seguían portando los enseres regios. En el patio del palacete, acompañada por el obispo Talavera y varias damas, aguardaba Isabel. Llevaba puesta su corona.

–Vuestra majestad –dijeron al unísono los granadinos mientras ejecutaban una postración. Ibrahim observó las yeserías que decoraban los pórticos de las galerías. Habían perdido buena parte del color, pero podían leerse las suras del Corán.

Isabel inclinó levemente la cabeza.

–Príncipe Hamete –pronunció, y obvió el saludo al maestro–. Ya veo lo bien que os sienta el traje que os envié –dijo con una sonrisa.

–Os estoy agradecido, majestad –respondió el niño en fluido castellano.

–Me complace veros tan bien atendido. Así seguirá siendo. Si tenéis alguna carencia –dirigió una fugaz mirada a Ibrahim–, no tenéis más que decírnoslo.

«Un cuchillo, reina hipócrita», pensó el maestro.

–Vuestro padre se ve atado por su pueblo –retomó la palabra Isabel–. Pero confío en que pronto vuelva a la sensatez. Pasaré un tiempo aquí, a vuestro lado, y tendremos ocasión de conversar. Don Martín me ha dicho que sois un niño muy inteligente. Estoy segura de que nos llevaremos bien. –Dirigió una mirada a una de sus damas, que se acercó al infante con una bandeja de dulces–. Probad uno, son típicos de mi tierra. –El niño tomó uno y se lo llevó a la boca–. Vos, Abraham, probad también.

El maestro cogió uno de los pastelillos.

–Gracias, vuestra majestad –dijo en castellano con fuerte acento árabe.

–Tampoco nos hemos olvidado de vos –le dijo la reina, centrando ahora la atención en él. Fray Hernando de Talavera se acercó a Ibrahim y le entregó un libro con la cubierta de piel. Lucía el título en árabe: *Tratado sobre la naturaleza del hombre*–. Lo ha elegido su excelencia el obispo. Es un libro antiguo de filosofía, de un sabio griego.

Ibrahim lo tomó en sus manos y no pudo reprimir la sonrisa que afloró en sus labios. «Sabéis ganaros a la gente, reina astuta», pensó.

–Os estoy inmensamente agradecido. No merezco este honor.

–El saber no entiende de credos –dijo Talavera, y le guiñó un ojo. Al instante, ambos se reconocieron como amantes de las letras y de la ciencia–. En los días venideros habrá ocasión de charlar tranquilamente y de confrontar opiniones, maestro.

Ibrahim sintió que su pecho se inflamaba con el reconocimiento.

–Gracias, excelencia –se limitó a decir.

No hubo más palabras. El granadino comprendió que la audiencia había terminado y se despidió con formalidad, deseando la paz a la reina y al obispo.

–Parece que nos aprecia –comentó Ahmed mientras bajaban las cuestas.

Ibrahim, pensativo, no abrió la boca hasta que llegaron al hogar. Llevaba en las manos el tomo que le habían regalado. Ansiaba abrirlo e introducirse en sus letras.

–Sidi Ahmed –le dijo al niño–, nunca olvides de dónde vienes y a dónde debes volver...

Granada, mayo de 1491

Reduán terminó su clase y salió renqueando de la mezquita de Badis. Tenía las rodillas inflamadas y le costaba caminar. Aquel día no hubo regalos para él. Las familias acusaban las carencias generales de la ciudad. Descendió la loma de la alcazaba Cadima en

busca del callejón de la Higuera. Antes de llegar, una mujer le salió al paso.

–Maestro, he preparado sopa harira. Vente con la niña a comer con nosotros.

La mirada del hombre se iluminó.

–Gracias, Asma. Alá te bendiga. Vendremos en un rato.

Animado, continuó su camino. A Badra le encantaba aquella sopa.

Desde la almacería, lo saludó el inquilino. Estaba sentado en la escalera tomando el sol. Reduán respondió al saludo, entró en la planta baja y llamó a la niña.

–¡Badra, vamos! Tengo una sorpresa.

No hubo respuesta. Era la hora del almuerzo; no era normal que Badra hubiera salido de casa. Volvió al callejón y le preguntó a su vecino.

–¿Has visto a la niña?

–Sí. Salió hace un buen rato.

Una tenaza oprimió su pecho. Sin despedirse, Reduán tomó el camino que llevaba a la puerta de los Estereros para salir de la alcazaba y adentrarse en la medina. Buscó el curso del río Darro y, sobre su malecón, lo recorrió aguas abajo. Enseguida fue consciente de lo difícil que sería encontrarla si ella no quería ser descubierta. Sin embargo, no podía dejar de intentarlo. Llegó a la altura de la Alcaicería y torció hacia la plaza de bib-Rambla. No había muchos puestos montados, pero largas filas de granadinos los recorrían con las miradas ávidas de alimento. Un flautista interpretaba cancioncillas populares y varios niños se habían arremolinado en torno a él. Reduán se acercó al corrillo y escudriñó entre los rostros infantiles, pero no encontró allí a su niña.

El viejo faquí se agarró las rodillas. Había comenzado a sentir unos agudos pinchazos que le bloqueaban la articulación. Respiraba con ansiedad, cansado por la caminata. Intentó hacer memoria, recordar

lugares de los que le hubiera hablado. «El cementerio de la Rauda», pensó enseguida.

Renqueando, atravesó la medina y tomó la cuesta que bordeaba el barrio del Albaicín. El ascenso supuso para él un suplicio. Tuvo que detenerse hasta en cuatro ocasiones antes de coronar la loma. En la mezquita de Susuna, en la linde inferior de la maqbara, Reduán sintió que los sentimientos, unidos al dolor físico, lo dominaban. Lloró de impotencia y gritó el nombre de su niña. Varias vecinas asomaron las cabezas desde sus ventanas para contemplar al loco que aullaba delante de sus casas. El faquí se sintió derrotado.

«Lo temía. Temía que huyeras y ya lo has hecho, como un jilguero enjaulado al que dejan la puerta abierta».

Regresó al callejón de la Higuera arrastrando su dolor. Sudaba por el esfuerzo. Antes de torcer la última esquina, oyó al vecino de la almacería, que bromeaba con alguien en voz alta. Luego le llegó el sonido de una risa; carcajadas cristalinas, puras, agudas, que penetraron por sus oídos y le encendieron el pecho de colores.

–¡Badra! –gritó, y arrancó a trotar hacia el tocón de higuera–. ¡Badra! –volvió a gritar cuando la tuvo a la vista. Se agachó a sus pies y abrazó su cuerpecito, tan poca cosa, pero a la vez tanto. No pudo contenerse y le plantó un beso en la cabeza, que la niña se limpió con la mano–. Límpiate lo que quieras, diablillo, pero toma otro. –Se lo dio en la frente. El dolor de las articulaciones, como el miedo y la tristeza, parecían haberse esfumado–. ¿Dónde estabas?

La niña, fiel a sus silencios, alzó las manos y le mostró sendos puñados de dátiles. Reduán intuyó lo que había hecho: había robado para él. No estaba bien, aquello iba contra su ética, y él, como maestro, tenía el deber de reconvenirla. Pero aquel día no tenía el alma para soltar reproches. Badra sólo había hecho lo que le había permitido sobrevivir hasta que lo conoció.

El hombre tomó los dátiles y las emociones se le desbordaron. Lloró y rio alegre.

–Diablillo. Quién me levanta a mí ahora... –Seguía de rodillas.

Ahmed bajó en tres saltos la escalera y lo ayudó a erguirse.

–Niños... Maestro. Ni con ellos ni sin ellos... –le dijo mientras dirigía la vista hacia la ventana, por la que asomaba la cabeza de su hijo.

Badra, sin acabar de comprender lo que había pasado, echó a andar hacia la casa.

–Espera, vamos a otro sitio –informó el faquí.

La cogió de la mano y tomó el camino que llevaba a la mezquita de Badis. Tras el crisol de emociones, las piernas le volvieron a doler. Llegaron a una puerta pintada de verde y el maestro tocó tres veces. Una mujer abrió y asomó la cabeza.

–Asma, sé que es tarde, pero, si te ha sobrado un poco de harira, nos encantaría probarla.

La mujer sonrió.

–¡Pues claro que sí! Me ha extrañado que no vinierais antes. –Los metió a empujones en la casa y los llevó a la cocina, donde el hogar seguía manteniendo rescoldos encendidos–. En esta casa nunca es tarde para una harira.

–Gracias, Dios te bendiga –le dijo Reduán a la vez que abría las manos para mostrarle los dátiles–. Badra ha querido traer el postre.

Le guiñó un ojo a la pequeña, que respondió con risitas.

* * *

Boabdil observaba el agua verdosa de la alberca de Comares, como si en su reflejo pudiera contemplar con más claridad sus propios pensamientos. A su lado, el faquí al-Pequeñí permanecía sentado con los ojos cerrados.

–Nos estampamos contra un muro –dijo el joven emir. Sus manos temblaban de ansiedad. La caballería granadina acosaba los reales castellanos, pero sus ataques eran repelidos sin dificultad.

Al-Pequeñí abrió los ojos y suspiró.

–Mawlana, era lo que esperábamos. Sin embargo, nos hemos ganado el corazón de los granadinos. Cada madrugada las calles se

llenan de gente que vitorea a los jinetes que salen a la Vega. La vieja división se ha esfumado. Sidi, a un ejército le gana cualquiera con la fuerza suficiente. A un pueblo no hay fuerza capaz de someterlo.

Boabdil asintió lentamente. Observó sus manos, que seguían agitándose.

–Ya veremos cómo de motivado está el pueblo mañana, cuando apriete el hambre...

–Si no tenemos comida, alimentemos los espíritus –soltó el faquí.

Boabdil se puso en pie.

–Amigo, sabes que te aprecio, pero también sabes que tus palabras son vanas. Cuando los granadinos pasen hambre, se convertirán en lobos.

El emir caminó por el patio buscando el acceso al palacio del Riyad. Se encerró en la sala de la Miel y mandó llamar a su esclava favorita.

Diala apareció ante él vestida con una túnica de seda verde que él mismo le había regalado. Su rostro estaba velado con una fina tela blanca que dejaba vislumbrar sus rasgos. Sus pechos, generosos, daban vuelo a las telas.

–Estoy ansioso –anunció el emir a modo de saludo–. Necesito paz.

La muchacha se desprendió de la túnica con soltura y la dejó caer hasta sus pies. El vello de su pubis se mostraba rasurado, como a él le gustaba. El emir se acercó y la abrazó. Acarició sus nalgas firmes, besó sus hombros y recibió sus labios en el cuello. Sin embargo, el cuerpo del hombre no respondió. Comenzó a sudar, nervioso, y Diala se percató enseguida de su estado. Para no aumentar su vergüenza, fingió un recato que no sentía y se apartó, cubriendo sus pezones y su sexo con los brazos.

–Ahora no, mawlana. No me siento preparada. Necesito un poco de vino.

Boabdil comprendió el juego y agradeció el gesto. La joven se vistió y sirvió vino para ambos. Se sentaron en dos jamugas que había dispuestas sobre una delicada alfombra de seda. Diala aguardó en silencio a que fuera él quien tomara la palabra.

–Los rumíes están alzando muros en el Gozco –comentó Boabdil con voz débil–. Desde aquí se ve uno, blanco. Mis espías dicen que han puesto lienzos sobre troncos para que parezca que ya está acabado. En realidad, les queda poco.

–¿Para qué quieren una muralla en la Vega? –preguntó la joven.

–Para defenderse de nosotros, pero también para lanzarnos un mensaje. «Hemos venido para quedarnos hasta que se rinda Garnata», ése es el mensaje. No se irán en invierno. Aguantarán ahí hasta que nos rindamos.

–Entonces, ¿acabaremos cayendo?

–Me llaman Zogoibi –se sinceró–. El desgraciado que entregará Garnata. Pero mi último papel será conseguir que, después de capitular, podamos seguir en pie. ¿Entiendes?

Diala asintió y bebió un sorbo de vino.

–¿Es eso posible, mawlana?

Boabdil no pudo evitar reírse a carcajadas.

–Por esto me gustas tanto, muchacha. ¿Crees que no me doy cuenta? Simulas no saber, pero sabes más que muchos de mis consejeros... –Ella se complació con el comentario–. Lo haré posible. Debo hacerlo. Resistiré, aguantaré el peso de esta guerra hasta que podamos negociar unas buenas condiciones. Se lo debo a mi pueblo.

«También negociaré para mí», pensó, aunque eso no lo expresó en voz alta.

Ella apartó su copa y la depositó sobre la mesa. Con delicadeza, se echó de rodillas al suelo. Gateó hasta las piernas del emir y agarró su túnica. La remangó hasta su cintura y tiró suavemente de sus paños menores hasta llevárselos a los tobillos. Boabdil seguía sentado. Al fin su cuerpo reaccionó como esperaba.

–Es una carga pesada, sidi. Descarga sobre mí una parte –le dijo antes de inclinarse para darle placer.

Vega de Granada, mayo de 1491

Kasim notó cierta presión sobre el abdomen. Sin acabar de despertarse, se volvió. Enseguida notó la humedad y el olor dulzón. Se incorporó y tocó su manta, que estaba empapada. Olió sus dedos y enseguida identificó el vino. Localizó el origen del líquido: se trataba de un vaso de loza que rodaba por el suelo.

Sonaron risas por todo el pabellón. Desorientado, Kasim se puso en pie y escrutó en la oscuridad, como si alguien lo amenazara.

–Tranquilo, moro –sonó una voz–. Es la costumbre. Una broma para el novato.

Reconoció a Pedro el Pedo en aquellas palabras. No contestó. Desde la expedición al valle de Lecrín había sabido que aquel hombre le daría problemas. Se limitó a recoger sus mantas y salir a la intemperie. Faltaba poco para el amanecer. Extendió las telas para que se secaran y se sentó.

Habían transcurrido varias semanas desde la llegada de los castellanos a la Vega. No había pasado un solo día en el que no hubiera habido una refriega con los granadinos. El real de la Vega ya contaba con su cerca torreada y sus puentes levadizos, que salvaban las aguas del foso. En medio del campamento, junto a las tiendas reales, se había alzado una torre de tres cuerpos. Las seis tiendas del hospital de la Reina ya estaban ocupadas por heridos y el cementerio, al norte, albergaba los cuerpos de cientos de cruzados. En la villa de Santa Fe se había terminado de construir el muro que daba a Granada. Lo habían hecho con bloques de tapial insertados en un encofrado de troncos. La superficie exterior se había enlucido con mortero de cal y se había pintado de blanco, de modo que fuera bien visible.

El real estaba en calma. La primera claridad del alba comenzó a inundar los campos y se oyeron los cantos lejanos de varios gallos. Las acequias, por el cambio de temperatura, comenzaron a humear vapor. Desde el este llegó el eco de una voz melodiosa que recitaba

el llamado a la oración desde el alminar perdido de alguna aldea. Kasim rezó en silencio por aquel muecín osado e inconsciente.

–A ese moro le quedan pocos cantos que dar.

Pedro había salido de la tienda y sorprendió a Kasim sumido en sus pensamientos. El granadino asintió.

–¿No te habrá molestado la broma? No te enfades con nosotros.

–No me enfado con facilidad –contestó. Su acento árabe se había suavizado.

–¡Concejo de Sevilla! ¡A la puerta de Granada! –Un pregonero recorría el camino central del campamento repartiendo las órdenes de aquella mañana.

–¡Caballeros de Calatrava! ¡A la puerta de Granada! –sonó otra voz.

Pedro el Pedo le palmeó el hombro a Kasim.

–Te tocó. Suerte, que Dios te acompañe y mates a muchos moros. –Lo seguía provocando, buscando una reacción que el granadino se esmeraba en contener.

–Dios nos acompañe a todos –respondió Kasim.

Moclín, mayo de 1491

El niño, acompañado por Ibrahim, penetró en el palacete. Dos guardias le franquearon el paso hasta el patio, donde lo esperaba la reina.

–¡Príncipe Hamete! Me alegra veros.

–Vuestra majestad –pronunció el niño mientras hacía una reverencia.

Isabel se puso en pie y se acercó a Ahmed.

–¡Qué barbaridad! ¡Qué alto estás! –le dijo con familiaridad–. ¿Te apetece que demos un paseo por el castillo?

Ahmed accedió, cohibido por la presencia de la reina.

–Vos, Abraham, podéis ver al obispo Talavera. Tiene ganas de hablar con vos.

–Con mucho gusto, alteza –respondió el maestro.

Isabel y Ahmed, escoltados por dos guardias, salieron del edificio y caminaron por la alcazaba. La reina guio al niño hacia el muro norte. Ascendieron la escalera que llevaba al adarve y, desde allí, contemplaron los llanos de la vieja frontera. La reina señaló la fortaleza de Alcalá la Real, bien visible.

–De allí vengo, Hamete. Durante más de dos siglos, aquel castillo fue el límite de Castilla. Hoy estoy aquí. Vuestro reino se ha hecho más pequeño. ¿Comprendes?

–Granada y Castilla están en guerra. Mi padre batalla contra vos –respondió el niño, resuelto. Isabel sonrió.

–Es algo más complejo que eso –suspiró–. Tu padre hoy nos guerrea, pero ayer nos trataba como a parientes. Así es la política. A veces, incluso, hacemos cosas que no queremos por agradar a nuestro pueblo. –El niño la miraba fijamente, sin saber qué decir–. No ha cumplido con su palabra, pero no creas que lo juzgo con dureza, príncipe Hamete. Lo entiendo. Si no se hubiera rebelado contra nosotros, su pueblo se habría rebelado contra él. Por eso lo perdonamos... Sin embargo, aunque lo entendamos y lo perdonemos, no tenemos más remedio que hacer la guerra. Me gustaría mucho que entendieras esto: fuimos amigos y, algún día, volveremos a serlo.

–Lo entiendo. Es como un teatrillo.

–¡Así es! –soltó la reina, emocionada–. Veo que eres un infante muy inteligente. Hacemos como que peleamos, pero todos sabemos que pronto seremos amigos. –Meditó unos segundos–. ¿Te gusta el teatro? –El niño asintió–. A mí me ha gustado siempre, desde niña. A tu edad ya representaba pequeñas obras. Si te parece bien, organizaremos una la semana que viene. Han venido conmigo algunas damas que interpretan muy bien los papeles. ¿Quieres? –Ahmed volvió a asentir, entusiasmado con la idea–. Bien. Te voy a pedir algo a cambio: que me acompañes mañana a misa. Me haría mucha ilusión.

El príncipe de Granada desvió la mirada hacia el interior de la alcazaba. Pensó en su maestro, en lo que diría cuando se enterara, pero no tenía escapatoria. Asintió por tercera vez, e Isabel batió palmas.

–Lo dispondré todo. Ahora bajemos de aquí, que está empezando a darme vértigo. Acompáñame a merendar. Me han mandado unos dulces desde Alcalá que te van a encantar.

–Como guste vuestra majestad –respondió Ahmed en perfecto castellano.

–Qué bien educado está este infante –comentó la reina mientras bajaban la escalera y se encaminaban hacia la residencia del alcaide.

–Maestro Abraham, sentaos conmigo –invitó fray Hernando de Talavera.

Ambos se sentaron en torno a una mesa en la que había dispuesta una jarra de agua.

–Soy enemigo del vino y de los pasteles, como podéis comprobar. –El confesor de la reina abrió los brazos y exhibió su delgadez. A pesar de ostentar la dignidad de obispo, vestía un hábito de fraile.

–En eso también nos parecemos –le dijo el granadino, complacido.

Talavera sonrió ampliamente. No se le había escapado el detalle de ese «también» con el que el moro se refería a otras afinidades.

–¿Os ha gustado el libro que os regalé? ¿Habéis tenido tiempo de hojearlo?

–Dos veces lo he leído, y las dos con provecho. Es un texto maravilloso. ¿Sabéis? Me sorprendió que un libro así viniera de alguien como vos, si me permitís decirlo.

Fray Hernando se rio con ganas.

–Ya, ya. Para vosotros, todos los sacerdotes de Cristo somos demonios intransigentes, ¿no?

–No he querido decir eso, excelencia. Mis disculpas... –se sonrojó.

–Tranquilo, tranquilo. Que me consta que, de ésos, haberlos haylos. Pero no todos somos así. Empecé mi camino en la

universidad. Fui intelectual antes que clérigo. Y sigo siendo amante de los buenos libros... Como vos, por lo que veo.

La simpatía de Ibrahim fue en aumento. Se sentía cómodo ante él.

–Aquí en Moclín tengo algunos libros que os pueden interesar. Están escritos en árabe, pero os los puedo traducir con gusto, si os place leerlos.

–Será un placer. De hecho, amigo Abraham, considero que la cultura debe unir a nuestros pueblos. En los libros es donde podemos encontrarnos.

–Con todo mi respeto, vuestra excelencia, lo veo difícil. Vuestro pueblo y el mío tienen libros diferentes, y no creo que ninguno vaya a aceptar los del otro de buen grado.

–Inteligente observación –concedió Talavera–. Pero estaréis conmigo en que ambos pueblos comparten ciertos elementos culturales, e incluso religiosos. Sé que aceptáis a Abraham, a Moisés, e incluso a Jesús, al que reconocéis como profeta. Y Dios... Sólo hay uno para vosotros y para nosotros, y creo que estamos de acuerdo en que es el mismo. –No habían tardado en entrar en el sembrado pedregoso de la religión.

–¿Me decís que aceptáis nuestra religión como buena y verdadera? –Ibrahim abrió los ojos todo lo que pudo.

El obispo de Ávila apretó la boca y negó. Por allí no pasaría.

–Perdonadme, pero no. Los mahometanos estáis errados en el dogma. No aceptáis la divinidad de Jesucristo ni veneráis a la Virgen María; incluso ignoráis al Espíritu Santo. Y, además, tenéis a vuestro Mahoma, que según vosotros es el único y verdadero evangelista. –No pudo reprimir una mueca de desprecio.

–¿Puedo hablar con confianza y tranquilidad? –solicitó el granadino, y Talavera asintió efusivamente–. Entonces, ¿cómo casáis lo que acabáis de decir con lo que habéis dicho antes? De otra forma os lo digo: ¿qué haréis con mis hermanos mahometanos cuando toméis Granada?

Fray Hernando se recostó y suspiró. Esbozó una sonrisa. Aquellas batallas del intelecto le resultaban sumamente estimulantes.

–No comparto vuestra fe ni la acepto, os seré sincero. Pero os respeto, como a cualquier criatura de Dios. Nuestro deber como cristianos es evangelizar. Hablando claro: intentar sacaros de vuestro error.

Ahora fue Ibrahim el que sonrió.

–Para vosotros estamos errando, pero puede que no sea así. En cualquier caso –retomó la palabra antes de recibir réplica alguna–, si pretendéis convertirnos como a corderos, debo avisaros de algo: los granadinos son obstinados y orgullosos, y se aferran a su fe. No será fácil convertirlos por la fuerza.

–De nuevo os equivocáis conmigo, Abraham. No he hablado de fuerza. He hablado de lo que nos une. Ése debe ser el camino: mostrar y convencer, recurriendo siempre a los elementos que compartimos.

–¿Y qué haréis si alguien se resiste a la conversión?

Talavera se inclinó hacia delante y se encaró a su interlocutor.

–Mirad, maestro, más me vale un converso sincero que mil forzados que recen a Alá encerrados en sus casas. Quien no quiera convertirse, que no se convierta –sentenció–. Nada les pasará.

Ibrahim respiró profundamente antes de soltar:

–Eso no podrán decirlo los judíos de Sevilla ni todos los que son investigados por vuestra Inquisición. –El tono de la conversación se estaba acalorando.

–Erráis. La Inquisición no investiga a judíos, investiga a conversos, a antiguos judíos que dijeron haberse convertido a la fe de Cristo, pero que mentían y seguían con sus ritos. Es algo muy diferente. Los judíos, mientras no armen alborotos, pueden estar tranquilos.

–Vos, como yo, sabéis que los judíos no pueden estar tranquilos en estos reinos. En cualquier caso, ¿un converso que miente merece

la hoguera? –Conforme la conversación avanzaba, Ibrahim se atrevía a ser más incisivo.

–No –respondió Talavera, categórico–. No puedo estar de acuerdo con eso. Mis señores reyes dieron un plazo a los conversos para reconvenirse, para que dejaran sus prácticas judaizantes. Pero persistieron, y por eso acabaron dando alas a la Inquisición. De todos modos, maestro Abraham, pocos han sido los autos de fe. La mayoría de los juzgados son condenados a penas leves. Con esto no quiero defender a la Inquisición. Estoy en contra de sus métodos, y así se lo he manifestado a mi señora, la reina de Castilla. Soy partidario de la reforma, de ganar las almas en lugar de quemarlas, de predicar con ejemplo y caridad.

Terminó de hablar exaltado por su propio discurso. Se abrió un denso silencio que duró poco. Ibrahim lo observaba, valorando sus palabras. Finalmente, le dijo:

–Debo deciros algo, excelencia, y me pongo el corazón en la mano: quiera Dios que no podáis tomar Granada, pero, si algún día la tomáis, y estoy seguro de que lo haréis, espero que vos os pongáis al frente de su Iglesia. –Se llevó la mano al pecho.

El confesor de la reina, emocionado, tragó saliva.

–Bien sabía yo que íbamos a llevarnos bien... –Se enjugó los ojos–. Maestro Abraham, me complacería mucho escuchar vuestra traducción de alguno de esos libros que decís.

–Con mucho gusto, cuando lo dispongáis.

–Sea mañana a esta hora, si os va bien.

Ibrahim asintió. Y así, hermanados por el amor a los libros, el rumí y el moro quedaron citados para deleitarse juntos con el placer de leer.

Real de la Vega, mayo de 1491

Aún no había amanecido cuando el real entero, soliviantado por los gritos, se puso en pie.

–¡A la villa! –gritaba un pregonero.

Los capitanes organizaban a los hombres para que acudieran a la lucha. Una escuadra de caballería granadina había atacado Santa Fe. Los defensores resultaron insuficientes para repelerlos y sufrieron numerosas bajas. Los supervivientes se reunieron en el interior del recinto, protegidos por el foso inundado, pero ni siquiera allí estaban a salvo. Los granadinos iban provistos de arcos y ballestas, con los que los acosaban.

Los caballeros de las órdenes religiosas fueron los primeros en reaccionar. Muchos de ellos dormían con los gambesones puestos. Apoyados por arqueros a pie, consiguieron dispersar a los jinetes moros. Cuando el sol clareó el horizonte, los granadinos, lanzando loas a Dios entre alaridos, se retiraron por los caminos polvorientos de la Vega.

La luz del alba reveló el desastre en toda su magnitud. Los muertos yacían en posturas imposibles, tendidos sobre charcos de su propia sangre. Los heridos gritaban su dolor desesperados, sacudidos por las frías manos de la muerte. Enseguida comenzó el trasiego de parihuelas que los acarreaban para llevarlos al hospital. Varias carretas ayudaron al transporte.

En el hospital de la Reina todo el personal estaba preparado para la marea de hombres que estaba a punto de llegar. Beatriz cargaba cubos de agua de la acequia y los iba colocando estratégicamente por todo el pabellón. Cuatro de las tiendas estaban ya ocupadas por heridos de algaradas anteriores. Las otras dos no tardarían en llenarse.

Llegaron los primeros, y los pabellones se saturaron con el olor de la muerte. Los médicos y auxiliares se repartían el trabajo y valoraban la gravedad de las heridas.

–¡Vivo! ¡Dos! –gritaba uno de ellos cuando recibía las parihuelas.

Habían establecido un sistema de clasificación para racionalizar sus esfuerzos. A los desahuciados los dejaban fuera, alrededor de las grandes tiendas.

Beatriz terminó de distribuir el agua y fue reclamada por uno de los físicos.

–Éste, al potro. Mordaza y sierra –ordenó el hombre.

Dos auxiliares lo transportaron al banco y ajustaron las correas mientras el desgraciado se lamentaba:

–¡No, Dios mío! ¡No me dejéis tullido!

La herida de su pierna derecha no paraba de sangrar. Tenía el muslo abierto hasta el hueso. La joven sevillana actuó con diligencia. Le ató la mordaza y le dio un palo para que lo mordiera.

–Terminará pronto, créeme –le susurró al oído–. Y más vale cojo que muerto.

El cirujano, con presteza, comenzó su trabajo. El herido bramó, ahogando sus gritos en la tela y el palo. Beatriz tuvo que mirar hacia otro lado, pero el ruido del hueso se le incrustó en los oídos. Al tercer golpe de sierra, el hombre cayó inconsciente. Beatriz acudió a la llamada de otro físico. Su corazón latía con ansiedad y sentía el sabor de la sangre en la boca.

Hasta la caída del sol, el hospital de la Reina fue un campo sembrado de lamentos. Los médicos no daban abasto y a cada instante algún desgraciado perdía la vida. Los capellanes recorrían las filas de camillas repartiendo los óleos sagrados y rezando entre susurros.

Kasim se había apostado frente a la entrada del primer pabellón. Beatriz parecía desorientada cuando salió. Esbozó una sonrisa en cuanto lo vio, pero su mirada hablaba de una pena honda. Sus brazos, su vestido, incluso su rostro estaban manchados de la sangre de otros.

–¿Estás bien? –preguntó el granadino.

–Sí. Cansada –respondió. Las manos le temblaban.

Kasim se las cogió y apretó con fuerza para acallar la ansiedad.

–Odio las guerras –soltó ella, incapaz ya de contener las lágrimas.

–Lo sé. Yo también. Pero está en nuestra naturaleza. Nos odiamos, nos invadimos, nos robamos... Por eso siempre habrá guerras.

–Pues malditas sean mil veces, ellas y quienes las buscan. –La joven lloraba.

Kasim la tomó por los hombros y la acercó a su pecho. Sobre él, Beatriz descargó parte de su pena. No les importó la prohibición. Permanecieron abrazados hasta que la claridad del día fue borrada por la noche.

–Gracias –le dijo a su esposo–. Debo marcharme. Tengo que lavarme.

–Eres una buena mujer.

Kasim se quedó de pie frente al hospital hasta que ella se perdió entre las tiendas de la zona occidental. Estaba preocupado por ella.

–¿Ése es tu consuelo? –escuchó tras de sí. Se giró y se encontró con Pedro el Pedo, que le mostró una mueca socarrona–. Todos necesitamos consuelo.

La manera en que pronunciaba la palabra «consuelo» le llamó la atención.

–Reza por ésos de ahí. –Kasim cabeceó hacia el pabellón–. Son los que más consuelo necesitan ahora.

Lentamente, los hombres se fueron marchando para tomar la cena. Las columnas de humo de las hogueras se alzaban hacia el cielo estrellado.

Aquella noche, en el silencio de la tienda, Kasim oyó cómo varios hombres alzaban la voz para pedir consuelo. Después de cada llamada sonaban risas, que se prolongaron hasta que un guardia asomó la cabeza por la abertura y ordenó silencio. El granadino se durmió inquieto. Intuía que se avecinaban problemas.

* * *

Aquella noche el rey Fernando subió a la torre que se alzaba en medio del real. Lo hizo acompañado por el duque de Cádiz, uno de sus más fieles nobles. Ambos observaron el entorno. La luna estaba casi llena y su luz blanquecina encendía los campos. Los muros y las torres de la Alhambra se intuían sobre la colina de la Sabika.

–Allí estará el rey Chico celebrando su victoria –comentó el rey.

–Dale tiempo, majestad; lo que hoy es fiesta mañana será llanto.

–Están cayendo demasiados de los nuestros. Santa Fe progresa, pero ¿a qué precio? Los peones van con miedo a trabajar.

–Vuestra majestad, es una guerra. Siempre hay muertes.

El rey lo miró a los ojos. Le había comenzado a doler la cabeza.

–Cada mañana los capitanes informan sobre deserciones. No hay buena moral.

–Cierto es que los granadinos saben cómo sacarle jugo a lo poco que tienen. –El duque apretó los puños.

–Su caballería es rápida, y aprovechan la noche para sufrir menos daños... Responderemos con toda nuestra fuerza. Les lloverán truenos de acero. –El rey puso los dedos en cruz y los besó–. Debo ir a hablar con la reina. Tiene que estar informada sobre todo esto, y por mi boca. Los ecos de estos padecimientos le llegan endulzados por sus secretarios. –Volvió a dirigir la vista hacia Granada–. Malditos sean el rey Chico y todos sus mahometanos.

Fernando se arrebujó en su manto y se encaminó hacia la trampilla.

–Vuestra majestad –llamó su atención el duque–, ¿habrá juego esta noche?

–¡En mi tienda! –gritó el rey, que ya acometía el primer tramo de escaleras.

Granada, junio de 1491

–No quiero ir –dijo Moraima, negando con la cabeza.

–No temas. Nada te puede hacer.

–Te equivocas. Tiene más poder que su hijo. Ella lo controla todo. –Se volvió hacia la sudanesa–. ¿Y si lo sabe? En la Alhambra las paredes tienen oídos. Fátima tiene agentes en cada rincón.

Nawar abrió los brazos y abarcó con ellos el patio del harén.

–Aquí no hay nadie salvo tú y yo. ¿Quién iba a saber lo que pasa dentro de estos muros?

–Ay, Nawar, no sé. Tengo tanto miedo...

–Mi joven ama. –Acarició sus manos y luego se las llevó a la boca para besarlas–. Debes ir, pero ve tranquila.

Moraima suspiró y se puso en pie.

–Sí. Es la hora. Preferiría diez latigazos que tener delante a la madre del Zogoibi.

La esclava rio. Moraima la besó y se despidió. Salió del harén, descendió al patio del Riyad y se adentró en la sala del Vino, donde Fátima la esperaba.

–Madre –la llamó, cortés.

Los ojos de Fátima la fulminaron.

–Deberías cubrirte el rostro. Recato –la aleccionó.

–Estoy en mi casa.

La madre del emir alzó la barbilla.

–En esta casa no hay espacios privados. Cuando salgas del harén, lleva el velo. –Sin borrar el rictus de disgusto, señaló un banco en el que la animó a sentarse.

–¿Qué quiere de mí mi madre?

–Sabrás que estamos en guerra. –Moraima sonrió ante la obviedad–. Tal vez encerrada en el harén con esa esclava tuya no tengas noticias de lo que está pasando... Hace varias noches asaltamos la ciudad que los infieles están construyendo. Matamos a muchos, pero ahora la ira de los rumíes nos viene multiplicada por tres. Sus cuadrillas lo arrasan todo. Han encharcado la Vega de sangre... Y Boabdil sufre –soltó al fin–. Nos necesita a su lado.

–Él me mantiene en el harén. Es su voluntad.

–Lo conoces. Es orgulloso, pero también es como un niño. Ve con él. Tu cercanía puede aliviarlo. –Su tono era autoritario.

–Cuando me llame –respondió Moraima con firmeza.

–Te lo estoy ordenando yo, que soy su madre. –Fátima se puso en pie.

–Para mí no eres nadie. Te empeñas en controlarnos a todos, pero ya estoy cansada. –Se levantó también.

La madre del emir dio dos pasos hasta ponerse a su lado y le propinó un sonoro bofetón que coloreó su mejilla izquierda.

–¡Insolente! –le gritó.

Un guardia se asomó, pero se mantuvo al margen.

Moraima se lamió la comisura del labio, que le sangraba. Se esforzó por mantener la compostura. Agachó la cabeza y respondió con la voz quebrada por el dolor:

–Cuando mi esposo me llame, acudiré.

Fátima la agarró por los hombros y la zarandeó.

–¡Vete! ¡Vete al harén y no salgas de allí! –Moraima se zafó y salió de la sala. Lloraba, intimidada por la violencia de la mujer–. ¡En Loja teníamos que haberte dejado! ¡No eres digna del emir de Granada! –Escupió al suelo.

La joven agraviada aceleró el paso y buscó las escaleras que llevaban a sus estancias. Nawar la esperaba a la entrada y la abrazó con fuerza.

–Te lo dije. No quería ir.

–Ya pasó –le susurró Nawar.

«Sabía lo que pasaría, vida mía, pero tenía que dejarte ir. Algunos destinos son inevitables», pensó mientras la arrullaba.

Moclín, junio de 1491

–Hace poco estábamos ahí enfrente –comentó Fernando, evocador.

El rey había viajado a Moclín para visitar a Isabel e informarla sobre la marcha del asedio. La villa se había engalanado para recibirlo. Los reyes habían asistido juntos a una misa solemne, y se habían organizado teatrillos para animar al pueblo. Ahmed, el

infantico, había asistido emocionado. Con la caída del sol terminaron los festejos, y los esposos se encontraron a solas en el palacete del alcaide.

–Y aquí estamos ahora, dentro del Escudo de Granada –contestó Isabel–. Lo mismo pasará con la capital.

–Mucho queda para eso, esposa. Somos superiores, pero nos dañan a diario.

Así comenzó el rey su relato sobre el mal vivir, las escaramuzas, la alerta constante, las muertes, pero, sobre todo, las deserciones.

–Me preocupa que cunda el ejemplo. Ahorcamos hombres a diario y, aun así, sigue habiendo casos. Vivimos con miedo, y el miedo cala en el alma de los hombres. –Fernando paseó la mirada por el patio interior del palacete–. Poco regio –comentó.

Isabel se puso en pie y paseó meditabunda alrededor de la alberca.

–Comparado con las viviendas de esta villa, es un palacio digno de un emperador. –Continuó su paseo, aparentemente distraída con las macetas y yeserías. De pronto se detuvo y miró a los ojos al rey–. Mi sangre es la sangre de los viejos godos, que forjaron estos reinos con sangre y coraje. En esta tierra nada se construye sin dolor, igual que ninguna mujer pare sin sufrir. Recuerdo el asedio de Moclín, sí. Recuerdo los vítores cuando vine, cómo los hombres se esforzaron y trabajaron con más ahínco. La presencia de su reina los animó y les subió la moral.

–No es lo mismo, Isabel –se anticipó Fernando, temiendo sus intenciones–. Aquí los moros no llegaban a mil. Granada es otra cosa.

–A mayores empresas, mayores riesgos. Los mejores líderes siempre van a la guerra con sus hombres. ¿Acaso no lo hacía Juana de Arco? –citó a su heroína, el ejemplo al que miraba con veneración.

–Espero no tener que verte calzada con aceros.

–¡No seas tonto, Fernando mío! –rio y relajó la conversación–. Para eso ya estás tú. Pero me necesitan cerca. Lo sabes tú igual que yo.

–Deberías aguardar aquí. No es seguro –intentó convencerla, aunque era consciente de que ya había tomado una decisión.

–Fernando, no exageres. Tenemos en el real a cerca de cien mil hombres armados. No llegarían a nuestras tiendas ni con todas sus fuerzas unidas. Debo ir, e iré. Mañana mismo nos vamos los dos a la Vega.

–Sea como quieras –contestó el rey, maldiciendo para sus adentros el momento en que decidió ir a verla.

* * *

Fray Hernando de Talavera movió la reina y amenazó con ella a un alfil blanco.

–A ése no lo puedo salvar –comentó Ibrahim sin apartar la vista del tablero–. Todavía no me hago a vuestras reglas. Esa figura me vuelve loco.

–Si queréis, la próxima la jugamos a vuestro estilo –propuso el confesor de la reina con suficiencia.

–No importa. Debo acostumbrarme. Este estilo será el que prevalecerá.

El granadino movió un peón para proteger a su rey. Talavera se comió el alfil.

–Siguen hablando. –Los reyes estaban reunidos en el palacio del alcaide–. Pronto acompañaré a la reina a la Vega. La conozco. No hay mujer con su determinación. Voy a echaros de menos, Ibrahim. Nuestras charlas, nuestro ajedrez...

–Yo también, don Hernando. Poco estímulo encuentro en esta fortaleza. –Observó detenidamente la partida–. Pero nos volveremos a ver, cuando acabe todo.

–Acabará, sin duda –confirmó el obispo–. Y espero que sea de la manera menos dolorosa para ambas partes. Ruego a Dios para que

así sea.

Ibrahim alzó la mirada del tablero y buscó los ojos de su reciente amigo.

–Granada es como el ejército que manejo. Todas las piezas juegan, muchas caen aplastadas por sus enemigos, pero hay una que siempre sobrevive, a la que no le pasa nada, aunque su tropa muera aniquilada.

–Boabdil –dijo fray Hernando asintiendo.

–Al Zogoibi. –El pequeño desgraciado pronunció en árabe «Ibrahim»; luego tumbó su rey, dándose por derrotado–. Sólo os pido una cosa. He tenido poco tiempo para trataros, pero sé que sois bueno. –Talavera mostró una sonrisa de agradecimiento–. Sois un hombre cercano a la reina y sé que estaréis algún día al frente de la Iglesia en Granada. –El obispo hizo amago de discutir, pero Ibrahim lo detuvo alzando la mano–. Cuando lo estéis, respetad a mi pueblo. Si vuestra misión es convertir, hacedlo sin obligar.

–El agua del bautismo no moja el corazón de los hombres –sentenció el castellano–. Ya os lo dije: quiero verdaderos cristianos, no mahometanos pasados por la pila. Tenéis mi palabra. Si algún día se cumple vuestra profecía, dad por hecho que no obligaré a nadie.

Los dos se pusieron en pie y se abrazaron como buenos amigos. Luego se despidieron. Fray Hernando comenzó a preparar sus pertenencias, seguro de su marcha al real de la Vega.

Real de la Vega, junio de 1491

Beatriz salió del pabellón con un canasto de sábanas sucias. En cuanto vio a Kasim, su rostro se iluminó y caminó hacia él.

–Esposo mío, me alegra verte por aquí.

–Hoy no salgo. Tengo el día libre.

Permanecía sentado sobre una gran piedra, junto al puesto de un aguador. Beatriz se sentó a su lado. Doña Juana de Mendoza, la dama que estaba al frente del hospital, pasó junto a ellos camino del tercer pabellón.

–Buenas tardes nos dé Dios –saludó, y los esposos respondieron con cortesía–. Bea, hija mía, no te alargues. –Cómplice, le lanzó un guiño.

–Esta dama es un pedazo de pan. Muy beata, eso sí, pero buena como ella sola –le dijo Beatriz a Kasim mientras observaban cómo se alejaba–. Si yo te contara... –bajó la voz–. A una amante del rey le arregló la vida. Amiga mía era, y le hizo justicia.

–Hizo lo que debía. Un hombre debe hacerse cargo de sus mujeres.

Beatriz le lanzó un codazo.

–¡Chiquillo! Hablas como si fueras el sultán de Granada con un harén de cien mujeres. Ya sé yo que vosotros tenéis unas cuantas yeguas por cada caballo.

Kasim rio con ganas y negó con la cabeza.

–La mayoría de los granadinos sólo tienen una.

–Ya, ya. Eso dices ahora, que te has hecho cristiano y te has casado. A ver, ¿cuántas mujeres has tenido?

Kasim se puso serio.

–Esposa legal, sólo una: mi prima Amina. Antes, ninguna. Después, alguna...

–Uy, que esto se pone interesante. Cuéntame, esposo.

–Tuve una esclava en Andarax, en la Alpujarra. Se llamaba Falak, y la puso en mi casa el emir al-Zagal. Fue buena conmigo, y yo la traté bien. Dios la haya cuidado desde que me fui –deseó en voz alta.

–La recuerdas con cariño –había un rastro de celos en su voz–. ¿La amabas?

–La apreciaba. La quería como se puede querer a una hermana. –Miró a Beatriz a los ojos–. Ahora no puedo amar de otra manera.

–Lo sé, lo sé –cambió la voz, simulando la de él–: Niña, no me pidas más.

Luego rio para restarle seriedad. Sin embargo, en su pecho había una pequeña herida que comenzó a palpitar con fuerza.

Kasim se percató de su cambio de actitud.

–¿Podrías escaparte esta noche? –le propuso–. Junto al foso, detrás del hospital.

–Después de que se cierre la noche –respondió ella. Cogió el canasto y se alejó en dirección al lavadero de la acequia madre.

Esa noche, cuando se apagaron los hachones, ambos eludieron las rondas para verse en el lugar acordado. Amparados por las sombras, se tomaron con ansia.

–No puedo esperar más de ti –le dijo Beatriz cuando terminaron, con la voz entrecortada por el deseo–, pero ¿qué pasa si me enamoro?

Kasim la besó con ternura.

–Eres un ángel. No te enamores.

Se despidieron. De vuelta en su tienda, Kasim se encontró con Pedro el Pedo. El hombre parecía estar esperándolo a la entrada.

–Ay, granadino –le dijo en voz queda–. ¿Buscando consuelo? Tranquilo, que no te denunciaré a los alcaides. Queda entre nosotros. –Kasim atravesó el umbral–. No me vendría mal ese consuelo...

El granadino no se detuvo. Siguió su camino hasta llegar a su jergón. «Consuelo», repitió mentalmente. Aquella palabra parecía esconder algún tipo de clave que él no comprendía. El recuerdo insistente de aquel hombre pendenciero no lo dejó dormir tranquilo.

Granada, junio de 1491

–Tal vez una leva –sugirió Muza.

Boabdil había reunido al Mexuar en el mirador de su munia del Generalife. Se acercaba el verano y el calor ya se hacía notar.

–Eso sólo nos daría peones –contestó Muhammad al-Qabih, un qaid de reconocido prestigio–. Para tener a un jinete bien adiestrado hacen falta meses.

Todos asintieron, incluido el propio visir de la Espada.

–Si no podemos tener más –dijo Muza–, debemos administrar mejor lo que tenemos, organizar mejor las salidas. Hablaré con Ibn Atar.

–¿Cuántos jinetes hemos perdido? –preguntó Boabdil–. ¿Cuánto podremos aguantar?

Todos se dirigieron miradas furtivas.

–Hemos perdido una cuarta parte de la caballería, mawlana –respondió Muza–. Pero ellos también han sufrido importantes pérdidas. Sólo el Compasivo sabe lo que podemos resistir.

–Estás en lo cierto –intervino el visir de la Pluma, al-Muleh–. Sin embargo, ellos se lo pueden permitir.

–Picó el tábano –susurró con enojo el gran visir Ibn Kumasa.

Boabdil ensombreció la mirada. Observó su ciudad. El curso del Darro, los minaretes de las mezquitas, las fachadas encaladas y los tejados rojizos. Había tanta vida allí... Podía sentir el peso de todas aquellas almas. Se dirigió a sus consejeros:

–Seguiremos haciendo salidas. Los seguiremos dañando en lo que podamos, pero asumiendo menos riesgos. Pediremos voluntarios y empezaremos a adiestrarlos inmediatamente –meditó unos segundos–. También hay que alimentar. –Al-Muleh asintió, satisfecho–. Muza, manda dos destacamentos más al camino que viene de la Alpujarra. El pueblo ya pasa hambre, que no dejen de venir las recuas. –Los miró a todos uno por uno–. Sólo Dios es vencedor.

Con el lema de su dinastía, Boabdil dio por terminada la reunión. Los hombres saludaron con respeto y se fueron retirando para tomar el camino que llevaba a la Sabika. Sin embargo, el visir al-Muleh se quedó regazado junto al emir.

–Haces que este viejo se sienta orgulloso –le dijo cuando estuvieron solos–. Ya no eres el niño al que instruí. Ahora eres un hombre sabio que sabe tomar decisiones.

–No es fácil gobernar Garnata, pero intento hacerlo lo mejor que puedo –contestó Boabdil con humildad.

Al-Muleh sonrió y asintió.

–¿Cuándo piensas negociar? El pueblo ya sufre, y la cosa irá a peor.

–No lo sé, maestro. Tal vez deban ser los rumíes los que den el primer paso. La guerra les cuesta mucho oro.

–Mawlana, vienen preparados para resistir al invierno. No cederán.

Boabdil suspiró y comenzó a pasear hacia el tramo de acequia que presidía el patio. El rumor del agua le daba sosiego.

–Mi Mexuar está dividido.

–No hagas caso de Muza ni de Ibn Kumasa. –Al-Muleh lo siguió en su paseo–. Uno es un suicida, el otro quiere hacer una apuesta demasiado arriesgada.

Por el pórtico del palacio asomó la figura voluptuosa de Diala, la esclava favorita del emir. Discretamente, dio un breve paseo por la galería y volvió al interior. Los dos hombres la siguieron con la mirada.

–Creo que te reclaman ahí dentro –comentó al-Muleh–. La paz sea contigo.

–Hablaremos en otro momento, maestro. La paz sea contigo.

Al-Muleh observó cómo se perdía camino de las estancias privadas de su palacio. Los guardias de la entrada le franquearon el paso y luego se susurraron al oído, sofocando una risa espontánea.

«Emir, pero hombre. Con tus virtudes, con tus debilidades», pensó el visir. «Te acercas al fuego, asumes riesgos, y me acuerdo de tu padre y de tu tío. Espero que no te acabes quemando, que no acabes quemando a Garnata entera».

Real de la Vega, junio de 1491

–Vuestra majestad, los soldados han pedido que se llame Isabela, en vuestro honor –le dijo Hernando de Zafra a la reina.

Isabel llevaba más de una semana instalada en el real, junto con los infantes y las principales damas de su corte. Como ella había previsto, la moral de la tropa aumentó considerablemente. Los guerreros competían entre sí por agradarla en los torneos, no faltaban voluntarios para las partidas de saqueo y el número de desertores se había visto reducido. Las bajas se siguieron produciendo, pero la reina en persona presidía cada funeral. «Mártires de la cruzada», solía decir con solemnidad cuando terminaban las misas en honor de los caídos.

–No merezco tal honor, don Hernando –respondió ella–. Santa Fe es el nombre más adecuado para esta villa. Nuestra fe es la que nos entregará la granada abierta. Di a los hombres que se lo agradezco, y que mantengan su fe en Cristo, que pronto terminarán los padecimientos. Someteremos a la secta mahometana y cortaremos el paso al turco. –A Isabel la seguía obsesionando la amenaza turca. Los otomanos hacían incursiones en el Mediterráneo cristiano y en sus saqueos utilizaban toda la violencia de la que eran capaces.

Sobre su yegua blanca, la reina paseó por las incipientes calles de la villa mientras los peones se afanaban en sus labores. Ya había un buen número de viviendas y barracones levantados, obras en tapial con coberturas de buena teja. Las murallas seguían avanzando a buen ritmo. La madera abundaba en el entorno y, a diario, partidas de leñadores se desplazaban hasta el soto de Roma para conseguir más suministros. También se había empezado a trabajar en los baluartes que protegerían las entradas. En las diferentes secciones, las órdenes militares y los principales concejos andaluces habían colocado carteles que identificaban lo que cada cual estaba construyendo.

Llegaron al espacio que delimitaba la plaza de armas, en el centro de la villa. En un lateral se estaban alzando los muros de la iglesia y, a su lado, se cimentaba la que sería la casa real. Isabel lo observaba todo complacida. Los arquitectos revoloteaban nerviosos a su alrededor. La reina y su secretario continuaron la marcha hacia la esquina nororiental, donde se alzaban ya dos cuerpos de la torre de Santiago, la más alta del conjunto. Ayudada por dos pajes, la

soberana desmontó. Zafra y ella ascendieron por las escaleras y se asomaron por encima de las murallas. La vista abarcaba toda la Vega. Sierra Elvira al norte, las sierras de Alfacar y Huétor al noreste. Granada a levante. El día era claro y se distinguían sus contornos. El corazón de la reina se aceleró.

–Quiero verla desde más cerca.

–Majestad, sería peligroso... –La reina volvió el rostro hacia él y no fueron necesarias más palabras–. Lo dispondré –dijo sin más Hernando de Zafra, asumiendo el encargo. Enseguida comenzó a pensar en cómo se podría hacer.

Isabel le pidió que la dejara sola allí arriba. Contempló la tierra fértil, partida en mil pedazos. Las acequias se adivinaban por todas partes, alimentando el vergel. Aspiró su olor y lloró emocionada.

–Gracias, Dios padre. Gracias, Cristo bendito, por permitirme vivir para ver esto.

* * *

El ejército dio un rodeo para salvar los caminos más transitados. La reina viajaba a caballo, al igual que sus damas. El duque de Cádiz encabezaba la comitiva con sus más de mil doscientos lanceros. Junto a él marchaban el conde de Tendilla, el conde de Cabra, don Alonso de Aguilar y don Alonso de Montemayor, cada cual con sus respectivos hombres.

Isabel viajaba animada. El día había amanecido nublado, lo cual era de agradecer a aquellas alturas del año. Granada era una tierra de fuertes contrastes. Los inviernos, gélidos, daban paso a veranos extremadamente calurosos. Las damas de la corte iban cantando coplillas. Los hombres las miraban con deseo, y las más jóvenes se susurraban entre risitas.

Antes del mediodía, la comitiva llegó a las primeras laderas de la Sierra Nevada. El objetivo era llegar hasta la aldea de La Zubia, desde donde la reina podría disfrutar de una vista panorámica de la ciudad. Antes de que se acercaran al lugar, Kasim, que ejercía de explorador, se dirigió a uno de los capitanes.

–Poco más adelante hay una munia. Una casa grande de campo –corrigió al instante–. Está deshabitada y da buena vista a Granada.

–Bien, moro –lo felicitó el capitán.

El duque de Cádiz decidió aposentar a la reina y sus damas en aquel caserón aislado. No tardaron en llegar. Isabel desmontó y paseó por los descuidados jardines. A la entrada, en un patio con emparrado, había un raquítico laurel cuyas hojas habían comenzado a caer al suelo. Varios hombres aseguraron la construcción. La mujer recorrió las estancias en soledad, evocando cómo sería la vida en aquel lugar. Había un salón principal con un entarimado. Un zócalo de azulejos vestía la mitad del muro. Por encima de él había pinturas bermejas que representaban formas vegetales. Las puertas de toda la vivienda tenían arcos enlucidos con yeserías. «Cuán sencillo y cuán hermoso», se dijo Isabel. Luego ascendió al segundo piso por una escalera que tenía los peldaños desnivelados. La planta superior era más humilde. Las paredes estaban encaladas, pero no tenían ningún adorno. El suelo estaba hecho de tablas que crujían a cada paso. En una de las habitaciones encontró una ventana que mostraba la vista que pretendía obtener. Al norte se distinguía la colina que albergaba la Alhambra. Sobre una arboleda se destacaban las imponentes murallas y torres. Abajo, en la parte llana, la medina parecía derramarse desde las colinas, pintando el paisaje de blanco y teja. Los minaretes de las mezquitas sobresalían por encima de las azoteas. Si se esforzaba, Isabel podía distinguir el eco lejano de las voces de los muecines. «Hermosa ciudad. Pronto serán campanas lo que corone esas torres», pensó la reina. Asomó la cabeza y vio a sus damas jugando en el patio.

–¡Vamos, niñas, subid aquí y veréis todo!

Entre risas, las mujeres obedecieron.

–Vuestra majestad –la llamó desde abajo el duque de Cádiz–, repartiré a los hombres por los alrededores para evitar emboscadas. Cuando dispongáis, retornamos.

–Hacéis bien vuestro trabajo, duque. Que se eviten las escaramuzas. No quiero batalla hoy.

La reina disfrutó del paisaje durante más de una hora. Señalaba diferentes puntos de la ciudad y comentaba lo que veía con alguna dama. «Mi señora, allí, bajo aquella torre, podréis organizar torneos y teatros», comentó una de las más jóvenes. Todas estaban de buen humor.

El ruido comenzó a llegar como un rumor, pero enseguida los capitanes alertaron a sus hombres. «¡Silencio!». La orden corrió hasta que la tropa calló.

–Tambores moros –dijo un lancero. El sonido fue haciéndose más fuerte.

–¡Armados y preparados!

–¡Formaciones!

Los comandantes organizaron a sus respectivos hombres. En torno a la casa se armó un revuelo de metales, caballos y hombres que corrían para unirse a sus unidades. Las damas, espantadas, comenzaron a gritar. Isabel trataba de calmarlas. A pesar de su apariencia de serenidad, el corazón de la reina latía acelerado.

–¡Señoras, aguardad aquí sin moveros! –El duque de Cádiz se dirigió a ellas.

Don Rodrigo Ponce de León era un general experimentado. Dejó una escuadra de caballeros y espingarderos en la casa, y trasladó al resto ladera abajo para alejar a la reina de la zona de combate.

Kasim iba armado con una ballesta. Junto a otros ballesteros montados, fue colocado en el flanco derecho, bajo las órdenes del conde de Tendilla. En esa misma ala servía Gonzalo Fernández de Córdoba, el alcaide de Íllora.

Los atabales seguían sonando. Los moros atravesaban una arboleda y el sonido de los tambores se multiplicó, provocando un efecto aterrador. Pronto los mahometanos se hicieron visibles. Los cerca de dos mil guerreros se plantaron frente a los castellanos. Los cristianos los superaban en número, pero aquello no garantizaba la victoria. El duque retuvo a los suyos. Estaban en una posición más

elevada y quería cumplir con la orden de la reina. Debía evitar los enfrentamientos.

Pasados unos instantes de incertidumbre, los moros adelantaron dos piezas menores de artillería y dispararon. Las balas se estrellaron contra el suelo a varios pasos de los primeros castellanos. No disponían de buenos artilleros.

–¡Aguantad! –ordenó don Rodrigo Ponce de León, que comenzaba a ser consciente de que no podría evitar la batalla.

Sin esperar a que las cañas se enfriaran, los granadinos dispararon de nuevo. Habían corregido el tiro y los proyectiles acertaron en las primeras líneas. Cayeron cinco hombres. Los moros gritaron y sus capitanes ordenaron cargar.

–*Allahu Akbar!*

Entre gritos y arengas, los mahometanos corrieron hacia sus enemigos. Don Rodrigo reaccionó y ordenó a los espingarderos disparar. Las explosiones provocaron un estruendo, al que siguió una nube de humo. Decenas de moros sembraron la ladera con sus cuerpos acribillados. Sin embargo, la carga no se detuvo. El duque de Cádiz decidió responder lanzando a los suyos cuesta abajo. Las alas de la tropa castellana siguieron al duque y arremetieron contra los flancos moros. La batalla se generalizó en una larga línea de sangre y carne lacerada. La lucha pareció igualada en los primeros momentos, pero no tardó en desequilibrarse. Las banderas nazaríes, de vivos colores, comenzaron a cubrir la tierra. Pronto se produjo la primera espantada. Un grupo de lanceros granadinos se retiró del combate. Sus compañeros, que a duras penas contenían la furia castellana, los siguieron en la huida. Los rumíes bramaron su victoria y corrieron tras ellos.

La huida fue desordenada. Los derrotados se partieron en cinco grupos de forma espontánea. El duque de Cádiz lanzó tras ellos sendos escuadrones, pero reservó una nutrida retaguardia para no dejar desprotegida a la reina.

Kasim y el resto de ballesteros montados persiguieron al grupo más numeroso, que se alejó en dirección noreste buscando la

seguridad de las sierras.

–¡Que no llegue ni un moro vivo a las murallas! –gritó uno de los jinetes.

Kasim se sentía observado. Todos conocían su origen y desconfiaban de él. Lo veían asistir a las misas de los capellanes, pero murmuraban a sus espaldas y evaluaban cada gesto que hacía. Sin embargo, demostró su fidelidad a su nuevo pueblo abatiendo mahometanos como cualquier otro ballestero.

–¡Dejad a los que caigan para los peones! ¡Seguid derribando! –ordenó a voces el capitán de la unidad.

La huida se prolongó durante más de media hora, hasta que los supervivientes alcanzaron el Genil. Allí detuvieron su carrera los rumíes.

Otros grupos de cristianos alcanzaron la ribera del río. Se reunieron junto al puente y comenzaron la retirada juntos. Kasim hizo recuento. Había acabado con seis hombres. Sus vidas pesarían sobre su conciencia mientras viviera.

* * *

–¡Majestad! ¡Majestad! –El duque de Cádiz llamó a la reina desde el patio. Isabel, agitada por el miedo, se asomó al instante–. Los hemos desbaratado. Con la ayuda de Dios y la buena ventura de mi señora reina, hemos alcanzado la victoria.

Desde la ventana del piso superior, Isabel contempló al duque montado en su caballo. A su lado, Gonzalo Fernández de Córdoba, su querido capitán, la observaba con mirada serena. Llevaba alzada la visera de la celada. La reina le dedicó una leve sonrisa, apenas percibida.

–No os confundáis, don Rodrigo, que mi buena ventura no es otra que teneros a vos para defenderme. A Dios doy gracias.

Todo se dispuso de inmediato para marchar. Los hombres recorrieron el escenario de la batalla para recoger a sus muertos y heridos. Los cautivos fueron atados entre sí, y las armas y los

pertrechos tomados del enemigo fueron cargados a lomos de los caballos capturados.

–Bien peleado, don Gonzalo –le dijo el duque al alcaide de Íllora.

El apuesto capitán, sin apartar la mirada de la ladera, respondió:

–Queda pelea, señor duque. Con vuestro permiso, conseguiré algunos muertos más.

Rodrigo Ponce de León sonrió y asintió.

–Ya os conozco, alcaide, e imagino lo que tramáis. Tomad a vuestros hombres. Libre sois de rematar la batalla.

El ejército comenzó la marcha al atardecer. Kasim se detuvo sobre la cuesta en la que se había librado la batalla y contempló los cuerpos de los granadinos, amontonados en algunos puntos, desperdigados en otros.

«Mañana vendrán a por ellos, y las lágrimas limpiarán la sangre. Siempre ha sido así para mi pueblo. Hoy sangre, mañana lágrimas».

* * *

Los guardias formaron un pasillo en torno al camino que llevaba al primer pabellón del hospital. La reina, acompañada por doña Juana de Mendoza, atravesó el umbral y se adentró en el recinto. Lo habían ventilado, pero el aire seguía enrarecido. Los físicos presentaron sus respetos a Isabel y ésta les agradeció su labor con cortesía. Doña Juana la guio por el espacio, recorriendo las diferentes áreas.

–Aquí remiendan –señaló hacia los bancos con correas–, allá se reponen –movió el brazo hacia las camillas.

La reina y su dama pasearon por los estrechos pasillos, recibiendo las bendiciones de los cruzados.

–Rezo a Nuestro Señor por vuestra pronta recuperación –iba diciendo Isabel.

–Vengadnos, señora –le suplicó un joven al que habían amputado las dos piernas.

Isabel tuvo que reprimir la emoción en su garganta.

–¿Cómo os llamáis?

–Rodrigo, majestad.

–Rodrigo, algún día estaréis en el cielo, donde volveréis a tener piernas, y allí pasaréis la eternidad disfrutando de la bondad de Dios. Os lo habéis ganado... –pronunció muy emocionada. «Os vengaré con creces», se dijo, pero calló su voto.

Cerca de la abertura trasera, en la zona mejor ventilada, los auxiliares se habían alineado para recibirlas. Doña Juana los presentó a todos, pero prestó especial atención a la joven Beatriz.

–Majestad, esta joven ya ha servido en el hospital en otras campañas. Es servicial y vale para este cometido. No le tiemblan las manos.

Isabel la miró con detenimiento. Beatriz agachó la cabeza con respeto.

–Ya podéis alzar la cabeza –le dijo la reina–. Mujeres como vos necesita Castilla, decididas, firmes, valientes. Seguid dando ejemplo, muchacha.

La joven conversa sintió que su corazón se aceleraba.

Para terminar la visita, la reina y su dama se acercaron a las camillas de los principales. Los reyes habían dispuesto que los heridos nobles no fueran atendidos en sus propias tiendas, sino allí, en el hospital, como el resto de la tropa. El lugar que les habían destinado gozaba de ciertas comodidades y se les permitía ser asistidos por sus propios sirvientes. Isabel los saludó, pero enseguida se dirigió hacia una de las camillas. Su pecho se agitó con ansiedad.

–Alcaide, me complace ver que vuestra herida está bien tratada.

Don Gonzalo Fernández de Córdoba sonrió.

–Vuestra majestad, pronto podré serviros de nuevo. Bien sabéis que habría entregado la vida gustoso al servicio de mi señora, pero Dios no ha dispuesto mi marcha todavía. –La miraba con intensidad. Sus ojos decían más que sus palabras.

Isabel apretó con fuerza el misal que llevaba en las manos.

–Espero que Dios os mantenga a nuestro servicio durante muchos más años.

Se despidió de él y salió del hospital. Aquél era el verdadero motivo de su visita. Quería comprobar el estado de salud de su querido capitán. Después de la batalla de La Zubia, don Gonzalo Fernández de Córdoba había ideado un plan para asaltar a los moros que fueran a recoger a sus muertos al paraje de la batalla. Sin embargo, él y sus hombres fueron descubiertos por un escucha granadino. Al caer la noche, los moros acudieron al lugar con una tropa lo suficientemente fuerte como para desbaratarlos. Los rodearon y cayeron por sorpresa sobre ellos. Murieron más de la mitad de los emboscados. Don Gonzalo huyó a caballo hasta una acequia, donde aguardó para reunirse con los que habían logrado escapar. Peleó al frente de sus hombres para frenar a los moros y asegurar la retirada. Recibió una lanzada en el hombro izquierdo, pero, con la ayuda de un caballero de Baeza, logró escapar de la muerte.

Isabel regresó a la zona noble del real. Caminaba nerviosa, presionándose el vientre con el misal. Entró en una tienda principal. En el interior encontró a fray Hernando de Talavera rezando en su reclinatorio.

–Vuestra excelencia, confesión –solicitó sin preámbulos.

El confesor abandonó sus rezos de inmediato y se sentó en una silla forrada de terciopelo. La reina se arrodilló a su lado, en el reclinatorio.

–He pecado de pensamiento –soltó Isabel. Hablaba atropellando las palabras, con urgencia, como si le quemaran en el pecho–. Deseos impuros, sentimientos prohibidos. Excelencia, estoy condenada.

El obispo suspiró.

–Don Gonzalo, ¿verdad?

–Sí –contestó ella con la voz quebrada por el llanto–. Por todos los cielos, ¿tanto se me nota? –La ansiedad crecía.

–No se os nota. Yo lo sé por vuestras confesiones. –Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos–. Tranquilizaos. Vamos a analizarlo con calma. Sentís amor en vuestro corazón.

–Creo que sí... –dijo con un hilo de voz. Apenas podía respirar.

–Lo conocéis desde niña. Habéis sido buenos amigos. Es fácil confundir sentimientos –le ofreció un camino de alivio.

–No. –Dos pesadas lágrimas escaparon de sus ojos.

–Sois reina, pero también mujer. Una cosa es vuestro deber y otra es vuestro sentir. Debíais uniros a un hombre, pero creéis que amáis a otro –resumió.

–Yo elegí al hombre con el que me uní, y me costó una guerra. –Isabel recuperó firmeza en la voz–. Ese hombre me engaña, lo sabe todo el reino. Pero eso no me hace mejor que él.

–¿Habéis pecado de la carne?

–¡Jamás! –exclamó, espantada.

–Entonces sois mejor que él. Sentís, pero os contenéis y asumís vuestro deber. Él, en cambio, da rienda suelta a sus impulsos. –Isabel se mantuvo callada–. Rezad y acallad esos pensamientos. No son buenos y os pueden apartar del buen camino. Pero no os torturéis. Si no echáis leña a la hoguera, se acabará apagando. Os conozco, tenéis la firmeza necesaria. Retiraos a vuestra tienda y rezad tres rosarios. Ayunad hoy y mañana. La limpieza del cuerpo os aclarará la mente.

En un gesto espontáneo, Isabel agarró la mano izquierda de Talavera y la besó.

–Gracias, excelencia. ¿Creéis que hay salvación para mi alma?

El confesor la miró con una sonrisa indulgente en los labios.

–Hija mía, ¿qué sabréis vos lo que son los verdaderos pecados?

Isabel se retiró a su tienda para cumplir su penitencia. Su alma había hallado consuelo. Su corazón tal vez nunca lo hallaría.

* * *

–Dentro, esposo mío –le susurró Beatriz a Kasim al oído mientras apretaba sus nalgas con las manos. Enseguida percibió los estertores del placer. El hombre emitió un suspiro y besó el cuello de la joven.

Se amaban escondidos entre sacos y cajas, en el espacio que se abría entre el hospital y la cerca del real. Habían hallado la manera de verse. Esperaban a que se apagaran los hachones, salían a hurtadillas de sus tiendas y evitaban las rondas.

–¿No querrás un hijo? –le preguntó con sorna Kasim.

–Con mi suerte, seguro que estoy seca. –Le plantó un beso en los labios–. Sólo quería sentirte.

Se incorporaron y se quedaron sentados. Kasim aprovechó el momento para hablar sobre aquello que le rondaba la cabeza desde hacía días.

–¿Qué significa consuelo? –Beatriz frunció el ceño–. Un hombre no para de decírmelo. Esconde algo.

La muchacha meditó antes de hablar.

–Me han llamado así alguna vez –se sinceró–. Ya no –añadió enseguida–. Verás, a lo mejor no lo entiendes, pero tú no estabas en el hospital, tú no veías cómo aquellos hombres jóvenes sentían la muerte venir a por ellos. Yo sólo... alivié a algunos. Les di una pequeña alegría antes de que murieran. –Agitó la mano en un gesto rápido y obsceno. Luego miró a los ojos a su esposo–. No he vuelto a hacerlo. –Agachó la cabeza, como si de repente sintiera vergüenza.

Kasim le agarró una mano y la besó.

–Hay que tener alma pura para eso. No te juzgo. Nada es tan sencillo como parece. Detrás de eso hay... –se detuvo para encontrar la palabra–. Compasión.

–Ya, ya. Pero nadie más que tú lo ve así.

Kasim le apretó la mano.

–¿Y qué te importan los demás? –dejó la pregunta en suspenso unos segundos–. Tranquila, te entiendo, y me ocuparé del que se ría de ti. –Su mente voló hacia Pedro el Pedo y sintió como la ira crecía en sus entrañas.

Beatriz apoyó la cabeza en su hombro. Su reacción la había emocionado. Ambos eran almas torturadas. Tenían las heridas vivas bajo la piel, y éstas habían forjado sus caracteres, pero, al fin y al cabo, habían aprendido a vivir con ellas.

Pasados unos instantes, se despidieron y cada cual regresó a su pabellón. En la distancia, Kasim distinguió a Pedro sentado junto a la entrada de la tienda.

–¿Me esperabas? –le preguntó en tono seco. Estaba tenso.

–Fernando, Fernando... Tranquilo. Desde que estoy aquí sentado he visto pasar a otros tres que buscaban a las mozas. Cuando se apagan las luces, salen los gatos por el real... –rio, guardándose de no hacer ruido.

–La paz sea contigo. Buenas noches –soltó Kasim para despedirse.

–Moro –lo llamó Pedro usando el mote–. Yo también necesito consuelo. Espero poder tenerlo pronto.

El granadino sintió la rabia creciendo en su estómago, hasta que lo invadió por completo. No contestó con palabras. Se abalanzó sobre él y le soltó un puñetazo en la mejilla izquierda. Pedro el Pedo cayó al suelo y Kasim se echó sobre él, agarró su cuello y le escupió a la cara. En susurros, mientras clavaba en él sus ojos inyectados en sangre, le advirtió:

–Acércate a mi esposa y juro que te muelo a palos y te tiro a la acequia. –Notó que a Pedro le costaba respirar y comenzaba a ponerse rojo. La mejilla le sangraba–. ¿Me entiendes?

Pedro intentó pegarle, pero apenas pudo hacer fuerza. Lo soltó. El castellano, llevándose las manos al cuello, comenzó a toser.

–Hijo de puta moro. –Siguió tosiendo–. Te acordarás de esto, te lo juro.

No pudo alargar la amenaza. La ronda acudió alertada por el ruido y los mandó al interior de la tienda. Ambos aparcaron el odio y obedecieron. Kasim se tendió sobre sus mantas. Temblaba de furia. Tenía los nudillos doloridos. Lo habría podido estrangular gustoso. Pasado un rato, consiguió calmarse y, cuando recuperó la razón, un pensamiento se impuso en su mente: había firmado una declaración de guerra cuyas consecuencias le resultaban imprevisibles.

Vega de Granada, julio de 1491

El rey Fernando quería impresionar a Isabel y, al mismo tiempo, hacer una demostración de poder ante los granadinos. Los escuchas habían avistado una zona de huertas cercana a Albolote que aún no había sido talada. Para llevar a cabo el saqueo convocó una tropa que sobrepasaba los diez mil hombres. No deseaba sorpresas. Quiso comandar en persona la tropa, lo cual agradó a la reina. El ejército salió del real de la Vega al alba. Los escuchas guiaban la marcha. Una recua de bueyes con carretas cerraba la comitiva. Antes del mediodía localizaron las huertas y, de inmediato, comenzaron los trabajos. El rey estableció guardias por los alrededores y dividió a la tropa para agilizar la tala. El sol de verano calentaba los metales y hacía sudar a los guerreros. Los aguadores no daban abasto.

Kasim ejercía de explorador. Recorrió la zona norte y, detrás de una elevación, localizó un olivar que se extendía hasta el pie de la sierra. Informó a su capitán y enseguida se movilizó una escuadra de caballeros y peones. Kasim dirigió su paso. Al pasar junto a una higuera que separaba dos líneas de olivos, se percató de que algo no iba bien.

–¡Atentos! –gritó.

Había visto tierra removida y boñigas frescas de caballo. Su grito alertó a los emboscados, que salieron en tropel de entre los árboles. Enseguida los castellanos se vieron atrapados por la estrategia de los granadinos, que lanzaron sobre ellos una lluvia de jabalinas y virotes de ballesta. El olivar no tardó en convertirse en el escenario de una batalla improvisada.

–¡Corre a avisar, Fernando! –gritó a Kasim uno de los capitanes.

En la confusión de la emboscada, la tropa cristiana no tuvo tiempo para organizarse y comenzó a ser esquilmada por sus agresores.

–¡Muerte al infiel!

–¡Sólo Dios es vencedor! –gritaban los mahometanos, enardecidos.

Kasim volvió grupas y espoleó a su montura. Sin embargo, el caballo relinchó con fuerza, alzó las patas delanteras y lo derribó. Una vez liberado del peso, el animal huyó. Lo habían herido con un virote. Kasim cayó al suelo de costado y perdió su ballesta. La contusión lo dejó aturdido. Cuando pudo darse la vuelta, contempló al jinete que lo había derribado. Avanzaba al trote hacia él con su arma cargada.

–¡Piedad! –gritó en árabe de forma instintiva.

Se preparó para recibir la muerte a manos de uno de sus hermanos. Era lo más justo, así debía ser. Cerró los ojos, abrió los brazos y susurró: «Voy con vosotros». Escuchó los pasos del caballo y el tintineo de sus arreos. Sin embargo, no hubo disparo.

–¿Kasim? –Éste abrió los ojos y observó al jinete. Llevaba una cota de cuero y una celada con visera. Levantó la visera y dejó ver su rostro.

Kasim tardó unos segundos en reconocerlo.

–¡Mose! Por el Altísimo, eras casi un crío cuando me fui.

Se puso en pie, pero Mose agitó el brazo que sujetaba la ballesta y le ordenó detenerse. Los ojos de Kasim se apagaron al instante. Mose era el hijo de uno de sus vecinos, un chico enérgico, de buen corazón, que a menudo visitaba su casa para que Amina le diera alguno de los dulces que solía preparar.

–¿Qué haces aquí? –preguntó el joven en tono seco–. Se ha hablado mucho de ti en el Albaicín. Algunos te daban por muerto. –La ballesta apuntaba a su pecho.

–Como si lo estuviera. El Zogoibi me quitó la vida, y ahora sólo quiero vengarme de él. –Escogió bien las palabras. Tenía que ser

breve y preciso si quería sobrevivir.

–Boabdil es nuestro emir, y tú... Tú estás con los rumíes. Debería matarte ahora mismo, es mi deber. –Apretó los dientes.

La visión del muchacho en aquel estado conmovió a Kasim. La guerra conseguía aquello, convertir en lobos a los hombres.

–Mose, no es tan fácil como piensas. He sufrido más de lo que imaginas. Serví al Zagal, y él se fue y nos abandonó. ¿Qué futuro le espera a Garnata con Boabdil? Estamos perdidos...

–Has traicionado al emir.

–¿Olvidas lo que tu emir nos hizo? Y todo por ayudar a nuestros hermanos de Baza. –El muchacho dudaba, podía verlo en sus ojos; se debatía en una horrible lucha interior–. Mose –dulcificó la voz–, déjame ir hoy. Te he recibido en mi casa decenas de veces. Si me matas, nada cambiará. Los rumíes seguirán en la Vega y acabarán tomando Garnata, pero tú no podrás conciliar el sueño nunca más... Nadie lo sabrá. Márchate. Hazlo por Amina, nuestra Amina. Por ella estoy aquí, y por mis hijos.

La mano del joven tembló ligeramente. Miró a su alrededor. Los sonidos de la batalla seguían llegando, ahogados por las copas de los árboles. Se bajó la visera y tiró de las riendas.

–Lo hago por Amina, no lo olvides –le dijo airado–. Espero que el Altísimo termine lo que yo no he podido terminar hoy. Maldito seas, por Alá.

Comenzó la marcha y Kasim sintió que la tensión aflojaba sus miembros. Mose puso su caballo al trote para alejarse de él. Kasim tuvo que sentarse. Se llevó las manos a la cara y allí, sentado en la tierra, lloró desconsolado.

–Se acerca el día, Zogoibi. Juro por el Compasivo que acabaré contigo.

* * *

La lucha se generalizó en el olivar. Escuadras de caballeros pesados acudieron a socorrer a la cuadrilla y consiguieron frenar la

masacre que los granadinos estaban llevando a cabo. Kasim corría por los campos en busca del grueso de la tropa. Entonces, vio a cuatro jinetes que cabalgaban hacia él y se puso en guardia. Distinguió los atuendos propios de Castilla. Alzó los brazos y gritó:

–¡Soy un escucha del concejo de Sevilla! –Señaló las lomas cercanas–. Allí necesitan ayuda.

Los jinetes siguieron acercándose.

–¡Ahí tenemos al moro bueno! –dijo uno de ellos, y los otros tres rieron.

Kasim distinguió la voz de Pedro el Pedo.

–¡No es momento para esto!

Los caballos se detuvieron a dos pasos de él. Pedro desmontó y, sin soltar palabra, le propinó un puñetazo que lo mandó al suelo.

–¡Siempre es buen momento para saldar una deuda! –le gritó al oído–. ¿Te crees mejor que yo? ¿Crees que estoy solo? –Le dio una patada en el estómago que lo hizo doblarse–. ¡No eres nadie aquí! ¡No vuelvas a atreverte a tocar a un castellano, moro hijo de puta! –Le escupió y le dio otra patada. Kasim vomitó sangre. Pedro volvió a montar su caballo–. Nada de esto a nadie, o acabamos contigo. Y una cosa más: tendré mi consuelo con la marrana cuando a mí me dé la gana.

Los cuatro jinetes se marcharon en dirección al olivar. Kasim apenas podía respirar y seguía echando sangre por la boca. Agarró un puñado de tierra y lo tiró con furia mientras soltaba un alarido. El dolor recorría cada fibra de su cuerpo.

–¿Es éste mi castigo por irme? –preguntó mirando al cielo. Luego se recompuso, se puso en pie y, con dificultad, siguió caminando. Su determinación era demasiado fuerte como para quebrarse con dos patadas.

* * *

–¡Rápido, estúpido!

Boabdil apremiaba al asistente que abrochaba las correas de su brigantina. Permanecía de pie con los brazos en cruz. Cuando estuvo bien armado, tomó su celada y se ajustó el barbiquejo. Montó su caballo y salió de la Alhambra acompañado por su ministro de la Espada y una nutrida guardia de helches. Decidió atravesar la medina y salir por la puerta de Elvira, para que su pueblo pudiera verlo. Los escuchas habían avisado de que los granadinos comenzaban a estar en apuros en las huertas de Albolote. La superioridad numérica de los rumíes al fin se imponía. Al instante, el emir organizó una tropa de apoyo. La escuadra llegó a la batalla cuando los mahometanos comenzaban a flaquear. Boabdil oteó el escenario desde su montura y constató que, incluso con sus refuerzos, la batalla estaba perdida. Sin embargo, no podía retirarse sin más. Miró a Muza, que cabalgaba a su lado, y le dijo:

–Vamos con los nuestros.

No había seguridad en su voz, sólo un atisbo del valor que le imponía el deber.

–Sólo Dios es vencedor –contestó el visir. Su fervor religioso exacerbaba su ánimo y lo empujaba a pelear contra los infieles.

Rodeados por los helches, Boabdil y Muza se acercaron al punto más candente de la batalla. En el suelo se amontonaban los cuerpos de los caídos, haciendo la marcha impracticable.

–¡No desmontes, mawlana! –le gritó Muza a su señor por encima del ruido.

Por todas partes corrían hombres que se perseguían para darse muerte. Boabdil observaba la escena paralizado, recordando la funesta batalla de Lucena en la que los cristianos lo apresaron. Comenzó a sudar y sintió que la celada le impedía respirar. Dos grupos de castellanos lo identificaron como hombre principal, lo señalaron y movilizaron a muchos contra él. Muza se percató y aferró con fuerza su espada jineta.

–¡Proteged al emir! –gritó. Enseguida se dio cuenta de su error.

Las banderas se agitaron, los ojos de los rumíes brillaron. Decenas de granadinos corrieron hacia él para formar un muro que lo protegiera. Boabdil, como sumido en un sueño, se dejó rodear y permaneció quieto.

–¡Muerte al infiel!

–¡Al rey moro!

Los gritos, en árabe y romance, se alzaban al cielo; Muza intentaba organizar a los defensores y Boabdil seguía la lucha con la mirada vacía.

Fue sólo un instante, tal vez fuera una ensoñación. No muy lejos, sobre una suave elevación del terreno, el emir distinguió al rey Fernando. Montaba un imponente caballo negro y cubría su armadura con un manto que lucía las armas de Castilla y de Aragón. Varios pajes y guardias lo rodeaban. Volvió a recordar Lucena y la capitulación de Loja.

–¡Mawlana!

Al tercer grito, Boabdil volvió la cabeza hacia Muza, que tiraba frenéticamente de las riendas de su caballo para controlarlo en medio del alboroto.

–¡Se acercan! ¡Retirada!

El emir reaccionó al fin, hizo girar a su caballo y comenzó a cabalgar. Muza y los helches de su guardia lo seguían a poca distancia. «Te cubriste de gloria, Zogoibi», pensó el visir de la Espada. Boabdil puso su montura al galope. Estaba furioso consigo mismo por no haber estado a la altura de lo que los suyos esperaban de él. Buscó el camino que atravesaba la rauda y entró en Granada por la puerta de Elvira. Sin apenas frenar, continuó su camino en busca de las cuestas de la Sabika.

–¿A dónde vas así, loco? –le gritó un anciano que no lo había reconocido.

Cerca del puente del Baño de la Corona, su caballo atropelló a una mujer. Le llegó el grito de la infeliz, pero fue incapaz de detenerse. La montura boqueaba y sudaba abundantemente. Accedió a la

alcazaba por la puerta de las Armas y penetró en el recinto administrativo. Allí desmontó y dejó el caballo al cuidado de un mozo. Entró solo en su palacio. En el patio del Riyad se encontró con su madre sentada a la sombra de una galería.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó la mujer.

Él alzó la mano para hacerla callar y se perdió en sus dependencias privadas. Una vez dentro, gritó con todas sus fuerzas, espantando a los pájaros que bebían en la fuente de los Leones. Fátima la Horra nubló la mirada. Su hijo había perdido la batalla.

Real de la Vega, julio de 1491

Una vez más, el hospital se preparó para recibir a los heridos. Sin embargo, aquélla no había sido cualquier batalla. La expedición de saqueo organizada por el rey Fernando había sido la mayor de todas las que se habían llevado a cabo durante el asedio. Llegaron carros cargados con cuerpos inertes, que fueron amontonados en el umbral del cementerio. Todo el personal del hospital había sido movilizado, pero, aun así, el trabajo desbordó sus posibilidades.

–¡Vamos, vamos! –gritaba uno de los cirujanos–. ¡Sin dudar! ¡Por prioridades!

Los heridos fueron distribuidos en las camillas de los diferentes pabellones. Luego, por los pasillos. Todos aullaban, todos necesitaban atención.

–¡Esto es el averno! –gritó un auxiliar mientras sujetaba un brazo, apenas unido a un cuerpo por un colgajo de carne.

Beatriz ya estaba acostumbrada al sufrimiento. Con precisión, fue atendiendo a los físicos que la reclamaban.

–¡Paños!

–¡Agua!

–¡Aprieta esa correa!

Todos requerían su ayuda, y ella corría de un lado a otro para cumplir con su deber. El olor a podredumbre invadió su pabellón. La joven se ató un pañuelo sobre la nariz para soportarlo.

–Bien, bien, Beatriz. Sigue así. Don Miguel te necesita en el potro. ¡Vamos! –le ordenó uno de los físicos.

La muchacha presionó paños sobre derrames, ató torniquetes, afirmó correas y hasta sujetó miembros mientras los aserraban.

–¿Hemos perdido? –se le ocurrió preguntar a un auxiliar.

–¡No, no! –le respondió un herido–. Hemos echado a los moros a Granada bien desbaratados.

A pesar del intenso padecimiento, el infeliz esbozó una sonrisa con orgullo. Así eran las batallas, ninguno de los dos bandos ganaba realmente; la muerte los sacudía a ambos, y la diferencia entre la victoria y la derrota era una simple cuestión matemática.

Los heridos llegaron por oleadas, a medida que las fuerzas del rey regresaban al real. Los sanitarios tenían que sortear sus cuerpos al moverse por el hospital.

–Se nos mueren, se desangran sobre el suelo –dijo uno de los médicos mientras observaba el caos que reinaba a su alrededor. Vio a Beatriz corriendo hacia una camilla con dos paños ensangrentados en las manos–. ¡Beatriz! –la llamó, y la muchacha acudió al instante–. Te necesito.

–Hago lo que puedo, señor –contestó ella.

–Lo sé, pero te necesito de otra manera. Atiéndelos. –Ella negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de pavor–. ¿Sabes coser? –Beatriz asintió, nerviosa–. ¡Pues cose! No hagas otra cosa, sólo cose las heridas más graves para que dejen de soltar sangre. –Ella se quedó paralizada–. ¡Vamos! ¡Salva vidas! Lo has visto hacer cientos de veces. ¡Presiona, lava y cose!

La muchacha seguía sin reaccionar. Finalmente, el médico tuvo que zarandearla. Sólo entonces recuperó la conciencia y afirmó con decisión.

–No temas, sabrás hacerlo. Ya sabes dónde están las agujas, los aparejos y los bramantes. ¡Presiona, lava y cose! –repitió el hombre, y se perdió por uno de los pasillos.

En medio del caos, Beatriz sintió como su corazón se aceleraba. Notó el sabor metálico de la sangre en la boca. Sus manos, manchadas de rojo, se agarrotaron. Se obligó a cerrar los ojos y respiró profundamente. El alboroto de su alrededor cesó dentro de su cabeza. Cuando abrió los ojos, había recuperado la calma. Su corazón seguía agitado, pero, en lugar de miedo, sentía la excitación de afrontar aquel camino nuevo.

Recorrió el pasillo central hasta el lugar en el que se almacenaba el material. Tomó aguja e hilos, calentó el metal en un brasero y se dirigió a uno de los heridos, que tenía una profunda raja en el muslo derecho.

–¿Tú...? –comenzó a preguntar el hombre, pero la mirada fiera de la joven lo hizo callar.

–Si prefieres esperar a uno de ésos, igual no has muerto cuando te toque.

El herido asintió. Estaba pálido. Su pierna estaba fría y apenas tenía sensibilidad.

–Hazlo bien, muchacha.

Beatriz se concentró en su trabajo. Cortó los hilos y enhebró uno. La herida había sido cauterizada para cortar la hemorragia, pero seguía saliendo sangre. Lavó con agua el corte, unió los labios sin titubear y clavó la aguja en la piel para coser el primer punto. El hombre apretó los dientes y se quejó, pero la dejó trabajar. Uno a uno, cosió los cinco puntos que consideró necesarios para una herida de aquel tamaño. Dejó los extremos libres para que saliera la infección. Volvió a lavar la herida y palmeó la pierna sana.

–Acabado. Tal vez sobrevivas a ésta.

Se puso en pie y se encaminó hacia otro infeliz. A su espalda, el hombre al que acababa de coser le daba las gracias, pero ella ya no lo escuchaba.

–¡Benditas manos, muchacha! Dios te las guarde –le decía con insistencia.

Beatriz se sintió poderosa, dueña de la vida de aquellos hombres que se retorcían de dolor. A pocos pasos vio al médico que le había dado la orden. El físico la miró a los ojos y asintió con una sonrisa. Ella le devolvió el gesto y se apresuró a moverse por los pasillos del hospital. Había más almas que arrebatar al infierno.

* * *

Había caído el sol cuando Beatriz salió del pabellón. Respiró el aire puro y se dejó acariciar por la suave brisa que recorría la Vega. Como tantas otras veces, salía cubierta de sangre ajena. Sin embargo, había algo diferente en su expresión. Parecía haber experimentado una revelación, la epifanía de haber descubierto un sentido a su vida.

Kasim caminó hacia ella renqueante. Beatriz lo vio y corrió para encontrarse con él. Los claroscuros del anochecer le impidieron distinguir su estado hasta que lo tuvo a un palmo.

–¿Qué te ha pasado? ¡Entra al hospital!

–Para, para, Beatriz.

Kasim agarró sus manos para calmarla.

–Estás herido. Tienes el ojo hinchado y sangre por toda la cara. –Hizo amago de tocarle la mejilla, pero él se apartó.

–No es nada, se curará solo. –La miró a los ojos. La inflamación deformaba su rostro–. No ha sido en batalla. Ha sido un castellano. –Ella se llevó las manos a la boca.

–Denúncialo a los alcaides. ¿Quién ha sido? ¿Ese que te llama moro? Seguro que ha sido él.

–Para –insistió él–. Es complicado. No está solo, y hay muchos que me miran mal. Sabré cuidarme, tranquila. –Su expresión mudó. Parecía desesperado–. Me preocupas tú. Pueden ir contra ti. Juro que, si se acercan a ti, los despedazo con las manos. –Tembló de rabia–. Prométeme que tendrás cuidado.

Su preocupación sincera la enterneció. Ignorando las normas del campamento, acercó sus labios a los de él y lo besó.

–Estaré bien. Hay guardias y rondas por todas partes. Tranquilo. –Le golpeó el pecho con su índice derecho–. Ahora tú. Prométeme que, si va a más, lo denunciarás.

Kasim asintió y ella pareció relajarse. Beatriz observó sus heridas. Tenía la mejilla amoratada y la ceja cubierta de sangre seca. Sin embargo, salvando la inflamación, no parecía tener mayores daños. Tal vez sólo fuera la bravuconada de un castellano que odiaba profundamente a los granadinos.

–He visto a Boabdil –dijo Kasim tras un breve silencio–. Lo he tenido a mano, pero no he podido llegar hasta él. Algún día... –Sus ojos emitieron un destello de esperanza. Los de Beatriz se nublaron–. Voy a lavarme –añadió el hombre a modo de despedida. Se sentía dolorido y cansado–. Cuídate mucho, por favor.

Ella agarró brevemente su mano y lo dejó marchar. Le hubiera gustado hablarle sobre lo que había pasado aquella tarde en el hospital de la Reina, sobre el milagro de la curación de cerca de diez hombres que había obrado con sus propias manos. Sin embargo, se resignó al silencio. Lo vio marcharse hacia las calles de los cuarteles cojeando como un animal herido.

Real de la Vega, 14 de julio de 1491

Kasim aguardó hasta que todos los hachones del campamento estuvieron apagados. Los hombres que tenía más cerca dormían. Salió del pabellón con el calzado en la mano para no hacer ruido. Las rondas no se veían cerca, y caminó por las calles más estrechas para acercarse a la zona del hospital.

Había pasado una semana desde la batalla de los olivares de Albolote. Durante varios días, los castellanos se habían concentrado en los trabajos de la villa de Santa Fe. También se ocuparon en mejorar el abastecimiento. En las tierras colindantes a los reales se habían sembrado hortalizas. También se habían agrandado los corrales que albergaban a los animales que proveían de leche, carne y huevos al campamento.

En ese tiempo, Kasim no había visto a Beatriz. Ambos habían extremado las precauciones desde el ataque de Pedro el Pedo. Sin

embargo, la mañana de aquel día se habían visto a las puertas del hospital y habían acordado encontrarse aquella misma noche donde siempre, detrás de los pabellones. Se anhelaban, deseaban verse para unir sus cuerpos y desahogar sus inquietudes. Las heridas de Kasim se estaban curando bien. Al menos por el momento, Pedro parecía haberse dado por satisfecho con la paliza.

Kasim llegó a la plaza del real y, antes de continuar la marcha, se detuvo para otear los alrededores. Lo primero que percibió fue un fuerte olor a quemado que la brisa de la noche arrastró hasta él. Luego vio los resplandores que encendían de tonos ocres las lonas de algunas tiendas. Por último, le llegaron los gritos.

* * *

A la reina le estaba costando conciliar el sueño. Una de sus damas había dejado prendida una vela junto a su escritorio y su luz, aunque tenue, le molestaba. Isabel se levantó de la cama y tomó la vela en sus manos. Antes de apagarla, decidió usarla para rezar algunas oraciones de su libro de horas favorito. Su alma no acababa de encontrar sosiego. El encuentro con don Gonzalo en el hospital, las últimas noticias sobre su madre, la ausencia de su hija Isabel, tan lejos, en Portugal, la marcha de la guerra de Granada y las constantes quejas de Fernando sobre las cuestiones propias de sus reinos... Todo aquello le quitaba el sueño.

Abrió el libro sobre la colcha de seda de su cama y colocó el candelero a su lado. Luego se arrodilló sobre un almohadón y comenzó a rezar. La tienda de la reina era rica y confortable. Bien encerada, para soportar la lluvia, apenas se resentía con las inclemencias del tiempo. Se la había cedido el duque de Cádiz, que la había usado en los asedios en los que había participado.

Poco a poco, Isabel percibió que el sueño la invadía. Se adormeció varias veces sobre el libro de horas y, en una de esas cabezadas, hundió los codos en el colchón, desequilibró el candelero y provocó que la vela cayera sobre la colcha. La seda prendió enseguida. Isabel fue rápida y reaccionó agarrando el candelero y apartándolo de la

cama. Sin embargo, el fuego parecía expandirse como si hubiera pólvora sobre la tela.

–Madre bendita, Jesús de mi amor –exclamó la reina, alarmada.

Tomó una manta de lana que descansaba sobre una jamuga y golpeó la colcha para apagarla. No funcionó; el fuego seguía ganando terreno y se acercaba peligrosamente a la lona de la tienda. Entonces abrió su baúl y extrajo un camisón negro, con el que cubrió su túnica de lino. Cuando salió de la tienda, las lenguas de fuego podían verse desde el exterior. Avivadas por la brisa, amenazaban las tiendas cercanas. Incapaz de hacerse cargo de la situación, se resignó a pedir ayuda.

–¡Socorro! ¡Fuego!

Los gritos alertaron a la ronda de las tiendas reales. El incendio ya se había propagado a otras tiendas y seguía creciendo en dos direcciones distintas. Kasim y otros cinco guardias que habían oído los gritos aparecieron en ese instante.

–¡Mi escritorio! –reclamó la reina, señalando su tienda en llamas.

Uno de los guardias se internó en el infierno. Poco después salió tosiendo, con la arqueta de madera bajo un brazo. Isabel, aliviada, acudió a la tienda de su esposo.

Fernando estaba ya fuera, con una adarga embrazada y su espada enarbolada. En la confusión de la madrugada pensó que los moros habían atacado el real.

–¡Fuego, Fernando! ¡En mi tienda!

El incendio seguía expandiéndose y ya cubría cerca de diez tiendas de la zona más noble del real de la Vega. Los guardias revoloteaban a su alrededor, impotentes. Algunos habían sabido reaccionar y estaban organizando una cadena para traer agua de la fuente más cercana.

–¡Cubos! ¡Y más hombres! –aullaba un capitán.

El príncipe Juan y las infantas Juana y María se reunieron con sus padres en ropa de cama. Los acompañaban varias damas.

–¡Catalina! –gritó la reina–, ¡la pequeña Catalina!

La hija menor de los reyes no aparecía. La tienda de las infantas estaba en llamas.

–¡Sacadla, por el amor de Dios! –ordenó Isabel.

Fernando se acercó a la entrada. Los guardias titubearon. Kasim escuchó los gritos desesperados de la madre y corrió hacia el lugar.

–¡Echad agua! –Tuvo que repetirlo dos veces para que descargaran tres calderos sobre la abertura de la entrada.

El fuego bajó de intensidad y el granadino aprovechó para colarse dentro. El interior estaba lleno de humo, pero el fuego parecía extenderse por el exterior. Los destellos le permitieron ver a la pequeña Catalina tendida sobre su cama, inconsciente. Kasim la cargó sobre un hombro y la sacó.

Isabel arrancó a llorar nada más verlos. Tendieron a la niña en el suelo y le dieron varias palmadas en las mejillas. Enseguida reaccionó. Respiró el aire limpio y tosió con ganas.

–¡Gracias! ¡Gracias! ¡Dios Bendito! ¡Gracias, buen hombre! No lo olvidaré, no lo olvidaré. Serás recompensado.

La reina no paraba de llorar. Fernando miró a los ojos a Kasim y asintió. Fue su manera de reconocer su labor.

–Vamos, esposa, el fuego sigue –le dijo a Isabel.

La familia real se alejó del incendio, que ya iluminaba todo el campamento. Cuadrillas de hombres corrían de un lado a otro buscando medios para apagarlo. Algunos ya se planteaban la opción de desmontar algunas tiendas para cortar el paso a las llamas. Kasim ayudó formando parte de una de las cadenas que transportaban agua. En medio del caos, Fernando, todavía en ropa de cama, comenzó a repartir órdenes.

–¡Una hueste al camino de Granada! ¡Tres mil jinetes! ¡Doble guardia en Santa Fe! ¡Quiero escuchas por todos los caminos! ¡Santiago! –terminó con un grito de guerra.

El duque de Cádiz, siempre presto a servir a sus reyes, recogió el envite y movilizó la escuadra que vigilaría Granada. Isabel, abrazada a sus hijos, en medio de la plaza del real, contempló a su esposo. Los viejos sentimientos que la habían unido a él parecieron aflorar aquella noche de gritos y llamas. El rey cruzó su mirada con la de ella y percibió la ternura en sus ojos. Le sonrió, complacido, y siguió al duque de Cádiz hasta los pabellones de los cuarteles.

Granada, julio de 1491

Moraima salió del palacio embozada en un manto, con el rostro tapado por un velo negro. Uno de los helches del emir la acompañaba y guiaba sus pasos por las calles del barrio artesano de la Alhambra. El sol no había alcanzado aún su cénit, pero el calor del verano la hacía sudar. Nadie la reconoció en su camino hasta la puerta de los Pozos, por donde salió del recinto amurallado. El guardia la condujo hasta la entrada a una mazmorra protegida por una torre de tapial. En el interior, al otro lado de la cancela, otro guardia los esperaba. A pocos pasos, con las manos inmovilizadas por grilletes, había un cautivo. Era un hombre delgado y barbudo, vestido con andrajos manchados de barro.

El guardia tosió y aguardó. Moraima comprendió que esperaba el pago. Le entregó dos pendientes de oro. El renegado los tomó y se acercó a la cancela para entregarle uno de ellos al otro guardia. Éste llevó al cautivo hasta la reja. Moraima se colocó a dos pasos de él.

–¿Sois Hernando? –preguntó la mujer.

–De Baeza, señora. A vuestro servicio –contestó en un mal árabe.

Nawar había oído rumores acerca de él. Hernando de Baeza era un rumí comerciante de vinos que hablaba el árabe con cierta fluidez. En los tiempos anteriores a la guerra, había ejercido su trabajo en los llanos de Alcalá la Real, la tierra de nadie donde se llevaban a cabo los principales intercambios comerciales entre Garnata y Castilla. Luego, tras la caída de Moclín, se instaló allí para servir a los intereses comerciales del alcaide Martín de Alarcón. Durante una de sus expediciones, tuvo la mala fortuna de dar con una escuadra de jinetes moros. Los granadinos robaron sus carros y

se lo llevaron preso. Esperaban obtener un rescate por él, pero hasta entonces nadie había acudido a la Alhambra para ofrecer recompensa alguna. En cuanto escuchó su historia, Nawar se la contó a su señora.

–¿Vivíais en Moclín? –se interesó Moraima.

–Los últimos tres años.

–¿Habéis visto alguna vez al príncipe Ahmed? –Su estómago se encogió.

–¿El infantico? Sí, señora. Varias veces. Solía pasear por el castillo con su maestro... –Hizo memoria–. Abraham.

–¿Cómo está? ¿Cómo es? –La voz de Moraima temblaba. Estaba a punto de desmoronarse.

–Es un niño sano. No es especialmente alto, pero es fornido. Tiene el pelo castaño. –Se calló y observó a la mujer–. Tiene los ojos grandes y oscuros... Como los vuestros, señora.

Las lágrimas al fin brotaron. La madre tenía mil preguntas más, pero todas se trabaron en su garganta. No pudo continuar. Se giró para que no la vieran llorar y comenzó a caminar a paso ligero hacia la puerta de los Pozos. El guardia helche la siguió.

–¡Señora! –le gritó Hernando de Baeza agarrado a los barrotes de la cancela–. ¡Sacadme de aquí! ¡Puedo seros de utilidad!

Moraima siguió su camino. Su alma se convirtió en un crisol en el que se fundieron la alegría de recibir noticias de su niño con el desgarro doloroso de no tenerlo a su lado.

* * *

Fátima dejó que el hielo de su granizada se derritiera en su lengua. Luego saboreó el limón. El ácido mantuvo en su boca la sensación de frescor. A pesar del intenso calor de los últimos días, los neveros seguían bajando hielo de sus pozos.

La mujer se pellizcó el borde de la túnica y la separó de su pecho para soplarse.

–Lo único bueno de este calor es que mejoran los dolores de mi cadera.

Boabdil la miraba, sentado frente a ella en la galería porticada.

–A estas alturas del verano deberíamos estar en el Generalife –dijo el emir. La situación en la Vega desaconsejaba que la familia emiral se trasladara a su munia.

–¿Te has repuesto? –preguntó su madre.

–Sí.

Boabdil se había visto muy afectado por la derrota de los olivares de Albolote. Había pensado que podía obtener una gran victoria. Sin embargo, la realidad lo golpeó con contundencia. Los reyes no daban señales de desistir, de ofrecer parlamento para negociar una capitulación. Si los castellanos mantenían su determinación hasta el final, Garnata acabaría cayendo por la fuerza. Entonces, todos acabarían perdiendo.

–¿Recuerdas los sueños de la matanza? –le preguntó el emir a su madre. Fátima asintió–. Han vuelto. Esa casa del Albaicín, la madre, los dos niños, la niña corriendo, los gritos... Todo es tan vivo, tan real...

–Castigado por sueños –escupió con desprecio la madre–. Ése es tu problema. Vives cohibido. No vales para emir. Van a tener razón los que te llaman Zogoibi.

Aquella palabra fue el resorte que lo hizo reaccionar.

–¡Calla! Estoy cansado de tu rechazo, más de treinta años lo llevo sufriendo. Nunca seré suficiente para ti. Si yo soy un desgraciado, tú eres una amargada. Amarga como la cáscara de limón. –Hizo una pausa para encontrar el valor necesario para soltar lo que llevaba clavado en el corazón–. No me extraña que mi padre no te quisiera, que te cambiara por la rumí Zoraya.

Le dio la espalda y caminó airado hacia la sala de la Miel. Parecía haber crecido dos palmos. Fátima fingió no ofenderse, pero una punzada de dolor se instaló en su pecho.

* * *

Badra no podía apartar la mirada de las ratas. El tendero las tenía expuestas sobre un resto de tela, debajo de un naranjo.

«A esto hemos llegado», se dijo Reduán, que la llevaba de la mano.

–Venga, chiquilla. No te pares.

Tiró suavemente de la mano de Badra, que reaccionó de inmediato echando a andar. Como toda Garnata, ambos acusaban la falta de alimento. El viejo faquí caminaba encorvado y renqueaba por el dolor de sus articulaciones. Su rostro lucía ojeras, y sus pómulos, hundidos, le daban un aspecto cadavérico. Badra seguía tan raquítica como cuando la encontró. El maestro temía que el hambre entorpeciera su crecimiento. Ambos se habían acostumbrado a la convivencia. La niña había aceptado a Reduán como su protector, como un sucedáneo de padre. Tal vez, pensaba él, la niña no tuviera recuerdos de su verdadero padre.

El maestro condujo sus pasos hacia el callejón de la Higuera. Antes de ir a casa, tocó a la puerta de una vecina. Había sido un hombre orgulloso, incapaz de pedir ayuda, pero las circunstancias y la responsabilidad lo habían obligado a cambiar. Nadie abrió la puerta para él. A través de la madera pudo escuchar cómo alguien chistaba para mandar callar. Aquellos días no había sobras. Los granadinos no podían asumir ni un gramo de caridad. Las raciones que le hacían llegar las familias de los niños a los que enseñaba en la mezquita de Badis eran escasas, apenas suficientes para mantenerlos vivos a los dos. Los saqueos de la Vega ya se habían dejado notar en la ciudad. La Alpujarra seguía suministrando productos, pero las recuas resultaban insuficientes. Cada trozo de tierra intramuros se había aprovechado para sembrar, los frutales eran vigilados día y noche para que nadie cortara las frutas antes de que maduraran, las ratas, e incluso algunos insectos, habían sido incluidos en la dieta de muchos. Era el precio de la resistencia. Reduán maldecía su destino y al hombre al que hacía responsable de la perdición de Granada. «Mataste sin piedad a los que hablaron de

unidad, fomentaste la división y echaste por tierra cualquier posibilidad de victoria. Y ahora te encierras en la Alhambra y dejas que muramos de hambre mientras envías a la flor de Granada a morir entre las acequias».

Llevó a Badra a casa. Todavía le quedaba algo de pan de mijo. Estaba duro, pero podía reblandecerlo con agua. Badra no se quejó. Nunca se quejaba. Reduán se enterneció al verla chupar su pedazo de pan mojado.

–Pajarillo –la llamó. Badra prestó atención–. Siempre te he dicho que robar no está bien. Sigue siendo así, pero Dios nos pone a prueba y tenemos que salir adelante con lo que tenemos. –Daba rodeos, le costaba decirle aquello–. Haz lo que has hecho otras veces, busca comida y tómala. El Compasivo sabrá perdonarnos.

Ella sonrió. Sus ojos brillaron con un destello de astucia. La idea la había seducido. Luego devoró el poco pan que le quedaba y tomó uno de los dos libros que todavía tenían en casa. Reduán había malvendido los demás. La niña le llevó al maestro el ejemplar del Corán, y éste sintió que su alma se inflamaba de amor.

–Ven, siéntate a mi lado.

Badra obedeció y Reduán comenzó a leer. La palabra de Dios sofocó el rumor de sus estómagos.

Real de la Vega, julio de 1491

La reina recibió a su esposo en la tienda que el arzobispo de Sevilla le había cedido. El incendio fue sofocado antes de que destruyera la totalidad del campamento, pero muchas tiendas habían acabado carbonizadas. El fuego se cebó especialmente con la zona más noble, pero también se expandió hacia algunos pabellones de los cuarteles. Los trabajos de retirada y sustitución de lo quemado habían comenzado de forma inmediata. Los ingenieros y arquitectos se afanaron para rematar las obras de la villa de Santa Fe. La vivienda que se estaba construyendo para los reyes recibió un fuerte impulso durante aquellos días. Las órdenes militares destinaron más hombres a terminar las murallas y baluartes, y los peones que trabajaban en el interior recibieron compensaciones para aumentar

el ritmo de sus labores. Las calles principales estaban terminadas y ya podían verse muchas viviendas, con sus paredes encaladas y rematadas por tejados a dos aguas.

Isabel había perdido todo su ajuar, pero doña María Manrique, la esposa de don Gonzalo Fernández de Córdoba, le había enviado una cama, tapices y abundantes vestidos. «El incendio ha llegado hasta vuestra casa en Íllora», le dijo la reina a don Gonzalo cuando lo recibió para darle las gracias. El capitán se había recuperado ya de sus heridas.

Fernando entró cabizbajo y se sentó junto a su esposa.

–Pronto tendremos la casa preparada –anunció–. El duque de Cádiz ha vuelto cargado. Ha interceptado una recua que bajaba de las Alpujarras.

La reina tomó su mano con ternura. El incendio había servido para reconciliar a los esposos. Ambos habían temido por sus vidas, habían sufrido juntos por la desgracia y habían salido fortalecidos del desastre.

–Esto ha sido una prueba más de Dios –comentó Isabel–. Cuánto hemos pasado juntos, esposo... Desde que nos casamos a escondidas. –Sus ojos brillaron–. Es hora de amansar las aguas, pero ¿me respetarás?

–Siempre –contestó Fernando mirándola fijamente.

–Sé que sufres por no poder atender tus asuntos en Aragón. –La reina no le había soltado la mano–. Si llega el otoño y no hay avances, podrás marchar. Santa Fe estará pronto terminada. Dejaremos una buena guarnición en ella hasta que pasen las lluvias y el invierno. Será suficiente. –Fernando alzó la mano y besó la de Isabel, agradecido–. Pero debemos procurar que haya avances antes del otoño.

Fernando frunció el ceño. Ya conocía a su esposa.

–¿A qué te refieres?

–Promover la división nos benefició. Sigamos haciéndolo.

–Pero el Zagal está en África... –comenzó a decir Fernando.

–No me refiero a él. Hablo de otra división. Soy esposa y madre, sé cómo se mueve el corazón de una mujer. –Fernando no acababa de entender–. Llevemos la división a los palacios de la Alhambra. Tenemos a su hijo. Si se lo recordamos a la reina mora, ella se encargará de hacernos el trabajo. Somos reyes, pero también humanos. ¿Entiendes?

–Algo. Concreta.

–Dejemos que el infantico escriba a su madre. Una muestra de buena voluntad para nosotros. Una fractura en el palacio moro.

–La idea es buena, esposa, entiéndeme bien. Pero ¿crees que algo así va a funcionar? ¿Que una mujer...? –No pudo terminar.

–Tú mejor que nadie conoces el poder de una mujer.

Se miraron con fiereza. Fernando la deseó. Había deseado a muchas mujeres, pero en ninguna había encontrado el fuego arrasador que abrasaba desde los ojos de Isabel. Ella se percató de su estado, y también sintió la excitación del deseo.

–Hagámoslo –dijo Fernando.

Isabel señaló con la cabeza la entrada a la tienda.

–Cierra bien, y avisa de que no nos molesten –ordenó.

* * *

Beatriz lavó los paños con agua de la acequia. Luego lavó las sábanas, frotando con fuerza las manchas de orín y sangre. Echó las telas en su canasto y cargó con él para llevarlo a los tendederos instalados en la parte trasera del hospital. El sol declinaba. Sin embargo, el calor sofocante no acababa de marcharse. Las chicharras emitían su estridente sonido y los campos de cereales amarilleaban la Vega.

El canasto pesaba, de modo que Beatriz se lo echó al hombro. Al pasar por el cementerio, alguien la llamó:

–Marrana. Te veo cargada, ¿quieres que te eche una mano? –La muchacha se dio la vuelta y vio a un hombre que se asomaba desde

la cerca del camposanto y comenzaba a caminar hacia ella–. Se me ocurren un par de sitios donde puedo echarte mano. –Soltó una carcajada y su rostro adquirió un aspecto lobuno.

Beatriz siguió su camino. No había visto nunca a Pedro el Pedo, pero supo que se trataba de él. Apretó el paso y escuchó como el hombre echaba a correr detrás de ella. Sintió como la agarraba de la muñeca y tiraba de ella. El canasto volcó y cayó contra él, lo que le dio un segundo de libertad para escapar corriendo. La puerta del real estaba cerca, custodiada por cuatro guardias.

–¡Puta marrana! ¡No corras! ¡Sólo quiero un poco de consuelo!

Pedro la vio atravesar el pequeño puente que salvaba el foso.

–¡Ya te pillaré en otra! –gritó el hombre.

Beatriz corrió entre las tiendas y buscó el pabellón de Kasim. Su corazón latía desbocado. Necesitaba ver a su esposo, contarle lo que había ocurrido antes de que Pedro el Pedo regresara.

Llegó a la tienda y se asomó al interior desde la abertura de la entrada. Enseguida oyó silbidos y algunos gritos obscenos.

–Guapa, ¿vienes a verme?

Sonaron carcajadas. Los cuarteles no eran lugares adecuados para las mujeres. El alboroto llamó la atención de Kasim, que identificó a su esposa y, acercándose a ella, la agarró del brazo y se la llevó en dirección a la plaza de armas.

–¿Qué ha pasado? –Estaba tenso.

–Pedro –musitó Beatriz.

Kasim se detuvo y, sin soltar su brazo, le preguntó:

–¿Qué te ha hecho? ¿Te ha atacado? –Sus ojos se inyectaron de furia.

Beatriz estaba al borde del llanto.

–No. He conseguido escapar. Pero... ha faltado poco.

–¡Maldito sea! Hijo de puta. Tengo que hacer algo.

–No te enfrentes a él, te lo suplico –rogó Beatriz–. Sería tu fin y el mío. Te necesito. Denúncialo a los alcaides. –Del miedo había pasado a la ansiedad. Sabía que su palabra, como mujer, no tendría mucho valor en un juicio. Debía ser su esposo quien hiciera la denuncia.

–Los hombres como él se ríen de los juicios. Denunciarlo sólo serviría para enfadarlo más. –La mente de Kasim hervía. Deseaba matarlo con sus propias manos, como había hecho con José en Sevilla–. Debo pararle los pies, como sea.

Beatriz arrancó a llorar y se abrazó a él.

–Te lo ruego, no así. Acabarías en la horca. Así no... –Sus lágrimas mojaron el pecho de Kasim.

–No. No así –concedió él–. Pero tampoco acudiendo a los alcaides. –Vislumbró un camino, lejano y difícil, pero accesible. Apartó lentamente a la mujer.

–Prométemelo –insistía ella–, prométeme que no iras a por él.

–Sí, te lo prometo. Por ahora –añadió–. Va siendo hora de cobrar favores –soltó de forma enigmática–. Necesito que vayas a tu tienda y que no salgas hasta mañana. ¿Entiendes?

Ella asintió.

–Me lo has prometido –le recordó, y él asintió también.

Kasim atravesó la plaza de armas y llegó a la linde de la zona noble. Estaba nervioso y le costaba respirar. Se detuvo para sosegarse. «No hay alternativa», se dijo. Se acercó a las primeras tiendas de los grandes del reino y allí mismo, antes de salir de la plaza, fue detenido por un guardia.

–¿A dónde vas?

–Necesito ver a la reina. –El guardia se echó a reír–. No pido que me dejes pasar. Ve e informa. Di que soy Fernando, el que salvó a su hija del incendio. Ella misma me dijo que acudiese a ella cuando lo necesitara.

El guardia borró su sonrisa y observó a Kasim con detenimiento. Luego miró al cielo. Anochecía.

–No son horas. La reina concede audiencias, pero no va a recibirte a cualquier hora.

Al menos, Kasim había conseguido que lo tomara en serio.

–La reina no me dio horarios, y necesito verla ahora. Si no preguntas, puedes arrepentirte.

El guardia lo miró suspicaz, valorando la información. Finalmente alzó la voz para llamar a un compañero.

–Solicita ver a su majestad. Busca a un paje e infórmalo. Se llama Fernando y afirma ser el que salvó a la infanta Catalina durante el incendio. –Todos conocían la historia–. Aquí te espero.

El otro guardia se marchó. Regresó minutos después.

–Ven conmigo –le dijo a Kasim.

Éste lo siguió hasta la tienda de Isabel de Castilla. Se detuvieron en la explanada que se abría delante. Todavía podían verse los restos del incendio. La reina salió, pero mantuvo la distancia. Cuatro guardias se colocaron a sus flancos. Una dama asomó la cabeza, divertida, desde la tienda.

Kasim se echó al suelo de rodillas, bajó la cabeza y extendió los brazos en dirección a ella. Respiró hondo.

–Mi señora reina –habló al fin. No conocía los protocolos de la corte castellana.

–Levanta y habla –dijo Isabel con tono autoritario. No quería perder el tiempo.

Kasim se puso en pie, pero mantuvo la cabeza gacha.

–Me llamo Fernando. La noche del incendio os entregué a vuestra hija pequeña. Me dijisteis que acudiese a vos cuando lo necesitara.

–Lo sé –dijo la reina–. Ya me lo han dicho, y os recuerdo. Os sigo estando agradecida. Ahora, pedid –fue directa.

–Señora, mi esposa sirve en vuestro hospital. Un hombre del campamento ha intentado deshonrarla. Acaba de ocurrir. Se ha salvado, pero tenemos miedo de que vuelva a intentarlo.

–¿Lo conocéis? –Había un rastro de ira en su voz. Odiaba a aquellos que eran capaces de atacar así a una mujer.

–Sí. Es un escucha, como yo. Me odia por mi... origen.

–He notado vuestro acento. ¿Sois mahometano?

–Me convertí a la fe de Cristo para serviros.

La reina meditó. Recordó algo y su mirada pareció encenderse. Observó al hombre con atención.

–¿Sois el moro que ayudó a don Hernán Pérez del Pulgar a entrar en Granada?

Kasim asintió.

–En dos ocasiones me habéis servido bien. Dad las señas de ese hombre. –Kasim las dio. La reina miró al capitán de su guardia, que permanecía a su diestra–. Traedlo inmediatamente.

Tres guardias se perdieron al instante en busca de Pedro el Pedo. No tardaron en estar de vuelta con él. Lo habían encontrado entrando en su pabellón. Pedro estaba desorientado, no acababa de comprender lo que estaba ocurriendo. Vio a Kasim y le dirigió una mirada iracunda. Se hincó de rodillas en el suelo y la reina no lo invitó a levantarse.

–Sé lo que habéis hecho –comenzó diciendo Isabel–. Debería castigaros ahora mismo, pero no habéis llegado a consumar vuestra maldad. Creo en la enmienda y el arrepentimiento. Este hombre –señaló al demandante– es un buen siervo, un amigo de vuestra reina. Su esposa y él están protegidos por mí. –Pedro seguía de rodillas, incapaz de moverse ni de articular palabra–. Una mala mirada y mandaré a un alcaide a por vos. Un ataque y... No queráis saber lo que os pasaría si osáis atacar a cualquiera de los dos. –La reina lo miraba fijamente mientras hablaba. Su voz parecía atravesar su cuerpo, que había comenzado a temblar–. Responderéis personalmente de cualquier ataque que provenga de un amigo

vuestro. Más os vale no incitarlos. –Isabel se puso en pie. Sus guardias se tensaron–. Ahora marchaos.

Pedro necesitó ayuda para levantarse. Dos guardias lo condujeron a la plaza de armas, donde tuvo que sentarse para recuperar la calma.

Kasim sintió como el miedo se disolvía, dando paso a un sentimiento de gratitud que manifestó uniendo las palmas de las manos y haciendo una reverencia. La reina se dirigió a él:

–Os convertisteis, pero ¿sentís en vuestro corazón los misterios de la fe verdadera?

–Sí, señora, y cumplo con todos mis deberes como cristiano. –Kasim sabía que odiaba a los falsos conversos.

Isabel trató de escrutar en la mirada del hombre para encontrar su verdad.

–Bien –dijo al fin–. Tras la hazaña de la mezquita os concedimos una tierra en Granada y un acostamiento. –Kasim se sorprendió por la buena cabeza de la reina–. Ahora os permito pedir algo más. Sed breve.

Kasim valoró sus posibilidades. Tenía cubiertas sus necesidades y formaba parte del ejército castellano, lo que le permitiría entrar en Granada cuando fuera conquistada. Pensó que sólo había algo que anhelaba con toda su alma: vengarse de Boabdil. La reina no podía satisfacer ese deseo, pero sí podía acercarlo más a su objetivo. El granadino sabía que, cuando un soberano concedía una merced, no se debía ser ambicioso, de modo que agachó la cabeza y habló con tono humilde:

–Majestad, sólo deseo serviros mejor. Sirvo como escucha; he venido con la milicia de Sevilla. Pero en Granada serví al Zagal. Desearía poder formar parte de la guardia de los reyes.

–Las guardas reales... –musitó Isabel–. Mejor paga, aunque más carga. ¿Lo asumís?

Las guardas reales cobraban del tesoro de los reyes. Ejercían funciones de escolta, pero también podían ser destinadas a la

frontera o como guarnición en plazas difíciles.

–Lo asumo, majestad.

–Bien, que así sea. Entraréis a nuestro servicio como hombre de armas. Seréis provisto de todo lo necesario. –Alzó la voz en este punto y miró de reojo al capitán de su guardia para que recibiera la orden–. Con esto nuestra deuda queda saldada –advirtió–. Ahora podéis marcharos.

Isabel se dispuso a retirarse, pero, antes de entrar de nuevo en su tienda, se dirigió en privado a su capitán para matizar su orden:

–En las guardas, pero no en mi escolta.

El capitán sonrió y asintió.

Kasim le dio las gracias mientras ejecutaba dos reverencias. El mismo guardia que lo había conducido hasta la reina lo acompañó a la plaza de armas. Allí se aflojaron sus nervios. Había conseguido alejar la amenaza de Pedro el Pedo y también había logrado una posición más elevada en el ejército castellano. Un extraño cosquilleo invadió sus miembros. Era la excitación de un camino nuevo, de un logro que lo situaba más cerca de su objetivo. «Prima, niños míos, pronto estaréis vengados y podré reunirme con vosotros en paz», se dijo. Luego un atisbo de culpa se instaló en su mente al recordar a Beatriz. Era la primera vez que le ocurría.

Moclín, julio de 1491

–¿Cómo es mi madre? –preguntó el niño.

Adhara estaba cocinando. Caía la noche y llegaba la hora de romper el ayuno de ramadán. Ahmed no estaba obligado a cumplir con él. Sin embargo, en ocasiones se unía a ella para demostrar que era más maduro que los niños de su edad.

–Tu madre es una mujer joven y hermosa. Sus ojos son negros y grandes, como los tuyos, y su piel es blanca como la nieve y tersa como la seda. Te quiere más que a nada en el mundo.

Al niño le costaba imaginarla. Había construido una imagen de ella basándose en las descripciones, pero aquella fantasía de su

imaginación estaba carente de vida.

–¿Y mi padre?

–El emir de Granada es un hombre apuesto. Joven también, aunque le saca unos cuantos años a su esposa. Sus ojos son igualmente oscuros, pero más pequeños. Es delgado, de talla normal, y un hombre sabio que gobierna bien su emirato. Pone todo su empeño en recuperarte.

Adhara había dulcificado sus descripciones. Llevaba años sin verlos, pero sabía que el joven príncipe necesitaba un estímulo para que aflorara su creatividad.

–Vamos, Ahmed –lo animó Ibrahim, que permanecía ante la carta en blanco con su pluma cargada de tinta–. Puedo echarte una mano. Querido padre –pronunció mientras escribía–, querida madre: el Compasivo os colme de dones y permita que me reúna pronto con vosotros. –Alzó la vista y miró inquisitivo a su alumno, que tardó en recoger el envite.

–Deseo veros. La separación es dolorosa. –Le costaba continuar. No encontraba las palabras. Sentía que escribía para dos desconocidos.

–Puedes hacerlo mejor. Busca en tu corazón. –Adhara comprendía su bloqueo. Se acercó a él y apoyó las manos en sus hombros–. La reina Isabel te brinda una oportunidad y debes aprovecharla. Tu madre se alegrará mucho.

–La distancia que nos separa pronto no existirá –prosiguió Ahmed, y Adhara palmeó para celebrarlo–. Pasearemos juntos y podréis enseñarme los palacios de la Alhambra, de los que tanto me hablan.

Ibrahim tomaba nota. En algunos puntos se extendía, para darles mejor forma.

–Padre, madre, os amo y deseo teneros cerca. Os respeto, aunque no os vea. Sé que estáis trabajando para tenerme pronto en Granada.

Adhara e Ibrahim cruzaron miradas. Sin hablarse se entendieron. El maestro terminó de redactar la carta a la luz de una lámpara de

aceite. Adhara dispuso la mesa para la cena. Kamal, el guardia sudanés, se les unió enseguida. Como en cada ruptura del ayuno, reinó un ambiente festivo. Ibrahim bebió vino castellano y Kamal cantó una canción de su tierra que su madre solía cantarle cuando era niño. A Ahmed le encantaba aquel mes en el que cada noche se celebraba una pequeña fiesta.

–Adhara –llamó el niño cuando llegaron a los postres–, cuando esté con ellos, ¿podré seguir viéndote?

La mujer se emocionó.

–Claro que sí, ángel mío. Yo nunca me apartaré de tu lado. –Se levantó para que no vieran el brillo acuoso de sus ojos. Ahmed la quería como a una madre, y ella correspondía con creces a ese sentimiento.

Terminó la cena e Ibrahim se retiró. Kamal remoloneó para quedarse un rato más. Adhara mandó a Ahmed a la cama y el guardia se acercó a la mujer y la abrazó.

–¿Y nosotros? ¿Tampoco te apartarás nunca de mi lado?

Ella lo besó en los labios.

–Será lo que tú quieras que sea –contestó.

En silencio, para no alarmar a Ahmed, que dormía en la planta superior, se amaron. Su relación se afianzaba y ambos sentían que habían tenido suerte al encontrarse.

–Pediré tu mano a tu padre –susurró Kamal con la respiración agitada.

–Te costará conseguirlo, te lo advierto. Mi padre es miembro de la corte del emir. No le vale cualquiera.

–Ya. No le vale un guardia negro...

–No, Kamal. No le vale un guardia negro –repitió ella con un esbozo de sonrisa–, pero yo te encalaré si hace falta, y te vestiré como a un comerciante genovés.

Adhara se recostó y se quedó dormida sobre el pecho del hombre. Kamal besó sus cabellos y dio gracias a Dios por permitirle amarla.

Granada, comienzos de agosto de 1491

–¡Ay, mi niño! –gritaba Moraima. Besaba la carta y la empapaba con sus lágrimas–. ¿Lo has oído? ¿Has oído lo que me escribe? Mi niño precioso.

Nawar, a su lado, sonreía. Moraima le había leído la carta más de diez veces analizando cada párrafo, simulando la voz infantil, comentando cada palabra...

–Añora estar contigo. Pronto lo estará.

Moraima la miró y sus ojos adquirieron una expresión de determinación que borró cualquier rastro de alegría.

–Voy a hablar con él.

–¿Estás segura?

Nawar supo a quién se refería. No estaba convencida de que fuera una buena idea. Sin embargo, Moraima, sin soltar la carta, se ajustó un velo al cabello y salió del harén a paso ligero.

Bajó las escaleras dando saltos. Salió del palacio ignorando a los guardias y buscó los jardines del Partal. Encontró a su esposo en el mirador. Estaba practicando fintas de esgrima con Muza, su visir de la Espada. Desde la derrota de Albolote, Boabdil había decidido retomar sus entrenamientos. A diario cabalgaba, practicaba con la espada y la lanza, e incluso hacía ejercicios gimnásticos.

La esposa se acercó a él agitando la carta. Muza se detuvo y dejó que Boabdil recuperara el aliento.

–Mira lo que he recibido –le dijo ella.

–Lo sé. Ha pasado antes por mí –respondió el emir entre resoplidos. Sudaba abundantemente. Su aspecto había mejorado; las preocupaciones y los entrenamientos habían hecho que luciera una figura más esbelta.

–¿Qué vas a hacer? Quiere estar con nosotros. Somos sus padres.

–Moraima –hacía mucho que no la llamaba por su nombre–, me estoy esforzando. Los juegos de la política son complejos. Aunque no sepas verlo, hemos avanzado mucho en nuestro objetivo. –Muza

asintió–. Nuestra resistencia les sale cara a los rumíes. Negociarán pronto. Créeme, dame algo más de tiempo.

Moraima miró a los dos hombres alternativamente. Supo que no tenía nada que hacer por el momento. Tal vez su esposo tuviera razón, tal vez los rumíes estaban a punto de negociar. «Por eso han permitido que nos escriba», pensó. Se dio la vuelta y echó a andar hacia el palacio.

–No se ha despedido –comentó Muza con aire jocoso mientras señalaba la jineta del emir con su propia espada, animándolo a retomar el entrenamiento.

–Ni me ha gritado –añadió Boabdil–. Eso ya es un gran avance.

Tomó impulso y lanzó su arma con fuerza. Muza alzó su adarga y desvió el golpe; luego, con un movimiento ágil, colocó su espada en el costado del emir.

–Otra vez –soltó el visir mientras daba dos pasos atrás y se colocaba en guardia.

Villa de Santa Fe, agosto de 1491

La casa de los reyes estaba casi terminada. La villa había sido guarnicionada en previsión del próximo traslado de la familia real. En la planta superior, un peón enfoscaba las paredes y, afuera, otros dos le daban una mano de cal a la fachada. El conde de Tendilla, actual capitán general de la frontera, el marqués de Villena y el duque de Cádiz, sus predecesores, aguardaban a Isabel y Fernando en el salón principal de la vivienda. Los tres nobles iban a asistir a los monarcas en consejo. Hernando de Zafra ejercería de secretario.

Los reyes llegaron escoltados por sus guardias y tomaron asiento frente a los nobles. Fernando de Aragón tomó la palabra en primer lugar:

–Señores, duque, marqués y conde, a la reina y a mí nos complace veros. Con la ayuda de Dios, esperamos llegar a un buen entendimiento que aleje las dudas y acuerde una sabia decisión –hablaba en tono formal, como a Isabel le gustaba–. Avanza el verano. A su término, hemos decidido levantar el campamento para

dar descanso a los hombres. Aquí en la villa quedará una nutrida guarnición para mantener el asedio durante el otoño y el invierno. En primavera volveremos a convocar a las tropas y levantaremos de nuevo el real de la Vega.

–Bienvenidos a nuestra casa –tomó la palabra Isabel–. Dios os guarde. Antes de que llegue el momento de levantar el real, consideramos que es nuestro deber intentar provocar un avance en la guerra que ponga en aprietos a los moros y los fuerce a capitular. Queremos saber vuestra opinión a este respecto.

Sonó alguna tos nerviosa y los nobles se miraron de soslayo.

–Coincido con vuestras majestades en que hay que intentarlo –dijo el conde de Tendilla. Era un militar experimentado, ingenioso y valiente, que había participado en otros asedios como el de Baza, en el que resultó herido–. La villa está bien protegida, pero quedaría muy expuesta en la Vega. Aquí no caben hombres suficientes como para plantar cara a Granada. He tanteado a nobles y capitanes, y todos rehúyen el tema cuando les hablo de la alcaldía de Santa Fe. No será un cometido sencillo.

–Traigamos bombardas –propuso el marqués de Villena.

–La reina y yo lo hemos barajado –contestó Fernando–. Tardarían en llegar, y deberíamos trasladar el real a las cercanías de Granada. No sería seguro, y no sería fácil abrir brecha. Las murallas de Granada no son como las de Baza. –Había otro motivo por el cual no habían movilizado artillería gruesa para aquella campaña. Sabían que, tarde o temprano, Boabdil negociaría.

–Batalla campal –dijo el duque de Cádiz, el hombre de confianza de Fernando–. Podemos provocarlos para que salgan. Deberíamos llevar un ejército fuerte, aunque no tanto como para espantarlos. Iríamos por la zona del Genil. Allí hay alamedas que pueden ocultar escuadras de jinetes. Cuando hayan salido y se hayan alejado, los aplastamos, los hacemos huir y lanzamos a los jinetes para que se mezclen con ellos. Los nuestros entrarán en Granada en la confusión de la huida y mantendrán las puertas abiertas para el resto.

Tras su exposición se hizo el silencio. Todos contemplaban aquella posibilidad. La reina fue la primera en reaccionar. Sonrió y miró a su esposo, que tomó la palabra.

–Es posible. Ponerles un cebo y dejar que piquen. Ya lo hicieron en Albolote. Esta vez estaremos más cerca de la ciudad. ¿Alguna reserva sobre el plan? –se dirigió a los otros dos nobles.

–Hay que hacer buenos cálculos y movernos con cautela, pero es posible, sí –concedió el conde de Tendilla.

–Si funciona, tendremos Granada ese mismo día –afirmó rotundo el marqués de Villena–. Si no, seguiremos como estamos. No perdemos nada por intentarlo.

–Sea pues –sentenció Isabel–. Confío en el buen hacer de los mejores hombres de Castilla. Dios está con vosotros.

Hernando de Zafra tomó nota de todo. El Consejo deliberó sobre el número de hombres que debían movilizar y sobre las mejores zonas de despliegue y ocultación.

–¡Ah! –se oyó en la planta superior.

Los hombres se agitaron y echaron mano a sus espadas. Los guardias de la puerta accedieron al salón.

–Pero ¿qué te ha pasado? –se escuchó a un peón de los que trabajaban en la fachada.

–Me he cortado –contestó el que estaba en la planta de arriba, a través de una ventana.

–Pero, hombre, ¡cuánta sangre! Anda, corre y ve a lavarte, y véndate.

Los miembros del Consejo rieron y los guardias se relajaron. Terminaron de debatir sobre asuntos menores y se despidieron. Isabel y Fernando se rezagaron en el interior de la vivienda.

–En unos días estaremos aquí con nuestros hijos –comentó el rey.

Isabel se acercó a él y se dejó besar.

* * *

Se lavó en la acequia y se vendó la mano con un jirón de tela, pero la herida seguía sangrando. El peón deambuló por un lateral del campamento, siguiendo el camino del agua. Se alejó despacio, buscando un pequeño bosque de granados que se abría hacia oriente. Enseguida perdió de vista las rondas. A la sombra de uno de los árboles, se bajó los pantalones y defecó. Aguardó durante un rato. Luego, observó los alrededores y comprobó que no había nadie cerca. Entonces retomó su camino, acelerando el paso en dirección a Granada.

* * *

–Tenías que haberlo visto. –Beatriz no paraba de reír–. ¡La cara de estreñido que ha puesto! Y se ha ido como si lo persiguiera un perro de caza. –Nuevas carcajadas–. Ahora me tiene miedo.

Kasim reía con ella. Estaban frente al hospital, en la explanada en la que solían encontrarse. La joven había recuperado la jovialidad y su esposo se complacía por ello.

–Ahora eres una protegida de la reina –le dijo él con tono ampuloso.

–¡Cualquier cosa! ¡Eh, oye! –Beatriz llamó la atención de una muchacha que pasaba cerca cargando con un perol–. Mira, María, aquí tienes a una amiga de la reina. –Las dos rieron.

–Sí, sí –respondió la otra, resuelta–, y yo soy la princesa de la morería.

–He cobrado una paga –dijo Kasim, cambiando de tema. Ya había sido integrado en las guardas reales–. Ahora cobro más, pero me lo gano. Me hacen entrenar de sol a sol. También me darán una tierra en Granada, cuando caiga. Todo será para ti.

–Para nosotros –corrigió Beatriz–. No empieces con tus mensajitos agoreros...

Kasim prefirió dejar de hablar sobre aquello. Sabía que resultaba doloroso para su esposa. Sin embargo, de vez en cuando insistía en recordarle su destino. Si algún día conseguía vengarse del Zogoibi, sería prendido y ajusticiado. Cumplir con su objetivo supondría su

propia muerte. Comenzó a despedirse para llegar a tiempo al entrenamiento.

–Esposo –lo llamó Beatriz con voz melosa antes de que se fuera–, ya es hora de retomar los encuentros, ¿no te parece?

Kasim sonrió.

–Esta noche –propuso, y se alejó en dirección a los cuarteles.

Granada, agosto de 1491

El escándalo de las milicias llegaba al patio del palacio de Comares. A la entrada del salón del Trono, junto a la alberca cercada de arrayanes, Boabdil se dejaba armar ceremonialmente. Su madre, su hermana y su esposa observaban cómo dos siervos apretaban las correas de su imponente coraza. Una vez afianzada, lo vistieron con una marlota bermeja. Su espada jineta, guarnecida de plata, colgaba de su cintura. Le acercaron su lanza, que agarró con orgullo, dejando el regatón descansar en el suelo. Por último, los siervos ajustaron a su cabeza un capacete decorado con arabescos que lucía en la frente el lema de la dinastía nazarí: «Sólo Alá es vencedor».

Boabdil miró a las tres mujeres de su familia. Su hermana le sonreía, divertida. Fátima la Horra, su madre, mantenía el rictus serio mientras observaba cada detalle de la ceremonia. Moraima tenía los ojos hinchados y humedecidos. Había vuelto a llorar. Cuando supo que los rumíes se habían acercado a las murallas, suplicó a su esposo que detuviera la lucha, que negociara ya de una vez por todas. Sin embargo, el emir se mostró inflexible y la despachó con un lacónico «no lo entiendes» que no hizo más que ahondar en la desesperación de su esposa.

–Marcho a la guerra –les dijo–. Mi deber es defender Garnata y, si ha de caer, procurar que lo haga con honra. –Las miró con intensidad–. Os pido perdón, a las tres, por los errores que haya podido cometer en el pasado. Disculpad mis actos para que marche en paz.

–¿Qué pasa? –preguntó la madre con sequedad–. ¿Qué sabes tú que no sabemos nosotras? –Boabdil suspiró, pero guardó silencio–.

Vamos, hijo. ¿Qué pasa?

–Será la última batalla. Los derrotaremos o caeremos. Y yo estaré con los míos en el campo hasta el final. –Alzó la cabeza. Quería limpiar la vergüenza que sentía por su actitud en Albolote.

–¿Por qué es la última? ¿Qué hay de diferente? –insistió Fátima.

Boabdil la miró fijamente y se decidió a contarle lo que sabía.

–Uno de nuestros espías vino hace unos días y nos informó. Los rumíes han tramado una artimaña para que Garnata caiga sin honor. Quieren provocar una batalla, alejarnos y luego hacernos huir. Se mezclarán con los nuestros en la huida y así entrarán por las puertas para mantenerlas abiertas. No puedo dejar que nuestra tierra caiga así.

Fátima comprendió. Su hijo había movilizado a todas las tropas que le quedaban para plantar cara en batalla campal. Si los rumíes habían provocado a los granadinos, éstos acudirían al cebo con todo lo que tenían. Tal vez, con un poco de suerte, pudieran alzarse con la victoria. La madre negó con la cabeza lentamente. El orgullo y el miedo se acrisolaban en su pecho.

–No debes tirarlo todo en un solo día. –No había desprecio en su voz. Observaba a su hijo con el respeto que se debe a un emir que asume la responsabilidad de defender su emirato–. Si hoy cayeras, ¿qué sería de tu pueblo, de todos los que dependen de ti, de tu familia? Nos condenarías a morir o a acabar como esclavos de un rumí, malvendidos a los piratas africanos. Recapacita. Admiro tu valor, hijo. –Por primera vez en muchos años, sus ojos brillaron de emoción–. Por el Altísimo, te honra tu voluntad. Sin embargo, es mucho lo que te juegas y, si pierdes, nos condenas a todos. –Boabdil la escuchaba sereno–. Batalla, mawlana –usó el término protocolario–, ponte al frente de tu ejército y batalla, pero hazlo con sensatez, sin alejarte de las murallas, y sabiendo reconocer una derrota si llega el momento. Las cartas que hemos de jugar no se echarán sobre la tierra de la Vega, sino en los despachos de los secretarios. Así debe ser si queremos el bien para nuestro pueblo. –

Habló con calma, sin aspavientos, procurando recurrir a la razón. Dio dos pasos y abrazó a su hijo.

–Haremos lo que demande la lucha –respondió Boabdil.

–Por nosotras, por tu hijo –en este punto, Fátima miró a Moraima para ganarla como aliada–, por tu pueblo, jura que no te alejarás de las murallas.

–Lo intentaré –concedió al fin, enternecido por la actitud de su madre.

–Hijo mío –dijo ella mientras se encaminaba hacia el ejemplar del Corán que reposaba abierto sobre un atril, a pocos pasos–, jura sobre el Libro que no te alejarás de las murallas. –Lo puso cerrado ante él.

Boabdil miró a Moraima, que había juntado las manos en actitud de plegaria y lloraba. Alzó la mano que tenía libre y la posó sobre el libro.

–Pelearé contra los rumíes, sacaré de Garnata todas las tropas que pueda –su voz retumbó en el patio y pareció provocar ondas sobre las aguas calmas de la alberca–, pero no las alejaré de las murallas –pronunció, comprometiéndose a no luchar a la desesperada, a no jugarse en un solo día el destino de una guerra de diez años.

* * *

Los castellanos saqueaban las huertas cercanas a la confluencia del Darro con el Genil. Habían capturado a un buen número de campesinos y derribado una torre que les servía de refugio. Mientras intentaban quemar los frutales de una munia, se abrió la puerta de al-Murdi, al norte del arrabal de la Rambla, y salió el ejército granadino. Las banderas, blancas, bermejas y verdes, se señorearon por los campos mientras los guerreros se agrupaban a su alrededor. El emir había sacado su propia enseña, que portaba un qaid de su guardia. Cientos de vecinos de la medina ascendieron a los adarves de las murallas para contemplar cómo Boabdil acudía a la batalla.

–¡Mawlana!

–*Wa-la galib illa Allah!*

El lema de su dinastía corría de boca en boca, vociferado por un pueblo que comenzaba a saberse perdido. Sólo Dios es vencedor. Pero en aquella vega había dos pueblos enfrentados que se disputaban al mismo Dios.

Las tropas nazaríes se movieron hacia el sur. Los rumíes dejaron las talas y se organizaron. Ocultos en las alamedas de la ribera del Genil, miles de hombres acechaban expectantes, relamiéndose por el botín que adivinaban tras las murallas. El propio rey Fernando permanecía escondido en las arboledas.

Sin embargo, los granadinos se detuvieron en formación a una distancia prudencial de la muralla. Los castellanos los tentaron, lanzando oleadas de jinetes que enseguida retrocedían sin conseguir respuesta. Las cuadrillas de ballesteros y espingarderos de ambos bandos se hostigaban, pero ninguno de ellos parecía decidirse a atacar con su grueso.

Boabdil transmitió una orden a su qaid, que corrió por las filas. Los peones avanzaron cien pasos, provocando el movimiento de los invasores.

–¡Santiago!

–¡España!

Se oyeron gritos, esta vez del lado cristiano. Cuando las tropas castellanas se acercaron, los espingarderos moros abrieron fuego, saturando el aire de pólvora. Para los cristianos parecía no haber marcha atrás, de modo que cargaron con todas sus fuerzas.

Boabdil, montado en su caballo, sonrió. «Habéis caído», pensó, complacido. Sus hombres ejecutaron el viejo movimiento, tan antiguo como la misma guerra. Se dieron la vuelta y corrieron en dirección a las murallas. Desde los adarves resonó el estruendo de varios ribadoquines que disparaban contra sus perseguidores. La artillería menor causó estragos entre las filas rumíes. Decenas de hombres cayeron mutilados. Luego, en un movimiento ágil, la

caballería ligera granadina se abrió por los flancos y acosó con jabalinas y azagayas a sus oponentes.

Los cristianos retrocedían, desorientados primero, con grandes carreras y gritos después. Los nazaríes mantuvieron la formación al pie de las murallas, advertidos por sus capitanes de la estratagema diseñada por los rumíes.

Desde la alameda, el rey Fernando observó la maniobra de los moros, que buscaban el amparo de sus muros. «Están al tanto», se dijo.

–Vuestra majestad, ¿cargamos en su ayuda? –le preguntó un capitán de la Hermandad.

–Volvemos al real –contestó el monarca, iracundo–. Antes, arrasadlo todo alrededor de la ciudad.

Con una nutrida escuadra de las guardas reales, Fernando regresó a la villa de Santa Fe, donde ya se había instalado con su familia. La mayor parte de las tropas movilizadas se desplegaron sobre el manto fértil de la Vega, arrasando cada brote de planta que sobresalía de la tierra.

Boabdil entró en la medina por la misma puerta de al-Murdi. Los granadinos lo recibieron con vítores y loas. El emir, reconciliado consigo mismo, recorrió las calles con pose orgullosa. «Tal vez todavía nos quede algo que decir en esta guerra», pensaba mientras recibía las bendiciones de cientos de rostros famélicos.

* * *

–Esposo –llamó Moraima desde el patio del Riyad. Boabdil regresaba de sus ejercicios–. Sé a quién nos conviene mandar. Es un rumí que habla bien el árabe y que ha vivido en Moclín. Está preso en uno de los pozos. –El emir la miró sorprendido–. Las esclavas hablan –aclaró–. Nawar me lo ha contado. Estará dispuesto a servirnos si lo liberamos.

La reina Isabel había escrito a Moraima para ofrecerle una comunicación regular con su hijo Ahmed. Proponía que designaran a un emisario que pudiera moverse por la frontera con paso franco.

«Sufro al pensar en vuestro tormento por no poder hablar con vuestro hijo durante tantos años...», había escrito la reina de Castilla en su misiva.

–Está bien –concedió Boabdil–, hablaré con él.

Se dispuso a continuar su camino, pero la mujer lo retuvo.

–Boabdil, es el momento. –El hombre ensombreció la mirada–. Nuestro hijo sufre sin nosotros. Ya no hay lugar para las batallas. Hemos ganado una, pero perdido cien. Negocia ahora que...

–¡Basta! –explotó el emir–. Deja de presionarme. No alcanzas a entender lo que está pasando. Serán los reyes rumíes los que vendrán a nosotros. Así debe ser, por el bien de todos. –Moraima arrancó a llorar y Boabdil echó a andar. A tres pasos de ella, se giró y la señaló con dedo acusador–. ¿Sabes lo que pasaría si el pueblo se enterara de que capitulamos, de que vamos a la Vega a ofrecer Garnata a los rumíes? ¿Lo sabes? –Hizo una pausa–. Asaltarían la Alhambra. Nos echarían, o nos matarían, y Ahmed se quedaría con la reina rumí para siempre. –Temblaba de furia–. Eso es lo que pasaría. ¡Basta ya! Tengo mil voces en la cabeza, cada una pidiendo algo diferente. ¡Dejadme en paz!

Desde el umbral de la sala del Vino, Fátima contempló a su hijo saliendo del palacio por la puerta de la Rauda. Cubrió sus cabellos con un pañuelo y siguió sus pasos.

Encontró a Boabdil sentado en un mausoleo. La gran losa de mármol tenía las inscripciones gastadas. La tradición afirmaba que allí estaba enterrado Ibn al-Ahmar, el fundador de la dinastía nazarí, cuyos restos habrían sido trasladados allí desde el panteón familiar de la rauda de la Sabika. El emir vio acercarse a su madre y le habló con aspereza:

–No me dejáis siquiera saborear una victoria.

Fátima se sentó a su lado. Apoyó una mano en su rodilla.

–Os he escuchado. Tu esposa está desesperada. Algún día perderá la cabeza.

–La ha perdido ya –afirmó él.

–Sabes que no la estimo especialmente –se esforzó por expresarlo con delicadeza–, pero tal vez en esto tenga razón. –Boabdil giró la cabeza hacia ella–. Sí, hijo. Has peleado con valor y has salvado tu honor. Has obtenido una victoria, pero bien sabes que sólo has derrotado al cebo que pusieron delante de ti. –El joven emir se disponía a replicar, pero la mujer prosiguió–: No te quito mérito. Quiero que me entiendas. Los rumíes tienen poder suficiente para aplastarnos.

–Eso lo sabemos desde hace meses, y aquí estamos, resistiendo.

–Sí, hijo, pero ahora has obtenido una victoria. Es el momento.

–No te entiendo. ¿Es que siempre vas a la contra? ¿Ahora precisamente quieres que nos rindamos?

–No hablo de rendirnos ya. Hablo de mandar a alguien, de empezar a hablar. Ahora estarán más predispuestos.

–Ya. Después de dar un palo estarán más blandos. –Boabdil comprendió.

–Exacto. Ahora saben que puedes hacerles daño, que tomar Granada no será tan fácil. Antes de que eso se pueda estropear, aprovéchalo.

Boabdil meditó en silencio. Luego palmeó la losa de mármol como si quisiera invocar al primer emir nazarí.

–Él también lo hizo. Muhammad I entregó Jaén y negoció con los rumíes para asegurar la vida de su pueblo.

–Así fue. Es el momento, mawlana –le dijo su madre con respeto. Su actitud hacia él había cambiado desde que lo había visto dispuesto a morir por evitar que Garnata cayera sin honor.

Pasaron un rato juntos, en silencio, sentados sobre la supuesta tumba de Ibn al-Ahmar. Boabdil pensaba en las palabras de su madre, certeras como dardos. Fátima meditaba sobre las de su hijo, y se guardaba para sí un pensamiento: «Ibn al-Ahmar pasó a la historia como el fundador de un emirato. Tú quedarás como el desgraciado que lo arruinó».

LIBRO V
PARLAMENTOS

Moclín, finales de agosto de 1491

Hernando de Baeza llegó a la fortaleza escoltado por tres guardias castellanos. El alcaide, don Martín de Alarcón, lo recibió con alegría. Hernando había estado a su servicio y lamentó mucho la noticia de su apresamiento por los moros.

–Me han liberado para que los sirva –le informó el emisario–. Llevaré y traeré los recados para el rey moro.

Don Martín lo abrazó, emocionado.

–Me serviste bien, Hernando. Aquí siempre serás bien recibido. –Lo agarró del brazo y se lo apretó con cariño–. Por Dios bendito, hay que alimentarte.

–Gracias a Dios y a la Virgen María, parece que los tiempos del hambre ya pasaron, don Martín. Pronto me veréis las lorzas de antaño.

Ambos rieron. Hernando fue llevado sin demora a la vivienda del infantico, donde le presentó sus respetos y le entregó los regalos de su madre.

–Vuestra señora madre, la reina de Granada, os envía su cariño.

Colocó sobre la mesa un hermoso ejemplar del Corán forrado con cuero y decorado con oro, y una túnica de seda teñida en bermejo. Luego leyó en voz alta la carta de sus padres. Hernando hablaba el árabe con fluidez, pero era un lector mediocre, de modo que a menudo tuvo que detenerse para intuir el sentido de alguna frase. Adhara e Ibrahim estaban presentes. Ambos observaron con detenimiento al niño. Las palabras volaron por el aire de la estancia esparciendo el amor de una madre desesperada. Ahmed escuchó con atención, aunque con escasa emoción. Miraba de soslayo a Adhara, y ésta le sonreía con los ojos anegados de lágrimas. Intuía cercano el momento de la separación.

Terminó la lectura y Hernando de Baeza comenzó a despedirse.

–Podéis redactar una carta y yo la llevaré a la Alhambra. A partir de ahora os comunicaréis con vuestros reyes así.

Salió de la vivienda e Ibrahim lo siguió.

–Don Hernando, me gustaría preguntaros por la situación en Granada. Este cambio me hace pensar que hay nuevas.

El emisario echó a caminar y lo tomó del brazo para que lo acompañara.

–He estado metido en un pozo. Pocas noticias tengo. Sin embargo, cuando me mandaron al campamento de la Vega, enviaron conmigo a otro hombre, uno de los vuestros. Bueno, en realidad fue castellano. Me contó que de muy niño lo tomaron preso en una razia y que renegó de su tierra y de su fe.

–¿Y dónde está ese hombre? –preguntó el granadino.

–Se quedó en el real. Lo único que sé es que llevaba una carta del secretario de Boabdil para mis reyes.

–De al-Muleh –dijo Ibrahim. Hernando de Baeza se encogió de hombros, sin poder confirmar el nombre–. Gracias, don Hernando. Vuestra información es muy útil para nosotros. Mañana tendréis la carta del príncipe Ahmed para sus padres.

El emisario se alejó subiendo las cuestas que llevaban a la alcazaba.

–Comienza el baile –dijo el maestro cuando se quedó solo.

Vega de Granada, finales de agosto de 1491

Yahya al Nayar fue recibido a las afueras del campamento por su hijo, que lideraba a los alpujarreños que se les habían unido. El viejo león, mano derecha del Zagal, alcaide de Almería y defensor de Baza, acudía a la llamada de los reyes para asesorarlos. El hombre había perdido pelo y ganado algunas canas. Sin embargo, mantenía la pose orgullosa. Venía de Loja, donde se había instalado cuando perdió sus territorios en la Alpujarra a manos de Boabdil. Se había mantenido fiel a Isabel y Fernando durante los últimos meses, pero se había esforzado en recordarles su papel en la capitulación del

Zagal, insistiendo en sus reivindicaciones territoriales para cuando llegara el momento de repartir mercedes.

Escoltado por su hijo, Yahya penetró en la villa de Santa Fe, que ya estaba poblándose con gente del real de la Vega. La guardia lo condujo hasta la casa de los reyes.

–Don Pedro de Granada, nos complace veros –saludó Hernando de Zafra en nombre de los monarcas. Fernando e Isabel permanecían sentados en sus tronos.

–Al servicio de vuestras majestades. –Su castellano había mejorado–. Espero que mi hijo Alonso esté siendo un buen vasallo, como yo mismo le enseñé a serlo.

–Vuestro hijo sigue haciendo méritos para su familia –afirmó el rey Fernando.

–Os hemos llamado para tratar sobre esta guerra –intervino Isabel, interrumpiendo los cumplidos. A la reina no le gustaba aquel hombre. Cuando era alcaide de Almería no había dudado en negociar con Castilla, traicionando a su señor. Luego, tras la toma de Baza, convenció al Zagal para que se rindiera. Había sido de gran utilidad, pero ella seguía pensando que no era de fiar. Sin embargo, don Pedro estaba tan interesado como ella en la caída de Granada. Eso lo seguía haciendo útil–. Boabdil nos ha mandado a un hombre para comenzar a hablar.

–¿Cómo se llama ese hombre?

–Hamete Uleylas –respondió Zafra–. Nos ha dicho que su emir está interesado en retomar nuestras pasadas conversaciones.

–Ahmed... –pronunció Yahya recuperando su acento árabe–. Lo conozco. Un hombre discreto. Boabdil no quiere que se sepa. Quiere negociar, pero a espaldas de su pueblo.

–¿Por qué iba un rey a hacer eso? –preguntó Isabel.

–Vuestra majestad, no conocéis a los granadinos. Granada es un pueblo difícil de manejar, siempre dividido y dispuesto a alzarse si algo no le conviene. A nadie le interesa incitar la revuelta. Tendría

resultados imprevisibles –añadió, por si contemplaban aquella posibilidad–. Mi consejo es que se actúe con cautela y discreción.

Isabel y Fernando asintieron. El rey miró al secretario, y Zafra tomó la palabra.

–¿Cómo obramos, pues?

–Boabdil sabe que está perdido, que no podrá resistir, y antes de caer por la fuerza quiere negociar. Si resiste, el asedio se prolongará más allá del invierno. Sabe que tampoco os conviene, que el campamento cuesta muchos dineros y que los hombres se cansan de estar fuera de sus casas. Es el momento, para él y para vos. La cuestión es: ¿qué deben ofrecer vuestras majestades? ¿Deben retomar la última capitulación pactada o pueden permitirse endurecerla? En ese caso, ¿hasta dónde cedería Boabdil?

Isabel sonrió. Le gustó la manera de discurrir de aquel hombre. Reconoció que era astuto e inteligente.

–Justo ésas son las preguntas que nos hacemos, don Pedro. Requerimos vuestro consejo.

–Majestad, desde mi humilde punto de vista, debéis haceros una pregunta: ¿hasta dónde estáis dispuestos a ceder para obtener Granada por capitulación?

Se hizo el silencio. Yahya había dado en la clave. Aquélla era la principal cuestión. Isabel y Fernando lo tenían claro. A pesar de la ruptura de los tratos pasados, a pesar de los ataques de Boabdil para recuperar territorios, a pesar de las constantes salidas de la caballería granadina para dañarlos, le darían lo mismo que le habían ofrecido en el pasado. El sueño de recuperar la vieja España goda lo valía.

–Meditaremos sobre ello, don Pedro –dijo Fernando–. Vuestro consejo nos ha sido muy útil. Algún día, ya muy cercano, podremos recompensar vuestra fidelidad y ayuda –se anticipó a su demanda–. Habladnos de Granada –cambió de tema–, de la ciudad, del castillo de la Alhambra, de la gente...

Los ojos de Yahya se encendieron, como si pudiera ver las altas murallas, las fuentes y los jardines de su ciudad.

–Majestad, la Alhambra no es un castillo. Es una ciudad dentro de otra ciudad. Tiene tres barrios y cien palacios. Hay soldados, administradores, artesanos, agricultores y cortesanos. Toda la ciudad sirve al emir. Los soldados lo protegen, los secretarios administran su riqueza, los artesanos y agricultores lo hacen más rico y los cortesanos lo asesoran. –Los reyes escuchaban maravillados. La corte de Castilla era itinerante y sus palacios eran austeros–. La ciudad es igualmente hermosa. Las calles principales están sembradas de frutales, hay aljibes en todos los barrios, y baños en los que los vecinos se lavan y conversan. Muchas casas tienen huertas y jardines cercados por tapias. No es la ciudad más limpia, pero, majestades, lo digo con respeto, he visitado muchas ciudades que huelen peor que Granada. –Isabel soltó una risita. En Sevilla había tenido que taparse la nariz con pañuelos empapados en perfume para pasear por algunas de sus calles–. Y la gente... Ya os lo he advertido: son orgullosos y complejos. Se dejan gobernar, pero están dispuestos a alzarse si no se les trata con justicia. Si os soy sincero, no me gustaría estar en la piel de Boabdil en los meses que están por venir –dijo para terminar su narración.

Los reyes asintieron. Comprendieron por qué Ahmed Uleylas había insistido tanto en que todo se llevara en el más absoluto secreto. «Iniciamos conversaciones, pero debemos seguir el asedio como si no estuviéramos parlamentando», pensó Isabel.

Despacharon a Yahya y le volvieron a manifestar su gratitud. Antes de marcharse, éste formuló una pregunta:

–Mis señores reyes, ¿tenéis noticias sobre el Zagal?

Fue Zafra el que respondió.

–Algunas nos han llegado, aunque confusas y contradictorias. Sabemos que sigue en África. Hay un rumor que lo pone como mendigo. Se dice que el rey que lo acogió le robó su tesoro por traidor a los moros de Granada. Otros dicen que vive bien, que es respetado por los africanos.

Yahya se marchó satisfecho. No le deseaba ningún mal a su cuñado. Tuvo la certeza de que el primer rumor, falso, había nacido en la secretaría de la Alhambra.

En el salón de la casa real quedaron los reyes acompañados por Hernando de Zafra, que terminaba de tomar nota de todo. Isabel se dirigió a él:

–Es vuestro turno, Zafra. Hasta ahora han hablado las espadas, que hablen ahora las plumas...

* * *

–Tengo la conciencia inquieta.

Kasim hablaba en susurros. Beatriz y él habían retomado sus encuentros nocturnos en el almacén del hospital.

–¿Qué te pasa? –se interesó la joven mientras se ajustaba la ropa.

–Me pesan las almas de los granadinos que he matado. –La mujer acarició su mejilla. Agradecía que le mostrara sus demonios–. Ayer soñé con uno. Su rostro se me ha quedado grabado. Lo maté con un virote en la última batalla. Mientras moría me miró. Se parecía mucho a un viejo amigo... Omar –susurró su nombre y las lágrimas emborronaron su mirada–. Fue a Baza por mí, yo lo convencí. Y murió allí.

Beatriz lo abrazó.

–No puedes arrastrar tanto dolor –le dijo al oído–. Compártelo, suéltalo.

Kasim lloró en silencio sobre su hombro. Beatriz tenía razón. Guardaba demasiados dolores dentro, tantos que peligraba su capacidad de sentir otra cosa que no fuera ese sufrimiento rancio. Se esforzó por desahogarse, por romper el muro que había alzado a su alrededor.

–Demasiadas muertes, demasiados golpes.

Beatriz apretó su cuerpo con fuerza, sintiéndolo por primera vez como un niño asustado. Les llegaron gemidos ahogados, de una pareja que se amaba no muy lejos, entre dos montones de sacos.

–No te me hundas, morito mío. –Beatriz lo besó. Sentía su corazón latir con fuerza.

Kasim la observó y sintió una oleada de amor y compasión que enseguida fue arrollada por lo inevitable de su destino. Le devolvió el beso y se puso en pie. Se limpió las lágrimas y recuperó el rictus de hombre atormentado. La acompañó hasta la linde de la zona de servicio. Luego se marchó a su propia tienda. Aquella noche, con el alma aligerada de su carga, durmió como hacía años que no dormía.

Granada, septiembre de 1491

El emir paseó entre los secretarios de la cancillería. Granada seguía remitiendo demandas de ayuda a Egipto, a la corte otomana o al norte de África. La mayoría de las misivas no obtenían respuesta y, cuando la había, solía consistir en buenos deseos y ruegos a Alá.

El visir al-Muleh se le unió cuando salía al patio.

–Llegó el momento –dijo Boabdil con alivio.

Los dos hombres caminaron hasta la sala del Mexuar.

–Mawlana, ya tenemos respuesta. Me han enviado regalos, para mí y para otros cortesanos. Hay telas de Florencia y de Londres. Sugieren que los emplee para convencer a los reticentes. Es buena señal.

Boabdil suspiró y susurró un «gracias al Compasivo» apenas audible.

–Todo se debe llevar en secreto. –Boabdil movió la cabeza hacia los guardias apostados fuera–. Hay muchos en contra de negociar; ellos, los primeros.

Los helches, los cristianos renegados, temían por su destino si caían en manos de sus antiguos soberanos. Eran los más radicales de los partidarios de la resistencia.

–Estoy de acuerdo, sidi. Ni siquiera el gran visir debe saberlo.

Boabdil sonrió. Sabía lo que su antiguo tutor opinaba del obeso Ibn Kumasa.

–¿Qué nos dicen? –preguntó el emir.

–Disculpan todo lo ocurrido. Entienden la difícil situación de la ciudad, dividida y exaltada. Nos apremian para que todo se arregle lo antes posible. Intuyo que quieren acabar antes del invierno.

–Redacta mi respuesta, de tu puño y letra. Que ningún katib intervenga. Sabes hacerlo. Agradece los regalos, disculpa mi actitud al romper los pactos y explica que mi pueblo me obligó. –Al-Muleh asintió–. Sin embargo, explica que necesitamos tiempo para convencer al pueblo granadino de que es mejor capitular. Diles que reconozco tu autoridad y la de Ibn Kumasa para actuar en mi nombre. Que Ahmed Uleylas lleve la carta a su campamento.

–Así se hará, mawlana. –Observó su figura. El emir había perdido peso y parecía más fornido–. Te sienta bien el ejercicio –le habló con la confianza del viejo maestro.

Se despidieron. Boabdil fue a su palacio para encontrarse con Diala. Estaba de buen humor y quería celebrarlo con ella. Al-Muleh regresó a la secretaría para preparar la carta. Estaba de acuerdo con todo lo que le había dicho el emir. «Por lo que veo, te manejas mejor en este campo de batalla», pensó el visir.

* * *

La niña corrió por los callejones para escapar del tendero. En los últimos días habían aumentado las mercaderías que se ofrecían en plazas y mercados. Los ejércitos parecían haberse dado una tregua y llegaban más recuas de la alquería de Alfacar y de los pueblos de la Alpujarra. Aquella mañana, Badra había conseguido un par de piezas de fruta y tres berenjenas. El último tendero la había sorprendido mientras le robaba y la había perseguido por los alrededores de su plaza. Las piernas ágiles de la niña lo dejaron atrás enseguida y el hombre se vio obligado a regresar a su puesto.

Deambulando sin rumbo por las calles, Badra llegó a la linde de la rauda del Albaicín. Allí descansó y pudo meter las berenjenas en su bolsa de tela. Se dispuso a regresar a la alcazaba Cadima, pero antes dirigió la vista hacia la colina del cementerio. Reconoció la capilla funeraria en la que tantas noches se había refugiado. Sintió el frío de aquellas madrugadas, el calor tibio del cuerpo menudo de

Jalil, el amigo perdido. De pronto le faltó el aire y estuvo a punto de romper a llorar. Agarró la bolsa y echó a andar para alejarse de aquel lugar maldito.

Caminó hasta el callejón de la Higuera, donde Reduán la esperaba.

–Ahí viene mi angelillo –dijo para recibirla. La niña le mostró el interior de la bolsa y el viejo faquí le palmeó la espalda–. ¿No será todo del mismo puesto? –La niña negó con la cabeza–. Bien, bien. Qué buena pinta tienen las berenjenas. Alá provee –soltó mirando al cielo, como si buscara una disculpa–. Venga, pequeña, vamos adentro. Prepárate, que la vecina va a llevarte hoy a los baños.

Badra dibujó una gran sonrisa. Le encantaba ir al baño con las mujeres del barrio. La alegría de las matronas, sus parloteos y risas, los otros niños que las acompañaban... Entró en la casa dando saltitos, alegre. Su corazón se conformaba con poco. En su corta vida ya había tenido tiempo para aprender una importante lección: no hacía falta más que un techo, algún que otro mendrugo de pan y el cariño incondicional de alguien para ser feliz, o, al menos, para estar menos triste.

Vega de Granada, septiembre de 1491

–Terrible –dijo Isabel sin siquiera saludar a su confesor.

Fray Hernando de Talavera caminó despacio y se sentó a su lado. La reina vestía un sencillo vestido de paño de color negro, sobre el que usaba una loba con mangas abiertas, también zaína. El calor veraniego no se había marchado aún. Isabel sudaba, pero no estaba dispuesta a renunciar al luto. Tenía los ojos rojos e hinchados.

–Pruebas que nos pone Dios en el camino, majestad –argumentó el obispo sin demasiada convicción.

–Pobre Isabelilla nuestra. Dios le dé fuerza.

–La fuerza la tiene, como su madre. –El hombre hizo una mueca que pretendió parecerse a una sonrisa.

Un emisario de Portugal había traído la funesta noticia de la muerte del príncipe heredero, esposo de la infanta Isabel. El joven

había sufrido una grave caída de su caballo mientras le disputaba una carrera a uno de sus escuderos. La corte portuguesa había tardado semanas en anunciar la trágica nueva. Los reyes de Portugal se habían esmerado en consolar a la infanta, tan joven y ya viuda, y, sin lugar a dudas, habían estado planteándose los pasos que debían dar para no perder la relación con su poderoso reino vecino.

–Se casó enamorada, excelencia. Lo veía en sus ojos cuando hablaba de él. Ay, qué pena más grande. Lo que debe de estar sufriendo mi chiquilla.

Las lágrimas volvieron a desbordarse de sus ojos y el confesor la dejó desahogarse en silencio. El hombre sabía que, en ocasiones, las almas no necesitan más consuelo que una compañía que respete su duelo.

–Ya –anunció Isabel pasado un rato. Se limpió las mejillas y se pasó un pañuelo por la nariz–. Lo necesitaba, excelencia. –El obispo asintió con una sonrisa beatífica–. Será duro para ella. –Se palmeó las rodillas y se obligó a recomponerse. Se puso en pie y caminó hasta una mesa cercana, donde descansaban varios documentos. Uno de ellos estaba escrito en el característico papel bermejo de la cancillería nazarí–. Tenemos respuesta.

–Dejadme adivinar, majestad: el rey Chico se disculpa por sus errores y también se congratula por el inicio de la negociación...

Isabel sonrió, aunque sus ojos seguían teñidos de tristeza.

–Conocéis bien los espíritus, obispo. Así es, y no me desagrada. Es lo que esperaba. Eso sí, nos pide tiempo para convencer a su pueblo. Esto nos permite mantener el real.

«Astuta mujer. Vuestro esposo no podrá marcharse hasta que caiga Granada», se dijo fray Hernando.

–Me congratula, majestad. ¿Qué vais a ofrecer?

–Veamos primero lo que el rey Chico propone. No vayamos a dar de más. En cualquier caso, nunca más de lo que ya ofrecimos en el pasado, que es bastante.

–Cierto, majestad. Ruego a Dios que sean sensatos y no les pueda la avaricia. Y, mientras se llega a un acuerdo, ¿qué pasará con la guerra?

–Todo se manejará en secreto para evitar altercados en Granada y deserciones aquí. La guerra seguirá, aunque ablandada. Ya hemos bajado el ritmo de las talas. Alguna exhibición, duelos entre campeones moros y castellanos... Poco más se hará.

–Veo que mi señora lo tiene todo bien atado, como esperaba. Vais por buen camino, majestad –carraspeó–. ¿Queréis confesión?

–Por supuesto, excelencia. Todos los días hay pecados que liberar.

La reina se puso de rodillas en su reclinatorio y el obispo arrastró su silla hasta él. Antes de comenzar el rito, le dijo:

–Recordadme que os traiga unos libros. Me los ha mandado el moro Abraham de Moclín. Son verdaderas joyas a las que sabréis sacar provecho, majestad. –Fray Hernando sabía que a la reina le encantaba descubrir lecturas estimulantes.

En la penumbra de la casa real, en medio de la villa de Santa Fe, la reina desahogó sus culpas una vez más. El nombre de Gonzalo Fernández de Córdoba volvió a aparecer entre sus desvelos.

Granada, septiembre de 1491

Terminaron de rezar y allí mismo, sobre las alfombras de seda del oratorio del Mexuar, se acomodaron para conversar.

–Te noto más aliviado –le dijo el faquí al-Pequeñí al emir.

Boabdil suspiró y sonrió.

–Los rumíes no lo saben, pero apenas nos quedan quinientos jinetes. Y el pueblo... Ya sabes lo que está sufriendo. Sí, estoy aliviado. Todavía podemos conseguir buenas condiciones para todos.

–¿Cómo van los tratos?

–Desde que ha entrado Ibn Kumasa todo se ha embrollado. Quiero a ese hombre, fue un gran defensor de mi causa contra mi padre, pero es un liante. Debo cargar más peso sobre al-Muleh, que es el más sensato.

–¿Qué ha pasado entre esos dos? –preguntó al-Pequeñí sofocando la risa.

–Como niños... –Boabdil rio–. Al-Muleh acompañó una hijuela a una de mis cartas en la que insultaba a Ibn Kumasa y advertía a los rumíes de que debían ignorarlo. Ibn Kumasa, por su parte, ha escrito en privado a los reyes para hacer sus propios tratos.

–Eso nos resta crédito –comentó en tono serio el faquí.

–Lo sé, y le voy a poner remedio. Los reyes han pedido que vaya alguien a su campamento para hablar cara a cara, y que nos dejemos de cartas. Es lo mejor para ellos y para nosotros. Voy a mandar a al-Muleh.

–Me parece correcto, mawlana. Y las familias, ¿saben algo?

Boabdil se puso serio y miró fijamente a al-Pequeñí.

–Nadie sabe nada, y así debe seguir. –El faquí se llevó la mano derecha al pecho y agachó la cabeza en señal de aceptación–. Los Abencerrajes y el banu Abd al-Barr siempre estarán de nuestro lado. Los al-Amin y los Bannigas pondrán el grito en el cielo cuando se sepa todo, pero no me preocupan. Apenas tienen poder. –Dirigió la vista al barrio de Axaris, que se vislumbraba a través de los arcos del oratorio–. Voy a enviar a al-Muleh a la Vega, pero no quiero que participe en la oferta formal. Quiero que seas tú quien la firme.

Al-Pequeñí apretó la boca y cerró los ojos como gesto de humildad.

–Agradezco la confianza que mi señor deposita en mí. Si participo en este proceso, no buscaré más que el bien de mis hermanos musulmanes.

–Por eso mismo cuento contigo.

Meditaron juntos y, mientras lo hacían, un aguacero descargó sobre la ciudad. Boabdil respiró el aire húmedo y sintió que sus pulmones se ensanchaban, que la ansiedad, tantos años contenida y disimulada, se liberaba con cada exhalación.

Cuando terminaron, el emir se dirigió a su palacio y mandó llamar a su esposa. Moraima se presentó en el patio del Riyad acompañada por un guardia.

–Ven y siéntate a mi lado –solicitó el esposo.

Se sentaron en sendas jamugas dispuestas a la entrada de la sala de la Leche. Boabdil ordenó que todos los guardias se retiraran. Luego habló:

–Moraima, estamos cerca. –La mujer lo miró sorprendida. Su corazón se aceleró y sus ojos temblaban–. Estoy negociando con los rumíes; ha llegado el momento.

–¿Cuándo? –preguntó la esposa con un hilo de voz.

–Será lento, tardaremos meses. El pueblo no está preparado aún. Pero ya no hay vuelta atrás. La capitulación está en marcha. –Moraima comenzó a llorar mansamente. Boabdil le cogió una mano y la apretó con las suyas–. Lo primero que pediré será la devolución de Ahmed. –El nombre del hijo desató un llanto más profundo–. Pero, Moraima, escúchame bien: nadie puede saber lo que está pasando. Nadie. Corremos peligro si los granadinos saben de esto. –Ella asintió y siguió llorando–. No debería habértelo contado, pero merecías saberlo.

Boabdil se acercó a ella y la besó en la mejilla. Ella no se apartó. El tacto de sus labios la hizo sentirse extraña, como si estuviera traicionando a su verdadero amor. Temió que su esposo le pidiera algo más. Sin embargo, Boabdil se puso en pie y comenzó a despedirse.

–Prepara algo para nuestro hijo. Hernando volverá a Moclín en unos días.

El emir se había entrevistado con Hernando de Baeza en varias ocasiones. El hombre lo informaba sobre la situación en la Vega y sobre la forma de vida de los rumíes.

Moraima se quedó sentada mientras su esposo se marchaba hacia la sala de la Miel. Una oleada de gratitud la sacudió desde los pies.

–Gracias –le dijo antes de perderlo de vista.

Él se giró y le dedicó una sonrisa.

–Pronto entenderás por qué ha sido así, por qué no lo hemos hecho antes –le dijo.

* * *

Montado sobre una mula, el visir de la Pluma salió de la Alhambra por la puerta de los Pozos. La noche se había cerrado, pero la luna, creciente, no había salido aún. Las estrellas titilaban como gemas preciosas incrustadas en un pedazo de carbón. El verano terminaba y las noches se habían vuelto más frescas. Al-Muleh vestía zaragüelles y camisa larga, cubiertos ambos por un sayo de paño basto. No quería llamar la atención. Iba solo, aunque dos guardias lo seguían a cierta distancia para velar por su seguridad.

Atravesó las pendientes de las colinas y bordeó el barrio de la Loma para dejarse caer hasta la ribera del Genil, cuyo curso siguió hasta dar con el viejo puente. Después de cruzarlo, se alejó hacia el sur. Oteó el horizonte hacia poniente y distinguió una fina columna de humo. Enseguida torció el rumbo hacia ella. En las inmediaciones de la alquería de Churriana fue interceptado por cinco caballeros rumíes.

–El seguro –lo interpeló uno de ellos con voz grave.

Al-Muleh extrajo el documento y lo ofreció a uno de los caballeros, que comprobó que estaba marcado con los sellos reales.

–Venid conmigo.

El visir lo siguió hasta la hoguera que se había usado para señalarle el punto de reunión.

–Me complace veros, hermano –saludó Hernando de Zafra.

–Bienvenido seas –le dijo en árabe Gonzalo Fernández de Córdoba.

–La paz sea con vosotros –devolvió los saludos al-Muleh.

Tal como se había previsto, desde Churriana hicieron el camino juntos hasta Santa Fe. Cuando los castellanos solicitaron su presencia, ésa fue una de las condiciones que impuso, además de

que la reunión fuera de madrugada para que nadie lo echara en falta en la Secretaría.

La comitiva bordeó el real de la Vega y se acercó al bastión oriental de Santa Fe. Al-Muleh observó las murallas terminadas, las torres, el foso, y pensó en el inmenso poder que los rumíes debían de tener para haber construido una fortaleza como aquélla en poco más de cinco meses. El grupo accedió al interior atravesando la puerta de Córdoba. A pesar de la hora, un grupo de peones trabajaba en el tejado de un edificio.

La casa real daba a la plaza de armas, junto a la iglesia. Las campanas de la torre yacían a sus pies, a la espera de ser elevadas e instaladas. A las puertas de la vivienda, varios hombres hacían guardia. Al-Muleh fue invitado a entrar, acompañado por el secretario Zafra y por Gonzalo Fernández de Córdoba, que ejercería de intérprete. A pesar de que al-Muleh conocía la lengua de Castilla, Boabdil había insistido en que usara la lengua árabe. Nada más entrar, el granadino contempló a los reyes sentados en sendos tronos. Se echó al suelo de rodillas.

–Bienvenido a nuestra morada, ministro –saludó Fernando–. Podéis levantaros.

Tras el saludo y las bendiciones protocolarias, el visir y secretario de Boabdil pasó a enumerar las condiciones que Granada exigía, haciendo especial hincapié en las privadas del emir. Isabel sonreía mientras escuchaba las demandas del rey Chico. «Se pone por delante de su pueblo. No es malo para nosotros». Al-Muleh, por seguridad, no llevaba nada escrito, por lo que tuvo que expresar de memoria cada una de las condiciones. Aquél era el primer acercamiento serio, aunque no el definitivo. Ya llegaría el momento de perfilar el acuerdo. Lo que Boabdil quería saber era si podía retomar las conversaciones donde se quedaron cuando se rebeló, si podría obtener lo mismo que antes le habían ofrecido.

–... Mi señor siempre os ha servido y, si se ha apartado de vuestras majestades, ha sido por las presiones de su pueblo –dijo en árabe al-Muleh, y tradujo en romance el alcaide de Íllora.

Isabel se perdió en la mirada de don Gonzalo, que la miraba fijamente mientras hablaba. Cuando hubo terminado, la reina tomó la palabra:

–Hemos escuchado vuestras demandas. Podéis decirle a vuestro rey que sus errores están perdonados y que seguiremos hablando como antes hablamos. ¿Cuándo entregará Granada? –preguntó Isabel, directa.

–En mayo, majestad –contestó al-Muleh en romance.

Isabel agarró con fuerza los brazos de su trono e irguió la espalda.

–Imposible. Muy tarde –dijo en tono agresivo.

–Es muy costoso mantener a este ejército aquí –intervino Fernando, también enfadado. Se puso en pie, perdiendo las formas–. Decidle al rey de Granada que, si no entrega su reino pronto, lo tomaremos nosotros.

Al-Muleh comenzó a sudar. Atisbó el peligro en la ira del rey.

–Podemos rebajar el plazo en tres meses. Febrero –añadió con la voz temblorosa–. Entended que el pueblo no está preparado. Si no respetamos los tiempos, todo puede explotar, podemos perder el control de la ciudad.

Isabel y Fernando se miraron. La reina asintió.

–Sea en febrero –concedió Fernando con acritud. Aun con la rebaja, era demasiado tarde.

El encuentro terminó con nuevas bendiciones. Tenían un buen punto de partida sobre el que ir avanzando en las próximas semanas. Al-Muleh fue conducido a las afueras del real. Pensó en la austeridad del salón en el que se había llevado a cabo la reunión, que contrastaba con la riqueza del salón del trono de la Alhambra.

«Ésta es la principal diferencia entre castellanos y granadinos. Nosotros nos esmeramos en el arte, en el comercio, en la diplomacia... Habilidades que sólo sirven en la paz. Ellos, por encima de todo, se esmeran en la guerra».

Vega de Granada, octubre de 1491

Los peones echaban paladas de tierra sobre el ataúd. Terminaron de rellenar el agujero y plantaron una cruz de madera sobre la tierra removida. El capellán que había oficiado el funeral suspiró sonoramente y se marchó. Los amigos del difunto, compañeros de la milicia de su concejo, también abandonaron el cementerio del real. Beatriz se demoró unos instantes para llorar la pérdida en intimidad. Ella había atendido al pobre infeliz hasta el último momento. El hombre había recibido un tiro de espingarda en la pierna que le había perforado una arteria principal. Los cirujanos le amputaron el miembro, pero la herida se infectó. La bilis negra se expandió por todo el cuerpo desde la ingle. Pasó días sufriendo horribles dolores, sacudido por convulsiones y fiebres que lo avisaban de la proximidad de la muerte. Beatriz fue la única que se compadeció de él. Pasó horas apretando sus manos, escuchando los recados que el moribundo mandaba a su familia.

Había visto morir a muchos hombres, tal vez demasiados. Sin embargo, también había sido testigo del milagro de la sanación. En ocasiones, ella misma había participado en la curación poniendo en práctica los conocimientos que había adquirido en el hospital. Entonces se había sentido poderosa, como si los misterios de Dios acariciaran a los heridos a través de sus manos. Había aprendido a coser, a cauterizar, a reparar colgajos y a sujetar los miembros correctamente para que los cirujanos pudieran trabajar. Bajo las lonas del hospital había madurado. Allí se había convertido en una mujer más reflexiva, y también más decidida.

–Pobre Ramiro... Lo que has sufrido para irte... –pronunció entre hipidos en la soledad del camposanto–. Pero ya se acabaron todos los dolores para ti.

Alzó la vista y contempló las cruces que herían la tierra a su alrededor. La mayoría señalaban fosas que recogían los cuerpos de decenas de hombres.

Terminó de desahogarse y se despidió de Ramiro lanzando un beso al aire. A la salida del cementerio se encontró con Kasim.

–Esposo, ¿qué haces aquí?

–He venido a verte. ¿El hombre de los dolores? –Ella le había hablado sobre él.

–Sí. Pobrecillo. Ya descansa.

Caminaron juntos hacia el pequeño puente que salvaba el foso. Ella se cogió de su brazo.

–Esta noche he soñado con mi familia –le dijo él.

–¿Una pesadilla?

Kasim negó con la cabeza.

–Esta vez no. He soñado con ellos felices. Estábamos en nuestra casa, en el Albaicín. –Beatriz apretó su brazo, contenta por él–. Mi prima cosía un pantalón y mis niños jugaban en la alberca. Yo llegaba de las huertas lleno de barro y ellos gritaban mi nombre... Kasim, papá. –La voz se quebró–. Era tan real... Mi niña corrió y se abrazó a mis piernas. Mi niño me llamó para que jugara con él. Mi prima reía y me mandaba a los baños. –Respiró hondo para recomponerse–. Hablar contigo me hizo bien. Gracias.

Ella echó la cabeza sobre su hombro sin dejar de caminar.

–Para eso estamos, esposo mío. Para apoyarnos el uno en el otro.

No tuvieron que decir nada más. Kasim había abierto sus heridas para drenar su ponzoña y ya comenzaba a notar el efecto benéfico del desahogo. Beatriz lo amaba cada día más, aunque jamás lo reconociera, aunque se esmerara en bromear y reír cuando él insinuaba que estaban abocados a separarse, aunque sintiera que se le rompía el alma con cada paso que él daba para cumplir con su objetivo.

Granada, octubre de 1491

El emir había convocado a su visir de la Espada en la azotea de la puerta de las Armas, en la alcazaba. Muza se presentó a la hora acordada. Lucía un gran turbante de lino blanco, al estilo de los africanos gomeres.

–Mawlana –saludó inclinando la cabeza con respeto.

Boabdil contemplaba la ciudad. Parecía melancólico, como si quisiera grabar aquella imagen para llevarla en la memoria en los tiempos venideros.

–Visir, quiero que te enteres por mí –comenzó sin rodeos–. He luchado para defender Garnata hasta mi propia extenuación. –Muza asintió en silencio e intuyó hacia dónde se dirigía–. No hay más camino que seguir. Hemos empezado a negociar. –Aquellas palabras se clavaron en el pecho del visir–. Ha llegado el momento.

–Sidi, algo intuía. Los rumíes apenas hacen talas.

–Ha habido cruce de cartas. Al-Muleh ha visitado el campamento rumí. La capitulación está en marcha... Debes comprender que es lo mejor para todos.

–¿Las condiciones? –preguntó Muza.

–Buenas. Muy buenas. Nuestros hermanos musulmanes podrán conservar su fe y sus haciendas. Seguirán teniendo sus jueces, se respetarán las mezquitas, no habrá distintivos ni se les obligará a meter en sus casas a cristianos.

–Muchos querrán irse.

–Sí, soy consciente –convino Boabdil–. Los rumíes pondrán navíos para el que quiera marcharse, sin coste. Podrán hacerlo así durante cinco años. Y el que se vaya y quiera volver, podrá hacerlo también.

–Los bienes de los que se vayan... –Muza asimilaba la noticia y buscaba en los recovecos del acuerdo alguna injusticia para su pueblo.

–Se pagarán a un precio justo, si quieren venderlos. También podrán dejar procuradores para que los gestionen. Las condiciones son las mismas que habíamos ya acordado.

Muza volvió la vista a la ciudad.

–Hablas de ellos, pero ¿y mawlana? ¿Qué hará mi señor?

Boabdil suspiró y apoyó una mano en el hombro de su visir.

–Mi destino es el que ya estaba previsto. No podré quedarme en Garnata. Marcharé con mi familia a la Alpujarra. Me la reconocen

como propiedad. Mi hijo vendrá conmigo. Me lo devolverán cuando entregue las llaves de la ciudad.

Muza era un hombre fuerte, pero no pudo evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos. Observó la Vega, al pie de Sierra Elvira, y recordó a su abuelo, y a su padre, tan orgullosos de sus tierras. Luego pensó en su hijo, todavía pequeño. Por muchos acuerdos que se firmaran, sabía que su hijo no podría vivir en paz en aquella tierra.

–¿Y mi destino, sidi? –preguntó, evocador.

–Tu destino será el que elijas. Puedes quedarte y conservar lo que tienes. Puedes venir conmigo, o puedes embarcar. –Muza asintió. Había más posibilidades, pero prefirió callar–. Ahora ya lo sabes. Todo se está llevando en secreto. Si el pueblo se entera, se condenará a sí mismo a una toma por la fuerza. No conviene.

–Lo entiendo. Y respetaré el secreto. –Fue sincero. Era consciente de que ya no había lugar para presiones ni para intrigas. Estaban condenados y había llegado el momento de conseguir lo mejor para todos. Miró al emir a los ojos y atisbó su lucha interior, las batallas disputadas contra su propia alma, sus deseos insatisfechos y el alivio maldito de saber que todo acabaría pronto–. Sé que has hecho lo que has podido, el Altísimo te colme de bendiciones por ello. Debo marcharme, mawlana. Voy a poner en orden mis asuntos.

–Me has servido bien –le dijo Boabdil antes de que se marchara.

El visir de la Espada salió de la torre de las Armas y se encaminó hacia su residencia, en el barrio administrativo de la Alhambra. El camino estaba sembrado de naranjos, que mostraban sus frutos incipientes.

«¿Quién se comerá esas naranjas?», pensó, entregado al fatalismo.

* * *

Reduán llegó renqueando a la gran casa. Sus piernas no mejoraban; cada día le costaba más subir y bajar las cuestas del barrio.

–Bienvenido, hermano –lo recibió el dueño–. Pasa. Ya están todos.

El viejo faquí atravesó el zaguán y, a través de un estrecho pasillo, accedió a una terraza que daba a las huertas y los jardines de la propiedad. Sentados en bancos de madera, en torno a una mesa taraceada, un grupo de vecinos del Albaicín departía sobre el destino de Garnata.

–Ya está aquí nuestro sabio –dijo uno de ellos. Era un mercader de ganado muy conocido en el barrio.

Reduán los conocía a casi todos. Eran representantes de las principales familias, miembros destacados de la comunidad.

–Gracias por responder a nuestra invitación –le dijo otro.

–La paz sea con vosotros –respondió él mientras tomaba asiento–. Disculpadme, estoy rabiando por las piernas.

El dueño de la casa tomó la palabra.

–Imagino que ya sabes por qué nos reunimos. Los rumores son cada vez más fuertes. Dicen que el Zogoibi está negociando la entrega de Garnata. Hay un hombre que va y viene al real rumí. Dice que comercia con ellos, pero ¿quién se cree eso? Algunos también han visto a alguien salir de la Alhambra de noche e ir a la Vega... Si el emir negocia, lo está haciendo a espaldas de su pueblo. No está bien. Cuando llegue la hora él se irá, pero nosotros nos quedaremos aquí. Debe contar con nosotros.

Terminó su resumen y Reduán tomó aire antes de hablar.

–Por lo que veo, no tenéis confirmación.

–El que salió de noche de la Alhambra era el visir al-Muleh. Me juego la cabeza –dijo uno de los vecinos.

–Mejor no jugarse la cabeza en estas cosas –replicó Reduán con serenidad.

–Maestro –intervino un terrateniente–, la cabeza ya la tenemos puesta sobre el tocón del verdugo.

Hubo asentimientos generalizados. Reduán se agarró las rodillas y habló con rotundidad:

–Odio al Zogoibi. Más que cualquiera de vosotros. Rompió el sueño de la unidad cuando mandó asesinar a las familias de los que fueron a ayudar a Baza. –Los miró a todos, pero se detuvo en una mirada–. No fueron los únicos que sufrieron por él. Recuerdo las cabezas clavadas en picas que paseaban por las calles del barrio no hace mucho tiempo. –El hombre al que miraba agachó la cabeza. Uno de aquellos infelices era su padre–. El Altísimo lo maldiga. –Volvió a pasear la vista por el corrillo–. Me recordáis a aquellos pobres desdichados. Me reuní con ellos antes de que fueran a la Alhambra y hablamos como estamos hablando aquí. Poco después, su sangre se derramaba sobre los mármoles de los palacios. Todos le odiamos, aunque debemos ser cautos. Es un desgraciado, pero un desgraciado con poder es muy peligroso.

–¿Y qué debemos hacer? –preguntó el dueño de la casa–. ¿Dejarnos vender? ¿Perder todo lo que tenemos?

–No os dais cuenta de que ya estamos perdidos... ¿Hay algo que podamos hacer para evitar la conquista? ¿Sabéis cuántos soldados acampan en la Vega? Yo os lo diré: casi duplican la población de Garnata. –Sus palabras cayeron sobre todos como una tormenta–. Sin embargo, estoy de acuerdo con vosotros en algo: a la hora de negociar, el Zogoibi debe contar con nosotros, con representantes del pueblo.

–¡Eso es justo lo que queremos! –exclamó el terrateniente.

–Por mi parte, cuando tengáis la confirmación de que está capitulando, venid a por mí y os apoyaré. Yo mismo subiré a la Alhambra para reclamar nuestros derechos. Pero, hasta entonces, mantened la cabeza sobre los hombros y no desesperéis. Un paso en falso podría ser el último que deis.

–Bien, maestro. –El anfitrión abrió la palma de la mano y la dirigió hacia él–. Ahora conocemos tu opinión, y creo que hablo en nombre de todos cuando afirmo que la respetamos. Tu sabiduría está por encima de la nuestra.

Reduán soltó una carcajada.

–¡No me adules, Abu Hassan! No soy más sabio, sólo soy más viejo. –Todos rieron–. Os agradezco la invitación. Ahora, si me lo permitís, debo volver a casa.

Se puso en pie y comenzó a caminar con dificultad hacia la salida.

–¿Quieres que alguien te acompañe?

Reduán se alejó camino del zaguán mientras lanzaba manotazos al aire para rechazar el ofrecimiento. «Sé que pronto nos volveremos a ver. Es nuestro destino».

Villa de Santa Fe, octubre de 1491

–Mi niña. Mi pobre niña. –La reina abrazó con fuerza a su hija y la besó en repetidas ocasiones–. Te has quedado en nada, hija mía. ¿Es que no comes? ¿Te han alimentado bien en Portugal?

La infanta Isabel acababa de llegar al real y los reyes la habían recibido públicamente. Ahora, en la intimidad de su casa, el amor de madre se impuso a los protocolos de la soberana.

–Madre, me han tratado bien. La reina ha cuidado de mí. Ha sido ella la que ha pensado que me vendría bien venir.

–Y ha hecho bien. Buena mujer. Muy bien. –Isabel I de Castilla hablaba atropellando las palabras, visiblemente nerviosa.

–Sí, madre. Es una buena mujer. Os manda su afecto y varios libros. Comparte vuestro gusto por las letras.

–Me complace. –Se quedó mirando a su hija. La tomó por las manos y abrió sus brazos para evaluar su talle–. ¡Ay, Isabelilla, lo que has debido de sufrir! –Sus ojos se nublaron de lágrimas que se esforzó por reprimir.

La infanta Isabel, con rictus serio, contestó:

–Más de lo que podáis imaginar, madre.

La joven relató lo vivido en la corte portuguesa. El amor intenso de las primeras semanas, su matrimonio feliz, las virtudes de su esposo, la bondad de su suegra, el respeto con el que la trataban... Narró toda aquella secuencia luminosa hasta llegar al día fatídico del accidente ecuestre.

–No hubo nada que hacer. Murió allí mismo, al pie de su caballo. –Comenzó a llorar, y la reina la abrazó. Isabel se desahogó en los brazos de su madre–. Os he añorado tanto...

–Aquí tu familia cuidará de ti. –La reina se puso en pie y sirvió dos copas de vino. Le ofreció una a su hija–. Ya eres una mujer. Bebamos juntas. –Dio un trago y suspiró–. Los caminos de Dios, hija mía. No podemos conocer sus planes, sólo acatarlos y rezar. Refúgiate en tu fe, que todo lo puede, y en los libros. No puedes imaginar de cuántos naufragios me han salvado. Tendrás a tu disposición mi biblioteca. Entera. –Públicamente, la reina sólo exhibía libros religiosos, pero en la intimidad leía con avidez todo tipo de letras–. Te recompondrás, aunque ahora te parezca imposible.

–Con la ayuda de Dios –añadió la joven sin emoción–. Bueno, madre, háblame de nuestros reinos, de la guerra. Todos dicen en Portugal que la granada está ya madura, a punto de abrirse.

La mirada de la madre se encendió al instante.

–Gracias a Dios y a la Virgen santísima. Hemos empezado a negociar en secreto. –La hija abrió la boca, sorprendida–. Sí, sí. El rey Chico sabe que está perdido. Ya nos ha mandado una oferta formal de capitulación y estamos trabajando en las correcciones. Han pasado muchas cosas desde que no estás aquí, ¿sabes? –Se rebulló en su asiento y mostró una sonrisa maliciosa–. Salí a ver Granada y vi una batalla a dos palmos de mí. Sí, hija, no te sorprendas. No pasó nada porque Dios no quiso. Salieron muchos moros y nos atacaron hasta con cañones.

–¡Madre del amor hermoso! ¿Tuviste miedo?

–Mucho –confesó la reina en un susurro–. Pero quedó en nada. Los desbaratamos. Y todo eso es poco... También hubo un incendio en el real y estuvimos a punto de perecer quemados, como san Lorenzo en su parrilla.

–No... –La infanta parecía escandalizada por las noticias.

–Sí. Pregunta a tu padre. Estamos vivos de milagro. Y tu hermana Catalina fue salvada de las llamas por un moro converso.

–¡Madre! Me voy y pasa todo eso... No puedo creerlo.

–Pues créelo, que tu madre en sus años de vida todavía no ha soltado mentira.

–Lo sé. No hay moral como la vuestra.

Isabel se enterneció.

–Tengo buenas herederas. –Alzó su copa de vino y bebió. Cambió de tema–: Pronto acabaremos esta guerra y podremos gobernar sobre la España unida de los godos. Todo cambiará, hija mía, para nuestros reinos y para ti. Ten paciencia y no te dejes caer en el pozo de la desesperación. –Se puso de nuevo en pie, tomó su tablero de ajedrez y lo colocó sobre la mesa. Con parsimonia, comenzó a colocar las piezas–. Ahora veamos si en Portugal has aprendido algo. –Colocó a la reina blanca en su lugar–. ¿Juegan allí con la reina?

–Todavía no, madre, pero les he enseñado el método y parece gustarles.

–Bien, Isabelilla. Me complace. El poder de una reina todo lo puede.

Granada, octubre de 1491

Moraima accedió a la sala del Vino y se encontró con el emir y su madre. Fátima la observó sin disimular su desprecio. Boabdil parecía sereno. Con un gesto de la mano la invitó a sentarse frente a ellos.

–Las negociaciones van por buen camino –tomó la palabra el emir–. He enviado una oferta de capitulación. Han respondido con correcciones, todas leves. Es justo que estés informada. A finales del próximo invierno entregaré Garnata, y los rumíes me entregarán a nuestro hijo.

Los ojos de Moraima brillaron y su boca comenzó a temblar.

–Faltan meses –intervino Fátima la Horra–, y hay que andarse con cautela.

–Sí –dijo el emir–, hay mucho trabajo por delante. No es poca cosa lo que tenemos entre manos. Y debemos ser rigurosos con el secreto. Ahora ya estás informada. Han sido años duros. –Su voz adquirió un tono más dulce–. Pero nos acercamos al fin de la guerra.

–Alá nos permita tener pronto a nuestro hijo con nosotros –rogó Moraima, olvidándose del destino de los granadinos.

–Esposa, podrías dejar el harén y regresar a la sala de la Miel –propuso Boabdil.

Moraima agachó la cabeza y habló en voz queda, como si se avergonzara.

–Esposo, soy tuya. Puedes obligarme a volver, pero, si te vale mi deseo, prefiero permanecer en el harén hasta que todo acabe. Es el lugar destinado a la esposa del emir.

Boabdil la miró, valorando sus gestos y su actitud. Finalmente suspiró y concedió:

–Sea como quieras. No te voy a obligar.

La frialdad que se había instalado entre ellos seguía viva, como un rescoldo de brasas enterrado entre cenizas.

–Ya te puedes marchar con tu esclava –soltó Fátima con la cabeza erguida.

Un rastro de inquietud se instaló en las facciones de Moraima, pero calló y se despidió con respeto.

–No está a tu altura –le dijo la Horra a su hijo cuando la nuera se hubo marchado.

* * *

El grito fue sofocado por la mano de la amante, pero, aun así, trascendió los muros del harén. Moraima sentía los espasmos del placer recorriendo sus piernas, que parecían haber perdido la fuerza. Nawar levantó la cabeza y se echó junto a ella.

–¿Te habrán oído? –le preguntó.

Moraima resoplaba, incapaz de frenar los latidos de su corazón.

–No me importa –respondió, y soltó una risa clara y limpia que iluminó el rostro de la esclava.

Sonaron cuchicheos de los guardias en el patio. Las mujeres se llevaron las manos a las bocas y rieron con más fuerza, sin importarles ya nada. Entre ellas se había establecido una relación de confianza. El amor les había hecho olvidar el origen de su relación, la sumisión debida por Nawar a su ama y la autoridad de Moraima sobre ella.

La sudanesa acarició los pechos de su amada. Luego la besó en el cuello con sus gruesos labios.

–¿Cuántos granos de arena quedan por caer en el reloj?

Moraima la miró y se perdió en sus ojos zaínos.

–No pienses en eso. Siempre vamos a estar juntas.

–No así, Moraima –la llamó por su nombre–. Este amor está prohibido, doblemente prohibido. Pronto volverás con tu esposo, y yo seguiré a tu lado, aunque de otra forma. Rozaré tu cuerpo cuando lo vista, acariciaré tus cabellos cuando los cepille, hablaré contigo, pero siempre con miedo a que mawlana me escuche. Sé lo que es. El fuego se irá apagando y entre nosotras sólo quedará un recuerdo. Este amor tan puro será una flor marchita que acabará perdiendo todos sus pétalos.

Moraima la tomó por las mejillas y la besó en la boca. Lloraba.

–No digas eso. No podría soportar que eso pasara. Pueden obligarme, doblegar mi cuerpo, pero no mi alma, que es tuya.

Nawar sonrió con suficiencia, como si no fuera la primera vez que escuchaba una declaración de amor como aquélla.

–Pronto tendrás a tu niño contigo, y me alegra. Tus piezas rotas comenzarán a recomponerse y cada una volverá a su lugar. Es nuestro destino. Pero quiero que sepas algo: yo siempre llevaré estos días prendidos de mi cuello, como un collar de perlas brillantes. –Moraima torció el gesto. Parecía enfadada por la actitud de su amada–. Entiéndeme. Siempre te amaré, aunque soy realista.

–Entiéndeme tú. –La señaló con dedo acusador–. Pareces no verlo, pero está aquí. –Se tocó el pecho–. Es un amor que no me cabe dentro, que me desborda, que me llena por completo. ¿Qué presa puede contener la fuerza del mar? Eso es lo que tengo dentro: un mar de olas bravas. ¿Lo entiendes? Algo así no se apaga ni se controla. Algo así es para siempre. No nos separarán, nunca.

Nawar tembló de emoción y sus ojos brillaron. En la voz de Moraima había algo que no había podido ver antes en ninguna otra voz de amante alguna.

–Nunca –añadió, sobrepasada por las emociones.

Se abrazaron, se besaron, lamieron la piel de sus finos cuellos, palparon sus nalgas y sus pechos, y se dejaron llevar de nuevo por la pasión. En esta ocasión, fue Moraima la que tendió sobre el lecho a Nawar. Luego se arrodilló a sus pies.

–Te amo tanto... –dijo en un susurro antes de darle placer.

Moclín, octubre de 1491

Cuando Adhara abrió la puerta se encontró con dos guardias que llevaban a Ibrahim cogido por los brazos. El maestro llevaba la cabeza caída y su turbante había comenzado a desliarse.

–¿Qué ha pasado? –preguntó la mujer en romance.

–Vamos adentro –respondió uno de los guardias–. Y vigílalo antes de que se meta en un lío.

Lo introdujeron y lo tendieron sobre la estera de esparto de la estancia principal.

–Se ha pasado con el vino –aclaró el otro guardia–. Y se le ha soltado la lengua en árabe. Han estado a punto de darle una paliza. Si pasa otra vez, no respondemos.

–Lo siento. Gracias –dijo la mujer–. No volverá a pasar.

Se marcharon. Adhara se acercó a Ibrahim y lo examinó. Respiraba sonoramente, pero estaba bien.

–Al-Andalus se ha perdido –dijo el maestro, y lo repitió como una letanía en tres ocasiones más.

Adhara comprendió. Ibrahim llevaba semanas con aquel sentimiento agorero, intuyendo que Garnata caía de forma irremediable en el pozo de los rumíes, que las visitas de Hernando de Baeza eran una señal de la pronta toma de la capital nazarí.

–¿Quién te ha dado el vino?

Él alargó el brazo y agarró la túnica de la mujer para atraerla hacia sí.

–Se ha perdido –sollozó. Luego echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La borrachera pudo con él y quedó tendido sobre la estera, dejándose vencer por la inconsciencia.

Ahmed se acercó a ellos, sigiloso.

–¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

–Sí, no te preocupes –le dijo Adhara–. Está triste porque sabe que pronto todo va a cambiar.

–La caída de Granada –pronunció el niño–. ¿Qué pasará entonces?

Adhara tomó una de sus manos y la besó.

–Granada será de la reina y tú regresarás con tus padres. Todo irá bien para ti. ¿Entiendes? Nadie te hará daño, y podrás abrazar a tu padre y a tu madre.

Ahmed apretó la mano de Adhara.

–Pero... –comenzó a decir. La mujer lo calló y negó con la cabeza.

–No, mi príncipe. Volverás con tus padres, con tu verdadera madre, y todo estará bien.

Ambos callaron, pero las palabras, como los sentimientos, echaron raíces en sus entrañas, en ese lugar donde las razones no tenían cabida.

Villa de Santa Fe, noviembre de 1491

La infanta Isabel besó a su hermana Catalina, a María y al príncipe Juan. Dejó a su favorita para el final. Cuando se acercó a Juana, la niña se abrazó a su cuello y la besó en repetidas ocasiones.

–Llévame contigo, hermana –suplicó Juana. Se llevaban diez años, pero la diferencia de edad no había sido obstáculo para establecer entre ellas un vínculo sólido.

–Juana, tu sitio está aquí, con nuestros padres –le explicó una vez más Isabel con lágrimas en los ojos.

La niña volvió a apretar el abrazo y le dijo al oído:

–Me preocupo por ti. No te veo bien, hermana. Quiero estar a tu lado.

–Eres una niña muy especial, Juanita mía –respondió la hermana mayor. Realmente lo creía así. A sus doce años, Juana parecía tener una sensibilidad impropia para las niñas de su edad–. No te preocupes. He sufrido mucho, pero me pondré bien, con la ayuda de Dios. –Acarició sus mejillas y limpió sus lágrimas–. Ojalá que nunca tengas que vivir nada parecido, que nunca pierdas a alguien amado. Rezo a Dios y a nuestra señora la Virgen para que tengas una vida dichosa. –Besó su frente con ternura y Juana se resignó a dejarla marchar.

Los reyes la acompañaron hasta el carro que la llevaría a Íllora, donde la esposa del alcaide cuidaría de ella e intentaría distraerla de sus pesares. Los padres la besaron y le desearon una pronta recuperación. La joven había mermado hasta la mitad de su talla habitual. Sus pómulos se hundían en su rostro y le daban un aspecto cadavérico. La infanta, como su propia madre, se había refugiado en su fe. Había solicitado ingresar en un convento, pero sus padres, conscientes de su valía como hija mayor, decidieron respetar su duelo durante un tiempo, pero volver a casarla cuando se hubiera recompuesto.

–El aire de los montes te hará bien y doña María cuidará de ti como yo misma lo haría –le dijo la reina a su hija cuando la despidió.

Su familia la vio alejarse con su escolta, susurrando oraciones y bendiciones que la acompañaron mientras atravesaba la Vega camino de las sierras. Regresaron al interior de la villa y los reyes se acomodaron en el salón de su casa. El frío otoñal ya se había

instalado en la comarca y los siervos habían prendido un fuego en el hogar.

–Espero que acabemos pronto con esta guerra y que podamos ocuparnos bien de ella –comentó Isabel.

–Al paso que marcan los moros, no terminamos ni en tres años –dijo Fernando, malhumorado–. Estoy cansado de dilaciones, de dimes y diretes, de cartas para acá y para allá. Hay que apretar el nudo.

–Yo también estoy cansada, esposo. Mañana viene Hamete Uleylas. Otra vez –añadió con fastidio–. Le voy a pedir que reciban a Zafra.

–¿Vamos a mandar a Zafra a la Alhambra? –preguntó, sorprendido, el rey.

–Por supuesto. Lo mismo que vino al-Muleh. De noche y bien guiado no correrá peligro. Ya tiene experiencia en entrar en castillos moros. –Se refería a Baza.

Fernando valoró la propuesta. Él era el primer interesado en agilizar la capitulación.

–Que vaya, sí, y que les dé un empujón.

Los esposos sonrieron. La complicidad de los años mozos volvía a instalarse entre ellos. Isabel miró a Fernando y sus ojos brillaron, como si las ofensas pasadas se hubieran quemado en aquella hoguera que les daba calor.

–¿Te das cuenta, Fernando? Estamos a punto de cumplir el sueño de tantos siglos, de recomponer el viejo reino.

–España –pronunció el rey, evocador.

–Bajo una misma corona –añadió Isabel, pensando en el destino del príncipe Juan, el hijo común que llevaba en sus venas la sangre de todos los reinos hispánicos.

Vega de Granada, noviembre de 1491

Pasaron la alquería de Churriana y continuaron la marcha por los caminos menos transitados. Gonzalo Fernández de Córdoba había

salido del real al atardecer, pero ya se había cerrado la noche. Kasim cabalgaba a su lado, ejerciendo como guía. Otros dos hombres de las guardas reales escoltaban al alcaide de Íllora.

Hernando de Zafra ya estaba en la Alhambra. Había llegado la noche anterior para impulsar un avance en las negociaciones. Cuando don Gonzalo se enteró, solicitó a los reyes permiso para ir también a los palacios nazaríes. Alegó que tenía buena relación con Boabdil y sus visires, cultivada mediante frecuentes cartas plagadas de cortesía. El noble conocía la lengua árabe, lo que también jugaba a su favor. Isabel y Fernando dieron su visto bueno y le entregaron un memorial con los puntos que debía tratar con el rey Chico.

–No es muy diferente a la vida en las ciudades de Castilla, señor –contestó Kasim a don Gonzalo. Durante la marcha, el alcaide había aprovechado el tiempo para asaetear al converso con preguntas sobre Granada–. La gente trabaja, paga impuestos, celebra sus fiestas... Sólo visten diferente y rezan de otra manera.

Gonzalo observó a Kasim, su barba rasurada, su atuendo a la castellana. Hablaba el romance con soltura, aunque seguía teniendo un fuerte acento de su tierra.

–Me han dicho que fuiste el que metió en Granada a Pérez del Pulgar y el que salvó a la infanta Catalina del fuego.

–Así es. –Kasim no se vanagloriaba por aquellos hechos que, a ojos de todos, constituían verdaderas heroicidades.

–Debes de ser un hombre especial.

–A veces Dios te pone en el lugar adecuado en el momento bueno –repuso con modestia.

–Fernando –lo llamaba por su nombre cristiano–, te podrá poner una vez, pero dos... Ahí ya hay algo más de tu parte. –Se abrió un incómodo silencio. A Kasim no le gustaban los halagos–. ¿Te han recompensado nuestras majestades?

–Formo parte de sus guardas y me han dado protección. La reina también me ha prometido una tierra en Granada cuando sea conquistada.

–Confía en su palabra, la cumplirá. Su alteza es una mujer íntegra, buena y fiel a sus compromisos.

La voz de don Gonzalo dejaba traslucir su admiración por Isabel de Castilla. Tras aquella defensa de la reina guardó silencio, como si sus propias palabras, sobre todo las últimas, lo hubieran herido. Kasim pensó en aquel hombre noble y amable que le hablaba con familiaridad a pesar de la distancia que lo separaba de él.

«No me extraña que lo respeten musulmanes y cristianos», se dijo.

El grupo se acercó a la ribera del Genil a la altura del puente de piedra. Allí, apostado sobre una roca, los esperaba Ahmed Uleylas, el mensajero de Boabdil. El corazón de Kasim palpitó. Granada estaba al alcance de su mano y el hombre al que guiaba iba a penetrar en ella para entrevistarse con el Zogoibi. Tal vez en unas horas tuviera la ocasión de consumar su venganza.

–Ahí está Uleylas –dijo don Gonzalo–. Esperadme en la alameda. A partir de aquí debo ir solo.

Kasim asintió y, mientras respiraba hondo para serenar su corazón, siguió a los otros guardias hacia la arboleda.

* * *

Antes del alba, cuando los gallos cantaron por primera vez, las figuras de dos hombres se divisaron en la distancia saliendo del puente. Hernando de Zafra y Gonzalo Fernández de Córdoba regresaban de la Alhambra. Los guardias acudieron a ellos con sus monturas.

–Volvamos –dijo Zafra, malhumorado–. Queda trabajo...

La reunión había servido para avanzar en algunos aspectos, pero otros tantos seguían en el aire. Los mahometanos se obstinaban en parlamentar y dilatar el proceso, inseguros, como si tuvieran miedo de dar el último paso. «Venden su tierra. No es un paso fácil», le había dicho don Gonzalo al secretario mientras salían de Granada. El principal avance de aquel encuentro consistía en haber acordado un plazo definitivo para la entrega de Granada, que se efectuaría

sesenta días después de la firma de la capitulación. Sin embargo, no acordaron la fecha de ésta. También habían establecido que los primeros hombres en entrar en la ciudad serían los más estimados por los granadinos, incluidos el secretario y el alcaide de Íllora; que la entrada no sería por la medina, sino por los accesos más recónditos de la Alhambra; se acortó el plazo del que dispondrían los mahometanos para pasar a África, de cinco a tres años; se excluyó la costa en el feudo reconocido por los reyes a Boabdil, y se estableció que los granadinos podrían conservar sus armas, salvo los tiros de pólvora. El principal punto de disputa había sido el de los rehenes. Los cristianos insistían en pedir quinientos rehenes para garantizar la entrega pacífica de la ciudad. El visir al-Muleh pensaba que aquella cautela resultaba innecesaria y que no haría más que enfadar a los principales del emirato.

Durante la cabalgada de retorno al real, don Gonzalo se acercó a Kasim.

–He visto el Paraíso –le dijo–. El salón del trono es un pedazo de cielo.

–No lo he visto nunca, señor –informó Kasim.

–Pues tranquilo, porque pronto lo verás. Cuando llegue el momento de entrar en la Alhambra, si está en mi mano, vendrás.

–Gracias, señor –respondió el granadino llevándose la mano al corazón. Sintió la agitación de la inminencia de un destino al que llevaba meses acercándose.

* * *

Kasim vio a Beatriz a la entrada del pabellón de las guardas reales y enseguida se dirigió hacia ella. Llevaba más de tres días sin verla.

–¿Ha pasado algo? –preguntó con cierta ansiedad.

Ella asintió, pero no soltó palabra alguna. Kasim la tomó del brazo y la condujo hacia la plaza de armas. Se instalaron en una esquina, a la vista de todos para evitar habladurías.

–Tengo retraso –soltó Beatriz. Él no comprendió lo que quería decirle–. No he sangrado –aclaró la mujer.

Kasim arqueó las cejas.

–¿Cuánto? –preguntó.

–Hoy calculo diez días. He esperado hasta hoy para confirmarlo. Nunca antes me había pasado.

–Siempre he salido para... –comenzó a decir él, pero Beatriz lo detuvo.

–Ya, claro. Como si pudieras controlar cada gota que te sale por ahí. –Lo miró fijamente, y en su mirada se apreciaba cierta desesperación–. Es lo que tenemos. Hazte a la idea.

El hombre quedó mudo unos instantes y su mente hirvió con mil ideas que se atropellaban unas a otras. Había perdido a su familia y, con ella, también su propia vida. La posibilidad de un embarazo, de que algo suyo brotara en ella, lo desestabilizaba. Sin embargo, no lo apartaba de su camino. Tragó saliva, carraspeó y contestó:

–Lo tendrás y lo reconoceré mío. –Simuló una sonrisa, intentando aparentar alegría–. Pero, Beatriz, eso no cambiará mis intenciones. No puedo garantizar que estaré a tu lado.

La joven también se esforzó en una mueca que pretendía ser una sonrisa. El gesto provocó que las lágrimas le resbalaran por las mejillas. Kasim acercó una mano a su rostro, pero ella lo apartó con firmeza.

–No te preocupes. Siempre he estado sola y sola seguiré. –Él hizo amago de replicar–. Lo sé, era nuestro acuerdo, y no has faltado a él. Tranquilo, no estoy enfadada. Me recompondré, y tendré al bebé, si está de Dios que venga a mi vida. Luego, ya veré...

Él tomó su mano derecha y se la besó. Beatriz pareció relajarse, aunque seguía llorando.

–Pobre morito mío –dijo ella, ya entre hipidos–, no pararás hasta matarte. ¿Sabes qué te pasa? Que no tienes valor para quitarte la vida y quieres que otros lo hagan por ti. Por eso te empeñas en atacar al rey moro, para asegurarte la muerte.

–No lo puedo negar –dijo él, sereno–. Pero mientras esté vivo quiero estar bien contigo. –Acercó de nuevo la mano a su rostro y, en esta ocasión, ella se dejó acariciar–. En otra vida podría haber sido muy feliz contigo.

Aquellas palabras pretendían aliviar, pero sólo consiguieron herir.

–Tranquilo, seguiremos con nuestro trato hasta el final.

Se limpió las lágrimas y se marchó. Kasim quedó desolado, incapaz de reaccionar.

«Dios, protégela. No dejes que caiga en el pozo de la amargura. Si su destino es criar un hijo, permite que lo haga en paz», pronunció para sí. La oración improvisada calmó sus angustias. Sintió que Dios lo escuchaba. Tal vez le hiciera caso. Sin embargo, los caminos por los que el Altísimo cumple los deseos sólo le conciernen a Él.

Villa de Santa Fe, noviembre de 1491

–¿De qué nos sirven los sesenta días si todavía no tenemos fecha de firma? –preguntó al aire el rey Fernando–. Los moros pueden convertirlos en cien, o en ciento cincuenta a su antojo. –Isabel, a su lado, asintió–. Necesitamos una fecha.

–Vuestras majestades, ya sabéis cómo son los moros –contestó el secretario Zafra–. Enredan y demoran, y mientras tanto piden mercedes para sí mismos. –En los últimos días, tanto Ibn Kumasa como al-Muleh, e incluso el mismo faquí al-Pequeñí, habían escrito cartas e hijuelas para solicitar dones privados–. Sin embargo, hemos visto interés sincero por avanzar. –El alcaide de Íllora lo confirmó asintiendo.

Isabel posó sus ojos claros en Hernando de Zafra.

–Diez días –dijo con voz calma. Don Gonzalo Fernández de Córdoba sonrió, seguro de lo que pretendía–. Escribid una carta, Hernando. Sed contundente. Daremos un plazo de diez días para que uno de sus ministros venga a firmar. Advertid de que, si no se trata la entrega de forma definitiva en ese plazo, nosotros no nos veremos obligados a cumplir con lo que hemos ofrecido. Adornadlo, pero sed claro.

–Vuestra majestad, así lo haré –respondió el secretario.

–Majestad –tomó la palabra don Gonzalo–, ¿cómo acordaremos los temas que quedan todavía por concretar?

Isabel lo miró, pero enseguida bajó la vista, avergonzada.

–El mismo día de la firma –determinó la reina–, si no llegamos antes a un acuerdo. En cualquier caso, no cederemos con los rehenes. ¿Qué temen? Si obran bien, los devolveremos en diez días.

Zafra y el alcaide de Íllora asintieron en señal de aprobación.

«Temen que, al pedirlos a las principales familias, provoquen una revuelta en el corazón de la ciudad», pensó, sin embargo, Hernando de Zafra.

Los dos hombres se dispusieron a marcharse.

–Fuera espera el enviado de don Cristóbal. ¿Les digo a los guardias que lo dejen pasar? –preguntó el secretario antes de salir del salón.

El almirante don Cristóbal Colón insistía en ofrecer una y otra vez su proyecto a los reyes de Castilla y Aragón. Pretendía organizar una expedición que viajara a las Indias por occidente, lo que supondría, si efectivamente la Tierra era redonda, grandes beneficios para quien lo consiguiera. El mayor inconveniente sería el tiempo de navegación, pero, según sus cálculos, no era un obstáculo insalvable.

La reina se puso en pie y caminó hasta el hogar para calentarse. Desde allí respondió:

–No es el momento. Ahora tenemos algo importante que zanjar. –Zafra asintió–. Pero citadlo para más adelante.

La idea seducía a Isabel, que, como gran lectora, había encontrado indicios de aquella ruta en algunos textos antiguos. Muchos sabios de sus reinos convenían con aquel planteamiento.

Los reyes se quedaron solos.

–La Tierra redonda y el mar sin derramarse... –comentó burlón Fernando.

–Tú sí que te derramas –le dijo su esposa sin tener muy claro a qué se refería con aquel ataque. Ambos rieron a carcajadas por aquella ocurrencia absurda.

Granada, noviembre de 1491

–Volveré pronto. No te vayas a mover de aquí, que el cielo amenaza nieve –le dijo Reduán a Badra.

Ambos permanecían sentados en sendos bancos de madera junto a un brasero.

–¿Qué quiere ese hombre? –preguntó la niña.

–Eso es lo que voy a averiguar. –Reduán sonrió y habló con voz dulce–: Se avecinan cambios, pero tú no tienes que preocuparte por nada. Yo estaré siempre a tu lado para protegerte.

Badra regresó a su mutismo habitual. El hombre se puso en pie y revolvió el pelo de la niña antes de salir.

–No te vayas –le dijo una vez más desde el zaguán.

En la sala de oración de la mezquita de Badis se encontró con los principales faquíes del Albaicín y de la alcazaba Cadima. Estaban sentados en corro sobre esteras de esparto.

–La paz sea contigo, hermano Reduán –lo saludó al-Pequeñí, que presidía la reunión–. Toma asiento. Estábamos empezando. Les decía a nuestros hermanos que me interesa conocer vuestra opinión sobre cuál es el mejor destino para Garnata. Se acerca el invierno y el asedio continúa. Los rumíes tienen su ciudad preparada en la Vega. ¿Hasta cuándo debemos resistir? ¿Debemos dejar que nuestro pueblo muera de hambre?

En las últimas semanas, la intensidad de los ataques había decaído. Eso había permitido aliviar la situación de la ciudad, que se había podido abastecer mejor. Sin embargo, pronto la nieve cortaría la comunicación con la Alpujarra, y la Vega, que no había podido ser sembrada, no tenía frutos que ofrecer.

–Hay que resistir hasta el final –soltó iracundo un faquí anciano del barrio de Axaris–. Mejor muerto que renunciando a nuestra fe. –

Hubo murmullos. Todos conocían a Abd-Allah. Era un faquí inflexible que siempre hablaba de los viejos tiempos de al-Ándalus.

–Estoy de acuerdo contigo –convino al-Pequeñí–. Sin embargo, la opción de capitular no implica renunciar a la fe. –Dirigió la vista al resto de congregados, buscando apoyos. Abd-Allah replicó de nuevo.

–Eso dicen, pero ¿quién cree a los rumíes? Están quemando a los hebreos, y ya sabemos lo que hicieron con nuestros hermanos en el pasado. Los papeles son fáciles de mojar.

Al-Pequeñí suspiró. La reunión no iba a ser tan fácil como había previsto. Otro hombre, un faquí joven del Albaicín, tomo la palabra:

–Sabemos de dónde vienes, hermano. –Todos conocían la relación de al-Pequeñí con el emir–. ¿Está la Alhambra negociando ya?

El interpelado carraspeó, nervioso.

–No. Mawlana sólo quiere saber la opinión de los principales de Garnata.

–La negociación es inevitable –intervino Reduán. Al-Pequeñí centró la atención en él, visiblemente aliviado–. Pero en esa negociación debemos participar todos los representantes del pueblo.

–También lo creo –dijo al-Pequeñí–. Así debe ser, cuando llegue el momento.

Reduán lo miraba con fijeza, intentando adivinar si había verdad en sus palabras.

–Espero que mawlana cuente con nosotros –insistió.

–Así será, y me comprometo a velar por ello. –Al-Pequeñí alzó la mano con la palma abierta–. ¿Entonces estamos de acuerdo en que la capitulación es el camino? Alcemos las manos los que lo tengamos claro.

–¡No! –gritó Abd-Allah.

El resto de manos fueron apuntando al techo de la sala de oración. La de Reduán fue una más.

–¡Cobardes! –les espetó Abd-Allah mientras se ponía en pie, airado–. Cuando en ese alminar haya campanas –señaló en la

dirección en la que se alzaba la torre–, entonces tal vez os deis cuenta de que habéis sido cómplices de los infieles.

Salió de la sala dando grandes zancadas, que estuvieron a punto de tirar al suelo su enorme turbante. Al-Pequeñí dio un manotazo al aire para restar importancia al incidente. Reduán intervino de nuevo.

–No nos traiciones –advirtió, y los demás faquíes asintieron–. No habrá capitulación sin la participación del pueblo de Garnata.

Al-Pequeñí se llevó una mano al pecho y agachó la cabeza, aceptando el compromiso. La reunión se alargó una hora más, en la que los sabios hablaron sobre la situación de la ciudad, sobre cuestiones filosóficas que atañían a su fe y sobre la historia maldita de al-Ándalus.

–Con sus bondades y sus pesadillas, al-Ándalus es un sueño que ha durado más de siete siglos. Ahora estamos despertando de él... –comentó un faquí en tono poético antes de que la reunión se disolviera.

* * *

–Ya han pasado dos días. No podemos demorarnos. –Al-Muleh agitó la carta de los reyes rumíes. En ella daban un plazo de diez días para firmar la capitulación en Santa Fe–. No valdrá ninguna excusa.

La sala del Mexuar quedó en silencio. Atardecía y la luz ocre del ocaso atravesaba las ventanas.

–Llegó la hora –sentenció Boabdil. Estaba sereno. Nadie pudo asegurar si había resignación o alivio en su tono de voz. Tal vez ambas cosas.

Muza se irguió, adoptando una pose orgullosa.

–Intentémoslo –dijo, y Al-Muleh negó con la cabeza y se llevó una mano a la frente–. Todavía podemos resistir. Podemos hacer levas. Hay hombres dispuestos a luchar en Garnata.

–Moriríamos –aseveró el visir de la Pluma.

–No me importa la muerte, no le temo. Temo más otras cosas. –El visir de la Espada había alzado la voz.

Ibn Kumasa salió en defensa del emir. Al fin se había dado por satisfecho con la negociación y mostraba un frente sólido junto a al-Muleh.

–Nuestro papel aquí no es defender nuestra vida, ni perderla. Los gobernantes deben velar por el bienestar de su pueblo. Puede que no te importe tu vida, pero ¿y la de todos los vecinos de Garnata? –Por primera vez en mucho tiempo, al-Muleh asintió a sus palabras–. Muchos se han ido a la Alpujarra antes de que la nieve corte los caminos. Ya pasan hambre y, si resistimos, será mucho peor.

–El bienestar del pueblo, y también el propio. –Muza apretaba los dientes–. ¿Crees que no sé que vosotros habéis pedido beneficios? –Señaló al gran visir, al secretario y al faquí al-Pequeñí.

–Si lo hemos hecho, ha sido con permiso de mawlana y sin merma para los intereses de Garnata. –Fue el faquí quien habló.

–Ya... Faquí, buscas los bienes del espíritu, pero, a la hora de la verdad, bien que buscas los bienes materiales. –Muza se puso en pie y se dirigió al emir–. Mawlana, no quiero ser partícipe de todo esto. Te respeto, y lo haré hasta mi muerte. Pero ¿puedo marcharme?

Boabdil lo miró y meditó su respuesta.

–Me has servido bien. Se acerca el final de mi emirato. Puedes marcharte, si así lo deseas –dijo al fin.

Un atisbo de la vieja melancolía afloró a los ojos del emir, lo que le hizo recuperar su dignidad. Muza lo saludó sólo a él y se retiró de la sala. El sol se escondía detrás de las sierras de la antigua frontera. Las sombras se alargaron. Los presentes se miraron unos a otros. Boabdil retomó la palabra.

–Al-Muleh, cuentas con el seguro de los reyes. Debes ser tú quien vaya a su ciudad. –Éste asintió–. El hijo de Ibn Kumasa, según su propio deseo, te acompañará. –El gran visir también asintió–. Será el viernes de la próxima semana. Entregaremos a los rehenes cuando llegue el momento. Serán hijos de las principales familias de todos

los barrios de Granada. Pedirás un pago, al menos mil doblas de oro, para pagar a los cortesanos más reacios. Alá nos guíe por el buen camino.

Todos repitieron la fórmula.

–Saldrá bien, mawlana –dijo al-Pequeñí–. El pueblo sabe que no hay alternativa a la capitulación. –Evitó informar sobre la petición de los faquíes, sobre su deseo de participar en el proceso de negociación.

–Todos habéis hecho un buen trabajo. –Boabdil se mostró complacido–. El Compasivo os colme de bendiciones.

Se puso en pie y comenzó a retirarse hacia el oratorio anexo a la sala del Mexuar. Al-Pequeñí lo siguió, pero el emir lo detuvo.

–Hoy no, buen amigo. Hoy necesito estar solo.

* * *

Cuando atravesó la puerta de Elvira, el visir de la Espada lucía su armadura completa. Llevaba puesta su brigantina favorita, forrada en cuero con remaches de plata. Su yelmo cónico llevaba enrollado un turbante de seda teñida de verde. Sus zaragüelles, también verdes, terminaban remetidos en sus botas de piel. Portaba su jineta de gala colgando del cinto. Era una pieza exquisita que había salido de los talleres alhambreños. En la mano derecha llevaba una azagaya, el arma tradicional de los jinetes ligeros granadinos. Había elegido su mejor montura para aquella cabalgada. Su mozo de cuadra le había puesto arreos nuevos, de los que colgaban borlas de color bermejo.

Los guardias saludaron a Muza con respeto y lo dejaron pasar sin hacer preguntas. La noche se había cerrado y la luna aún no se había asomado al firmamento. Atravesó el cementerio y siguió el camino que llevaba a las ruinas de Elvira, la antigua capital de la provincia. Por el camino no se topó con nadie. Las atalayas que vigilaban la Vega por aquella zona habían sido asaltadas y desmochadas, y los rumíes no llegaban hasta allí en sus rondas nocturnas. Llegó hasta las tierras de su familia, al pie de la sierra, y

desmontó para pasear entre los sembrados saqueados. Las voces de su abuelo y su padre lo asaltaron, envueltas en la brisa. Agarró un puñado de tierra y lo echó en una pequeña bolsa que colgaba de su cuello.

Montó de nuevo y retomó la marcha, torciendo el rumbo hacia el sur. Atravesó el Genil por un vado y enseguida divisó los muros encalados de Santa Fe y, cerca, el real de la Vega. Antes de que pudiera acercarse sonó una voz de alarma. Al instante, cinco jinetes cabalgaron hacia él. Muza agarró la bolsa que contenía la tierra y la besó. Luego entonó una breve rogativa a Alá:

–Tú que todo lo puedes, cuida de los míos.

Aferró el asa de su azagaya y se preparó para recibir a sus atacantes.

–¡Moro! –gritó uno de ellos. En las torres del campamento se agitaron teas ardientes.

Muza espoleó a su caballo y lo puso al trote. Observó a los cinco caballeros y seleccionó a uno, en el extremo derecho de la formación. Hacia él dirigió su montura. Desplazó hacia atrás el brazo derecho, cogiendo impulso para lanzar la azagaya. En el momento de cruzarse, el visir granadino arrojó su arma, que, certera, fue a parar al pecho de su contrincante. Con un golpe seco, atravesó el pectoral metálico y se incrustó entre sus costillas. El jinete cayó de su montura, pero su pie izquierdo quedó trabado en el estribo, de manera que su cuerpo fue arrastrado por el caballo. Un virote de ballesta rozó la cabeza de Muza, que se alejaba buscando las puertas del real. Los caballeros rumíes lo persiguieron, pero la montura del granadino era más rápida.

El granadino se acercó al foso. Desde el adarve de la empalizada, varios guardias apuntaron hacia él sus ballestas. La puerta permanecía cerrada y los caballeros se aproximaron, rodeándolo por todos sus flancos. Por un instante, parecieron desconcertados, como si esperasen que el moro extrajera un salvoconducto y pidiera parlamentar. Sin embargo, Muza desenfundó su jineta y gritó un «Allahu Akbar» que excitó a los cristianos. Arrancó la carga, pero

enseguida sonaron los dardos, cortando el aire. Dos le acertaron en la espalda. Otro impactó en los cuartos traseros de su caballo, que coceó y acabó tirándolo al suelo. Gritó con todas sus fuerzas para desahogar su dolor. Uno de los dardos se movió y le provocó un profundo desgarro. A pesar de todo, Muza se puso en pie y enarboló su espada mientras cojeaba en dirección a uno de los caballeros. Las ballestas volvieron a disparar y otros dos dardos se le clavaron en el cuerpo. Sus rodillas tocaron la tierra húmeda.

–¡Al-Ándalus para los granadinos! –gritó en árabe.

Uno de los caballeros se le acercó. Muza abrió los brazos y ofreció el pecho, dispuesto a saludar a la muerte.

–Que se cumpla mi destino –dijo en voz queda mientras apretaba la empuñadura de su jineta.

La lanza se clavó en su garganta y le provocó una severa hemorragia. Lo dejaron desangrarse sobre la tierra. La sangre borboteaba en su cuello y él se quedó quieto, mirando desafiante a sus asaltantes.

«Muero antes de que caiga Garnata», pensó, y ese pensamiento alivió su dolor.

Real de la Vega, noviembre de 1491

–Deja que te acompañe, esposa.

Kasim había esperado a Beatriz en la calle principal de la zona de servicio.

–Cosa nueva que vengas tú aquí –le dijo ella con sorna y sorpresa.

–Todo está más tranquilo, tengo más tiempo –se justificó él–. ¿Cómo te encuentras?

–Bien. No noto nada. Más cansada, eso sí. –Echó a andar y Kasim caminó a su lado–. He oído en el hospital que hay más calma porque los moros se están rindiendo –dijo en un susurro.

–Lo creo. Todo apunta a eso. Y no dicen nada para que no nos relajemos. O para que los espías de Granada no lleven la noticia a los granadinos.

–Pronto estaremos allí –comentó Beatriz con aire melancólico. Kasim apretó la boca y frunció el ceño. La esposa se percató y cambió de tema–. ¿Cómo es tener un hijo? –Kasim volvió la cabeza hacia ella de forma brusca–. Discúlpame, cuando estoy nerviosa digo lo que no debo.

–Tranquila. Tuve dos hijos, un niño y una niña más pequeña. Cuando nacen los quieres, pero ese amor va creciendo con ellos. Cuando pasan unos años, te sorprende que un sentimiento así te quepa en el pecho. Hubiera dado la vida por salvar las de ellos. Pero el Altísimo no me lo permitió. –Beatriz le acarició la mano, conmovida. Él la miró a los ojos–. Vas a ser una buena madre, estoy seguro.

Llegaron a las inmediaciones del hospital y Beatriz se apartó de su lado para dirigirse al primer pabellón. Había cesado la afluencia de heridos, pero seguía habiendo enfermos y mutilados que aún se recuperaban.

–Gracias –le dijo a su esposo con un nudo en la garganta.

La joven alegre estaba madurando. En ocasiones, Beatriz se abstraía y se quedaba pensativa durante horas. Seguía riendo y bromeando, pero ahora los silencios habían ganado terreno. Aquél era el efecto que provocaban los golpes de la vida.

LIBRO VI
LA TOMA

Granada, 25 de noviembre de 1491

En cuanto se cerró la noche, al-Muleh, acompañado por el hijo de Ibn Kumasa, se presentó en el palacio de Comares. Ambos llevaban mantos negros para disimular sus respectivos rangos. Boabdil los despidió en el patio. Le entregó al visir de la Pluma sus poderes y le dijo al oído:

–Confío en ti, maestro. Hazlo como yo lo haría.

Al-Muleh aceptó el encargo visiblemente emocionado. Su acompañante y él salieron del palacio y buscaron la puerta de los Pozos. Habían quedado con Zafra y el alcaide de Íllora en la alquería de Churriana.

Boabdil se quedó en el patio, pensativo, al borde de la enorme alberca, que a aquella hora de la noche reflejaba las estrellas. El emir suspiró. En aquellas mismas estrellas, decían, un adivino había vislumbrado su sino maldito. El faquí al-Pequeñí, intuyendo su estado sombrío, se acercó a él.

–¿Afectado por la muerte de Muza?

–Sí –reconoció el emir. La muerte del visir había sacudido al Mexuar–. Pero no es sólo eso.

–Has hecho un gran trabajo en la negociación –le dijo el faquí con familiaridad. Verdaderamente creía en aquellas palabras. De igual manera que Boabdil se había mostrado indeciso, e incluso timorato, durante la resistencia, en el manejo de la pluma había demostrado una habilidad excepcional.

–Han vuelto las viejas pesadillas –murmuró Boabdil–. Anoche soñé con la matanza del Albaicín, el mismo sueño de antes. La madre con dos niños. El varón aferrado a su pierna, la niña corriendo y gritando, los guardias entrando con las armas en la mano. Era muy real. –Miró al faquí a los ojos–. No debimos hacer aquello. Eran inocentes. Y ahora sus almas me atormentan.

–Gobernar no es fácil. Cada decisión afecta a la vida de cientos de personas. Piensas en los que murieron en aquella matanza, pero te olvidas de las vidas que se salvaron por ella. Los granadinos dejaron de ir a Baza al encuentro de la muerte, y los has tenido aquí durante el asedio, luchando por defender a nuestros hermanos.

El emir sonrió. Reconocía la desesperación de un argumento débil construido para calmarlo, pero agradecía el esfuerzo.

–Si las pesadillas no se van, me alejaré yo de ellas. Tal vez se queden aquí, en la Alhambra, cuando yo me haya ido a la Alpujarra –dijo Boabdil–. Voy a descansar. Esperaré en mi casa a que vuelva al-Muleh.

Santa Fe, noche del 25 de noviembre de 1491

Al-Muleh fue conducido a la casa real de Santa Fe junto al hijo de Ibn Kumasa, un joven apuesto y delgado, tímido y prudente, que no desempeñó más papel que el de acompañante del visir. «No pareces hijo de tu padre», pensaba al-Muleh. El salón estaba iluminado con lámparas y en el hogar ardía una lumbre generosa. Ambos presentaron sus respetos a los reyes, que permanecían sentados en sus tronos y lucían todos los signos de su realeza. Para la ocasión, habían abandonado el luto por la muerte del infante portugués. Hernando de Zafra y Gonzalo Fernández de Córdoba asistían a la reunión. Al-Muleh depositó sus poderes sobre la mesa que lo separaba de los reyes rumíes.

Lo primero que se hizo fue la lectura de los documentos, en romance y en árabe. El visir de la Pluma revisó cada capítulo y confirmó que no se había alterado nada. En un documento se recogían las condiciones generales para los granadinos; en otro, las condiciones particulares para Boabdil; en un tercero, las del visir al-Muleh y el gran visir Ibn Kumasa. Después de la lectura, pasaron a discutir sobre los puntos que quedaban por tratar. Fundamentalmente, eran los relativos a los rehenes, las condiciones para pasar a África sin coste y el plazo definitivo de entrega. No tardaron en tomar decisiones. Boabdil había dejado clara su postura,

flexible en aquellos asuntos menores. Se contaron sesenta días desde aquel veinticinco de noviembre.

–Por tanto, la entrega de las llaves se llevará a cabo el día veintitrés de enero de mil cuatrocientos noventa y dos –declaró Zafra con solemnidad.

Al-Muleh asintió. No pudo evitar emocionarse. Había sido partidario de la negociación desde el principio. Estaba convencido de que era el mejor camino para todos. Sin embargo, en aquella sala, instantes antes de firmar los documentos en nombre del emir, un profundo sentimiento de congoja lo embargó. Iba a rubricar el fin de al-Ándalus, la disolución del emirato de Garnata, la claudicación de su pueblo.

Zafra se acercó a la mesa y abrió los documentos por el lugar adecuado. En un extremo de la mesa reposaba una escribanía con todo lo necesario para escribir. La arqueta, taraceada, había sido un regalo de Boabdil a Isabel. Al-Muleh no pudo reprimir sus emociones, que hicieron brotar lágrimas de sus ojos. Los reyes se miraron, desconcertados. Don Gonzalo Fernández de Córdoba se acercó a él, apoyó una mano en su hombro y le susurró al oído, en árabe:

–Dios así lo quiere.

Aquel sencillo gesto reconfortó al visir. Tomó una pluma de buitre, la mojó en el tintero y firmó. Antes de levantar la vista del último documento, leyó el final de uno de los capítulos, una coletilla que él mismo había insistido en añadir:

«Ahora y después de ahora, para siempre».

* * *

Hernando de Zafra caminaba nervioso alrededor de la casa real. La noche había sido larga; al-Muleh y el muchacho que lo acompañaba habían salido hacia Granada poco antes del amanecer. Los reyes aún descansaban. Al secretario lo habían despertado para informarlo de que Ahmed Uleylas había llegado con una misiva de Ibn Kumasa. En su carta, el gran visir advertía a los castellanos de

que Boabdil tenía miedo a la reacción del pueblo y que era probable que, si se producía una revuelta, optara una vez más por la resistencia. El gran visir afirmaba que aquello no convenía a nadie, que los reyes deberían enviar a alguien para que hablara con Boabdil y que él mismo ejercería de mediador para la buena marcha de las conversaciones.

Pasado un rato, una dama de la reina salió de la casa. Zafra la asaltó y le pidió que informara a la monarca de que había un asunto urgente que tratar. Isabel recibió al secretario enseguida.

–Vuestra majestad, ruego que me disculpéis, pero el asunto requiere atención inmediata.

Le tendió la carta. Isabel leyó en silencio. Luego alzó la vista y resopló.

–Estos moros no paran de intrigar... –dijo con voz cansada.

–Lo mismo he pensado yo, alteza. ¿Qué debemos hacer?

Isabel reprimió un bostezo.

–No me han dejado disfrutar de la capitulación ni un solo día. Está claro que este Aben Comixa quiere sacar algo ofreciendo esa mediación. –Zafra asintió–. Estoy cansada de la manera de hacer de los mahometanos. Pero ahora lo que debemos preguntarnos es si hay verdad en sus palabras. Si realmente Boabdil duda, hay que enviar a alguien para dejar las cosas claras. A estas alturas no quiero sorpresas. –Meditó un instante y, en un despiste, se le escapó un bostezo–. Manda a Tendilla.

El conde de Tendilla era un hombre ingenioso y valiente. Había sido alcaide de Alhama y era el actual capitán general de la Frontera.

–Como siempre, sabia decisión, majestad –comentó el secretario, notablemente aliviado.

Granada, 27 de noviembre de 1491

Boabdil aguardaba al conde de Tendilla en el salón del Trono. Éste iba a llegar a la Alhambra poco después del anochecer, y el emir había enviado a su gran visir a la puerta de los Pozos para recibirlo.

«Querrán atarlo todo bien antes de la entrega; pero no te preocupes, mawlana, yo mediaré con él para tranquilizarlo», le había dicho Ibn Kumasa a su señor. Nada le dijo de la carta que él mismo había enviado a la reina.

Tendilla accedió al salón acompañado por Ibn Kumasa y se maravilló por la atmósfera regia, los ricos zócalos, el impresionante artesonado de estrellas, las yeserías pintadas que se elevaban sobre su cabeza. Caminó con paso firme hasta situarse a varios pasos del emir y le presentó sus respetos. Luego fue directo:

–Señor, mis señores reyes temen la reacción del pueblo cuando se efectúe la toma de la ciudad. Las negociaciones se han llevado en secreto por interés de todos, pero ha llegado el momento de hacerlas públicas para evitar sorpresas y para solventar los problemas que puedan surgir.

Boabdil conocía los rudimentos de la lengua romance, pero había solicitado que Hernando de Baeza estuviera presente en la reunión como intérprete. El reo liberado se había convertido en un siervo apreciado. Tradujo las palabras del conde.

–No debéis preocuparos por la reacción de los granadinos. Llevan meses pasando hambre y vivirán con alivio la noticia de la capitulación –respondió Boabdil.

–Si es así, no habrá inconveniente en pregonar las capitulaciones en los espacios públicos de la ciudad –dijo el conde.

Boabdil lo observó con suspicacia. El tono de la conversación había dejado de ser amable.

–No será necesario, os lo garantizo. –El emir hablaba despacio, con cautela, sin apartar la vista del embajador.

El conde de Tendilla sacó pecho y habló con voz más fuerte.

–Seré claro, majestad. Tenemos un acuerdo firmado, que ahora mis señores piden que se haga público al pueblo de Granada. Si no se cumple con lo acordado y con esto, Granada será tomada por la fuerza de las armas.

Tras la traducción, todos se pusieron tensos. Boabdil intentó controlarse, pero no pudo evitar que su frente se perlara de sudor. Ibn Kumasa intervino:

–Noble conde, mi señor...

El emir lo interrumpió alzando la mano y mirándolo con severidad.

–Lo haremos –concedió Boabdil–. Pregonaremos las capitulaciones que afectan al pueblo de Garnata. En dos días.

El conde de Tendilla agachó la cabeza en señal de aprobación.

–No hay nada más que tratar. Mis señores os enviarán una carta para que la pregonéis junto a la capitulación. Debo marcharme, hay asuntos urgentes que tratar en los reales. –Tendilla era un hombre correcto, sin animadversión personal hacia los mahometanos, pero, por encima de todo, era un fiel servidor de la reina Isabel.

El noble se retiró y fue conducido por los guardias del emir hasta las afueras de la ciudad, donde lo esperaban sus propios soldados.

Granada, 29 y 30 de noviembre de 1491

El pregonero se instaló encima de la bóveda del aljibe. Cuatro mujeres que barrían las entradas de sus casas dejaron la tarea y prestaron atención. A su alrededor, decenas de hombres iban y venían sin detenerse, absortos en sus quehaceres. Antes de que levantara la voz, se oyeron alborotos lejanos procedentes de otros puntos de la ciudad. Los otros pregoneros habían comenzado ya su tarea.

El hombre aclaró la voz y desplegó los documentos.

–Sus majestades los reyes de Castilla y Aragón comunican al pueblo de Granada...

Empezó por la carta, como era deseo de Fernando e Isabel. Enseguida los vecinos de la alcazaba Cadima comenzaron a acercarse. La misiva manifestaba la determinación de los reyes de tomar la ciudad, advertía a los granadinos de que, si se resistían, acabarían perdidos, como los malagueños. Sin embargo, para los que acataran el cambio de gobierno, ofrecían remuneración y buen

trato, con respeto de sus vidas, sus costumbres y sus bienes. Asimismo, daban un plazo de veinte días para que pudieran acudir a ellos con cualquier demanda. Establecían que, si en ese plazo no se ponían a su servicio, serían castigados.

Cuando el pregonero terminó de leer, cientos de granadinos se habían arremolinado en torno a él. Todos aprovecharon su silencio para hablar, dejando que la indignación, el miedo, la ansiedad y la sorpresa los dominaran por completo.

–¡Ya nos han vendido! –gritaba un anciano con las manos en alto.

–¡Lo veía venir! ¡Ya lo sabía yo! –voceaba una mujer con un bebé en brazos.

–¡Maldito sea el Zogoibi! –gritaban los más indignados, que seguían con loas a Alá.

El pregonero alzó los brazos y llamó a la calma. Tuvo que esperar un buen rato antes de que lo dejaran continuar.

–¡Aguardad! ¡No he terminado! –El silencio fue expandiéndose a su alrededor–. Ahora voy a leer la capitulación por la cual se entregará la ciudad a los reyes cristianos –dijo, y comenzó a leer el texto.

Las palabras volaban por el aire de la alcazaba Cadima, penetrando en las cabezas de los vecinos y sembrando en ellas su dolor, su temor y, en algunos casos, su esperanza. Los famélicos rostros mostraban lágrimas. Muchos se rasgaban los vestidos, se golpeaban los hombros, impotentes, como si quisieran hacerse despertar de un mal sueño. El pregonero terminó y toda la plaza se entregó al llanto, unos de pena, otros de rabia. Se dirigió a sus vecinos con sus propias palabras.

–¡Os entiendo! Es duro para mí leeros esto. Pero pensadlo, estábamos perdidos, y no son malas condiciones. –Agitó los documentos–. Habrá una copia en la mezquita de Badis para que los faquíes y los hombres sabios puedan consultarla en vuestro nombre. He cumplido mi cometido, con la ayuda del Altísimo. Ahora, dejadme marchar.

La muchedumbre abrió un pasillo, y por él se escabulló el hombre con la cabeza gacha, avergonzado.

Reduán llevaba a Badra de la mano. El pregón lo había sorprendido a la salida de la mezquita.

–Me haces daño –dijo la niña.

El viejo faquí aflojó la mano. Estaba tenso.

–Perdóname, hija mía. –Agarró su cabecita y besó sus cabellos–. Ven conmigo.

Tiró suavemente de su brazo para conducirla por el entramado de callejas del barrio. Salieron de la alcazaba y penetraron en el Albaicín. La marcha se hizo torpe. Las calles se habían llenado de granadinos nerviosos, indignados, vociferantes, que se desahogaban en cada esquina hablando con sus vecinos.

Llegaron a la casa y llamaron a la puerta. El propio dueño les abrió y los hizo pasar. Dentro ya estaban reunidos varios hombres.

–Ahora sí, ¡ahora sí! –soltó Reduán.

–¡Lo dije! –gritó uno–. El Zogoibi lleva meses tratando con ellos.

–A nuestras espaldas –apoyó otro.

–Hay que actuar –intervino Reduán–. No somos un saco de grano que se pueda vender sin más. Tenemos voz, y nos deben escuchar. –Hubo asentimientos. Badra observaba la escena petrificada, sin acabar de comprender–. Y ese malnacido de al-Pequeñí ha sido su cómplice. Cómo nos engañó...

–Maldito sea. –El dueño de la casa escupió al suelo–. Pensaba que era nuestro hermano en la Alhambra.

–Estamos solos, pero somos muchos –dijo Reduán. Negaba con la cabeza–. Hay que gritar, exigir que nos escuchen.

–¡Sea! –apoyaron varias voces.

Reduán se puso en pie y tomó de nuevo a Badra de la mano.

–Vamos ahora mismo a las calles.

Echó a andar y los otros lo siguieron, convencidos de que allí mismo, en aquel caserón del Albaicín, estallaba el germen de una revuelta que haría cimbrearse los muros de la Alhambra.

–¿Qué pasa? –preguntó la niña, sobrepasada por los acontecimientos.

–No te preocupes, pequeña –la intentó calmar–. Se ha cometido una injusticia y vamos a defendernos, pero a ti no te pasará nada.

Después de hablarle, Reduán se apartó para dirigirse al dueño de la casa del Albaicín.

–Me voy a poner en cabeza; voy a representaros, si es necesario –le dijo–. Pero tengo que pedirte una cosa: si algo me pasa, hazte cargo de ella. –Apuntó hacia Badra con la barbilla.

–Tienes mi palabra –contestó el hombre.

El grupo recorrió el barrio, que estaba en ebullición. Reduán parecía haber rejuvenecido. La ira borró los dolores de sus articulaciones.

–¡Seguidnos! –iba gritando a los cientos de vecinos exaltados.

Se instaló ante la puerta del Ensanche, la principal que daba acceso a la alcazaba desde el Albaicín. La plaza y las calles aledañas se llenaron enseguida. El alboroto ahogaba sus palabras. Un faquí joven trepó por la reja de una ventana y alzó la voz:

–¡Escuchad, hermanos!

Tuvo que repetirlo hasta en cuatro ocasiones para que la turba reaccionara y comenzara a serenarse. Reduán se preparó para hablar y Badra se hizo a un lado, asustada por aquella marea de gente.

–¡Hermanos granadinos! Hoy nos han dado una puñalada. –Un guardia se asomó desde el adarve de la muralla, pero continuó su ronda–. Cualquier negociación para entregar Garnata debe contar con el pueblo. Nos han engañado, nos han traicionado...

–¡Maldito sea el Zogoibi! –gritó un espontáneo.

–Nos hemos mantenido firmes en la resistencia –continuó el viejo faquí–. Hemos sufrido el hambre y la pérdida de muchos hermanos. Y ahora nos venden como si fuésemos mercancía. –Apuntó al cielo con el dedo–. ¡El Altísimo es testigo de que hoy mi paciencia se ha acabado!

–¡Lucha, lucha! –comenzaron a gritar varios hombres a coro.

–¡Sí! Pero con cabeza. Debemos organizarnos.

–¡Resistencia hasta la muerte! –voceó un exaltado.

–No contéis conmigo para eso –afirmó, rotundo, Reduán–. Que quede claro. No entregaré la ciudad a la muerte. Contad conmigo para exigir las mejores condiciones, para reclamar nuestros derechos, para defendernos en la Alhambra.

–A estas alturas ya nadie duda de que estamos perdidos –voceó el faquí joven en apoyo de sus palabras–. El que quiera irse después de la toma podrá hacerlo. Ahora lo que toca es pelear para que nos escuchen.

Hubo asentimientos, murmullos y lágrimas. El momento temido había llegado. La vela de Garnata se extinguía y una nueva era estaba a punto de comenzar.

–¡Dejad hablar al sabio de la Higuera! –gritó una mujer.

–¡Defiéndenos, sabio!

El faquí meditó antes de retomar la palabra.

–Mañana por la mañana iremos todos a la Alhambra. Ahora estudiaré la capitulación con los demás faquíes. Confiad en que haremos lo mejor para todos sin buscar el propio beneficio. Ahora, marchad a vuestras casas y corred la voz. Mañana al alba el Compasivo nos llevará al palacio del Zogoibi.

A pesar de la petición, nadie se marchó. Las calles siguieron abarrotadas de vecinos que hablaban y se buscaban para consolarse mutuamente. Reduán llevó a Badra a la casa del callejón de la Higuera y le pidió que no saliera hasta que él llegara. Luego condujo

sus pasos hasta la mezquita de Badis. A la entrada ya lo esperaban tres faquíes.

–Veamos si esas condiciones son tan buenas como dicen... –dijo mientras accedía a la sala. El dolor de sus rodillas había regresado. Caminó hasta el interior con pasos renqueantes.

* * *

Tras la primera oración de la mañana, Reduán salió de casa para reunirse con los otros cabecillas. Durante la noche, los vecinos de la alcazaba habían instalado barricadas en los accesos a algunas de las calles principales.

–¡Buenos días, sabio! –lo saludaron desde una ventana.

–¡La paz sea contigo! –le gritó otro vecino mientras corría escaleras abajo para salir a la calle.

La ciudad despertaba, y los hombres del Albaicín, la alcazaba Cadima y Axaris se movilizaban para acudir a la Alhambra.

Reduán se sentía orgulloso de su pueblo. Esperaba estar a la altura de las expectativas que todos ponían en su intervención. El hombre tenía ojeras; había pasado buena parte de la noche en la mezquita de Badis, leyendo los capítulos con los otros faquíes. Todos habían convenido en que realmente no eran malas condiciones, lo cual los había tranquilizado. Tras estudiarlas en profundidad, sólo tenían un puñado de enmiendas que elevar al emir. Sin embargo, las dudas iban más allá del documento. Necesitaban garantías de que todo se iba a cumplir. Boabdil se marcharía al señorío que los rumíes le habían concedido, pero ¿qué pasaría entonces con el pueblo de Granada? Además, los cristianos pedían quinientos rehenes para garantizar la buena marcha de la entrega. Boabdil los seleccionaría de entre las familias de toda Granada. Los faquíes insistían en que la mayor parte debían salir de la Alhambra; que, si habían negociado sin tenerlos en cuenta, tampoco debían contar con sus hijos para entregarlos a los rumíes. Ése era el principal punto de disputa, lo que había generado más indignación entre los granadinos. «¡Que manden a sus hijos!», se había escuchado en las plazas y calles.

Con esas demandas en la cabeza, Reduán caminó al frente de sus vecinos. Cientos de hombres salieron de sus casas y se les unieron, formando una sólida columna que serpenteaba por las cuestas que llevaban a la medina.

Cruzaron el río Darro por varios puentes y volvieron a unirse al otro lado para ascender hasta la puerta de las Armas. Estaba cerrada, y varios guardias les hablaron desde la azotea:

–¡Sólo podrá pasar uno! ¡Que se adelante un representante!

Reduán alzó la mano para identificarse.

Las voces de los más exaltados arremetían contra los muros, pero los más sensatos supieron contenerlos para que no provocaran altercados. Se abrió la primera puerta y Reduán accedió al interior de la torre. Los guardias lo condujeron a la zona administrativa, desde donde accedieron al palacio de Comares. El viejo faquí se deleitó con cada detalle, cada yesería pintada, cada columna de mármol, cada azulejo de los zócalos, profusos en colores y brillos.

El emir aguardaba sentado en su trono en el gran salón. Reduán avanzó hasta donde los guardias le indicaron, se arrodilló y extendió los brazos.

–Levántate, hermano –lo saludó el emir–. Sé a lo que vienes. Ayer recibí a dos representantes de la medina. Me compete decidir el destino de mi emirato –dijo con orgullo–, pero es justo que mi pueblo opine y que exprese sus demandas. Yo lo escucharé con atención –suavizó con tono zalamero–. Habla.

Reduán se puso en pie y se atusó la sencilla túnica de lino. Observó al hombre que tenía delante, un joven arrogante al que le venía grande la jamuga taraceada sobre la que descansaba. En ese instante, recordó a sus compañeros, a sus amigos ajusticiados allí mismo, en la Alhambra. Por respeto a ellos, alzó la cabeza y habló con voz firme, controlando los nervios.

–Mawlana, vengo en nombre de los vecinos del Albaicín, de la alcazaba Cadima y de Axaris. Hemos conocido el contenido de la

capitulación que ya habéis firmado y vengo a trasladar la voz del pueblo.

Enumeró las enmiendas y Boabdil mantuvo silencio. Por su expresión, Reduán supo que aceptaba las propuestas.

–El acuerdo es bueno –reconoció el faquí–, pero, mawlana, ¿qué garantía tenemos de que se cumplirá?

Boabdil suspiró y miró brevemente el imponente artesonado de la sala, como si buscara la inspiración de Alá.

–Hermano faquí, Garnata no va a ser desalojada, salvo de aquellos que voluntariamente quieran irse. Una ciudad como ésta no se mantiene por la fuerza. Los reyes conocen nuestro carácter. Si se sobrepasan, reaccionaremos. Les conviene respetar la palabra dada. –Recurrió a la razón en su respuesta.

Reduán asintió. Su argumentación era buena.

–Espero que así sea. Como bien dice mawlana, si no respetan, se enfrentarán a toda la ciudad. Transmitidles esto en nuestro nombre. –Agachó la cabeza para revestir su orden de un tono de súplica–. Hay un último asunto a tratar: los rehenes. Si los pedís a las familias de los barrios, estallarán. No os interesa provocarlos. La mayoría de los rehenes deben salir de aquí. Cada barrio aportará, pero al menos la mitad serán hijos de la Sabika. Si no es así, no respondo por quienes gritan ante la puerta de las Armas.

Boabdil se irguió y agarró los brazos de su jamuga.

–Te recuerdo, os recuerdo a todos, que mi propio hijo es rehén de los rumíes en Moclín. Soy el primero que ha sacrificado a su familia por Garnata. –Los dos hombres se miraron fijamente; ninguno apartó la mirada–. Pero está bien, complaceré a mi pueblo una vez más. Una vez más –repitió–. La mitad de los quinientos rehenes serán aportados desde aquí. Díselo a los tuyos. Espero que esto los calme y que no vuelva a haber incidentes. He recurrido a la pluma, no hagáis que recurra a la espada.

–Mawlana, transmitiré vuestra sabia decisión y trabajaré personalmente para calmar a los exaltados. –Reduán estaba

satisfecho con el desarrollo de la audiencia.

Boabdil se puso en pie y se retiró sin despedirse. El faquí admiró su fina marlota bermeja con bordados de oro. Los guardias lo llevaron fuera. En el segundo patio de la zona administrativa pidió descansar en un banco de piedra.

–Mis piernas, no puedo más.

La tensión había agravado sus dolores. Retomaron la marcha y, conforme se acercaban a la puerta de las Armas, les fue llegando el murmullo de la muchedumbre que se agolpaba al otro lado. Se abrieron las pesadas hojas de madera y Reduán se enfrentó a sus vecinos, que callaron para escucharlo. El viejo faquí alzó los brazos y gritó:

–¡Lo hemos conseguido!

Enseguida estalló la euforia de un pueblo que, resignado a su rendición, sentía por un instante que había sido dueño de su destino. «Esta falacia nos conviene a todos», pensó Reduán, que sabía que aquello no había sido más que una migaja del pan que otros habían cocido.

Varios hombres agarraron las piernas del faquí y lo alzaron sobre sus cabezas. Exhibiéndolo como un trofeo, comenzaron el camino de regreso a sus barrios. Iban esperanzados, alegres.

«Ya pasará la euforia», se dijo el viejo maestro.

Granada, diciembre de 1491

Fátima pasó la mano por el seto de arrayán y luego se la llevó a la nariz. Respiró profundamente y emitió un gemido de placer.

–Allá donde vayamos, plantaremos arrayanes. Será como llevarnos la Alhambra con nosotros.

Boabdil, a su lado, observaba el cercano pabellón del Partal reflejado en su alberca. «También construiremos albercas, pero ninguna reflejará lo mismo», pensó, melancólico.

–Te estás manejando bien, hijo mío –le dijo la madre–. Has hecho lo que tenías que hacer.

–Gracias, madre –se limitó a contestar–. Ahora hemos calmado a los granadinos, pero sigue habiendo agitación. Voy a pedir a los reyes rumíes que adelanten el plazo. Ahora el tiempo juega en nuestra contra.

–Es una decisión sabia. Haces que me sienta orgullosa.

Un gorrión bebió agua de la alberca y difuminó la imagen del Partal. Decenas de pájaros cantaban a su alrededor y saltaban de un árbol a otro. Sin embargo, el emir mantenía el semblante serio.

–¿Has oído los rumores? Los guardias se ríen a nuestras espaldas. –Fátima cambió de tema. Boabdil sabía a lo que se refería.

–Pronto zanjaré el tema –contestó–. Debo marcharme. Me esperan en la sala del Mexuar.

El emir echó a andar hacia los palacios.

Le parecía oír la voz de Muza, tan contundente y tan certera como siempre. Echaba de menos al que fuera su visir. Muza había elegido morir de pie. Estaba en su derecho. Él, en cambio, debía arrodillarse para permitir que su pueblo sobreviviera.

* * *

La voz dulce del muecín de la Alhambra terminó de recitar el primer llamado a la oración. Boabdil accedió solo al harén. Abrió la puerta y caminó con sigilo. Atravesó el patio y se asomó a la alcoba, donde observó a Moraima durmiendo abrazada a Nawar. Sintió como la ira tensaba sus músculos y comenzaba a dominarlo. La esposa del emir vestía una fina *ghilala* de lino. Nawar estaba desnuda, y sus pechos asomaban sobre la ropa de cama. El emir procuró no hacer ruido para no despertarlas. Se quedó de pie a la entrada, observando en silencio y rumiando su odio. «Por esto no querías volver conmigo». Sentía el sabor ácido del desprecio en la boca. Nawar fue la primera en abrir los ojos y, al contemplar al hombre apostado junto a la puerta, saltó y gritó.

–Mawlana. –Se sentía avergonzada e intentó taparse con las sábanas.

Moraima se despertó sobresaltada. Enseguida, su rostro expresó el terror que brotaba de sus entrañas.

–¡Esposo! –gritó, incapaz de contener el temblor de su boca.

Boabdil se recreó en su miedo. Llevaba meses soportando su indiferencia, su actitud altanera, sus desplantes y sus ataques. Ahora la sentía sometida.

–Apártate, esclava –comenzó diciendo, y Nawar obedeció–. Eres mi esposa. Esto que estás haciendo va contra la ley, la de Dios y la de los hombres. Infidelidad y... –Señaló a la sudanesa. Fue incapaz de terminar–. ¿Sabes cuál es el castigo por esto? –Las dos mujeres comenzaron a llorar, conscientes de que no había defensa posible–. Te he amado, y tú te has reído de mí. Ahora mis guardias también se ríen, hacen burlas sobre cómo gemís. Os escuchan a través de los muros. Os amáis como perras, como animales, sin entender de ninguna norma. –Negó con la cabeza. Estaba herido, como un halcón alcanzado por una flecha–. Nunca imaginé que viviría esto. Debería dejar que el cadí os castigue según nuestras leyes, acabar con vuestras vidas hoy mismo. –Respiró hondo para calmarse. Sus ojos se nublaron–. Justo ahora que vamos a recuperar a Ahmed... –El llanto de Moraima arreció–. Por él te dejaré con vida, os dejaré vivas a las dos. –Castigar a una significaría asumir los hechos–. Pero vamos a reponer las cosas a su orden. Tomaré lo que es mío. –Nawar intentó escabullirse hacia el patio, pero el hombre la detuvo–. Quédate –le ordenó, y empezó a desvestirse.

Moraima lloró con tono lastimero.

–Déjala ir. Me entregaré a ti, pero déjala ir.

Boabdil, con el corazón endurecido por las llagas, negó, y las dos mujeres aceptaron su destino. Nawar miró a Moraima con los ojos anegados de lágrimas. «Estaré bien, aguanta», parecía susurrarle. Moraima le dibujó un «te quiero» con los labios.

Fue rápido. El hombre estuvo a punto de no poder cumplir con su labor. La mujer lloraba mansamente, procurando no hacer ruido para no enfurecerlo. Nawar apretaba los extremos de la sábana, conteniéndose para no agarrar una daga y acabar con él.

Una vez que hubo terminado, mientras se vestía, el emir les habló por última vez.

–Vuelve antes del mediodía a la sala de la Miel. Tú –señaló con la barbilla a Nawar–, serás vendida a otro señor. Tal vez Alá te perdone por lo que has hecho. Yo no. En este harén se instalará Diala. Seguiré viéndola. No hay más que hablar.

Se retiró con paso firme. Mientras descendía por la escalera, oyó cómo las mujeres lloraban, desatando su dolor en los últimos instantes que iban a poder dedicarse. Cuando atravesó el patio del palacio, percibió que los guardias esbozaban sonrisas lobunas de reconocimiento.

Real de la Vega, diciembre de 1491

–Ahora les ha entrado la prisa –comentó Isabel mientras paseaba entre las cruces de madera que marcaban las fosas.

–Es normal, majestad. –Fray Hernando de Talavera observaba la tierra removida, sobre la cual se había posado un manto de nieve–. Ya sabemos cómo son los mahometanos. El rey Chico teme que se le rebelen ahora que lo saben todo.

–No me quejo, excelencia. Mejor para nosotros. Para el día de la Adoración de los Reyes entraremos en la Alhambra. Ya han llegado las primeras tropas. –Isabel y Fernando habían hecho un llamamiento para que acudieran refuerzos a los reales. El control de una ciudad como Granada requería de más y mejores hombres.

Talavera se arrebujó en su manto. El frío calaba y lo hacía temblar. La reina parecía inmune a los elementos. Seguía vistiendo de luto por la muerte del infante portugués, y se abrigaba con un manto de lana teñida de negro. Su hija Isabel comenzaba a reponerse del golpe. Desde Íllora, la esposa del alcaide lo informaba casi a diario sobre el estado de la joven. «Se refugia en la lectura, vuestra majestad. Se encierra y lee durante horas, sobre todo libros de fe, pero también de esos otros que vos le mandáis. Tiene mejor cara y, a veces, hasta sonríe. Le cuesta comer, pero en eso también hace avances, con la ayuda de Dios», decía la mujer en su última misiva.

Llegaron a la zona noble del cementerio. Allí estaba enterrado un paje muy querido por la reina, que había muerto durante una incursión en la Alpujarra.

–Tengo algo que anunciaros, obispo. El rey y yo hemos tomado una decisión. –Aquello era un formalismo. La decisión, en realidad, la había tomado ella en solitario–. Confiamos en vuestra excelencia para ejercer como arzobispo de Granada.

Los temblores de Talavera se acentuaron, unidos frío y nervios.

–Vuestra majestad, es un honor que no sé si merezco –balbuceó.

–Por eso mismo lo merecéis, excelencia. Los que desean y exigen algo, normalmente son los que menos lo merecen –sonrió–. No imagino a nadie mejor para este cargo. Os apoyaremos ante la Iglesia para que lo obtengáis.

–Gracias –dijo escuetamente. El hombre no acababa de calibrar la magnitud de la noticia. Fray Hernando de Talavera tenía sus propias aspiraciones, no lo iba a negar, pero el afán de poder no dirigía su vida. Se tomó unos instantes para reflexionar. El cargo tenía muchas implicaciones de carácter moral. Quien lo ostentara influiría de manera decisiva en el destino de las almas de los mahometanos. Las capitulaciones establecían el respeto de su fe, pero de sobra conocía a sus colegas, a otros obispos que no dudarían en aplicar métodos de moralidad dudosa para forzar las conversiones. Tal vez él podría conducir el proceso de una forma más suave. Tal vez Dios lo ponía en aquella tesitura precisamente por esa razón, para que tomara las riendas y velara por la correcta marcha de la Iglesia en la tierra de moros recién conquistada. «Más vale una conversión sincera, interiorizada, que diez bautismos sin fe», solía decirle a la reina. Excitado, añadió–: Majestad, lo haré lo mejor que pueda, para mayor gloria de Dios y de mis señores reyes.

–No lo dudo –respondió Isabel mientras comenzaba a caminar hacia la salida del camposanto–. Ay, excelencia, ya acaba nuestro empeño. Pronto tendremos reparada la vieja Hispania quebrada y anularemos la amenaza del turco. Tal vez nosotros nos libremos de enfrentarnos a los turcos, pero recordad lo que os digo: mis hijos, o

tal vez mis nietos, tendrán que plantarles cara. Una plaga como ésa no se apaga nunca sola.

–Dios nos libre –remató Talavera, que seguía cavilando sobre el largo camino que se abría ante él.

Granada, diciembre de 1491

–Te has comportado como un hombre –le dijo Fátima la Horra a su hijo mientras caminaban hacia el palacio de los Abencerrajes.

–Está desquiciada. Los primeros días los pasó ebria. He prohibido que le den vino.

–Maldita mujer. Quién nos iba a decir que una hija de Alí-Atar se iba a comportar así... ¿Y la esclava?

–Vendida. Ya está en Axaris, en la casa de un mercader amigo de Ibn Kumasa.

–Has sido indulgente –le reprochó la madre–, pero algo has hecho. Al menos se callarán los rumores. –La mujer se detuvo y se frotó la cadera, que comenzaba a dolerle–. ¿Cuándo será al final? –cambió de tema–. Ya sabes que éstos –señaló con la cabeza el palacio abencerraje– querrán saberlo.

–Está previsto para el sexto día después del año nuevo cristiano, pero voy a pedir que se adelante unos días. La ciudad está caliente. Cuanto antes, mejor.

–Bien. –Fátima suspiró y arrancó a andar de nuevo–. Me parece correcto. He leído cómo se va a hacer la ceremonia de las llaves. Me gusta el amago de desmontar, y que los reyes te dejen seguir a caballo. Pero, hijo, no debes besar sus manos. –Apretó el brazo de Boabdil para que la mirara a los ojos–. Escúchame bien: no beses las manos de los reyes rumíes. Sólo te pido eso.

–Está bien, madre. Te haré caso. Mañana mismo mandaré a Uleylas para informarlos.

La relación entre madre e hijo, turbulenta durante tantos años, había mejorado.

–Bien, bien. –La Horra le palmeó el antebrazo–. Pronto todo habrá acabado. Sobre tu esposa, déjala. Cuando tenga a Ahmed recobrará la cordura.

–El Altísimo te dé la razón.

Llegaron al umbral del palacio. Los guardias del emir atravesaron la puerta que daba acceso al patio y franquearon el paso a su señor. Los cabecillas de los Abencerrajes aguardaban ante la alberca, vestidos ceremonialmente.

–Bienvenido a tu casa, mawlana –lo saludaron.

Boabdil los besó y se dispuso a disfrutar de una de las últimas fiestas a las que iba a poder asistir en la Alhambra.

* * *

Reduán añadió un palo a la hoguera. La nieve se había derretido, pero desde el monte Sulayr soplaba un aire gélido que escarchaba las calles de la ciudad. La familia que vivía arriba, en la almacería, había conseguido un cargamento de leña para el faquí.

Badra se calentaba los pies colocando las plantas delante del fuego. Las vecinas del callejón de la Higuera le habían regalado algunas prendas de abrigo.

–¿Por qué gritaba la gente?

Desde los altercados del día de los pregones la niña se lo preguntaba, pero no se había atrevido a manifestar su duda. Reduán se sentó a su lado.

–El emir nos gobierna, pajarillo. Y ha tomado decisiones que no nos han gustado. Por eso nos enfadamos y fuimos a la Alhambra –explicó de forma sencilla.

–¿Y ya está todo arreglado?

Reduán llegó a la conclusión de que la niña no iba a comprender el complejo proceso de cambio al que la ciudad se enfrentaba.

–Sí, Badra. Ya está todo arreglado. El emir nos ha escuchado y nos ha hecho caso. Todo va a mejorar para nosotros.

La pequeña bostezó y se llevó las manos a los pies, aburrida.

–Si yo hiciera ese mismo movimiento, me partiría por tres sitios. –El viejo faquí sacó la lengua y simuló un dolor de espalda.

Badra rio con ganas y sus ojos destellaron con más intensidad que la lumbre.

«Eres mi vida, pajarillo. Por ti estoy vivo y por ti saldré adelante», pensó Reduán.

–¿Quieres que leamos unas suras del Libro?

La niña asintió varias veces. El hombre desplegó su viejo atril. Sobre él abrió su copia del Corán. Se colocó de espaldas al hogar para recibir su escasa luz y comenzó a leer con voz dulce:

> –«Alá es la Luz de los cielos y de la tierra. Su Luz es comparable a una hornacina en la que hay un pabilo encendido. El pabilo está en un recipiente de vidrio, que es como si fuera una estrella fulgurante. Se enciende de un árbol bendito, un olivo, que no es de Oriente ni de Occidente, y cuyo aceite casi alumbra, aun sin haber sido tocado por el fuego...».

Moclín, diciembre de 1491

–Vamos, Ahmed, ya es hora.

Adhara apremió al niño, que remoloneaba en el interior de la vivienda. Desde el real de la Vega había llegado la orden de trasladar al infantico. La devolución del rehén a sus padres se efectuaría inmediatamente después de que Boabdil entregara las llaves de la ciudad.

Kamal, el guardia africano, los esperaba junto a Ibrahim. El alcaide Martín de Alarcón iba a acompañarlos con una nutrida escolta castellana.

Ahmed salió de la casa y no pudo evitar volver la mirada hacia el interior.

–¿Qué va a pasar ahora? –preguntó con inquietud.

–Nada malo, pequeño. Vamos a la Vega. En unos días te reunirás con tus padres, que te quieren mucho y están deseando verte. –La

mujer sonreía, pero sus ojos dejaban adivinar el torbellino de sentimientos que se acrisolaba en su alma.

Ahmed respiró con ansiedad y replicó:

–Pero, Adhara, mi madre eres tú. –Dos lágrimas cayeron sobre sus mejillas y se deslizaron hasta su barbilla.

La granadina lo tomó por los hombros y lo empujó contra su pecho. Besó sus cabellos mientras le susurraba:

–No digas eso. No lo digas nunca más, aunque lo sientas. Te lo ruego. –Lo separó de sí y se agachó para ponerse a su altura–. Siempre te querré como a un hijo. No lo olvides. Me obligaron a venir, ya tienes edad para saberlo, pero te he querido desde el primer instante, cuando apenas eras un bebé que aprendía a andar. –Comenzó a llorar, desbordada la fuente de sus emociones–. No me olvides, Ahmed.

Se puso en pie. Se secó las lágrimas e hizo lo mismo con las del niño. Así zanjó la cuestión. Allí terminaba la intimidad. Allí le arrebataban a su niño, al infantico, para entregárselo a unos padres que no lo conocían, que no lo habían oído llorar ni reír, que no lo habían reprendido en las travesuras ni alabado en las bondades. Ése era su destino, y ella lo maldecía.

Salieron de Moclín y tomaron el camino que, a través de las sierras, llevaba al real de la Vega. El corazón de Ahmed latía con fuerza. Su vida iba a cambiar, pero aún no conocía el alcance exacto de la sacudida.

Adhara y Kamal se dirigían fugaces miradas. Antes de partir, se habían dedicado promesas de amor que ambos sabían que sería difícil cumplir. «Hablaré con mi padre», le había dicho ella. «Si me lo pides, me fugaré contigo», afirmó él con determinación. Su amor les quemaba, y temían que su intensidad acabara consumiéndolos.

Ibrahim viajaba sobre una mula. Hizo el camino en silencio, sembrando los senderos de suspiros. Cuando atravesaron la primera cadena de montañas y fue visible Granada, pensó: «No vuelvo a ti, Garnata. Regresaré a tus calles, a tus plazas; atravesaré tus

murallas, pero no regresaré nunca más a ti. La ciudad a la que vuelvo es otra, aunque se esmere en disfrazarse de ti».

Real de la Vega, diciembre de 1491

Beatriz y Kasim se vieron junto a la gran hoguera que había en una esquina de la plaza de armas. De ella se obtenía el picón para los braseros que caldeaban los pabellones del hospital. La joven tenía el rostro pálido y ojeroso. Kasim, en cambio, había ganado algo de peso con los entrenamientos que le exigían en las guardas reales. El hombre lucía un porte más atlético.

–Sigo mal –le dijo ella–, con mareos y vómitos a todas horas. Es como si mi cuerpo se rebelara. Apenas duermo y paso los días bostezando.

–Me recuerdas a mi prima cuando estaba embarazada de mi niña –dijo con una sonrisa. Kasim había conseguido hablar de su familia sin sentir la punzada ardiente del dolor–. Con mi niño todo fue bien, luego fue tranquilo. Pero con la niña... Fue guerrera desde la barriga de la madre –soltó una risita.

–Así que me voy preparando, ¿no? No sé si será niño o niña, pero será un bebé guerrero.

–Eso seguro –confirmó Kasim. Perdió la mirada en los rescoldos de la hoguera–. A los niños guerreros se les quiere mucho. Dan mucho trabajo, pero son buenos y sinceros. –Entre ellos se abrió un silencio. Beatriz había dejado de insistirle en que abandonara su empeño–. Ahora los siento cerca. Sueño con ellos, oigo sus voces, como si ellos también sintieran que estoy aquí. También sueño con mi barrio, mis amigos. Sobre todo, con Omar. A veces me despierto con su risa limpia en mi cabeza. Recuerdo mi huerta en la Alberzana, mis vecinos, las disputas por los turnos de la acequia. Toda una vida quedó allí, y ahora me llama a gritos.

–Fernando –lo llamó ella por su nombre cristiano–, estás hecho un poeta. Me gusta cómo hablas cuando te pones a recordar.

–Mi pueblo entero tiene alma de poeta. Dicen que la Alhambra está decorada con poemas.

–Buen pueblo, entonces –opinó la joven esposa.

–También tiene sus cosas –rio–. No les lleves la contraria... Y no se ponen de acuerdo ni para decir si es de día o de noche.

–Se nota que lo añoras.

Kasim volvió la cabeza hacia ella. Beatriz pudo leer en su mirada el dolor y el anhelo que albergan los ojos de todo emigrante.

–¿Cómo no voy a añorarlo? Todo en mi vida me conduce de vuelta a Garnata.

Un hombre se acercó a la hoguera para calentarse las manos. Era Pedro el Pedo y, en cuanto los reconoció, se alejó con paso apresurado. La pareja rio a carcajadas.

–Amigo de la reina –le dijo ella a su esposo con sorna mientras le daba un codazo cómplice–, ¿cuándo te vas?

–Pronto. Unos días después de Año Nuevo. –Lo habían informado de que formaría parte del destacamento que acudiría a la Alhambra para tomar su posesión.

–No podrás conseguirlo. –De nuevo afloró la desesperación–. Al menos, prométeme una cosa: que no te obstinarás; que, si no consigues acercarte a él, no te arriesgarás; que no vas a perder la vida por nada.

–Te lo prometo. Sólo actuaré si tengo una ocasión clara –pronunció solemne. Ella pareció tranquilizarse. Sin embargo, Kasim estaba convencido de que en algún momento durante la ceremonia tendría a mano al Zogoibi.

–Me voy al hospital. Espero que no haya mucho trabajo. Con este cuerpo, pocas ganas tengo...

Kasim se quedó en la hoguera. «Significará mi muerte, pero habrá merecido la pena. Él no merece estar vivo. Yo... dejé de estarlo hace tiempo».

* * *

Isabel y Fernando regresaban caminando a Santa Fe. Habían asistido al torneo que los capitanes habían organizado para

entretener a los hombres en aquellos días de inactividad. Alfacar, la única alquería que quedaba en manos nazaríes, había capitulado sin condiciones. El propio emir había enviado emisarios para ordenarlo.

La nieve derretida había embarrado los caminos. Los reyes atravesaron el espacio que separaba al real de la Vega de la villa de Santa Fe. El terreno albergaba decenas de cercados en los que se guardaba el ganado, así como caballerizas y corrales de gallinas. La villa seguía recibiendo materiales y los peones se afanaban en ultimar los trabajos para dejarla bien asentada.

–Esta tarde el infantico vendrá conmigo a misa –dijo Isabel. Ahmed ya estaba en Santa Fe–. Lo voy a echar de menos. Si hubiera tenido más tiempo, se habría acabado convirtiendo.

–No creo que a sus padres les hubiera gustado demasiado –replicó Fernando.

–Dame tiempo y acabo convirtiendo al rey Chico –dijo Isabel con tono jovial. Luego retomó su seriedad habitual–. Siento que tengo una misión encargada por Dios. Expandiremos la fe por nuevas tierras, y creo que esto no es más que el principio.

–Esposa mía –intervino Fernando–, hemos jurado respetar a la secta mahometana.

–No los forzaremos. Talavera es más firme que yo en eso. Pero predicaremos, daremos a conocer. Si la verdad los atrae, no habremos incumplido ningún capítulo del acuerdo. –Fernando esbozó una sonrisa, consciente de que la idea de Isabel era hacer algo más que dar a conocer–. Y, después de esta tierra..., ¿quién sabe? Tal vez nuestra misión divina nos lleve a las Indias. –La reina soltó una risita. Estaba de buen humor.

–A base de insistir, el almirante te ha acabado embaucando. No hay otra explicación. –Señaló un charco–. Cuidado, no metas el pie ahí.

–Si conseguimos abrir ruta a las Indias por el mar Tenebroso, no sería empresa difícil.

–No seré yo quien lo pruebe. –Fernando alzó una mano con la palma abierta.

–Yo tampoco. Lo haría él, con un pequeño apoyo por nuestra parte. Si fracasa, habremos perdido dos o tres naves. Pero, si tiene éxito –sus ojos brillaron–, la riqueza de nuestros reinos crecerá sin límites y tendremos la ocasión de llevar a Cristo a aquellos pueblos que viven en la ignorancia.

–No hemos acabado una empresa y ya estás pensando en otra. No olvides que quedan pendientes los asuntos de Aragón con Francia.

–No lo olvido, esposo, y tendrás el apoyo de Castilla. Tienes razón, sueño demasiado. Ya habrá tiempo. Ahora, centrémonos en lo que tenemos entre manos.

Accedieron al bastión oriental y atravesaron la puerta de Santiago. El camino llevaba a la plaza de armas y a la casa real. En la distancia vieron al obispo Talavera, que paseaba acompañado por el maestro Ibrahim. Los dos hombres habían trabado una sincera amistad.

–¿Qué opinas del besamanos? –le preguntó Isabel a su esposo. Boabdil había solicitado evitarlo en la ceremonia de entrega de llaves.

–Que me importa bien poco mientras el rey Chico nos dé la Alhambra.

La reina rio a carcajadas.

–Qué simple eres, esposo. Qué poco caso haces del boato. Pero en este caso tienes razón. Untemos aceite para obtener Granada.

–También untamos aceite con los nuestros –añadió Fernando, todavía molesto por la insistencia de los principales del reino para que se otorgara carta de privilegio rodado sobre la capitulación. Así todos podrían participar en la aprobación del texto.

–Tiempo, Fernando. También nos ocuparemos de eso. Ambos sabemos que un carro tirado por demasiados bueyes acaba bloqueado. –Isabel era partidaria de concentrar el poder y eliminar algunos privilegios de los nobles. Todavía recordaba a su hermano,

Enrique IV de Castilla, y la influencia que sobre él ejercían algunos grandes del reino–. Comienza un periodo nuevo, créeme. Puedo sentirlo. Y aumentaremos la gloria de Dios y de nuestros reinos.

La reina apretó el paso. Fernando se detuvo y contempló su figura altanera mientras avanzaba con decisión hacia la casa real. «Soberbia mujer», pensó.

Real de la Vega y Granada, 1 y 2 de enero de 1492

El gran visir Ibn Kumasa y el visir de la Pluma, al-Muleh, llegaron al real antes del mediodía. Con ellos viajaban los quinientos rehenes exigidos por los reyes cristianos. Los ministros granadinos fueron recibidos con honores por varios nobles, entre los que destacaba Gonzalo Fernández de Córdoba.

–Llegó el día. Que sea para bien –les dijo con cortesía.

Los rehenes fueron asentados en un pabellón con pináculo cercano a la plaza de armas. La mayoría eran jóvenes imberbes, temblorosos, que huían de las miradas de la tropa y reflejaban el miedo en sus propios ojos. A cada uno de ellos se le prometió una dobla de oro para que asumiera mejor su misión.

Ibn Kumasa y al-Muleh fueron instalados en una vivienda de Santa Fe. El duque de Cádiz se encargó de agasajarlos con un ágape en el que se respetaron las normas alimentarias de su religión. Ibn Kumasa, fiel a su costumbre, se atiborró hasta sentir dolores en el estómago.

El secretario Hernando de Zafra visitó a los granadinos a media tarde acompañado por un intérprete. Los abrazó a los dos, aunque su simpatía se decantaba por el visir al-Muleh.

Antes del anochecer, comenzó a concentrarse la tropa a las afueras del real. Quinientos caballeros y cerca de tres mil peones iban a marchar con el comendador Gutierre de Cárdenas para tomar posesión de las principales torres y puertas de la Alhambra. Entre ellos iban hombres de las guardas reales, espingarderos, ballesteros y numerosos lanceros. A medianoche, los ministros granadinos se pusieron al frente de la tropa y, junto a don Gutierre, encabezaron la

marcha. Atravesaron la Vega y se aproximaron a la puerta de los Ladrilleros. El pequeño ejército rodeó la cerca del arrabal de la Loma y ascendió por la pendiente que llevaba a la puerta de los Pozos, que daba acceso a la Alhambra desde el sur.

Siguiendo el protocolo previamente establecido, al-Muleh accedió a la fortaleza para informar al emir. Lo encontró en el salón del trono, de espaldas, observando su jamuga. Decenas de lámparas iluminaban la estancia.

–Mawlana, aquí están –informó el visir de la Pluma.

–Que entren, y que tomen lo que ya es suyo –contestó Boabdil sin volver la vista hacia él. El visir se retiró.

Despuntaba el sol sobre las nieves de la sierra cuando la puerta de los Pozos se abrió y comenzó el trasiego de cristianos. Los guardias observaban desde sus puestos, impertérritos. Los ecos del primer llamado a la oración resonaban en las murallas. Al-Muleh e Ibn Kumasa abrieron el paso de la tropa. Los cristianos recorrieron la calle del Emir en silencio, sobrecogidos por la belleza exótica de la medina de la Alhambra. Primero los talleres artesanos, rodeados de viviendas más modestas. Luego, a medida que se acercaban a la mezquita, los palacetes y jardines, los árboles y las fuentes.

Los visires condujeron al comendador hasta el palacio de Comares. El castellano se hizo acompañar por una escogida guardia de lanceros. Los demás soldados aguardaron en la calle del Emir, como una larga serpiente que acechara a su presa.

Boabdil permanecía sentado en su trono, vestido ceremonialmente con una marlota carmesí. Sobre la cabeza lucía un turbante de seda cerrado con un broche de plata que representaba a un león. A su lado, de pie, estaba Hernando de Baeza. Gutierre de Cárdenas llevaba puesta su armadura completa, parcialmente cubierta por una capa blanca con la cruz de Santiago pintada en rojo. El comendador agachó la cabeza e hincó la rodilla en el suelo. Luego se acercó al emir para tomar su mano derecha y besarla. La mano izquierda de Boabdil sujetaba dos llaves unidas por una anilla dorada.

Gutierre dio dos pasos atrás y el emir descendió del estrado y se acercó a él.

–Te entrego las llaves de la Alhambra –dijo en árabe, y tradujo Hernando de Baeza–. Las recibes en nombre de tus reyes, para ellos.

–Recibo estas llaves del rey de Granada –manifestó el comendador mayor de León–. Y en nombre de mis señores reyes, Fernando e Isabel, tomo posesión de este castillo. –Dirigió una mirada al capitán de su guardia, que salió de la sala para informar al resto de capitanes.

La serpiente se deslizó por las calles de la medina, atravesó los jardines y las plazas, se acercó a las murallas y torres, y en ellas se partió en cien pedazos para tomar su control. Los granadinos se retiraban, descendían de los adarves en silencio y dejaban hacer a los cristianos, que circundaron el perímetro completo de la Alhambra.

Boabdil abandonó Comares y se refugió en la alcazaba. Allí, en la última planta de la torre de Alhamar, aguardaría hasta que llegara el momento de encontrarse con los reyes rumíes para entregarles las llaves de Garnata. El destino, en un golpe de ironía, lo llevó hasta la morada del primer emir nazarí, el fundador de su dinastía. Moraima, Fátima y su hermana Aisha ya habían sido trasladadas a un palacio de la alcazaba Cadima. Desde el interior de la torre, el emir pudo escuchar el trajín de los castellanos. El sol ya iluminaba los campos cuando se escucharon los tres cañonazos con los que la tropa del comendador avisaba al real de la Vega. La Alhambra ya había sido tomada.

* * *

Cuando sonó el primer trueno, Badra echó a correr y se refugió en un rincón del patio. Los otros dos cañonazos le hicieron cerrar los ojos y taparse los oídos. Reduán salió tras ella y la encontró acurrucada junto a la tinaja, respirando con ansiedad. Se agachó junto a ella y tomó sus muñecas para destaparle los oídos con suavidad.

–Tranquila. No pasa nada. Son avisos.

La niña había abierto los ojos y observaba el patio como si no lo reconociera. No pronunció palabra alguna. Reduán meditó sobre lo que debía decirle.

–Hoy habrá una fiesta en la ciudad. –La niña lo miraba con los ojos muy abiertos–. Vienen gentes de fuera. Habrá un desfile. ¿Quieres que vayamos a verlo?

Badra asintió mecánicamente, todavía atenta a cualquier sonido. Reduán se puso en pie y la animó a seguirlo.

–Vamos, pajarillo. Hind nos ha traído pastelillos de almendra. Desayunamos y salimos a ver el desfile.

La niña se dejó conducir al interior de la casa.

«Hemos cambiado de dueño. Alá nos proteja», se dijo el faquí.

* * *

Después del tercer cañonazo, la tropa se puso en marcha. El conde de Tendilla se encaminó hacia la fortaleza para reforzarla con un ejército compuesto por mil lanzas de las guardas reales y más de cinco mil peones. Kasim iba con ellos como miembro de las guardas, aunque para él, y para otros conversos del real, habían reservado una misión especial. Desde la colina de la Sabika, ataviados con atuendos moros, se repartirían por la ciudad para vigilar a la población y avisar si percibían un amago de rebelión.

El ejército se introdujo en la Alhambra por la puerta de los Pozos. Al pasar junto a las bocas de las mazmorras se oyeron los gritos de los presos, que llamaban a sus correligionarios y daban gracias a Dios por su pronta liberación. El alcaide de Jerez había recibido poderes de los reyes para tomar a aquellos infelices cuando fueran liberados.

Don Gutierre de Cárdenas esperaba a Tendilla en la calle del Emir. Los dos nobles se abrazaron emocionados.

–Lo conseguimos, conde –dijo el comendador mayor de León–. Hemos dicho la primera misa en una estancia del palacio. –El clérigo

que lo acompañaba tenía las mejillas mojadas de lágrimas.

–Gracias a Dios Nuestro Señor –respondió el otro.

Tendilla no perdió el tiempo. Enseguida repartió a sus hombres por murallas, torres y puertas. También dispuso que una tropa de al menos quinientos hombres permaneciera reunida en la explanada anexa a la alcazaba. Luego volvió a reunirse con el comendador y juntos se adentraron en la medina.

–Nuestras majestades deben estar a mitad de camino. Debemos ir saliendo –informó Tendilla mientras cabalgaban en dirección a la puerta de los Pozos.

El rey Fernando había abandonado el real poco después que el conde. Con él marchaba el grueso del ejército congregado en la Vega. Detrás, a cierta distancia, avanzaba Isabel acompañada por el cardenal de España. Desde los puntos más altos de la ciudad, las coloridas manchas de las huestes reales se divisaban envueltas en una neblina de polvo.

–Y pronto saldrá el rey moro con sus caballeros –comentó don Gutierre.

Los dos hombres y sus guardias abandonaron la Alhambra y descendieron por la cuesta que llevaba al Genil. Cruzaron el puente de piedra y se dirigieron al arenal. Se apostaron junto a una pequeña rábita, un edificio solitario que servía de retiro y meditación a los mahometanos. Allí sería donde Fernando e Isabel esperarían a Boabdil; donde el rey Chico, como acto de culminación de una empresa de más de diez años, les entregaría al fin las llaves de Granada.

* * *

Kasim deambuló por la Alhambra mientras esperaba a que le dieran la orden de salir. Divisó la mezquita principal de la ciudadela y se acercó a ella. Cuando accedió al patio de abluciones, pudo escuchar un alboroto que provenía del interior de la sala de oración. En la puerta se encontró con el imán. Lucía un turbante de lino blanco y una túnica de lana.

–La paz sea contigo –le dijo en árabe al pasar a su lado. El hombre esbozó una sonrisa que se truncó a mitad de camino.

Kasim se descalzó y accedió a la sala. Las esteras estaban revueltas y manchadas de polvo y barro. Un grupo de castellanos se afanaba en retirar los cerca de veinte estandartes colgados de las paredes. Eran banderas de las tropas cristianas, capturadas por los granadinos en diferentes batallas.

–¡Pon cuidado, Alonso! ¡La vas a romper! –La bandera estaba deshilachada y, al intentar retirarla, se deshacía en jirones.

–¡Esta tela tiene más años que tú, Santiago! ¡Que ya es decir!

Las voces llegaban al imán, que, escandalizado, negaba en silencio.

–¡Ésta es de Zahara! –gritó otro soldado. El hombre se emocionó y se recreó en la contemplación de la enseña–. Estos moros hijos de puta la robarían en el asalto. –Se secó dos lágrimas y escupió al suelo–. Yo estaba allí y me salvé de milagro.

Habían pasado algo más de diez años del ataque granadino a Zahara de la Sierra. En respuesta a varias algaradas rumíes, una tropa de Ronda tomó al asalto aquella fortaleza. La magnitud de la operación rompió las reglas de la frontera y provocó el inicio de la guerra de Granada. La toma de Zahara sirvió de excusa a los reyes Fernando e Isabel para comenzar la conquista del codiciado reino. El primer golpe cristiano se dirigió contra Alhama de Granada, pero luego vinieron muchos más, en una lluvia incesante que condujo, gota a gota, hasta el mismo corazón de la Alhambra. Zahara fue un acto de orgullo de Muley Hacén, el padre de Boabdil. También fue el mayor error en toda la historia de la dinastía nazarí.

El hombre de Zahara enrolló la bandera y se la puso bajo el brazo.

–Volverá allí por mis propias manos. –Miró a su capitán, que asintió para darle su visto bueno.

Kasim avanzó por la sala de oración y se dirigió al *mihrab*, que brillaba con destellos dorados. «Mi pueblo seguirá rezando aquí

durante un tiempo, pero tarde o temprano en esta sala habrá un altar», pensó.

–¡Converso! ¿Eres tú? –oyó que lo llamaban a su espalda. Kasim se giró y se encontró con el capitán–. ¿Qué haces aquí? Te esperan en la puerta que da al castillo. ¡Vamos, corre!

El granadino salió de la mezquita y enseguida llegó a la gran puerta que daba acceso a la zona militar de la Alhambra. Allí estaban los otros conversos convocados para la misión. Todos se cambiaban de ropa bajo la mirada de varios soldados.

–Ya pensaba que no vendrías –le dijo un guardia mientras le lanzaba una marlota de lana y un casquete de fieltro–. Venga, ponte esto encima y corre para abajo.

Mientras se vestía, Kasim preguntó:

–¿Adónde?

–¿Fernando? –preguntó el guardia. Kasim asintió. El hombre consultó un documento antes de responder–: Medina baja. Puerta de los Ladrilleros. ¿Sabes dónde es? –Kasim volvió a asentir. Era la puerta que daba al puente del Genil–. Pues menos mal, porque si te lo tengo que explicar yo... –comenzó a reír a carcajadas.

Kasim se abrochó el cinturón que entallaba su marlota. Todos los conversos se habían vestido ya. Sus miradas reflejaban la melancolía de otros tiempos.

–¡A volar! –les gritó el guardia.

Los hombres salieron de la Alhambra por la puerta de las Armas. Kasim torció hacia el sur para adentrarse en el viejo barrio judío. Hacía demasiado tiempo que no pisaba las calles de Garnata y temía encontrarse con los recuerdos que en otra vida había sembrado en ellas.

* * *

Boabdil descendió de la torre y salió de la alcazaba hacia la explanada del aljibe. Allí lo esperaban los cincuenta guardias a caballo que lo acompañarían hasta la ribera del Genil. Montó su

caballo, un soberbio ejemplar árabe, enjaezado con cuero y borlas de seda, y abrió la marcha hacia la puerta de los Pozos. Había pasado el mediodía y el sol de invierno calentaba los cuerpos. Los cincuenta y un jinetes lucían brigantinas forradas de terciopelo bermejo. Los yelmos llevaban enrollados turbantes de seda del mismo color. La escuadra tomó la calle del Emir para atravesar la medina de la Alhambra. A la altura de la mezquita se encontraron con Ibn Kumasa y al-Muleh, que permanecían apostados junto al camino vestidos ceremonialmente.

–Gloria a nuestro emir –pronunció emocionado al-Muleh.

–Sólo Alá es vencedor –añadió Ibn Kumasa, recordando el lema de la dinastía nazarí.

«Se cumple tu destino, Zogoibi», pensó al-Muleh mientras lo observaba alejándose hacia la zona oriental de la medina.

A las puertas de los palacetes y, más adelante, a las de los talleres y las viviendas más modestas, decenas de granadinos aguardaron a su emir para darle apoyo y lanzarle bendiciones. En aquel momento aciago todos se sintieron como aquel desgraciado que cabalgaba hacia los rumíes para rendir a todo un pueblo.

El emir y los suyos salieron de la Alhambra e iniciaron el descenso de la Loma. A mitad de camino se encontraron con el alcaide de Jerez, que, con una pequeña tropa, dirigía a los cautivos recién liberados hacia el arenal.

–¡Malditos seáis, moros! –gritó uno de los escuálidos reos.

–¡Quiera Dios que recibáis lo que os merecéis! –se animó otro.

Los granadinos apretaron el paso y se alejaron al trote. Pronto divisaron las aguas del río y Boabdil sintió que su destino, inexorable, se acercaba.

* * *

Desde la puerta de las Armas, Kasim descendió por la colina de la Sabika y tomó la calle de los Ladrilleros, la principal que recorría la margen izquierda del río Darro. Aquella zona de la medina bullía de vida. Cientos de granadinos se habían echado a las calles y placetas,

y se buscaban unos a otros para comentar los últimos acontecimientos. Muchos mercaderes habían aprovechado la ocasión para montar sus puestos y los chiquillos se arremolinaban en torno a los artistas que ofrecían espectáculos callejeros. Había preocupación en muchos rostros, pero no había signos de rebelión. Conforme se acercaba a la puerta, el bullicio aumentaba. Todos querían salir, todos querían ver con sus propios ojos a los rumíes que venían a tomar su ciudad.

Kasim se recreó en la contemplación de sus viejos vecinos. Creía reconocer algunos rasgos e, inconscientemente, temía que alguien lo reconociera a él. Pensó que Boabdil estaría de camino. Debía darse prisa si quería llegar al arenal a tiempo. Instintivamente, se palmó la marlota. A través de la tela distinguió la forma de su puñal. Su estómago se encogió y su corazón se desbocó. Saldría de la medina por la puerta de los Ladrilleros, se despojaría de la indumentaria granadina y, con su uniforme de las guardas reales, se acercaría al escenario de la entrega de llaves. Sólo necesitaría un instante para correr hasta el Zogoibi y clavarle el puñal en el pecho, para hundirle en el corazón la hoja de metal que había envenenado a base de odio. Luego lo prenderían; tal vez lo ajusticiaran allí mismo, junto a la rábita, en el escenario de su crimen.

Pero eso ya no le importaba. La muerte era parte de su destino, la culminación de su misión, la paz para su alma atormentada. Beatriz estaba en lo cierto: en los últimos meses no había hecho más que acercarse lentamente a la muerte. Sus pensamientos volaron hacia su joven esposa. Le dedicó una breve oración: «Deja que encuentre la fuerza que necesita para criar a su hijo, Tú, que todo lo puedes».

Cerca de la vieja sinagoga mayor, el paso se hizo más difícil. Kasim tenía que escabullirse entre la gente para poder avanzar. De la explanada de la puerta de los Ladrilleros llegaba el sonido de cientos de voces. Tendría que sumergirse en aquella marea y pelear para salir al camino que llevaba al puente del Genil.

–¡Pajarillo! –escuchó el grito de un hombre justo antes de que una niña se cruzara en su camino y chocara con él.

La pequeña se quedó quieta, desorientada, y Kasim se agachó junto a ella para comprobar que no le había pasado nada.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–¡Perdón! –gritó el hombre que había llamado a la niña mientras avanzaba cojeando entre la gente–. ¡Ha visto el puesto de buñuelos y se ha lanzado! –la disculpó, elevando la voz para ser escuchado. El hombre lucía el turbante característico de los faquíes. Era un anciano, pero su mirada irradiaba fuerza y sabiduría.

–No pasa nada –contestó Kasim, que abandonó por unos instantes sus oscuros pensamientos–. ¿Bien? –se dirigió de nuevo a la niña, que asintió distraída, atenta a los buñuelos del puesto.

Todavía agachado, Kasim observó sus facciones detenidamente y sintió que un escalofrío recorría sus miembros, un rayo de la memoria que lo sacudía con el recuerdo de otra vida. «No puede ser. Me traicionan los ojos», se dijo. Agarró los hombros de la pequeña y la obligó a mirarlo a la cara.

–Perdone –le dijo el viejo faquí para llamar su atención.

El hombre se había puesto serio, pero Kasim lo ignoró. De nuevo, el rayo, que erizó sus cabellos y llenó de lágrimas sus ojos. La niña comenzó a respirar con ansiedad y evitó la mirada de Kasim, que, insistente, la sacudió con suavidad.

–Oiga –lo llamó el viejo con tono áspero–, ¿es que la conoce? –preguntó, atento a la escena, aunque sin atreverse a intervenir.

Kasim ni siquiera lo miró. La palabra brotó de un recóndito rincón de su alma, se abrió paso por sus vísceras y subió por su garganta hasta hacerse audible.

–Badra. –Dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

La niña detuvo la vista en él. Incapaz de controlarse, dejó escapar la orina, que corrió por sus piernas para formar un charquito en el suelo.

–¡Badra! –gritó Kasim sin soltarla. Ahora no tenía dudas. Sus rasgos se habían transformado por el hambre y el dolor, pero seguía

siendo ella–. Badrilla... –Las manos le temblaban, y la fuente de sus lágrimas se había desbordado por completo–. ¡Mi Badrilla!

Intentó abrazarla, pero ella se resistió; interpuso los codos entre ellos y dio un paso atrás. Entonces intervino Reduán:

–Veo que la conoce, aunque me parece que la está molestando...

Kasim la miró. Ella le devolvió la mirada, una mirada que hablaba de dolor, de rencor, de incomprensión, pero también de amor. Kasim se arrodilló y abrió los brazos.

–Badra –repitió con tono suplicante, como si aquel nombre se hubiera convertido en un mantra que enarbolara para espantar a sus fantasmas.

La niña arrugó la boca y apretó los puños.

–Papá –pronunció al fin, alargando la última vocal en un claro reproche. Luego avanzó hacia él y golpeó su pecho con fuerza mientras comenzaba una sonora llantera.

Kasim la abrazó. Ella se revolvió de nuevo, pero él le apretó el abrazo, y Badra, desbordada por las emociones, se entregó a su padre llorando e hipando. Kasim besó su cabecita y empapó su pelo con sus propias lágrimas. «Dios mío, Dios mío, ¿éste era el regalo que me tenías reservado?».

Reduán permanecía de pie, desconcertado. Alrededor de los tres se había formado un corrillo de curiosos. El faquí posó su mano derecha en la espalda de Kasim y le dijo al oído:

–Vamos, hay mucho de lo que hablar. Vayamos a mi casa.

Kasim se puso en pie y tomó de la mano a la niña. No paraba de llorar. Roto por los sentimientos, se dejó conducir por las calles como una bestia sin voluntad. Ella también lloraba, sin soltar en ningún momento la mano de su padre. Ambos se miraban cada varios pasos, como si quisieran cerciorarse de que realmente existían.

–Mi mujer y mi hijo... –inquirió Kasim a Reduán.

El viejo estaba sudando. Se tocó la frente y lo animó a seguir caminando.

–Sólo la tengo a ella –respondió, y la miró–. Hoy nos enteraremos de muchas cosas. Los tres... –añadió.

Retomó la marcha apoyando las manos en sus rodillas doloridas. Se alejaron del bullicio, cruzaron el Darro y atravesaron la medina en busca de la alcazaba Cadima. «Dame fuerza, Compasivo», rogó Reduán mientras encaraban el ascenso hacia el callejón de la Higuera.

* * *

El emir de Garnata se acercó al arenal a paso lento. Sus cincuenta guardias lo rodeaban. Contempló el ejército que se había desplegado en aquel paraje. Los vivos colores de sus atuendos brillaban al sol.

Fernando permanecía sobre su caballo, apostado junto a la rábita. Boabdil enfiló el camino que la tropa había abierto hasta su rey. Gonzalo Fernández de Córdoba se adelantó y presentó sus respetos al emir. Luego señaló hacia Fernando. Los guardias granadinos se quedaron allí; Boabdil avanzó hasta situarse frente al monarca. Se despojó del turbante con una mano y con la otra agarró el arzón de su silla mientras sacaba un pie del estribo. Siguiendo el minucioso protocolo acordado, Fernando hizo un gesto con la mano para detenerlo. Entonces el emir acercó aún más su caballo y extendió las manos para pedir las del rey rumí. Sin embargo, Fernando rechazó el besamanos con una sonrisa amigable. No hubo palabras entre ellos.

Boabdil extrajo de su fajín las llaves de Granada y, con un ligero temblor en las manos, se las ofreció a Fernando. Cuando el rey las tomó, el granadino sintió que se liberaba de un gran peso que lo había oprimido durante los últimos años. «Ya no pesas sobre mis hombros, Garnata», se dijo, entre triste y aliviado.

Fernando dirigió la vista a un capitán, que fue a la parte trasera de la rábita y regresó con el infante Ahmed y su maestro Ibrahim.

–Aquí tenéis a vuestro hijo –anunció el rey, y tradujo el alcaide de Íllora.

Boabdil luchó por contenerse, pero no pudo evitar el impulso de desmontar y abrazar al niño.

–Hijo mío, ya estás con nosotros –le dijo, emocionado.

Recuperó la compostura y volvió a la grupa de su caballo. Todo en su alma parecía volver a su sitio, y los meses de ansiedad, de negociaciones y miedos cobraban sentido allí mismo, en el arenal del Genil, mientras claudicaba ante los rumíes.

Antes de que la ceremonia siguiera el curso previsto, Boabdil mandó llamar al hombre que iba a recibir la tenencia de la Alhambra. El conde de Tendilla se presentó ante él y el emir le entregó una sortija de oro con una turquesa engarzada.

–Con este anillo he gobernado Granada –le dijo en árabe–. Tómalo para gobernarla. Que Dios te haga más dichoso que a mí.

Tras escuchar la traducción de don Gonzalo, el conde besó el anillo y se lo puso. Entonces comenzaron a escucharse los cánticos de los reos liberados de los pozos de la Sabika. El alcaide de Jerez se acercaba con ellos en procesión. Los hombres venían cantando el *Te Deum laudamus* y llevaban al frente una cruz de madera. Muchos castellanos se hincaron de rodillas y lloraron al ver a sus compañeros libres.

–Os recibimos con alegría –les dijo Fernando–. Habéis sido mártires de nuestra fe, pero ya ha llegado la hora de vuestra salvación. Aguardad a la reina, que también se alegrará de veros.

Isabel, que había salido rezagada del campamento, llegó al arenal acompañada por sus hijos y por el cardenal de España. Hernando de Zafra salió al camino para recibirla. La reina le dirigió una cálida sonrisa. Aquel hombre lo había servido bien en los asuntos materiales de la cruzada, y sería recompensado por ello. Desde varios puntos del arenal se alzaron vítores y alabanzas a Dios. Isabel, montada en una imponente yegua blanca, avanzó entre los hombres hasta situarse junto a su esposo. Los reyes se miraron y sus ojos brillaron con pasión. «Está pasando; lo hemos conseguido», parecían decirse. El príncipe Juan se acercó a ellos y se situó a la diestra de su padre.

Boabdil repitió con Isabel los gestos que Fernando había interrumpido. La reina hizo lo propio y le ahorró también el

besamanos.

–En adelante, sois nuestro amigo –le dijo al emir–. Podéis estar tranquilo, nuestros pactos serán respetados. –Boabdil agachó la cabeza en señal de gratitud por sus palabras. La reina dirigió la vista a las cercanas murallas de Granada, y luego miró al granadino; imaginaba su dolor–. Habéis hecho lo correcto, para vos y para vuestro pueblo. No lo olvidéis nunca.

El cardenal Pedro González de Mendoza alzó la vara de su cruz de plata y dio varios pasos hasta situarse frente a los reyes. Éstos desmontaron para adorar la cruz. Los nobles más cercanos se arrodillaron y lloraron. Luego, el cardenal le entregó la cruz al obispo Hernando de Talavera, que iba a ser el primer arzobispo de Granada.

El rey Fernando le entregó las llaves de la ciudad a su esposa, que, a su vez, se las entregó al príncipe don Juan. Éste llamó al conde de Tendilla, que acudió solícito a su lado. Entonces le dijo:

–Conde, el rey y la reina, mis señores, quieren haceros merced de la tenencia de Granada y su Alhambra, y de todas sus fuerzas, para que, como alcaide y capitán, las tengáis en su nombre. Yo os entrego sus llaves, de parte de sus altezas.

Tendilla besó las manos del príncipe y tomó las llaves. Luego besó las manos de Isabel y Fernando. El conde montó su caballo y recibió el pendón real. Se le unieron el obispo Hernando de Talavera con la cruz del cardenal y Gutierre de Cárdenas con el pendón de Santiago. Los tres marcharon hacia la Alhambra para tomar posesión de la ciudad. Tras ellos, cabalgaron más de tres mil jinetes escogidos, así como otros muchos grandes de los reinos cristianos.

Pasado un rato, un paje avisó de que, sobre la torre más grande de la Alhambra, se divisaban ya los pendones. Todos pudieron distinguir el color rojo del pendón real y el blanco de Santiago, así como los destellos metálicos de la cruz del cardenal. No pudieron escucharlo, pero un heraldo voceó desde la azotea de la torre:

–¡Granada, Granada por los reyes don Fernando y doña Isabel!

–¡Castilla y León! –añadió el conde de Tendilla.

Los reyes, el príncipe, el cardenal y el ejército entero se arrodillaron y lloraron con emoción. Sonaron trompetas, y luego salvas de artillería que provocaron densas nubes de pólvora.

Isabel tomó la mano de su esposo.

–Hecho está –dijo con lágrimas en los ojos–. La vieja Hispania se recompone. –Fernando asintió a sus palabras.

Los reyes se dirigieron a Boabdil. El granadino seguía montado en su caballo, a la espera de que todo terminara.

–Podéis marchar en paz –lo despidió el rey.

–La paz sea con vosotros –respondió el emir en árabe, e inició la cabalgada que lo llevaría a la alcazaba Cadima, donde lo esperaba su familia.

Ahmed, montado sobre una mula, lo seguía a poca distancia. Mientras se alejaban del arenal del Genil, seguían escuchando el jolgorio de los rumíes, los gritos, las trompetas, el estruendo de las salvas...

«En mi corazón también hay explosiones. Dios mío, cuida de nosotros», rezó el emir sin reino.

* * *

Reduán retiró la cazuela de las brasas y sirvió la infusión de hierbas. Sus manos temblaban; todavía estaba afectado por el impacto de los últimos acontecimientos. Kasim permanecía sentado en un banco de madera y no apartaba la vista de Badra. La niña, sentada en otro banco, hacía bailar sus piernas y rehuía la mirada de su padre.

Sonó el estruendo de una salva y la niña brincó en su asiento. Sin pronunciar palabra, se acercó a Kasim y se sentó a su lado. El hombre aprovechó para abrazarla y atraerla a su pecho. Sonó otro cañonazo y la niña se agitó.

–Tranquila, son disparos de alegría –le dijo el padre–. Están haciendo una fiesta en el río.

–¿Lo ves? –soltó Reduán–. Ya te lo había dicho: es una fiesta. –Le dirigió una mirada cómplice a Kasim. Se sentó frente a ellos y le dio un sorbo a su infusión. Luego meditó sobre cómo debía afrontar aquella conversación–. La encontré en el cementerio de la puerta de Elvira –dijo al fin–. Estaba sola y pasaba hambre. Dormía en los mausoleos y mendigaba, o robaba lo que podía...

Así comenzó su relato, en el que no escatimó en detalles. Kasim lo escuchó en silencio con Badra aferrada a su torso. Las palabras del viejo faquí se clavaban en su costado como dardos candentes. Las salvas seguían sonando, y la niña temblaba con cada estruendo como un pajarillo asustado. Antes de que Reduán terminara, dejaron de sonar.

–Es todo. No hay más. Cuando he intentado averiguar algo de su pasado, ella se ha cerrado. En general, habla poco. Debe guardar mucho dolor dentro –dijo para terminar.

Kasim besó el cabello de Badra, pero ella no reaccionó. La niña se separó lentamente de él. Reduán lo miró inquisitivo, esperando a que comenzara su propio relato. Del alminar de la mezquita de Badis llegó el llamado a la oración. No era la hora de ninguna de las oraciones preceptivas. Aquel llamado no era más que un lamento, el canto lastimero de un pueblo conquistado. Pronto sonaron las voces de otros muecines. Toda la ciudad fue invadida por sus cantos tristes, que pretendían arropar a los granadinos desde las alturas de sus alminares. Kasim tomó conciencia de que la ceremonia de entrega de llaves había terminado y que sus posibilidades de venganza se habían disuelto en el aire, como las nubes saturadas de pólvora de los cañones cristianos. Ahora su vida, inesperadamente, había cobrado un sentido. Tenía una responsabilidad y, por mucho que odiara al Zogoibi, no podía asesinarlo. Miró a Badra, quieta y silenciosa, sentada a su lado, y su pecho se inflamó de ternura. Respiró con fuerza y comenzó su narración:

–Cuando los rumíes asediaron Baza, muchos aquí pensamos que teníamos el deber de acudir a ayudar a nuestros hermanos...

Con voz calma, Kasim repasó todo lo vivido en los últimos años: el asedio, la muerte rozando su sien en el campo de batalla, las pérdidas, cómo se marchitó su alma y cómo supo que no podría volver a casa; la huida a la Alpujarra con el Zagal, el dolor del ostracismo, la dura vida en la sierra, la caída en desgracia del Zagal y la marcha a Sevilla para unirse a los castellanos; la conversión, Beatriz y, finalmente, la campaña para la conquista de Granada.

–Los daba a los tres por perdidos –dijo con la voz quebrada por la emoción–. Un vecino de mi barrio huyó a Baza después de la matanza y me lo contó todo. Me dijo que mi familia estaba muerta, que había oído sus gritos cuando los guardias entraron en mi casa.

Los dos hombres miraron a Badra. La niña alzó las rodillas, se las abrazó y comenzó a llorar con desconsuelo. La dejaron desahogarse sin intervenir. La niña gritó su dolor bajo las miradas tiernas de Reduán y Kasim, que a duras penas contenían sus propias lágrimas.

–Entraron... –pronunció Badra entre hipidos–. Mamá gritaba. Hassan la abrazó y yo corrí... –El llanto apenas la dejaba hablar–. Mamá me gritaba que me fuera. Yo salté y corrí... –Rota por el sufrimiento, calló.

Sin embargo, los hombres comprendieron. Kasim la abrazó con fuerza y llenó de besos su cabecita. «Regalo de Dios», musitaba mientras la besaba. Reduán los observaba con las manos unidas en gesto de plegaria. Pasaron así buena parte de la tarde, en silencio, llorando y consolándose mutuamente.

–Y, ahora, ¿qué? –preguntó el faquí cuando el sol comenzaba a acercarse al horizonte.

Kasim suspiró antes de contestar:

–Ahora debemos vivir la nueva vida que el Compasivo nos regala.

Antes de que la noche se cerrara por completo, Badra se quedó dormida con la cabeza apoyada en las piernas de su padre.

–En la escuela he conocido a muchos niños con pasados duros –comentó Reduán–. Al principio se cierran, pero enseguida se abren y florecen. Los niños tienen más fuerza de lo que pensamos.

Paciencia. –El faquí había conseguido relajarse; había comprobado que Kasim no era un mal padre y lo trató con respeto.

–Gracias por cuidar de ella. –Acarició los cabellos de la niña.

–¿Dispones de casa? –preguntó Reduán. Kasim se encogió de hombros. No sabía lo que el emir había hecho con las propiedades de los voluntarios de Baza–. Donde viven dos, pueden vivir tres. Podrás quedarte con tu hija aquí todo el tiempo que necesites.

–Gracias. –Kasim se llevó la mano libre al pecho. En ese momento, se acordó de Beatriz–. Pero tal vez seamos una más. –Evitó citar el embarazo.

Reduán agitó la mano en el aire.

–Tres, cuatro... ¿Qué más da?

Kasim asintió con una sonrisa para agradecerle el ofrecimiento. Tenía la cabeza llena de incertidumbres, pero una certeza se abría paso entre ellas: debía levantarse y vivir. Imaginó a Beatriz cuando se encontrara con ella y una sonrisa le iluminó el alma. «Lo siento por ti, morito mío, te tocó no morir», imaginó que le decía con la música que sólo ella sabía imprimir a la voz.

* * *

Boabdil llegó al palacio de su madre mientras los cristianos seguían celebrando la toma en el arenal. Los guardias custodiaron el recinto, al que se acercaron numerosos curiosos del barrio. Ibrahim y Ahmed entraron tras el emir y lo siguieron hasta el patio principal de la vivienda. Allí, sentadas en sendas jamugas, estaban Fátima y Moraima.

–¡Mi niño! –gritó Moraima nada más ver a Ahmed.

El pequeño tenía buen aspecto. Vestía la ropa que su propia madre le había enviado a Moclín. Tenía cerca de diez años y le llegaba a Moraima a la altura de los hombros. Ella, en cambio, mostraba un profundo deterioro. Su tez estaba pálida, había perdido peso y sus mejillas se habían hundido. A sus veinticuatro años, aparentaba diez más. Corrió hasta el niño y lo abrazó con fuerza mientras lloraba su pena y lo besaba.

–Ya estás conmigo, hijo mío. Ya estás conmigo –le decía.

Boabdil, Fátima la Horra e Ibrahim observaban la escena en silencio. Ahmed se dejó abrazar, pero no respondió a las muestras de cariño. «Es una extraña para él», pensó su tutor. Moraima se percató de su rigidez, de su desconcierto. Desgarrada, se apartó y le palmeó los hombros mientras simulaba una sonrisa. Sus ojos delataban su verdadero estado.

–Debes de estar cansado y mareado por tanto cambio. Descansa, hijo. –Se retiró varios pasos.

Fátima reaccionó y acudió junto a Ahmed para llevárselo al interior. Ibrahim, el maestro, se dirigió a Boabdil.

–Sidi, dadle tiempo al niño. No os ha visto hasta ahora. Además... está afectado por la fuga de Adhara. –El emir abrió los ojos con sorpresa–. Se fue hace dos días con el guardia negro. Estaban enamorados. –Agachó la cabeza como si sintiera vergüenza–. Imagino que habrán ido a la Alpujarra, o tal vez piensan pasar a África cuando los rumíes pongan los barcos. Ha sido un duro golpe para el niño.

Moraima escuchaba, pero, lejos de comprender, lo que hizo fue ahondar en su tristeza.

Ibrahim se retiró, y Boabdil y su esposa se quedaron solos en el patio.

–Salió de mí... –pronunció Moraima con angustia–. Lo tuve aquí dentro. –Posó las manos sobre su vientre.

–Dale tiempo –le dijo Boabdil con voz neutra–. Debes recuperarte, vas a caer enferma.

–¿Recuperarme? Ya no tengo vida que recuperar. –Respiró profundamente para reunir fuerzas y lanzar todo su veneno–. Me has quitado las dos cosas que más he querido nunca. –Su dardo emponzoñado impactó en el pecho de Boabdil.

Diala, la esclava favorita del emir, se asomó al patio desde la planta superior del palacio. El hombre la miró iracundo y la muchacha se retiró.

–Te marchitarás –le dijo a su esposa. Ella asintió y afiló un nuevo dardo.

–¿No me ves? –Abrió los brazos–. Ya estoy marchita, y no tardaré en morir.

Boabdil cerró los ojos e hizo oídos sordos a su amenaza. La dejó sola en el patio y ascendió por las escaleras que llevaban al palomar. Desde allí tenía la Sabika a la vista, coronada por la Alhambra. Cuando estuvo solo, comenzó a llorar. Pronto se marcharía de Garnata para ocupar su señorío en la Alpujarra, y lo haría con su familia completamente rota. Sobre la torre Mayor de la alcazaba distinguió las formas ondeantes de los pendones cristianos.

–Aquí termina el sueño de al-Ándalus –pronunció con melancolía.

* * *

Aquella primera noche en el palacio de la alcazaba Cadima, Boabdil volvió a soñar con la matanza del Albaicín. La madre con el niño abrazado a sus piernas, la niña pequeña que huía, los guardias, los gritos, la desesperación... Sin embargo, en aquella ocasión, algo cambió. La niña aparentaba ser algo mayor, aunque su cuerpo parecía más delgado. Como las otras veces, corrió por el patio de la casa y subió las escaleras que llevaban a la segunda planta. Antes de huir, se asomó al patio desde arriba y, con una voz impropia de su edad, dijo:

–Nunca podrás conmigo.

Luego arrancó a correr y se escabulló de los guardias dejándose caer por la tapia de la casa y perdiéndose por la calle trasera.

Boabdil se despertó sudoroso. «Nunca podrás conmigo...». Aquellas palabras resonaban en su cabeza como un aviso. Entonces tomó conciencia de que jamás conseguiría calmar su sentimiento de culpa, que el recuerdo de sus actos nefastos lo acompañaría hasta el fin de sus días, fuera a donde fuera. Se levantó de la cama y subió al palomar. Los gallos hicieron su primer canto. Avanzaba la madrugada. Un perro callejero ladró a la luna. La ciudad estaba en calma. Sin embargo, el corazón de su último emir se agitaba

inquieto. Quiso retener en la memoria cada detalle de aquella imagen: los tejados y azoteas; las copas de los árboles asomando sobre los edificios; los alminares, altivos y elegantes; las murallas que lo rodeaban todo, y su Alhambra, su morada, profanada ahora por los rumíes.

–Triste herencia me dejas, Garnata –le susurró a la brisa que recorría Granada.

EPÍLOGO

Granada, marzo de 1492

Con el sol alzándose sobre el monte Sulayr, llegaron a la Alberzana. Las huertas estaban vacías; la tierra todavía vestía el blanco de la escarcha. La brisa matutina soplaba helada, arrastrando hasta la ciudad el frío de la sierra.

Kasim se adelantó y abrió la compuerta de la acequia. El agua corrió, humeante, anegando los surcos de la tierra. Le habían otorgado una parcela de la zona alta, cercana a la muralla. Los reyes rumíes habían cumplido su promesa. «Por los servicios prestados a sus majestades, los reyes don Fernando y doña Isabel...», rezaba el documento de la donación firmado por el secretario Hernando de Zafra. También le habían reconocido la propiedad de su antigua casa en el Albaicín, aunque él prefirió arrendarla y aceptar el ofrecimiento de Reduán. El faquí recibió con agrado su decisión. Apartarse de la pequeña Badra le habría costado la vida.

Beatriz se acercó al murete de la acequia y se sentó. Posó las manos en su vientre, visiblemente abultado, y suspiró. La joven desprendía luz. La nueva vida en Granada le estaba sentando bien. Las dos últimas semanas había estado ayudando a una partera de la alcazaba Cadima. Estar en contacto con la sanación, en cualquiera de sus formas, hacía que se sintiera motivada y feliz.

Badra la siguió por el camino que separaba las huertas y se sentó a su lado. Un gorrión se posó en el barro y bebió del agua de Aynadamar. La niña soltó una risita.

Reduán caminó a paso lento hasta un surco donde la corriente se había estancado. Apartó una piedra con las manos y observó cómo el agua seguía su camino hasta cubrir completamente la tierra. «Ya afloran las malas hierbas. Hay mucho trabajo aquí», pensó.

Kasim los observó a los tres y respiró con fuerza, dejando que el aire frío le inundara los pulmones.

–¡Mi huerta se llena de agua! –gritó, sobresaltándolos–. ¡Y crecen mis hortalizas! ¡Y con un poco de vino, así se me pone el pepino! –

remató a viva voz en romance andalusí.

–¡Esposo! –le llamó la atención Beatriz justo antes de explotar en carcajadas.

Reduán acompañó sus risas negando con la cabeza y frotándose la frente. El faquí se sentía escandalizado y divertido a la vez. Badra reía sin fuerza, por inercia. No acababa de comprender lo que había pasado.

–Tu papá, loco –le dijo Beatriz tocándose la sien con un dedo y sacando la lengua para que comprendiera. La niña arreció la risa y la mujer, en un impulso de ternura, la abrazó. Sin embargo, Badra se rebulló y se liberó de sus brazos–. Mira que eres siesa... Ya te pillaré, ya... –le dijo sin parar de reír. La pequeña no comprendió una palabra, pero rio con ella. El carácter jovial de la sevillana espantaba sus pesares.

Kasim se dio la vuelta para cerrar la compuerta. Se había emocionado al recordar a su amigo Omar y sus ojos lo delataban. Lloró sobre las últimas aguas que entraron en su huerta. También recordó a su prima, a su niño y a todos los que habían entregado la vida por las injusticias de aquella guerra. Rezó en silencio por todos ellos.

Reduán y Beatriz parecieron percatarse de su estado y lo respetaron manteniendo la distancia. Kasim se agachó sobre uno de los surcos y arrancó dos hierbas. De un saltito, Badra descendió del murete y caminó hasta su padre. Se agachó a su lado y señaló una planta que comenzaba a asomar donde antes habían estado las malas hierbas. Miró a los ojos a Kasim, y éste se perdió en el brillo limpio de su mirada. Le acarició el pelo y besó su frente.

–Sí, hija. Ya brota.

AGRADECIMIENTOS

Debo comenzar dando las gracias a mi familia: mi mujer, Eva, y mi hijo, Darío, que dan sentido a mi vida y me animan en los momentos oscuros.

Gracias también a mis padres, hermanos, sobrinos. Todos me hacen la vida más fácil, y más hermosa.

Gracias a mis amigos y compañeros, que me ayudan a evadirme, que me hacen reír y olvidarme de los problemas. Son muchos y sus nombres no caben en estas páginas, pero ellos saben quiénes son.

Gracias a mi editora y amiga Penélope, que, desde su isla de Ítaca, gobierna mis empresas. Sus consejos me permitieron llevar a cabo una poda muy necesaria para sanear el texto.

Gracias a Rosa por su excelente trabajo de corrección. Un trabajo preciso y muy certero, también necesario.

Gracias al historiador José María Manuel García-Osuna y Rodríguez, que, generosamente, me prestó sus propios trabajos sobre algunos personajes y sobre la época en la que se ambienta esta novela.

Gracias a mis lectores beta: María Luisa, Juanma, Eva, Celes, Juan, Jota y Eva Martín. Todos leyeron el borrador y compartieron conmigo sus impresiones.

Gracias a José Soto, amigo, compañero y paisano. Él leyó el texto, me ayudó a mejorar el inicio de la historia y, como gran conocedor de la materia, me aportó tranquilidad y resolvió todas mis dudas.

Gracias, por último, a mis lectores, a los de siempre y a los nuevos. Sin vosotros, al otro lado de estas páginas nada tendría sentido.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Dedicatorias
GARNATA
- Libro 1. Dos emires y un tronco
- Libro 2. Un emir, dos pueblos
- Libro 3. La voz de las espadas
- Libro 4. El asedio
- Libro 5. Parlamentos
- Libro 6. La toma
- Epílogo

Agradecimientos